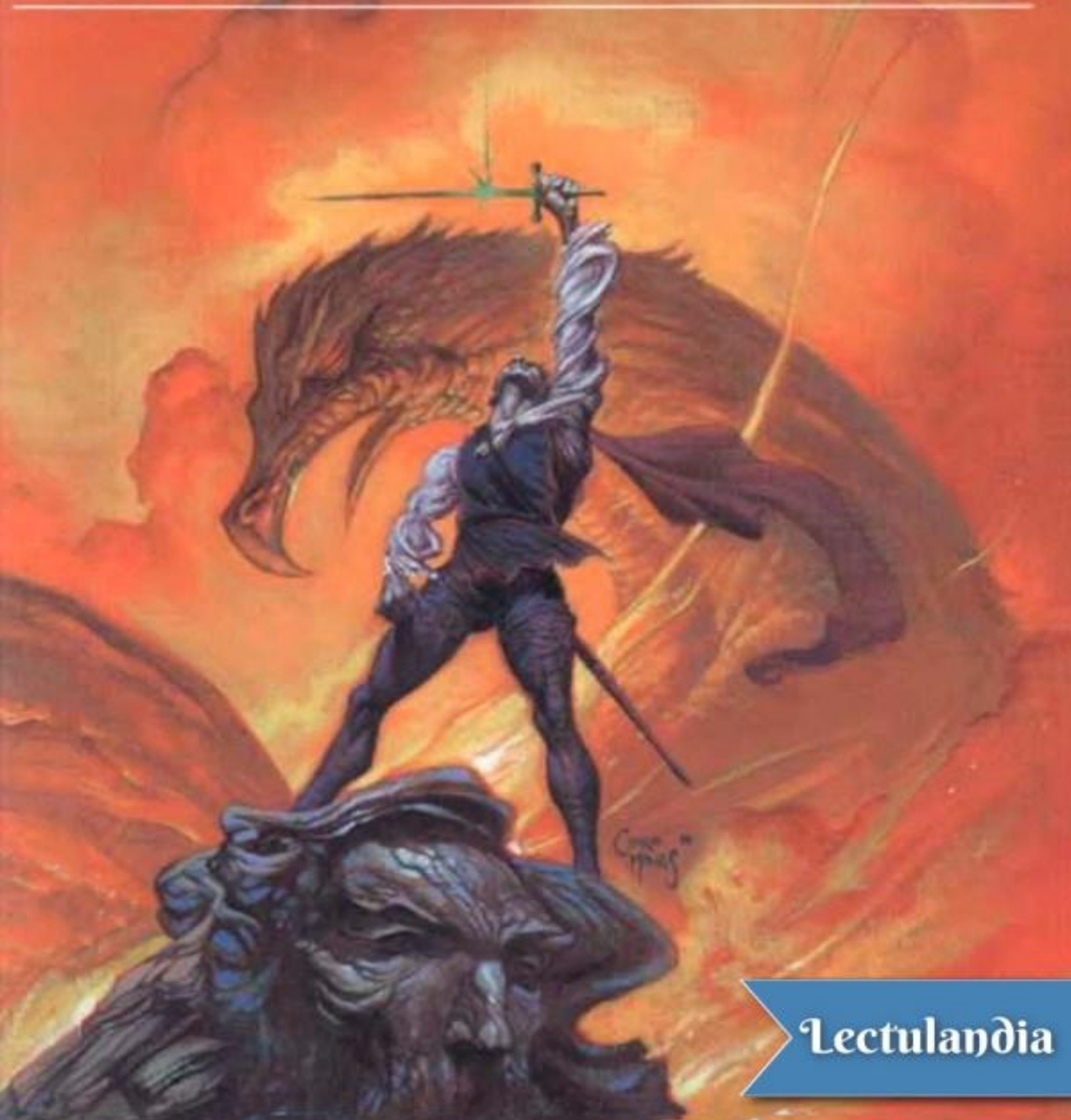


STEVEN BRUST

LA GUARDIA FÉNIX



Lectulandia

La Guardia Fénix es leal al Emperador... pese a lo que opine el resto de la corte.

Khaavren es un joven noble de una casa dragón que, aunque venida a menos, permanece leal al Emperador. Viaja a la ciudad de Dragaera con la intención de poner su espada y su ardor juvenil al servicio de Su Majestad Imperial, y en su camino forja amistad con otros tres jóvenes que, como él, quieren participar de la gloria de la Guardia Fénix. Y así, superando los obstáculos que se interponen en su camino (en ocasiones de un modo algo expeditivo, todo hay que decirlo), no dudarán en emprender las misiones más peligrosas y arriesgar la vida para proteger al Emperador y velar por la tranquilidad del Imperio, o mejor dicho, por la seguridad del Imperio, que tranquilidad y juventud no son cosas que hayan ido nunca de la mano...

Partiendo de las premisas más trilladas de la fantasía de género, Steven Brust logra, sin embargo, retorcer sus temas y tópicos de un modo brillante, al tiempo que experimenta de forma juguetona con diálogos, puntos de vista y un desarrollo enrevesado de las tramas, siempre haciendo gala de un sentido de la ironía seductor. En La Guardia Fénix homenajea a Dumas y Los tres mosqueteros en particular y, mediante el recurso de un narrador de ficción deliciosamente entrometido (en la tradición de textos como La princesa prometida), a los clásicos de la época romántica y el folletín en general.

La novela más satisfactoria de un autor fresco e innovador. ¿O de dos autores?

«Atención con Steven Brust. Es bueno, se mueve deprisa y te sorprende». — Roger Zelazny.

Lectulandia

Steven Brust

La guardia Fénix

ePub r1.1

Titivillus 11.03.15

Título original: *The Phoenix Guards*

Steven Brust, 1991

Traducción: Estela Ponisio

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para María, CB

Presentación

La creación de un mundo, con seres y sociedades imaginarias, es un recurso tan habitual como necesario entre los escritores de fantasía y ciencia ficción. Pero que ese «mundo» sea elegante y rico en detalles, poblado por criaturas y sociedades creíbles y lógicas, es un privilegio de muy pocos, entre los que, sin duda, podemos contar a Steven Brust. La sociedad dragaerana de sus novelas es a la vez compleja, sofisticada y, lo que es aún más importante, creíble.

*Al contrario que en otras novelas suyas donde el autor se explaya en su descripción, en *La Guardia Fénix* el lector descubre paso a paso la idiosincrasia de tan peculiar sociedad. En esencia, los dragaeranos (así los llama el autor en otras novelas, puesto que los personajes se llaman a sí mismos humanos) son bastante altos, de rasgos estilizados y tienden a vivir unos cuantos miles de años. Se podría pensar que ese tipo de características está un poco gastado, y más de uno verá planear en ellas la sombra del elfo tolkiniano. Nada más lejos de la realidad. Los dragaeranos (o al menos aquellos en los que el narrador centra su atención) tienden a dejarse llevar por sus emociones, ya sea en sentido caballeresco o por la más pura codicia, y forman una sociedad tumultuosa y nada lánguida. Esa sociedad está estructurada básicamente en diecisiete casas, ligadas cada una a un animal representativo al que el narrador hace continuas referencias. Todos los dragaeranos pertenecen a una u otra casa y eso modela su personalidad y condiciona su comportamiento hasta extremos casi dramáticos.*

Para explicar rápidamente las diecisiete casas, y en un intento de que esto sirva como referencia durante la lectura, reproduzco un poema de otra novela del autor:

El fénix se sume en la decadencia,
el altivo dragón matar ansia.

El lyom gruñe y baja el cuerno,
el tiassa sueña y nacen las conspiraciones.

El halcón observa desde su orgulloso vuelo,
el dzur acecha y se funde en la noche.

El issola impresiona con su elegante reverencia,
el tsalmoth se mantiene aunque no sabe cómo.

El vallista destruye y luego reconstruye,
el jhereg se alimenta de la caza de los demás.

El sigiloso iorich no olvida,
el astuto chreotha teje su nido.

El yendi se aovilla y golpea, invisible,
la orea describe círculos, poderosa y esbelta.

El asustadizo teckla se esconde en la hierba,
el jhegaala cambia a cada momento.

El athyra gobierna el intercambio de mentes,
el fénix resurge de sus cenizas, gris.

La obra principal de Steven Brust es su todavía incompleta serie de Vlad Taltos, en la que tiene proyectados un total de diecinueve libros y de la cual La Guardia Fénix es una precuela, aunque pueda ser leída sin problemas como novela independiente. De hecho, Brust se alejó mucho de su estilo habitual al escribir este libro en un intento de acercarse a los clásicos de aventuras de siempre. Quienes hayáis leído Los tres mosqueteros de Dumas no podréis por menos que notar su esencia a lo largo de toda la novela. El homenaje de Brust se hace especialmente evidente en la figura de Paarfi, ese pomposo personaje que ejerce de narrador y que, en ocasiones, llega a convertirse en el verdadero protagonista de la obra.

Como buen discípulo de Roger Zelazny que afirma ser, Brust exhibe en todas sus novelas un magnífico control tanto de la acción como, sobre todo, de los diálogos, desarrollando unas tramas a la vez complejas y elegantes. Siendo un escritor relativamente prolífico, Brust es poco conocido en nuestro país, con sólo tres novelas publicadas hasta el momento. Por desgracia, aquí nos hemos quedado varados en Moorcock, Leiber o Zelazny y no hemos seguido explorando mucho de lo que tiene para ofrecernos la fantasía, abandonándonos a las franquicias y aparcando el género en la estantería de «juvenil».

PAU CARLES

Agradecimientos

Mi agradecimiento a Dawn Kieninger por algunas traducciones, y a Betsy Pucci, que me ayudó en los aspectos médicos. A David Dyer-Bennet por mantener el engranaje en marcha, y a Dan Goodman por haberme permitido que le robara un par de líneas. Gracias también a Valerie Smith, que me alimenta y me impide pensar en los aspectos más deprimentes de la profesión de escritor. Mi más sincero reconocimiento al corrector de estilo v. Fleming y al corrector de galeras Don Keller por su excelente trabajo. Pido disculpas a Rich Adamski y a David S. Cargo, a los que agradezco que intentaran ayudarme en lo relacionado con la arquitectura palaciega.

Como siempre, estoy en deuda con los Escribientes: Emma Bull, Pamela Dean, Kara Dalkey y Will Shetterly; con mi director editorial, Terri Windling; y con Fred A. Levy Haskell. No tengo palabras para describir toda la ayuda y paciencia que me han brindado, ni lo divertido que es trabajar con ellos.

Gracias a todos.

STEVEN BRUST, P. J. F.

La guardia Fénix

Que versa sobre ciertos sucesos que acontecieron en el Año del Fénix
en la fase del Fénix
en el reinado del Fénix
del Ciclo del Athyra

Ofrecido a la Biblioteca Imperial
por la familia Torredesliz
de la Casa Halcón
en éste, el octavo día
del mes del Jheegala
en el Año del Lyorn
en la fase del Dragén
en el Ciclo del Fénix
en el Gran Ciclo del Dragón,
o en el Año Tricentesimonono
del glorioso reinado
de la emperatriz Zerika IV

Por sir Paarfi de Bosquerredondo
de la Casa Halcén
(sus armas, sello y estampa de linaje)

Presentado, como siempre,
con nuestros más humildes respetos
a lady Parachai del Bastén Rojo
con la esperanza de que merecerá su aprobación

Personajes

La corte

SU MAJESTAD TORTAALIK I: El Emperador
SU MAJESTAD NOIMA: La consorte imperial, esposa de Tortaalik
SU EXCELENCIA LYTRA E'TENITH: La Señor de la Guerra
G'AERETH: Capitán del batallón de la Bota Roja
LANMAREA: Capitana del batallón de la Faja Blanca
GYORG LAVODE: Capitán de los Lavode
DUQUE DE BUENACUNA: El discreto imperial
CONDE SHALTRE: Un consejero de Su Majestad
Su Señoría SEODRA: Una consejera de Su Majestad
LORD GUIRNALDA: El favorito

Casa Fénix

ILLISTA: La amada de Khaavren
ALLISTAR: Hermano de Illista

Casa Dragón

MARQUÉS DE CAMPOPIMIENTOS: Fallecido
UTTRIK E'LANYA: Hijo de Campopimientos
KATHANA E'MARISH'CHALA, Baronesa de Kaluma: Una artista
JENICOR E'TERICS: Quinta en la línea sucesoria al trono dragón
DIESEP E'LANYA: Un amigo de Jenicor
ADRON E'KIERON, duque de la Vigía Oriental: Heredero dragón al trono

Guardias de la compañía de G'aereth

AERICH

FANUIAL
FRAI
KHAAVREN
PEL
TAZENDRA
TUCI

Guardias de la compañía de Lanntarea

DEKKAAN E'TENITH
KURICH
SARGENTO LBOURU
REKOV
THACK
UILLIV

Casa Ierich

GUINN: Un carcelero

Casa Jhereg

CORRIS: El encargado de un garito

FAYAAVIK: Amigo de Seodra

TUKKO: Encargado de la posada La Cabeza del Martillo

Casa Teckla

SRAHI: Una sirvienta

YINI: Doncella de Jenicor e'Terics

MICA: Un campesino

Orientales

CRIONOFENARR: Cabecilla de un ejército oriental

RICARDO: Bibliotecario de la Biblioteca Zerika

Prefacio

En el que se comentan las fuentes del documento que sigue

Hace apenas cuatro décadas tuvimos el honor de que nuestra obra, *Hacia el inicio de un estudio de ciertos acontecimientos que contribuyeron a la caída del Imperio*, fuera rechazada por lord Tri'ari y el profesor Vrei, del Instituto. Hemos de decir que simpatizamos por entero con su deseo de que nuestro trabajo se amplié mediante la adición de ocho o nueve volúmenes antes de su publicación en la Biblioteca Imperial, con el objeto de aclarar ciertos detalles y de completar nuestros comentarios.

Sin embargo, si quien sostiene este bosquejo en las manos se preguntara cómo ha llegado a ocupar dicho lugar, deberíamos explicar que se trata de uno de los cuadernos de apuntes elaborados mientras nos preparábamos para la obra más extensa antes mencionada. No obstante, el profesor Vrei, que cierto día vio el cuaderno mientras comentábamos los volúmenes en cuestión y lo leyó sin demora, proclamó que, si bien no proporcionaba un estudio minucioso de ciertos aspectos de la vida cortesana antes del Interregno, al menos constituiría, según sus propias palabras, un «pasatiempo ilustrado».

Teniendo eso en cuenta, durante los últimos veintiún años hemos tenido el honor de refinar o, si se nos permite, «afilarse» los apuntes y prepararlos para la publicación que humildemente esperamos merezcan.

Por lo tanto, rogamos a nuestros lectores nos concedan la paciencia necesaria para que expliquemos brevemente cómo este peculiar cuaderno de apuntes o, si se quiere, borrador, salió a la luz.

Tal vez el lector^[1] haya tenido el placer de examinar la obra del profesor Kesselroi, *Los supervivientes de la Caída*. Si no fuera así, deseamos manifestar nuestro más ferviente deseo de que lo haga. En cualquier caso, fue para nosotros un placer y un honor leerla algunas décadas antes de su publicación, cuando su autor tuvo la amabilidad de enviarnos, por medio de nuestra común benefactora, Parachai, condesa de Torredesliz, una copia manuscrita, que devoramos con entusiasmo, ya que estábamos familiarizados con las anteriores obras históricas y poéticas del autor.

Nos llamó la atención la mención, en el sexagésimo tercero o sexagésimo cuarto capítulo, de un tiassa que «rehusó hablar de los acontecimientos» que desencadenaron la tragedia. La noción de un tiassa reticente es ya bastante llamativa

y, además, nos recordó de inmediato un pasaje en la nonagésimo tercera estrofa del poema de la señora Fomei, «Vuelve a mí, ciudad mía», en la que encontramos los versos: «Pero has sobrevivido, pues allá lejos / avanzando por la carretera silenciosa / donde te espera el callado tiassa / con el yendi y la gallarda Lavode».

Nos intrigaron tanto que, cuando el profesor Kesselroi se negó, con bastante razón, a identificar directamente al tiassa en cuestión, no pudimos menos que buscar y estudiar el poema entero. Y a pesar de no detectar otras referencias a un tiassa, sí que hallamos una, en la octogésima octava estrofa, a un tal Aerich, cuyo nombre se conservaba en nuestra memoria en relación con ciertos acontecimientos sucedidos casi quinientos años antes del Desastre y del Interregno.

Incapaces de detenernos en ese punto, buscamos todas las referencias posibles a Aerich y descubrimos que en realidad era un lyom, y que estuvo asociado a un yendi, a una señor dzur que al cabo de un tiempo se convirtió en una Lavode, y a un tiassa. Profundizando un poco más descubrimos el nombre del tiassa, y ulteriores esfuerzos, parte de los cuales son de una naturaleza de la que no estamos dispuestos a hablar, nos procuraron copias de su correspondencia, casi toda escrita a comienzos de su carrera, y que proporcionan la base principal de la obra que el lector tiene ahora en sus manos.

Por supuesto, solicitamos la indulgencia de nuestros lectores por haber empleado además otras fuentes. Muchos de los acontecimientos aquí descritos son del dominio público, y difícilmente podríamos pretender ser los únicos historiadores que han decidido hablar de ellos. Por añadidura, el yendi mencionado en el poema ha dejado tras de sí numerosos registros y misivas, algunos de los cuales, sin duda, son exactos, al menos en parte. Además, disponemos de otros informes que podemos emplear para dichas cuestiones, como la geografía del Palacio Imperial y de la ciudad de Dragaera; y muchos de los hechos han sido atestiguados por cronistas como el marqués de Casaviento y, en ciertos casos, por la propia Sethra Lavode.

También nos ocupamos de entrevistar al duque de Y————— y a la baronesa de D—————, cuyas memorias pusieron amablemente a nuestra disposición. Aun así, en su mayor parte fueron las notas de viaje efectuadas de tanto en tanto por el lyom, Aerich, y las cartas (nacionales y al extranjero) del propio tiassa las que nos han proporcionado estas observaciones sobre la vida imperial antes del Interregno.

Como nota final, desearíamos añadir que, aunque sólo sea para nuestra ilustración, nos proponemos continuar investigando las vidas de estos personajes. Todavía tenemos razones para creer que algunos de ellos pueden haber ejercido una influencia en los acontecimientos de la corte mayor que la señalada aquí, y que tal vez podría extenderse hasta el mismo Interregno.

Teniendo eso en cuenta, confiamos en que el lector obtenga algún disfrute de nuestra reseña o, si se quiere, cotejo de los hechos, quizá hasta tal punto que justifique la continuidad de nuestra investigación.

Libro
Primero



**En el que presentamos a varias personas a quienes, tal como
espera el autor, el lector deseará conocer mejor**

Sucedió que en el séptimo día de la primavera del primer año del reinado de Su Majestad Imperial Tortaalik I de la Casa Fénix, un joven caballero entró en un pequeño hospedaje de la aldea de Mercadonuevo, a unas sesenta leguas de la ciudad de Dragaera. La posada se llamaba Los Tres Fuertes, y el cartel representaba tres fortalezas altas con las puertas abiertas de par en par. El nombre derivaba de las fortalezas construidas durante la Guerra de los Barones, en la que el distrito había estado muy implicado, que podían verse desde el extremo oeste del pueblo.

La aldea (y, en consecuencia, la posada) estaba situada en el valle ancho que se encuentra entre los ríos Yendi y Bajo, una región renombrada por sus campos de trigo y maíz y por el aroma único de sus granjas de kethna. Si añadimos que Mercadonuevo estaba en esa parte del valle ubicada en el condado de Sorannah y dentro del ducado de Luatha, esperamos haber identificado el lugar con la precisión necesaria para satisfacer incluso a los lectores más exigentes.

En cuanto a la aldea en sí, ha de decirse que poco se distinguía de otras de la región. Por lo tanto, tenía: posada, talabartero, molino y graneros. No tenía hechicera, pero sí augur y sanador. No tenía acería, pero sí una herrería y un ruedero. No tenía almacén de embalaje, pero tenía ahumadero. No tenía alcalde, pero tenía Portavoz y Casa del Portavoz, un edificio bajo, el único de piedra del pueblo. Tenía una calle, que la mitad del año era de barro y el resto de la buena tierra negra del distrito. Estaba lo bastante próxima a la Carretera Imperial para que un coche llegara a la posada cada mañana y cada tarde, pero lo bastante alejada para ser un buen refugio de los pocos bandidos y piratas de carretera que se atrevían a desafiar a los hechiceros de la Guardia Athyra, retirados en los últimos tiempos debido al cambio del Ciclo del Athyra al del Fénix y a la coronación del emperador Tortaalik.

Aquel día era el decimotercero del reinado de Tortaalik, y ese reinado, el decimoctavo de la Casa Fénix. Las festividades inaugurales todavía durarían cuatro días más. De modo que el joven caballero encontró Mercadonuevo en un estado de celebración tranquila y serena.

Hemos de decir que el caballero de quien ahora tenemos el honor de volver a ocuparnos estaba polvoriento. En aquellos días, antes del Interregno, era fácil que el

caballero que viajaba a pie pareciera pobre. Sin embargo, éste era, con toda seguridad, de buena cuna. Tenía el pelo negro, largo y rizado, con raya al estilo de la nobleza; ojos castaño claro; y un rostro agradable, más bien alargado, que se distinguía por los surcos en la frente que evidenciaban una gran inteligencia y por la barbilla prominente que indicaba determinación y voluntad. A esos rasgos añádanse los pómulos altos, una nariz orgullosa y una tez clara, y se verá de inmediato que no sólo era un caballero, sino que además pertenecía a la Casa Tiassa, lo que se advertía por el color de su vestimenta allí donde ésta podía distinguirse, entre el polvo que llevaba a modo de cubierta exterior y, sin duda, también interior.

Vestía una túnica de algodón blanco con mangas abullonadas y ajustada en la cintura, y una ligera sobretúnica de lana de color azul pálido y anchas solapas. La túnica acababa en un faldón corto y acampanado, sin flecos ni borlas. Debajo usaba calzas del mismo tono de azul, y botas de piel de lyom sin teñir, de tacón bajo y puntera redondeada. Una cadena de eslabones planos alrededor de la cintura sujetaba una espada ligera de buena longitud. La cadena también sostenía una correa que iba desde la vaina hasta el cinturón y que evitaba que la espada rozara el suelo cuando caminaba, y un monedero en la otra cadera. El monedero, si se lo observaba atentamente, parecía algo anémico.

Era de estatura media, pero de buena complexión y aspecto atlético. No llevaba joyas ni sombrero, ya que se lo había arrebatado una ráfaga de viento dos días antes. Para completar nuestra descripción, que esperamos no haya hecho perder la paciencia a nuestros lectores, diremos que tenía la mirada clara y amistosa; el semblante, abierto; y la sonrisa, franca y agradable. Con todo ello y una buena espada se pueden conseguir muchas cosas, tal como nos proponemos demostrar en breve.

El tiassa, cuyo nombre era Khaavren, entró en la posada y se detuvo un momento para acostumbrar la vista a la oscuridad. A un lado había una mesa a la que estaba sentado el posadero a la espera de viajeros. Al otro había una amplia sala iluminada por lámparas de queroseno con cuatro largas mesas. A primera vista todas las sillas parecían estar ocupadas, pero una mirada más atenta revelaba algunos sitios vacíos en el rincón más alejado. Khaavren se abrió paso hasta allí, disculpándose con una sonrisa ante un jhegaala y un chreotha con los que no pudo evitar toparse. Como los festejos inaugurales proseguían y la expresión del tiassa era amigable, nadie se sintió ofendido, y pronto se encontró sentado en una silla corriente de madera de respaldo duro.

Al cabo de un rato localizó a un sirviente que parecía aprovisionar de cerveza de la casa a los clientes. Sin embargo, el sirviente estaba en otro extremo de la sala, por lo que Khaavren se relajó y se resignó a esperar pacientemente. Para entretenerse se puso a mirar a su alrededor; pasó por alto a los numerosos tecklas para fijarse en personas más interesantes. A su derecha se sentaba un hechicero de la Casa Athyra que bebía a solas, con la mirada fija en la taza y, suponemos, sumido en pensamientos profundos y sutiles. Junto a él había un vallista con la cabeza sobre la mesa que

roncaba ruidosamente. A la izquierda de Khaavren había una dama joven y atractiva de la Casa Dzur enzarzada en el juego del tres-cobre-barro con un lyom y dos halcones. Cuando la mirada de Khaavren estaba a punto de pasar de largo, la señor dzur se levantó de repente, con una mano en el espadón que llevaba al hombro. Varios pares de ojos se volvieron hacia ella, que miraba, ceñuda, a uno de los señores halcón. El halcón parecía haber palidecido súbitamente.

—Mi señora —dijo con voz chillona—, ¿qué os inquieta?

La dzur, como hacen siempre los dzur en presencia de alguien que se muestra atemorizado, dejó que una sonrisa se insinuara en sus labios.

—Muy sencillo, mi señor —dijo con voz potente—. Tengo un amuleto que me dio mi tío, lord Tuaral. —Hizo una pausa, evidentemente para observar si el nombre había producido algún efecto. Al ver que no, continuó—. El amuleto emite un ligero sonido, que sólo yo puedo oír, cada vez que se lanza un conjuro en las inmediaciones.

—No acabo de ver —dijo el halcón— en qué me concierne un amuleto que os dio vuestro tío.

—Ah, pronto lo veréis.

—¿Cómo?

—Es la cuarta vez que lográis tiradas muy difíciles. Dos veces habéis sacado tres tronos contra los dos orbes y el trono que me han salido; en una ocasión, habéis obtenido tres orbes contra mis tres tronos; y por último, después de mis tres orbes habéis sacado tres orbes seguidos de dos orbes y un trono.

—Es cierto —dijo el halcón—. Pero, ¿qué tiene eso que ver con el amuleto?

Khaavren, que veía las cosas más rápidamente de lo que el señor halcón simulaba hacerlo, contuvo la respiración y se inclinó hacia delante.

—Tiene que ver con el amuleto —replicó la dzur— porque en cada una de las tiradas que acabo de tener el honor de mencionar, he oído ese sonido. Si sólo hubiera sucedido una vez no le habría dado importancia. Me habría abstenido de actuar aunque lo hubiera oído dos veces. Pero cuatro... Vamos, mi señor. Me parece que cuatro veces son demasiadas.

—Creo que me estáis acusando —dijo frunciendo el ceño el señor halcón, que por fin pareció darse por enterado.

—Pues sí —dijo ella.

—¿Querríais representarme, mi señor? —preguntó él al otro señor halcón después de mirar a su alrededor.

—Será un placer —respondió aquél. Se volvió hacia la dzur y le preguntó—: ¿Tenéis padrino?

—Si este caballero es tan amable de actuar como juez, no será necesario —dijo ella, señalando al lyorn que estaba a su lado.

—¿Mi señor? —preguntó el segundo señor halcón volviéndose hacia el lyom.

Ahora bien: mientras tanto, los acontecimientos habían despertado el interés creciente de los que estaban alrededor, y llegó un momento en que casi todos los

presentes en la sala prestaban atención al intercambio de palabras. Pero el lyorn, uno de los jugadores, no había dado muestras de interés salvo por una ligera sonrisa apenada que le revoloteó por el rostro como un ladrón de día pequeño y rojo que cruzara el cielo de la tarde. No obstante, cuando se dirigieron a él se encogió de hombros.

—¿Acusáis? —dijo entonces con voz melodiosa y tranquila.

—Sí —respondió ella, moviendo la cabeza de manera que el pelo oscuro le voló de un lado a otro del cuello.

—¿Lo negáis? —preguntó el lyom, tras volverse hacia el segundo señor halcón mientras señalaba al primero.

Ambos se miraron y el acusado asintió.

—Lo niega —dijo el padrino.

—Pues bien —dijo el lyom. Vació el vaso de un trago y la garganta se le movió suavemente. Depositó el vaso con delicadeza y se levantó—. Tal vez en la calle —sugirió. Miró a su alrededor, y detuvo la mirada en Khaavren—. ¿Os importaría trazar el círculo?

Ahora bien: no seríamos fieles a nuestro papel de historiadores si no dijéramos que Khaavren era joven y, más aún, que provenía de una familia noble pero venida a menos en tiempos difíciles. Había recibido la mejor educación que su pobreza podía pagar, pero la Nobleza Caída, como se la comenzaba a denominar en aquella época, tenía por lo general escasa experiencia acerca de los usos de la corte e incluso de los de la aristocracia más próspera, aunque ansiaba adquirir ese conocimiento y experiencia. Un joven caballero como Khaavren no podía más que estar encantado ante una solicitud como ésa. Asintió.

Intentando recordar los detalles lo mejor que podía, salió a la calle que, por fortuna, era bastante ancha. Tomó nota del tamaño de la espada de la señor dzur, calculó la distancia entre el hostel y los establos del lado opuesto, y concluyó que bastaría. La labor le dio bastante trabajo, pues, además de otros factores, había estado viviendo apartado en el campo y, en sus noventa y cinco años, nunca había visto un duelo de cerca. Es verdad que una vez, de niño, atisbando por encima del muro de piedra que rodeaba su casa, había tenido ocasión de ver cómo su padre golpeaba a un vecino con la parte plana de la espada, pero aquello no tuvo casi nada que ver con un duelo, en el que las formalidades, como en la guerra, convierten en legales y correctas las heridas o la muerte infligidas a un semejante.

Mientras medía emergió la señor dzur, hablando con el padrino del señor halcón y decidiendo, al parecer, los términos del combate. El lyom iba tras ellos. Khaavren lo observó brevemente. Se fijó en el cabello corto, castaño y liso que, peinado hacia atrás, dejaba libre la frente amplia; en el rostro delgado, la barbilla y la boca pequeñas y la nariz ganchuda. Todo ello, junto con la tez oscura, identificaba al lyorn incluso sin tener en cuenta sus ropas. Era muy alto para ser de la Casa Lyorn y parecía ser guerrero, pues vestía botas de cuero suave, un blusón rojo liso y una falda marrón que

le llegaba a los tobillos. No llevaba armas a la vista, pero usaba un par de avambrazos de cobre o bronce.

El tiassa reanudó su tarea y desenfundó la espada. Halló un sitio para trazar la esquina y bajó la espada para comenzar a dibujar la línea. Lo interrumpió entonces una voz baja y suave junto a él.

—No, con la espada no.

—¿No? —preguntó mientras levantaba la vista y descubría al lyorn junto a su codo.

—Usad el cuchillo —dijo el lyom.

—¿Por qué? —preguntó Khaavren.

—¿Vuestro nombre? —dijo el lyom con una sonrisa triste.

—Khaavren de Rocacastillo.

—Aerich —dijo el lyom señalándose con un gesto.

—Pero —dijo Khaavren— lo de la espada...

—Aquí está vuestro honor —dijo Aerich señalando la punta del arma—. Jamás debe tocar el suelo. Usad el cuchillo.

Khaavren miró a Aerich un momento, intentando averiguar si el lyom bromeaba. Sin embargo, pensó que Aerich era el juez. Enfundó la espada, sacó la daga y trazó una línea a través de la calle, otra a lo largo del borde, de dos veces diecisiete pasos de longitud, cruzó otra vez la calle y volvió al punto de origen para completar el rectángulo. Enderezó la espalda con cierto alivio y alzó la vista hacia Aerich, que asintió solemnemente.

Aerich se volvió y con un gesto indicó a los combatientes dónde debían situarse. La señor dzur se quitó el jubón, lo dobló con cuidado y lo depositó en la calle, fuera del perímetro. Desenvainó la espada que llevaba a la espalda. El arma parecía casi de su misma altura, y sin embargo no aparentaba tener problemas para esgrimirla. El halcón llevaba una espada ancha y corta, y una daga en la otra mano.

—Las condiciones —dijo Aerich mirando al padrino del señor halcón.

El otro halcón frunció el ceño.

—Hemos acordado...

—Establecedlas en voz alta, por favor —dijo Aerich.

El señor halcón asintió.

—Armas corrientes de acero, espada y daga; a primera sangre; sin la presencia de un sanador, aunque se podrá llamar a uno nada más concluya el duelo.

Aerich interrogó con la mirada a la señor dzur que, aunque parecía disgustada, asintió. El lyorn se situó entre ambos, de manera que quedaron a cinco pasos de él y a diez pasos el uno del otro. Levantó la mano.

—En mi calidad de intermediario imperial escogido por vosotros, y de acuerdo con las leyes del Imperio, pregunto si no deseáis reconciliaros. —Su tono de voz indicaba cierta falta de interés en la respuesta.

—No.

—No.

—De acuerdo —dijo, y bajó la mano en un movimiento a la vez grácil y repentino.

Tanto el halcón como la dzur parecieron sobresaltarse, pero la dzur se recobró primero. Con un alarido saltó sobre su enemigo, la espada visible sólo como una ráfaga. El señor halcón apenas si tuvo tiempo de adoptar una postura defensiva y enseguida se oyó el chasquido del acero contra el acero, que produjo un estremecimiento en el corazón de Khaavren.

El halcón retrocedió y blandió la espada con fiereza. Por lo que Khaavren pudo ver, el gesto fue inútil. La dzur sonrió despectivamente y avanzó. Para el ojo sin experiencia aunque perspicaz de Khaavren, se movía con una gracia y fluidez que la habrían constituido en digna oponente de su maestro de esgrima.

Al siguiente paso apartó de un golpe la espada del halcón y con el mismo movimiento le infligió un buen corte desde el hombro derecho hasta el pecho. El sonido que surgió de su garganta fue más un chillido que un gemido mientras caía de espaldas, con la punta de la espada aún alojada en el pecho. Le había roto dos costillas y casi abierto los pulmones.

Al señor halcón se le cayeron las armas de las manos mientras yacía en el suelo. Alzó una mirada de espanto cuando la dzur le extrajo la espada y la levantó para asestar el golpe mortal.

—¡Señora! —gritó Aerich en un tono mucho más cortante del que Khaavren habría podido imaginar en el apacible caballero. Tuvo efecto, además, pues la señor dzur se detuvo, lo miró, suspiró y asintió.

—Ah, sí —dijo con un atisbo de desprecio en su voz—. A primera sangre.

Le dio la espalda al señor halcón caído y volvió a la posada, deteniéndose sólo para limpiar la hoja y recuperar el jubón. El padrino del halcón se acercó a su representado y se arrodilló para observar la herida.

—¡Un sanador! —gritó.

Mandaron llamar al sanador del pueblo en su calidad de tal, y Khaavren volvió a la posada tras Aerich. Se sentaron en el mismo rincón que antes, junto a la dzur, que ya había vuelto a ocupar su sitio con una expresión que indicaba que la batalla de la que acababa de salir victoriosa no merecía siquiera mencionarse. Aerich cogió las tres piezas de cobre con las que habían estado jugando, las arrojó al aire, observó el resultado y colocó descuidadamente dos orbes de plata.

—¿Con sólo dos jugadores? —preguntó la dzur mientras juntaba las ganancias del señor halcón, que habían quedado en la mesa, con las suyas. Khaavren la estudió por primera vez. El cabello y los ojos eran muy negros; el pelo le caía, liso, hasta bien debajo de los hombros, sin un solo rizo. Tenía los pómulos altos y la mirada altiva y centelleante de la Casa Dzur. Era tan alta como él, de tez oscura. La nariz era larga y recta; la barbilla, robusta. Llevaba un jubón negro de un lino finamente tejido, que le llegaba justo debajo de la cintura. El cuello del jubón era alto, pero sin gorguera. Las mangas eran casi tan abullonadas como las de Khaavren, con un toque de encaje

blanco en los puños. Los botones aparentaban ser de oro, taraceados en un estilo que parecía serioli. El cinturón de cuero negro era ancho, con botones de bronce. No podía verle las piernas, pero la memoria le decía que las calzas eran de un fino tejido de seda. Llevaba unas relucientes botas negras que le llegaban justo hasta las rodillas. En torno al cuello tenía una cadena de plata de la que pendía un colgante con el rostro de un dzur.

Aerich se encogió de hombros e interrogó a Khaavren con la mirada.

—Lord Aerich —dijo Khaavren, sintiendo que se ruborizaba—, yo no juego. —Aerich lo estudió y, sin una palabra, colocó varias monedas que tenía frente a él delante de Khaavren—. Mi señor —continuó Khaavren, mientras intentaba decidir si debía sentirse ofendido al quedar en evidencia su falta de fondos—. No podría...

Aerich lo interrumpió con una sonrisa y meneó la cabeza. Señaló las tres monedas de cobre.

—Dos orbes y un trono —dijo. Indicó las monedas que había colocado en medio de la mesa—. Dos —añadió.

Khaavren se tragó el orgullo y empujó dos orbes de plata hacia el centro de la mesa. La dzur ya había hecho lo mismo. Aerich le pasó las piezas a Khaavren, que las recogió con torpeza. Se humedeció los labios y las arrojó a medio metro de altura. Cayeron con el sonido agudo y tintineante del cobre ligero; dos de ellas mostraban el orbe y una el trono, lo mismo que Aerich.

—Empate —dijo la señor dzur.

—Ummm —dijo Khaavren esforzándose por recordar lo poco que sabía del juego—. Me planto.

La señor dzur tiró a continuación, pero no pudo superar la apuesta y quedó fuera del juego. Aerich tiró y tampoco lo consiguió. Se encogió de hombros y pasó una mano por encima de la mesa indicando que se plantaba.

Khaavren tiró y salieron tres tronos. Miró a Aerich, que asintió. Khaavren recogió la plata. La dzur le sonrió.

—¡Traednos vino, por el Orbe! —pidió la señor dzur en voz alta—. No puedo estar a la vez sin un penique y muerta de sed, ¿eh? ¿Cómo te llamas, amigo? —añadió dirigiéndose a Khaavren—. Yo me llamo Tazendra —le informó, cuando él hubo dicho su nombre. Aerich la miró de un modo peculiar, sólo por un instante, pero no dijo nada. Khaavren advirtió la mirada y se sintió picado por la curiosidad.

Continuó el tintineo de monedas, y la pila de plata que Aerich le había dado a Khaavren comenzó a disminuir. Hay que señalar que Khaavren no se preocupaba apenas, pues para empezar el dinero no era suyo. Guardaba en su monedero unos diez orbes de plata y no tenía intención de utilizarlos de esa forma. Por lo tanto, no podía más que ganar. Y advirtió que si la fortuna le sonreía podría comprarse un caballo. Puede que no abreviara por ello el viaje, pero al menos sería más cómodo.

—Lady Tazendra —dijo Khaavren mientras jugaban, dirigiéndose a la dzur, que era, con mucho, la más comunicativa de los dos—, ¿qué os ha traído por aquí?

—¿Eh? —dijo ella—. Vivo cerca. Mi... —Hizo una pausa—. Mi casa está a unas leguas —añadió.

Khaavren se mordió el labio. Le parecía que había estado a punto de decir algo más.

«Ah, ya veo —se dijo, recordando la extraña mirada que había pasado por el rostro de Aerich—. Eres, sin duda, la hija del señor de estas tierras, y nuestro amigo el lyorn lo sabe, pero quieres mantenerlo en secreto. Muy bien, a ver si descubrimos la razón que se oculta tras tu reticencia».

Hemos de aclarar que Khaavren poseía una de esas mentes inquisitivas, curiosas, que a una persona más seria o estudiosa la llevan a trabajar en alguna de las ramas de la magia más extrañas y esotéricas o tal vez al descubrimiento de conjuros inimaginables. Sin embargo, al ser tiassa no tenía vocación para ello. Aun así se sentía intrigado, y resolvió descubrir todo lo que pudiera acerca de la dama que decía llamarse Tazendra. No obstante, su expresión no dejó traslucir nada de todo ello cuando se volvió hacia Aerich.

—¿Y a vos, mi señor? —le preguntó—. ¿Qué os trae por aquí?

Su mirada penetrante notó que también Tazendra parecía mostrar curiosidad, por lo que dedujo que, aunque Aerich sabía algo acerca de Tazendra, ella no sabía nada de él.

—¿Yo? Bueno, estoy aquí... porque estoy aquí —se limitó a decir el lyorn, meneando la cabeza—. Es vuestro turno, mi buen marqués.

—Sí, y... Pero, un momento, creo que me habéis llamado «marqués».

—Pues sí —dijo Aerich.

—¿Cómo lo sabíais?

—Habéis dicho que os llamáis Khaavren —respondió Aerich encogiéndose de hombros, un gesto que parecía gustarle.

—Bueno, ¿y qué?

—Khaavren es el mayor distrito del condado del Bajío.

—¿Y?

—El conde del Bajío siempre otorga a su hijo mayor uno de sus distritos y el título de marqués.

—¿Pero el Imperio compró el condado del Bajío hace casi mil años! —exclamó Khaavren.

—Aun así, no ha sido concedido en feudo a nadie. Por lo tanto, como podéis ver, tenéis derecho al título.

—¿Y adonde vais? —intervino Tazendra antes de que Khaavren pudiera seguir con su argumentación.

—¿Eh? A Dragaera, por supuesto. Con un fénix en el trono, habrá plazas en la Guardia; creo que podría conseguir una.

Aerich frunció el ceño.

—¿En la Guardia? —dijo Tazendra—. ¿Por qué?

—Me sorprende que una dzur lo pregunte —dijo Khaavren—. Difícilmente puedo vivir de unas tierras que ya no poseemos, y algo tengo que hacer. Creo que mi espada es suficientemente larga y estoy bastante familiarizado con su uso.

—Pero la paga, según me han dicho...

—Es mala, ya lo sé. Pero es sólo para empezar. ¡Por el Orbe! No pienso ser un simple soldado toda la vida.

—No obstante, tendréis que competir con dragones.

—Tanto mejor —dijo Khaavren—. Deben de tener muchos dragones, pero pocos tiassas. Como comprenderéis, voy a destacar. Alguien reparará en mí; tendré la oportunidad de sobresalir y así forjaré mi reputación.

—Vaya —dijo Tazendra, con los ojos muy abiertos—. Creo que el plan no puede fallar.

—Desde luego, la carrera de las armas es digna de alguien de buena cuna —dijo Aerich, con un gesto de asentimiento.

—Ayer mismo estuvo aquí un joven guardia —dijo Tazendra—. ¿No es así, buen Aerich?

—No sería tiassa —exclamó Khaavren alarmado.

—No lo sé —dijo Tazendra.

—Era yendi —dijo Aerich.

—¡Un yendi! —dijo Tazendra.

—Así es —dijo Aerich.

—¡Bah! ¿Cómo lo sabes?

—Por el Fénix, podría asegurar que no era teckla; la buena cuna no puede ocultarse. Y tampoco jherreg: lo hubiera oído. Todos los miembros de las Casas pueden identificarse por los rasgos y la vestimenta, salvo los yendis.

—Me alegro —dijo Khaavren—. No hay peligro de que un yendi me quite el puesto.

—Sin embargo —dijo Tazendra—, ¿por qué querría un yendi incorporarse a la Guardia Imperial?

—Ah, si lo veo se lo preguntaré —dijo Khaavren, a quien, al hablar de sus planes, comenzaba a embargarle el deseo de llegar a su destino.

—Sí —dijo Tazendra—. Lo buscaremos y se lo preguntaremos.

—Discúlpame, pero me parece que has hablado en plural —se extrañó Khaavren.

—Pues sí —respondió Tazendra.

—¿Ingresarías en la Guardia?

—Por el Orbe, ¿y por qué no? Tu plan me parece bueno.

—Creo que lo es.

—Por lo tanto, lo suscribo. ¡Vamos! Tengo dinero, si es que nuestro amigo el lyorn no acaba ganándomelo todo, y puedo pagar un coche para ambos.

—¡Ah! —dijo Aerich—. Has dicho «ambos».

—Sí, ¿por qué?

—Ambos significa dos, me parece.

—Yo también opino lo mismo, buen Aerich.

—Vaya, creo que somos tres.

—Entonces, ¿quieres decir que vendrás con nosotros? —exclamó Khaavren alegremente, pues mientras jugaba había empezado a admirar cada vez más la frialdad del lyom.

—Me has entendido a la perfección —dijo Aerich.

—Venga —dijo Tazendra—. ¡Brindemos por el plan!

—Brindemos más bien por nuestra amistad —dijo Aerich.

En eso estuvieron todos de acuerdo y lo pusieron en práctica sin pérdida de tiempo.

«Vamos, Aerich —se dijo sin embargo Khaavren—, aquí hay algún misterio. Y lo descubriré a su debido tiempo».

Sin embargo, mientras bebían el vino oscuro y dulce de la comarca, Aerich parecía tan agradable, por más que seguía sin hablar mucho, que hacia la tercera botella la desconfianza que Khaavren pudiera haber sentido se desvaneció para no volver jamás.



En el que nuestros amigos emprenden un viaje que, al contrario de lo que cabría suponer, no carece de incidentes

En la época acerca de la cual tenemos el honor de escribir había unos seis tipos de coches en el Imperio. En las grandes ciudades, los coches de uno o dos caballos, que permitían el transporte por calles y callejuelas, a menudo no eran más que simples armazones de madera blanda con cajas cuadradas clavadas en la parte superior, muy bien decorados pero mal contruidos. En el otro extremo se encontraban los carruajes de propiedad y construcción privadas, como el famoso coche de veintidós caballos de Lothinor, duque de la Aguja Superior, de madera negra con refuerzos de hierro; con una caja de roble, arce y plata de seis compartimentos, cada uno con puerta propia; y seis juegos de ruedas, cada uno con freno independiente. Su conducción requería el concurso de tres cocheros expertos, y era capaz de alcanzar tal velocidad que casi conseguía atravesar de un salto el acantilado Solitario de las montañas de Kanefthali.

El coche en el que se encontraban nuestros amigos a la mañana siguiente, temprano, se hallaba exactamente entre ambos extremos. Estaba contruido sobre excelentes tirantes de arce con el refuerzo adicional de unos buenos flejes de hierro; en ellos se habían colocado largas piezas de cuero sobre las que descansaba la caja, para que los pasajeros se sintieran cómodos durante las prolongadas tribulaciones del viaje. Su amplitud permitía que ocho personas, es decir, cuatro a cada lado, viajaran muy cómodas, con espacio para que todas estiraran las piernas, una bendición durante los viajes largos. Encima de cada pasajero había un pequeño armario provisto de varios vinos de diversa graduación y dulzura, además de buen pan, fruta y carne seca. El equipaje estaba ingeniosamente colocado sobre la caja, detrás del cochero, rodeado de una barandilla de roble que evitaba que se deslizara y se cayera sobre el conductor o a la carretera.

El conductor, un teckla hosco con la indumentaria negra que distingue a los cocheros desde que los cocheros existen, tiró descuidadamente la maleta de Khaavren sobre el techo, seguida del pequeño morral de Aerich. Por lo visto, Tazendra no llevaba equipaje. Khaavren y Tazendra se quitaron las espadas y las colocaron dentro, al alcance de la mano. Sobre el coche de madera caía una lluvia ligera pero sostenida, típica de la región en esa época. El conductor ayudó a los pasajeros a subir por la escalerilla de hierro y a entrar, cerró la puerta y recogió la escalerilla, dejándola sujeta

de nuevo a la única puerta hasta que fuera necesaria otra vez. Trepó a su puesto y dejó que los pasajeros se presentaran ellos mismos como quisieran.

El carruaje salió rodando suavemente del patio trasero de la posada, con Khaavren sentado junto a una ventanilla, Aerich junto a la otra y Tazendra entre ambos. Frente a ellos se encontraban los otros ocupantes del coche, un hombre y una mujer. Ambos vestían los colores blanco y verde de la Casa Issola, tenían el cabello y los ojos castaño claro como la mayoría de los issolas, y el caballero incluso llevaba un issola grabado sobre el anillo del dedo meñique de su mano izquierda.

Según el parecer de Khaavren, el caballero era bastante agradable; es decir, sus movimientos eran lentos y diestros, sonreía con las dos comisuras de la boca a la vez, tenía dedos largos y gráciles, y su actitud era espontánea y relajada.

Hemos de añadir, con el objeto de que no se nos reproche la omisión de detalles importantes para que el lector comprenda los acontecimientos posteriores, que la dama parecía poseer todos los atributos de belleza, gracia y encanto que provocan que los latidos del corazón de un joven se aceleren y se le agudice la mirada para no perderse ni la más mínima expresión ni gesto. Apenas si será necesario agregar que Khaavren era precisamente el tipo de persona que apreciaría todas esas cualidades; es decir, era joven y era un hombre, y poseía, además, una imaginación rica que conseguía penetrar, si no en la mente de la dama frente a él, al menos sí en los pliegues y prominencias de su vestido.

—Buenos días —dijo Khaavren—. Por lo visto viajaremos juntos. Me llamo Khaavren, y éstos son mis amigos, Aerich y Tazendra.

—Que tenga usted también un buen día —dijo la dama—. Soy Nylissit, y él es mi marido, Hrivaan. —Hrivaan saludó amablemente con un gesto, reclinó la cabeza contra el bien acolchado respaldo del asiento y cerró los ojos. El ánimo de Khaavren se hundió al oír la palabra «marido», aunque ocultó su decepción—. Mi esposo —continuó la dama a modo de explicación— está muy fatigado a causa de los festejos de anoche; estuvimos en Vistaestanque, a pocas leguas de aquí.

Khaavren asintió.

—Nosotros tampoco lo pasamos mal anoche. ¿Harán, como nosotros, todo el viaje hasta la ciudad de Dragaera?

—Así es —dijo ella—. Hemos aceptado un puesto en el Servicio Diplomático de Su Majestad.

—Ah —dijo Khaavren—. Qué suerte.

—Desde luego —dijo Nylissit—. Es una suerte. Mi primo conoce a Su Majestad desde hace unos años.

—Espléndido —dijo Khaavren—. Nosotros también intentamos servir a Su Majestad Imperial, ya sea en el cuerpo de guardia de la ciudad, en los Exploradores o quizá en el mismo ejército.

—¿De veras? —dijo ella—. Sin embargo, ninguno pertenecéis a la Casa Dragón.

—Tanto mejor —dijo Khaavren, y explicó su razonamiento, apoyado de tanto en

tanto por los comentarios de Tazendra. La conversación derivó rápidamente hacia el comentario de los temas de actualidad y las predicciones sobre el reinado del nuevo emperador. Los tres pasaron así la primera etapa del viaje en amistosa camaradería, mientras Aerich contemplaba el paisaje y Hrivaan dormitaba.

Se detuvieron en una posada junto a la carretera para la comida de primeras horas de la tarde, consistente en pan de maíz y las salchichas de kethna de la zona, insípidas pero que conseguían satisfacer el hambre. Durante la comida, la pareja salió a dar un paseo alrededor de la posada para contemplar el paisaje rural, dándole así a Khaavren oportunidad de preguntar a Aerich qué opinaba de sus dos compañeros.

—¿Qué opino? —dijo Aerich—. Me extraña que lo preguntes. ¿Qué piensas tú?

—Bueno, creo que son unos issolas muy raros.

—Ah, ¿y qué te hace pensarlo?

—Por lo que respecta a él, ¿qué issola preferiría dormir en lugar de conocer gente nueva y mantener una agradable conversación?

—Una buena observación —dijo Aerich—. ¿Y ella?

—En cuanto a ella, bien, ¿no has observado, hace un momento, que le asomaba un mechón de pelo dorado bajo el castaño?

—No, no me fijé en eso, buen Khaavren. Tienes ojos penetrantes.

—Hablando de ojos —dijo Tazendra.

—¿Sí? —dijo Khaavren—. ¿Hablando de ojos...?

—¿Habéis observado por casualidad los ojos del caballero cuando los abrió por primera vez al detenernos aquí?

—No —dijo Khaavren—. ¿Qué les pasa?

—Bueno, cuando los abrió por primera vez, habría dicho que eran de color dorado, como los que se ven en la Casa Fénix o en las pinturas de ciertos artistas que desean representar pureza de carácter sin preocuparse por la exactitud.

—Sin embargo —dijo Khaavren—, a mí me pareció que sus ojos eran castaños.

—En efecto —dijo Tazendra—. Es eso lo que me sorprendió. Y estoy segura de que, al mirarlos por segunda vez, realmente parecían castaños. No obstante, en ese mismo momento oí el sonido que hace mi amuleto cuando detecta un hechizo.

—Bien —dijo Khaavren a Aerich—, ¿a qué conclusión llegas tú?

—¿A qué conclusión llego? —dijo el lyom—. A una sola: cualquier hechicero puede cambiarse el color de los ojos, y cualquiera puede usar la ropa que desee, y cualquiera puede ponerse una peluca, y cualquiera puede llevar un anillo. Pero sólo un fénix puede tener el aire de majestad que observo en ambos.

La conversación fue interrumpida en ese punto por la llegada de la pareja en cuestión. Al cabo de un momento el cochero teckla salió de la cocina secándose la cara con la manga de su sucia túnica negra, y se pusieron en marcha otra vez. La comida parecía haber restablecido por completo al que se hacía llamar Hrivaan. Continuaron con la conversación como si no hubiera existido ninguna interrupción, esta vez con la colaboración de Hrivaan, que aportaba sus ideas acerca del reinado

fénix que se iniciaba.

—Nosotros, los que servimos al Emperador —dijo—, debemos ser fuertes desde el principio para combatir las tinieblas el mayor tiempo posible.

—Vamos —dijo Khaavren—. ¿Habláis de tinieblas?

—Así es —dijo el otro.

—Decidme a qué os referís, entonces.

—Bueno, sólo a esto: ¿no pertenece Su Majestad Imperial a la Casa Fénix?

—Por supuesto.

—¿Y no representa el fénix tanto el renacimiento como la decadencia?

—Pues sí, así es.

—¿Y no es cierto que todos los emperadores fénix, excepto Zerika I, que fundó el Imperio, decayeron y comenzaron a practicar artes perversas y a descuidar el Imperio, hasta que al final fueron desplazados por el cambio de Ciclo y el advenimiento del Dragón?

—Bueno, por lo visto es verdad.

—¿Y no es ésta la decimoctava vez que la Casa Fénix toma el Orbe? Es decir, la primera vez al cabo de un Ciclo completo.

—Sí, desde luego.

—Pues entonces, es evidente que con este emperador puede suceder lo mismo que con los demás, si no algo peor, y que el Imperio se descuidará y casi será su ruina.

—¿Vos creéis? Quizá, como empezamos un nuevo Ciclo, tengamos un emperador fénix muy parecido al primero, del que no puede decirse nada malo.

—Bien, tal vez tengáis razón, pero me parece probable que el fin de este reinado fénix sea, en realidad, el peor de toda nuestra larga historia.

—¿Y si fuera así?

—Entonces nos corresponderá a nosotros, los que servimos a Su Majestad, mantener a raya la oscuridad todo lo que podamos.

—Señor, estáis casi en lo cierto —dijo Aerich apartándose de la ventana e interviniendo antes de que Khaavren replicara.

—Ah, habéis dicho «casi».

—Sí.

—Pero entonces, ¿me he equivocado en algo?

—En un detalle pequeño pero significativo, mi señor.

—Bien, decidme en qué.

—Dijisteis que servíamos al Emperador.

—¿Y?

—No es así.

—¿No es así?

—No.

—Entonces...

—Más bien, servimos al Imperio. La distinción es sutil, pero, como podréis daros

cuenta, significativa.

—Bien dicho, buen lyorn —rio Nylissit, mientras Hirvaan fruncía el ceño como si ese planteamiento fuera nuevo para él—. Razonáis como un athyra, aunque habláis como un dragón, directo al grano. Nada más apropiado teniendo en cuenta que ahora comienza un reinado situado precisamente entre esas dos Casas.

—Habéis hablado como una issola —dijo Aerich inclinando la cabeza para agradecer el cumplido.

Si Khaavren percibió el matiz irónico de sus palabras fue sólo porque lo buscaba y había llegado a interpretar el talante del lyom bastante bien, considerando que se conocían desde hacía poco.

Se quedaron durante un rato en silencio. Durante ese intervalo, Khaavren se fijó en Tazendra, que, después del cambio de sitios tras la comida, se había sentado junto a la ventanilla y al lado de Khaavren, que estaba en el medio, bien situado para observar a la dzur, que se hallaba, a su vez, bien situada para observar los campos y prados de Sorannah que iban pasando lentamente.

—Mi buena Tazendra —dijo por fin Khaavren—, me ha parecido oír que suspirabas.

—¿Y qué, si fuera así?

—Si no me equivoco, es la tercera vez que lo haces en pocos minutos.

—Es posible.

—Soy muy curioso, de modo que dime por qué suspiras.

—Es la primera vez que dejo mi hogar, buen Khaavren, y creo que echaré de menos los árboles espina, el canto de los sígueme y el capullo de vela, que sólo crece allí.

Khaavren la comprendía muy bien, pues ideas parecidas le habían pasado por la cabeza varias veces desde que dejara su casa. Reparó en que Nylissit daba un pequeño brinco al oír a Tazendra, como si se hubiera pinchado con una aguja dejada descuidadamente por una doncella, y que al mismo tiempo Hirvaan se había llevado de repente la mano al pecho, como para asegurarse de que seguía sujeto a sus hombros o, pensó el tiassa, como para asegurarse de que algo oculto bajo la túnica seguía en su sitio. No obstante, Khaavren simuló no darse cuenta y se limitó a murmurar frases de consuelo a Tazendra.

Consideró la frase que había causado la reacción simultánea de sus compañeros de viaje, y resolvió que se había producido ante la mención de las palabras «capullo de vela». Ahora bien: Khaavren también procedía de esa región, la única donde podía encontrarse el capullo de vela.

—¿Por casualidad habéis visto alguna vez el capullo de vela? —dijo enseguida, dirigiéndose a ambos—. Es una flor pequeña, aunque notable a su manera.

—Bueno, no —dijo Nylissit sin inmutarse—. Nunca la he visto.

—Sólo crece en la ladera oriental de una colina o un valle —dijo Khaavren, observándolos con detenimiento—. Y siempre cerca de una corriente de agua, aunque

nunca demasiado cerca. El tallo es verde pálido y llega hasta la altura de la rodilla de un hombre. En otoño cada planta produce unas pequeñas bayas color púrpura, ácidas y jugosas. Sin embargo, lo más notable, amigos míos, es el color. En la parte superior de cada planta hay, a principios de primavera, un pequeño capullo que por la mañana es amarillo brillante y a medida que avanza el día va cambiando de color, pasa al naranja y por fin a un rojo intenso. Pero la cosa no acaba ahí, pues cuando es noche cerrada el capullo tiene luz propia, y entonces hay valles enteros que resplandecen en la oscuridad, tan bien iluminados que se pueden encontrar los pequeños senderos que dejan el antílope y el tsalmoth. Es una pena que no tengamos más tiempo, porque justo ahora están en flor.

—Debe de ser una flor muy notable —dijo Hrivaan—. Pero vamos, no será ése el único rasgo poco habitual de la zona. ¿Qué otra cosa crece por aquí que sea digna de mención?

Esa pregunta les llevó a una charla sobre la historia y el carácter de Sorannah que ocupó el resto de ese día de viaje y continuó al siguiente. En las horas posteriores, mientras hablaban de muchas cosas, como han de hacerlo los buenos viajeros, no volvieron al tema del capullo de vela, y ni Hrivaan ni Nylissit mencionaron su propia historia.



En el que, al llegar a la ciudad de Dragaera, nos presentan a un notable personaje de la Guardia Imperial

La llegada propiamente dicha de Khaavren, Aerich y Tazendra a la ciudad de Dragaera, por la mañana temprano, ocurrió sin incidentes destacables. Se despidieron cortésmente de sus compañeros de viaje, que, a pesar de que parecían tener mucha prisa por dedicarse a sus asuntos, devolvieron los cumplidos casi tan bien como los issolas que simulaban ser.

El coche se detuvo en una calle estrecha, y lo rodearon chiquillos de la Casa Teckla que mendigaban una moneda al conductor y los pasajeros. En esa ocasión se vieron decepcionados, pues el cochero los ahuyentó antes de que ninguno de los viajeros pudiera darles la limosna que le viniera en gana. Una vez los chiquillos y los supuestos issolas se hubieron marchado, Tazendra y Khaavren observaron detenidamente los alrededores. A un lado de la calle había pequeñas estructuras de madera y piedra, casi todas parecían ser el hogar de dos o tres familias, salvo una que exhibía el emblema con la nuez y la uva pasa de las tiendas de comestibles. Al otro lado los edificios eran más altos y oscuros, de ladrillos, y en uno de ellos se anunciaba una posada.

—El Palacio Imperial está en aquella dirección —dijo Aerich.

—Bien —dijo Khaavren—. Vamos para allá; pues sinceramente os digo que haber llegado una semana antes de lo que esperaba, gracias a vuestra cortesía, no ha hecho más que aumentar mi deseo de ingresar en la Guardia cuanto antes.

De modo que sin más palabras emprendieron la marcha, ocupando casi todo el ancho de la calle. Khaavren iba del brazo izquierdo de Aerich y del derecho de Tazendra. Caminaron casi a ritmo de marcha por la calle larga y curva. A ambos lados aparecían posadas, tiendas y casas, aunque Khaavren se percató de inmediato de la falta de instalaciones para caballos; según supo más tarde, los establos estaban prohibidos en las cercanías del Palacio Imperial, a causa de los olores que despedían y los insectos que atraían.

Casi todas las estructuras de esa zona se habían construido cuando estaba de moda la Escuela Idílica de la Casa Vallista, como evidenciaban los pasajes con bóvedas semicirculares, los amplios patios cerrados y la imposibilidad de distinguir entre un soporte cuidadosamente disimulado y un ornamento. Además, a medida que se acercaban a la zona de la ciudad dominada por el Palacio Imperial, se dieron

cuenta de que no había edificios de madera a la vista, sino que más bien todo era de piedra primorosamente cincelada. Khaavren miraba maravillado a su alrededor hasta que, al pasar ante un gran edificio blanco con un cartel que anunciaba «El Combatiente», sintió que Aerich le sujetaba el brazo, lo que interpretó como señal de detenerse, señal que pasó simultáneamente a Tazendra.

—¿Sí? —le dijo a Aerich.

—¿Es él? —preguntó el lyorn a Tazendra, acompañándose de un gesto.

—Por las botas de Kieron, creo que sí —respondió ella mientras se inclinaba hacia delante.

—¿Quién? —preguntó Khaavren—. ¿Aquel tipo pequeñito de túnica dorada que está hablando con la chreotha?

—El mismo —dijo Tazendra.

—¿Qué hacemos? —preguntó Aerich.

—Vamos a saludarlo —dijo Tazendra.

—Sí, claro —dijo Khaavren.

—Muy bien —dijo Aerich.

Se dirigieron rápidamente hacia él. Pero mientras se aproximaban se volvió y no los vio. Cuando ya estaban muy cerca, pudieron oírlo hablar con voz firme aunque agradable.

—Mi querida señora —le decía a la chreotha—. El corte reglamentario está muy bien, sin duda, pero comprenderéis que una media túnica que me llega sólo a los muslos no me quedará bien. Os lo ruego, hacedla sólo un poquito más larga, y os prometo que no sucederá nada malo. Al contrario, a mi capitán le complace que sus guardias tengan buen aspecto, ya que su imagen desmerece si alguien de su regimiento llama desagradablemente la atención. Es lógico, ¿verdad?

—Mi señor —dijo ella—, vuestro argumento es muy convincente. Pero os aseguro que me han dicho, y además en los términos más estrictos, que... —Entonces se interrumpió, no porque viera aproximarse a los tres amigos, sino a causa del sonido de las monedas tintineando sobre la mesa donde ocupaba su puesto delante del edificio que compartía con muchos otros comerciantes, artesanos y pordioseros que servían al Palacio Imperial de diversas formas.

La digna chreotha se interrumpió, como hemos dicho, y se aclaró la garganta.

—Bueno, después de todo —dijo—, si me prometéis... —Esta vez sí que se detuvo porque había visto a los tres amigos que se aproximaban a ella. Al ver que dirigía la mirada más allá, tras él, su interlocutor dio media vuelta, y Khaavren vio a un joven que, aunque menudo, parecía perfectamente proporcionado. El rostro, además, era regular y bien parecido, de ojos azules muy separados y una nariz bien formada. Vestía un jubón de seda blanco maravillosamente cortado, con encajes alrededor de las manos pequeñas y delicadas. Llevaba calzas y pantalones negros, y botas blancas, altas y brillantes, de puntera afilada. El jubón estaba bordado con diseños abstractos negros y rojos. Llevaba una espada de longitud y peso medios, con la guarda

acampanada, la llamada «empuñadura del duelista», y un rubí engarzado en el mango.

Hizo una reverencia a Khaavren, Aerich y Tazendra, sin dar muestras de turbación. Es más, la reverencia fue muy elegante: adelantó el pie izquierdo y con la mano derecha tocó casi el suelo mientras mantenía la mirada en el rostro de los compañeros. Mientras que él, como hemos dicho, no mostró ninguna señal de incomodidad, la chreotha lo compensó con creces, sus rubores y carraspeos fueron suficientes para varios funcionarios de la corte.

—Buenos días —dijo el guardia—. Creo haber visto ya a dos de vosotros en la aldea de Mercadonuevo, ¿no es así?

Todos asintieron.

—Me llamo Aerich, ésta es lady Tazendra, y él, el marqués de Khaavren. —Cada uno hizo a su vez una reverencia, que él correspondió.

—Me llamo Pel —dijo. Para entonces Khaavren ya había aprendido a observar a Aerich siempre que se hacían presentaciones. Su vigilancia se veía recompensada con la visión de hasta la más mínima arruga en la frente del lyorn—. ¿Qué os trae a la ciudad? —continuó Pel.

—Bueno, lo mismo que a ti —dijo Tazendra a la ligera.

—Tendrás que perdonarme, pero no entiendo qué quieres decir —dijo Pel. Khaavren estaba seguro de que en la voz y el rostro de Pel la tensión era evidente.

—Bueno —dijo la señor dzur—, para ingresar en la Guardia.

—¡Ah! —dijo Pel, al tiempo que su expresión se relajaba. Khaavren lanzó una mirada a Aerich. Sus ojos se cruzaron durante un instante, y Khaavren supo que la reacción de Pel no había escapado a la vista aguzada del lyorn—. Es muy oportuno; por fortuna estoy en bastantes buenos términos con G'aereth, un capitán. Justamente está buscando nuevos reclutas para ocupar las plazas vacantes. Me alegrará poder presentaros. Sé que vosotros dos —señaló a Aerich y Tazendra— sois excelentes compañeros, pues os he visto jugar hace sólo dos días. Y en cuanto a ti —se dirigió a Khaavren—, te diré que tu expresión me agrada. Así que si os place incorporaros al regimiento en el que tengo el honor de servir, se puede decir que ya está arreglado.

Aceptaron enseguida. Pel sonrió y se volvió hacia la chreotha, que se había repuesto y esperaba pacientemente el final de la conversación.

—Bien —dijo el guardia—. Volveré a por la túnica dos horas después del mediodía. Creo que podréis tenerla lista para entonces, ¿no? En ese caso estoy seguro de que podré encargáros más trabajos.

Durante un instante la chreotha se ruborizó, avergonzada, pero, por lo visto, la idea de preparar uniformes para otros tres guardias la decidió y aceptó.

—Pues vamos —dijo Pel—; os llevaré a ver al capitán. —Dicho eso, emprendió la marcha calle abajo. Los tres compañeros lo siguieron. Tazendra lo alcanzó, y comenzaron a hablar mientras caminaban. Khaavren se quedó atrás y le indicó a Aerich que hiciera lo mismo. Entonces Khaavren le susurró.

—Amigo mío, no he podido evitar darme cuenta de que te sobresaltaste cuando nuestro amigo dijo cómo se llamaba.

—Bueno —dijo Aerich—, ¿y si así fuera?

—Me gustaría saber por qué.

—Soy lyom —dijo Aerich encogiéndose de hombros—, se nos enseña todo lo necesario acerca de los linajes de las Casas. Y sé muy bien que no hay ningún «Pel» que pertenezca a la Casa Yendi. Por lo tanto, no nos ha dicho su verdadero nombre.

—Ah —dijo Khaavren—. Pero es yendi.

Aerich no pudo replicar, así que continuaron en silencio hacia el Palacio Imperial.

El Palacio Imperial había empezado a construirse poco antes del reinado del emperador Jamiss I, y la primera versión estaba terminada hacia el final de su reinado, que abarcó, en sus novecientos años, la totalidad del reinado de la Casa Vallista durante el Ciclo Primero. La historia que nos ha llegado cuenta que el emperador tsalmoth que lo precedió, Faarith I, tomó posesión del Palacio antes de que fuera habitable, y que murió aplastado por la caída de trozos de manipostería mientras dirigía las obras de instalación del trono. Jamiss, el ingeniero que dirigía las obras, consideró como una señal el hecho de que el Orbe Imperial, que ya entonces comenzaba a revelar sus maravillosos atributos, no lo salvara, de modo que reclamó el trono y el Orbe para sí. A pesar del tufillo apócrifo de la historia, no se puede negar que tiene cierto encanto.

En todo caso, el reinado vallista mencionado presenció, además de la construcción del Palacio Imperial, la creación por primera vez de fuertes y fortalezas (la distinción, a pesar de ciertos comentarios del señor de Caracol, no tiene absolutamente nada que ver con la presencia de antepechos ni con el tamaño de los machones) a lo largo de la que entonces era la frontera oriental. La construcción de las Grandes Casas alrededor del Palacio Imperial no empezó hasta el Ciclo Segundo, con el reinado de Kieron el Joven, de la Casa Dragón, que ordenó la edificación de la Gran Casa Fénix, frente al Palacio, como tributo a la emperatriz Zerika II, o quizá como soborno para persuadirla de que renunciara al trono; la historia no aclara ese punto. Las otras Casas se construyeron durante los reinados lyom, tiassa y halcón de ese Ciclo, y se añadieron al Palacio Imperial puertas orientadas a cada una de ellas. Se trazaron calles en dirección a esas Casas, de modo que si alguien, por ejemplo, salía del Palacio por la Puerta Athyra, pasaría por la Casa Athyra, quedando ésta a su izquierda.

No es nuestra intención aburrir a los lectores con una descripción de cada una de las Grandes Casas del Círculo Imperial, pero les rogamos nos permitan realizar un breve esbozo del Palacio propiamente dicho.

El Palacio se construyó antes de que los arquitectos vallistas se escindieran en dos grupos, el Idílico y el Realista (y, desde luego, mucho antes de la Reunificación y las posteriores divisiones), pero las simientes de los dos estilos principales pueden observarse con claridad, como tan bien ha demostrado la señora Lethria en su

reciente tratado. En la época del emperador Tortaalik, es decir, en la época acerca de la cual tenemos el honor de escribir, hacía mucho que el Palacio había alcanzado su forma definitiva, y el edificio original era un mero núcleo, en el que se hallaba la sala del trono, los aposentos personales del Emperador y su familia, las cocinas y algunas pequeñas salas de audiencia. El Palacio mayor se elevaba a nueve pisos de altura e incluía: cuatro patios en cada puerta, un ala separada de cuatro pisos (con ministro adjunto) para cada Casa, cientos de escalinatas (circulares, curvas, rectas y de caracol), nueve bibliotecas (públicas y privadas), cuatro jardines y viveros interiores, doce baños interiores principales, sesenta y cinco tonres, veintisiete cúpulas secundarias y tres principales. Era, según las famosas palabras de la emperatriz Undauntra I, «La estructura más sangrienta e indefensa que jamás haya tenido el deber de ocupar».

En aquellos días, nadie que estuviera familiarizado con el Palacio Imperial empleaba ese nombre para decir que iba allí. Si se trataba de un asunto bélico, uno iba al Ala Dragón, o al Ala Iorich si se trataba de una cuestión legal, o al Palacio Central, si se trataba de una cuestión imperial, y así sucesivamente.

Fue al Ala Dragón adonde nuestros amigos se dirigieron. Khaavren algo sabía, pues se lo habían contado, pero no lo comprendió hasta que, mientras caminaba por el inmenso complejo de edificios en busca de la calle del Dragón, advirtió que era una estructura desproporcionada.

—¡Es increíble! —gritó a sus compañeros.

Pel sonrió complaciente, pero Tazendra le tocó el brazo.

—¡Vamos! No tan alto —le dijo en voz baja—. Pensarán que vienes de los ducados.

—Pero si es que vengo de los ducados —dijo Khaavren con mirada perpleja.

Entonces fue Tazendra la que se quedó perpleja, mientras Aerich sonreía.

A su debido tiempo llegaron a la calle del Dragón. La recorrieron hasta alcanzar la entrada del Patio del Dragón. Había ocho guardias apostados junto a los muros, con el atuendo negro y las guarniciones de plata de su Casa. Cada uno sujetaba una pica y llevaba una espada al costado.

—¿Quién se aproxima a la Puerta Dragón y con qué derecho? —dijo uno de los guardias al acercarse los compañeros.

—El caballero Pel, guardia de la compañía de G'aereth, con unos posibles reclutas, para ver al capitán.

—Entrad —indicó el guardia.

Pasaron por la puerta en forma de arco, que estaba abierta. Khaavren descubrió, para enfado suyo, que estaba nervioso. Por primera vez comenzó a preguntarse si sería posible destacarse en un cuerpo repleto de hombres y mujeres como éstos. Pero desechó resueltamente tales pensamientos.

Los detuvieron una vez más antes de ser admitidos en el ala propiamente dicha. Se encontraron en un vestíbulo bastante ancho para que un grupo que les doblara en número caminara en línea. Las paredes estaban desnudas, salvo por alguna que otra

pintura al óleo de grandes batallas, ninguna de las cuales, nos vemos forzados a admitir, Khaavren reconoció.

Los apartamentos de los capitanes de la Guardia Imperial estaban situados en el sector oeste del Ala Dragón del Palacio, a la que se llegaba por un ancho corredor que partía de la entrada principal en ángulo cerrado, pasaba bajo un arco simple y se alejaba con una suave curva de la zona central del Palacio. Cada uno de los capitanes tenía allí un apartamento dispuesto de esta forma: un gran vestíbulo o sala de espera, una sala de audiencia privada para el capitán, y salas de audiencia para seis tenientes. Detrás de la sala de audiencia del capitán había una escalera que conducía a su zona de vivienda. Cada capitán también disponía de una pequeña escalera que comunicaba con las salas de audiencia del brigadier general de la Guardia Imperial, a cuya persona y vivienda estaba destinada la totalidad de la tercera planta de esta ala. El cuarto y último piso era una vasta sala de reuniones, donde el brigadier podía dirigirse a tres mil guardias al mismo tiempo.

El Palacio disponía de apartamentos para seis capitanes, aunque en ese momento sólo había dos. Cada uno podía tener a sus órdenes seis tenientes, aunque el capitán de Pel, el señor conde de Gant-Aerethia (o G'aereth, como se lo conocía por entonces) sólo disponía de tropas suficientes para uno, de modo que había preferido no tener ninguno. Debemos señalar de paso que esta decisión de G'aereth tenía como resultado, no del todo casual, que sus tropas se mantuvieran en la creencia de que cualquiera que demostrara su valía sería ascendido para ocupar el puesto.

Khaavren y sus compañeros entraron al vestíbulo del capitán, que estaba vacío salvo por ellos. Pel dirigió unas palabras en voz baja a uno de los guardias. Éste, un señor dragón de elevada estatura con dos espadas cortas, asintió y se dirigió a la puerta de la sala de audiencia. Se oyeron más palabras en voz baja; el dragón hizo una señal a Pel, que indicó a sus compañeros que avanzaran. El corazón de Khaavren latía con fuerza mientras se dirigían a la puerta, pero intentó parecer tan impasible como Aerich, o, de no conseguirlo, tan altivo como Tazendra.

Sin embargo, antes de que llegaran a la puerta se oyó un tumulto tras ellos y el grito de «¡Abrid paso! ¡Abrid paso a lord Shaltre! ¡Abrid paso!».

Khaavren, cuya vista aguda no se perdía nada, vio que la espalda de Aerich se tensaba al pronunciarse el nombre, pero el lyom mantuvo la sangre fría y se apartó a un lado cuando Pel, que los guiaba, hizo lo mismo. Khaavren y Tazendra los imitaron y mientras tanto sucedieron dos cosas. La primera fue que un anciano señor dzur de complexión fuerte apareció por la puerta frente a Pel, caminando deprisa hacia el centro de la sala. Evidentemente, era el capitán. Tenía la mirada fija en la puerta opuesta, de modo que Khaavren también miró hacia allí. Un hombre y una mujer, ambos señores dragón, y ambos con la capa de la Guardia, entraron y se colocaron a los lados. Entró alguien más, vestido con los colores de la Casa Lyorn, marrón dorado y rojo, aunque usaba calzones largos y sueltos en lugar de una falda, y no llevaba avambrazos. Khaavren lanzó una mirada rápida a Aerich, pero el rostro de éste no

mostraba expresión alguna.

El noble lyorn y el capitán se miraron, asintieron con un gesto y el capitán indicó a su visitante que entrara en la sala de audiencia. Debemos señalar que la sala estaba provista de una fuerte puerta de roble sobre goznes de cuero y empotrada en un muro de piedra, por lo que nada de lo que se dijera dentro podía oírse desde la antecámara, a no ser que se apoyara el oído directamente sobre la puerta.

Pel se encogió de hombros, como diciendo «Bueno, tenemos para rato», y se acercó con indiferencia a la mujer que acompañaba al lyorn.

—¿Quién es? —susurró Khaavren inclinándose hacia Aerich.

—El conde de Shaltre, marqués de Torrentesprofundos, barón de... —respondió Aerich en un tono carente de inflexiones.

—Perdóname, buen Aerich —dijo Khaavren—. Pero comprenderás que esos nombres no me dicen nada.

—Bien, es el consejero principal de Su Majestad Imperial.

—¡Ah!

Entonces Khaavren se percató de que Pel estaba conversando con la mujer que acompañaba al lyorn. Ella sonreía y sacudía la cabeza, y, desde atrás, a Khaavren le pareció que Pel le devolvía la sonrisa. Al cabo de un momento, Pel se encogió de hombros, se sentó junto a la puerta y se reclinó como si descansara, con la cabeza llamativamente cerca de la propia puerta. Aerich y Khaavren intercambiaron miradas muy significativas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tazendra a Khaavren.

—¿Qué hacemos? —dijo Khaavren—. Creo que podemos esperar. ¿Qué opinas, Aerich?

—Esto parece una sala de espera —dijo Aerich a modo de respuesta, sentándose.

Khaavren asintió con un gesto y también se sentó en un banco de piedra sin respaldo que lo llevó a preguntarse quién se habría encargado de llevarlo hasta allí, cuántas personas habrían sido necesarias, y si les habrían pagado bien por las molestias. Tazendra parecía descontenta pero también se sentó. Poco después, Pel se despezó y se inclinó hacia adelante, y justo en ese instante la puerta se abrió y salió el conde de Shaltre. Su mirada despedía destellos de ira, pero no abrió la boca. Se acercó a los dos guardias que lo escoltaban, y partió.

—Bueno, ¿no tendríamos...? —dijo Tazendra.

—Silencio —dijo Aerich. Pel volvió con ellos y se sentó junto a Tazendra.

—¿Y bien? —dijo Khaavren—. ¿Qué has averiguado?

—¿Averiguar? —dijo Pel, frunciendo el ceño—. ¿Supones que he averiguado algo?

—Diría que sí —dijo Khaavren—. O, en todo caso, creo que lo intentabas.

—Nada más lejos de mi intención, te lo aseguro —dijo Pel.

Antes de que Khaavren pudiera responderle, intervino el señor dragón que estaba en la habitación.

—El capitán os recibirá ahora —dijo.

Los cuatro se pusieron de pie al mismo tiempo. Pel encabezó la marcha hacia la sala de audiencia; Tazendra iba pisándole los talones, seguida de Aerich y Khaavren.

Se encontraron ante un largo escritorio cubierto de papeles. Tras él estaba el capitán, y tras el capitán una ventana que daba a un patio, en el que se veía a varios guardias practicando esgrima. Una brisa fresca entraba por la ventana agitando los papeles, que sólo se mantenían en su sitio gracias a unas piedras colocadas sobre ellos.

G'aereth hizo un gesto de saludo con la mano.

—Mi capitán —dijo Pel—, tengo el honor de presentaros a los caballeros Aerich y Tazendra y al marqués de Khaavren.

—Bienvenidos, amigos míos, bienvenidos. ¿Así que todos deseáis uniros a los guardias de Su Majestad Imperial?

Todos indicaron que así era, en efecto.

—Bien, bien —dijo y se dirigió a Aerich—. Por lo visto no tenéis espada.

Aerich inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Sabéis usarla? —preguntó el capitán.

Aerich se encogió de hombros, como diciendo: «¿Y quién no?».

—Entonces, ¿sois hechicero?

Esta vez, al encogerse de hombros, Aerich quería decir: «Sí, pero no muy bueno». Como podemos ver, Aerich era muy expresivo con los gestos.

El capitán los observó con detenimiento durante un momento. Su mirada avezada se fijó en la falda que distingue a los guerreros experimentados de la Casa Lyorn. A continuación el capitán gruñó, como si dijera: «No dudo de tu habilidad en el combate, amigo mío». Podemos ver que los gruñidos del capitán eran casi tan expresivos como los encogimientos de hombros del lyom.

G'aereth dedicó su atención a Tazendra.

—Veo que lleváis espada —dijo.

—Pues sí.

—¿Sabéis usarla?

—Sí —dijo ella.

—¡Ah! ¿Y sois hechicera?

—Si mi señor fuera tan amable de ponerme a prueba...

El capitán gruñó, lo que esta vez significaba: «Por el momento no es necesario».

—¿Sabéis montar? —preguntó.

—Nací a lomos de un caballo —dijo ella.

—Ummm. ¿Y vos, mi buen Khaavren?

—¿Mi señor? —dijo Khaavren, sintiendo una súbita tensión en la garganta—. Sí, sé montar.

—¿Sois hechicero?

—Debo reconocer que en lo más mínimo.

—¿Qué tal manejáis la espada?

—Sólo os pido que me hagáis una prueba, mi señor.

—Muy bien —dijo—. Es lo que haremos. —Buscó en un armario junto a su silla y encontró tres monederos. Entregó uno a cada uno—. El guardia Pel os mostrará dónde podéis comprar capas de uniforme. Volved cuando tengáis la ropa, y os asignaremos un servicio de prueba, durante el cual cada uno de vosotros realizará una patrulla, y se hará un informe de vuestro trabajo.

—Gracias, señor —dijo Khaavren, cogiendo el monedero. Aerich inclinó la cabeza, lo que venía a ser lo mismo.

—Tengo dinero —dijo Tazendra, que había hecho una reverencia, pero rechazó el monedero—. No me hace falta...

—¡Ah! ¡Peor para vos! —dijo G'aereth.

—¿Peor para mí?

—Sí. Deseo ser yo, y sólo yo, quien vista y equipe a mis guardias. Quiero que dependan de mí igual que yo de ellos.

—Oh. Pues entonces...

—¿Sí?

—Renuncio a mi dinero ahora mismo.

—Muy bien. Pero acabo de recordar algo más. —Sacó del mismo armario un puñado de imperiales de oro que entregó a Aerich.

—Para que podáis compraros una espada.

Aerich se encogió de hombros una vez más, ésta para indicar: «Obedeceré, naturalmente».

Comprendieron entonces que la entrevista había llegado a su fin, y salieron uno tras otro de la habitación haciendo una reverencia al capitán.

—Vamos a la sastra con la que te vimos hablando antes —le dijo Tazendra a Pel—. Cuanto antes tengamos la ropa, antes nos harán la prueba. Y cuanto antes nos hagan la prueba, antes podremos cubrimos de gloria.

Aerich se encogió de hombros otra vez.

IV

En el que Aerich adquiere una espada y a nuestros amigos se les asignan tareas

Mientras marchaban en busca de la sastra chreotha, Pel indicó a Aerich en tres ocasiones que estaban pasando por delante de un armero, pero él se limitaba, cada vez, a hacer un gesto de negación.

—Debo mencionar, creo —dijo Pel la tercera vez—, que el capitán desea que vayas armado.

—Lo iré —dijo Aerich lacónicamente, al tiempo que algo pareció atraer su mirada, pues se detuvo y señaló una puerta que conducía a los sótanos de un hostel. Se hallaban en una diminuta callejuela sin nombre, entre la calle del Dragón y la calle de los Siete Árboles, quizá a media legua del Ala Dragón. El hostel era un edificio achaparrado de dos pisos, de ladrillo encalado, y tenía un gran cartel que mostraba una perdiz gorda. La puerta que daba al sótano tenía un cartel pequeño en el que simplemente había una espada larga pintada.

—¿Aquí? —dijo Pel.

—¿Conoces a este herrero? —preguntó Aerich.

—*K'sozhaleniju*, no lo conozco —dijo Pel, adoptando por un momento el habla serioli, que por entonces estaba de moda en la corte.

Sin una palabra más, Aerich se encaminó escalera abajo. Los demás lo siguieron y se encontraron en un sótano pequeño y mal ventilado, que hubiera sido húmedo, maloliente, sofocante y oscuro si no fuera porque estaba, de hecho, bien iluminado, lo que evitaba que fuera oscuro. Un viejo vallista, de cabellos grises y ralos y ojos brillantes, estaba sentado ante una mesa afilando una hoja sin empuñadura con una pequeña piedra de afilar. Cuando los cuatro amigos entraron, levantó la vista y frunció los labios, como si intentara determinar por qué querría alguien venir a verlo.

—¿Puedo tener el honor de servirlos en algo, señores míos? —preguntó tras sacudir la cabeza.

—Quisiera una espada —dijo Aerich con un gesto de asentimiento—. Ha de ser de tres libras y tres cuartos, y cuarenta y siete centímetros de hoja. La anchura debe ser uniforme, de tres centímetros y medio. El acero tiene que ser kanefthali, templado a la manera de Dui'clior y forjado al cristal. El contrapeso debe estar a un centímetro de la guarda, que ha de ser sin adornos. De doble filo, y empuñadura revestida de

roble.

El vallista escuchó en silencio e hizo una reverencia.

—¿Longitud de la empuñadura, señor?

—La que sea más conveniente.

El herrero hizo un gesto afirmativo.

—Tengo una de una excelente aleación, tejida, como suele decirse, con la técnica de... —Hizo una pausa al ver que a Aerich no le interesaban esos detalles y añadió—: Se ajusta a todas las características que habéis mencionado excepto la empuñadura y el contrapeso.

—El contrapeso es necesario —dijo Aerich.

—Por cierto que lo es, señor —dijo el vallista—. Pero si me permitís sólo unas palabras, creo que podré satisfaceros.

—Hacedlo, os lo ruego.

—Lo haré.

—¿Cómo?

—De la siguiente manera: le quitaré la empuñadura y la reemplazaré por otra de roble, y a ésta la agujerearé y la rellenaré de plomo fundido hasta que el contrapeso sea correcto. Como veis, habremos resuelto ambos problemas a la vez.

—Admirable —dijo Aerich.

—Desde luego, también la afilaré, la limpiaré y la puliré. ¿Preferís la empuñadura con cubierta de cuero?

—Exactamente.

—¿Y deseáis una vaina rígida? ¿O quizá una funda de cuero suave?

—Lo segundo —dijo Aerich.

—¿Y también un cinturón, entonces, con una pequeña cadena para desenfundar de lado?

—Precisamente.

—Muy bien.

El vallista desapareció en la trastienda, y durante unos minutos se oyó el sonido de una sierra y otros que Khaavren reconoció, los del pulido y el afilado. Los compañeros se entretuvieron describiendo a Pel el viaje en coche y haciendo comentarios sobre los extraños pasajeros, vestidos como issolas pero que parecían fénix. Cuando Khaavren explicó sus observaciones sobre el capullo de vela, Pel frunció el ceño, y Khaavren percibió cómo una leve sonrisa revoloteaba un momento en sus labios y desaparecía. Sin embargo, cuando le preguntó, Pel negó tener ninguna opinión al respecto. Debemos añadir que a Tazendra le sorprendió que semejante engaño hubiera tenido lugar en su presencia, y varias veces preguntó a Khaavren y a Aerich si estaban seguros de la veracidad de sus observaciones, a lo que sin dudar replicaron que sí.

Al cabo de un tiempo sorprendentemente breve, el herrero apareció con la espada y la funda, junto con el cinturón y la cadena. Sin dignarse a revisar nada, Aerich colocó sobre la mesa los imperiales que el capitán le había dado para la espada. El

vallista pareció satisfecho y realizó una profunda reverencia. Aerich condujo a sus compañeros fuera del sótano.

—Vamos a encargarnos de las capas de uniforme —dijo.

Así lo hicieron, y después se dirigieron hacia El Combatiente, la taberna en la que habían reparado antes, y comieron mientras esperaban que las capas estuvieran listas. El patrón les trajo varias botellas de vino de la región de Ailor y un plato consistente en carne de darr arrollada y rellena de trozos de ternera delicadamente sazonados, todo ello cubierto de una salsa en la que la mantequilla, la nata y el estragón desempeñaban un papel prominente. Durante un rato, los únicos sonidos que hicieron nuestros amigos fueron esos que tanto gustan a los hambrientos, a los epicúreos y a los cocineros: los del roce de las cucharas de madera contra los cuencos del mismo material. Por fin Khaavren soltó un suspiro y anunció que había terminado de comer.

—Perfecto —dijo Aerich—, pues creo que ya es hora de que recojamos las capas y vayamos a ver al capitán, que, sin duda, nos asignará un servicio de prueba.

—¡Bien dicho! —dijo Tazendra—. Por mi parte, estoy lista para empezar.

—Y yo —dijo Khaavren.

Empleando el dinero que les habían dado para ese fin, pagaron la cuenta y recogieron las capas en el puesto de la chreota, al otro lado de la calle. Eran todas de lino y brocado de seda, con un delicado matiz dorado, y se sujetaban al cuello mediante un ingenioso broche de cobre grabado con un fénix estilizado. En la pechera izquierda había dos pequeñas botas bordadas con hilo rojo. Las de Khaavren, Aerich y Tazendra eran medias capas, en tanto que la de Pel le llegaba a las rodillas.

Tras saldar cuentas con la sastra, volvieron al Palacio Imperial e informaron a G'aereth de que estaban preparados para asumir sus tareas.

Haremos, pues, una pausa para decir dos palabras acerca del capitán Gant-Aerethia. Hijo menor y pobre de un barón dzur pobre de una pantanosa región lacustre del sureste, había llegado a la ciudad de Dragaera a finales de la Decimoséptima República Teckla. Se incorporó al ejército de los jhegaalas y participó en la caída de la República y en el advenimiento de la emperatriz Viodona VI, de la Casa Jhegaala. Luego se alistó en los ejércitos del Imperio bajo las órdenes de lady Yaro e'Lanya, que reparó en él durante las Guerras de la Isla, en especial en la batalla de P'iensotta Cercana, donde fue ascendido a oficial en el campo de batalla. Hacia el fin de las Guerras formaba parte del estado mayor de lady Yaro, y de hecho ella murió en sus brazos, en la famosa Carga del río Marrón.

Después de las Guerras y del subsiguiente comienzo del reinado de Cherova III de la Casa Athyra, lo que había sido el batallón de lady Yaro fue eliminado por completo, pero para entonces lord Gant-Aerethia había hecho muchos amigos en la corte, entre los que se destacaba la mismísima Sethra Lavode, quien prestó servicio como Señor de la Guerra durante la última mitad de las Guerras de la Isla. Por dicha razón la emperatriz Cherova no podía despedirlo. Finalmente le asignó el puesto de

comandante de su guardia personal, pensando que allí no podría hacer nada digno de mención. En la siguiente ocasión que oyó hablar de él, la guardia se había convertido en un cuerpo de combatientes de elite. Nada menos que los famosos Sombreros de Pluma, por más que no se los llamara así hasta cientos de años después.

Más tarde se vio involucrado en el escándalo Lavode, aunque su papel en el mismo no resulta claro. No obstante, salió bien parado; y al parecer no se había ganado enemigos ni en los dos bandos, ni en ningún otro. Cuando se apagaron los fuegos, como dice el refrán, había hecho amigos tan poderosos entre los cortesanos y aliados de la Emperatriz que la aversión personal que ella le tenía ya no podía perjudicarlo. Entre esos amigos se contó durante muchos años el joven príncipe Tortaalik, a quien impartió, de hecho, algunas lecciones de esgrima antes de que el príncipe se convirtiera en el heredero fénix. Su amistad no se debilitó con el paso de los años, y Tortaalik nunca dejó de admirar sus modales bruscos, su lengua afilada y su temperamento fogoso. G'aereth se convirtió en capitán de las Capas de Oro el mismo día que Tortaalik tomó el Orbe.

De modo que el susodicho capitán G'aereth estaba llegando precisamente a la cumbre de su carrera, a la posición por la que había luchado toda su vida, y lo aceptaba como aceptaba todo lo que la vida le deparaba: con mirada valerosa, buen humor, un certero instinto para distinguir lo importante de lo banal y unos principios inquebrantables.

—Vuestra capa parece ser algo distinta de las de vuestros camaradas —fue lo primero que dijo, por consiguiente, cuando llegaron, dirigiéndose a Pel con cierto brillo en la mirada.

—Me honra que mi capitán se haya dignado reparar en ello —dijo Pel con una reverencia.

G'aereth se rio entre dientes, pero no añadió nada más al respecto.

—Mi señor —dijo Khaavren—, estamos preparados para asumir nuestras obligaciones.

—Muy bien —dijo el capitán—. ¿Sabéis en qué consisten?

—No, mi señor —dijo Khaavren con franqueza.

—Pero esperamos aprenderlas —dijo Aerich inclinándose ligeramente.

—Os las diré, entonces —dijo G'aereth—. Quedan dos días más de festejos en la ciudad. Es posible que, en su entusiasmo, los que disfrutan de las festividades se conviertan en una amenaza para el resto de ciudadanos más contenidos. De modo que es responsabilidad nuestra velar para que no se produzcan perjuicios innecesarios, o al menos, que se produzcan pocos. También hemos de esforzarnos lo más posible por que se cumpla el código de duelo.

Asintieron con un gesto.

—Muy bien —añadió el capitán—, debéis hacer que se cumplan las leyes del Imperio.

—¿Y cuáles son esas leyes, capitán? —preguntó Aerich.

—Ah —dijo G'aereth—. Emplead el sentido común. Si parece ilegal, probablemente lo sea.

—De acuerdo.

—Además, si fuera necesario, podéis actuar como jueces y testigos imperiales, pero sólo en el caso de que no tengáis otra tarea más urgente.

Los cuatro amigos inclinaron la cabeza una vez más.

—Y recordad: de ahora en adelante vuestras vidas pertenecen, en primer lugar al Emperador, en segundo término a la Señor de la Guerra, después a mí, y por último a vosotros. ¿Queda claro?

Todos estuvieron de acuerdo en que así era.

—Bien, ¿habéis encontrado alojamiento?

Todos hicieron un gesto de negación excepto Pel.

—Bueno —continuó el capitán—, los festejos nocturnos no empiezan hasta dentro de unas horas. Emplead ese tiempo en conseguir alojamiento. Luego os dirigiréis a la Puerta Dragón. Allí encontraréis a los compañeros que he escogido para cada uno de vosotros. Os advierto —añadió seriamente— que vuestros compañeros me informarán de cómo os habéis desenvuelto. La admisión en la Guardia Imperial no es un favor que se gane a la ligera, sobre todo si es en mi brigada donde queréis ingresar.

Todos hicieron una reverencia. A Khaavren le cayeron bien las palabras del capitán, pues un premio ganado con demasiada facilidad no habría tenido mucho valor para él. Entonces se le ocurrió algo.

—¿Todos? ¿Pel no está admitido? —dijo.

—Sí, lo está —dijo el capitán—. Su período de prueba finalizó hace dos días. Pero aún no ha hecho una patrulla, y quiero que lo guíe alguien con experiencia.

—Comprendo —dijo Khaavren.

—¿Cuánto durará la patrulla, mi capitán? —dijo Pel a su vez.

—Comenzaréis tal como os he indicado, dentro de tres horas. Continuar hasta la puesta del sol; luego podéis retiraros. Mañana os presentaréis aquí otra vez. Vos, Khaavren, a esta misma hora. Tazendra a la hora siguiente, Aerich una hora después y, por último, Pel.

De modo que, al no haber más preguntas, el cuarteto se marchó a buscar alojamiento. Lo resolvieron con rapidez, pero como ya hemos ocupado mucho del valioso tiempo del lector con descripciones, ahora mismo no deseamos poner a prueba su paciencia con otra más; prometemos, sin embargo, volver al tema de los alojamientos muy pronto, ya que desempeña un papel en la historia que tenemos el honor de relatar.

V

En el que se aplica método al caos y Khaavren, para provecho suyo, recuerda cierto consejo paterno

Contando con la amable indulgencia de nuestros lectores, saltaremos a las primeras horas de la tarde, cuando una fresca brisa del este soplaba sobre nuestros amigos ante la alta Puerta Dragón del Palacio Imperial, de hierro forjado y piedra. Acababan de llegar y se disponían a esperar cuando salieron cuatro señores dragón. Se aproximaron a los cuatro amigos y, sin más trámite, se situaron ante cada uno de ellos haciendo una reverencia.

El joven que se inclinó ante Khaavren llevaba botas negras hasta la rodilla, tupidas calzas del mismo color y un jubón suelto de un tejido de algodón barato con botones de cobre y ribetes plateados a los lados y en los puños. A un costado llevaba una espada ancha y pesada. Khaavren se dio cuenta enseguida de que era el tipo de persona cuyos arrogantes ojos azules y expresión pendenciera ya le habrían ganado una buena cantidad de duelos.

—Buenos días, mi señor —dijo nuestro joven héroe—. Soy Khaavren.

—Yo soy Frai e'Terics —dijo el otro—. Si sois tan amable de seguirme, podremos empezar de inmediato.

—Será un honor —dijo Khaavren.

—Sí —dijo el otro.

Khaavren lo miró rápidamente, pero no vio ni rastro de sonrisa. No le dio importancia y dejó que el señor dragón lo condujera hasta la calle de los Nueve Placeres. Era una calle estrecha que corría de este a oeste cuyo nombre provenía de las tabernas, burdeles, salas de juego y otros entretenimientos que allí podían encontrarse. Nadie sabía cuáles eran los nueve placeres, y las clases bajas (y, nos vemos forzados a admitir, a veces también las altas) encontraban muy divertido especular sobre cuáles serían esos placeres, o imaginar que se había descubierto un décimo. Uno de los que se hablaba a menudo, en tono de chanza, era el placer proporcionado por la estrechez de la calle, que apenas si permitía el paso de una simple carretilla.

El placer que brindaba dicha característica consistía en apostarse en un portal cuando dos nobles, en particular dos señores dzur, se cruzaban; sobre todo si ambos llevaban un espadón de manera tal que sobresaliera por un lado. Cuando eso ocurría,

como era el caso varias veces al día, uno de los nobles se veía obligado a girarse para permitir el paso del otro, poniéndose así a merced de los abucheos y mofas a viva voz de los observadores ocultos; de lo contrario, ambos tenían que detenerse, en cuyo caso era poco probable que reanudaran la marcha por iniciativa propia. Es verdad que en la ciudad de Dragaera había otras calles igual de estrechas, pero ninguna tan estrecha y al mismo tiempo tan transitada por la nobleza.

A esa calle, pues, llegaron Khaavren y Frai. Aquella tarde había guirnaldas colgadas de un edificio a otro; guirnaldas de todos los colores, aunque predominaba el dorado; edificios de todo tipo, aunque las estructuras cuadradas de madera de dos o tres plantas eran las más comunes. Durante la caminata no intercambiaron ni una palabra; Khaavren se había limitado a observar las celebraciones. Hay que decir que éstas abarcaban toda la gama que va de lo público a lo privado: desde cientos de juerguistas que cantaban al unísono intentando ganar en volumen lo que podían perder en armonía, hasta un teckla solitario con una botella de vino en la mano que se reía ruidosamente de un chiste que sólo él comprendía. A veces los festejos estaban organizados, como el desfile que dejaron atrás, en el que se tiraban trozos de madera y cera desde los edificios, y fuegos artificiales de uno a otro balcón de las tabernas opuestas en una suerte de batalla simulada. Otras veces estaban completamente desorganizados, como la fiesta de chapuzones en la fuente pública junto a la Casa Maretta.

Al cabo de unos minutos de caminar por la calle y de contemplar las festividades, Frai indicó que tenían que entrar en una taberna con un cartel que mostraba un issola enroscado alrededor de un árbol delgado. La posada estaba repleta, al igual que todos los locales de ese tipo aquella tarde de celebración. Los clientes pertenecían a diversas Casas, pero Khaavren observó una elevada proporción de dzurs y jheregs. Se lo mencionó a Frai, pero éste lo miró como diciendo, tan claramente como lo hubiera hecho Aerich con un encogimiento de hombros o el capitán con un gruñido, que el comentario era ocioso.

El patrón, de pie tras una larga barra que le llegaba casi hasta el pecho, reparó de inmediato en los dos hombres de capa dorada y les hizo un gesto de asentimiento. Se dirigió hasta el extremo de la barra y pareció que tiraba de algo que estaba debajo. Khaavren al principio no se enteró de qué significaba, pero Frai continuó hasta la pared más alejada, pasó por una puerta y llegó finalmente a un pasillo, donde se detuvo frente a una parte del muro que no parecía diferente del resto. Frai miró a Khaavren como diciendo «Fíjate bien» y batió las palmas cinco veces en una secuencia determinada. Casi de inmediato se abrió una puerta en la pared y los dos guardias entraron.

Khaavren se encontró en una gran sala situada en la parte trasera de la taberna. Había seis o siete mesas redondas, cada una ocupada por cinco o seis personas, en su mayor parte jheregs y dzurs que al parecer jugaban con las piedras Sivali-Yangorra, que en aquella época se estaban convirtiendo en el medio más popular de perder o

ganar el exceso de fondos.

Durante un instante Khaavren se preguntó por qué los jugadores se tomaban la molestia de ocultarse, como por lo visto hacían, pero de repente se dio cuenta de que así el juego estaría a salvo de los impuestos imperiales, lo que permitiría a la taberna quedarse con una mayor porción de los beneficios. Estaba a punto de preguntarle a Frai cómo había descubierto el sitio y si iban a arrestar a todos los participantes además de a los propietarios, cuando se percató de que ninguno de los presentes parecía sorprendido ni preocupado por su presencia. De hecho, en ese preciso momento se les aproximó un jherreg pálido con una sonrisa obsequiosa en los labios.

—Buenas tardes, señores míos —dijo.

—¿Serás tan amable, mi querido Corris —dijo Frai—, de mantener tus ocurrencias a buen recaudo en la boca y limitarte a darme aquello a por lo que he venido?

—Será un placer, mi señor —dijo el jherreg, entregándole a Frai un pesado monedero—. ¿Deseáis quedaros unas horas y aumentar esta cantidad, o quizá ofrecernos la posibilidad de recuperar una parte de la misma?

Frai se limitó a gruñir, indicando a Khaavren que la entrevista había llegado a su fin. Volvieron a pasar por la parte principal de la taberna y salieron a la calle.

—Decidme, amigo Frai —dijo Khaavren—, ¿lo que acabo de tener el honor de presenciar sucede habitualmente?

Cruzaron la calle y enseguida se hallaron en el interior de otra taberna, casi idéntica a la primera, salvo que el mostrador era más bajo y oscuro y estaba al otro lado de la entrada. El suelo alguna vez había estado embaldosado, lo que indicaba que la taberna habría sido de las más caras, pero las baldosas ya estaban rotas y desportilladas, y el revestimiento de madera dura de las paredes parecía necesitar alguna reparación. La luz la proporcionaban unas lámparas colgadas a lo largo de las paredes y otra más grande en el centro de la gran sala única. Este hostel estaba, como el primero, lleno a reborar, aunque Khaavren sólo vio unos cuantos chreothas y vallistas entre la masa de tecklas.

—No creo, mi señor tiassa —dijo Frai—, haberos hecho el honor de llamaros amigo mío. Y, en cuanto a vuestra pregunta, creo que pronto sabréis la respuesta.

—Un momento, señor —dijo Khaavren, que sintió de golpe cómo la sangre se le agolpaba en un punto tras los ojos—. ¿Es que por desgracia os he ofendido sin darme cuenta? En ese caso, confío en que me hagáis el honor de decirme de qué se trata. Aunque, si me lo permitís, es poco probable que haya tenido oportunidad de ofenderos, pues lo único que hemos hecho hasta ahora es recoger unos imperiales de oro, que no os habéis dignado siquiera compartir conmigo tal como, creo yo, habría hecho un buen camarada.

—No me habéis ofendido en absoluto, señor —dijo Frai, que se había detenido nada más cruzar la puerta de la taberna cuando Khaavren había empezado a hablar, y estaba más que acalorado una vez finalizó—. No me habéis ofendido; sin embargo,

confieso que tengo una pobre opinión de vos.

—¿De verdad? —dijo Khaavren con altivez—. Si fuerais tan amable de explicarme el motivo, tal vez pudiéramos llegar a un acuerdo.

—¿El motivo? —dijo el otro, con una actitud tan altiva como antes la de Khaavren—. No necesito ninguno. Sois tiassa; es suficiente.

—¿Suponéis, entpnces, que pesa alguna lacra sobre mi Casa?

—En lo más mínimo. Sólo que...

—¿Sí?

—No sois dragón. En consecuencia, no hay sitio para vos en la Guardia Imperial.

—Sin embargo, tengo entendido que cualquiera que se lo gane puede pertenecer a la Guardia.

—Oh, eso no es más que una cuestión legal. Yo me refiero a lo que resulta apropiado.

—Señor —dijo Khaavren, controlándose sólo gracias a un gran esfuerzo—, ansio mejorar la opinión que tenéis de mí.

—Es poco probable —dijo Frai.

—Sé de una manera —dijo Khaavren.

—Me encantará saber cuál es.

—Es la única forma que un hombre de honor tiene de reparar un insulto hacia su Casa o de librarse de un compañero molesto.

—¿Os molesto, entonces? —dijo Frai un poco sorprendido.

—¿Qué esperabais? —dijo Khaavren—. Pertenezco, tal como me habéis hecho el honor de observar, a la Casa Tiassa, y, además, soy de la Sorannah, donde nadie habla a la ligera, pues tenemos la sangre tan caliente como fríos son los inviernos, y, en consecuencia, es poco lo que pasamos por alto.

—¿De modo que deseáis hacer ejercicio?

—Sí, y de una naturaleza particular.

—Bien, me encuentro convenientemente equipado.

—¿Y dónde lo haremos, entonces, mi señor? Tal vez sería más adecuado darnos un paseo.

—¿Por qué razón, mi señor? Creo que aquí está bien.

—Sin embargo, ¿no deberíamos buscar padrinos, un juez y un testigo para cumplir con lo que establece la ley?

—¿Para qué? —dijo Frai—. ¿Quién iba a arrestamos?

—Es cierto —dijo Khaavren—. Por mi parte, no es probable que me arreste a mí mismo, y pronto vos no estaréis en condiciones de arrestar a nadie.

—No creo —dijo el señor dragón—. En cuanto a los padrinos, bien, como acabáis de llegar de los ducados, no habréis tenido tiempo de hacer amigos; por lo tanto, sería indigno de mí tener la ventaja de un padrino mientras que vos no tenéis ninguno.

—Vuestras palabras son tan corteses como sensatas, mi señor.

—Y en cuanto a que no estaré en condiciones de arrestar a nadie aunque quiera,

tal como acabáis de sugerir, vaya, es probable que os equivoquéis.

—Pues bien, vamos a averiguarlo —dijo Khaavren colocándose en un pasillo entre las filas de mesas y retrocediendo hasta el extremo más alejado de la sala, donde se quitó la capa y desfundó la espada.

El señor dragón se dirigió a otro punto, cercano a la puerta, del mismo pasillo y se quitó a su vez la capa. Hemos de añadir que los clientes, hacía un momento tan numerosos que cualquier movimiento resultaba imposible, en virtud de la particular magia de las multitudes habían desocupado un amplio espacio dejando lugar para la contienda sin que, de hecho, ninguno de ellos abandonara la sala.

—Tened cuidado —dijo Frai—. No me sería grato partiros la espada y así aventajaros.

—Oh, no tendría importancia —dijo Khaavren, empuñando la daga en la mano izquierda—. Os aseguro que si tenéis la amabilidad de desenvainar me haréis el más feliz de los hombres.

—Estaré encantado de complaceros, señor —dijo Frai. Tomó su pesado espadón entre ambas manos blandiéndolo con pericia. Khaavren advirtió que el señor dragón no tendría que quitarse el jubón para gozar de completa libertad de movimientos, ya que aparentemente era muy holgado. Por supuesto, la túnica de Khaavren tampoco interfería en sus movimientos.

Entretanto, los clientes de la posada, encantados por el inusual espectáculo de una contienda entre un par de guardias, retrocedieron y retiraron varias mesas. Al patrón, aunque preocupado por los daños que pudiera sufrir la taberna, no se le escapaba lo bien que iría para el negocio semejante acontecimiento.

Khaavren, al observar los movimientos de esgrima de Frai, se habría asustado por la pericia que exhibía el señor dragón de no haber sido porque su cólera ya traspasaba los límites del miedo.

—Señor, estoy impacientándome —dijo golpeando el suelo con el pie.

—Oh, no hay por qué —exclamó Frai, y enseguida atacó, imprimiendo a su espadón un movimiento en ángulo descendente con la intención de alcanzar el lado izquierdo del cuello de Khaavren, con lo que la discusión habría finalizado de inmediato.

Sin embargo, Khaavren, que no quería sentir la mordedura de una espada tan larga en esa región del cuello, y sabiendo que su delgada hoja difícilmente pararía un golpe fuerte del pesado espadón, dio medio paso atrás. Aunque estaba muy encolerizado, Khaavren no había perdido la sensatez y sabía que debería considerar detenidamente su planteamiento de la contienda. En primer lugar, advirtió complacido que la espada del otro no era más larga que la suya. En segundo término, observó que su rival tenía que emplear ambas manos para soportar el peso de la espada, mientras que él, Khaavren, tenía la mano izquierda libre para usar la daga. En tercer lugar, el espadón era considerablemente más pesado, de modo que sin duda sería más lento aunque el dragón empleara ambas manos.

Mientras Frai atacaba de nuevo, esta vez hacia el otro lado del cuello de Khaavren, el tiassa prosiguió con sus observaciones.

«Pasemos de las espadas a los espadachines —se dijo—. Mi salud es excelente, de modo que no debería cansarme con facilidad, aunque me sorprendería que a él no le ocurriera. Es más corpulento que yo y, además, tiene los brazos más largos; para compensarlo, debería acercarme más que él. Eso, ¡ay!, es imposible. Pero sin duda soy mucho más rápido. Se puede decir que estamos empatados. Y es todo por lo que respecta a la cuestión del alcance y la resistencia.

»Ahora bien —continuó diciéndose Khaavren—, en el manejo de la espada es tan bueno como yo, así que en ese aspecto no puedo esperar aventajarlo. Pero no lo olvidemos, es un señor dragón; no creo que me considere un digno rival, sobre todo teniendo en cuenta que ya he retrocedido dos veces. Si me limito a defenderme, aumentará su confianza en sí y entonces estará perdido. Aunque, pensándolo bien, con este plan el combate será largo; mi padre (él sabrá, supongo) dice que no es la habilidad sino un error lo que decide un combate largo, y ambos tenemos la misma probabilidad de cometerlo.

»¡Pues bien! En cambio, si llego a herirlo alguna que otra vez, se encolerizará; como soy bastante hábil con la espada, lo incitaré a cometer errores causados por la ira y se sentirá humillado, lo que lo llevará a cometer más errores; entonces le infligiré la humillación final de atravesarle el cuerpo con la espada. Sí, creo que es la mejor idea».

Habiéndose decidido por ese plan, Khaavren lo puso en práctica de inmediato. Cuando Frai intentó alcanzarlo en el estómago, el tiassa retrocedió otra vez, pero sólo lo justo para que la espada errara por el menor margen posible. Cuando el señor dragón volvió a levantar la espada para asestar otro mandoble, durante un momento dejó desprotegido el codo izquierdo; Khaavren se inclinó hacia adelante, sin cambiar la posición de los pies, y le produjo un corte.

Frai enseñó los dientes al sentir la herida y blandió la espada directamente hacia la cabeza de Khaavren. La maniobra forzó al tiassa a retroceder un paso, ya que, de haberse limitado a echar la cabeza hacia atrás, la hoja habría continuado su descenso a lo largo del esternón. Así pues, retrocedió, pero recuperó su posición enseguida y, casi con delicadeza, le infligió a Frai un corte en la muñeca derecha.

En ese momento el señor dragón se detuvo y miró a Khaavren con una mueca de rabia. No obstante, aún le quedaba bastante control de sí para no embestir entre las manos rápidas y las muñecas flexibles del tiassa. En consecuencia, cambió de táctica y empezó a asestar rápidas estocadas sólo con la punta de su espadón a la cabeza, al pecho y al abdomen de Khaavren.

Sin embargo, eso no mejoró las cosas. Porque al no tener que aguantar todo el peso del espadón ni el fuerte impulso consiguiente, Khaavren podía usar la espada para parar las estocadas; con cierto esfuerzo, es verdad. A la cuarta estocada, dirigida hacia el cuello de Khaavren, el tiassa consiguió apartar la espada de Frai hacia la

derecha, manteniendo la suya encima. Por un instante el cuerpo del señor dragón quedó descubierto. Khaavren se adelantó y atacó con la daga en dirección a la garganta de Frai, que evitó la puñalada inclinándose hacia atrás y levantando la espada. Khaavren bajó la punta de la espada y se adelantó otra vez lanzando una estocada.

La hoja del tiassa penetró una buena pulgada en medio del pecho de Frai, que se tambaleó hacia atrás, mientras Khaavren seguía avanzando a estocadas. Sus pasos tenían una extraña cadencia: derecha, izquierda-derecha, izquierda-derecha, izquierda-derecha, y así sucesivamente, y cada vez que adelantaba el pie izquierdo, asestaba una puñalada; y cada vez que adelantaba el pie derecho, asestaba una estocada.

Frai siguió retrocediendo durante un momento y luego, rechinando los dientes, pareció perder el control ante ese tiassa advenedizo que lo estaba forzando a retroceder. Avanzó, blandiendo la espada en un círculo continuo de manera que cualquier arma que entrara en él sería alcanzada por todo el peso de su espada y, casi con seguridad, caería o se quebraría.

Khaavren detuvo su avance y los ojos de Frai se iluminaron. Pero el último conde del Bajío, el padre de Khaavren, le había hablado de esta maniobra diciendo: «Sólo lo menciono porque es un error que incluso un espadachín experimentado puede cometer, no porque tú lo vayas a hacer. Tiene un fácil contraataque...». Recordando aquella lección, Khaavren acompasó su movimiento con el del espadón y, entrando como un tornillo, consiguió, al cabo de tres órbitas, clavar casi toda su hoja en el cuerpo del señor dragón, que lanzó un alarido, cayó contra la barra y se derrumbó como un fardo.

Khaavren se precipitó hacia la barra, colocó el arma encima y se arrodilló junto al herido. Frai levantó la vista y pestañeó, sin que al principio pareciera reconocerlo.

—Dame la mano, buen Khaavren —le dijo con voz ronca cuando al fin lo vio. Khaavren le dio la mano al señor dragón y éste se la apretó—. Ha sido una buena pelea —añadió—. Es un orgullo haber caído a manos tuyas. Me complacería de verdad que de ahora en adelante me recuerdes como a un amigo.

—¿Puedo hacer algo por ti, mi buen camarada? —dijo Khaavren.

—¡Ah! Por los Señores del Juicio, creo que me has atravesado un pulmón.

—¡Un sanador! —gritó Khaavren—. ¡Buscad a un sanador!

Enviaron a por uno. Frai, que tenía experiencia en heridas, estaba en lo cierto: la hoja de Khaavren había ascendido por el hueco entre la segunda y la tercera costilla, y había pasado por la derecha de la clavícula hasta salir cerca de la espina dorsal, bajo el cuello. Le había perforado un pulmón, sin tocar la arteria pulmonar, es verdad, pero infligiendo pequeños cortes en la aorta y el esófago. Como podemos ver, tenía un pulmón gravemente dañado y, además, un derrame interno.

Es de suponer que un soldado tan experimentado como Frai habría reconocido los síntomas de esas heridas, pero no le dijo nada a Khaavren; se limitó a sonreír y a

apretarle la mano hasta que, justamente cuando el sanador entraba en la taberna, tosió sangre y expiró. El sanador, un hombre de piel clara y delicada con el atuendo rojo y blanco de la Casa Athyra, se limitó a encogerse de hombros al ver el cuerpo.

—Bien, pues —dijo Khaavren bruscamente mientras se incorporaba. Hizo una señal a cuatro de las personas que contemplaban con gran interés todo lo que ocurría—. Traedlo conmigo.

Enfundó la espada tras limpiarla con una toalla que le proporcionó el tabernero. Luego se puso la capa, en una buena imitación del movimiento que había hecho Tazendra cuando se puso la suya por primera vez. Los cuatro a los que había interpelado antes no se habían movido.

—¡Al Servicio Imperial! —gritó, irguiéndose y colocando la mano en la empuñadura de la espada, visto lo cual se adelantaron a desgana y levantaron el cuerpo. Khaavren encontró el monedero que el jhereg le había entregado a Frai y sacó una moneda de oro, que ofreció al sanador.

—Por las molestias —explicó, y, con una última mirada al athyra, salió de la taberna.

VI

En el que se comentan con cierto detalle los resultados de la primera patrulla ante el capitán, que está lejos de sentirse complacido

Volvieron a pie a la Puerta Dragón y entraron al sector de la Guardia Imperial, donde Khaavren pagó a cada uno de los cuatro dos orbes que sacó del mismo monedero. Dejaron el cuerpo en la antecámara de G'aereth. Khaavren le dijo al asistente que deseaba ver al capitán. El distinguido personaje miró el cuerpo y fue a transmitir el mensaje. Regresó enseguida, e indicó a Khaavren que entrara de inmediato.

—Bien, mi buen tiassa —dijo el capitán, señalándole a Khaavren una silla—. Por lo visto ha ocurrido algo. Ansio conocer los detalles.

—Mi señor —dijo Khaavren—, os explicaré todo lo ocurrido.

—Eso es precisamente lo que deseaba oír.

—Pues bien, veréis. —Y explicó exactamente lo ocurrido, con esa precisión para el detalle de la que sólo un tiassa es capaz. A medida que hablaba, la mirada de G'aereth se iba endureciendo. Cuando acabó, el capitán abrió la boca para decir algo, pero el asistente lo interrumpió con el anuncio de que el caballero Pel deseaba ser recibido.

El capitán se encogió de hombros e indicó a Khaavren que tuviera paciencia.

—De acuerdo —dijo G'aereth al asistente—. Hacedlo pasar.

Pel les hizo una reverencia a ambos.

—¿Qué hay? —dijo el capitán.

—Ha sucedido una pequeña desgracia, mi señor —dijo Pel.

—¿Una desgracia?

—Precisamente.

—¿De qué tipo?

—En relación con mi compañera.

—¿Vuestra compañera?

—Sí.

—¿Ha sufrido alguna lesión?

—¡Ah! Vos lo habéis dicho, una lesión.

—Es decir, está herida.

—Parece ser que sí.

—Pero no será grave, ¿verdad? —preguntó G'aereth esperanzado.

—Al contrario, mi señor.

—¿Al contrario?

—Sí. Está malherida.

—Pero aún vive, ¿no?

—Oh, por lo que respecta a eso...

—¿Sí?

—Lamento informar a vuestra señoría...

—¡Por los Señores del Juicio! ¿Ha muerto, entonces?

—Tengo el triste deber de informaros, mi capitán...

—Pero ¿cómo ha sucedido?

—Oh, fue muy extraño.

—¿Y bien?

—Bien, mientras caminábamos por el perímetro de Puertacastillo, donde acababan de empezar los festejos, mi compañera y yo nos pusimos a hablar de cierto asunto...

—¿Qué asunto?

—Es decir... sobre el tema de...

—¿Del coqueteo, caballero?

—¡Oh, desde luego que no, mi capitán!

Khaavren percibió un rubor en la pálida tez del yendi, y se preguntó si el capitán también lo habría visto.

—Hablábamos de hechicería, mi señor.

—¿De hechicería?

—Sí. Ella afirmaba que para ocupar un puesto en la Guardia Imperial hay que ser un experto hechicero.

—¿Y entonces?

—Tuve el honor de informarle de que el reinado athyra finalizó hace quince días.

—Ah.

—Creo que se tomó a mal mis palabras, pues alzó las manos como si fuera a echarme un hechizo.

—¡Ah! ¿Y vos?

—Como vuestra señoría comprenderá, no puedo permitir que obre sobre mi persona un hechizo de efectos desconocidos. Podría resultar nocivo. No tuve más remedio que desenvainar la espada.

—Oh, pero os habréis detenido enseguida, supongo.

—Por supuesto, mi capitán. Recuperé el dominio de mí mismo y, con toda la elocuencia de la que fui capaz, intenté persuadirla de que no siguiera por ese camino, del que nada bueno podría resultar.

—¿Y ella? ¿Quedó convencida?

—Por completo.

—¿Y bien?

—Bien, al percibir la sensatez de mis palabras, corrió a abrazarme, y, al hacerlo, se clavó mi espada.

—¡Mi buen Pel!

—Es tal como tengo el honor de informaros, mi capitán.

—Y sin embargo...

—Nos observaba mucha gente, mi capitán. No habrá ninguna dificultad para confirmar lo que digo.

—Podéis tener la seguridad de que investigaré su muerte con tanto detenimiento como la de Frai.

—¿Frai?

—El compañero de Khaavren, al que sin duda habréis visto en la antecámara.

—Entonces, ¿también tu compañero ha tenido un accidente? —le dijo Pel a Khaavren con una mirada muy significativa.

—De ningún modo —dijo Khaavren—. Tuvimos la oportunidad de luchar.

—Sí —dijo G'aereth—. De hecho, estaba a punto de decir...

—Un momento —dijo Pel—. Creo que vuestro asistente llama a la puerta.

En efecto, en ese momento el guardián de la entrada se acercó a anunciar la llegada de Aerich.

—Que pase —dijo el capitán.

Aerich entró e hizo una grácil reverencia dedicada a la sala en general y a cada uno de los presentes en particular.

—Bueno —dijo G'aereth—. ¿Qué tenéis que comunicar?

—Mi señor capitán, no sin pesar debo informaros de la muerte de mi compañera.

—¿De su muerte?

Aerich asintió con un gesto.

—Pero ¿cómo murió?

—La maté —dijo Aerich impasible.

—¿Qué? —exclamó el capitán—. ¡Esto es una afrenta!

Aerich se encogió de hombros. Pel y Khaavren intercambiaron una mirada.

—¿Cómo ha sucedido? —dijo G'aereth—. ¿Habéis discutido?

—Ah, lo que puedo decir al respecto —contestó Aerich— es que ocurrió en la calle de los Fuegos Fríos, en el círculo de la fuente del Darr. Como veis, no se trata de un lugar privado, así que sin duda podréis averiguar los detalles que os interesen.

—Pero yo, señor —dijo el capitán—, quiero que me los contéis vos.

—De acuerdo —dijo el lyorn, sin perder ni un ápice de su frialdad—. Así es, discutimos.

—¡Ah! ¿Y por qué discutíais?

—Minas de diamantes.

—¿Minas de diamantes?

Aerich hizo un gesto de asentimiento.

—¿Cómo es que discutíais sobre minas de diamantes? —preguntó el capitán. De

su frente brotaban gotas de sudor.

—¿Sabe vuestra señoría que se han descubierto diamantes en el condado de Casa Arenosa?

—Lo sé, desde luego, pero ansio saber cómo habéis llegado a conocer esa información.

—Me lo han dicho.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Mi compañera.

—¡Ah! Bien, ella os dijo que se habían descubierto diamantes. ¿Y entonces?

—Sin duda vuestra señoría estará enterado de que el condado de Casa Arenosa, anteriormente en posesión del Imperio, pertenece ahora a los orientales.

—Sí, sí; de hecho, fue un dzur quien guio la expedición que descubrió diamantes.

—Además, mi señor, puede que sepáis que allí hay tantos orientales que el ejército imperial tendría que emprender una gran campaña para expulsarlos.

—También lo sé, señor.

—Mi compañera, pues, dijo que el Emperador quería hacer precisamente algo así: montar una campaña para ocupar la zona, que carece de valor militar...

—Oh, respecto a eso...

—¿Sí?

—Posee un inmenso valor económico. —Aerich se encogió de hombros dando a entender que no tenía una opinión propia sobre el asunto—. Continuad, pues —añadió el capitán.

—Mi compañera opinaba que sería un desperdicio inútil de los ejércitos imperiales, cuando nuestro verdadero proyecto debería ser... Tened presente, mi capitán, que eran sus palabras... debería ser la defensa del territorio de Campopimientos, indispensable para la seguridad del Imperio.

—Ella tiene derecho a pensar lo que le plazca —dijo G'aereth.

—Eso mismo opinaba yo, mi señor capitán. Me alegra saber que coincidimos.

—Bien, proseguid.

—Entonces, capitán, hizo ciertos comentarios difamatorios sobre el Emperador.

—¡Ah!

—Como ya he tenido el honor de informaros, estábamos en el Círculo de la Fuente del Darr, es decir, en un lugar público; un lugar, además, lleno de toda clase de tecklas. Me apresuré entonces a informarla, en voz baja, de que el deber de un caballero es apoyar y defender al Emperador, y con más razón si tiene el honor de portar la espada en su nombre.

—¿Y ella qué respondió? —preguntó el capitán, en cuya frente aún se advertían gotas de sudor.

—Dijo que opinaba lo mismo que lady Lytra, la Señor de la Guerra del Imperio, y que yo no era quién para discutirlo.

—Y entonces dijisteis...

—Respondí que lady Lytra no había dicho nada semejante en mi presencia, y que dudaba que lo hubiera dicho en público o que aprobara que se dijera.

—¿Y vuestra compañera? —preguntó el capitán, cuya respiración ya era jadeante.

—Me dijo que si pretendía enseñarle modales.

—¿Y vos?

—Le aseguré con toda franqueza y sinceridad que yo me limitaba a actuar como ha de hacerlo un caballero.

—¡Por el Orbe, señor! Entonces, ¿ella desenvainó la espada?

—Disculpadme, mi capitán, pero la tenía desenvainada desde que puse en duda su primera afirmación.

—¡Ah! ¿Y vos también habíais desenvainado?

—En absoluto —dijo Aerich.

—¿Y entonces lo hicisteis?

—Mi compañera se empeñó; me pareció descortés rehusar.

—¿Y ella os atacó?

—Oh, sí, me atacó.

—¿Y bien?

—Era muy rápida, mi señor. Me vi obligado a perforarle el corazón. Mandé llamar de inmediato a un sanador, pero veréis, ya era demasiado tarde. Pagué a un par de tecklas para que vigilaran el cadáver, por si su Casa considerara que vale la pena trasladarlo a las cataratas de la Puerta de la Muerte.

—Pero entonces, los tres...

—Perdón, mi capitán —dijo Pel, suavemente—. Los cuatro.

—¿Qué ha sido eso?

—Creo que he oído al asistente anunciar a lady Tazendra.

—Que pase —dijo G'aereth, meneando la cabeza—. Ojalá ella, al menos, pueda contarnos algo diferente.

Aerich se encogió de hombros.

—Mi capitán —dijo Tazendra en cuanto entró. La cólera fría de los señores dzur resplandecía en su mirada.

—¿Sí?

—Aunque me resulte penoso, debo presentar una queja.

—¿Cómo? ¿Una queja?

—Sí. Contra el individuo que me acompañaba.

—¿El caballero Fanuial?

—Sí. Así se llama.

—¿Cuál es vuestra queja?

—No es un caballero, mi señor —dijo Tazendra mientras se erguía, se sacudía la larga cabellera de los hombros y proyectaba la mandíbula hacia delante.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el capitán asombrado.

—Mi señor, os contaré todo lo sucedido.

—Es precisamente lo que quiero.

—Bien, ocurrió lo siguiente: Comenzamos nuestra patrulla en las colinas del distrito de Villazarza. Acabábamos de llegar a la calle del Tañido de Campanas cuando vi que un joven caballero se dirigía hacia nosotros y parecía mirarme fijamente.

—¿De qué manera? —preguntó el capitán.

—Oh, soy demasiado modesta para hablar de ello.

—Sí, lo comprendo, señora —dijo el capitán. La recorrió con la mirada, desde el espeso pelo negro hasta las bien formadas piernas, deteniéndose en todos los puntos de interés intermedios—. Continúa.

—Me detuve a hablar con el joven caballero, que parecía ser un conde... —Dirigió una rápida mirada a los demás, se aclaró la garganta y corrigió—: O quizá un duque. Sí, un duque, sin duda, de la Casa Halcón.

—¿Y bien?

—Bien, mi compañero hizo ciertos comentarios acerca de este joven noble de... de una naturaleza particularmente grosera y personal.

—Ya veo. ¿Y qué le respondisteis?

—Bueno, me sentí tentada a enfrentarme con él, capitán.

—Pero no lo hicisteis, supongo.

—No podía, mi capitán. ¿Lo entendéis, verdad? Yo soy una señor dzur y él no era más que un dragón. Habría sido una deshonra atacarlo.

—Estoy completamente de acuerdo —murmuró el capitán—. ¿Qué hicisteis, entonces?

—¿Qué hice? Bien, como es natural le sugerí que buscara a cuatro o cinco amigos y que, si me hacían el honor de atacarme todos a la vez, me comprometía a defender al joven señor halcón del que había hablado de manera tan irrespetuosa.

El capitán hundió la cabeza entre las manos. Por respeto hacia él, nadie dijo nada. Al cabo de un momento, el capitán levantó la cabeza.

—Entonces, ¿os atacó? —preguntó en tono notablemente desesperanzado.

—¿Atacarme? Yo diría que sí. Desenvainó la espada, que era pasablemente larga, mi señor, y se abalanzó como si fuera la batalla de los Doce Pinos.

—¿Y vos?

—Bueno, yo no terna tiempo de desenvainar mi espada, así que, como comprenderéis...

—Sí, sí, comprendo.

—Vaya, me vi obligada a usar una piedra destello.

—¿Y?

—Creo que el ataque le destrozó la garganta.

—Oh —gimió el capitán.

—Y parte del pecho.

—Oh.

—Y le perforó los pulmones.

—¿Habéis terminado?

—Eso es todo, mi señor —dijo Tazendra mirándolo algo sorprendida.

—Espero que sí, por amor del Emperador.

Tazendra hizo una reverencia.

—Si se trata de una conspiración por parte de Lanmarea o de quien sea —dijo el capitán poniéndose de pie y mirando a los cuatro—, os prometo que vuestras cabezas adornarán la pared.

Ante la palabra «conspiración», las cejas de Aerich se contrajeron. A Khaavren le costó no mirar hacia la pared para ver si ya había allí cabezas colgadas.

—Sin embargo —continuó el capitán—, me temo que, cuando interroge a los testigos, descubriré que habéis dicho la verdad. Y entonces, amigos, ¿qué tendré que hacer?

No respondieron. El capitán los miró de uno en uno.

—Si ése fuera el caso —añadió por fin—, es evidente que, hagáis lo que hagáis, sois tan valiosos que, o estáis conmigo o estáis muertos.

Se mordió el pulgar.

—También es evidente —dijo— que no puedo teneros de servicio con mis otros guardias; no me lo puedo permitir. En el futuro sólo patrullaréis y formaréis equipo juntos.

Pel hizo una profunda reverencia y miró al capitán a los ojos.

—Mi señor capitán G'aereth... —dijo con su voz suave.

—¿Sí?

—No deseamos otra cosa.

VII

En el que descubrimos las características del alojamiento y se nos dice algo sobre la estructura de la Guardia Imperial

Y ahora volvemos por fin al comentario sobre el alojamiento que encontraron nuestros amigos. Estaba situado en la calle de los Cortadores de Vidrio, que arranca de la misma calle del Dragón, apenas a una milla de la Puerta Dragón. Enfrente se hallaba la posada de un ejército privado que el Imperio contrataba para ciertas tareas, y de ella se veían señores dragón entrando y saliendo a todas horas, a menudo en profundo estado de embriaguez. Más abajo de la calle de los Cortadores de Vidrio había un pequeño hospital privado del que Aerich dijo cuando se lo señalaron: «Qué suerte». Detrás de la casa había un templo pequeño, pero próspero, que daba a la calle del Dragón. Estaba dedicado a la diosa Verra y constituía un lugar de reunión casi tan poblado como la fonda, identificada con el signo de una maza, que estaba justo enfrente.

Ese era, pues, el vecindario en el que nuestros amigos encontraron alojamiento. Un acaudalado comerciante jhegaala había construido la casa para su retiro, que tuvo lugar durante la última república teckla; y sus herederos la habían ocupado o alquilado después de su muerte, unos trescientos años más tarde. La casa era de estilo Volante Temprano, y evidenciaba el gusto por las torres, las paredes redondeadas y la manipostería pintada tan típico de aquel período de la arquitectura imperial.

El frente era abierto y aireado, con un porche circular, mientras que la parte trasera estaba circundada por completo de grandes arbustos de dos troncos y sombreada por tres robles gigantescos dispuestos en triángulo equilátero y un arce de azúcar en el medio. Todos se habían plantado cientos de años atrás, al comienzo del reinado athyra. Como resultado, nuestros amigos podían sentarse en el frente de la casa y contemplar las bufonadas de los soldados al otro lado de la calle, o, mirando en otra dirección, observar las idas y venidas del Ala Dragón de Palacio; o podían instalarse en el apacible jardín trasero a beber y conversar agradablemente, medio por el que la amistad, originada por los avatares de la vida y nutrida por la experiencia compartida, se convierte en profunda y duradera.

Habían decidido alquilar sólo una casa para ahorrar. Pel se quedó con la habitación aislada de la parte posterior, que tenía una puerta propia de salida al jardín. Explicó que encontraba que la brisa que entraba por la ventana trasera le

despejaba la mente para los estudios filosóficos a los que se dedicaba de tanto en tanto. Khaavren y Aerich intercambiaron miradas, pero no dijeron nada.

Khaavren eligió una habitación en el segundo piso con balcón propio, desde el que podía, de pie o sentado, contemplar a los que pasaban por la calle e inventarse fantásticas historias sobre sus vidas para entretenerse.

Aerich escogió la habitación larga y estrecha que estaba junto a la de Khaavren y la arregló con orden y precisión, colocando unos cuantos jarrones ornamentales de muy buen gusto, algunos psigrabados de paisajes de los Grandes Bosques del noroeste, un estante para sus libros y varias sillas muy cómodas. Todo esto la convirtió en la habitación en la que, no pocas veces, los cuatro amigos se reunían para charlar, a pesar de que abajo hubiera una sala de estar perfectamente adecuada.

La habitación de Tazendra estaba junto a la de Aerich e incluía una pequeña porción del muro trasero, así como una torre circular, que sobresalía por encima del resto del edificio, destinada inicialmente a las habitaciones de servicio, por lo que tenía una escalera privada que conducía directamente a la cocina.

Tazendra se apropió de esa habitación de arriba, equipándola con suaves almohadones para que se sentaran los invitados; la llenó de velas; expuso una colección de dagas que hizo traer de su casa; y distribuyó por el cuarto toda clase de botellas de licor ocultas en los sitios más inverosímiles, de modo que podía estirar la mano y sacar una en el momento adecuado de la conversación.

El dormitorio restante lo ocupó una teckla llamada Srahi, a la que habían ofrecido alojamiento y comida a cambio de que mantuviera alguna semblanza de orden en la casa y cocinara una comida diaria, siempre y cuando los guardias pudieran procurarse las materias primas. Hay que mencionar, de paso, que este relato comienza sólo cuarenta años después de la Revuelta de la Librea, de modo que justamente en la época en que sucedieron los hechos los lacayos personales no se estilaban. Srahi era menuda y ratonil, de ojos grandes y unos labios que se fruncían de una manera nada acorde con su posición ni Casa, aunque muy acorde con su voz, que era a la vez chillona, aguda y nasal.

Todos los días Khaavren se levantaba entre la hora undécima y la duodécima después de las campanadas de medianoche. Algunas veces Pel ya estaba despierto, dando vueltas por ahí o leyendo en la parte posterior; otras veces ya se había marchado. Tazendra estaba invariablemente levantada, afuera, o en la parte trasera, o en la sala de estar, o dibujando, o modelando con arcilla. Aerich se despertaba aproximadamente a la misma hora que Khaavren y por lo general pasaba un rato a solas en su habitación, sentado en una silla y respirando profundamente, como si tratara de reunir la fuerza necesaria para el resto del día.

De modo que sobre esas bases se constituyó el hogar, con cuatro personalidades tan variadas: Pel se planificaba la vida en cuidadosas etapas que no mencionaba, y aunque se sospechara que tenía más asuntos del corazón que diez hombres normales, al menos nadie podía demostrarlo. Tazendra no planificaba jamás, sino que siempre

atacaba la vida como si el mundo existiera por el puro placer que obtenía al pasearse por él, riendo, apostando y amando. Hacía todas esas cosas mucho menos de lo que alardeaba, entiéndase, aunque no obstante disfrutaba de sus alardes tanto como otro disfrutaría poniéndolos en práctica.

Aerich tenía un carácter sombrío que parecía alimentarse de los placeres de sus amigos, como si el placer por sí mismo le resultara imposible de alcanzar. Sin embargo, podía obtenerlo en cierta medida de forma vicaria, por así decirlo, y cuando sus amigos estaban contentos, él estaba contento, y cuando sus amigos estaban tristes, él estaba triste. Khaavren, como sabemos, muy pocas veces planificaba; prefería no esculpir la vida ni atacarla, sino, más bien, tomar las cosas como venían, ya fuera un golpe o un beso, y hacer todo lo posible para disfrutar al máximo o sufrir lo mínimo.

Aerich y Khaavren salían a pasear juntos por el barrio o se detenían en algún cuchitril a tomar klava. Al volver, Aerich solía sentarse a hacer ganchillo, en tanto que Khaavren y Tazendra a menudo se retiraban al jardín trasero para practicar unos cuantos pases con la espada. Khaavren obligaba a Tazendra a esforzarse a más no poder, mientras que Tazendra le enseñaba a Khaavren ciertos trucos defensivos que había aprendido del exclusivo maestro de esgrima dzur con el que había estudiado. Srahi era la última en levantarse, por lo general pasado el mediodía, y haraganeaba por la sala de estar con una astrosa bata amarilla hasta que llegaba el momento de preparar la comida de la tarde, tras la cual los guardias se marchaban al Palacio hasta que finalizaban el servicio. Cuando volvían, a veces Srahi había salido y otras estaba durmiendo, pero la casa solía estar limpia, hasta cierto punto al menos, por lo que no tenían motivo de queja.

En cuanto a sus deberes en el Palacio, debemos hacer aquí una pausa para explicar un poco la estructura de la jerarquía imperial en aquella época.

En la cumbre se hallaba, por supuesto, el propio Emperador, por más que no desempeñaba un papel importante en los asuntos militares del día a día, salvo que las escaramuzas casi constantes que ocurrían en los mares, en los ducados del interior y a lo largo de la frontera oriental se hubieran intensificado hasta tal punto que, tal como deseaba, pudiera considerarlas como una guerra. Esto haría necesaria su intervención, que consistía en evitar que se llevara a cabo con eficacia, extendiendo su coste y duración lo bastante para justificar su injerencia. En realidad, la Señor de la Guerra era quien tenía el poder militar del Imperio, a excepción de los Lavode, que aún existían en aquella época, comandados por su capitán, un tal Gyorg, pues Sethra había renunciado cuando se la proscribió de la corte, muchos años antes. La Señor de la Guerra, una dragón llamada Lytra e'Tenith, en teoría tenía dos subordinados; uno de ellos era el capitán general del Ejército Imperial, y el otro el brigadier general de la Guardia Imperial. Hay que destacar que en aquel momento ambos puestos estaban vacantes; por lo tanto, todos los subordinados de los dos cuerpos estaban a las órdenes directas de lady Lytra.

Uno de esos subordinados era G'aereth, que capitaneaba la compañía de la Bota

Roja de la Guardia Imperial (aunque hay que señalar que no usaban botas rojas desde hacía más de cuatrocientos años). Una vez terminaron los festejos de la coronación en la ciudad, se asignaron al batallón diversas tareas dependiendo del día de la semana: patrullas callejeras, la escolta de ciertos nobles, guardias en el Ala Iorich, o actuar como guardias de honor de la corte. Los que no estaban de servicio holgazaneaban por su sector, bebiendo, chismorreando, apostando o mofándose de los guardias de la capitana Lanmarea.

El batallón de G'aereth estaba integrado por unos sesenta o setenta guardias en total, mientras que la compañía de Lanmarea, el batallón de la Faja Blanca, contaba con casi doscientos. Debido a ello la compañía de G'aereth tenía la impresión, alentada por el capitán, de ser, en cierta forma, una fuerza de elite, sentimiento éste que los otros guardias, como es comprensible, consideraban un agravio. Hemos de añadir que los dos capitanes competían por el puesto de brigadier, que estaba vacante desde hacía más de mil años. Y debemos señalar, finalmente, que el honor de proteger a la persona del Emperador, una distinción muy codiciada, se había concedido a la compañía de Lanmarea, es decir, al batallón de la Faja Blanca.

Se había llegado a ese estado de cosas porque Lanmarea, amiga íntima de Noima, la consorte imperial, había solicitado esa merced al Emperador. Por su parte, Tortaalik, íntimo amigo de G'aereth, tal como hemos tenido el honor de mencionar, buscaba constantemente la oportunidad de otorgar ese servicio a la compañía de la Bota Roja, pero desde su coronación (unas semanas atrás) no había podido encontrar un pretexto. Como resultado, existía una considerable rivalidad entre ambas compañías; rivalidad que en muchas ocasiones había llevado a que se desenvainaran espadas y a que en dos de ellas se derramara sangre. Si se añade por último que el batallón de Lanmarea había salido victorioso en ambas, nuestros lectores comprenderán que reinara por entonces una considerable ansiedad entre los guardias a las órdenes de G'aereth.

Por lo que respecta a nuestros amigos, era de suponer que, una vez los incidentes de su primera patrulla fueran del dominio público, no serían bien recibidos por sus compañeros; sin embargo, distaba mucho de ser así. Debido a la peculiar psicología de los hombres de la espada, al principio miraban al cuarteto con cierto respeto y, finalmente, con una actitud amistosa.

En el caso de Khaavren se entendía, pues era un joven que agradaba al instante, y tras ponerse a prueba matando a Frai (quien, desde luego, no caía especialmente bien en la compañía), su encanto natural le ganó todos los amigos que le vinieron en gana. A Tazendra se la respetaba como se respeta siempre a los señores dzur entre los soldados, y, además, su belleza la hacía objeto de gran atención e interés. Todas las mujeres de la Guardia Imperial, un tercio del total, se sintieron de inmediato atraídas por Pel, que cuidaba todo lo posible su apariencia, y cuya cortesía en la conducta y en la forma de hablar le ganaban horas de deliciosa conversación. En cuanto a Aerich, se le atribuyó la honorabilidad que todo el mundo espera en un lyorn, y pronto sus

colegas de la Guardia comenzaron a acudir a él en busca de consejo sobre cuestiones de conducta, rango, etiqueta e historia, o sobre cómo tratar con esposas, maridos o amantes descarriados.

Khaavren poco a poco aprendió que la mayor parte de los ingresos de un guardia provenían de lo que recaudaba de aquellos que deseaban mantener en secreto sus actividades. Aprendió que aceptar oro para encubrir un delito era, si no insólito, sí mal visto; pero, al mismo tiempo, llegó a comprender que los guardias no consideraban un delito los intentos de evitar a los recaudadores de impuestos imperiales, filosofía que, tras alguna reflexión, comenzó a suscribir.

Sin embargo, Khaavren era incapaz de aceptar esas dádivas, por lo que prefería, al menos cuando estaba de servicio, evitar los establecimientos que favorecían las transacciones bajo mano. Pel, por el contrario, frecuentaba esos lugares en particular, pero jamás aceptaba pagos en dinero. A Khaavren le parecía que Pel tenía algún tipo de acuerdo con esa gente, de modo que resolvió vigilar de cerca al yendi para intentar determinar la naturaleza de ese acuerdo.

Aerich no quería tener nada que ver con los que sobornaban a los Guardias Fénix, aunque no parecía llevarse mal con los guardias que opinaban de otra manera. Tazendra era la única de los cuatro encantada con la práctica, y aceptaba con regularidad los regalos en metálico, que devolvía alegremente perdiendo la mayor parte en la shereba, un juego de cartas de moda por entonces.

Mientras Tazendra jugaba, los otros tres solían sentarse cerca de ella. Bebían vino, charlaban sobre los asuntos del Imperio o la naturaleza de su trabajo, y especulaban acerca de cuándo se fijarían en ellos sus superiores.

Merece la pena mencionar que la taberna más cercana a su casa, cuyo cartel, como hemos dicho, mostraba un martillo en el momento de golpear un clavo, tenía un reservado donde a menudo se jugaba a la shereba bajo la mirada vigilante de un jhereg de rostro rubicundo llamado Tukko, que de algún modo había adquirido una participación en la posada La Cabeza del Martillo, que así se llamaba. Siempre que los dragones del ejército mercenario tenían fondos, toda la taberna se llenaba de soldados que se emborrachaban y cantaban, y el reservado, el sitio favorito de Tazendra, estaba aún más concurrido que la sala principal.

Se ha comentado más de una vez que cuando un sitio está repleto de señores dragón borrachos y un dzur está apostando, es el momento de que los individuos amantes de la paz descubran que tienen cosas que hacer fuera de allí. Cierta día, unas tres semanas después de la llegada de nuestros amigos a la ciudad, la observación demostró ser particularmente acertada, como nos encargaremos de demostrar.

VIII

En el que se muestra que no hay policía en la ciudad de Dragaera

Aquella tarde en particular, Tazendra estaba disfrutando de una racha de buena suerte en la shereba, un juego en el que los caprichos de la fortuna se miden ante los nervios del jugador, de manera que una momentánea pérdida de confianza puede derrumbar hasta los cimientos el edificio financiero construido durante horas de doloroso cálculo, aunque un súbito cambio en el reparto de las cartas puede hacer que, si se juega con audacia y constancia, la fortuna se traslade de un sitio a otro de la mesa, como le sucedió a Paluva, conde de la Colina del Trébol, en el conocido drama épico.

Sin embargo, como hemos dicho, en esa ocasión Tazendra estaba teniendo suerte en las cartas, y, además, estaba jugando mejor que nunca, porque si hay algo que inspire a un dzur más que el ser superado en número es ser superado en número por señores dragón. Todos sus oponentes pertenecían, de hecho, a la Casa Dragón, tres mujeres y un hombre del Ejército de la Rosa Espinosa, y no paraba de quitarles monedas para apilarlas delante suyo.

Debemos señalar que, en sentido estricto, ese juego era ilegal, es decir, no se había dado parte del mismo a los recaudadores de impuestos imperiales. Sin embargo, el lector también ha de tener en cuenta que durante los reinados athyra apenas si se hace caso a dichas leyes, y muy poco más durante los reinados fénix que les suceden. En cambio, cuando los fríos y rígidos vallistas llevan un emperador al trono las leyes en cuestión se aplican con todo rigor, de modo que el tesoro de los jheregs se llena de oro. Finalmente éstos lo utilizan para abrirse camino en los puestos de poder hasta que pueden elegir su propio emperador. De todo ello podemos inferir que son los jheregs, junto con los funcionarios corruptos a los que sólo faltan los colores para ser jheregs, quienes ganan con la vigencia de leyes concebidas para limitar el placer individual.

Por lo que a nuestros propósitos respecta, pues aseguramos al lector que la labor que nos asignamos es la relación de hechos históricos, no la exposición de la realidad política, ello significaba que, una vez realizado el pago a los Guardias Fénix, no había mucho peligro de que el Imperio efectuara una redada ni una investigación; de ahí que en la taberna todas las puertas estuvieran abiertas, y que el ir y venir entre las

salas comunes y las reservadas para los juegos de azar fuera constante. De hecho, en aquel preciso momento Khaavren, Aerich y Pel estaban de pie detrás de Tazendra, mirando cómo jugaba y hablando de una cuestión de cierta importancia para ellos relativa a Srahi, la teckla, que, según Pel, era demasiado recalcitrante para ser una sirvienta.

—Es un problema —dijo Khaavren a Pel, mientras por encima del hombro de Tazendra miraba sus cartas, tres de Casas y el as de Fuego, que no prometían nada bueno para sus adversarios, uno de los cuales estaba haciendo una fuerte apuesta sobre lo que parecía ser una buena mano, pero probablemente era un farol—. Es obvio que hay que pegarle aunque sea lamentable, pero en estos tiempos modernos en que vivimos, un caballero no puede levantarle la mano a una mujer, mientras que antes sólo se exceptuaba a las damas. No obstante, es perfectamente correcto que una dama corrija a un sirviente del sexo que sea. ¿No es cierto, mi querido Aerich?

—Exacto —dijo el lyorn—, aunque me apresuro a añadir que la norma no se aplica cuando la dama en cuestión está armada, como en el campo de batalla o en el campo del honor. Pero no es el caso.

—Entonces, ya que nosotros no podemos zurrarla, seguramente podríamos convencer a Tazendra de que lo haga.

—¿Yo? —dijo Tazendra, volviéndose y frunciendo el ceño—. ¿Golpear a una sirvienta indefensa?

—Me lo temía —dijo Khaavren—. Un problema.

—Quizá —dijo Pel mientras Tazendra volvía a su juego— tendríamos que contratar a alguien que no fuera un caballero. De ese modo, le podríamos indicar que pegue a Srahi cuando haga falta.

—Creo —dijo Khaavren— que el estado de nuestras finanzas no lo permite.

—Bien —dijo Tazendra, mientras la dama que tenía enfrente maldecía ante la carta que había sacado y arrojaba la restante sobre la mesa—, parece que el problema está a punto de resolverse.

—Puede que sí —dijo Pel—. Pero has de admitir, mi querida amiga, que probablemente mañana pierdas lo que has ganado hoy.

—Bueno, ¿y qué importa? —dijo una de las damas que habían estado perdiendo continuamente con Tazendra—. Vosotros los policías podéis ganar todo el dinero que queráis gracias a vuestros acuerdos con jheregs como nuestro excelente Tukko, acuerdos que nos permiten este agradable juego en el que es obvio que no podéis perder, pues no apostáis vuestro dinero, sino más bien el nuestro.

Tazendra, que estaba mirando a Pel, volvió lentamente la cabeza, hasta estar cara a cara con la dama que había hablado. Mientras tanto, Khaavren, Aerich y Pel dieron al unísono un paso adelante para situarse detrás de Tazendra.

—¿Me haréis el honor de repetir lo que acabáis de decir? Quizá no haya oído bien —dijo Tazendra, con voz suave y amenazadora a la vez.

—¿Os he insultado de alguna forma? —dijo la señor dragón ladeando la cabeza—.

¿Fingís haberos ofendido por mi sugerencia de que recibís dinero de los jheregs que quieren protegerse de los recaudadores de impuestos imperiales?

—En absoluto —dijo Tazendra.

—¿Y entonces?

—Me pareció oír que empleabais la palabra «policía».

—¿Y si fuera así?

—Tengo el honor de informaros —dijo Aerich fríamente— de que en la ciudad de Dragaera no hay policías desde la Revuelta de la Librea, hace unos cuarenta años.

—Sin embargo parece que ahora tenemos a algunos delante —dijo otro señor dragón.

—No es una palabra que complazca a mis oídos —dijo Pel, echándose la capa sobre el hombro de manera que la elegante empuñadura de su espada quedara visible.

—Bien —dijo la dama que había hablado en primer lugar—. Confieso que vuestros oídos no me preocupan mucho.

—A mí, sin embargo —dijo Pel, inclinando cortésmente la cabeza—, vuestra lengua me interesa sobremanera.

—Por mi parte —dijo Khaavren—, estoy interesado en vuestros pies.

—¿Cómo? —dijo Aerich, que estaba de pie entre Pel y Khaavren—. ¿Sus pies?

—Así es. Pues si los empleara para salir de este cuarto tan estrecho, le haría el honor de enseñarle lo que mi arma puede hacer.

—¿Tú? —dijo Pel, indicando que, si bien estaba de acuerdo con el predicado de la frase de Khaavren, difería con el tiassa respecto al sujeto.

—Amigos míos —dijo Aerich suavemente—, no olvidéis que nuestras vidas pertenecen a Su Majestad. —Hizo una reverencia a la dama—. Sin duda os dais cuenta de que, al llamamos policías, no sólo nos insultáis a nosotros, sino también a la Señor de la Guerra, Lytra e'Tenith, a la que debemos fidelidad, y además a Su Majestad, que nos ha hecho el honor de tomarnos a su servicio como soldados.

—De ningún modo —dijo otro de los compañeros de la dama—. La Señor de la Guerra puede contratar a todos los policías que quiera sin deshonorarse por eso.

—Y Su Majestad puede llamarlos soldados si quiere —dijo otro—; es el privilegio de la realeza.

—Aerich —dijo Pel, volviéndose hacia el lyom—, no debemos permitir que esta conversación continúe, ¿no crees?

—Pero bueno —dijo la dama que acababa de perder ante Tazendra—, ¿quién va a impedirlo?

—Yo, para empezar —dijo Khaavren con una reverencia.

—¿Vos? —se mofó la dama, lo que provocó las risas de sus compañeros—. Sería divertido ver a un oficial de policía combatiendo con un guerrero.

—Tranquilos, amigos míos —dijo Aerich tras inspirar profundamente y posar con suavidad la mano en el hombro de Pel—. Tened presente nuestro deber...

—Bah —dijo Pel, apartando la mano de Aerich con un movimiento del hombro

—. Nuestro deber no incluye aguantar insultos de una dragonzuela cualquiera que cree saber cuál es el extremo afilado de la espada.

—¿Cómo? —dijo la dama poniéndose de pie al tiempo que sus compañeros también se levantaban, quedando sólo Tazendra sentada—. ¿Dragonzuela? Un caballero no tiene por qué tolerar que un...

—Alto —dijo Khaavren—. Si volvéis a pronunciar esa palabra odiosa, como por lo visto estáis a punto de hacer, creo que os separaré la cabeza del cuerpo sin las formalidades tan gratas a los legisladores. Como veis, os hago un favor al interrumpiros.

—Oh —dijo otro dragón—, ni a mis amigos ni a mí nos importan demasiado las formalidades; nuestras espadas no las necesitan.

—Sin embargo —dijo otro—, tenemos entendido que la actitud de la policía es diferente.

Ahora bien, no cabe duda de que, al volver a pronunciarse esa palabra tan justamente odiada por todas las personas de bien de cualquier época y lugar, se habría originado de inmediato un duelo, de no ser porque en ese momento se produjo una interrupción. Tuvo lugar cuando Tazendra, que hasta entonces había intentado mantener la calma para poder tener el privilegio de batirse en duelo con una señor dragón, se levantó con una potente exclamación, desenvainó la espada que llevaba a la espalda y, con un grito, le asestó tal mandoble a la dama que había hablado que seguramente le habría cortado la cabeza de no ser porque retrocedió de un salto, derribando la silla y topando con un cliente que se había acercado a ver las hostilidades. Sin embargo, como su oponente no estaba allí para interrumpir el decidido avance de la espada, ésta fue a incrustarse en la pesada mesa de roble donde habían estado jugando y por poco no partió la mesa en vez de la cabeza a la que había apuntado. La monedas y los vasos se desparramaron, tintinearos y rodaron al suelo.

Los cuatro señores dragón se recuperaron con rapidez, desenvainaron y se pusieron en guardia. Khaavren y Pel también desenvainaron, e incluso Aerich estaba lo bastante exasperado para empuñar la espada.

—Se ha quedado clavada —dijo Tazendra, incapaz de extraer el arma de la mesa.

—Tanto mejor —dijo su antagonista, y le asestó un golpe terrible, que la habría matado de no ser porque Pel interfirió haciéndole un buen tajo en el hombro a la señor dragón, que al quedarse sin aliento dejó caer el arma.

—¡Espinass, a nosotros! —gritaron los señores dragón.

—¡Guardias, a nosotros! —gritaron los guardias.

De ambas exclamaciones, la primera resultó la más efectiva. Había en la fonda casi una veintena de soldados del Ejército de la Rosa Espinosa, en tanto que, para consternación de nuestros amigos, no había otros guardias presentes. Como resultado, al cabo de unos segundos Khaavren, Aerich y Pel se encontraron acorralados contra la pared del fondo de la habitación y presionados por sus antagonistas, a los que sólo obstaculizaba su gran número, las dimensiones de la sala y

la mesa misma, por razones que nos apresuraremos a explicar.

Tazendra también había decidido emprender la retirada, pero no quería abandonar la espada, de modo que la levantó, con mesa y todo, hasta situarla delante de sus amigos. Hemos de decir que la mesa tenía recias patas de madera que, partiendo de un soporte común en el centro, se curvaban hacia afuera. Debido a ese diseño, la mesa se desequilibró, convirtiéndose en un eficaz escudo que llegaba a la altura del pecho de Tazendra.

Por lo tanto, durante unos momentos se produjo una especie de empate: los señores dragón sólo podían atacar por los lados de la mesa, que estaba en posición vertical, y los guardias no podían atacar de ninguna manera.

—Empujad, empujad —gritó un señor dragón—; acabemos de una vez antes de que vengan más policías a rescatarlos. —Lo que constituyó no sólo una grave amenaza, sino un nuevo insulto que agravó a los guardias más allá de lo tolerable.

Tazendra, frustrada por su incapacidad de extraer la espada de la mesa, gritó como un dzur rabioso y empezó a empujar la mesa hacia el tumulto de señores dragón. Khaavren también arrió el hombro enseguida, en tanto Pel y Aerich se quedaban a los lados, atacando a todo el que se atreviera a acercarse demasiado. Así, Pel le infligió a uno de ellos un corte en el cuero cabelludo que sangraba con profusión y que dejó a la víctima tirada en el suelo sin sentido, mientras que Aerich casi le corta la mano a otro, además de multitud de pequeñas heridas que consiguieron infligirles.

En cuanto se pusieron a empujar la mesa, los señores dragón empezaron a caerse; tres de ellos perdieron pie y Khaavren y Tazendra los pisotearon alegremente al pasar.

El contraataque (o, si el lector prefiere, «mesaataque») funcionó bien hasta que los guardias empujaron a sus enemigos hasta la pared opuesta, momento en que sucedieron dos cosas: primero, la compresión de los cuerpos y la propia fuerza de la carga hizo que los soldados se desbordaran por los lados y los colocó en una situación mejor para atacar a los guardias desde los flancos, y, segundo, la espada de Tazendra, como si estuviera ofendida porque se la usara como mango de una barricada móvil, se soltó de la mesa, que enseguida cayó hacia atrás, patas arriba. De repente, pues, la relación de fuerzas cambió y los cuatro amigos se encontraron rodeados.

Sin embargo, no perdieron tiempo considerando estrategias. Tazendra, contenta por haber liberado la espada, cargó contra el grupo más grande que encontró con tal vigor que cayeron hacia atrás, momentáneamente confundidos. Khaavren se encontró frente a una de los cuatro antagonistas originales, y, en el tiempo que se tarda en inspirar, le asestó dos cortes en el brazo, uno en la cara, y, por fin, le dio de pleno en el tronco, con lo que cayó como un saco de carbón. En ese mismo momento, Aerich hirió a un hombre en el cuello y Pel derribó a otro enterrándole el puñal en el pecho, aunque le costó un largo tajo a un lado de la cara y un leve corte en el hombro izquierdo.

A todo eso el posadero, sin saber qué hacer, había enviado a un sirviente a por la

Guardia, que por fortuna estaba bastante cerca, de modo que el grito «¡Guardia! ¡Guardia!» se transmitió entre los clientes que estaban más cerca de la puerta, diseminándose rápidamente por todo el hostel. Nuestros amigos, al oír el grito, aprovecharon la oportunidad para retroceder a la sala común, donde encontraron a la pareja de guardias que habían acudido a la llamada, y que eran de su misma compañía. No hicieron falta palabras para explicar la situación a los recién llegados, que desenvainaron de inmediato y tomaron posiciones junto a sus amigos.

Aunque no estuvieran igualados en número, al menos habían ganado cierta ventaja, de modo que los señores dragón, de los cuales quedaba quizá una docena, se detuvieron dudando antes de atacar.

—Creo —dijo Khaavren— que ha llegado el momento de retirarnos.

—Bah —dijo Tazendra—. La diversión no ha hecho más que empezar.

—Yo, por mi parte, estoy de acuerdo con Khaavren —dijo Aerich.

—Mientras que yo, mi querido lyorn —dijo Pel—, en esta ocasión opino como Tazendra.

Los dos guardias también estaban de acuerdo con Tazendra, arguyendo que no habían tenido oportunidad de pelear.

—Es verdad —dijo Aerich—, pero vosotros estáis de servicio, y debéis intentar disolver los desórdenes en lugar de colaborar en ellos.

—Ah, es verdad —dijeron pesarosos.

—Pero —dijo Pel— no creo que estos lindos soldados tengan intención de dejarnos ir en paz.

—Me parece que tienes razón —dijo Tazendra alegremente, pues sus adversarios parecían a punto de atacar.

—Tú puedes retrasarlos, Tazendra —dijo Aerich.

—¿Yo?

—¿Acaso no eras hechicera?

—Ah, es cierto. De acuerdo.

Levantó la mano y murmuró para sí; casi al instante la habitación se llenó de humo, cuya fuente al parecer no era otra que el aire mismo; y además había destellos de luz, tanto más aterradores cuanto que era imposible determinar de dónde venían o qué efecto tenían, si es que lo tenían.

—Ahora —dijo Tazendra, que parecía complacida consigo misma—, podemos atacarlos en condiciones más igualadas.

—Ahora —dijo Khaavren—, podemos retirarnos; creo que hemos conseguido dejarles claro nuestro punto de vista, y todavía nos superan en número; son dos contra uno.

Pel, Tazendra y los dos guardias convocados discutieron brevemente, pero la prudencia prevaleció esta vez, sobre todo porque Aerich estuvo de acuerdo con Khaavren. Al ganar la calle, se apresuraron a unirse a otro par de guardias, que, al ser informados de la situación, fueron a buscar a varios más. Los soldados, satisfechos de

haber expulsado al enemigo de su enclave, no los persiguieron. Al cabo de poco, había unos veintiocho o treinta guardias reunidos en un tugurio, donde se servía klava, varias puertas más allá de La Cabeza del Martillo. Allí hicieron planes para asaltar a los arrogantes guerreros cuando aparecieran.

Sin embargo, y probablemente resultó una suerte que así fuera, se pusieron a consumir grandes cantidades de vino durante la espera, de modo que Khaavren al fin se percató de que la única batalla que se libraría aquella noche sería contra el suelo, que prometía golpear a los bebedores cuando intentaran volver a casa al final de la juerga. Khaavren se lo mencionó a Aerich, que estuvo de acuerdo con su valoración y se la transmitió a Pel y a Tazendra.

De modo que los cuatro amigos se escabulleron discretamente y volvieron a casa, donde pasaron varios días de ansiedad, sin saber si el incidente tendría repercusiones, ya fuera por parte del Ejército de la Rosa Espinosa o del capitán G'aereth, pero finalmente pareció que habían escapado a las consecuencias del disturbio.

—Bueno —dijo Khaavren—, en todo caso, he aprendido que hay que vigilar con quién se apuesta.

—Yo he aprendido que a los señores dragón no les complace que su dicción se someta a escrutinio —dijo Pel, cuya cara y hombros ya casi habían sanado por completo.

—Y yo —dijo Tazendra— he aprendido que las mesas tienen más usos de los que habría soñado.

—En resumen —dijo Aerich, levantando su aguja de ganchillo—, una experiencia de lo más educativa.

IX

En el que ciertas personas intentan mantener una conversación en privado, y sus resultados

Los días se convirtieron en semanas, como sucede cuando dejamos que vayan apilándose unos sobre otros a su antojo, y, de la misma manera, estas semanas se transformaron en meses de diecisiete días sin tener en cuenta las horas y minutos que les llevó hacerlo. Khaavren, cuando el servicio no lo llevaba a lo que se llamaba «la Ciudad», lo que significaba cualquier parte de Dragaera fuera de la vista del Palacio, se dedicaba a explorarlo diligentemente. Empezó con el Ala Dragón, y después pasó a otras zonas del Palacio. El uniforme de los Guardias Fénix tenía el mismo valor que una contraseña o que el sello imperial en gran parte del Palacio, y Khaavren había resuelto emplear esa libertad para conocer lo mejor posible la geografía de la institución a la que dedicaba una buena porción de su vida.

De modo que en una de esas ocasiones se encontró en una zona en la que un pasillo corto pero ancho, que bajaba en pendiente y se curvaba suavemente hacia la derecha, conectaba el segundo piso del Ala Dragón con el tercer piso de la sección imperial. Pasó bajo un arco y observó que allí arrancaba en ángulo un pequeño corredor que pasaba inadvertido. Puesto que es un axioma que dichos pasajes conducen a sitios más interesantes que los más grandes y transitados, resolvió de inmediato ver adonde llevaba, decisión que puso en práctica no bien la hubo tomado.

Veinte pasos más adelante el pasaje giraba bruscamente y acababa, de una manera igual de brusca, en una sencilla puerta de madera, ante la que se encontraba apostado un guardia que Khaavren nunca había visto, pero cuya insignia indicaba que pertenecía a la compañía de Lanmarea. Khaavren enseguida notó que no sólo llevaba espada sino también una pica, arma que denotaba que estaba realizando una función relacionada con la seguridad del Imperio.

—Nombre y asunto —dijo el guardia bruscamente.

—¿Mi nombre? Khaavren, buen señor. Pero el asunto que me trae por aquí es, creo, cosa mía.

—Sin embargo, estáis aquí en mi puesto y deseáis pasar, de modo que es necesario que lo sepa, y rápido.

—Bueno, os equivocáis.

—¿Que me equivoco? ¿En qué?

—No quiero pasar. Prefiero dar media vuelta e irme en el otro sentido.

—No obstante, habéis venido adonde no debíais, a no ser que os haya traído aquí algún asunto urgente que tratar con los que ocupan la sala —dijo el guardia, un señor dragón bajo y de complexión robusta, frunciendo el ceño—. Empiezo a pensar que no es así, por lo que me sigo viendo obligado a preguntaros cuál es vuestro propósito —añadió.

—Decidme vuestro nombre.

—Me llamo Dekkaan e'Tenith.

—Mi buen Dekkaan, me he equivocado al girar, eso es todo; en cuanto permitáis que me marche, lo haré en el sentido correcto, y así daremos por zanjado el asunto, ¿no creéis?

—De ninguna manera, mi buen Khaavren. De hecho, lo que debo hacer ahora es llamar a un camarada que os escoltará hasta la capitana Lanmarea, a la que deberéis ofrecer una explicación satisfactoria respecto a vuestra inocencia o culpabilidad.

—Creo haberos dicho que estoy aquí por accidente —dijo Khaavren frunciendo a su vez el ceño—. Puesto que soy un caballero, no veo motivo para llevar el asunto más lejos. ¿Vos sí?

—Vaya, creo que sí, pues empiezo a pensar que teméis un interrogatorio y me pregunto qué tenéis que ocultar.

Ante la palabra «teméis», Khaavren empezó a montar en cólera y puso la mano en la empuñadura del estoque.

—¿Ocultar? —dijo—. Observaréis por mi expresión que no soy persona que oculte a menudo sus ideas. Me concedo el honor de sugerir que vos tampoco las escondéis. En vuestro caso se debe, sin duda, a que se os ocurren tan pocas ideas que nunca habéis necesitado ocultarlas; pero en mi caso se debe a que, siendo un caballero, tal como he tenido el honor de informar a vuestra señoría, siempre llevo mis asuntos de forma franca y honrada. Sin embargo, deberíais ser capaz de notar la diferencia entre alguien que es, igual que vos, un servidor de Su Majestad Imperial, y un espía.

—¿Espía? —dijo el otro irónicamente—. Jamás he dicho eso. Sois vos quien ha mencionado la palabra. Estoy por pensar que por alguna razón es la idea principal de todas las que me habéis hecho el honor de discutir.

—Mi señor, sois muy grosero.

—¿Y bien?

—Bien, creo... —empezó a decir Khaavren, cuando la puerta custodiada por Dekkaan se abrió y salió un joven dzur de unos quinientos años de edad, de elevada estatura y aspecto altivo.

—¿A qué se debe este alboroto? —dijo.

—Mi señor —dijo Dekkaan volviéndose y haciendo una profunda reverencia ante el recién llegado—, este hombre, llamado Khaavren, al parecer soldado de la compañía de G'aereth, se presentó a esta puerta y se niega a informar del motivo que

lo trae por aquí.

Mientras hablaba, Khaavren aprovechó la oportunidad para observar al hombre. Era, como hemos dicho, de porte altanero, pelo castaño oscuro bajo el gorro y ojos rasgados bajo unas cejas muy espesas. Iba de negro y su único adorno era el sello de los Lavode prendido en el gorro. Llevaba un espadón sujeto a la espalda y en la mano una vara de hechicería. La mirada de Khaavren pasó rápidamente de la figura a la habitación que había tras ella, al parecer pequeña y escasamente amueblada, pero lo que llamó su atención fue la aparición de una mujer muy vieja que se volvió apresuradamente para que Khaavren no le viera la cara. Y, de hecho, en ese preciso momento el recién llegado cambió de posición como si quisiera ocultar el interior de la habitación.

—Mi señor —dijo Khaavren inclinándose—, tal como he tenido el honor de explicar al guardia, estaba paseando por el Ala Dragón y giré en dirección equivocada. Condenado Trono, mi señor, no llevo mucho tiempo aquí, y sabréis lo fácil que es perderse en este lugar.

—Muy bien. —El señor dzur frunció el ceño e hizo un gesto de asentimiento—. Podéis marcharos. Pero recordaré vuestro nombre.

—Es todo lo que pido, mi señor.

—Bien. ¿Y por qué no os vais, entonces?

—Mi señor, lo haré enseguida, pero aún no he acabado con mis asuntos aquí.

—¿Cómo que no habéis acabado? ¿No asegurabais haber venido por accidente?

—Así es, mi señor, y lo reafirmo. Pero todavía me falta concertar una cita con mi querido amigo Dekkaan; espero tener el honor de que él lo desee tanto como yo.

—Amigo mío, acabo el servicio a la hora novena; será un placer estar a vuestra disposición a esa hora —dijo Dekkaan haciendo una reverencia.

—Me parece perfecto. Supongo que contáis con algún amigo.

—Creo que podré llevar a dos o tres. Uno de ellos está ahora a pocos pies de aquí, apostado en la otra puerta de esta sala, y los otros dos estarán esperándonos cuando acabe mi guardia.

—Tres es lo más conveniente —dijo Khaavren—. Sólo falta decidir dónde nos encontraremos.

—Bien, ¿conocéis el patio que hay detrás de la Puerta Sur del Ala Dragón?

—Lo conozco.

—Detrás del patio hay un campo de tiro al arco, y creo que a esa hora estará desocupado.

—Entonces os espero a la hora décima, mi señor.

—Me comprometo a ser puntual.

—Hasta luego, buen Dekkaan.

—Hasta luego, estimado Khaavren.

Tras lo cual Khaavren dio la vuelta y se marchó. Cuando estuvo fuera del alcance de sus voces, Dekkaan se inclinó ante el señor dzur.

- Confío en que no os habré molestado, señor —dijo.
- En absoluto, sólo que...
- ¿Sí, mi señor?
- Creo que ese tiassa ha visto cosas que no debería haber visto.
- ¿Y entonces?
- Si fuerais tan amable de matarlo, bueno, me haríais un gran favor.
- Haré todo lo posible por complaceros, mi señor.
- Excelente, mi buen Dekkaan.

Khaavren, que no había oído la conversación, se dirigió enseguida a encontrarse con sus amigos. Aerich y Pel estaban en casa, y Khaavren estaba a punto de explicarles la ayuda que necesitaba para el pasatiempo nocturno cuando entró Tazendra en la habitación de Aerich, donde estaban conversando.

- Mi querida Tazendra, pareces algo alterada —dijo Khaavren.
- Pues sí, lo estoy.
- Ah. Dinos la causa; ansiamos conocerla.
- La causa es que hoy me han tratado de forma grosera.
- ¿A ti? ¿Cómo ha sido?

—Estaba charlando hoy con cierto caballero en la Sala Redonda junto a la Torre Occidental del Ala Dragón.

- Conozco el lugar —dijo Pel—. Es muy íntimo, ¿no?

—Bueno, suele serlo, pero hoy nos han interrumpido no una, ni dos, sino cuatro veces.

- Bueno —dijo Khaavren—, uno no siempre puede tener la intimidad que desea.

—Y sin embargo —dijo Tazendra meneando la cabeza—, el caballero, que es, podría añadir, un conde de la Casa Issola, estaba decidido a que no interrumpieran nuestra charla.

- Es comprensible —dijo Pel.

- ¿Y qué hicisteis? —dijo Khaavren.

—Bueno, mi amigo, el conde de T—————, sugirió un lugar que conocía en el Ala Imperial, muy privado y que prácticamente nunca se utiliza.

- Y efectivamente lo encontrasteis vacío.

- Ni mucho menos. En cuanto llegamos descubrimos un guardia apostado allí.

- ¿Y entonces? —dijo Khaavren—. ¿Os fuisteis?

—Estábamos por irnos, pero el guardia, llamado Kurich, se empeñó en hacer unos comentarios del todo innecesarios.

- Ya veo —murmuró Aerich.

- ¿Lo atacaste? —dijo Pel.

—Verás, estaba armado con una pica, mientras que yo tenía una espada bien larga, así que...

- ¿Has dicho una pica?

- Exactamente.

—Entonces escoltaba a alguien en misión imperial.

—Grietas y Fragmentos, buen Khaavren, estábamos en el Ala Imperial, ¿qué esperabas?

—Cierto —dijo Khaavren—. ¿Y entonces?

—Bueno, entonces nos interrumpió una vieja de la Casa Athyra, que nos conminó a que acabáramos ya con nuestro juegucito.

—Ah, ¿de modo que quedasteis para más tarde?

—Precisamente.

—¿A qué hora?

—A la hora undécima después del mediodía.

—¿Dónde?

—Hemos acordado en encontramos en el vestíbulo del Ala Dragón y allí concretaremos el lugar.

—¿Y llevará a algunos amigos?

—Mencionó tres; no podría ser mejor.

—¿Uno de sus amigos no estaba de servicio muy cerca, al otro lado de la misma habitación? —preguntó Khaavren.

—Debes de ser adivino —dijo Tazendra mirando fijamente a Khaavren.

—Todo coincide —dijo Khaavren—. Vamos, ya casi es la hora establecida; os explicaré todo por el camino.

De modo que, cuando llegaron al campo de tiro al arco, ya estaban todos al tanto del asunto. Era algo temprano, pero sólo tuvieron que esperar unos minutos hasta que llegaron sus adversarios.

—Bien, mi señor —dijo Khaavren—, según creo, ya sabemos cuáles son las cuestiones que se interponen entre nosotros.

—Creo que sí —dijo Dekkaan—. Y también que algunos de nuestros amigos ya se conocen. En cuanto al resto, os presento al conde de Uilliv y a lord Rekov.

—Es un honor —dijo Tazendra—. Este es el caballero Pel, y éste, Aerich.

—Muy bien. ¿Y por lo que respecta al juez y los testigos imperiales?

—Pues yo no he traído ninguno —dijo Khaavren—. ¿Y vosotros?

—¿Para qué? —dijo el llamado Kurich, que estaba frente a Tazendra, mientras se encogía de hombros—. No quiero esperar. Dejémoslo así. Vamos, a las armas.

Tazendra recibió el cumplido a su manera habitual, es decir, cogió la espada y comenzó a blandirla, mientras, muy teatralmente, simulaba estudiar el cuerpo de Kurich, como si estuviera decidiendo dónde marcarlo. Kurich, por su parte, al parecer sin inmutarse por todo ese despliegue, desenvainó su espada larga, saludó, y se puso en guardia.

—Bien, procedamos —dijo Khaavren. Desenvainó a su vez, se situó a un lado e hizo un saludo impaciente a Dekkaan. Pel también desenvainó e indicó que combatiría con el señor dragón llamado Uilliv, cuya fama de excelente espadachín incitaba a Pel a comprobarlo. Aerich estudió al caballero llamado Rekov.

—Bueno, ¿vamos a luchar o nos limitaremos a observar? —dijo con frialdad.

—Por mi parte —dijo Rekov, encogiéndose de hombros—, hace mucho que no empuño el acero, como no sea para practicar; no me importaría pincharos unas cuantas veces.

—Pues muy bien —dijo Aerich. Tras desenvainar y saludar, se puso en la posición de guardia de los maestros lyom; es decir, con la espada y el puñal cruzados contra el cuerpo y los avambrazos juntándose bajo el cuello.

Los primeros en combatir fueron Pel y Uilliv; su encuentro fue también el más corto, pues Pel puso una expresión tan fiera y cargó con tanto ímpetu que, al cabo de sólo unas estocadas, Uilliv trastabilló y perdió la espada. Pel le desvió de un golpe el cuchillo y puso la punta de su arma contra el cuello de su oponente, de forma que Uilliv pronto admitió la derrota.

Aerich había adoptado una postura defensiva y aguardaba el ataque de Rekov. Éste, que al parecer quería terminar el combate rápidamente, inició un potente ataque que, no obstante, fue rechazado por los avambrazos de Aerich. Los empleaba con movimientos veloces como el rayo, aunque gráciles, cada uno de los cuales iniciaba una apertura ya fuera para la espada, ya para la daga. Los guerreros lyom, no obstante, están entrenados para matar o incapacitar de un solo golpe, y desdeñan las aperturas que no ponen fin al combate.

Rekov, perplejo al principio porque Aerich no atacaba y alterado por la expresión impasible de su rostro, comenzó a atacar con menos precaución, hasta que Aerich encontró la oportunidad que buscaba cuando la espada de Rekov quedó atrapada entre los avambrazos de Aerich, y la daga, que le ayudaba a mantener el equilibrio, muy alejada. En ese momento Aerich hizo su primer movimiento de avance, un paso que obligó a Rekov a inclinarse hacia la izquierda, presentándole a Aerich la espalda. Como era eso lo que esperaba, Aerich no tardó en hundirle el puñal, que salió por la clavícula, al tiempo que con la espada le asestaba un tajo en el flanco. El señor dragón lanzó un débil gemido y se desmoronó.

Tazendra, después de una gran exhibición, cargó contra la espada larga de Kurich, que relampagueaba de forma tan intimidante que se vio obligada a retroceder. Cargó una vez más y de nuevo tuvo que retirarse, esta vez chorreando sangre por una profunda herida en el hombro izquierdo.

—¡Primera sangre para mí! —exclamó Kurich.

—Pero la última para mí —dijo Tazendra, atacando con tanto ímpetu que el arma del señor dragón se desvió mucho; ella cargó otra vez y, al retroceder, Kurich tropezó con el cuerpo de Rekov; en ese momento Tazendra lo clavó al suelo con su espadón, que poseía una punta afilada especialmente para maniobras como ésta.

Khaavren y su adversario tenían estilos similares; es decir, ambos cubrían una gran extensión de terreno, se perseguían por toda la zona, rodeando o saltando obstáculos, y asestaban rápidas estocadas, sobre todo con la punta de la espada, intentando herir en la muñeca o en la pierna. De hecho, Dekkaan ya había marcado

con dos ligeros rasguños la mano de Khaavren que sostenía el puñal. Khaavren parecía no advertirlo y correspondía con una amplia sonrisa a la sonrisa de su rival.

—Creo que estáis sangrando, amigo mío —dijo Dekkaan al cabo de un rato.

—Bueno —dijo Khaavren—, no me molesta.

—Me alegro. Detestaría venceros fácilmente.

—Por los dioses —dijo Khaavren—. Creo que os daré bastante guerra.

—Entonces tendréis que vigilar la mano con la que sostenéis el cuchillo; la tenéis muy baja.

—Vaya —dijo Khaavren—. Me dais lecciones. Muy amable. Pero veréis, si el cuchillo está bajo es fácil dirigirlo en un buen ángulo cada vez que intentáis alcanzarme en el flanco; la prueba es que no lo hacéis desde hace rato.

—Bien, pero entonces vuestra cabeza queda expuesta, y diría que os hace falta.

—Sí; cuando intentáis quitármela. ¡Ah, aquí viene! —Mientras lo decía, Khaavren se agachó para evitar un amplio golpe dirigido a su cabeza y se apartó hacia la izquierda, de modo que el flanco derecho de Dekkaan quedó al descubierto. No obstante, en lugar de atacar dio medio paso atrás, pues el dragón, advirtiéndolo expuesto que estaba, blandió aterrorizado la espada con un movimiento de barrido que la llevó muy hacia la derecha. En ese momento Khaavren se adelantó e hirió a Dekkaan en el brazo que sostenía el cuchillo, al tiempo que le enterraba el puñal en el cuerpo.

El señor dragón gimió y cayó de rodillas, soltando las dos armas.

—Grietas del Orbe —dijo—. Creo que me habéis matado.

—Me parece que no, amigo mío —dijo Khaavren arrodillándose a su lado—; he sentido que el cuchillo chocaba contra las costillas.

—Pues bien, me doy por vencido, pero si en algo me estimáis, llevadme a un matasanos.

—Creo que podré; sobre todo teniendo en cuenta que mis amigos están en condiciones de ayudarme. Vamos, llevemos a estos valientes a un sanador —añadió levantando la vista.

—Bueno —dijo Tazendra—, me temo que he matado al mío, pero os echaré una mano con el resto. —Así pues, Khaavren y Tazendra atendieron a Dekkaan, mientras que Pel y Aerich llevaron a Rekov, con ayuda de Uilliv. Después, dándose palmadas en la espalda, se fueron a celebrarlo a una posada frecuentada por la compañía de G'aereth y aceptaron que los que estaban allí de su misma tropa los invitaran a beber todas las copas que pudieron.

X

En el que aprendemos algo de la historia personal de Tazendra

La celebración continuó hasta bien entrada la noche; a algunos los tuvieron que llevar a casa sus amigos, y otros acabaron inconscientes sobre la mesa. En realidad, los únicos que seguían despiertos eran Khaavren, que jamás bebía en exceso debido a una mala experiencia en su temprana niñez, y Tazendra, capaz, por lo visto, de beberse todo el río Dragaera si éste llevara vino y aun así conservar casi todas sus facultades. El propio posadero, abrumado por la fatiga al haber tenido que atender las necesidades de una fiesta sin previo aviso, estaba en una esquina, sentado en una silla, roncando tan fuerte como cualquiera de sus clientes.

Khaavren depositó con precaución el vaso sobre la mesa porque, aunque sólo era el quinto que se tomaba en otras tantas horas, sentía que la cabeza le empezaba a dar vueltas.

—Bueno —dijo cuidadosamente—, hemos hecho un buen trabajo hoy.

—¿Tú crees? —dijo Tazendra.

—Estoy seguro.

—Pues me alegro. ¡El Orbe! ¿Te fijaste en nuestro amigo Pel?

—¿A qué te refieres?

—A su mirada cuando peleaba. ¿Quién lo hubiera dicho de un yendi? Nosotros todavía no habíamos empezado, así que pude observar el combate, y que me cuelguen si yo misma no me rendiría al verme atacada por alguien con semejante expresión, como si hubieran soltado a todos los hombres bestia de los Senderos. Y cuando su rival se rindió, fue tan educado como un issola. «Buen señor, me habéis entregado la espada; tened la seguridad de que la guardaré entre mis posesiones más preciadas». ¿No fue eso lo que dijo, buen Khaavren?

—Al pie de la letra, Tazendra. ¿Y no admiras también a nuestro amigo Aerich? Firme como una montaña de hierro, impávido e indiferente, y entonces, cuando vio su oportunidad. ¡Botas de Kieron! ¡Qué velocidad!

—Es cierto. Me recordó a... —Tazendra interrumpió la frase bruscamente y enrojeció.

—Bueno, ¿a quién?

—Ah, no tiene importancia.

—Vamos, mi buena Tazendra. Que no haya secretos entre nosotros.

—No, no, no importa. Venga, déjame que te ponga más vino. Pero, ¿qué significa esto? ¿La botella vacía y el posadero dormido? Pues nos serviremos nosotros mismos; aquí hay unas buenas salchichas para acompañarlo; ya sabes que no me gusta beber sin comer al mismo tiempo. Dicen que es malo para la salud. Así satisfaremos las exigencias gastronómicas y el paladar a la vez.

—Tazendra, razones como un athyra. Pero no esperes que cada vez que te bebas una copa yo me beba otra; ya sabes que bebo poco.

—¡Dios mío, ya lo creo! Aquí me tienes, con los restos de cuatro buenas botellas de Ailor, y tú sólo te has terminado una de Khaav'n, si no me equivoco, con la ayuda de nuestro buen amigo Tuci.

—En fin, no todos podemos ser señores dzur.

—Ah, muy cierto. A decir verdad, creo que si todos lo fuéramos este mundo sería muy aburrido. —A la sazón, Tazendra ya había apurado el vaso y se había servido otro—. Mi madre, la condesa, solía decir: «Recuerda, no somos más que una parte del gran cuerpo del Imperio. Y si nosotros nos encargamos del valor, los demás tendrán que cuidarse del resto».

—Una mujer muy sabia, tu madre —dijo Khaavren—. Y valerosa, sin duda.

—Sí que lo era. ¿Quién hubiera dicho que...? —Tazendra se interrumpió, frunciendo el ceño.

—¿Qué decías? —dijo Khaavren.

—¿Yo? Nada.

—Oh, sí, hablabas de la valentía de tu madre.

—¡Bah! No importa.

—Oh, vamos, Tazendra, debe de haber sido tan valiente como dos señores dzur; ¿de dónde, si no, te viene ese coraje? Ya sabemos que el carácter pasa de madres a hijas de la misma manera que de padres a hijos. Grietas del Orbe, ¿acaso no lo han demostrado ya los hechiceros dragones?

—Y, sin embargo, huyó —dijo Tazendra en un susurro apenas audible.

—Bah. ¿De dónde?

—De una batalla en la que llevaba las de perder.

—¿Qué? ¿De verdad?

—Es lo que me han dicho. Una día, cuando yo aún era una niña de apenas treinta años de edad, me despertó un gran estruendo. Mi madre, mi padre y mi nodriza entraron en mi habitación; recuerdo que mi madre llevaba el machete, no el estoque, y mi padre un arnés de cuero del que pendían su espadón y una daga. Yo les pregunté: «Pero ¿por qué vais armados?». Se limitaron a menear la cabeza, me estrecharon entre sus brazos y me confiaron al cuidado de la nodriza.

—¿Y entonces?

—Me sacaron del castillo y nunca más los volví a ver. Más tarde me dijeron que un ejército de señores dragón contratados por alguien que ambicionaba nuestras posesiones los atacó y los abatió empleando la hechicería cuando intentaban huir.

—¿Y su ejército?

—¿Ejército? No tenían ejército.

—Entonces, ¿eran ellos dos contra un batallón de señores dragón?

—Así es.

—¿Y tú crees que deberían haber luchado?

—Bueno, no deberían haber huido.

—Nunca entenderé a los dzur —dijo Khaavren—. Pero ¿quiénes eran los atacantes?

—No he podido averiguarlo, aunque me encantaría saberlo.

—Pero si se quedaron con vuestras posesiones, ¿no has podido enterarte de quién es el dueño?

—En realidad me disponía a descubrirlo cuando os encontré a ti y a Aerich en aquel encantador pueblecito. Y ahora que me he alistado en la Guardia, mi tiempo no me pertenece.

—¡Qué va! Tenemos permisos de vez en cuando. Podrías utilizar alguno para tu búsqueda, ¿no?

—Creo que sí. ¿Querrás ayudarme?

—Me encantaría.

—Bien, entonces mañana consideraremos el asunto.

—De acuerdo.

Sin embargo, ocurrió que Tazendra, que había bebido bastante, no recordó la conversación durante algún tiempo, y como Khaavren también había estado bebiendo, el asunto tampoco se le pasó por la cabeza.

El caso es que desde aquel día los cuatro amigos fueron aceptados, de manera firme e irrevocable, en la hermandad de la compañía de la Bota Roja de la Guardia Imperial, y pasaron muchas veladas alegres jugando a los dados y a las cartas y bebiendo con sus nuevos camaradas.

En una de esas ocasiones, en una posada llamada El Rosal, estaba Khaavren sentado junto a la ventana con Aerich a su derecha y Pel a la izquierda mientras observaban a Tazendra, ocupada en perder una buena suma de dinero jugando con dos caballeros de la Casa Iorich. Pel estaba enfrascado en animada conversación con Khaavren, comparando las dos razas de caballos más comunes, acerca de lo cual Pel parecía saber lo bastante para sorprender a Khaavren; a su vez, Khaavren era lo bastante experto para sorprender a Pel. Aerich, como de costumbre, se limitaba a escuchar.

—No puedes negar —dijo Khaavren— que el megaslep es algo lento y que, de hecho, tiene poca resistencia.

—No lo niego —dijo Pel—. Pero es muy inteligente y fácil de adiestrar.

—Oh, en cuanto al adiestramiento, está bien. Pero el gorropardo también puede adiestrarse, excepto los sementales, que suelen ser incontrolables. Además, el gorropardo es más rápido en las distancias cortas, tiene más resistencia y puede

acarrear más peso. Y si yo tuviera que combatir a caballo, añadiría su coraje a las demás virtudes.

—Pues bien —dijo Pel—, reconozco que si participara en una campaña, como parece probable, nada mejor que una yegua o un capón gorropardo; no obstante...

—Sí, dime.

—Lo que quiero decir es que los caballos también se usan para otras cosas, no sólo para ir de campaña.

—Por supuesto —dijo Khaavren—. ¿Te refieres a los animales de tiro o a las bestias de carga?

—Para un bonito megaslep se me ocurren otros usos.

—¿Y qué otro uso puede tener el animal? —dijo Khaavren meneando la cabeza.

—Bueno, verás, el megaslep es un animal excelente, tanto por su porte como por su paso. En ciertas circunstancias, nada mejor que ser visto con un animal de buen aspecto, por poco práctico que sea.

—¿En qué circunstancias? —preguntó Khaavren, mientras Tazendra ganaba otra vez una pequeña suma y empezaba su turno de repartir las cartas.

—Bien, por ejemplo —dijo Pel—, si miras a la calle verás a un joven de la Casa Fénix que lleva de las riendas a una yegua tirolargo. El caballero está charlando animadamente con una dama de la misma Casa. Me parece que si realmente deseara impresionarla, podría llevar un pequeño megaslep que bailara para ella o curvara sus... pero espera, mi buen Khaavren, ¿a qué se debe la curiosa expresión que acaba de pasar por tu rostro?

Pues, en efecto, Khaavren estaba mirando muy fijamente a la dama fénix que su amigo acababa de señalar, y advirtió que no era otra que la dama vestida de issola con la que había realizado el viaje a la ciudad de Dragaera.

—Un momento, buen Pel —dijo—; creo haber reconocido a alguien. Permíteme unos instantes para averiguar si me equivoco.

XI

En el que la trama, comportándose de manera muy semejante a la de una sopa a la que se ha añadido almidón de maíz, comienza, por fin, a espesarse

Sin esperar respuesta, Khaavren salió corriendo de la posada. No obstante, una vez en la calle se detuvo lo necesario para preguntarse qué le diría a aquella a quien sus pensamientos habían retornado en más de una ocasión desde que se separaron. De modo que se acercó dubitativo, deteniéndose sólo cuando estuvo lo bastante cerca como para oír lo que decían, con la intención de interrumpirlos en el punto exacto de la conversación que considerara más propicio. Eso, empero, no le impidió tener la oportunidad de escuchar la plática.

—Pero entonces, querido hermano, ¿dices que ella apenas reparó en ti? —En ese momento, era la dama la que hablaba.

—Casi nada, hermana mía. Es decir, me miró una o dos veces, pero, aparte de un mínimo movimiento de las cejas, que podría haber sido, debo decirlo, sólo imaginación mía, prácticamente no se fijó en mí ni en mi regalo.

—¡Qué mujer tan gélida!

—Bueno, yo no he desistido.

—Entonces, hermano, ¿qué harás?

—Podemos damos por vencidos o bien encontrar un nuevo medio de ataque.

—Hermano mío, no podemos rendimos. Sabes lo que hay en juego: por ti, por mí, por nuestros amigos, por el Imperio. Repito: no podemos rendimos.

—Entonces hay que buscar un nuevo enfoque.

—Bien, ¿se te ocurre algo?

—¿A mí, hermana? Si siempre eres tú la que tiene las ideas.

—Y a decir verdad, ya has visto cuán lejos nos llevó la última que tuve. Vamos, tienes que proponer algo tú.

—¿Y si lo hago?

—Entonces me comprometo a apoyarte con todos los medios a mi alcance.

—Pues bien, mi propuesta es la siguiente: tenemos que encontrar una manera de darle lo que más desea.

—No es mala idea, hermano. Pero ¿qué desea ella más que nada? Si al menos tuviera la misma pasión por las joyas que su marido, la respuesta sería fácil.

—No, no son joyas lo que quiere. Es otra cosa.

—Pero, ¿sabes qué es?

—Creo que sí, hermana mía.

—¿Qué? ¿Lo sabes?

—Sí, y es más, tú también lo sabes.

—¿Quieres decir...?

—Exacto.

—¡Ah! Pero, ¿cómo?

—No lo sé. Lo pensaré. Tú, por tu parte, también debes hacerlo.

—Bien, lo haré. Mañana hablaremos otra vez, en el lugar que ya sabes, y veremos si nuestras reflexiones nos conducen a algo.

—Perfecto, entonces. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Dicho eso, el caballero dio media vuelta, montó su caballo y emprendió la marcha por calles que no estaban pensadas para el tránsito de caballos, lo que le obligaba a abrirse camino con muchas precauciones entre los peatones, las carretillas y los escalones de los umbrales. Mientras se alejaba, Khaavren pudo observar que el hermano era el caballero que había simulado ser el marido durante el viaje en coche. Así pues, debemos añadir que, al descubrirlo, la primera idea que pasó por la activa mente de Khaavren fue que, si se trataba de su hermano, quizá no tuviera un enamorado; pues es evidente que resulta más fácil ocupar una plaza vacante que reemplazar a alguien que ha estado cumpliendo sus obligaciones de manera satisfactoria.

Mientras los peatones se refugiaban en los portales para evitar al jinete, la dama se volvió y quedó así cara a cara con Khaavren, al que, a juzgar por la expresión que cruzó por su rostro, reconoció de inmediato.

—Señor, guardia —dijo—, ¿no nos conocimos hace unas semanas?

—Vuestra memoria es tan perfecta como... —Khaavren realizó una profunda reverencia y se contuvo, ruborizándose—. Es decir —corrigió—, así es.

La fénix, ya fuera por falta de observación o de tacto, no pareció advertir la turbación de Khaavren.

—¿Os llamáis Khaav'n, como el vino, no es así? —preguntó.

—De hecho, señora mía, lo recordáis casi con exactitud, pues aunque mi nombre es Khaavren, el vino que asociáis a mi nombre se produce con cepas que crecen en la misma comarca de la que tomo mi nombre. Es decir, los nombres son idénticos, pero la pronunciación difiere un poco. Y ahora que mi identidad ha sido establecida, ansio conocer la vuestra. Difícilmente podré llamaros por el nombre que disteis cuando simulabais ser issola; y he de saber cómo os llamáis, para poder ofrecerme de forma adecuada a hacer por vos lo que solicitéis.

Un ligero rubor apareció en las mejillas de la fénix cuando él mencionó el engaño llevado a cabo, aunque no lo negó.

—Me llamo Illista —se limitó a decir—. Y vuestro ofrecimiento, ¿es en firme?

A Khaavren le llevó un momento darse cuenta de a qué se refería y, cuando lo hizo, el corazón le dio un brinco tal que apenas si pudo responder con un gesto de asentimiento.

—Vamos —dijo ella—, acompañadme a mi carruaje. Tengo algo que deciros.

—¿Sabéis que vuestro nombre es muy bonito? —Khaavren se puso a caminar junto a Illista, sin dedicar ni una mirada a los compañeros que dejaba atrás—. Me recuerda a las cascadas del río Trior, un tributario del río Bajo que pasa cerca de mi casa.

—Oh —dijo ella—. ¿De verdad?

—Sí. Illista. Fluye en la boca.

—Haréis que me ruborice —dijo ella.

—Oh, eso nunca —dijo él—. Pero ya hemos llegado al carruaje. ¿Qué queríais decirme?

—Entrad, por favor, y os lo contaré todo.

—Ya lo veis, estoy entrando, tal como queríais, pues me fío completamente de vos.

—Oh, sois demasiado bueno.

—De ningún modo. Pero no me tengáis aquí esperando. ¿Qué queríais decirme?

—Sólo que... oh, no puedo.

—¿Que no podéis? ¿Eso es lo que queríais decirme?

—No, no puedo deciros lo que quería deciros.

—¿Cómo que no podéis?

—Oh, pero debo hacerlo.

—¿Debéis hacer qué?

—Decíroslo.

—¿Decirme qué?

—No puedo decirlo.

—Mi señora Illista, me parece que hay algo que os angustia.

—Bueno, ¿y si así fuera?

—Entonces sólo pido que me expliquéis la naturaleza y la causa de vuestra aflicción, para poder disiparla.

—Oh, si pudierais...

—Puedo. Y lo haré. Lo juro. Si se trata de un hombre, lo destruiré. Si se trata de una cosa, la obtendré. Si es una causa, la defenderé. Si se trata de un dios...

—¿Sí?

—Bien, si se trata de un dios, lo apartaré de su trono y os escoltaré hasta allí, aunque todos los espectros de los Senderos vigilen el camino.

—Eso decís. Pero, ¿qué haréis?

—Ah, me ofendéis.

—¿Yo?

—Ponedme a prueba, es todo lo que pido.

—Juradme que me puedo fiar de vos.

—Guardaré vuestros secretos con más cuidado que los susurros de mi corazón.

—Pues bien, os lo diré. Pero ahora no.

—De acuerdo, decidme la hora y el lugar.

—¿Recordáis la posada donde, hace unas semanas, matasteis a un hombre llamado Frai?

—Claro; sería difícil olvidarla. Pero ¿cómo lo sabéis?

—Oh, conozco muy bien lo que sucede en la ciudad —dijo ella—. Pero como ya nos hemos puesto de acuerdo en cuanto al sitio, esperadme allí mañana al caer la noche y os contaré todos mis secretos.

—Estaré allí sin falta.

—Cuento con vos, entonces.

—No será en vano.

—Me alegro. Ahora marchaos.

—Me voy tal como he venido, cumpliendo vuestras órdenes. —Con estas palabras saltó del carruaje y volvió corriendo a la posada, donde lo esperaban sus amigos. Tazendra empezó enseguida a hacerle preguntas, pero él le indicó con un gesto que hablarían de ello más tarde.

—Pues bien —dijo Pel—. Creo que hablábamos de caballos.

—Sería preferible que comentáramos las secuelas del asuntito del campo de tiro al arco —señaló Aerich.

Al pronunciar las palabras «campo de tiro al arco», los dos guardias con los que Tazendra estaba jugando sonrieron, de igual modo, de hecho, que la propia Tazendra. Sin embargo, Pel y Khaavren fruncieron el ceño, pues tenían la perspicacia suficiente para haber captado algo en el tono de Aerich cuando pronunció la palabra «secuelas».

—¿Qué pasa? —dijo Pel.

—Hoy el capitán me hizo el honor de hablarme del asunto.

—Entonces, ¿sabe que estuvimos implicados? —dijo Khaavren, moviéndose incómodo. Acababa de recordar que la pelea había tenido lugar sin contar con las autorizaciones requeridas por ley imperial.

—¿Cómo no iba a saberlo? —dijo Pel—. ¿Supones que es sordo y ciego?

—Entonces, ¿por qué no nos han arrestado? —dijo Khaavren.

—Digamos —respondió Aerich— que G'aereth lo sabe; el capitán por ahora lo ignora.

—Entonces la conversación fue sin el Orbe, como dice el refrán —dijo Khaavren con un gesto de asentimiento.

—Exacto.

—¿Y qué dijo?

—Que alguien hirió al caballero Dekkaan.

—¿Y tú, qué le dijiste? —preguntó Pel.

—Que fue una desgracia.

—Bien, ¿y él lo aceptó? —dijo Khaavren.

—No sólo lo aceptó, sino que coincidió conmigo.

—¿Y entonces?

—Dijo que el caballero Dekkaan es un caballero muy irascible que no se tomaría una bravata a la ligera.

—No me sorprende —dijo Khaavren, que lo había comprobado a fondo.

—Además, está la cuestión de Kurich.

—Un momento —dijo Tazendra, volviéndose de repente—. Creo que conozco a alguien llamado así.

—Deberías; tú lo mataste —dijo Aerich.

—Ah, era por eso —dijo Tazendra, y volvió a su partida.

—Bien —dijo Khaavren—, ¿qué pasa con Kurich?

—Era el hijo menor de Su Excelencia Lytra e'Tenith, la Señor de la Guerra.

Los tres se miraron, abatidos. Tazendra continuaba perdiendo dinero con el talante de quien está acostumbrado a hacerlo.

—Pero fue una pelea justa —dijo Khaavren—. No hay más que preguntar a Uilliv y Rekov para demostrarlo.

—Eso mismo le dije al capitán.

—¿Se lo dijiste?

—En términos de suposición.

—Ah. ¿Y él qué dijo?

—Que eso era lo que hasta ahora había mantenido con vida a los «perpetradores», tal fue la palabra que usó; pero, que si eran sensatos, habrían de tener mucho cuidado.

—Bueno, pues eso haremos —dijo Pel.

—Pero hay más.

—¿Cómo, más? —preguntó Khaavren.

—También hemos irritado a alguien más.

—¿A quién?

—A Gyorg Lavode.

—¿El capitán de los Lavodes? —preguntó Pel.

—Exacto.

—Pero, ¿por qué? —dijo Khaavren.

—El capitán no tenía ni la menor idea.

—Dime, Pel —dijo Khaavren—, tú que parece conocer a los cortesanos tan bien como mi mano conoce la empuñadura de la espada, ¿conoces a Gyorg Lavode de vista?

—Por supuesto.

—Bien, ¿es un señor dzur de quizá medio milenio, un poco más alto que Aerich, de ojos oscuros y ardientes, nariz ganchuda y labios finos?

—Lo has descrito a la perfección.

—Pues entonces creo que es posible que lo hayamos molestado.

—Puede resultar un enemigo implacable —dijo Pel—. A fin de cuentas, es hechicero y guerrero, como todos los Lavode; no es una cuestión que se deba tomar a la ligera.

—Tanto peor —dijo Khaavren.

—Entonces, ¿qué haremos? —dijo Pel.

—No tengo ningún plan —dijo Aerich.

—Dejadme considerar el asunto —dijo Khaavren—. Tal vez encuentre una solución. Pero creo que es mejor que acabemos de hablar de este asunto en casa, donde no hay tantos oídos atentos.

—Me parece bien —dijo Pel—. Sólo nos queda esperar a que nuestra amiga señor dzur acabe.

—He perdido todo el dinero —dijo Tazendra, encogiéndose de hombros—, así que ya no hay ningún motivo para quedarme. —Se volvió y demostró que, si bien la conversación no le interesaba, al menos no hacía oídos sordos a la misma.

De modo que volvieron a casa, que estaba cerca, y fueron a sentarse, cómodos pero preocupados, en la habitación de Aerich, donde Srahi les sirvió vino.

—Gracias, eso es todo —le dijo Khaavren, educadamente, cuando ella acabó.

—¿Otra vez con conversaciones privadas? —dijo Srahi con una mueca de desdén—. Vaya, me parece muy bien que queráis mantenerme al margen, pero luego no esperéis que rechace a los bandidos por vosotros, ni que os remiende cuando volvéis aquí más agujereados que la torre Ballinni.

—No vamos a pedirte eso —dijo Khaavren con cortesía—. No obstante, se diría que deberías estar contenta por no saber nada de un asunto que poco puede interesarte y que, al mismo tiempo, puede resultar muy peligroso para quien lo conozca.

—Ah, entonces tenía razón —gritó—. Recuerda lo que te digo, jovencito, ya verás que...

Pero no pudo seguir porque Aerich la detuvo con un gesto. Srahi se mostraba insolente con Tazendra, altiva con Khaavren y desconfiada con Pel; sin embargo, su actitud hacia el lyom estaba compuesta sobre todo de miedo, con alguna dosis de adoración. Cuando él hizo una seña para zanjar la discusión, se dispuso a salir del cuarto sin una palabra más. Aerich cogió entonces la aguja de ganchillo y empezó a trabajar; Khaavren no sabía qué hacer, pero Aerich le indicó con un gesto que podía hablar.

—Bueno —dijo Khaavren—, no sé si los peligros que he mencionado a nuestra buena Srahi serán reales, aunque tampoco estoy seguro de que no lo sean. En realidad, las noticias que hemos recibido me preocupan.

—Y a mí —dijo Pel—. Pero no te olvides de explicarnos qué hiciste cuando te escapaste. Siempre y cuando puedas hablar de ello sin comprometer tu honor de caballero.

—Oh, no hay nada que temer al respecto. Os lo explicaré enseguida.

—Pues hazlo —dijo Pel.

—Como ves —dijo Tazendra— te prestamos toda nuestra atención.

—¿Recordáis a nuestros compañeros de viaje?

—Ya lo creo —dijo Tazendra—. Eran dos issolas que se dirigían a la corte, y tú dijiste que en realidad eran fénix. A menudo me he preguntado si los volveríamos a ver.

Aerich hizo un gesto de asentimiento.

—Bien —dijo Khaavren—. Acabo de hablar con la señora, que parece encontrarse en dificultades, y voy a reunirme con ella; tengo la esperanza de poder ayudarla.

Ante esas palabras, Aerich se permitió una sonrisa, mientras que Tazendra y Pel se limitaron a asentir con un gesto. Se quedaron en silencio; Khaavren meditaba sobre lo sucedido desde su llegada a la villa de Mercadonuevo. Se daba cuenta de que aún había muchas cosas que no comprendía de los asuntos de la corte, ni por qué un fénix querría simular ser un issola, ni tampoco por qué habría despertado la ira de una persona tan ilustre como Gyorg Lavode.

Reflexionó detenidamente sobre dichas cuestiones, y por fin resolvió que no sería prudente seguir hablando de la dama fénix hasta tanto averiguara qué se tramaba en la corte. Luego pensó cómo podría traer el tema a colación. Los demás lo observaban detenidamente mientras los ecos de sus pensamientos revoloteaban por su expresión.

—Pel, amigo mío —dijo al fin—, pues espero poder llamarte así... —Pel indicó que desde luego—. Aún he de darte las gracias por haberme presentado al capitán.

—No es nada —dijo Pel.

—Perdona, pero significó mucho para mí.

—Estoy completamente de acuerdo con Khaavren —dijo Aerich.

—Y yo también, amigo Pel —dijo Tazendra.

—Como queráis —dijo el yendi, permitiéndose una elegante y condescendiente reverencia—. Os aseguro que me alegra poder ayudar en la medida de mis posibilidades.

—¡Ah! —dijo Khaavren—. En ese caso, si fueras tan amable de seguir ayudándome, te aseguro que me consideraría amigo tuyo de por vida.

—*Konechno* —dijo Pel—. Será un placer. ¿Qué quieres?

—Verás —dijo Khaavren—, soy de un ducado muy alejado de la capital.

—Ya lo sé.

—No nos llegan muchas noticias de lo que ocurre aquí en la capital del Imperio.

—¿Y bien?

—Me encantaría saber algo de lo sucedido últimamente, sobre todo durante las semanas previas a nuestra llegada, así no haré el tonto cuando los demás hablen de esas cosas.

—Nada más fácil, mi querido Khaavren.

—¿Me lo contarás, entonces? —exclamó Khaavren.

—Pues claro —dijo Pel—. Y ahora mismo, si quieres.

—Como ves, espero impaciente cada palabra tuya.

—Bien, las noticias son éstas: la emperatriz Cherova III dejó el trono vacante y Tortaalik I lo ocupó hace unas once semanas.

Aerich se reclinó en la silla y vació la copa de vino. Tazendra se inclinó, ansiosa, hacia adelante.

—Esas novedades —dijo Khaavren, inclinándose también hacia adelante— ya las conocía. En realidad, por eso estoy aquí.

—¿En serio? —dijo Pel.

—Por supuesto —dijo Tazendra—. Ya sabes que un emperador athyra no sirve de mucho a los guardias que sólo son espadachines, pero un fénix...

—Claro —dijo Khaavren—. Pero en cuanto a la Emperatriz...

—Oh, en cuanto a la Emperatriz —dijo Tazendra, dirigiéndose a Pel—, eso ya lo sabíamos.

—Sí, pero ¿sabéis por qué abdicó la emperatriz Cherova?

—¡Ah! ¿El motivo? —dijo Tazendra mirando a Khaavren—. ¿Preguntas si lo conocemos?

—Suponía —dijo Khaavren— que se debía al cambio de Ciclo.

—Sí —dijo Tazendra—. A fin de cuentas, cuando el Ciclo cambia...

—Bueno, sí —dijo Pel—. Pero como sabéis, un cambio de Ciclo siempre viene indicado por algún acontecimiento tangible, debido al cual la siguiente Casa asume el trono y el Orbe.

—Por supuesto —dijo Khaavren, que no tenía ni idea de ello—. ¿Sucedio, entonces, algún acontecimiento tangible?

—Muy tangible —dijo Pel, estudiándose las manos largas y elegantes.

—¿Y fue un acontecimiento? —intervino Tazendra, decidida a no quedarse al margen.

—No puedo imaginar mejor manera de describirlo que como un acontecimiento.

—Pero bueno, ¿cuál fue?

—La baronesa de Kaluma le cortó la cabeza al marqués de Campopimientos.

—¡Ah! —dijo Khaavren—. ¿Y eso hizo que la Emperatriz advirtiera que el Ciclo había cambiado?

—¿Y por qué no?

—Sí —dijo Tazendra, que empezaba a acalorarse—. ¿Por qué no?

—Pero no veo... —dijo Khaavren.

—La baronesa de Kaluma tal vez sea más conocida como Kathana e'Marish'Chala, de la Casa Dragón —intervino Aerich.

—Oh, en ese caso, lo veo muy claro —dijo Khaavren, que se sentía tan confundido como siempre—. Pero, ¿cuál fue el motivo de la disputa?

—Como sabes, la baronesa —dijo Pel—, es decir, Kathana, es artista. Acababa de terminar un óleo encargado por lord Rollondar e'Drien. Creo recordar que el óleo

representaba un dragón herido. Ella lo llevó al Palacio, para colgarlo en el Ala Dragón.

—¿Y entonces? —dijo Khaavren.

—Bien, sucedió que el señor de Campopimientos había ido al Palacio a visitar a la Señora de la Guerra. Lo vio e hizo un comentario al respecto.

—¡Ah! —dijo Khaavren—. ¿No le gustó?

—Le pareció demasiado melancólico para ser un dragón, y no bastante fiero. La baronesa, según me han dicho, quiso demostrar que sabía de fiereza tanto como él, y le sesgó la cabeza con la espada en el curso de la demostración.

—Muy bien hecho —afirmó Tazendra—. Yo hubiera hecho lo mismo, sólo que...

—¿Sí?

—Yo no pinto.

—Pero ¿cómo es que eso provocó la abdicación de la Emperatriz? —preguntó Khaavren.

—Fue así: Campopimientos es un lejano feudo oriental propiedad de la Casa Dragón. Había sido concedido al marqués, que era, creo, del linaje e'Tenith...

—E'Lanya —dijo Aerich sosegadamente.

—E'Lanya, pues —dijo Pel—. En todo caso, a su muerte surgió una disputa en el seno de la Casa Dragón acerca de quién sería el nuevo duque. El heredero dragón, al pertenecer al mismo linaje que el señor de Campopimientos, deseaba que el ducado continuara dentro de su linaje, pero otro linaje, creo que la rama e'Kieron, se opuso.

—Vaya —dijo Khaavren—, sigo sin entender.

—Esto lo dejará más claro que el río Trescascadas: el feudo de Campopimientos se encuentra en el límite oriental del Imperio, en un pequeño valle entre dos montañas infranqueables. Por lo tanto, es una zona de gran importancia estratégica.

—Continúa, mi buen Pel, estoy extraordinariamente interesado.

—Por añadidura, la región ha sufrido más invasiones que ninguna otra a lo largo de toda la historia del Imperio. El motivo no lo sabemos, pero la tierra se le confió a la Casa Dragón para que la defendiera. La Emperatriz, teniendo en cuenta todos esos factores, junto con el Levantamiento de la Casa del Carruaje, que a la sazón estaba en pleno apogeo, decidió que se trataba de una situación peligrosa y que se precisaba un emperador, posiblemente con menos conocimientos de hechicería pero mayor habilidad diplomática, para solucionar el problema antes de que a los condenados orientales se les ocurriera invadir el Imperio.

Khaavren dirigió una rápida mirada a Aerich, que estaba absorto en su labor de ganchillo.

—¡Ah! Ya lo entiendo —dijo Khaavren.

—Ese es, pues, el estado de las cosas hoy en día.

—Pero, ¿qué pasó con lady Kathana?

—Oh, el nuevo Emperador ordenó de inmediato su arresto.

—¡Arresto!

—Claro. Había herido de muerte a un hombre sin respetar el código de duelo. Le cortó la columna vertebral y tras descabezarlo le metió varios pinceles en los ojos, de modo que...

—¡Qué dices!

—Es tal como he tenido el honor de explicaros. Con todo lo que le hizo, no le pudieron salvar la vida, y lo llevaron a las cataratas de la Muerte para que ingresara en la reencarnación correspondiente. Por lo tanto, no quedaba más remedio que ordenar su arresto.

—Entonces, ¿la han arrestado?

—¡Ah! No he dicho eso.

—¡Cómo! ¿Está escondida?

—Está en bastantes buenos términos con la capitana Lanmarea, y como fue a Lanmarea a quien se le encargó el arresto, no es de extrañar que no se haya efectuado.

—Ya lo entiendo —dijo Khaavren—. Sin embargo, ¿por qué no le transmitieron la orden a G'aereth, ya que Lanmarea no la había ejecutado?

—Mi buen Khaavren —dijo Pel—, el Emperador no podría cometer semejante ofensa. Pedirle a G'aereth que cumpla esa misión habiéndosela asignado primero a Lanmarea rompería el delicado equilibrio político que, aun ahora, intenta conseguir.

—Sin embargo —dijo Khaavren—, ¿no podría asignar la tarea a los Lavode?

—Es evidente que acabas de llegar a la corte —dijo Pel—. Ni siquiera el Emperador puede dar órdenes a los Lavode. Se parecen a su primera capitana, la Encantadora de la montaña Dzur; aceptan las misiones que quieren y rechazan las que no les agradan.

—Pero, ¿se lo ha pedido?

—Bueno, no digo que no.

~¿Y?

—Por lo visto, lady Kathana es amiga de la Encantadora, y aunque la Encantadora ha sido proscrita de la corte y se le ha retirado el mando, todavía ejerce una gran influencia sobre los Lavode.

—Pero supón —dijo Khaavren— que ciertos guardias del batallón de G'aereth encuentran a la fugitiva y la llevan ante la justicia. ¿Qué pasaría entonces?

—¿Quieres decir sin que actúen siguiendo las órdenes del capitán, o sea, de lord G'aereth? —preguntó Pel.

—Me has comprendido a la perfección —dijo Khaavren.

—Bien, en tal caso... —dijo Pel, frunciendo el ceño—. En tal caso diría que le harían un flaco favor a Lanmarea y a su batallón de la Faja Blanca, mientras que complacerían a G'aereth en la misma medida. Además de irritar a algún otro —añadió con una rápida mirada a Aerich.

—Y se alejarían prudentemente de la ciudad durante un tiempo —añadió Tazendra.

—Por no mencionar el servicio que le haríamos al Imperio —señaló Aerich

levantando la vista de la labor de ganchillo que lo ocupaba a la sazón.

—Ah —dijo Khaavren—, creo que has dicho «haríamos».

—Pues sí —dijo Aerich—, eso he dicho.

—¿De modo que propones una expedición?

—No es necesario —dijo Aerich con una sonrisa—. Por lo visto, ya lo has hecho tú.

—Sangre del Caballo —dijo Khaavren—, es cierto. ¿Estáis de acuerdo?

—Estoy completamente a favor —dijo Aerich.

—Y yo —añadió Tazendra—. Al fin y al cabo, es justamente el tipo de aventura que buscaba al venir aquí.

—¿Y tú, buen Pel? —preguntó Khaavren.

—Oh, ¿yo? Bueno, si todos vosotros estáis decididos, no puedo oponerme.

—Entonces, asunto resuelto —dijo Khaavren.

—Casi —dijo Aerich.

—¿Qué queda por decidir?

—Dos cosas —dijo Aerich—. La primera es cómo vamos a convencer al capitán para que nos dé los permisos que necesitamos sin comentarle nuestros planes.

—No había pensado en eso —dijo Khaavren.

—Yo conozco una manera —dijo Pel.

—Excelente —dijo Khaavren—. Lo dejamos en tus manos. ¿Y la segunda, buen Aerich?

—La segunda cuestión es la siguiente —dijo el lyorn—: concretamente, ¿de qué forma vamos a encontrar a Kathana e' Marish'Chala para poder arrestarla?

—Oh, por lo que a eso respecta... —dijo Khaavren.

—¿Sí?

—Podéis dejarlo enteramente en mis manos.

XII

En el que Khaavren intenta averiguar el paradero de Kathana e'Marish'Chala

Confiamos en que los lectores nos disculparán si no nos hemos detenido en el día a día de los personajes cuya historia hemos decidido investigar. Nuestro punto de vista es que, siendo los hechos tan numerosos como los granos de arena en el desierto de Suntra, el mero recitado de detalles resultaría aburrido y confuso, mientras que la selección cuidadosa instruye y divierte al mismo tiempo. De esta forma, no hemos considerado necesario aleccionar a nuestros lectores acerca de cómo Srahi llegó a encontrar una lavandera, ni sobre los medios que empleaba Pel para seleccionar el papel perfumado en el que escribía a su amante, ni respecto al tratamiento para el cuero que utilizaba Aerich en sus botas a fin de evitar que se filtrara agua cuando llovía, ni de cómo Tazendra se contorsionaba al prepararse para sus ejercicios matutinos.

Nos vemos forzados a admitir, empero, que, de tanto en tanto descubriremos que un detalle de trascendencia no mayor que éstos cobrará mucha más importancia de la que jamás se nos habría ocurrido atribuirle. Cuando sucede algo así, nos embarga la duda de si enmendar lo ya escrito; no obstante, seguimos adelante, adelante, siempre adelante, como diría Undauntra, y dejamos que los rezagados rellenen las brechas.

Por lo tanto, es nuestro deber confesar que nos hemos equivocado al no mencionar que Khaavren acudía casi todos los días a una de las bibliotecas imperiales del Palacio. Pel tenía sus secretos, Aerich se dedicaba a la contemplación, Tazendra era feliz apostando y corriéndose juergas mientras aguardaba la oportunidad de cubrirse de gloria con la espada, pero si él, Khaavren, aspiraba a la grandeza, debía remediar de inmediato la ignorancia que lo afligía. Su empobrecida familia apenas pudo pagar a un preceptor que le diera clases, en las que había aprendido a leer y calcular junto con niños vallistas y chreothas, y que de ningún modo le habían proporcionado los conocimientos que anhelaba. Así que se organizó el tiempo para poder pasar a diario un rato con libros de cada una de las cinco grandes categorías: magia y ciencias naturales, historia, filosofía, libros-escritos-para-ser-practicados y libros-escritos-para-ser-leídos.

La cuestión es que en el curso de dichos estudios, revoloteando de uno a otro como una abeja en un macizo de flores, conoció, como es natural, a algún

bibliotecario. De hecho, conoció a varios. En la Biblioteca Caffissa, que ocupaba los tres primeros pisos de la sección sur del Ala Athyra, todos los bibliotecarios eran athyras, y la cortesía con que trataban a Khaavren era sólo la justa para evitar el reto que cualquier observador astuto podía descubrir agazapado bajo las alas, por así decirlo, de la expresión del tiassa. En las salas de la Biblioteca de Plata, fuera del Palacio en sí, pero muy cerca del Ala Lyom, todos los bibliotecarios, historiadores lyom, eran amables, a veces demasiado amables, y Khaavren con frecuencia se perdía con sus recomendaciones y disuasiones, correcciones y anotaciones.

Pero en la Biblioteca Zerika, en el sótano del Ala Imperial, había un oriental, un tal Ricardo, un tipo rotundo con más pelo en la cara que en la coronilla, como suele ser habitual entre los de esa raza de corta vida. Sus andares tenían algo del anadeo que se encuentra en las especies salvajes de menor tamaño que habitan a lo largo del río Amarillo, y la punta de su lengua parecía haber encontrado albergue definitivo entre los dientes del lado derecho de la boca. No obstante, Khaavren encontraba en él una verdadera fuente de información que a la menor presión, es decir, a la más ligera provocación, brotaba a borbotones hasta tal punto que el tiassa llegaba a pensar que se ahogaría. Pues aunque los fénix consideraban la filosofía como una de las más altas ramas del saber, aún se notaban las secuelas del reino del athyra, una Casa tan poco interesada en el conocimiento teórico como la Casa Dragón en cualquier cosa que no cortara ni apuñalara. Todo lo cual tenía como resultado que el pobre Ricardo estuviera necesitado de clientela en una biblioteca mantenida con pocos medios y escasamente frecuentada; de ahí su alta estima por Khaavren cuando lo conoció.

Apenas hace falta añadir que el joven tiassa se benefició enormemente de la asociación. Mientras que él por naturaleza se sentía inclinado a picotear de libro en libro y de pensamiento en pensamiento sin orden ni concierto, el oriental exhibía algunas de las características de los tsalmoth y atacaba cualquier problema desde una docena de ángulos a la vez pero sin abandonarlo jamás hasta que se solucionara. Como resultado, Khaavren, que nunca había desarrollado más que un interés pasajero por la filosofía, es decir, por la ciencia de las ciencias, obtuvo dos cosas de provecho: la primera fue la adquisición de cierta habilidad en la manera de abordar un problema; la segunda, la amistad del erudito oriental.

De modo que Khaavren se fue a ver a Ricardo con la noticia del crimen de Kathana e'Marish'Chala. Ricardo escuchó el relato como lo escuchaba todo, prestándole toda su atención, sin hacer preguntas y con la mirada fija en la boca de Khaavren como si leyera las palabras a medida que iban saliendo.

Cuando Khaavren finalizó, el oriental le sugirió que regresara al cabo de unas horas, mientras él, Ricardo, solicitaba en una de las bibliotecas de archivos ciertos documentos que, afirmaba, resultarían de lo más reveladores. Khaavren estuvo de acuerdo y, tras una comida ligera de fruta y queso en una de las pequeñas tabernas conectadas con el Ala Fénix, volvió encontrándose a Ricardo inclinado sobre una gran pila de folios entre los que asomaban, como lenguas de serpiente, tiras de papel

rojas, pardas, verdes, amarillas y azules. Una inspección más detenida revelaba que los folios estaban llenos de columnas de números, nombres, fechas y direcciones. Alzando la vista, Ricardo lo miró con expresión vacía, como si hubiera olvidado quién era Khaavren y por qué estaba allí. Por fin sacudió ligeramente la cabeza.

—Ah, habéis vuelto —dijo.

—Así es, buen Ricardo —dijo el tiassa—. Y por lo visto has encontrado algo.

—Solicité estos documentos en el Servicio Imperial de Archivos, que supervisa todas las cuestiones relativas a los impuestos.

—Ah. Impuestos.

—Así es.

—Discúlpame, Ricardo, pero ¿qué tienen que ver los impuestos con el paradero de Kathana e' Marish'Chala?

—Oh, tienen mucho que ver.

—¿Cómo es eso?

—Bien, os lo explicaré.

—Hazlo, por favor.

—Lo que debéis recordar, joven señor —dijo el oriental, olvidando que Khaavren tenía, en realidad, más años que él—, es que los señores dragón jamás se esconden. Así, aunque os parezca que vuestra presa intenta ocultarse, ella debe de pensar que está haciendo algo muy distinto.

—¿Y qué puede ser, buen Ricardo? —inquirió Khaavren, dejando pacientemente que el bibliotecario llegara al grano a su manera.

—Las posibilidades son muchas. Sin embargo, es artista. En consecuencia, ¿qué sería lo más natural para una artista si quisiera perderse de vista durante una larga temporada?

—Bueno, podría ir a pintar un cuadro —sugirió Khaavren.

—Es justo lo que yo pensaba —dijo Ricardo.

—Pero podría pintarlo en muchos lugares.

—Podría, pero no lo haría. Es decir, en realidad, está en un solo sitio.

—En eso estoy de acuerdo. Pero, ¿cómo vamos a determinar dónde? A fin de cuentas, es lo que he venido a preguntarte.

—Y es lo que me dispongo a responderos.

—¿Ahora?

—Sí, así es.

—¿Cómo?

—Con una determinación.

—¡Ah! Una determinación.

—Sí. Determinaré para quién trabaja. Aquí tengo los informes de todos los gastos del último mes de los diez mil nobles más ricos del Imperio. Los informes están divididos en categorías, cada una de las cuales detalla los gastos de cada individuo. Una de las categorías de las que esas personas han de informar es la suma invertida en

asuntos culturales.

—Es cierto, Ricardo; el Imperio siempre está interesado en fomentar la cultura entre la nobleza; de ahí la exención de impuestos sobre dichos gastos.

—Precisamente.

—¿Y has mirado los diez mil?

—Oh, ni mucho menos. El Emperador se entristecería al saber cuán pocos son los que en realidad han invertido algo en la mejora de su conocimiento de las artes; pero para nosotros, vaya, es una suerte, pues son apenas un millar, de los cuales la mayoría puede descartarse a primera vista.

—Ya veo. Entonces, has descubierto quién ha gastado dinero en actividades culturales.

—Sí. Y algo más.

—¿Cómo! ¿Más?

—Así es. El Imperio no sólo exige la cantidad invertida; por añadidura, cualquiera que desee estar exento de impuestos debe incluir además el tipo de obra y el nombre del artista.

—¿Ah, el nombre del artista!

—Exacto.

—Pero seguramente ella no aparecerá en las listas con su nombre —dijo Khaavren después de reflexionar un momento.

—Es imprescindible que figure así.

—¿Y entonces?

—¿Sabéis por qué medios un artista se gana la vida?

—Bueno, con lo que cobra por su arte.

—Pero, ¿quién le paga? Un artista no puede poner su obra a la venta en el mercado como si fuera una nidada de huevos.

—No, el artista debe tener un mecenas que acepte comprarle su obra, o bien ha de llegar a un acuerdo de antemano.

—Y en ese acuerdo habrá que incluir la cantidad a pagar, ¿no es cierto?

—Claro, aunque uno cuenta con que pagará más del precio preestablecido.

—¿Y suponéis que una artista que a su vez es una señor dragón, como Kathana e'Marish'Chala, aceptaría, aunque esté escondiéndose, una tarifa por debajo de la suya habitual?

—Bueno, supongo que no.

—Pues ya veis. No hay más que buscar quién ha encargado una pintura dentro de los precios que fija habitualmente la baronesa de Kaluma, o sea, Kathana e'Marish'Chala.

—¿Y ésa es la lista que tienes, mi buen Ricardo?

—En efecto, sir Khaavren, y ya la he examinado.

—¿Y has conseguido algún resultado? Es decir, ¿has descubierto su paradero?

—Oh, de eso no puedo tener la certeza. No obstante, he descubierto que la

baronesa Kaluma recibió, por sus últimas obras, un pago de entre mil trescientos y dos mil cien imperiales.

—¡Sangre! ¿Tanto?

—Así es.

—¿Y has encontrado a alguien que encargara una obra por una suma semejante?

—Muchos, en realidad.

—Entonces, debemos determinar cuál es.

—Disculpadme, pero ya lo he hecho.

—¡Ya lo has hecho!

—En efecto.

—Pero, ¿cómo?

—Bueno, cuando miré los nombres de los artistas en la lista, reconocí algunos.

—Ah, entonces éstos pudiste eliminarlos de inmediato.

—Exacto.

—¿Y entonces?

—Bien, luego miré el resto.

—¿Y qué has descubierto?

—Encontré el nombre «Fricorith».

—Muy bien, hay alguien que se llama Fricorith.

—Exacto.

—Pero no acabo de ver...

—Ah. No lo habéis entendido.

—Tienes razón. No lo entiendo.

—Fricorith, en la lengua del noroeste que todavía conservan la Casa Dragón y la Casa Lyom, significa «casi al final del invierno».

—¿Cómo lo sabes, buen Ricardo?

—Bueno, es el lenguaje en que está escrita la mayoría de los documentos de la biblioteca, pues casi todos los lyom todavía lo hablan, tal como he tenido el honor de mencionar.

—Ya veo. Pero ¿de qué te sirvió esa información?

—Muy sencillo. La baronesa de Kaluma pertenece al linaje e'Marish'Chala; es decir, se llama así por Marish'Chala, Señor de la Guerra durante el cuarto reinado dragón. En aquella época, ella, es decir, Marish'Chala, se llamaba Marishori Cvorunn Chalionara, nombre que tuve la precaución de averiguar por si fuera de utilidad conocerlo.

—Bien pensado.

—Os agradezco vuestra opinión.

—Pero dime qué significa.

—Así lo haré. Marishori es un nombre del noroeste que significa «guardián de la fe».

—Buen Ricardo, sigo sin ver para qué puede servirnos eso.

—Para nada. Pero no me detuve allí.

—¿No?

—No. También averigüé las traducciones de los demás nombres.

—¿Y qué descubriste?

—Encontré que Cvorunn se acerca mucho al término serioli Kvirinun, que significa «época en que se derrite la nieve», es decir, primavera. Y Chalionara se semeja a otra palabra serioli, Shuloonre, que quiere decir «llegar prematuramente». La combinación, como puedes advertir, sería «primavera que llega temprano», ¿y en qué época del año llegaría temprano la primavera?

—Bueno, a finales del invierno, claro.

—Exacto. Como podéis ver, resulta significativo que haya encontrado una artista cuyo nombre, Fricorith, signifique «casi al final del invierno».

—¡Ricardo, eres una maravilla!

El anciano oriental hizo una reverencia y su cara adquirió, de hecho, un tinte rosáceo.

—Creo —dijo por fin— que podemos suponer con bastante seguridad que la baronesa de Kaluma vive en el torreón oriental de Cararroja, la residencia de Adron e’Kieron, de la Casa Dragón.

XIII

En el que, a nuestro pesar, nos vemos obligados a dejar a nuestros héroes durante un breve lapso

Y ahora, mientras Khaavren sube corriendo por la estrecha escalera circular hasta el nivel de la calle, atraviesa a la carrera el laberinto del Ala Imperial, rodea las Piedras Angulares del Sur para llegar hasta el Largo Pasillo, irrumpe en el Patio del Fénix y sale disparado hacia el lugar de la cita establecida sólo una hora más tarde; con la mano aferrando la espada para que no se le enrede entre los pies, la cabeza a punto de estallar con ideas e intenciones... Ahora, decíamos, dirigiremos la mirada hacia un lugar que ha dejado muy atrás, en el Palacio, mucho más alto de lo que Khaavren se había aventurado jamás.

Allí, en el laberinto que constituye el hogar de la Familia Imperial, en una de las numerosas torres que ofrecen una vista tan excelente de gran parte del Palacio y de una buena porción de la ciudad, había dos personas sentadas en el suelo de finas baldosas de mármol amarillo. Una de ellas, ataviada con todas las galas reales de la Casa Dragón, completadas con el «rimbombo», es decir, con los emblemas, medallas e insignias de sus campañas y los honores ganados en ellas, no era otra que Lytra e'Tenith, la Señor de la Guerra del Imperio. La que la acompañaba era una figura oscura, vestida con la túnica con capucha de los athyras, es cierto, pero sin marcas ni insignias. La capucha le ocultaba el rostro, pero sus manos eran viejas y arrugadas, aunque tenía la voz firme, sin rastro de la edad.

—Las noticias, Excelencia, son de lo más recientes —dijo la athyra.

—Pero querida Seodra, no me interesa lo recientes que sean; sino las noticias en sí.

—¿Y qué deseáis saber, Excelencia?

—Quiero saber cómo puede haber sucedido esto.

—Puedo asegurar a vuestra Excelencia que si fuera capaz de explicarlo, lo haría sin preámbulos. Quizá algún dios haya intervenido en ello.

—Si fuera así, Seodra, deberíamos contratar a otro, o en todo caso a un demonio.

—¿Tenéis algún dios en el bolsillo, Excelencia? —Seodra ahogó una risita, un sonido capaz de producir un escalofrío a quien estuviera escuchando; de hecho la propia Lytra apenas pudo evitar que una singular expresión le cruzara el rostro.

—Difícilmente —dijo la Señor de la Guerra.

—Ya veis que yo tampoco.

—¿Y entonces?

—Entonces tendremos que encontrar otra manera de proteger nuestra inversión.

—¿Inversión, Seodra? Por el Orbe, hablas como un comerciante.

—En cierta forma, Excelencia, soy una comerciante, aunque la mercadería con la que comercio no puede olerse ni probarse y la moneda con que me pagan no brilla como el oro.

—Quizá —dijo Lytra moviéndose incómoda, como si no tuviera ningún deseo de ahondar en la metáfora de Seodra— no fuera un dios; quizá alguna hechicería perfora los velos que habéis corrido sobre nuestra amiga.

—Es posible, Excelencia; en cualquier caso la sugerencia no me ofende. Pero, sea por hechicería, sea por la acción de un dios o por mero capricho de la fortuna, debemos actuar de manera que se repare el daño.

—No pido más. ¿Se te ocurre alguna idea respecto a cómo lo conseguiremos?

—Tal vez, Excelencia, con una simple advertencia baste. El no es dzur ni dragón.

—¿Y?

—Bien, puede que sea sensato.

—Seodra, ¿intentas ofenderme? —Lytra miró fijamente a la vieja, frunciendo el ceño. La voz de la Señor de la Guerra se había vuelto cortante.

—En absoluto —respondió la otra, riéndose entre dientes—. Al fin y al cabo, ¿qué ganaría con eso?

—«Ganaría» —dijo Lytra con desdén—. Realmente hablas como un comerciante, querida Seodra.

—Puede que así sea, Lytra, pero ¿me puedo permitir el honor de sugerir que nos centremos en la cuestión que nos ocupa?

—Algún día conseguirás que me enfade, Seodra. ¿Y sabes qué sucederá entonces?

—Bueno, puede que el Emperador pierda o bien a una hábil Señor de la Guerra, o bien... —Su voz se extinguió, como si no deseara describir qué otra cosa podría perder el Emperador.

—Sin embargo —dijo la Señor de la Guerra—, la posibilidad no parece preocuparte en absoluto, Seodra.

—Muchas gracias, Excelencia. ¿Deseáis que tome las disposiciones necesarias para que se efectúe la advertencia que acabo de mencionar?

—Por supuesto.

—Muy bien, Excelencia.

—¿Y si la advertencia no funciona, Seodra? ¿Qué haremos entonces?

—¿Qué haremos? Bueno, continuaremos profundizando en la advertencia, eso es todo. Vuestro poder es bastante grande, ¿no es así? Y el mío no es mucho menor. Tenemos brazos, ojos e instrumentos. Vos sois la Señor de la Guerra, y esto por lo visto es la guerra.

—Así es, Seodra, pero esta guerra tiene gracia.

—¿Por qué?

—Bueno, porque nos tomaremos grandes molestias para proteger a la pequeña Kaluma, y sin embargo somos nosotras las que vamos a eliminarla.

—Pero hemos de ser nosotras, y nadie más, Excelencia; ya sabéis que si algún otro la elimina perderemos el principal elemento de negociación para la verdadera partida, y puede resultar difícil encontrar otro.

—Es verdad, mi aliada. Lo que nos lleva a la cuestión del vizconde Uttrik.

—Sí, el pobre hijo del fallecido aunque escasamente lamentado marqués de Campopimientos, cuya cabeza cortó Kaluma de forma tan conveniente para nosotras.

—Exacto. Sin duda todavía estará buscando a Kaluma, y si la encuentra...

—Si la encuentra, la desafiará, y ella lo matará. Es un tonto presuntuoso.

—Era. Últimamente ha visto la muerte de cerca; tal vez haya cambiado.

—Imposible. Era un tonto presuntuoso y seguirá siéndolo.

—Y, para ser dragón, no particularmente valiente. Puede que avise a las autoridades en lugar de desafiarla él mismo.

—¡Imposible, Excelencia! Un señor dragón no haría algo así; deberíais saberlo mejor que yo.

—Y sin embargo me pregunto: ¿podemos correr el riesgo? Un error así podría desbaratar todos nuestros planes.

—Pero, ¿tenéis algo que proponer? Si es seguridad lo que deseáis, ciertas personas de la Casa Jhereg se afanarían por saldar sus deudas conmigo.

—¡No! —exclamó Lytra golpeando la silla con el puño—. ¡Asesinatos, no! ¿Me has entendido, Seodra? Hay ciertos límites que no quiero traspasar. Te arruinaré y dejaré que todos mis planes se derrumben antes que tolerar el empleo de asesinos.

—Muy bien, Excelencia. ¿Qué haremos, entonces?

—Hay otros medios. Un duelo, por ejemplo.

—¿Con quién? ¿Con vos? ¿Os expondríais de semejante modo? ¿Y con qué excusa se llevaría a cabo?

—Sería fácil encontrar un pretexto. En cuanto a quién..., bueno, lo pensaré.

—¡Ah!

—Discúlpame, Seodra, pero has dicho «ah».

—Así es, Excelencia.

—Entonces, ¿se te ocurre alguna idea?

—Sí, en efecto.

—Bien, dímela.

—Lo haré.

—Pues empieza.

—Bien, veréis: mis artes me han revelado que cierto individuo acaba de descubrir el paradero de aquella a quien queremos mantener oculta.

—Acabas de informarme de ello, Seodra. ¿Qué más? Hemos dicho que le advertiremos que se mantenga alejado.

—Y así lo haremos. Pero también tomaremos medidas para poner al testarudo Uttrik sobre la pista. Y, si de alguna forma Uttrik matara al tiassa...

—¿El que la ha descubierto es tiassa?

—Exactamente. Un miembro del batallón de la Bota Roja de la Guardia Imperial, de hecho.

—Ya veo. Continúa, Seodra. Me interesa sobremanera.

—Bien, si Uttrik lo mata eliminaríamos un problema, y si venciera el tiassa eliminaríamos otro. Más tarde nos reuniríamos para hablar del problema restante.

—Una idea excelente, Seodra. —Rio—. Puede que si los dioses nos sonrían se eliminen mutuamente, lo cual resolvería limpiamente la cuestión.

—Exacto, Excelencia. Eso fue precisamente lo que pensé. Es evidente que, aunque pertenecéis al linaje e’Kieron de la Casa Dragón, fluye sin embargo algo de sangre e’Lanya por vuestras venas, pues vuestro dominio táctico es infalible.

—Ahórrate los halagos, Seodra. Dime, en cambio, cómo haremos para que el duelo se lleve a cabo.

—Muy sencillo: haremos que Uttrik se entere de que el tiassa está buscando a Kaluma.

—¿Y qué ganaremos?

—Dejaremos que piense que la busca para ayudarla, en lugar de lo contrario. Estará ansioso por detenerlo, se pelearán, y uno de ellos matará al otro.

—De acuerdo. Un plan excelente. Pero un momento; ¿el tiassa se llama Khaavren?

—Vaya, ése es precisamente su nombre. ¿Hay algún problema?

—¿Problema? —rio la Señor de la Guerra—. En absoluto. Tanto mejor, en realidad. Ponte a ello.

—Eso haré, Excelencia.

—Pues pasemos a otros asuntos. ¿Qué hay de Su Majestad Imperial?

—¿Qué pasa con él?

—Según nuestra última charla, estaba tocando tambores de guerra.

—¿Ah, sí? ¿La guerra correcta o la guerra equivocada?

—La guerra equivocada.

—Entonces habrá que convencerlo, Excelencia.

—¿Cómo podemos lograrlo, Seodra?

—Bueno, ¿no soy acaso sus ojos? ¿Y no sois vos sus manos?

—Pero, ¿no tiene oídos también? ¿E incluso otras manos?

—Si fuerais tan amable de hablar claramente, Excelencia...

—No he hecho más que continuar con tu símil, Seodra. Está bien. ¿Has olvidado a los Lavode? ¿A los guardias? ¿Los chismorreos de palacio y de los cortesanos a los que presta oído?

—Los Lavode están de nuestra parte, Excelencia. ¿Olvidáis quién es su capitán? ¿Su «verdadero» capitán? No debemos preocuparnos por ellos. Y los chismorreos no son más que viento; entrarán por los oídos de Su Majestad si no hay nada más

sustancial que los ocupe.

—Bien —dijo Lytra—. ¿Y la Guardia?

—Siguen vuestras órdenes, Excelencia. ¿Lo habéis olvidado?

—En absoluto. Pero dime, Seodra, pues deseo saberlo, qué orden he de darles. ¿Supones que puedo llamar a Lanmarea y a G'aereth a mis aposentos y decirles: «No emprenderéis ninguna acción contra tal o cual persona, ni ante este o aquel hecho»? Dejaría de ser Señor de la Guerra en dos minutos, Seodra, y te encontrarías con que las enredaderas que cultivas se han enterrado en sus propias raíces.

—A Lanmarea podemos descartarla por razones que conocéis tan bien como yo, Señoría.

—Sí, de acuerdo. ¿Y G'aereth?

—Confieso que G'aereth es un problema. Habrá que darle otras cosas en que ocuparse.

—¿Tienes algo pensado, Seodra?

—Ummm. Bien, podríais enviarlo a buscar alguna cosa, un capullo de vela, por ejemplo.

Por un instante Lytra miró fijamente la figura encapuchada; una sonrisa se extendió lentamente por su rostro haciéndose cada vez más amplia hasta que estalló en carcajadas que invadieron la pequeña cámara en lo alto de la residencia imperial.

XIV

En el que se demuestra que la conducta caritativa a veces encuentra su recompensa en esta vida

Mientras aquella conversación tenía lugar, otra, igualmente privada si bien menos siniestra, transcurría en los apartamentos de G'aereth del Ala Dragón.

—Pasad, caballero —dijo G'aereth para inaugurar la charla—. Poneos cómodo. Tengo entendido que deseabais hablar conmigo.

—Así es, capitán —dijo el visitante, quien no era otro que Pel—. Deseo compartir con vos una idea que se me acaba de ocurrir.

—Bien, ¿de qué se trata? Ya sabéis que espero que mis guardias usen la cabeza, y me parece que la vuestra tiene bastante capacidad.

—Gracias, capitán.

—Pero, como estaba diciendo, explicadme en qué consiste.

—Bien, así lo haré. Se trata de lo siguiente: me preocupan los informes.

—¿Que os preocupan? ¿Por qué?

—Me parece, capitán, que si seis personas presencian un incidente, habrá seis informes distintos sobre lo sucedido.

—Creo que vuestra observación es muy acertada.

—Ahora bien, muchos athyras, y también otras personas, entre las que se destaca el filósofo Hydragaar, creen que eso prueba que han ocurrido seis acontecimientos diferentes y que todos contienen la misma verdad.

—Bien, ¿y vos?

—Yo, capitán, opino, siguiendo a Daridd de Diar-junto-al-Bennaat, que esos athyras exageran.

—Veo que conocéis bien los clásicos.

—He tenido el honor de recibir una modesta educación —dijo Pel, haciendo una reverencia—. Pero, capitán, si me permitís que os haga una pregunta, siento curiosidad por saber cuál es vuestra postura al respecto.

—¿La mía? Vaya, creo que comparto vuestra opinión y la de Daridd.

—Os lo agradezco.

—Pero explicadme, caballero, qué tienen que ver estas cuestiones epistemológicas con los informes.

—Lo siguiente, capitán: he hablado con cuatro hombres, que acaban de regresar

de una guarnición del este.

—¿Del este?

—Mejor dicho, de los alrededores...

—¿De los alrededores?

—De los alrededores de Campopimientos, capitán.

—Ah. Nada menos.

—¿Os interesaría saber de lo que me he enterado?

—Pues sí, si me hacéis el favor de decírmelo.

—Bien, me he enterado de que un millar de miles de orientales se disponen a invadir el Imperio.

—¡Ah!

—Y de que no hay orientales en un centenar de leguas a la redonda.

—Proseguid.

—Me he enterado de que la guarnición es fuerte, y de que es débil.

—¿Es decir?

—Que está bien comandada, pero que no hay líderes preparados para enfrentamientos de ningún tipo.

—Entiendo lo que queréis decir, caballero. Pero, francamente, me parece que apuntáis en una dirección determinada. Decidme, ¿qué os proponéis?

—¿Qué me propongo? —dijo Pel, con expresión de inocente sorpresa—. ¿Suponéis que pretendo algo?

—Vaya, ¿no es así?

—Mi capitán, el mismo filósofo del que hablábamos señaló la importancia de la caridad, las buenas obras y el servicio al prójimo.

—¿Y bien?

—Mi único deseo es servir a Su Majestad Imperial, capitán; eso es todo.

Puesto que no podríamos añadir nada de importancia a esa declaración, volveremos ahora a Khaavren, a quien dejamos dirigiéndose a la mayor velocidad posible hacia la cita con Illista. Llegó sin aliento, aunque lo bastante pronto para poder refrescarse con un vaso de oscuro vino tinto mientras esperaba. En aquel momento, en el que los festejos ya habían quedado bien atrás, la posada volvía a tener su clientela habitual, casi toda de la Casa Teckla y algún chreotha o jherreg de vez en cuando. La taberna era grande y una alfombra cubría parte del suelo, presumiblemente, pensó Khaavren, para ocultar las manchas de sangre producidas durante su encuentro con Frai. El posadero por lo visto reconoció a Khaavren de inmediato, a juzgar por la expresión de inquietud que cruzó su rostro, pero no hizo ningún comentario.

Estaba oscureciendo, y aquellos cuyo trabajo finalizaba cuando desaparecía la luz empezaban a llegar poco a poco. A Khaavren le parecía un sitio extraño para que una dama de la Casa Fénix concertara una cita, aunque probablemente, si lo que deseaba era discreción, un lugar como ése sería el más indicado. Fue entonces cuando lo asaltó

la evidencia de que las actividades del día se habían alejado temporalmente de su mente arrinconadas por la idea de que pronto vería a Illista, cuya voz tenía grabada en la memoria, cuyos ojos brillantes y entornados, y cuyos rasgos delicados flotaban en su imaginación. Y si su fantasía la mostraba con una mirada seductora que, en realidad, ella nunca le había dedicado, ¿quién podría culparlo por ello? Es prerrogativa nuestra imaginar en la persona amada todos aquellos tiernos sentimientos que la esperanza pueda alentar, y continuar haciéndolo hasta que la cruda realidad interviene con sus carros de combate y sus lanzas, con sus promesas rotas y sus evidentes decepciones, al grito de «¡Aquí estoy! ¡Tendrás que mirarme cara a cara, lo quieras o no!». ¿Hay alguien entre vosotros que no haya construido para sí esos mundos imaginarios, aun cuando en vuestro fuero interno, como le sucede a Khaavren mientras lo observamos con su vino y sus sueños, su sonrisa burlona y el lento cabeceo, podáis regañaros por ser tan ilusos?

Pues sabemos que de vez en cuando, aquí y allá, puede suceder que los sueños se conviertan en realidad, que nuestro amor sea correspondido y que el amado nos otorgue la misma sonrisa que habíamos imaginado. Y, por raro que pueda parecer, es eso, sin embargo, lo que nos permite seguir alentando ilusiones y mostrar el pecho desnudo ante las lanzas de la realidad, al grito de: «¡Haz lo que quieras! ¡Lo arriesgaré todo con tal de aferrarme a la más mínima esperanza de gloria suprema!».

Con ese ánimo y esos agridulces pensamientos, justamente cuando Khaavren comenzaba a preguntarse si Illista aparecería o si sus esperanzas se desvanecerían nada más comenzar a saborearlas, sus ensoñaciones se vieron felizmente interrumpidas por un camarero que acudió a su mesa.

—Mi señor, por favor, hacedme el honor de acompañarme al reservado; una dama desea hablar con vos.

Hemos de decir en su favor que Khaavren apenas si mostró alguna reacción al mensaje, salvo un breve gesto de asentimiento, a pesar de que su corazón golpeaba su pecho como los cascos de un caballo desbocado.

—Muy bien —dijo levantándose y apurando el último trago de vino. El sirviente lo condujo al reservado de la posada, pasando por un vano con una cortina, por una sala estrecha y bien iluminada y por otra habitación con cortinas a ambos lados e iluminada sólo por una vela en lo alto de la pared. Una figura pequeña y encapuchada estaba sentada en el extremo más alejado de una larga mesa que, a excepción de unas pocas sillas, era el único mobiliario que ofrecía la habitación.

—¿Illista? —dijo dubitativo, frunciendo el ceño.

Ella se llevó un dedo a los labios para indicarle silencio y se apartó la capucha para que pudiera verle la cara.

—No pronuncies aquí mi nombre en voz tan alta —dijo.

—No lo haré, pero temo que se oiga mi corazón, que grita tu nombre en cada latido —dijo Khaavren, precipitándose hacia ella y arrodillándose a su lado.

—Oh, vamos —dijo ella, sonrojándose. De pronto parecía más joven que antes—.

Siéntate a mi lado —añadió—. Tenemos que hablar.

—Espero impaciente cada palabra tuya, pues el sonido de tu voz me parece más dulce que el tañido de las campanas de Scansni.

—Por favor.

—No puedo negarme. No hablaré más de tu encanto, de tu gracia, tu belleza, del estremecimiento que me recorre cuando oigo tu voz, el latido en mi pecho cuando tus ojos se encuentran con los míos; no diré nada de estas cosas, sino que me sentaré y escucharé pacientemente lo que tengas que contarme. ¿Lo ves? Ya no hablo; me limito a escuchar.

Y cumpliendo con su palabra, se sentó con calma, atento a la más mínima de sus expresiones, esperando que sus palabras fueran manando, como el agua en la Fuente Siempreviva de Príncipe Monteoeste, hasta caer en sus oídos expectantes.

—Cierta persona amiga mía... —comenzó ella.

—¿Cierta persona...? —dijo Khaavren.

—Sí.

—¿Cómo? ¿Quieres decir un enamorado?

—¡Oh, temas que preguntarme eso! ¿No me habías prometido que te limitarías a escuchar?

—Lo siento —dijo Khaavren, enrojeciendo—. La idea se abrió paso desde el corazón a la boca, sin detenerse en el cerebro. Verás, siempre hablo con el corazón; es un defecto que tengo, ya lo sé.

—Un defecto encantador, por cierto —dijo ella—, aunque peligroso.

—Ah, ¿tú crees?

—Estoy segura.

—Bueno, pondré bridas y riendas a estos sentimientos desbocados y me limitaré a escuchar.

—Bien, entonces voy a continuar.

—Te escucho. Esa persona amiga tuya no es tu amado.

—No. Es una mujer, y tiene problemas.

—¿Y?

—El Imperio se ha interesado en ella.

—¿Un interés poco amable?

—Nada amable: quieren arrestarla.

—¡Ah! Pero ¿no tienes amigos en la corte que puedan protegerla?

—En efecto, eso creía; tengo la confianza de la propia consorte.

—Diría que es más que suficiente.

—Pero no lo es.

—¿Por qué no?

—Porque sus enemigos gozan de la confianza del Emperador.

—Sí que es un problema. ¿De qué crimen acusan a tu amiga?

—Nada menos que de asesinato, amigo mío.

—¡Cielos!

—Ah, ¿esa exclamación tuya significa que estás horrorizado?

—¿Horrorizado? No, estoy encantado.

—¿Cómo, encantado?

—Estoy encantado porque acabas de decirme que soy amigo tuyo.

—Oh, era eso —dijo Illista, ruborizándose—. Pero, ¿qué piensas del crimen?

—Los asesinatos no son todos iguales —dijo Khaavren alzando los hombros y volviéndolos a bajar, como Aerich—. Algunos son una cobardía, como la muerte de lady Yurrota, que tuvo en jaque a la corte durante días. Otros no son más que duelos llevados a cabo sin las formalidades legales, como el que cometió recientemente lord Porishtev cuando mató a Gerand de Kor. Y otros, como el asunto de la baronesa Kaluma, son...

—¿Qué nombre has dicho? —exclamó Illista.

—La baronesa Kaluma, más conocida como Kathana...

—Sí, sí, ya lo sé. Pero ¿cómo es que la mencionas?

—Bueno, todo el mundo está al tanto del asunto —dijo Khaavren, que dos días antes no sabía nada al respecto.

—¿Y cuál es tu opinión sobre el crimen?

—Bien, no se puede decir que haya sido un duelo, y, no obstante, me pareció plenamente justificado —dijo Khaavren, frunciendo el ceño.

—Entonces, ¿crees que la dejarán en libertad?

—Oh, yo no he dicho eso.

—¿No?

—Vaya, a fin de cuentas ha sido un asesinato.

—¡Estoy perdida!

—¿Por qué?

—Eras mi última esperanza.

—¿Yo? ¿Y ya no lo soy? Lo que dices parece un acertijo.

—¿Y no sabes resolver el acertijo?

—¡Los dioses! ¿Cómo podría...? Pero espera, ¿no será que tu amiga se llama Kathana e' Marish'Chala?

—¡Ah! Lo has adivinado.

—Entonces, eso lo cambia todo.

—¿Qué cambia? Como ves, ansio oír tu respuesta.

—Hace un rato estaba pensando en organizar una expedición para capturarla.

—¿Tú?

—En serio. Pero ya no me interesa ese plan.

—¿Tienes otro?

—Así es. En lugar de capturarla, la salvaré.

—Pero, ¿por qué?

—Porque es amiga tuya, y tú... —Khaavren se interrumpió, balbuceando.

—¿Sí?
—Oh, no te lo puedo decir.
—Pero —dijo Illista, a pesar de que le había llegado el turno de ruborizarse—, ¿cómo puedes salvarla? No sé dónde está.
—Ah, pero yo sí.
—¿Lo sabes? ¿Cómo es posible?
—Muy sencillo: lo he descubierto.
—Pero entonces, ¿dónde está?
—En Cararroja, la residencia de Adron e’Kieron.
—¿Cómo? ¿Estás seguro?
—Tan seguro como si la hubiera visto allí.
—¿Y la salvarás?
—Respondo de ello.
—¿Y qué pasa con los que planean arrestarla?
—Impediré que lo hagan.
—¿Y si te atacan?
—Los derrotaré.
—Son muchos, y poderosos.
—No me faltan amigos.
—¿Puedes contar con ellos?
—Por supuesto. Pero dime, ¿quiénes son todos esos tan poderosos que, según dices, me atacarán?
—¡Oh, no puedo decírtelo!
—¿No puedes?
—No puedo.
—Pero ¿por qué?
—El secreto no me pertenece.
—¿De quién es?
—No puedo decírtelo y al mismo tiempo mantener el secreto.
—Ah. Sí, entiendo. Pues bien, me limitaré a actuar.
—Entonces, ¿estás resuelto a ayudarme?
—¡Resuelto! Sí, ésa es la palabra.
—¿Eres la amabilidad personificada!
—¿Acaso un caballero no tiene la obligación de ser caritativo con los necesitados? Diría que tú necesitas ayuda.
—Oh, eres tan bueno conmigo.
—No, eres tú la que es buena conmigo, pues me has concedido el privilegio de ayudarte. Y además...
—¿Sí? ¿Además...?
—Estás a punto de permitirme que te bese la mano.
—Oh. —Illista desvió la mirada y se sonrojó.

—¿Y bien? —Illista no respondió. En cambio, le ofreció la mano a Khaavren, que la besó reverentemente—. ¡Ah! —exclamó luego—. Debo marcharme ahora mismo para cumplir con tu encargo, no vaya a ser que la emoción me embargue hasta tal punto que no pueda moverme de aquí.

—Sí —dijo ella—. Vete. Yo...

—¿Sí? ¿Tú...?

—Espero noticias tuyas.

—No tendrás que esperar mucho —dijo él, y se precipitó hacia la puerta, pero en cuanto traspasó el umbral se detuvo y se volvió.

—Perdona —dijo.

—¿Sí? —dijo ella.

—Si quiero comunicarme contigo, ¿cómo puedo encontrarte?

—Oh. Muy sencillo. Tienes que preguntar en la Casa Fénix por la marquesa de las Colinas Doblemente Atadas.

—Lo haré, sin duda. —Y tras una profunda reverencia, atravesó corriendo la posada y salió al aire de la tarde.

XV

En el que Khaavren recibe una advertencia y Aerich cuenta una historia

A Khaavren le parecía que sus pies, en la medida en que se interesaba por sus actividades, habían desarrollado un cerebro propio con memoria y voluntad, mientras lo transportaban por las calles estrechas y curvadas y subían por las suaves pendientes hacia su casa. El propio Khaavren, como ya hemos tenido el honor de dar a entender, era poco consciente de la actividad de sus pies, pues tenía cosas más importantes en las que pensar, a saber, el tacto de unos dedos suaves en los suyos, el roce de sus labios contra una mano y el contacto, fugaz, aunque no por ello menos poderoso, de sus ojos con aquellos asociados a los dedos y a la mano a los cuales acabamos de referimos.

Sigue siendo cierto, no obstante, que una barandilla o una esquina pronunciada colocadas de forma inconveniente no se apartarán del camino de un borracho, aun cuando el borracho no se percate de los obstáculos que el camino le ha interpuesto; en otras palabras, por mucho que nos olvidemos del mundo, éste toma sus propias decisiones respecto a en qué medida se olvidará él de nosotros. Khaavren descubrió esa verdad fundamental de la existencia humana cuando avanzaba rápidamente por las calles del Distrito de Palacio de la ciudad de Dragaera, o, de manera más específica, cuando pasó como una ráfaga ante un resquicio entre la tienda de un hojalatero y la de un fabricante de cinturones, y su vuelo fue súbitamente detenido por un par de manos toscas aunque fuertes que aterrizaron en su cuello y lo arrastraron bruscamente al estrecho resquicio que ya hemos tenido el honor de mencionar. Por añadidura, antes de que pudiera recobrase reparó en que algún tipo de hoja, pesada y bastante afilada, se apretaba contra la parte posterior de su cuello, y por la forma en que lo hacía parecía que podría cortarle la espina dorsal sin ninguna dificultad.

Khaavren jadeó, la combinación de su precipitada carrera y la parada en seco lo habían dejado momentáneamente sin aliento, y vio ante sí una figura con una capucha gris oscuro. La figura era algo más baja que él y, además, tenía la cabeza algo inclinada, de manera que Khaavren no podía ver la cara que se escondía tras la capucha. Quienquiera que fuera el que estaba detrás, parecía corpulento e incuestionablemente fuerte.

La figura que Khaavren veía, la encapuchada, habló en un susurro que Khaavren

apenas oía por encima de su resuello.

—Sir Khaavren, advertiréis que, aunque os tenemos a nuestra merced, no os matamos. No nos han enviado para que os matemos, sino más bien para hablar con vos. Sin embargo, que quede claro que si vuestras acciones demuestran que el resultado de nuestra conversación no ha sido satisfactorio, nos veremos obligados a quitaros la vida. ¿Entendido?

La pausa que siguió a la pregunta fue la primera ocasión que tuvo Khaavren de recuperar la calma, y pasó un momento hasta que pudo ensamblar en su mente los acontecimientos de los últimos segundos. Una vez lo logró, y mientras empezaba a considerar el tipo de respuesta que debería dar, el individuo frente a él comenzó a hablar otra vez.

—Habéis decidido buscar a cierta persona, ¿sabéis a quién me refiero, no es así?

—Es que... —comenzó Khaavren—. Os aseguro...

—No juguéis conmigo, joven. Sabéis de quién hablo.

—Bien, ¿y si así fuera?

—Debéis deteneros. Hay cuestiones muy profundas en juego y os podríais ahogar en ellas. Comprenderéis que os estoy haciendo un favor al deciros que os apartéis de esas intrigas; deberíais agradecerme. Es por vuestro bien. ¿Está claro a qué me refiero?

—Está claro —dijo Khaavren—. También está claro que no sois unos caballeros.

—Bueno, eso es verdad —dijo el otro—, pero creo que estaréis tan muerto si os mato yo como si lo hiciera un caballero.

Khaavren reparó en la extrema exactitud de la observación. Se le pasó por la cabeza decirles que no valoraba tanto su vida para permitir que unos extraños le dictaran sus acciones, pero parecía probable que si expresaba esta opinión lo matarían; como consecuencia no podría llevar a cabo ninguna acción en absoluto y, por añadidura, no tendría la oportunidad de castigar a los hombres que le habían puesto esas manos tan toscas encima.

—Admito que lo que decís es verdad —se limitó, por lo tanto, a manifestar.

—Me alegro —susurró la figura frente a él, e hizo una señal al que estaba detrás de Khaavren, a quien el tiassa no había podido echar ni una ojeada. Durante un momento la presión del cuchillo sobre su cuello cedió, y Khaavren ya estaba estudiando cómo soltarse cuando recibió un golpe tal detrás de la cabeza que al instante cayó al suelo sin sentido.

Se despertó al cabo de un rato con diversas sensaciones, incluyendo la extraña desorientación que sobreviene al despertarse en un sitio que no sea la propia cama, la incomodidad de dormir en una postura poco habitual y el frío de la brisa vespertina, una vez la oscuridad comenzaba a desplegar su manto sobre la ciudad. Sin embargo, la sensación más acusada era la de un dolor palpitante en la cabeza, y, mientras intentaba determinar la causa, empezó a recordar los acontecimientos de sus últimos momentos de consciencia.

Al mismo tiempo, su primer pensamiento fue preguntarse si le habrían robado mientras yacía allí indefenso, pero, ya fuera porque esa parte de la ciudad estaba mejor patrullada que otras, o por temor a que se despertara súbitamente y usara la espada larga que descansaba en su cadera, o porque estaba algo oculto, o por una combinación de razones, sus posesiones y su magro monedero seguían íntegros.

Cuando su memoria comenzó a despejarse y recordó los sucesos que lo habían llevado hasta ese momento y ese lugar, miró a su alrededor para ver si sus atacantes seguían allí.

«Bien —se dijo—, por lo visto se han ido. Son unos cobardes, pero al menos no unos cobardes asesinos. Pero un momento, ¿cómo habrán sabido que voy a por Kaluma? ¿Será que alguien me espía? ¿O que está obrando aquí algún oscuro hechizo? Seguramente esto exigirá un estudio más detenido del que puedo hacer aquí y ahora; debo volver a casa y tener más cuidado que la última vez que me dirigía hacia allí. ¿Soportarán las piernas mi peso? ¿Y por qué no habrían de hacerlo? Fue mi cabeza, y no mis piernas, la que sufrió el ataque. Bien, veamos. ¡Ah! Obedecen mis órdenes. ¡Excelente! A casa, entonces, piernas, pero no tan rápido que mis ojos y oídos no puedan tomar todas la precauciones que las circunstancias exigen».

Llegó a casa sin más novedades, aunque no sabemos si ello puede atribuirse a su precaución. Al llegar, descubrió que Pel y Aerich lo esperaban preocupados. Tazendra, que roncaba suavemente en un rincón, se despertó cuando él cerró la puerta, parpadeó con la mirada nublada y sacudió la cabeza.

—Ah. Tenía razón —dijo—. Aquí está nuestro amigo desaparecido; no le habrá dañado en absoluto perderse nuestra compañía esta tarde. ¿No estoy en lo cierto, buen Khaavren?

—Bueno —dijo Khaavren, sentándose en su silla favorita y respirando hondo—, por lo visto no he sufrido ningún daño, a no ser el dolor de cabeza, aunque si, como veo, algunos de vosotros estabais preocupados por mí, os diré que no ha sido sin motivo.

Ante el frío anuncio, las cejas de Aerich se juntaron, Pel se inclinó hacia delante y Tazendra lo miró asombrada.

—¿Y bien? —dijo el yendi al cabo de un momento.

—Desde que salí esta mañana —dijo Khaavren—, me he enterado de dónde está escondida la baronesa Kaluma, me han pedido que la ayude, me han advertido que me aleje de ella y me han atacado en un callejón. Os ruego que comprendáis que todo eso sólo incluye una parte de las actividades del día; el resto es de una naturaleza que no me apetece compartir con vosotros en este momento. —Ante este último enunciado, Tazendra sonrió intencionadamente, en tanto que Aerich parecía entristecido.

—Un día muy atareado, realmente —dijo Pel—. No sé ni siquiera por dónde empezar a preguntar.

—Podrías preguntarme qué intenciones tenemos con respecto a la baronesa

Kaluma —dijo Khaavren.

—Pues bien —dijo Pel con una sonrisa—, te lo pregunto.

—Y yo respondo: ya no lo sé.

—¿Cómo? ¿No lo sabes? —exclamó Tazendra.

—El asunto se ha vuelto algo confuso —dijo Khaavren.

—Yo no sirvo para la confusión —explicó Tazendra.

En ese momento Srahi entró en la habitación, vestida con su bata andrajosa y desteñida, aunque con aspecto de estar bien despierta.

—Vaya —dijo a todos los presentes—. Ha vuelto. Pero un poquito dañado, creo, ¿no, patrón? Habéis estado, sin duda, en una posada, ¿verdad? ¿O en alguna cita secreta con una amante? ¿O unos malhechores os han perseguido por toda la ciudad? Bueno, ya estáis en casa, sin que os importe la hora, y seguro que querréis té con vino dulce. Muy bien, muy bien, ya voy para la cocina. Pero fijaos en lo que os digo: no seréis siempre joven, y llegará el día en que os arrepintáis de haber malgastado vuestra juventud...

—Srahi —dijo Khaavren—, si fueras tan amable de traerme un paño húmedo para ponerme en la cabeza, te apreciaría aún más por ello. Y si lo hicieras en silencio, vaya, me consideraría muy en deuda contigo.

Cuando Srahi abandonó la habitación seguía murmurando para sí.

—Los dioses —dijo Aerich por lo bajo—. Creo que ha adivinado toda la historia.

—Tal vez deberíamos preguntarle cómo proceder —dijo Tazendra.

—O tal vez no —reflexionó Pel.

Srahi regresó con el paño, que Khaavren se colocó en la cabeza. En su favor hay que decir que no volvió a abrir la boca.

—Mi buen Khaavren —dijo Aerich cuando la sirvienta se hubo marchado—, dínos por qué te preocupan nuestras intenciones respecto a la baronesa.

—Bien, en primer lugar, me han pedido que la proteja.

—¿Quién?

—Cierta dama de la Casa Fénix a la que algunos de nosotros conocemos.

—Ah —dijo Aerich.

—Mi querido Khaavren —dijo Tazendra, frunciendo el ceño—. ¿Estás bien? Se te ha puesto la cara roja.

—Calla —dijo Pel.

—Es que... —comenzó Tazendra.

—Es un nuevo punto de vista, sin duda —dijo Aerich.

—Y hay más —dijo Khaavren.

—¿Sí? —dijo Aerich.

—Bien, cuando volvía a casa, me atacaron.

—¡Sangre del Fénix! —dijo Tazendra—. ¿Quién?

—No pude verlos. Fue un ataque traicionero; eran dos y salieron de un callejón. Me pusieron un cuchillo en el cuello y me advirtieron que no me metiera en el asunto

de la baronesa Kaluma.

—¿En serio? —dijo Aerich.

—Pero ¿de qué lado estaban ellos? —dijo Pel.

—No han dicho nada que me permitiera adivinarlo. —Khaavren sacudió la cabeza y dio un respingo a causa del efecto producido en la zona herida—. Además, el que estaba frente a mí tuvo la capucha puesta todo el tiempo, de modo que no pude verle la cara.

—Qué pena —dijo Tazendra—. Pues es evidente que tendremos que hacerles frente, lo cual es difícil si no sabemos quiénes son ni qué quieren.

—Sin duda no eran más que rufianes contratados a tal efecto —dijo Pel—. Oreas, seguramente, o puede que jheregs.

—No estoy seguro de que debamos hacerles frente —dijo Aerich lentamente.

—¿Cómo? —dijo Tazendra asombrada, al tiempo que Pel fruncía el ceño. Hasta Khaavren se sintió algo sorprendido de que el lyom pareciera dispuesto a permitir que los amenazaran.

—Es muy bonito decir «Vamos, no debemos temer a alguien tan vil que necesita contratar a un jhereg o a un orea para que le hagan el trabajo sucio». Pero pensad que podrían haber matado a Khaavren si hubieran querido. ¿Podemos estar en guardia todo el tiempo? ¿Tenemos la más mínima idea de las fuerzas que conspiran contra nosotros?

Los demás empezaron a hablar, pero en ese momento Srahi volvió con una tetera de té fuerte reforzado con vino. Les sirvió y se dispuso a sentarse con ellos, pero al verles las caras soltó un bufido y se marchó. Antes de que nadie pudiera hablar, Aerich indicó silencio con un gesto.

—Dejadme que os cuente un cuento —dijo.

—Ah —dijo Tazendra—. Me encantaría oír un cuento.

—Pues veréis. Había una vez un joven de la Casa Lyorn. Se había criado en el seno de una familia orgullosa y lo educaron en todas las disciplinas. Es decir, aprendió historia, poética, filosofía, hechicería, esgrima, caligrafía y un sinfín de cosas necesarias para alguien que habrá de gobernar las propiedades y vasallos que heredará algún día, pues era el hijo mayor; de hecho, el único hijo de la familia.

Hizo una pausa para sorber el té. A Khaavren le pareció detectar un extraño temblor en la mano del lyom.

—Continúa, buen Aerich. Como ves, te escuchamos con atención inquebrantable.

—Bien; sucedió que justamente cuando ese caballero estaba a punto de cumplir los ochenta años, es decir, según las costumbres de su Casa, mucho antes de que se considerara que había llegado a la madurez, su padre se vio implicado en la política de la corte. Para ser preciso, Su Majestad Cherova le solicitó que actuara como asesor para arbitrar la situación con el rey de la isla de Elde, cuyo nombre, lamento decirlo, no recuerdo.

—Creo que no tiene importancia —dijo Khaavren—. Continúa, por favor.

—Sí. Bien, cierto individuo, también de la Casa Lyom, había estado asesorando a Su Anterior Majestad sobre el asunto, pero mi..., quiero decir, el padre del joven, demostró ser más hábil para llevar las negociaciones.

—Vaya —dijo Khaavren—, se diría que eso es bueno.

—Se diría que sí, buen Khaavren. Sin embargo, en ocasiones es peligroso tener éxito donde otro fracasa.

—Ah. ¿Tenía celos?

—Exactamente; lo has adivinado —dijo Aerich—. Y no sólo celos, sino el poder para actuar en consecuencia. El asesor desacreditado recurrió a subterfugios y a la contratación de conocidos ladrones. Se empezó a tener la impresión de que el otro asesor carecía de escrúpulos. Las pruebas se acumularon hasta que, desesperado, el caballero comenzó a devolver los golpes de una forma de la que jamás se habría creído capaz. Por supuesto, eso acabó por descubrirse. En menos tiempo del que se diría posible, el asesor de éxito pasó a ser el desacreditado y, por añadidura, lo despojaron de todas sus tierras. Murió arruinado y sin un penique, dejando a su hijo educado para gobernar un feudo que ya no estaba en posesión de la familia.

—¿El asesor sin escrúpulos no se llamaría Shaltre, por casualidad? —dijo Khaavren tras observar un momento a su amigo.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —respondió Aerich mirándolo con frialdad—. Estaba contando un cuento para ilustrar una cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión, buen Aerich?

—La cuestión es que a veces resulta peligroso entrometerse con los que tienen menos escrúpulos que tú; puedes perder algo más que la vida. Puedes perder una apuesta que ignorabas haber hecho.

—No obstante, buen Aerich, ¿se equivocó el lyorn haciendo lo que podía por el Imperio?

—Ah, no digo eso. Me limito a sacar el asunto a colación para que lo tengáis en cuenta antes de meteros de cabeza en peligros desconocidos de origen ignoto. Al fin y al cabo, nuestras vidas no nos preocupan; pertenecen al Imperio desde que hicimos el juramento. Pero, ¿qué estamos dispuestos a arriesgar, amigos? Sin duda eso merece reflexión.

Mientras hablaba, Khaavren sintió un súbito estremecimiento, una sensación inconfundible aunque de origen incierto, como si en invierno se abriera una ventana y un aire frío lo tocara en la nuca y le extendiera sus zarcillos por la espina dorsal. Dirigió una rápida mirada a Pel, que fruncía el ceño y miraba al suelo.

—Pero pensad —dijo Tazendra— que si no hacemos nada cedemos ante el temor de la peor especie: el temor a peligros desconocidos. Menospreciamos a un hombre que huye de una batalla en la que lleva las de perder; ¿cómo no íbamos a desdeñar, entonces, a uno que huye de un lugar donde cree que puede haber una batalla que quizá no pueda ganar?

—Creo que nuestra amiga la dzur tiene razón, buen Aerich —dijo Khaavren

moviéndose inquieto.

—Sí —dijo el lyorn con un suspiro—. Estoy de acuerdo, me temo. ¿Y tú, buen Pel?

—Somos jóvenes —dijo el yendi, quitándole importancia al asunto con un gesto—, somos valerosos y somos cuatro. Si ahora dejamos que el miedo nos controle, ¿qué haremos cuando hayamos vivido un milenio o dos y conozcamos el terror en toda su magnitud? Tendremos miedo hasta de arrojar un palo al río, por si el agua que nos salpica pudiera estar envenenada. Estoy de acuerdo con Tazendra.

—Sí, mi sabio amigo —suspiró Aerich—, no lo discuto. Pues bien, si hemos de hacerlo, pongámonos a ello. ¿Por dónde empezamos?

—¡Cenizas! —dijo Tazendra—. Primero tenemos que decidir si, cuando encontremos a esta artista, o asesina, la arrestaremos o evitaremos su arresto.

—De ningún modo —dijo Pel.

—¿Cómo? —dijo Tazendra.

—Me parece que primero debemos encontrarla. Ya decidiremos qué hacer con ella. ¿Dices, Khaavren, que sabes dónde está?

—Es posible —dijo Khaavren.

—Entonces tenemos que ir allí.

—Pero no es fácil conseguir un permiso para ausentarnos del servicio.

—¿Seguro? —dijo Pel, con una sonrisa—. ¿No os he dicho ya que me encargaría de eso?

—Sí, eso has dicho —contestó Khaavren—. Entonces ¿lo has hecho?

—En cierta manera.

—¿De qué manera?

—Bueno, he conseguido que nos asignen una misión que exigirá que nos ausentemos durante un período de tiempo indefinido.

—¿Una misión? ¿De qué tipo?

—¿Te das cuenta de lo problemático que será que nuestras maquinaciones pasen desapercibidas en Campopimientos?

—Claro que sí —dijo Khaavren.

—Yo también —dijo Tazendra, al parecer ansiosa por no quedar al margen de la conversación.

—¿Eres consciente de la naturaleza del problema?

—Sí —dijo Khaavren.

—Oh, su naturaleza —dijo Tazendra.

—¿Y bien?

—La verdad es que no del todo.

—Bien, se trata de una disputa respecto a qué linaje de la Casa Dragón se le otorga el gobierno de la zona. Se complica aún más porque, como sabréis, se han descubierto diamantes en las cercanías, en un sitio llamado Casa Arenosa, y el Emperador está estudiando la posibilidad de reclutar un ejército para proteger Casa Arenosa, que, aunque esté a sólo cincuenta millas, supone una distancia suficiente para que

Campopimientos quede mal defendido.

—Ah —dijo Tazendra—. Ya lo entiendo. Pero, ¿en qué nos afecta?

—¿No crees que valdría la pena que el Emperador se tomara la molestia de enviar a alguien para supervisar la zona y averiguar exactamente cuál es la situación?

—Parece razonable —dijo Khaavren, sonriendo—. ¿Y sugeriste al capitán que nosotros seríamos adecuados para la misión?

—Mi querido Khaavren, lo has adivinado a la perfección.

—Sin embargo —dijo Tazendra—, ¿el Emperador no tiene soldados cerca de la zona a los que solicitar informes, simplemente preguntándoles por medio del Orbe?

—Ah, ¿pero hasta qué punto son de fiar? Siempre hay informes contradictorios, mi querida señora, depende de a quién se pregunte. Pero un miembro de su regimiento, bueno, eso sería algo muy distinto. O al menos eso piensa el capitán.

—Así que nos vamos al este —dijo Khaavren.

—Sí, y nos tomaremos todo el tiempo que sea necesario. Si por casualidad nuestra ruta nos lleva en una dirección completamente distinta y nos demoramos, bueno, en todo caso no se espera que enviemos informes durante bastante tiempo.

—Pues perfecto, porque nuestra ruta nos lleva casi hasta el lugar mismo.

—Grietas del Orbe —dijo Tazendra—. ¿En serio?

—Sí —dijo Khaavren—. Vamos a Cararroja, a menos de cincuenta leguas de Campopimientos.

—¿Cincuenta leguas según los cálculos de la ciudad, o cincuenta leguas calculadas por los orientales? —dijo Aerich.

—Un día a paso vivo por los senderos, eso me han dicho —respondió Khaavren encogiéndose de hombros—, o si no dos días de cabalgata rápida por los caminos de caballos.

—Nos queda bastante a tiro —dijo el yendi.

—Sí, realmente —dijo Khaavren—. ¿Tenemos caballos?

—Mi querido Khaavren, dispondremos de lo mejor de los establos, así como Tarjetas de Paso para las postas y cartas de crédito para aprovisionarnos por el camino.

—Mi querido Pel, eres una maravilla. Entonces, ¿podemos partir por la mañana?

—No veo por qué no —dijo Pel, con una reverencia en agradecimiento por el cumplido.

—Pues yo —dijo Aerich, que no había hablado hasta entonces— me prepararé yéndome a dormir. Sugiero que los demás hagáis lo mismo.

Tazendra y Khaavren enseguida estuvieron de acuerdo, pero Pel aseguró que tenía una cita con un sastre que había aceptado confeccionarle la ropa siguiendo sus diseños, y que debía encontrarse con esa persona antes de partir. De modo que se fue, en tanto que los demás, antes de prepararse para ir a dormir, comentaron brevemente los planes, a cuyo contenido os aseguramos que volveremos a su debido tiempo. Tazendra y Aerich se retiraron a sus habitaciones y se fueron a dormir enseguida.

A Khaavren no le resultó tan fácil. Se quedó despierto un buen rato; sus pensamientos aleteaban como un pájaro duende, revoloteando un momento sobre las sombrías palabras de Aerich, agitándose por la multitud de incógnitas de la misión para la que se preparaban, tocando ligeramente los planes y preparativos para la partida al día siguiente y, por fin, reposando en calma sobre el recuerdo de los dulces labios de Illista y de la manera tan encantadora con que levantaba las cejas cuando sus ojos sonreían. De esa manera se sumió finalmente en un descanso sin sueños.

XVI

En el que aprendemos lo que significa ser un emperador a medias

Mientras Khaavren duerme el sueño de los jóvenes y valientes, debemos, como el halcón, cuyos ojos pueden ver a través de la capa de nubes para localizar a una norska que no puede verlo aunque se le ocurra mirar a lo alto, dejar que nuestra mirada aletee por la ciudad; suba por la colina de Kieron; pase por la jungla de los Helechos, donde Tuorli se sentó semana tras semana a componer un ciclo de poemas de amor a su amante descarriado, el marqués de Gwethurich; baje por la colina de Atrás, rodeando el canal de los Nueve Puentes, donde lord Brythor, heredero dzur del decimoquinto trono, perdió su futuro y la vida en el duelo de seis horas de duración con su primo el duque de Kl'burra; hasta llegar a un hostel poco atractivo de madera arqueada en la avenida de Urtiya el Sabio. Allí, haciendo buen uso de nuestra condición de observadores imaginarios, sin trepar por escalera ni muro, sin pasar por puerta ni ventana, llegaremos a una habitación esquinera en un segundo piso, donde una joven de apenas doscientos años se acicala con ayuda de una doncella aún más joven que ella.

—Bueno, Yini —dijo la chica—, ¿no tengo algo que combine con este vestido?

—Señora —dijo la doncella—, ya que me hacéis el honor de preguntar mi opinión...

—Claro que te la pregunto, tonta.

—Pues creo que el broche pequeño de zafiros que os N————— regaló el conde combinará muy bien con el rojo del vestido, además de hacer juego con vuestros ojos.

—Puede que tengas razón, Yini, pero ¿y la insignia de la Casa? No es probable que el duque de G————— me invite si no uso nada que indique mi herencia dragón, ¿verdad? Pero el medallón no quedará bien con la plata de los volantes.

—Entonces, ¿la señora no va a usar las mangas negras con encaje de plata?

—Grietas y Fragmentos, Yini, creo que sí.

—Pues tal vez la señora pueda usar el anillo en vez del medallón, pues la plata siempre queda bien con el negro y, al fin y al cabo, son los mismísimos colores de vuestra Casa.

—Muy bien, Yini —dijo la chica tras pensárselo un momento—. Cógelo y ayúdame con el pelo. ¿Te parece que tendría que ponerme algo en el cabello?

—Poco o nada, señora; creo que en esta ocasión lo mejor es la elegancia de un recogido simple, quizá con una peineta. Tal vez una con zafiros pequeños, para que haga juego con el broche.

—Excelente, Yini; creo que tu plan resultará.

—Gracias, señorita.

La dama, que no era otra que Jenicor e'Terics, completó su arreglo alisándose con agua un lado de sus cabellos, y con una última mirada aprobadora a su rostro adorable en el espejo, salió de la habitación para esperar al visitante en la antesala incluida en los apartamentos que había alquilado.

Ahora bien; teniendo en cuenta que esa zona de la ciudad de Dragaera había servido en tiempos como mercado para los tecklas del suroeste, y que desde que finalizaron la carretera de Desembarco del Halcón estaba cada vez menos frecuentada, de modo que en la época sobre la que tenemos el honor de escribir constituía una parte de la ciudad que un noble visitaría sólo si sintiera una incontenible necesidad de encontrar a un pobre para poder darle una limosna, uno muy bien podría preguntarse qué hacía allí Jenicor e'Terics, marquesa de la Gruta de la Curva Pronunciada y Alrededores, futura duquesa de Arrecife de las Tierras Altas y, ya en aquel entonces, quinta en la línea sucesoria del heredero dragón. Para encontrar respuesta a la pregunta, el lector no tendrá más que aguardar con paciencia mientras ella se pone una máscara plateada para ocultar sus rasgos.

Hemos de mencionar que en aquellos días las máscaras realmente escondían la identidad del usuario, mientras que en la actualidad sólo son símbolos mediante los cuales ciertos nobles pretenden que se los excuse por una conducta que sería imperdonable sin ese «disfraz». En aquella época, en la que uno podía emplear la palabra «honor» sin ruborizarse, un noble que se permitía que lo reconocieran en el curso de una actividad escandalosa arriesgaba su reputación, su fortuna, e incluso su derecho a la Puerta de la Muerte.

De modo que Yini puso la máscara sobre el rostro de su señora, colocando con cuidado el cordel para no despeinarla, y consiguió ocultar aquellos rasgos que la habrían identificado a no ser que alguien la conociera tan bien que los labios pequeños y protuberantes y el hoyuelo de la barbilla le bastaran. Sin embargo, no hacía falta nada de eso para advertir que era una dama; un simple vistazo a los bonitos tobillos que asomaban bajo el vestido de anchas hombreras ajustado en la cintura, o a los largos dedos cuya línea era claramente discernible bajo los guantes de seda primorosamente pespunteados, proporcionaba la irrefutable evidencia de la noble cuna, aun cuando uno fuera tan poco observador para no reparar en la textura rica y espesa de su pelo, que adquiriría, sin ningún artificio, ese delicado tono castaño que casi parece rojo a la luz anaranjada del día.

En el preciso momento en que Yini acababa de ajustar la máscara llegó del

exterior el sonido de un palmoteo suave, discreto, casi femenino.

—¡Es él! —susurró Jenicor—. ¡El duque de G—————!

—¿Voy a abrirle? —preguntó Yini, también en un susurro.

—¡No! Retírate a la sala, pero vuelve en dos horas.

—Sí, señora. ¿Salgo por la otra puerta?

—Claro, tonta. Vete ya. —Y en ese momento el palmoteo se repitió, quizá un tanto impaciente, a juzgar por el aumento de volumen.

—¿Quién es? —se apresuró a responder Jenicor.

—Soy yo, señora, vuestro adorador; vengo una vez más a ponerme a los pies de mi diosa —se oyó en un tono de voz bajo aunque claro.

Al oír esas palabras ella abrió la puerta y vio a un hombre cubierto con una larga capa de lana marrón y un sombrero bien ladeado sobre la cara.

—Ah, caballero, sois vos, por fin —exclamó, demostrando así que al mismo tiempo lo esperaba y lo reconocía.

—Sí —dijo él—. ¿Estamos solos?

—Por supuesto. He enviado a mi doncella abajo, a la sala.

—Pero ¿lleváis máscara?

—Bueno, y vos capa y sombrero.

—Es cierto, pero es que he tenido que pasar por unos barrios en los que no convendría que me reconocieran.

—¿Y yo?

—Vos, señora, por lo visto estáis sola en vuestro cuarto, de modo de no hay nadie que os pueda reconocer. Y la prueba es que me quito el sombrero, ¿veis?

—Pero suponed que quisiera ir a la sala, caballero. No esperaréis que me quede a solas con vos en mis aposentos, ¿verdad? —Una singular sonrisa, a la vez inocente y seductora, pasó veloz por sus labios.

—Ah, señora, me herís.

—¿Yo?

—Desde luego. ¿Cómo podéis temer por vuestra seguridad estando conmigo?

—Bueno, si os acordáis de nuestro último encuentro, en el torreón del barón de R—————...

—¡Bah! Había bebido.

—¿Vos? ¿Bebido?

—Del esplendor de vuestros ojos, señora. Son embriagadores.

—¡Caballero, no debéis hablar así!

—Pero he de hacerlo, ya que no me habéis permitido el honor de besaros la mano.

—Pues bien, aquí la tenéis.

—Ah, con qué perfección roza mis labios. Lo veis, lo haré otra vez. Ya está. Y otra. Y...

—Basta. Dejadlo ya.

—Bueno, entonces sentémonos juntos y hablemos como hermano y hermana, si

es lo que deseáis.

—Así es.

—¿Os sirvo vino?

—Sólo un poco. Y tened cuidado, no vaya a ser que os emborrachéis otra vez.

—Ah, señora, si supierais hasta qué punto vuestras burlas son como puñales para mí...

—Pues entonces no sigáis y hablemos tal como habéis dicho, caballero.

—De acuerdo. Ya que hemos de hacerlo, hablemos de la corte.

—¿De la corte? ¿Por qué de la corte?

—¿Por qué? Porque quiero ser un emperador a medias.

—¿Cómo? ¿Qué queréis decir con «emperador a medias»?

—Os lo explicaré, si deseáis.

—Sí, por favor; siento mucha curiosidad.

—Bien, permitidme que empiece con una pregunta.

—Vuestras explicaciones a menudo comienzan así.

—¿Son por ello menos claras?

—En absoluto. Preguntad, pues.

—Bien, veréis: ¿Qué tiene el Emperador que a mí me falte?

—No es difícil: en primer lugar, el Orbe.

—Bueno, es verdad, ¿y además?

—Poder.

—¿Qué es el poder?

—Poder es dar un orden y ser obedecido.

—¿Qué orden?

—Cualquier orden.

—Pero decidme algo, señora, que me instruya a modo de ejemplo.

—Bien, supongamos que alguien dijera: «Guardias, id a conquistar tal ducado». Si se tratara del Emperador, la Guardia se apresuraría a obedecerlo y el ducado caería. Eso es el poder.

—Razonáis como Clybru, el jefe de los Matemáticos.

—Pues bien, ¿os he respondido?

—Casi. Decidme otra cosa. ¿Por qué querría él conquistar el ducado?

—¿Por qué? Tal vez le haya dicho al duque: «Exijo que se envíen quinientas toneladas de madera a mis astilleros del sur», y el duque, en vez de cumplir la orden, haya reclutado un ejército propio, como hizo el conde de Finmarzo no hace ni doscientos años.

—Bien, pero ¿cómo se enteraría de eso el Emperador?

—¿Cómo se enteraría? Lo informarían.

—¿Quiénes?

—Aquellos cuyo deber es informarlo.

—¿Y por qué lo harían?

—Porque es el Emperador, y el Emperador debe estar bien informado, pues si no, ¿cómo tomaría sus decisiones?

—Así pues, el Emperador, en primer lugar, tiene el Orbe, y en segundo lugar, está suficientemente enterado de lo que sucede a su alrededor para saber de qué manera desplegar sus fuerzas.

—Exacto.

—Como veis, deseo conocer lo que sucede en la corte, por lo tanto podría ser medio emperador.

—Bien, comprendo —dijo Jenicor, impresionada por el silogismo—. Entonces, ¿qué deseáis saber?

—Habladme de las conspiraciones.

—¿Suponéis que hay conspiraciones?

—Conspiraciones, intrigas, llamadlas como queráis.

—Parecéis tener la seguridad de que existen.

—Es la corte; tiene que haber conspiraciones e intrigas.

—¿De qué tipo?

—De todas clases. Alianzas por amor mutuo; alianzas por odio mutuo; y, sobre todo, alianzas por mutuo beneficio. Vamos, seguro que sabéis de alguna.

—Pero, buen caballero, ¿dónde podría buscarlas?

—*K'luno*, querida —dijo el caballero—, por todas partes. Pero si estuviera en vuestro lugar empezaría por la consorte imperial.

—Es muy hermosa.

—Y poderosa, ya que el Emperador le presta oído. Ella, además, ya tiene dos buenos oídos propios, lo cual suma tres oídos en total, de modo que, por el razonamiento que acabo de exponer, ella misma también es un emperador a medias.

—Creo que tenéis razón.

—¿Y quién se reúne bajo su estandarte?

—Bien, se dice que hay quienes quieren hacerla su amante.

—Ah. ¿Y ella mantiene la virtud?

—Se dice que sí, pero sólo porque aún no ha podido decidirse por ningún candidato.

—¿Y el Emperador? ¿Está celoso?

—Sólo de sus amigos, según dicen.

—Naturalmente; uno siempre está celoso de los amigos.

—¿Y vos cómo lo sabéis, caballero? No tenéis ninguno.

—Os equivocáis, mi adorable dragón; la prueba es que tengo tres.

—¿Cómo? ¿Tres amigos? ¿No serán los que viven con vos y que os conocen sólo por vuestro nombre supuesto?

—Precisamente.

—¿Cómo os llaman? Es el nombre de un valle al oeste, ¿no es así? ¿Kor?

—Pel.

—Eso es. Sin embargo, decís que son amigos vuestros.

—Lo son; tanto, que arriesgaría mi vida por ellos.

—Pero, ¿arriesgaríais vuestras ambiciones?

—¿Cómo? ¿Suponéis que tengo ambiciones?

—Sin duda. Ambicionáis ser emperador a medias.

—Ah, me habéis descubierto, amada mía. Sí, tengo esa ambición. Pero decidme quiénes son los esperanzados pretendientes de la consorte; seguro que en los chismorreos de la corte se mencionan los nombres.

—Bien, hay un señor dzur, el marqués de I———. Y un tiassa, lord N———. Además, se habla de un señor dragón, Adron e’Kieron, y de un cierto lyom, el conde de Shaltre. E incluso un fénix, un tal duque de Tresparedes.

—Un momento. ¿Tresparedes?

—Bueno, sí, se ha mencionado su nombre. Creo que se llama Allistar.

—Me interesa muchísimo lo que decís, pues creo que lo conozco. ¿No tiene una hermana, Illista, marquesa de las Colinas Doblemente Atadas?

—La misma. De hecho, se dice que es ella la que intriga en nombre de su hermano, en la esperanza de recuperar la fortuna de su rama familiar.

—¿Ah, sí? ¿Y llega al punto de ayudarle a llevar a la consorte las flores raras a las que ella es tan aficionada, como el capullo de vela?

—Caballero, habéis estado jugando conmigo, pues ya conocéis los chismes de la corte. Por lo tanto, no os diré nada más.

—Siendo así, no nos queda más remedio que pasar de la conversación a otros asuntos.

—¡Caballero, empezáis a alarmarme!

—¿Por qué? ¿Tan inoportunos son mis besos? ¿No os gusta que haga esto? ¿Y esto? ¿Y...?

—¡Un momento, oigo algo!

—Yo no oigo nada salvo el sonido de vuestro aliento suave en mi oído.

—¡No, es mi doncella, Yini, que vuelve del salón! Vamos, debemos separarnos por el momento.

—¿Separamos? ¡Más heridas en mi corazón!

—¡Cómo! ¿Mi reputación os trae sin cuidado?

—¿Ante la doncella? Muy poco.

—¿Creéis que las doncellas no hablan con otras doncellas? ¿Y que éstas no hablan con sus señoras? Os aseguro que llevo tantos duelos a mis espaldas como para que me duren hasta el reinado dragón; no hay necesidad de cargar con más por haber pasado de ser proveedora de habladurías a ser sujeto de habladurías.

—Bien, entonces me marcharé.

—Espero que lo hagáis rápido.

—De acuerdo. ¿La capa y el sombrero?

—Aquí están.

—¿Qué tal me sientan?

—Admirablemente.

—Bueno, ¿y vuestra mano, para besarla?

—Aquí tenéis.

—Adiós, entonces, atormentadora mía, hasta la próxima.

—Hasta la próxima, malvado.

Y con esas palabras se separaron; la puerta se cerró tras Pel casi al mismo tiempo que Yini entraba en la habitación por la otra puerta. Encontró a su señora mirando con añoranza el lugar que el caballero había ocupado hacía tan poco.

—Puede que algún día sea algo más que un emperador a medias —se dijo con una sonrisita—. Ahora mismo ya es algo más que un enamorado a medias.

XVII

En el que se habla de matemáticas y filosofía mientras nuestros amigos se preparan para partir

Volveremos ahora a la casa de la calle de los Cortadores de Vidrio e informaremos a nuestros lectores de la conversación que tuvo lugar en ausencia de Pel, la cual, por cierto, no pasó en absoluto desapercibida, ya que los personajes que estaban allí dentro no tenían la capacidad que nos hemos dispensado nosotros de revolotear despreocupadamente por la ciudad y, sin ser advertidos, observar a nuestro antojo hasta el último rincón. Así pues, Khaavren, Aerich y Tazendra estaban en la habitación de Aerich haciendo todos los planes que podían. Khaavren se había instalado en el canapé, donde se tendió con un paño húmedo arrollado a la cabeza que le había proporcionado la malhumorada aunque silenciosa Srahi.

—Creo que deberíamos partir por la mañana —dijo Khaavren.

—De acuerdo —dijo Aerich.

—Así que esta noche debemos prepararnos para la partida.

—¿Preparamos? —dijo Tazendra—. ¿De qué forma?

—Bueno, de todas las formas que parezcan convenientes. Es decir, tenemos que buscar lo que creamos que nos puede hacer falta.

—Pues... —comenzó Tazendra.

—Por favor —dijo Khaavren—, no habléis tan alto. Todavía me duele la cabeza.

—Ah, sí —prosiguió ella en tono más suave—. Lo recordaré.

—Muy amable. ¿Qué estabais diciendo?

—Decía —dijo Tazendra— que necesitaré la espada.

—Desde luego —dijo Khaavren.

—¿Me hará falta también una piedra destello?

—Creo que vendría muy bien —dijo Khaavren—. Varias, si puedes conseguirlas.

—¿Conseguirlas? ¡Mi querido Khaavren, yo las creo!

—¡Cómo! ¿Tú?

—Claro; ya sabes que soy hechicera.

—Es cierto, lo había olvidado. ¿Cuánto tiempo te lleva hacer una?

—Bueno, para cargar una piedra con la fuerza suficiente para derribar a un hombre de su caballo y, si se apunta bien, dejarlo tirado en el suelo, se necesitarían, primero, tres horas para preparar la piedra; después, dos horas para rogarle a la piedra

que reciba la carga, y, por fin, una hora más para que la piedra se familiarice con la manera de soltar la carga.

—Es decir, seis horas.

—Pues sí, creo que es eso. Qué curioso.

—¿Y por qué es curioso que sean seis horas?

—Bueno, he advertido a menudo que me lleva seis horas cargar una piedra.

—¿Y?

—Es curioso que hayas llegado a esa misma cifra habiendo oído sólo las diversas partes del proceso.

—Verás, Tazendra, es que soy aritmético.

—Ah, no lo sabía. Asunto resuelto, entonces.

—Pero dime. Si necesitáramos una piedra con carga suficiente para derribar a dos hombres de la montura, o incluso a cinco, entonces, ¿cuánto tiempo haría falta para prepararla?

—Bueno, para una piedra con el doble de carga, necesitaría cuatro horas para prepararla y cuatro horas para que acepte, aunque el tiempo que tomaría organizar la descarga seguiría siendo una hora.

—O sea, nueve horas.

—Pues sí, creo que aciertas. Sangre del Caballo, sí que eres todo un aritmético.

—Puedo calcular sumas como un contable, aunque confieso que poco más. Por suerte, en general no se necesita otra cosa.

—Sí, tienes razón. He oído decir que el resto de ramas de la aritmética pertenecen propiamente al terreno de la filosofía y que un caballero no debe tenerlas en cuenta.

—Hay mucho de cierto en la observación.

—Ya lo creo.

—Pero volvamos al tema de las piedras destello, mi buena Tazendra.

—Oh, ese sí es un asunto que conozco mejor que la filosofía o la aritmética.

—Lo que quiero saber es si es posible preparar una sola piedra que soporte dos, tres o incluso cuatro cargas.

—Puede hacerse.

—¿Y los preparativos?

—Bien, para preparar la piedra con cargas pequeñas se necesita una hora adicional para cada carga, y después, cada carga colocada en la piedra requerirá cuatro horas más.

—¿Y la descarga?

—Informar a la piedra de que debe liberar las cargas de una en una es todo un reto, mi buen Khaavren.

—¿Entonces?

—Dos cargas requerirán tres horas de trabajo. Tres cargas requerirán cinco horas, y cuatro cargas, ocho horas.

—De modo que preparar una piedra con tres cargas lleva, en total, más de medio

día.

—Así es.

—Pues vaya, no tenemos tiempo. Tendremos que arreglamos sin las piedras.

—De ningún modo; ya he preparado una piedra con dos cargas pequeñas y otras dos con una carga ligera cada una. Si preparo otra pequeña, mañana cada uno de nosotros estará equipado con una piedra destello para el viaje.

—Excelente, Tazendra. Pongámonos a ello.

—Empezaré enseguida.

—Pero espera un momento; tenemos que decidir si hace falta algo más para nuestro viaje.

—Dinero —dijo Aerich, que, al no tener nada que decir, se había mantenido en silencio hasta entonces.

—¡Cha! —dijo Khaavren—. Es cierto. Necesitaremos dinero. ¿Vosotros tenéis?

—Muy poco —dijo Aerich, escarbando en el bolsillo y colocando un imperial solitario y unos escasos orbes sobre la mesa.

—Eres más rico que yo —dijo Khaavren. Rebuscó en el bolsillo y puso junto al dinero de Aerich su contribución de unos cuantos peniques acompañados de dos orbes que brillaban con más orgullo del que en verdad merecían—. ¿Y tú, mi buena Tazendra?

—Oh, yo tengo mucho.

—Ah, ¿mucho? —dijo Khaavren—. Entonces, ¿tienes suficiente?

—Por supuesto. Aquí está. —Y depositó majestuosamente un imperial recién acuñado con el rostro de Su Majestad Tortaalik, junto con tres o cuatro orbes de plata.

—Vaya, ¿eso es todo? —dijo Khaavren.

—Casi. También tengo esto. —Y puso un trozo de papel sobre la mesa. Khaavren se apresuró a cogerlo y lo estudió.

—¡Los Dioses! —dijo—. ¡Es un cheque contra el tesoro dragón por un importe de trescientos orbes!

—¿Trescientos orbes? —dijo Aerich—. Es una bonita suma. ¿De dónde has sacado el cheque, Tazendra?

—Os aseguro que no tengo ni idea, excepto que llegó por correo esta misma tarde.

—¿A quién venía dirigido?

—A fe mía que no lo sé; estaba enrollado y sellado, con una cinta alrededor y sin nombre. Como fui yo la que lo recibí de manos del cartero, y puesto que no constaba ninguna dirección, pensé en abrirlo, y lo hice.

—E hiciste bien —dijo Khaavren.

—Está firmado e incluso tiene sello oficial —dijo Aerich tras coger el papel, mirarlo y encogerse de hombros—, por lo tanto, es tan bueno como el dinero en efectivo para nuestros propósitos.

—Sospecho —dijo Khaavren— que el capitán no quiere que el viaje fracase por

falta de fondos.

—¿Te parece que lo considera importante? —dijo Tazendra.

—Creo que sí —dijo Khaavren—. Y esto lo demuestra, ¿no es cierto?

—Diría que sí —dijo Tazendra—. Pel ha hecho bien en hablar con el capitán.

—Sí, y por cierto, ¿dónde está Pel?

—Con el sastre —dijo Tazendra con una sonrisa que indicaba que, al menos en ciertos aspectos, no era una incauta.

—Volverá aquí cuando ya no esté ocupado por ahí —dijo Aerich.

—Lo que equivale a decir —replicó Khaavren— que no está aquí porque no está aquí.

—Vaya, ¿niegas la justicia de esa afirmación?

—No —dijo Khaavren—. Creo que es completamente correcta. No obstante, no alivia mis preocupaciones.

—Bah. Si se tratara de ti, o incluso de Tazendra, puede que me preocupara. Pero no tiene sentido preocuparse por Pel cuando sale; tiene muchas ocupaciones.

—Muchas amantes, querrás decir —afirmó Tazendra. Aerich se encogió de hombros.

—Sí —dijo Khaavren—, tienes razón. No hay más que esperar; estoy seguro de que llegará. Y, mientras esperamos, sigamos pensando qué necesitamos.

—Nos dirigimos hacia el este, ¿no es así?

—Sí —dijo Khaavren—. Tienes una memoria como el mismo Orbe.

—En ese caso —continuó Tazendra—, también tendremos que ir hacia el norte o hacia el sur, a no ser que penséis viajar a través del desierto de Suntra o por la jungla.

—Bueno —dijo Khaavren—, siempre he creído que el desierto sería un buen sitio si se pudieran enterrar en la arena suficientes botellas de vino; lo mismo sucedería con la jungla en cuanto se la librara de esos animales tan maleducados que quieren comerse a las personas en lugar de permitir pacíficamente lo contrario, que es lo que la naturaleza querría.

—Pero puesto que no hay vino en el desierto, y puesto que hay bestias salvajes en la jungla, sin duda querrás viajar o hacia el norte o hacia el sur, además de hacia el este —dijo Tazendra.

—Tienes razón, buena Tazendra; he decidido viajar hacia el sur por el desierto, atravesando la *pushta*.

—Entonces no hace falta ropa de abrigo.

—Pero luego están las montañas.

—Ah, sí, pues bien, me llevaré la capa, que está forrada de piel de zorro y norska.

—Y harás muy bien, Tazendra.

—¿Qué más necesitamos?

—Un mapa, creo —dijo Khaavren.

—Yo tengo uno —dijo Aerich.

—¿Es bueno?

—El autor es el barón de Francopuertos, y lleva el sello de mi Casa.
—Perfecto —dijo Khaavren.
—¿Qué más, entonces? —dijo Tazendra.
—Las espadas, las dagas.
—Es evidente.
—Caballos —dijo Tazendra.
—El Emperador nos los proporcionará.
—¿Cómo?
—¿Olvidas que somos guardias?
—Es verdad, pero ¿y si alguno empezara a cojear?
—¡Bah! Entonces compraremos otro.
—¿Con qué?
—Ya conseguiremos dinero. ¿No hemos conseguido ya trescientos orbes que no esperábamos?
—Tiene razón —dijo Aerich—. No está bien dudar de la providencia que ya nos ha brindado tanto.
—De acuerdo —dijo Tazendra, que no parecía del todo convencida—. ¿Qué más?
—Cuerda —dijo Khaavren.
—¿Para qué? —dijo Tazendra.
—Bueno, no lo sé, pero los que viajan por la montaña deben llevar siempre cuerdas, ¿no?
—Yo por mi parte no tengo previsto trepar por las montañas, sino simplemente caminar por ellas.
—De acuerdo —dijo Khaavren—. ¿Llevaremos tiendas para descansar por la noche?
—Vaya —dijo Tazendra—. ¿No hay posadas?
—Creo que las hay en la mayor parte del trayecto.
—¿Entonces?
—¿Y si nos sorprende la noche en las montañas, entre una posada y otra?
—Encenderemos un fuego.
—Pues tendremos que llevar un hacha.
—Muy bien —dijo Tazendra—. Estoy de acuerdo en que necesitamos un hacha.
—Cinchas y riendas de recambio, y herramientas para reparar monturas y bridas.
—Pero, ¿sabes usarlas?
—Sí —dijo Aerich.
—Entonces apruebo lo de las herramientas —dijo Tazendra.
—Botas de vino —dijo Khaavren.
—Claro, botas de vino —dijo Tazendra.
—Lo necesario para encender el fuego —dijo Khaavren.
—Soy hechicera —dijo Tazendra.
—Es verdad. ¿Vendas?

—Desde luego —dijo Tazendra.

—¿Un hornillo para cocinar?

—Yo pienso comer en los hostales junto al camino —dijo Tazendra.

—¿Y si nos hallamos entre un hostel y el siguiente?

—Pues llevaremos pan y queso.

—Muy bien —dijo Khaavren—. Entonces tampoco necesitaremos mantel ni servilletas.

—Es verdad.

—Capas engrasadas por si llueve.

—Bien pensado. ¿Qué más?

—Creo que eso es todo.

—En ese caso —dijo Aerich—, es hora de que nos vayamos a descansar un poco, pues de todas formas tendremos que despertamos cuando regrese Pel para ponerlo al tanto de lo que hemos decidido.

En ese punto, tal como hemos mencionado antes, se retiraron durante unas horas. Khaavren fue el primero en despertarse cuando Pel volvió, y se apresuró a despertar a los demás, que, a pesar de que seguían cansados, se dirigieron con presteza al vestíbulo.

—Mi querido Pel —dijo Tazendra—, ¿eres tú?

—Sí, soy yo —dijo el caballero.

—Pero —dijo Tazendra—, ¿dónde has estado para que te hiciera falta esa capa larga y el sombrero que te oculta tan eficazmente el rostro?

—¿Lo oculta, realmente? —dijo Pel en tono ligero—. Sólo lo estaba probando. Estos sombreros son ahora el último grito en ciertos barrios.

—¿A qué barrios te refieres? —insistió Tazendra.

—Oh, vaya, ciertos...

—Vamos —dijo Khaavren, rescatando al incómodo yendi—. Estamos calculando lo que necesitaremos para el viaje.

—Dinero, sobre todo —dijo Pel.

—Eso ya está arreglado.

—¡Ah! Me alegro; confieso que actualmente sufro algunas estrecheces.

—Pues bien, haremos efectivo el dinero que nos corresponde según este pagaré, y lo dividiremos de forma equitativa.

—Ah, ¿de modo que tenemos un pagaré?

—Eso creo. Del capitán.

—Perfecto.

—¿No te sorprende?

—Dijo que algo así era posible. ¿Qué más?

—Tazendra nos preparará piedras destello.

—Bien. ¿Qué más?

—Aerich pone el mapa.

—Ah. Sí, un mapa. Continúa.

—Vendas, un hacha, capas de abrigo.

—¿Y?

—Pan y queso.

—¿Hay algo más?

—No, eso es todo.

—Excelente. ¿Cuándo salimos?

—Mañana en cuanto claree.

—Pues descansaré hasta entonces. Buenas noches, amigos.

Le desearon buenas noches a Pel y, reparando en la sensatez de su idea, cada uno se retiró a su cuarto a dormir, salvo Tazendra, que se retiró a sus aposentos, es cierto, pero para preparar la última piedra destello. Hemos de decir en su favor que se pasó unas cuantas horas (seis, de hecho) dedicada a una piedra común. Primero la pulió, luego la bañó en los destilados de su pequeño alambique, empleó después un fino punzón para grabar los signos adecuados, y por fin efectuó unos pases arcanos sobre la misma al tiempo que cantaba unas palabras en la lengua serioli, de la que al menos había memorizado lo que necesitaba saber.

En resumen, pues, acabó el trabajo y por fin se metió en la cama para procurarse unas pocas horas de sueño antes de la temprana partida de la mañana siguiente.

Libro

Segundo

XVIII

En el que se muestra que algunos reflexionan en tanto que otros se hacen preguntas, aunque muchos se ocupan de ambas cosas al mismo tiempo

A la mañana siguiente, tras un apresurado desayuno, pasaron por la tesorería dragón para cobrar el pagaré entregado por el capitán G'aereth. Recibieron, tal como prometía, trescientos orbes, la mitad en imperiales de oro y el resto en plata y cobre. Lo dividieron allí mismo y se fueron a buscar caballos y un animal de carga a los establos de la Guardia, además de sillas de montar y pertrechos. Tazendra distribuyó las piedras destello, y emprendieron la marcha, avanzando por la calle en dos filas, Khaavren y Aerich a la cabeza, Pel y Tazendra detrás.

La neblina que ornaba las mañanas veraniegas de la ciudad de Dragaera aún no se había disipado cuando nuestros amigos salieron por la Puerta de las Banderas y se detuvieron para mojarse la cara en el estanque Espumoso; todos arrojaron unos peniques al agua para que les trajera suerte en el viaje. Unas gotas de lluvia los salpicaron mientras se alejaban del estanque, y Tazendra afirmó que era un buen presagio. Khaavren se sentía inclinado a estar de acuerdo, Aerich se encogió de hombros y Pel ni siquiera reparó en ello, pues estaba profundamente sumido en sus propios pensamientos.

Como no tenían prisa, prosiguieron a un paso cómodo para ellos y los caballos, de cuatro en fondo, pues la carretera era más ancha que las estrechas calles de la ciudad, de modo que podían charlar mientras viajaban, tal como se habían acostumbrado a hacer en otros parajes.

—Mi buena Tazendra —dijo Khaavren cuando ya llevaban viajando y conversando así dos o tres horas—, me parece que estás más callada de lo habitual.

—Pues sí —dijo ella.

—¿A qué se debe este silencio tan inusual? Dímelo; soy muy curioso.

—Estoy reflexionando —afirmó Tazendra.

—¡Ah! Reflexionas. Pel, Tazendra ha estado reflexionando.

—Eso es bueno —dijo Pel—. Y seguro que lo hará bien.

—No obstante —dijo Khaavren dirigiéndose de nuevo a la señor dzur—, me gustaría saber acerca de qué reflexionas.

—Verás —dijo Tazendra—. Estamos dejando atrás la ciudad.

—¡El Caballo! —dijo Khaavren—. Ya lo creo que sí.
—Me preguntaba...
—Pero acabas de decir que estabas reflexionando.
—Oh, eso hacía, te lo aseguro. Sólo que...
—¿Sí?
—Mis reflexiones se han transformado en preguntas.
—Ya —dijo Khaavren—. Las mías por lo visto han hecho lo mismo.
—Es lo que me pasa a mí también —admitió Pel.
—Yo nunca me pregunto nada —dijo Aerich.
—Pero dices que tus reflexiones han dado paso a preguntas que te haces sobre cierta cuestión —retomó la palabra Khaavren.
—Sí —dijo Tazendra—. Has acertado.
—¿Y qué te preguntas?
—Sólo que estamos dejando atrás la ciudad...
—Ya habías llegado al punto en el que solamente reflexionabas.
—Sí —dijo Tazendra con determinación—. Y comencé a preguntarme por qué lo hacíamos.
—Pero seguramente habrás oído que nuestra intención es encontrar a Kathana e' Marish'Chala.
—Pues sí, sí que lo he oído.
—¿Y entonces?
—Me pregunto por qué queremos encontrarla.
—Oh, por lo que a eso respecta...
—¿Sí?
—Bien, una de dos: para arrestarla o para salvarla de que la arresten. —Pero mi querido Khaavren, hay una gran diferencia, ¿no crees?
—¿Que si hay diferencia entre que la arresten o evitar que la arresten? ¡Barlen! ¡Ya lo creo!
—Entonces, ¿qué haremos?
—No tengo ni la más remota idea —dijo Khaavren—. Hemos llegado a la conclusión de que su arresto sería un duro golpe para Lanmarea, ¿no es así?
—Es verdad.
—De modo que, como ves, debemos arrestarla.
—Entonces...
—Ah, pero es que me han pedido que la salve, y lo ha hecho alguien que, bueno...
—Khaavren enrojeció ligeramente, pero prosiguió—: Alguien a quien creo que vale la pena escuchar.
—En ese caso, ¿qué haremos cuando la encontremos?
—¿Qué haremos? Lo mismo que has estado haciendo desde que salimos de la ciudad.
—¿Reflexionar?

—Exacto. Y si no fuera suficiente, pasaremos a hacemos preguntas.

—Preguntarse cosas —intervino Pel— no es malo, pues hace que el tiempo pase deprisa. Pero reflexionar, vaya, reflexionar es más difícil. Taro el Sabio dijo en cierta ocasión: «Un minuto dedicado a recoger trigo equivale a un día tamizando harina».

—Sí —dijo Tazendra—. Pero, ¿qué significa?

—Ah, deberías saberlo.

—Pues sí, debería.

—Te pido que reflexiones, entonces.

—Oh —dijo Aerich, en un tono peculiar.

—Discúlpame, ¿ves algo? —dijo Khaavren volviéndose hacia él.

—Sí —dijo Aerich—. En la carretera, justo frente a nosotros, hay por lo visto tres personas que no están haciéndose preguntas ni reflexionando, sino más bien esperando.

—Se diría que sí, buen Aerich. ¿Nos esperarán a nosotros?

—Es posible —dijo Aerich lacónicamente.

—En cualquier caso —dijo Khaavren—, nos observan detenidamente.

—Bueno —dijo Tazendra, tocando la empuñadura del espadón que llevaba colgado a la espalda—. Si se niegan a apartarse para dejarnos paso, me da igual que nos esperen a nosotros o a cualquier otro. Como veis, la hierba está mojada y me desagradaría que mi pobre caballo se mojara los cascos; se pondría nervioso. Por lo tanto, si no salen de la carretera, vaya, los atacaré.

—En ese caso, ¿no deberíamos detenernos y hablar primero con ellos? —dijo Pel—. Sería de buena educación.

—Yo los atacaría —dijo Tazendra, que, debemos agregar, hacía tiempo que no participaba en una pelea.

—¡Bah! —dijo Aerich—. ¿Atacarlos? ¿Sin hablar antes? —Se dirigió a los dos caballeros y a la dama que tenía frente a él—. Os deseo muy buenos días —les dijo—. Al parecer nos estáis bloqueando el paso.

—Excusadnos —dijo uno de ellos, un señor dragón bastante joven de grandes ojos, que iba vestido con volantes y encajes suficientes como para organizar un baile en la corte—. Si nos permitís primero dos palabras, nos apartaremos y os dejaremos pasar.

—Me parece razonable —dijo Aerich—. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Soy Uttrik e'Lanya, del Fuerte Norte del Pino.

—Yo me llamo Aerich.

—Por lo que veo, uno de vosotros es tiassa.

—¿Y bien?

—¿Se llama Khaavren de Rocacastillo?

—Sí, soy yo —intervino Khaavren—. Por lo visto conocéis mi nombre; confieso, sin embargo, que el vuestro no me suena.

—Imposible.

—¿Me tratáis de mentiroso, mi señor? —dijo Khaavren—. Os aseguro que jamás he oído pronunciar vuestro nombre hasta ahora.

—Podéis seguir diciéndolo, si os place.

—Más que decirlo, lo afirmo.

—No obstante, desearía intercambiar ideas con vos.

—¿Respecto a qué asunto?

—Permitidme primero que os presente a mi amigo, sir Wyth. —Y señaló a un señor dzur de anchos hombros que montaba un caballo capón moteado—. Y ella —añadió indicando a la dama que tenía al otro lado, a lomos de un corcel gris— es Cohra de Última Oportunidad, de la Casa Halcón, que está aquí como representante imperial. Vos contáis con un amigo, estimado Khaavren, y me encantará aceptar a vuestros otros amigos como testigos.

—¿De modo que deseáis batiros? —dijo Khaavren frunciendo el ceño.

—Exactamente.

—¿Por qué razón?

—¿Razón? ¡Cómo! ¿Fingís no saberlo?

—Os aseguro, mi señor, que ignoro por completo cómo puedo haberos ofendido.

—Ummm —dijo Utrik. Y dando por finalizada, al parecer, la conversación, se volvió hacia el caballero llamado Wyth, que se dirigió con una inclinación de cabeza hacia Khaavren.

—¿Este caballero lyom es amigo vuestro? —le preguntó.

—Así es —dijo Khaavren después de mirar a Aerich, que se encogió de hombros.

—Pues bien —dijo el señor dzur—, deseamos proponer una contienda. Debe tener lugar aquí y ahora, sin la presencia de un sanador y hasta la muerte de uno de los participantes.

—¡Muerte! —murmuró Khaavren—. ¡El Caballo! Por lo visto he ofendido a este dragonzuelo.

—¿Aceptas? —dijo Aerich dirigiéndose a Khaavren.

—Pues sí —dijo Khaavren.

—De acuerdo —le dijo Aerich a Wyth, que inclinó la cabeza y le dijo unas palabras a la dama.

—¿Actuaréis como testigos? —preguntó la señor halcón dirigiéndose a Tazendra y Pel.

—Lo haremos —respondieron, y al punto todos los participantes desmontaron. La señor halcón les hizo una reverencia y señaló un espacio a un lado de la carretera. Una vez ambos padrinos estuvieron de acuerdo, ella trazó un círculo con la punta de la daga, según Khaavren pudo advertir.

—Ten cuidado, Khaavren —dijo Pel—. La hierba está mojada.

—Bueno, ¿no está acaso igual de mojada para él que para mí?

—No obstante, ten cuidado.

—Seré más que cuidadoso —dijo Khaavren—. Tengo una piel excelente que

recubre todos esos órganos encantadores gracias a los cuales mi respiración fluye, mi sangre circula y mi mente piensa. En consecuencia, haré todo lo posible para que mi epidermis finalice el conflicto en las mismas condiciones que al comienzo.

—Bien dicho —dijo Pel.

—Esto es absurdo —dijo Aerich, situado al otro lado de Khaavren, mientras éste observaba—. ¿Lo conoces?

—En lo más mínimo.

—¿Y no sabes qué tiene contra ti?

—No.

—Y sin embargo preguntó por ti mencionando tu nombre.

—Pero no me reconoció. Está claro que lo han enviado a por mí.

—Bien, pero no es un asesino.

—Es evidente que no.

—Buen Khaavren —dijo Tazendra, que había estado observando al llamado Uttrik mientras éste se quitaba el jubón, desenvainaba la espada y empezaba a practicar estocadas.

—¿Sí?

—Me parece que este caballero no te dará mucho trabajo.

—¿Tú crees?

—Fíjate cómo, al practicar, sólo golpea al aire.

—Es lo habitual cuando uno se prepara para una contienda.

—Sin embargo, parece fallar cada tres golpes.

—Sí, es cierto.

—Y fíjate además qué rígida tiene la pierna de atrás y lo separadas que están las piernas cuando avanza.

—Quizá intenta despistarte —dijo Aerich.

—¡Bah! Si necesita recurrir a trucos como éstos, no tendrás muchos problemas con él.

Khaavren, por su parte, estaba de acuerdo con los defectos que Tazendra había advertido, pero también reparó en que el brazo con que el señor dragón empuñaba la espada era muy rápido y que por lo visto podía cambiar la dirección de los golpes con muy poco esfuerzo. De modo que se sintió inclinado a ser prudente, al igual que en todos los aspectos de su vida.

—Vamos, pues —dijo el señor dragón a Aerich—. ¿Estáis listos?

Aerich miró a Khaavren, que asintió.

—Estamos listos —dijo el lyom, inmutable. Escoltó a Khaavren a su extremo del círculo y lo ayudó a quitarse la capa y el cinturón. Khaavren desenvainó la espada, saludó al juez y a su oponente, y se puso en guardia.

Aún estaban bastante cerca de Dragaera, de modo que la carretera se encontraba muy transitada y por lo tanto el incidente había reunido a una considerable muchedumbre que se puso a hacer apuestas sobre el posible resultado. Pero tan

pronto los dos aceros se tocaron las apuestas cesaron, al igual que los murmullos de la multitud: el tipo de conversación característico de las carreras de caballos, las peleas de norskas y los duelos.

El tiassa, que aún se resentía del golpe en la cabeza recibido la noche anterior, inició el encuentro con la cautela que lo caracterizaba, intentando determinar con qué tipo de hombre se enfrentaba. En este caso, los fallos advertidos por Tazendra parecían ser ciertos, pero el señor dragón, en realidad, se movía con mucha rapidez y, por añadidura, tenía brazos fuertes y una espada más pesada, lo que obligó a Khaavren a esforzarse más de lo que deseaba para parar los numerosos y feroces ataques que Utrik le dirigía a la cabeza y al tronco. De modo que mantuvo una postura defensiva y se protegió cuidadosamente, empleando el «sistema de protección agresiva de nueve puntos», producto de la escuela barroca de esgrima, mediante el cual la cabeza y el torso resultaban prácticamente invulnerables sin dejar al mismo tiempo de asediar al otro, forzándolo a responder a un complejo patrón de nueve fintas y ataques secuenciales, patrón que Khaavren planeaba romper en cuanto lo hubiera establecido.

Mientras tanto, tal como era su costumbre, también estudiaba la expresión de su rival. Vio entonces a un caballero con un conjunto armonioso de rasgos, exceptuando los ojos, que eran demasiado grandes. Tenía las cejas bien separadas sobre el puente de la nariz, señal segura de una mente disciplinada; los pliegues de la frente estaban bien marcados, lo que indicaba una personalidad contemplativa; y además, Khaavren detectó que en sus ojos las fuerzas gemelas de la cólera y la frustración rivalizaban por el control de su ánimo. Cólera contra él, dedujo Khaavren, a causa de la ofensa, real o imaginaria, que había desencadenado la contienda, y frustración por su incapacidad para vencer la furiosa defensa que le oponía el tiassa.

Al cabo de poco Khaavren juzgó que Utrik ya estaba bien enredado en el complejo patrón, y entonces lo abandonó bruscamente. En ese momento el señor dragón estaba atacando el flanco izquierdo de Khaavren, que su último quite había dejado desprotegido. Sin embargo, Khaavren se giró ligeramente hacia la derecha, y con el mismo movimiento golpeó con la parte plana de la hoja el brazo con que Utrik empuñaba la espada, sintiendo cómo su propia arma vibraba ante el contacto. Khaavren retomó la postura defensiva a tiempo para parar un ataque de la daga de su oponente, pero dicho ataque no llegaría, pues Utrik gruñó y retrocedió, al tiempo que la espada se le caía de la mano aturdida.

Entonces Khaavren avanzó un paso, desvió la daga que el señor dragón levantaba a modo de débil defensa y puso la punta de la espada contra la garganta de Utrik.

—Bien, mi señor —dijo, hablando en tono uniforme para demostrar que la contienda no lo había agotado—. Ahora, si tuvierais la amabilidad de decirme por qué me habéis atacado, vaya, quizá os perdonaría la vida.

—¡Qué vergüenza! —dijo Utrik—. ¿Os empeñáis en aparentar ignorancia?

—Os aseguro, mi señor, que estoy completamente perplejo.

—Entonces, ¿mi nombre no significa nada para vos?

—¿Os sorprende?

—Bastante.

—Caramba.

—Sin embargo, si os dijera que soy el hijo mayor del fallecido señor de Campopimientos, ¿qué responderíais?

—Ah —dijo Khaavren—. Eso ya es otra cosa.

—Entonces, ¿me conocéis?

—Digamos que he oído hablar de vuestro padre y estoy al corriente de su infortunada muerte.

—Bueno, ¿y no explica eso mi enemistad hacia vos?

—En lo más mínimo.

—¿Qué? ¿Seguís afirmando no tener noción de la causa de mi odio hacia vos?

—Ninguna en absoluto, mi señor.

—Mi señor, estoy atónito.

—Vaya.

—Si queréis, os lo diré.

—¡Fragmentos! Creo que es lo que os estoy pidiendo desde hace una hora.

—Bien, puede explicarse en dos palabras.

—Os escucho.

—Pero primero, por favor, quitadme la punta de la espada de la garganta, pues entorpece mi elocución. Soy plenamente consciente de que me habéis derrotado y que ahora mi vida os pertenece; os aseguro que si después de haber respondido a vuestra pregunta seguís queriendo matarme, bien, no me resistiré.

—Antes de concluir la contienda vamos a tener una charla —advirtió Khaavren a sus amigos mientras bajaba la espada—. Así que tened paciencia, pues creo que valdrá la pena.

Sus amigos hicieron un gesto de asentimiento, mientras la multitud, que esperaba impaciente la conclusión del duelo, murmuraba descontenta.

—Vamos, hablad —añadió Khaavren, volviéndose hacia Utrik—; admito que habéis despertado mi curiosidad. Espero sinceramente que lo que me digáis me haga reflexionar, o que quizá incluso haga que me pregunte algunas cosas.

—Oh, por lo que a eso respecta, es bastante probable.

—Comenzad, pues.

—Bien, mi argumento es el siguiente: la baronesa de Kaluma, es decir, Kathana e'Marish'Chala, asesinó a mi padre.

—De eso estoy al corriente.

—¿Estáis al corriente?

—Sí, en efecto.

—¿Y aun así no sabéis a qué se debe esta disputa?

—Mi señor, os lo he repetido veinte veces.

—Y yo afirmo que es imposible.

—Mi señor, no sé cuál es la costumbre en la Casa Dragón, pero entre los tiassa, vaya, consideramos que cuando se está a merced de alguien no es el momento de llamarle mentiroso.

—Excusadme, buen Khaavren. Tenéis razón. Os presento mis más profundas disculpas.

—Aun así, advertiréis que todavía no habéis respondido a mi pregunta. —Bien, pues os responderé. Si la baronesa Kaluma asesinó a mi padre, y vos deseáis salvarla...

—Un momento.

—¿Eh?

—Creo que habéis pronunciado las palabras «deseáis salvarla».

—¿Y qué, si lo hice?

—¿Por qué pensáis que queremos salvarla?

—Bueno, ¿no es así?

—Oh, por lo que se refiere a eso, ni yo lo sé.

—¿Cómo que no lo sabéis?

—Mi señor, no sois vos quien hace las preguntas; ¿de acuerdo?

—Sí.

—Entonces decidme por qué pensáis que intento socorrer a la baronesa Kaluma.

—Por una razón muy sencilla.

—¿Y cuál es?

—Me lo han dicho.

—¿Os lo han dicho?

—Exactamente.

—¿Qué os han dicho?

—Que hoy o mañana pasaría un caballero llamado Khaavren, de la Casa Tiassa, con el uniforme del batallón de la Bota Roja, y que este caballero trataba de ayudar a mi enemiga a escapar de la justicia.

—Bien, vuestra información, aunque errónea, no por ello es menos completa.

—Gracias, mi señor.

—Pero ¿quién os lo dijo?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabéis?

—Os lo aseguro, jamás había visto antes al caballero.

—Entonces, ¿qué explicación os dio?

—Bueno, no fue necesaria ninguna explicación.

—Entonces, un desconocido se os acercó y dijo: «Aunque no voy a identificarme, tal persona estará en este lugar a tal hora y hará tales cosas». Mi señor, no es posible.

—Pues bien, no sucedió así.

—En ese caso, si fuerais tan amable de decirme cómo sucedió me sentiría muy complacido.

—Bien, lo haré.

—Os aseguro que si lo hacéis me consideraré en deuda con vos.

—Veréis: estaba tomando un refrigerio en una posada fuera de la ciudad, en el distrito de Agua Larga.

—¿En qué posada?

—Tenía un cartel con un pequeño capón escarlata.

—Muy bien.

—Y un caballero se sentó a mi lado.

—¿De qué Casa era el caballero?

—Os garantizo que no tengo ni idea.

—Bien —dijo Khaavren, recordando las observaciones de Aerich relativas a los jheregs y los yendis—. ¿Qué pasó? Decíais que se sentó a vuestro lado.

—Sí, y nos pusimos a charlar.

—¿De qué tema?

—Sobre la muerte de mi padre. Como comprenderéis, estaba de luto, y en consecuencia no había tocado el alcohol hasta aquel mismo día.

—Claro.

—Así que la cuestión estaba fresca en mi memoria, y me pusieron el vino bien delante.

—Comprendo.

—Ahora bien, el caballero...

—Cuya Casa ignoráis.

—Sí. Había oído hablar de la muerte de mi padre y me expresó sus condolencias, lo cual me pareció bien.

—Se diría que sí. ¿Y entonces?

—Pues entonces me contó que se estaba llevando a cabo un intento de ayudar a Kaluma a escapar de las autoridades, en las que yo había depositado mi confianza.

—Sí. ¿Y?

—Le exigí más detalles y finalmente cedió.

—¿Decís que cedió?

—Exacto.

—¿Y os dio mi nombre?

—Vuestro nombre, buen Khaavren, vuestra descripción y vuestra misión.

—Sin embargo, estaba mal informado.

—Eso decís.

—Pero bueno, con vuestra vida en mis manos, ¿por qué habría de ocultaros mis intenciones?

—Es verdad.

En ese momento a Khaavren lo asaltó uno de esos súbitos pensamientos a los que un tiassa, en una u otra medida, está sujeto; una de esas ráfagas de inspiración que llevan a algunos al desastre y a otros al éxito.

- Bien, os dispensaré de las condiciones de este duelo, y, más aún, os invito a que nos acompañéis —dijo, en consecuencia, haciendo honor a sus orígenes.
- ¿Acompañaros? Pero, ¿adonde vais?
- ¡El Caballo! ¡Vamos a buscar a Kathana e' Marish'Chala!
- Pero dijisteis...
- Yo no he dicho que fuéramos a ayudarla.
- ¿De modo que vais a arrestarla?
- Oh, tampoco digo eso.
- Pero entonces, cuando la encontréis, ¿qué haréis?
- ¡Los Dioses! Cuando la encontremos, pues bien, reflexionaremos.

XIX

En el que Uttrik supera satisfactoriamente una entrevista y, en el curso de una comida, ayuda a Taxendra a obtener un lacayo

La conversación acabó ahí, y Khaavren indicó al juez que el asunto había concluido. Khaavren se dirigió con Uttrik adonde lo esperaban sus amigos.

—El caballero viajará con nosotros —explicó.

Aerich se encogió de hombros y Pel arqueó las cejas.

—¡Cómo! ¿Este caballero? —dijo sin embargo Tazendra.

—El mismo.

—¿Viajará con nosotros?

—Sí, lo has adivinado.

—¿El que, no hace ni un minuto, intentaba matarte?

—Matarme o herirme, sí.

—Por favor, dime por qué, buen Khaavren.

—¿Por qué, mi querida Tazendra? Porque lo quiero así. ¿Acaso te opones?

—Bueno, no. Pero...

—Entonces detente antes de que tus labios pronuncien alguna palabra que ya haya oído demasiado.

—Muy bien, que así sea —dijo Tazendra encogiéndose de hombros a su vez.

Uttrik les hizo a todos una reverencia y se fue a hablar con Wyth.

—¿De qué crees que están hablando? —dijo Pel.

—Bueno, son amigos y se están despidiendo. Sin duda ése es el tema de la conversación. O quizá estén comentando asuntos que tienen que atender en ausencia de Uttrik.

—O bien preparan algo cuya naturaleza no tienen la intención de revelarnos —dijo Pel.

—Es posible.

—¿Y si fuera así?

—Debemos estar en guardia.

—De acuerdo.

Una vez Uttrik se despidió de Wyth y pagó al juez, montaron en sus caballos y continuaron por la carretera.

—Me parece que Khaavren debe de estar hambriento —comentó Tazendra al

mundo en general o, mejor dicho, a quien quisiera escucharla, cuando no había transcurrido, de hecho, más de una hora.

—Explícame por qué lo crees —dijo Khaavren—, pues estoy impaciente por saberlo.

—Vaya, porque te has batido en duelo.

—¿Y qué?

—No he hecho otra cosa más que mirar cómo luchabas, y aun así me ha entrado hambre suficiente como para devorar todas esas salchichas que veo colgando de la ventana de la posada que tenemos ante nosotros. De modo que tú, que no has estado tan sólo mirando sino que además te has batido en duelo, debes de estar incluso más hambriento que yo.

—Si tuviera que revelar mis verdaderos pensamientos —dijo Khaavren—, vaya, admitiría que el hambre no está lejos de ellos en este momento.

—La comida —dijo Pel en tono reflexivo— no me impedirá disfrutar de la tarde.

Aerich se encogió de hombros indicando que él también disfrutaría comiendo. Utrik se limitó a asentir con un gesto. Y, dicho y hecho, entraron en la hostería, cuyo cartel incluía un retrato de Beed'n, el caballero juglar de comienzos del Ciclo Decimosexto, fácilmente reconocible gracias a las plumas de pavo real que pendían de su gorro.

Es la segunda vez desde que comenzamos nuestra narración que entramos en esta peculiar institución, la posada rural, y como la primera vez estábamos demasiado ocupados para describirla, y, además, como nos encontraremos en lugares de este tipo más de una vez en el curso de nuestros viajes, nos permitiremos ahora decir dos palabras sobre ella.

Si, tal como una vez observó el trigésimo tercer marqués de Goi, siempre hay una rebelión en marcha en algún lugar del Imperio, entonces siempre habrá hostales que servirán de nido de sedición. Si, como dijo K'verra e'Tenith, siempre hay más bandidos que fuerzas para combatirlos, entonces siempre habrá posadas donde puedan descansar entre robo y robo. Si, como dijo Zerika II, siempre habrá procuradores, chatarreros, abogados y buhoneros viajando por los caminos para recoger todo lo que se les escapó a rebeldes y bandidos, entonces siempre habrá posadas que les proporcionen abrigo y descanso antes de reanudar sus negocios.

En esta época feliz en la que vivimos, en la que podemos recordar con desdén las rebeliones, buscar en vano a los salteadores de caminos merced a los cuales viajar desarmado resultaba poco práctico, y suponer que los oficios de procurador, chatarrero, abogado y buhonero son honrados, el carácter de la posada ha cambiado notablemente, y nos vemos forzados a admitir que no siempre para mejor. En aquellos días, tal como ponen de manifiesto todas las crónicas, siempre se barría la suciedad de los suelos; las mesas se lustraban mañana y tarde hasta que casi relucían; los vasos de vino y cerveza estaban fríos y rebosantes; los platos de comida, calientes y repletos, ofreciendo, además, los productos típicos de la región; y el posadero, que

nunca sabía si se hallaba ante un rebelde, un salteador de caminos, un chatarrero o alguien cuyo deber era enredar a los otros, se esmeraba en ser cortés con todos y parcial con ninguno; suponiendo, claro está, que el posadero fuera de buena cuna.

En aquel entonces las instalaciones también eran más modestas; por lo general se limitaban a una gran sala común, una o más salas privadas al fondo y algunos cuartos de alquiler en el piso superior (era rara la posada que presumía de más de dos pisos). Los bancos, mesas y sillas siempre eran sencillos, pero hechos para durar mil años; en esas baladas que oímos tan a menudo, que hablan de riñas en las que los rufianes rompen los muebles que se arrojan unos a otros, podemos estar seguros de que, en realidad, un golpe con una simple banqueta de chimenea le habría quebrado el cráneo al desafortunado que recibiera la descarga sin que apareciera ni una grieta en el instrumento de aporreo.

A un sitio así llegaron, pues, nuestros amigos. Entraron los caballos a las caballerizas y ellos mismos a la hostería, donde, en una sala vacía a no ser por un par de mercaderes, se sentaron en un banco cerca de una ventana que daba al frente para estar lo más lejos posible del fuego donde se cocinaba. Debemos señalar que, dado que el clima todavía era cálido, dicho fuego no tenía otro propósito que el de estar al servicio de varias aves ensartadas, dos gruesas tiras de costillas de kethna y una pata de cordero, por obra de las cuales las llamas danzaban al ritmo de la grasa que iba goteando.

Una vez los compañeros se hubieron acomodado, pidieron primero el cordero, pero como les hicieron saber que aún faltaban dos horas para que estuviera listo, se dedicaron alegremente a dos de los capones que, acompañados de pan caliente de semillas de amapola, fruta ácida, varias salchichas de kethna y una garrafa del dulce vino tinto de la zona, constituyeron una comida satisfactoria.

Al principio la conversación fue muy formal; la compañía de Uttrik había transformado la jovial alianza en incómoda asociación.

—¿Así que sois de Campopimientos, buen Uttrik? —dijo por fin Khaavren cuando ya acababan de comer, es decir, cuando habían alcanzado ese punto de la comida en que es necesario hablar con el objeto de saciar el hambre del espíritu al igual que los capones sacian el hambre del estómago.

—Pues sí.

—¿Y habéis vivido allí toda la vida?

—Oh, no, en absoluto. He pasado gran parte de mi vida en la ciudad de Dragaera, donde he estado adiestrándome para la carrera de las armas.

—Pero, ¿habéis participado ya en algún enfrentamiento?

—Sólo dos veces, sir Khaavren.

—Habladnos, entonces, de esas dos ocasiones.

—Es muy sencillo —dijo—. Ambas ocurrieron en el sudoeste, poco después de la muerte de mi padre, de modo que no tuve más remedio que interrumpir mi período de luto.

—Es comprensible —dijo Tazendra—. Pero habladnos de esas batallas.

—Bien, para ser preciso...

—La precisión siempre es buena —intervino Khaavren.

—Tuvieron lugar en el ducado del Pozo de Fauton.

—Ah —dijo Tazendra—. Entonces, ¿habéis servido a la órdenes del duque de Robles Gemelos, verdad?

—He tenido ese honor.

—¿Contra Kliburr y el Levantamiento de la Casa del Carruaje?

—Así es como se lo ha llamado.

—Robles Gemelos es un general muy capaz, según dicen.

—Vaya, soy testigo de ello. Mi primera batalla fue una escaramuza; nos ordenaron atacar una pequeña unidad de caballería para que aprendieran a respetar las líneas de aprovisionamiento que nos conectaban con Lynch.

—Caramba —dijo Tazendra, que estaba empezando a interesarse—. ¿Y aprendieron?

—Casi. Bajaban de las colinas para tendernos una emboscada cuando...

—¿Cuántos? —dijo Tazendra.

—¿Cuántos eran? Sólo treinta o cuarenta.

—¿Y vosotros?

—Treinta y cuatro más nuestra oficial, lady Duraal.

—¿Y entonces?

—Entonces salimos de un bosquecillo de olmos de esos que abundan en la zona y los atacamos por un flanco. Matamos a cinco, capturamos al doble y espantamos al resto.

—¿Y les disteis caza?

—No estábamos autorizados a hacerlo.

—¿Y vuestras bajas?

—Tuvimos la fortuna de no tener ninguna.

—Bueno —dijo Tazendra con un gesto de asentimiento—, no estuvo mal. ¿Y vos?

—Oh, me enfrenté a uno de ellos. Por suerte no tenía la habilidad de sir Khaavren. Y además, sé combatir bastante bien a caballo. Tuve el honor de enfrentar mi espada contra la lanza de mi adversario y le asesté un buen tajo en el brazo y otro en la pierna, lo que le persuadió a abandonar la liza y emprender la retirada.

—Buen trabajo, creo —dijo Khaavren.

Uttrik inclinó la cabeza.

—Pero me parece que habéis mencionado dos batallas, ¿no es cierto? —dijo Tazendra.

—La segunda fue la batalla del Pozo de Fauton propiamente dicha.

—Ah —dijo la señor dzur—. A mi primo Tynn lo hirieron allí. Aunque no antes de que diera buena cuenta de diez o doce adversarios —añadió.

—Fue bastante animada. Ellos cargaron en primer lugar y abatieron a nuestra

oficial, Duraal. Es decir, mataron su caballo y a ella la alancearon cuando intentaba levantarse.

—¿La mataron?

—Resultó herida de muerte. Falleció antes de que la batalla concluyera, pero no antes de establecer nuestra línea de ataque y reorganizar nuestras fuerzas en previsión de la carga del general. Incluso, herida como estaba, condujo nuestras tropas a la batalla montada en el caballo de un espadachín enemigo a quien había derribado.

—Oh, bien hecho.

—Eso fue lo que pensé.

—¿Y vos? —preguntó Khaavren—, ¿cuál fue vuestro papel?

—Yo tuve mi parte, os lo aseguro. El general ordenó a nuestro batallón que obligara al enemigo a retirarse a la colina, donde sus lanceros estaban estacionados; entonces tuve el honor de derribar a tres adversarios, uno con una piedra destello y dos con la espada.

—Vaya, no está mal —dijo Tazendra.

—Bueno, la batalla fue bastante encarnizada, pero luchábamos contra mercenarios, lo cual era una ventaja.

—Es verdad —intervino Aerich—. Ellos luchaban por una paga, pero vosotros lo hacíais por el Imperio.

—Exactamente —dijo Uttrik—. Y por el honor de nuestro general, del que todos nos enorgullecemos. Un caballero siempre combate mejor cuando lo hace por una causa, pues así no temerá lo que pueda encontrarse cuando pase por las cataratas de la Puerta de la Muerte.

—Es muy sensato lo que decís —comentó Aerich—. Creo que este caballero acabará gustándome —añadió en un murmullo.

—Estoy de acuerdo contigo, amigo mío —dijo en voz baja Pel, que lo había oído. Esbozó esa peculiar sonrisa a medias que formaba parte de su naturaleza—. Pero prefiero no fiarme.

Aerich se encogió de hombros una vez más, y precisamente mientras lo hacía se oyó un grito cerca de la puerta, seguido del sonido peculiar de una gran hoja de grueso papel engrasado que se rompe en dos. Khaavren y Tazendra se pusieron de pie al instante, mirando en dirección al ruido; Uttrik, que ya estaba situado de cara hacia allí, se limitó a empujar la silla hacia atrás y desvió la mano hacia la empuñadura de la espada; Aerich y Pel se contentaron con alzar la vista.

La fuente del grito y la causa del sonido enseguida se hicieron patentes en la forma de un hombrecito con los colores de la Casa Teckla que, contrariamente a la costumbre imperante en todos los tiempos y todas las posadas, había sido arrojado por la ventana adentro del local, donde yacía de espaldas esforzándose por levantarse a pesar de que cierta confusión, debida sin duda a los efectos de los medios por los que había llegado, parecía haberle afectado el cerebro.

De inmediato lo siguieron varios hombres de aspecto fornido, Khaavren contó

once, cuya Casa no era posible discernir, a no ser esa «Casa» mal definida que integra a aquellos que no han nacido ni para servir ni para ser servidos, ni para fabricar ni para comerciar: dicho de otra manera, la chusma habitual de los caminos. Es cierto que en uno de ellos se podía distinguir el semblante pulcro y pálido de los oreas, pero no llevaba ninguna insignia y no podía, por lo tanto, reclamar el título de caballero.

Así pues, los rufianes entraron a la casa por la puerta y enseguida encontraron al teckla que había llegado volando por la ventana, presumiblemente con su ayuda. Lo levantaron y dos de ellos lo sujetaron mientras un tercero, esgrimiendo un palo de buen peso, se disponía a depositarlo sobre el infortunado. Khaavren, al advertirlo, frunció el ceño; Aerich se encogió de hombros como si no fuera asunto de su incumbencia, dado que ninguno de ellos era un caballero; Pel se reclinó en su silla con una mirada de perezosa curiosidad; pero Tazendra, que ya se había levantado, se aclaró significativamente la garganta, en tanto Uttrik se situaba junto a ella.

Aunque el sonido de una señor dzur aclarándose la garganta podría haber resultado amenazante, en ese caso erró su objetivo, pues los sonidos del forcejeo requerido para mantener levantado al teckla superaban, en efecto, cualquier ruido más suave que el de las voces. Al notarlo Tazendra tomó las medidas necesarias, es decir, habló.

—Excusadme, amigos.

—¿Sí? —dijo uno de los rufianes, de hecho el que parecía orea, concediéndole una mirada.

—No sé si interrumpir vuestra actividad, pero tengo ciertas preguntas que haceros. En particular, deseo saber qué os ha hecho el teckla para que lo tratéis de esta manera.

—No es de la incumbencia de vuestra señoría —dijo el orea, en un tono que podría considerarse educado sólo si se empleara la mayor libertad posible en el uso del término.

—Con vuestro perdón, la pregunta que he tenido el honor de haceros sí que me concierne.

—Y os repito, vuestra señoría, que no os concierne. Es asunto nuestro, creo, y, gracias al Orbe, la ley no exige que unos caballeros como nosotros tengamos que responder a las preguntas del primero que pase.

—Permitidme que os diga que sois unos groseros —comentó Tazendra—. Y además, poco observadores, pues de lo contrario habríais reparado en las capas doradas que llevamos, señal de que somos miembros de la Guardia de Su Majestad Imperial. Y ahora, ¿qué motivo os ha dado este hombre para recibir semejante tratamiento? Os ruego observéis que es la segunda vez que lo pregunto; no lo haré una tercera.

—Qué suerte —dijo el orea, e hizo una señal a su amigo para que comenzara la paliza. Sin embargo, el golpe no llegó a aterrizar pues antes de que el garrote cayera se produjo un destello que, incluso en la bien iluminada sala, hizo que todos

parpadearan; el destello, por añadidura, llegó acompañado de un sonido seco, no muy distinto del que hacen dos maderas al golpearse, seguido de un olor agridulce que llenó la habitación y, al mismo tiempo, un alarido cuando el hombre que sujetaba el palo bajó la vista hacia la quemadura negra que tenía en el centro del pecho y cayó al suelo como una pila de ropa sucia.

—Oh —exclamó el orea—. Conque ésas tenemos, ¿no? Bien, estamos dispuestos a responder, entrometida. ¡Al ataque! —Y sacaron los cuchillos, salvo el cabecilla, que con un sable cargó contra Tazendra.

—¿Qué significa esto, señor mío? —dijo ella tan fría como Aerich—. ¿Creéis que tengo sólo una carga en la piedra? Permitidme que os corrija. —Y disparó la segunda en la cara del orea, que quedó tendido allí mismo, muerto.

Tazendra permaneció con la espada en alto (la piedra la tenía en la mano izquierda), lista para defender su posición como lord Golgoril en el cruce de la Roca de Ben. Y, de hecho, el villano que encabezaba el grupo tras la caída del cabecilla también recibió algo, pues aunque ella blandía el espadón sólo con una mano, él no tenía más que un puñal para desviarlo, lo que tuvo como resultado que tanto la espada de Tazendra como su daga se le hundieran profundamente en el hombro y quedara gimiendo de rodillas.

No obstante, las cosas habrían ido mal para Tazendra si no fuera porque Uttrik, que también se sentía ofendido por la injusticia del ataque, había extraído mientras tanto su arma y se había enfrentado al primer atacante con una buena estocada que le atravesó el cuerpo y lo dejó tirado en el suelo. En el ínterin, el teckla, a quien sus captosres habían soltado al recibir la orden de ataque, en lugar de salir corriendo hacia la puerta, había cogido una banqueta como las que utilizan los limpiabotas de los caballeros, y procedió, sujetándola por dos de las tres patas, a aporrear con ella las cabezas cercanas, cosa que llevó a cabo con gran estilo.

—Un golpe excelente, mi buen Uttrik —dijo Tazendra.

—Vaya, también los tuyos, mi querida Tazendra; permíteme que te diga que eres una hechicera fantástica.

—Bah, no fue nada. Pero vigila tu izquierda, allí... ¡Eso es!

Ahora bien, mientras todo eso ocurría, Pel susurraba algo al oído de Aerich y Khaavren.

—Amigos —les decía—, esto huele mal, y que me aspen si estos tipos elegantes no han venido a provocamos.

—Bien —dijo Aerich—. Puede que tengas razón. ¡Pero, Sangre de los Dioses, lo han logrado! —A esto, los tres amigos se pusieron de pie, cada uno con su piedra destello bien a la vista—. Vamos, creo que podremos con todos ellos a la vez, ¿no os parece? —exclamó Aerich—. Atención, caballeros. ¿Listos?

Eso fue demasiado para los agresores restantes, que a la sazón habían quedado reducidos a seis, por lo que de inmediato dieron media vuelta y huyeron del local; el último en salir recibió del teckla un buen golpe en la cabeza como recompensa por su

tardanza. Los que quedaron en lo que había sido el campo, o mejor dicho, el suelo de batalla, miraron a su alrededor mientras guardaban las armas, consistentes en tres piedras destello, dos espadas y una banqueta, que fue debidamente colocada junto al fuego. Aerich y Pel fueron los primeros en sentarse, mientras Tazendra y Utrik se abrazaban, felicitándose por la victoria.

—Tal vez deberíamos preguntar a los supervivientes, si es que queda alguno vivo, quién los envió a por nosotros —dijo Pel.

—¿Sigues pensando —dijo Aerich— que la emboscada era para nosotros?

—¿Y tú no?

—Es posible —admitió Aerich.

—Bien —dijo Khaavren—, puede que sepamos algo si interrogamos a ese teckla que esgrime tan bien el taburete.

—Bien pensado —dijo Aerich—. ¿Lo interrogarás tú, mientras yo...?

—¿Sí? ¿Mientras tú...?

—¡Sangre! Mientras pido otra botella de este excelente vino de Gegaare.

—De acuerdo —dijo Khaavren—. Tú, amigo, ven y dime cómo te llamas.

El teckla a quien Khaavren se dirigía era inusualmente enjuto para ser teckla; por lo demás, era de mediana edad, rostro redondeado, ojos pequeños y un labio inferior protuberante. Los dedos eran cortos y romos, y revelaban su Casa aun sin tener en cuenta el pelo castaño claro y el modo patizambo de andar.

—Mi señor —dijo—, con mucho gusto os diré mi nombre, que es Mica, y, además, os daré las gracias, pues sin duda me habéis salvado la vida.

—Bien —dijo Khaavren—, pero ¿qué pretendían esos rufianes?

—Confieso que eso no lo sé.

—¡Cómo! —dijo Khaavren—. ¿Afirmas no tener noción de por qué te atacaron?

—Ninguna en absoluto, mi señor.

—Pero bueno, es imposible.

—En absoluto —dijo Pel.

—Quizá —dijo Khaavren, que seguía sin convencerse—. Pero dinos cómo sucedió.

—Bien, mi señor, vengo a este sitio tres veces por semana, y me dan de comer a cambio de algún trabajo que el amo Cleff me encarga. Creo que debo mencionar que el amo Cleff es el posadero.

—¿Es así como os ganáis la vida?

—Así es, mi señor.

—¿Y qué coméis los otros dos días?

—Mi señor, hago lo que hizo Kieron el Conquistador sobre los acantilados de Adrilankha.

—¿Es decir?

—Espero al día siguiente.

—Decididamente, Mica, eres un tipo inteligente y no te falta coraje, a juzgar por

cómo trataste a tus agresores. Pero prosigue con tu historia; he de decir que me interesa.

—Pues bien —dijo Mica con una reverencia—, hoy es el día en que me toca trabajar, y venía pensando en eso cuando vi a esos desagradables individuos que vos, con tanta eficacia, habéis ahuyentado.

—¿Qué estaban haciendo?

—Mi señor, estaban agrupados fuera de la posada, hablando en voz baja.

—¿Y entonces?

—Al acercarme, uno de ellos me señaló con el dedo y los demás se volvieron a observarme, haciendo gestos de asentimiento. Aunque no conocía sus intenciones, algo hizo que fuera precavido, pues di un rodeo para alejarme de ellos. Comprenderéis, mi señor, que al no ser yo un caballero, puedo evitar el peligro sin por ello deshonrarme.

—Sí, claro. Continúa.

—Bien, se me aproximaron en masa, mis señores, y me cerraron el paso. Uno de ellos dijo:

»—Queremos saber con qué intención vienes a la taberna, así que dínoslo.

»—Mi señor, con la intención de entrar y trabajar aquí a cambio de una comida —le respondí.

»—¿Qué? —gritó el hombre—. ¿Quieres entrar aquí?

»—Si no os molesta —dije yo—. Si preferís que no lo haga, me quedaré sin hacerlo.

»—Oh, no —dijeron—, nos alegramos de que quieras entrar. Incluso te ayudaremos a hacerlo proporcionándote los medios.

»Y sin otras palabras, mis señores —añadió Mica—, me cogieron y me arrojaron por la ventana, con los resultados que ya conocéis.

—Pues bien —dijo Pel—, ¿os cabe duda de que tengo razón? Nos han tendido una trampa, y la hemos evitado sólo gracias a que nuestra amiga la señor dzur sabe usar las piedras destello, a que tenemos con nosotros a un señor dragón que odia la injusticia y a que este teckla sabe cómo devolver un golpe.

—Ya no tengo ninguna duda acerca de lo que dices —intervino Aerich—. Pero ¿quién es el que está tan desesperado por detenemos?

—Bueno, quienquiera que fuera el que intentó convencer a Uttrik de que matara a Khaavren.

—¿Y quién es?

—La misma persona que advirtió a Khaavren que no interviniera.

—¿Y de quién se trata?

—No tengo ni idea.

—Qué pena —murmuró Aerich.

—Pero por lo visto nos hemos salvado —añadió Tazendra.

—Y hemos de agradecértelo a ti —dijo Khaavren.

—Yo soy el primero en daros las gracias, mi señora —le dijo Mica a Tazendra—. Y si os puedo ser útil, no tenéis más que pedirlo; a partir de ahora, daría mi vida por vos.

Tazendra se lo agradeció con una reverencia, al tiempo que le asaltaba una idea.

—Pero, ¿no has dicho que sólo comes tres veces por semana? —dijo.

—Sí, mi señora, pero eso significa dos veces más por semana de lo que comía antes de encontrar este trabajo.

—¿Y no te gustaría un trabajo mejor, uno que te permitiera comer, no ya tres veces por semana, sino cuatro veces al día?

La boca de Mica pareció hacerse agua ante la idea, y, a juzgar por cómo se le iluminaron los ojos, no podía poner ninguna objeción a un plan con semejante objetivo.

—Mi señora —dijo haciéndole una reverencia a la señor dzur—, eso superaría mis mejores deseos. No tenéis más que decirme lo que debo hacer.

—Bueno, en primer lugar debes viajar conmigo.

—¿Viajar con una dama como vos? Oh, eso sería maravilloso.

—Bien.

—¿Y qué más?

—Además tendrás que llevar mi librea.

—¡Ah, ir vestido con las armas de un señor dzur! Tanta felicidad me supera. Pero ¿qué más?

—Bien, deberás encargarte de mi caballo.

—Me encantan los caballos, y llevo cuidándolos toda la vida. ¿Qué más?

—Debes aprender a limpiar, bruñir y afilar mis armas.

—Afilo los cuchillos del amo Cleff, y también limpio y lustro la plata que guarda por si un príncipe honrara su casa y que no ha utilizado en doscientos años, pero que, no obstante, ha de ser bruñida cada semana por si acaso su fortuna cambiara.

—Debes ayudarme a vestirme.

—Mi abuela materna vivía con nosotros cuando yo no era más que un niño, y tenía las cervicales tan mal que no podía vestirse sola, de modo que la ayudé cada día durante trescientos años. ¿Qué más?

—Has de traer vino y comida para mí y mis amigos cuando te lo pidamos, en el bien entendido de que todas las sobras de la comida y los posos del vino serán para ti.

—Es justamente lo que he venido haciendo para el amo Cleff durante el último año, y es un patrón bastante riguroso. ¿Qué más?

—Eso es todo.

—Bien, no os ocultaré que este puesto me hará todo lo feliz que se puede desear.

—Pues entonces, mi querido Mica, es tuyo.

—Pero, un momento —dijo Pel frunciendo el ceño—; seguramente sabrás que ya no se estila tener lacayos.

—¡Sangre! —dijo Tazendra—. Es verdad. No lo había pensado.

Mica tembló como si todas sus esperanzas futuras se derrumbaran. Uttrik sintió una gran compasión por él; a fin de cuentas, el dragón acababa de salvarle la vida, pero no se le ocurría qué podía hacer, salvo inclinarse y susurrar al oído de Khaavren:

—Hemos de hacer algo.

—¿De verdad? —dijo Khaavren—. ¿Por qué?

—¿No te conmueve hasta las lágrimas la expresión de su cara?

—Bueno, pero, ¿qué podemos hacer?

—¡El Caballo! Eres tiassa; piensa en algo.

Khaavren tenía la respuesta. Estaba a punto de decirle: «Eres dragón; mata a alguien», cuando esa idea lo llevó a otra, que lo llevó a otra más, y acabó dirigiéndose a Tazendra.

—Mi querida amiga, escúchame.

—¿Sí?

—Supon que, al querer entrar en este bonito hostel, nos encontráramos con que un caballero te impide la entrada. ¿Qué harías?

—¿Qué haría? Vaya, cogería la espada y le separaría la cabeza del tronco.

—Bien. En ese caso, imagina que, mientras estás en el jardín haciendo tus ejercicios matinales, alguien te dijera: «Vuestras actividades me ofenden; insisto en que dejéis de hacerlas». ¿Qué harías?

—Oh, entonces, bien, entonces, si no llevara encima la espada, cogería una piedra destello y vería de qué tamaño sería el agujero que podría hacerle con ella en el cuerpo.

—Bien. Pero ahora supongamos que cierto día estás cenando, sola, en el hostel Las Armas de Granbosque, y que un individuo insiste en que él tiene más derecho que tú a la mesa con vistas al río en la que estás sentada.

—Pues creo que le ofrecería unas vistas del río mejores de las que él esperaba, enviándolo directamente al agua. Pero, buen Khaavren, ¿a qué vienen todas estas preguntas?

—Me parece que si no quieres que nadie tome decisiones por ti, ¿cómo permites que cuestiones tan abstractas como la moda decidan la manera en que has de llevar tu vida?

—Caramba —dijo Tazendra—, tus palabras son completamente ciertas. Cambiaré de opinión una vez más; Mica, te contrato.

—Gracias, mi señora, y sólo seré más feliz que hoy el día en que me pidáis que me corten en trozos para serviros.

—Debo decir —comentó Pel— que a mí también me conmueven esos argumentos; ya no tengo ninguna objeción. —Pero al tiempo que lo decía frunció el ceño. Al cabo de un momento le murmuró a Aerich—: ¿Crees que estaba en lo cierto por lo que respecta a los bribones con los que acabamos de discutir?

—Sí, mi querido Pel, ya te lo he dicho.

—¿Querrás oír otra idea que he tenido?

—Ya sabes, caballero, que escucharé todo lo que tengas que decirme.

—Pues bien, no me fío de un teckla que lucha demasiado bien.

—Entonces, ¿piensas que...?

—Que tal vez todo el propósito de este plan fuera convencernos de que lleváramos un espía con nosotros, en la persona de este tal Mica.

Aerich frunció el entrecejo ante la palabra «espía» y estudió la expresión del teckla que estaba delante de él.

—No, buen Pel, creo que en esto te equivocas —dijo por fin meneando la cabeza—. He visto a este hombre, y si algo tengo de juez, y estoy por creer que sí, se trata de un hombre honrado, aunque sea teckla.

—Entonces, ¿crees que podemos confiar en él?

—Eso creo.

—De acuerdo; me rindo ante tu perspicacia.

—Pues bien, vámonos; empiezo a cansarme de esta casa, por más divertidas que sean sus atracciones.

Les costó tres orbes saldar cuentas con el amo Cleff, monto que habría sido mayor de no ser porque le dejaron a él la tarea de desplumar a los que estaban en el suelo, lo que le proporcionó un estado de felicidad sólo rivalizado por el de Mica, que encabezó la marcha hacia la puerta, deteniéndose únicamente para coger la banqueta que había usado en la pelea, por si acaso, al ir en esa compañía, la necesitara otra vez, cosa que demostraba que no era ningún tonto.

A continuación se alejaron lo justo para seleccionar el mejor de los caballos que habían dejado los bandoleros muertos y dárselo a Mica.

—Vamos, Mica —le dijo Tazendra, haciendo a este personaje aún más feliz si cabe, mientras los guardias, aumentado su número con un señor dragón y un lacayo, emprendieron la marcha otra vez.

XX

En el que el autor cree que ya es hora de ver qué ha estado haciendo Seodra

El hombre ha inventado varios nombres para medir la distancia y ha encontrado cierto placer asignando a cada uno unidades del otro, en el sentido de que tantas pulgadas hacen un palmo, y tantos palmos, una legua; o en convertir unos en otros, en el sentido de que una legua en la Sorannah son casi dos leguas en los antiguos confines de Rompeolas, es decir, la baronía que una vez albergó a la ciudad de Dragaera y que, en la época acerca de la que tenemos el honor de escribir, aún retenía una porción suya; sin embargo, a pesar de todas esas medidas, los que viajan y los que escuchan a los viajeros entienden que la unidad significativa por la que puede medirse la distancia es el «tiempo».

Es verdad, por ejemplo, que la distancia desde la Puerta del Darr hasta Punta Rizo es de una legua escasa, mientras que hay unas buenas treinta leguas desde la Puerta de Hierro hasta Pozo de Fosson, aunque, como este último está al nivel del suelo y a él llega una buena carretera, mientras que la primera está casi en la cima de una ladera cubierta de rocas sueltas que se desmoronan, podemos afirmar con razón que ambos lugares están a la misma distancia del corazón de la ciudad de Dragaera, distancia que es de unas treinta horas, o todo un día y una noche.

En consecuencia, si decimos que nuestros amigos tenían ante sí una distancia de varios días, confiamos en que nuestros lectores no se sientan ni ofendidos ni perplejos ante la aparente confusión de medidas.

Así pues, lo que siguió a la pelea en la posada fue una unidad de tiempo que transcurrió cabalgando pausadamente por la hermosa garganta del Bosque de Hierro de las montañas Hirvientes, que, aunque bastante agradable para los que pueden viajar de esa manera pausada, tendrá, según sospechamos, escaso interés para quienes prefieren hacerlo en calidad de observadores. Dichos observadores, a los cuales consideramos, que quede claro, los lectores de estas páginas, bien podrían haber disfrutado de la belleza de los diversos torrentes de montaña que se precipitaban de un centenar de formas por las laderas, ansiosos por unirse y formar el norteño río Yendi; y también habrían apreciado la forma en que las brisas frescas y suaves del desfiladero acarician el rostro del viajero; y casi con seguridad se habrían complacido viendo la explosión de rojos y oros de los Bosques Reptantes que se extiende bajo la

Roca del Hechicero, en lo alto del paso; y difícilmente habrían dejado de gozar de la fragancia del tunnis y de los capullos del manzano tardío; pero todos esos placeres están reservados a aquellos lectores que los apreciaron antes del Desastre de Adron, unos quinientos años después de los acontecimientos aquí descritos, que se llevó para siempre esos paisajes, sonidos y aromas, como se llevó el Palacio, la ciudad y a todos los que la habitaban. Para el resto, es inútil describir esas cosas; en consecuencia, no malgastaremos el tiempo de nuestros lectores con ellas, sino que abordaremos los hechos de importancia más relevante para la historia que tenemos el honor de relatar.

Regresamos, pues, a la ciudad, unas horas después de los acontecimientos ocurridos en aquella hostería llamada Posada de Beed'n. Para ser más específicos, nos dirigiremos al Ala Dragón, en los altos y espaciosos apartamentos de la Señor de la Guerra, que están, cuando atisbamos en su interior desde nuestra ventajosa posición invisible, ocupados por Lytra, la Señor de la Guerra, y un caballero poco favorecido que se distingue tanto por una curiosa cicatriz en forma de semicírculo que partiendo de la sien izquierda le llega casi hasta el labio, como por el hecho de que usa el gris y negro de la Casa Jhereg.

—Así que has fracasado —dijo Lytra—; ¿eso es lo que tenías que decirme, Fayaavik?

—Así es, Excelencia —dijo el jhereg sin mostrar signos de turbación.

—Pues bien, explícame el asunto.

—Excelencia, mi misión era evitar que ciertas personas continuaran su viaje, echando mano de todos los medios posibles.

—Excepto matarlos, Fayaavik.

—Sí, señora, ésas eran las órdenes. Pero no hace falta decirlo; no apruebo el asesinato más que vos, Excelencia.

—Te creo, Fayaavik —dijo Lytra, en un tono que indicaba que no le creía en absoluto—. Continúa.

—Excelencia, encontré a un amigo con el que estoy en bastantes buenos términos...

—En otras palabras, ¿que está en deuda contigo?

—Como prefiráis.

—Muy bien, prosigue.

—Mi amigo...

—¿No tiene nombre?

—Mi amigo —continuó, indicando con un gesto que eso carecía de importancia—, reunió a diez compañeros y, mediante una estratagema, intentó convencer a uno de los viajeros, una mujer, de que se alejara de los demás. Entonces nosotros aprovecharíamos la oportunidad para impedirle que prosiguiera, y así sucesivamente, hasta tenerlos a todos, o, al menos, al que a vos os interesaba más.

—Parece un plan sensato.

—Me alegro de que lo penséis. En resumen, Excelencia, la estratagema fracasó y

escaparon.

—Pero, ¿por qué fracasó? Eso es lo que quiero descubrir. Has dicho que estaba tu amigo y diez más. Según creo, hacen once. La emboscada se había tendido sólo a cuatro.

—En efecto; me dijeron que serían cuatro.

—Sí, eso es.

—Permitidme que difiera de vos.

—¿Cómo?

—Porque eran cinco.

—¿Cinco, Fayaavik?

—De verdad, Excelencia. Y además, el teckla, de forma totalmente imprevista, golpeó él solo a dos de ellos, lo cual hacen seis.

—Pero aun así, once contra seis, y uno de ellos un teckla...

—Excelencia, iban provistos de piedras destello.

—Ah. No sabía que disponían de medios semejantes.

—El informe que recibí es muy explícito al respecto.

—No obstante, once contra seis... ¿Alguno de ellos resultó herido?

—¿De los adversarios? No. Sin embargo, mataron a mi amigo y a dos de sus compañeros. Hirieron a otros tres, de mayor o menor gravedad.

—Increíble —murmuró Lytra—. Pero, ¿quién era el quinto hombre? —dijo en voz alta.

—No os lo puedo decir.

—¿Cómo que no?

—Porque, al no saber quién esperabais vos que estuviera allí, salvo el tiassa que describisteis, no puedo saber a quién no esperabais.

—Bueno, uno era una señor dzur.

—Eso ya lo sé, porque era a ella a la que mi amigo quería separar del resto, ya que un dzur indefectiblemente defenderá a quien sea, con o sin razón, si lo superan en número.

—Otro era un lyom.

—Sí, fue él quien estuvo a punto de ordenar a sus compañeros que descargaran las piedras destello cuando los supervivientes se retiraron.

—Había un yendi.

—No lo niego, pero ya sabéis, mi señor, que es difícil identificarlos. Había, sin embargo, un hombre menudo y bien parecido, según me lo describieron, muy bien vestido, de pelo negro, ojos oscuros y con una capa muy similar a la del uniforme de la Guardia.

—Es él.

—Muy bien. ¿Quién más?

—¿Quién más, Fayaavik? Bueno, el tiassa al que tuve el honor de describiros ayer mismo.

—Bien, ¿y el señor dragón?

—¡Cómo! ¿Afirmáis que había un señor dragón?

—En efecto. No llevaba piedra destello, pero su espada, según me dijeron, era bastante larga.

—No sé de ningún señor dragón que viajara con ellos.

—Un momento, Excelencia. Me parece recordar que me dijeron cómo lo llamaban. Era... sí, era Yt-algo. El último sonido era fuerte, tal vez una «g» o una «k».

—¿Uttrik? —exclamó Lytra.

—Exacto, ése es el nombre.

—Pero es imposible.

—Muy bien.

—¿Qué quieres decir con «muy bien»?

—Quiero decir que, si es imposible, entonces sin duda no estoy bien informado.

—¡Pero Uttrik tenía que matar al tiassa!

—Quizá no lo hizo.

—Entonces el tiassa tendría que haberlo matado a él.

—Bien, tal vez también eso falló.

—Imposible.

—Muy bien.

—Ah, lo dices otra vez.

—Sangre del Caballo, soy coherente, creo.

—Vete, Fayaavik. Sal de aquí inmediatamente. Por la escalera de servicio, por favor.

—Por supuesto. Pero antes, aquí tenéis esto.

—¿Qué es?

—Un monedero, Excelencia.

—Ya veo que es un monedero, pero ¿qué contiene?

—¡Barlen! Contiene unos buenos imperiales, creo.

—¿Con qué objeto me das este dinero, Fayaavik?

—¿No me lo habéis pagado? Y es una buena suma, además. Como he fracasado en mi cometido, os lo devuelvo.

—¡Bah! Se te pagaba por intentarlo. Guárdatelo.

—Me permito disentir de vuestra señoría. Sólo a los empleados se les paga para realizar intentos.

—¿Y no eres acaso un empleado, puesto que te he contratado?

—Tal vez lo fuera, pero ya no, dado que os devuelvo el dinero.

—Sin embargo, insisto.

—No, Excelencia. Yo insisto. No llevo vuestra librea, ni lo haré. En caso de que deseéis efectuar otro intento, no tenéis más que pedirlo y de buen grado aceptaré vuestro dinero otra vez. Hasta entonces, no lo cogeré, pues el oro no ganado es una cadena que no deseo llevar.

—Como quieras, Fayaavik.

—Así es como lo quiero. Buenos días, Excelencia.

—Buenos días, Fayaavik.

El jhereg se marchó, tal como había prometido, por la escalera de servicio. Mientras el sonido de sus pasos se apagaba, alguien hizo su entrada en la habitación: la athyra a quien ya conocemos, a la que llamamos Seodra y a la que seguiremos llamando así, ya que así es como Lytra se refería a ella, y además porque así se llamaba.

—Así pues, el jhereg fracasó, Excelencia.

—Eso parece, buena Seodra.

—Divertido.

—No tanto. Nos han detectado. No podemos permitir que arresten a Kaluma; debemos tenerla a buen resguardo para que podamos acabar con ella justo cuando nuestro plan lo requiera.

—Entonces hemos de hallar otra forma de detenerlos.

—Desde luego, Seodra.

—Al menos sabemos hacia dónde se dirigen.

—¿Lo sabemos?

—Me han informado.

—Perfecto.

—Debéis llamar otra vez a vuestro amigo jhereg.

—¿Para qué?

—Tenemos otro encargo para él.

—¿En qué consiste?

Seodra bajó la voz, como si temiera que las paredes ocultaran espías, o, en todo caso, historiadores; y la maniobra debe de haber tenido éxito, ya que no estamos en condiciones de informar de lo que se habló entre ellas durante un buen rato. Podemos decir que Lytra escuchó y que, tras escuchar, hizo un gesto de asentimiento y que, después de asentir, dijo en un tono algo más alto:

—Sí, Seodra, tienes razón.

—¿Y entonces?

—Haré que Fayaavik vuelva mañana y le daré las instrucciones que has sugerido.

—Será lo mejor. Pensaré qué otros pasos habrá que dar.

—De acuerdo. Buenas noches. Y, por favor, sal por la escalera de servicio.

—¿No lo hago siempre, Excelencia? —dijo, y, haciendo una reverencia irónica, partió tras los pasos del jhereg.

XXI

En el que se muestra que nada, ni siquiera aquellas palabras que Su Majestad Imperial se digna confiar al oído de su discreto, escapa a la atención del historiador

Ahora, contando con la indulgencia del amable lector, es necesario que dirijamos nuestra atención hacia alguien que, aunque quizá hayamos descuidado, no lo merece, debido a su papel en la historia en general y en la nuestra en particular: es decir, el emperador Tortaalik I.

En aquella época, es decir, a comienzos del Ciclo Decimoctavo, Tortaalik era todavía un hombre joven, con el delicado cabello rubio de su Casa sobre unos ojos a los que la crítica más severa sólo podría pedir que fueran algo más redondeados y tal vez una pizca menos pálidos. La nariz era pequeña y recta y las ventanas tenían una tendencia a agitarse cuando se enfadaba. La piel, que cuidaba mucho, era de un agradable color bronce y tan suave como la de una doncella. En la primera parte de su reinado su carácter estuvo marcado por la pasión impetuosa de la juventud, atemperada por la cuidadosa educación recibida de su tutor principal, el maestro Yon, que le inculcó un estricto sentido de la responsabilidad. Fue la constante batalla entre las dos tendencias: el joven vehemente que no quería otra cosa que ser un emperador a quien la historia recordara y el caballero responsable que temía los excesos a que le arrastraba su mismo carácter; fue la batalla entre ambos factores, decíamos, la particular característica de su administración.

Como resultado de ese conflicto, precisamente en aquel momento, la corte se hallaba alborotada. Es decir, los diversos consejeros del Emperador (aquellos en los que buscaba asesoramiento) estaban siempre en pugna con sus diversas favoritas (aquellas en las que buscaba diversión). El reinado, que había comenzado de manera tan auspiciosa con la victoria triunfal sobre el Levantamiento de la Casa del Carruaje, al que previamente hemos tenido el honor de referirnos, empezó a deslizarse por el lodazal de la política de la corte, donde los que tenían que tomar decisiones siempre temían que las favoritas, por razones personales, predispusieran a Su Majestad en contra de su política, y las favoritas temían que los intendentes y ministros, mediante el trabajo duro y juicioso, las reemplazaran en el corazón del Emperador.

Ya hemos visto uno de los resultados: a Lanmarea se le asignó la misión de arrestar a Kathana e'Marish'Chala por un asesinato que había escandalizado a la

sociedad imperial, cuando en realidad Lanmarea era, en virtud de su amistad con Kathana, la menos indicada para la tarea. Tortaalik, arrastrado de aquí para allá por las palabras de su consorte, sus favoritas y sus consejeros, de los cuales algunos defendían de corazón los intereses del Imperio y otros querían ayudar a amigos o cómplices, había retrasado una y otra vez una decisión más importante, es decir, qué linaje de la Casa Dragón asumiría el mando de la guarnición de Campopimientos.

Bien; una situación así es inestable; algo tiene que romperse o bien asentarse para dar como resultado un nuevo orden, un nuevo equilibrio, una nueva estabilidad. En aquel caso, la crisis se produjo cuando nuestros amigos estaban a medio camino de su viaje a Cararroja.

Al dirigir nuestra mirada hacia el Emperador, lo encontramos descansando en la Sala de Siete (así llamada por su forma peculiar, de siete paredes), que era acogedora, cómoda y perfectamente adecuada para las conversaciones íntimas. También podremos observar ahí a otro individuo de quien la historia no habla tanto como en realidad merecería: Su Discreción el duque de Buenacuna, discreto de la familia imperial. Buenacuna era de la Casa Athyra, pero no tenía ningún deseo de determinar la naturaleza de nuestro mundo, y menos todavía de cambiarlo. Siempre se había interesado por los secretos y deseos que alberga el corazón de los hombres, interés que lo llevó, de joven, al tedioso y difícil aprendizaje de los Misterios de la Confianza. En el curso de dichos estudios había descubierto las obras de A'jo, aquel que había gozado de la Confianza de Zerik II, que tramó la ruina de la familia de A'jo y se lo Confirió al mismo A'jo, quien lo confortó sin traicionarlo jamás ante los señores dragón, que no buscaban más que un pretexto para tomar el Orbe y que también Confiaban en A'jo.

Al joven le pareció un acto tan noble y magnífico que se enamoró por completo del arte y empezó a estudiarlo por puro placer, con la tenacidad de la que sólo un athyra es capaz, hasta que alrededor de su sexcentésimo año de edad obtuvo el cargo de Discreto Imperial que aún poseía ciento cincuenta años más tarde, cuando Tortaalik ocupó el trono y mantuvo a esta encamación de la honradez en su antiguo puesto.

Físicamente, sabemos que era más robusto de lo usual en un athyra, y que sus ojos, de un gris azulado, eran penetrantes y destacaban en su tez morena. Nos han dicho que su talla en cierta manera inspiraba fiabilidad, al igual que su actitud; como si a causa de su fortaleza fuera capaz de soportar la carga de la más pesada de las conciencias.

¿Y quién, nos preguntamos, puede tener una conciencia más pesada que el Emperador, el cual todos los días ha de tomar decisiones que, aunque complazcan a muchos, también llevan a muchos a la ruina, a la desesperación y a la muerte? Además está el Orbe, que jamás le permite olvidar qué ha hecho y por qué. La respuesta es: nadie, excepto, quizá, el discreto, quien de buen grado desvía hacia sí las puñaladas del remordimiento que, de lo contrario, cobrarían tal importancia que

pronto el Emperador se vería absolutamente incapaz de actuar o bien se convertiría, como Vengli el Depravado, en un emperador recordado sólo por los horrores de su reinado.

Cuando Tortaalik entró en la habitación, el Orbe, que giraba alrededor de su cabeza, emitía un preocupado color tostado. El duque ya estaba allí, aunque sólo llevaba un momento esperando, pues Tortaalik es renombrado por ser uno de los emperadores más puntuales que jamás haya dado la Casa Fénix. Su Majestad cerró la puerta tras él, en tanto el duque se levantaba y hacía una reverencia. Mientras Su Majestad tomaba asiento, Su Discreción cogió la vara ceremonial que estaba junto a él y la dirigió con lenta precisión por todo el aposento, el suelo y el techo, sin dejar ningún rincón. Una vez hecho eso, la colocó en su soporte en el centro de la sala, con la punta de vidrio apuntando a los cielos y el extremo inferior de cobre suavemente apoyado en el suelo.

Una vez finalizadas esas operaciones complejas, se sentó frente al Emperador.

—Nadie nos oye, Vuestra Majestad —dijo.

—Muy bien —dijo el Emperador, que inspiró, cerró los ojos y salmodió—: La conciencia me apuñala, Vuestra Discreción.

—Vendaré las heridas, Sire.

Una vez pronunciadas esas formalidades como es debido, Tortaalik se reclinó en la silla y juntó las yemas de los dedos, largos y con una perfecta manicura (los cuales, en aquel momento de la historia, no se había pintado todavía, a no ser con un esmalte claro).

—Amigo mío —dijo—, estoy verdaderamente preocupado.

—Me alegro, Sire, pues demuestra que tenéis conciencia y, además, me permite seros de utilidad.

—Sí, Buenacuna, me hallo necesitado de consuelo.

—Si Vuestra Majestad me dijera por qué, haría todo lo que esté en mis manos.

—Le he hablado con brusquedad a mi esposa.

—¿A la consorte? ¿A causa de qué, Sire?

—A causa de algo de lo que, en realidad, no creo que tenga la culpa.

—Proseguid, Sire; os escucho atentamente.

—Esta mañana, cuando fui a desayunar con ella, estaba sumida en una conversación con ese lyom, Shaltre.

—¿Y qué tiene de malo?

—Él se sobresaltó cuando entré, como si no deseara que lo vieran allí.

—Bien, ¿y ella?

—Sonrió y me deseó buenos días.

—¿Y vos qué respondisteis?

—Les sonreí a ambos, les deseé a mi vez buenos días y les pregunté cuál era el tema de la conversación, para poder unirme a ellos en caso de que me interesara.

—¿Y os lo dijeron?

—Bien, me dijeron que únicamente estaban deseándose buenos días, y que el conde, es decir, Shaltre, había venido a desayunar para verme y solicitarme audiencia hoy respecto a algunos asuntos de importancia; probablemente una manera de conquistar el territorio de Casa Arenosa.

—¿Y qué le respondisteis?

—Le dije que hoy me sentía indispuerto; que lo solicitara de nuevo mañana.

—Pero ¿hay algo de malo en todo ello?

—Me temo que sí, Vuestra Discreción. No estaba indispuerto; más bien, malhumorado al verlos juntos, de modo que no me apetecía concederle nada a Shaltre.

—Vuestra decisión se basó, pues, en un capricho; ¿es eso lo que os preocupa?

—Es eso, exactamente.

—Bien, señor, creo que si vuestra ira no podía aplacarse de ninguna otra manera, entonces posponer la audiencia hasta mañana no ha estado tan mal. ¿El conde dio a entender que, de algún modo, la entrevista era urgente?

—No.

—Entonces me parece que no habéis actuado mal.

—Me alegro de que lo penséis.

—Sin embargo, Sire, estáis preocupado por las atenciones que Shaltre presta a vuestra consorte, ¿verdad?

—No estoy preocupado; estoy enfadado.

—No obstante, se diría que ella no ha hecho nada fuera de lo corriente.

—No, pero él sí.

—Entonces, Sire, ¿por qué vuestro enojo ha de ir dirigido hacia ella?

—Bien, escuchad esto.

—Os escucho, Sire.

—Por la tarde, después de entrevistarme con Lytra y Casaviento acerca de la situación del levantamiento en los ducados occidentales...

—Disculpadme, Sire, pero pensaba que el levantamiento había sido aplastado.

—Bueno, así es, pero todavía quedan guarniciones allí, se han producido algunos daños, y es necesario que el mineral comience a fluir de nuevo, por eso nos entrevistamos.

—Ya lo entiendo, Sire.

—Continúo, pues. Finalizada la conversación, se me ocurrió que sería agradable pasar una hora en los Baños Inferiores. Estáis familiarizado con ellos, ¿no es así, duque?

—Lo estoy, Sire; son baños naturales alcalinos, donde el agua caliente fluye de la boca de estatuas de mármol esculpidas con la forma de un fénix, un dragón, un dzur y un lyom.

—Sí, exacto. Entonces, ¿también conocéis el Baño de la Renovación?

—Lo conozco, Sire, y os lo puedo demostrar: es un baño separado del resto,

rodeado de helechos, donde el agua es aún más caliente; el álcali, más fuerte; y los manantiales surgen directamente por debajo del baño.

—Bueno, allí es adonde fui. Y ahora os contaré lo que descubrí.

—Espero con impaciencia que Vuestra Majestad lo haga.

—Descubrí a Noima, es decir, a la consorte, en el baño, a solas con...

—¿Con Shaltre?

—No, Buenacuna, con un fénix llamado Allistar, el duque de Tresparedes, que es, además, mi primo.

—Ah. ¿Y cómo reaccionó él cuando aparecisteis, Majestad?

—Duque, parecía francamente culpable, o mucho me equivoco.

—¿Y ella?

—Era la inocencia personificada y simuló alegrarse al verme.

—Bien, Sire, ¿y qué hicisteis?

—Le dije a él que se marchara, duque, ordenándole que no volviera al Palacio hasta mañana.

—¿De modo que lo expulsasteis?

—Así es.

—Pero, ¿sólo por un día?

—Exactamente.

—Pero entonces, Sire, una vez más...

—Todavía no he terminado, duque.

—Muy bien.

—Al atardecer, cuando me dirigía a mis aposentos a ponerme el traje de noche, pensé en visitar a Su Majestad para preguntarle si quería cenar conmigo.

—¿Y entonces, Sire?

—Allí, en su mismísima habitación, estaba el heredero dragón, Adron e'Kieron, por lo visto muy enfrascado en conversación con ella. Fijaos que yo no sabía que el heredero había venido a la ciudad, y sin embargo se encontró con Su Majestad sin siquiera informarme de su presencia.

—¿Estaban solos?

—Por completo, a no ser por las damas de honor.

—¿También él tenía aspecto culpable?

—Si no culpable, al menos sobresaltado.

—¿Y ella, Majestad?

—Algo sorprendida, eso es todo.

—Bueno, ¿y qué hicisteis?

—Me sentía vejado, duque, y mi carácter se impuso.

—Ya sabéis, Sire, que eso nunca es bueno.

—Y menos aún en este caso.

—Bien, ¿qué hicisteis?

—Le pregunté al príncipe qué lo traía a la ciudad.

—¿Y cuál fue su respuesta, Sire?

—Dijo que su visita se debía a que llevaba una larga temporada sin venir, que echaba de menos la ciudad, que deseaba pasar algún tiempo aquí y que, además, quería informarme de una preocupante acumulación progresiva de orientales cerca de Campopimientos.

—Caramba, me parece una respuesta poco satisfactoria, Majestad.

—Me alegra que lo penséis, Buenacuna, porque yo, bueno, pensé lo mismo.

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Informé a Su Alteza de que era un error descuidar sus propiedades en este momento. Le recordé que estaban muy cerca de Campopimientos, que se encontraban en peligro de ser invadidas, y que contaba con él para que las protegiera.

—¿Cómo? ¿Le dijisteis que se fuera?

—Confieso que sí, Vuestra Discreción. ¿He hecho mal?

—Sí y no, Vuestra Majestad.

—¿Cómo, sí y no?

—Puede que decirle a alguien que se vaya fuera lo correcto, pero quizá hayáis escogido mal al culpable.

—¿Qué? ¡No estaréis proponiendo que eche a Su Majestad la consorte!

—No, no lo hago.

—¿Y a quién, pues?

—¿Me permitirá Vuestra Majestad que le haga una pregunta?

—Vuestra Discreción puede hacerme nueve, si quiere.

—De acuerdo. Decidme, Sire, si se trata de un problema nuevo, es decir, si sólo os preocupa desde hoy.

—No, duque. A decir verdad, desde hace un tiempo estoy cada vez más descontento con respecto a Noima, es decir, con respecto a la consorte.

—Entonces, ¿por qué Vuestra Majestad no me ha comentado el problema hasta hoy?

—Bueno, es que ha empeorado.

—Majestad, permitidme que os señale que eso no es una respuesta.

—Pues entonces, porque pensaba que mis sentimientos eran innobles, injustos y en realidad sin motivo.

—Razón de más para consultarme, Sire.

—Es cierto, Buenacuna; tenéis razón.

—No obstante es cierto que ese descontento ha ido en aumento, ¿no es verdad, Sire?

—Es verdad, mi querido Buenacuna.

—¿Y os parece que ha llegado a perturbar el funcionamiento de la corte, es decir, del Imperio?

—Lo habéis comprendido a la perfección.

—Bien, ¿creéis que está tramándose algo?

—¿Una trama? ¿Contra mí? ¿Por parte de la consorte? Duque, creo que vais demasiado lejos.

—En absoluto, Sire. Permitidme señalar que fuisteis vos quien sugirió que el plan podría haberlo urdido la consorte.

—Bueno, ¿quién otro podría ser?

—Sire, ¿habéis visto alguna vez a un hombre involucrado en un delito?

—Diría que sí, Buenacuna. Por lo que parece, todos los días se comete un delito nuevo contra alguien tan importante que es necesaria mi intervención como juez.

—Bien, ¿y ha visto alguna vez Vuestra Majestad que un hombre involucre a otro?

—Creo que ya he dicho que sí.

—Sin embargo, opináis que aunque un hombre involucre a otro, ello no constituye una prueba de que haya cometido el delito.

—Al parecer estáis diciendo, duque, que alguien intenta involucrar a Noima con el propósito de ocasionar problemas en la corte.

—Creo que es una posibilidad a tener en cuenta, Sire.

—Pero, ¿con qué propósito, Vuestra Discreción?

—Oh, en cuanto a eso, no tengo ni idea.

—Vamos, ¿qué os lo hace pensar?

—Sire, para poder responder tendría que haceros aún más preguntas. —Podéis hacerlas, duque; ya sabéis que las preguntas que me formuláis siempre me sirven para responder a muchas otras que no se me había ocurrido hacerme.

—Ése es mi propósito, Sire; me alegra saber que no siempre me equivoco.

—Bueno, empezad con las preguntas, entonces.

—Muy bien, comenzaré así: ¿cuántas veces habéis desayunado con la consorte, tal como os proponíais hacer hoy?

—Sólo en dos ocasiones.

—De modo que se trata de algo poco habitual.

—Pues, sí. ¿Es un error? Decidme la verdad.

—En sí mismo, no.

—¿Y entonces?

—Escuchadme, Sire.

—Lo hago.

—¿Cómo es que decidisteis desayunar con Su Majestad esta mañana? —¿Cómo? Explicadme qué queréis decir.

—Quiero decir, Sire, qué os impulsó a hacerlo.

—¿Por qué tiene que haber algo que me impulsara?

—Porque sólo lo habéis hecho dos veces con anterioridad; ¿por qué hoy, entonces?

—Pues no lo sé.

—Intentad recordar, Sire.

—Lo intento, Buenacuna, y no lo consigo.

—Pues entonces, ¿qué motivó vuestra decisión de visitar los baños? —Oh, es muy sencillo: lo hago a menudo.

—¿Y el Baño de la Renovación?

—No, a ése no voy casi nunca.

—¿Y por qué hoy, entonces?

—¿Sugerís que me han echado un conjuro? ¿Y el Orbe?

—Un conjuro... tal vez, pero de esos que el Orbe no puede detectar. —Explicaos, Buenacuna.

—¿Podría Vuestra Majestad decirme primero por qué eligió el día de hoy para ir al Baño de la Renovación?

—Porque pensé que me sentía cansado.

—¿Vos lo pensasteis?

—Bueno, lord Guirnalda pensó que lo parecía.

—¡Ah!

—Excusadme, pero habéis dicho «ah».

—¿Y si así fuera, Sire?

—Me gustaría saber qué os pasa por la cabeza.

—Su Majestad lo sabrá muy pronto. Pero primero...

—¡Cómo! ¿Más preguntas?

—Sólo una: ¿cómo se os ocurrió cenar con Su Majestad esta noche? —Os puedo responder fácilmente.

—Pues hacedlo.

—Lo haré. Fue porque mi intento de desayunar con ella se había frustrado de una forma tan desagradable.

—¿De modo que confiabais en que cenar juntos lo arreglaría?

—Esa era mi idea.

—Bien pensado, Sire.

—No fue mérito mío.

—¿De quién, entonces?

—De mi consejero, lord Guirnalda.

—Vaya, también fue él quien sugirió que parecíais cansado, lo que motivó vuestra visita al Baño de la Renovación.

—Sí, ¿y qué?

—Eso es todo lo que quería saber, Sire.

—Ahora decidme... Pero, un momento, se me ocurre una idea.

—Explicadme de qué idea se trata, Sire; estoy al servicio de Vuestra Majestad para escucharlo.

—También fue lord Guirnalda el que se preguntaba esta mañana qué tomaría Su Majestad la Emperatriz para desayunar, y eso fue lo que me dio la idea de comer en su compañía.

—Pues bien, vemos que los tres casos tienen algo en común.

—Sí, lord Guirnalda. Pero, ¿creéis que él sabía...?

—No creo nada, Sire. Sois vos el que piensa; yo me limito a escuchar y a preguntar.

—Pero ¿por qué querría él que descubriera la caprichosa conducta de Su Majestad?

—¿Descubrir? Entonces, Majestad, ¿pensáis que su comportamiento es sospechoso?

—A decir verdad, duque, ya no lo sé. Pero ahora que lo pienso, no es la primera vez que las ideas de Guirnalda me llevan a sospechar de Su Majestad.

—Caramba, no lo sabía, Sire.

—¿Acaso intenta ayudarme a descubrir algo? ¿O trata de romper la armonía cuando no hay motivo para ello?

—¿Qué sabéis de él, Sire?

—Es un tsalmoth del sur.

—De acuerdo.

—Es de muy buena cuna.

—Sí, ¿y?

—Vive consagrado a mí.

—¡Ah, ah!

—Vamos, ¿lo ponéis en duda?

—No, Sire, me limito a preguntar.

—No, no, duque, lo estáis acusando; reconocedlo.

—No acuso a nadie, Sire. No es mi estilo, como ya sabéis. Dijisteis que os sentías descontento por la forma en que habíais tratado a Su Majestad la consorte. Hemos buscado juntos las causas de esa actitud, y hemos topado con lord Guirnalda.

—Pero como Vuestra Discreción podrá ver, no sé si Guirnalda está empleando sus sutiles artes para que me entere de lo que me conviene saber o para perjudicarme.

—Así pues, ¿qué haréis, Majestad?

—Al parecer, debo averiguar la verdad —respondió Tortaalik después de considerar la cuestión durante un buen rato.

—Es muy razonable. ¿Y qué más?

—Lo despediré hasta saber la respuesta, de manera que no pueda hacer más daño; si es inocente, no será menos bienvenido por haber estado fuera durante un tiempo.

—Sería un correcto proceder. ¿Y qué más haréis?

—¿Qué más?

—Sí, Sire, ¿qué más?

—Bueno, no sé qué más puedo hacer.

—¿No?

—Os aseguro que no tengo la menor idea.

—Bien, ¿cómo se siente Vuestra Majestad ahora que hemos hablado?

—A decir verdad, duque, no mucho mejor que antes. Cuando nos encontramos,

me sentía desgraciado; ahora, no sólo desgraciado sino preocupado.

—Pero, Sire, ¿por qué os sentís desgraciado?

—¿Por qué? Por la razón que ya os he dado: en primer lugar, temo una conspiración cuyo objetivo se desconoce, y, en segundo lugar, igual que antes, temo que... ah.

—¿Sí, Sire?

—¿Creéis, entonces, que debo pedir disculpas a mi señora esposa?

—¿Vos lo creéis así, Sire?

—La idea no me atrae, duque.

—¿Qué fue lo que me comentasteis la semana pasada respecto a ideas poco atractivas?

—Que parecían ser buenas indicadoras de lo que se debe hacer.

—¿Así pues?

—Como siempre, tenéis razón, mi querido amigo. Me disculparé en persona ante Noima. También enviaré notas a Shaltre y a Tresparedes, y pediré a Su Alteza lord Adron que regrese.

—¿Me necesitáis para algo más, Sire?

—Por ahora eso es todo, Buenacuna. Pero estoy seguro de que volveré a ver a Vuestra Discreción, y muy pronto.

—Hasta entonces, Sire.

—Hasta entonces, duque.

Finalizada la entrevista, Buenacuna cogió su vara del soporte en tanto el Emperador abandonaba la sala. Ya que ha finalizado la labor del discreto, no hay motivo para seguirlo. Podríamos ahora volver a nuestros amigos mientras cruzan el puente Alto sobre el río Espumoso, aunque, a no ser por algunas vistas que aún puede encontrar quien haga el viaje, poco más queda allí. De modo que seguiremos en cambio a Su Majestad Imperial que, por el bien de su conciencia, está subiendo las escaleras que conducen a los aposentos de Noima, la consorte imperial.

Allí la encontró, rodeada de sus damas de honor. Mientras subía para encontrarse con ella, hizo una pausa para considerar cuál sería el estado de ánimo actual de su consorte, lo que nos dará la oportunidad de decir dos palabras acerca de la que era la esposa del último emperador antes del Interregno.

Aún se conservan muchos retratos al óleo suyos, de los cuales se desprende que era una auténtica hija de la Casa Fénix; es decir, tenía el pelo de ese brillante color dorado que sólo existe en dicha Casa y entre algunos señores dragón del linaje e'Kieron; los ojos, altivos y separados, eran de un azul profundo; la boca, pequeña; los labios, abultados, lo que le daba el aspecto de estar a punto de besar o de acabar de besar a quienquiera que estuviera mirando; los huesos de la cara estaban bien cincelados y casi parecían dzur por su finura; su cuello era grácil; los brazos, un modelo de suavidad y perfección, acababan en unas manos cuyos dedos eran exquisitamente largos y elegantes.

En cuanto a su carácter, es bien sabido que ignoraba por qué extremo se coge la espada; es decir, jamás se le ocurría presentar batalla y, por consiguiente, reclamaba protección de los que la rodeaban. También es innegable que estaba rodeada de hombres que deseaban protegerla, de la misma manera que el conde Brakko, en la famosa balada, lo estaba de mujeres. Al igual que el conde Brakko, ella no ahorraba esfuerzos en su arreglo ni en su conducta para asegurarse dichas atenciones; los historiadores coinciden en que recibía suficientes para tres mujeres. No hay constancia de que ella aprovechara ninguna de las ofertas amorosas que recibía tal como se merecía, aunque tampoco hay registros de que se sintiera ofendida por esas insinuaciones amables. Por el contrario, existen indicios de que no las tenía todas consigo el día en que no se veía forzada a defender su virtud contra al menos dos o tres de dichos avances.

Aun así, sostenemos que la consorte no encamaba a la verdadera coqueta de la época. Es cierto que coqueteaba, pero no consta en ningún sitio que haya sido cruel con los que caían bajo su yugo, salvo por la crueldad imprescindible en una consorte que desea mantener su virtud intacta frente a emboscadas, asedios, ataques y batallas campales de todo tipo. Era esa virtud, en realidad, la que le permitía mantener la calma y no ruborizarse cuando, por casualidad o por otros motivos, Su Majestad la descubría sumida en una conversación íntima con un caballero de la corte.

Teniendo eso presente, enseguida veremos que, al oír el anuncio de que Su Majestad se había dignado entrar en sus aposentos, Noima se puso de pie, respetuosa pero fría, a la espera de su voluntad, sin mostrar señal de turbación, pero tampoco de bienvenida.

—Os deseo buenas noches, señora —comenzó él.

—Buenas noches tengáis, Sire. ¿A qué debo el honor de la visita?

—¿Es extraño que desee veros, señora?

—¿Extraño? Tal vez no, Sire, aunque confieso que no os aguardaba.

—Bien, ¿soy menos bienvenido por ello?

—Sire, confío en que siempre seréis bienvenido aquí, cualquiera que sea el motivo que os traiga.

—¿Suponéis, pues, que vengo con un propósito?

—Bueno, ¿no es así?

El Emperador suspiró y se hundió las uñas en las palmas de las manos, pues una vez allí no le parecía tarea fácil decir lo que había venido a decir.

—Bien, señora —dijo con un carraspeo—, es cierto; he venido con un propósito.

—¿Debo decirles a mis doncellas que se marchen, pues?

Tortaalik empezó a decir que sí, pero al mirar a las bonitas muchachas que rodeaban a Noima con la cabeza gacha, le pareció de pronto estar viendo ante sus ojos el rostro de Buenacuna.

—No —dijo en cambio—, que se queden, pues conviene que oigan lo que tengo que decirlos.

—¿Cómo, Sire? ¿Tenéis algo que decirme? —Su rostro mostraba sorpresa e interés, mezclados, de hecho, con cierta ansiedad.

—Así es —dijo el Emperador.

—Decidme de qué se trata, os lo ruego; vuestra expresión me asusta.

—No hay ningún motivo, señora.

—¿Ningún motivo? Aun así, os veo muy serio, Sire.

—Bueno, eso es porque estoy enfadado.

—Oh, Sire, ¿cómo puedo haber tenido el infortunio de molestaros?

—No lo has hecho, Noima; más bien estoy enfadado conmigo mismo.

La consorte, al oír que la tuteaba, empezó a creer que en realidad no estaba a punto de recibir una reprimenda delante de sus damas, humillación que la hubiera herido mil veces más que recibirla en privado. De modo que empezó a respirar más tranquila.

—Bien —dijo—, pero ¿cómo es posible que estéis enfadado con vos mismo?

—He hecho algo de lo que me avergüenzo, y vengo a rogaros perdón.

—¿Cómo? ¿Su Majestad me pide perdón? Pero Sire, esto es inaudito.

—Tal vez. Sin embargo, el caso es que me equivoqué al hablaros bruscamente esta mañana, y me equivoqué doblemente despidiendo a lord Adron.

—Oh, pero Sire...

—Permitidme que acabe, señora. Digo que me equivoqué, y que no es culpa vuestra. Mañana enviaré por correo un mensaje a lord Adron y me disculparé. Eso es todo lo que tengo que decir.

—Sin duda exageráis, Sire.

—De ningún modo. Y, dicho esto, me retiraré. A no ser...

—¿Sí, Sire? ¿A no ser?

—A no ser, señora, que primero me permitáis que os abrace.

—Ah, será un placer, Sire. Hecho.

—Entonces me perdonas, Noima.

—Oh, Majestad, no hay nada que perdonar; pero aunque lo hubiera, sin duda os habéis ganado el perdón para otras mil ocasiones.

—Pues bien, señora, me retiro como el más feliz de los hombres y el más feliz de los maridos.

—Y os despide una esposa leal y devota, Sire.

Tortaalik, que a la sazón se sentía realmente feliz y orgulloso de haber hecho lo que debía, saludó complacido con una reverencia y se retiró de los apartamentos de la consorte, marchándose directamente en busca de lord Guirnalda.

No era difícil encontrar a Guirnalda, pues si el Emperador siempre tenía los ojos puestos en el Imperio, Guirnalda siempre tenía los ojos puestos en el Emperador. Sabemos que era un hombre menudo y grácil, con los brazos y las piernas nervudos de los tsalmoth; y sabemos que con la espada debe de haber sido más hábil de lo que algunos de sus críticos afirman, ya que mientras fue favorito de Tortaalik se batió en

unos veintinueve duelos, y si bien no siempre salió victorioso, no se sabe que resultara herido de gravedad. También es sabido que, en una disputa a causa de ciertas miradas que el Emperador podría o no haber dirigido a Jenicor e'Terics, se enfrentó al marqués de las Colinas de las Garras, un buen espadachín además, y que Guirnalda lo dejó seco de un solo pase.

Así pues, el Emperador encontró a dicho caballero en una de las antecámaras de los apartamentos de Tortaalik, donde estaba jugando a dados con otros caballeros de la corte. Los jugadores se pusieron de pie e hicieron una reverencia ante Su Majestad Imperial, que se limitó a responder con una breve inclinación de cabeza. Hizo una señal a Guirnalda para que lo acompañara y, pasando junto a los jugadores, se dirigió hacia una de las espléndidas salas de estar que constituían su zona privada del Palacio. Guirnalda se apresuró a ceder su sitio a uno de los caballeros que no estaban jugando y siguió a su señor.

Halló al Emperador de pie, con una mano posada sobre un escritorio de mármol negro y la otra sobre un anaquel de folios. Guirnalda hizo una reverencia a Su Majestad y esperó sus palabras.

—Lord Guirnalda —dijo Su Majestad—, permitidme un momento.

Tortaalik se sentó ante su escritorio, buscó pergamino, pluma, tinta y secante, y de su puño y letra redactó una nota que selló con las armas imperiales y con su anillo. Consignó la dirección en el sobre y se lo entregó a Guirnalda, que lo cogió, miró a quién iba dirigido y no pudo evitar que una expresión de sorpresa le cruzara por el semblante.

—Majestad, ¿qué significa esto?

—Lord Guirnalda —Tortaalik, todavía sentado ante el escritorio, alzó la vista hacia el tsalmoth—, por lo visto me estáis interrogando.

—¿Tengo el infortunio de haberos disgustado, Majestad? —Guirnalda, a punto de atragantarse, consiguió farfullar una disculpa.

—Yo no digo eso.

—Pero...

—Guardad silencio, Guirnalda. —El tsalmoth inclinó la cabeza—. La nota, como podéis ver, está dirigida a Su Alteza lord Adron e'Kieron —prosiguió el Emperador—. Contiene una disculpa que me he sentido obligado a enviarle, por haberlo echado hoy tan injustamente. ¿Comprendéis, lord Guirnalda?

—Sire, yo...

—Entregaréis el mensaje en persona.

—Yo... ¿cuándo debo partir, Sire?

—De inmediato.

—Sire, es un trayecto en carruaje que dura muchos días; tengo que prepararme.

—Podéis usar los caballos de posta. Aquí tenéis un cheque contra la tesorería por un valor de doscientos orbes, que tiene que alcanzaros para ir y volver.

—Aun así, Sire, debo pedir algo de tiempo para preparar el viaje.

—Muy bien, Guirnalda; podéis posponer la partida hasta mañana por la mañana.

—Obedezco, Sire. ¿Eso es todo?

—Sí. —Hizo un gesto autorizándolo a irse, ante lo cual Guirnalda, con una reverencia, retrocedió hasta salir de la habitación.

Ahora, con la amable autorización de nuestros lectores, dejaremos al Emperador, que, en cualquier caso, no hará más que acabar con la correspondencia e irse a dormir, y seguiremos a lord Guirnalda mientras sube varios tramos de escaleras y llega a una habitación desamueblada en una torre, la misma, de hecho, en la que nos presentaron por primera vez a la athyra llamada Seodra. De modo que no será una completa sorpresa descubrir que, cuando entramos a la habitación en la ilustre compañía de Guirnalda, Seodra ya está allí.

—¿Tenéis algo que comunicarme, lord Guirnalda?

Era obvio que el tsalmoth temía a la athyra, ya que pudo mantener la compostura sólo con cierta dificultad. No dijo nada, pero le entregó el sobre que le acababan de dar.

—¿Qué significa esto, lord Guirnalda? —dijo Seodra observando el sobre que sostenía en sus manos ajadas.

—Me han ordenado que le lleve esto a lord Adron; Su Majestad me ha hecho el honor de informarme que contiene una disculpa.

—¿Una disculpa?

—Sí, señoría.

—¿Por qué?

—Su Majestad lamenta haber despedido a lord Adron esta mañana.

—¿Cómo que lo lamenta?

—Cambió de opinión respecto a la conducta de la consorte.

—Es evidente. Pero, ¿por qué quiere que vos lo entreguéis? No sois ni mensajero ni diplomático.

—Me temo que Su Majestad está irritado conmigo y éste es el castigo.

—¿Os han descubierto, no es así?

—Señoría... —dijo Guirnalda después de tragar con cierta dificultad, manteniendo la mirada en el suelo.

—¿Y bien? Sí que os han descubierto, ¿verdad?

—Yo...

—Sois un tonto, y además, torpe.

—He seguido vuestras órdenes, señoría. He hecho todo...

—Callad. Es obvio que habéis hecho una chapuza; de lo contrario Su Majestad no habría sospechado; y no cabe duda de que sospecha, si es que no tiene la certeza.

—¿Qué hay que hacer ahora, señoría?

—Bien, ¿Su Majestad no os ha dado una orden?

—Sí, señoría.

—Entonces tenéis que cumplirla. ¿Cuándo debéis marcharos?

—Mañana por la mañana, señoría.

—Muy bien, es lo que haréis, y, además, lo haréis a una velocidad nunca vista. Será tal vuestro celo en cumplir las órdenes de Su Majestad que, de hecho, llegaréis antes que lord Adron, que ha partido con un día de antelación.

—Muy bien, señoría. ¿Qué debo hacer cuando llegue allí?

—Como veis, estoy escribiendo algo.

—Ya lo veo, señoría.

—Bien, estoy escribiendo los nombres de tres personas, los sitios donde podréis encontrarlas y contraseñas para identificaros. Debéis memorizarlo todo antes de partir.

—Lo haré.

—Os pondréis en contacto con una o más de estas personas y tomaréis ciertas medidas.

—Sí, señoría.

—Dichas medidas conciernen al tiassa y a sus amigos, de quienes hemos hablado antes. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, señoría. ¿Harán ellos lo que les diga?

—Sí, si sois convincente. Aquí tenéis; esto puede ayudaros a resultar más convincente.

—¿Qué es?

—El sello de lord Adron e'Kieron.

—¡El sello! Pero, ¿cómo ha llegado a estar en poder de vuestra señoría?

—No es asunto vuestro, Guirnalda. Tengo recursos; no necesitáis saber nada más.

—Muy bien, usaré el sello cuando sea necesario.

—Una vez lo hayáis usado, se lo devolvéis, explicándole que lo encontraron en los apartamentos que ocupó.

—Así lo haré.

—¿Sabéis qué es esto, Guirnalda? —dijo Seodra, rebuscando entre los pliegues de su vestido, de donde extrajo un disco de cobre lleno de grabados peculiares.

—No, pero confío en que vuestra señoría me lo diga.

—Lo haré. Si pensáis en mí, y le habláis...

—¿Sí?

—Bien, yo os responderé.

—¿Hechicería, señoría?

—Exacto, Guirnalda. ¿Os asusta?

—No, señoría.

—Queréis decir que yo os asusto más.

—Sí, señoría.

—Muy sensato, Guirnalda. Pues bien, cuando os encontréis con lord Adron, empleadlo para comunicaros conmigo. Puede que entonces tenga más instrucciones que daros.

—No dejaré de hacerlo, señoría.

—Bien. ¿Habéis entendido las instrucciones?

—Memorizar nombres, localizaciones y contraseñas. Viajar rápidamente. El tiassa y sus amigos. El sello, usarlo y devolverlo. Entregar el mensaje de Su Majestad. Comunicarme con vos.

—Ah, a propósito del mensaje de Su Majestad...

—¿Sí?

—Al devolver el sello, es posible que no os acordéis de entregar el mensaje.

—¡Señoría!

—Ya veremos. Si os olvidáis, bueno, puede que lo recordéis más tarde, y no tiene por qué pasar nada. Os haré saber mi decisión cuando estéis allí.

—Obedeceré, señoría.

—Sí. Y ahora, fuera de mi vista.

A lord Guirnalda no se lo tuvieron que repetir; hizo una reverencia a Seodra y salió como un rayo de la habitación, volviendo a sus aposentos para preparar el viaje del día siguiente. Mientras tanto, Seodra se quedó un rato sentada, considerando qué había que hacer; por fin llamó a su sirviente y le ordenó que buscara a lord Shaltre, que vivía cerca de los aposentos de Su Majestad, y le rogara que fuera a visitarla.

Al cabo de un rato anunciaron al lyorn. Seodra se levantó para recibirlo.

—¿Sí? —dijo él—. ¿A qué debo el honor de que me hayáis solicitado esta entrevista?

—Se debe a lo siguiente, conde —dijo Seodra—. He estado pensando.

—Bien, por lo visto yo hago lo mismo de tanto en tanto. ¿A qué os han conducido vuestros pensamientos?

—Me han conducido a una conclusión respecto a vos, conde.

—¿Sí?

—Tiene que ver con la historia.

—Oh, yo nunca he estudiado historia.

—Podría seros de utilidad, conde.

—¿En qué sentido?

—Podrías aprender algo acerca de cierto consejero lyorn que, desacreditado, traicionó a otro lyorn, de modo que este último resultó a su vez desacreditado, su familia quedó en la ruina, y acabó volándose la cabeza con una piedra destello.

Shaltre necesitó un momento para recobrar la compostura, pero lo consiguió.

—Una historia interesante, señoría, pero no acabo de ver qué relación tiene con vos o conmigo —dijo con gesto indiferente.

—¿Afirmáis no saber nada?

—Jamás he oído hablar de ello. Sin duda los supervivientes de la familia del lyorn lo habrán vengado.

—De ningún modo, pues liquidó a toda la familia; el lyorn fue muy cuidadoso.

—Sin embargo, si alguien de la Casa lo supiera...

—Nadie de su Casa lo sabe. Además ¿quién podría desafiarlo, a no ser un guerrero? Y vos deberíais saberlo mejor que yo: ningún guerrero lyom puede desafiar a alguien de su Casa que no haya recibido también ese entrenamiento especial.

—Sí, es verdad.

—Salvo que se trate de un caso de traición.

—Según vuestra historia, no lo era.

—No estaba muy lejos de serlo.

—¿Cómo! ¿Por no aconsejar bien?

—Hay épocas en que un mal consejo se acerca mucho a la traición, conde.

—Puede que se acercara, señoría. —El lyom se encogió de hombros: un gesto, en realidad, muy parecido a aquel al que Aerich era tan aficionado—, pero dudo que estuviera lo bastante cerca para alguien de mi Casa; somos muy cuidadosos al respecto. Por otra parte, si, como dijisteis, su familia ha muerto y nadie más lo sabe, el lyom, quienquiera que sea, no corre peligro.

—¿Y si su familia no estuviera muerta?

—Imposible.

—Disculpadme, conde, pero se diría que, a fin de cuentas, sí que conocéis el incidente.

—Sólo era una suposición —dijo Shaltre enrojando y arreglándose el atuendo—. Como dijisteis que fue cuidadoso...

—Y puede que alguien lo sepa.

—¿Quién?

—Su Alteza Adron e'Kieron, heredero dragón al trono.

—¿Adron? ¿Decís que lo sabe?

—Está al tanto de lo ocurrido, pero por ahora no conoce los nombres.

—¿Cómo es posible?

—Estuvo implicado en la batalla que se ganó y en la batalla que se perdió. No le gusta perder batallas; por lo tanto, al perder una, se puso a investigar.

—Bien, ¿y...?

—No pudo averiguar el secreto; sin embargo, se acercó mucho.

—Sigo sin ver en qué me atañe todo esto. —Shaltre se movió incómodo.

—¿Creéis que no os concierne?

—Al menos, no veo cómo.

—Muy bien, pasemos entonces a otro tema.

—Al contrario; deberíamos seguir hablando de éste hasta llegar a una conclusión.

—¿Cómo! ¿No decíais que no os concernía?

—Yo... es decir, muy bien, pues. Estoy a vuestra disposición. ¿De qué queréis hablar?

—Del sucesor del último marqués de Campopimientos.

—¿Sí? ¿Qué pasa? No se ha elegido sucesor.

—Es cierto. El linaje e'Lanya está interesado.

—Ya lo sé.

—También hay otra persona que quiere ocupar el puesto.

—¿Quién es?

—Adron e’Kieron.

—Bueno, confío en que quienquiera que obtenga el puesto sea adecuado.

—¿Sois consciente, conde, de que el marquesado de Campopimientos es un título especial?

—Por supuesto; lo designa el Emperador en persona.

—Es un cargo de mucha confianza, conde.

—Sí, y de gran responsabilidad, debido al gran número de invasiones orientales que han ocurrido allí.

—Por lo tanto, al marqués se le conceden, por tradición, ciertos derechos que se otorgan a muy pocos nobles.

—¿Como por ejemplo?

—El derecho a preguntar directamente al Orbe sobre cuestiones históricas.

—Ah.

—Es necesario, por razones estratégicas...

—Comprendo, señoría.

—Tengo motivos para desear que el linaje e’Lanya obtenga el nombramiento.

—Bien, os apoyaré.

—El apoyo es una cosa; ahora es el momento de actuar.

—No soy muy activo por naturaleza.

—No, pero gozáis de la confianza del Emperador, conde.

—Bueno, tengo ese honor.

—A no ser que caigáis en desgracia.

—Hace una hora lo estaba; ahora ya no.

—¿Cómo es eso?

—No tiene importancia.

—Muy bien. Pero lo que sí es cierto es que, si le pidierais a Su Majestad que ordenara el arresto de ciertas personas, es probable que lo hiciera.

—¿Personas como Su Alteza Adron e’Kieron? No es probable.

—No estoy hablando de él.

—¿Entonces?

—De ciertos individuos que se están entrometiendo en asuntos que no les incumben y que, si no se les detiene, bien podrían hacer que triunfe el linaje e’Kieron.

—Ya entiendo —dijo el conde.

—Me alegro.

—Si me decís sus nombres, pediré a Su Majestad que ordene su arresto.

—Debéis hacer más que eso, conde.

—¿Oh?

—Están lejos de aquí; en realidad, están de camino al castillo de Cararroja, la

residencia de lord Adron.

—Estamos perdidos —dijo Shaltre sobresaltado.

—En absoluto, pues viajan despacio y vos podríais llegar antes que ellos, o incluso poco después, lo que estaría bien, creo.

—¿Y entonces?

—Lord Guirnalda emprenderá la marcha con las primeras luces de la mañana; él os ayudará.

—¿Ayudarme?

—Tendréis que hacer lo que sea necesario.

—No soy un luchador.

—No hace falta; lord Adron tiene muchas tropas.

—¡Cómo! ¿Lord Adron? ¿Por qué iba a ayudarme?

—Unas cuantas palabras de Su Majestad solicitando su cooperación lo conseguirán.

—Ya se ha retirado a descansar; no podré verlo hasta mañana.

—Habrá de ser así. La rapidez lo es todo, como ya sabéis. Debéis convencer a Su Majestad de que consiga que lord Adron colabore con vos, y entonces...

—Debo hacer que los arresten.

—Tal vez no sea suficiente; los detenidos pueden ser perdonados, y, aunque se los condene, aún pueden hablar.

—Bien, entiendo. Haré lo necesario.

—De acuerdo, conde. Me alegra que nos entendamos.

—A mí también, señoría.

Mientras el conde Shaltre se prepara para visitar a Su Majestad por la mañana, con la intención de partir inmediatamente después, volveremos a aquellos cuatro intrépidos guardias a los que está dedicada esta narración, en la esperanza de que el tiempo que hemos pasado alejados de ellos haya sido bastante breve para que nuestros lectores no hayan perdido la paciencia, y en la confianza, además, de que esta digresión haya resultado necesaria, tal como parecía, para conducir nuestra historia, poco a poco, a una conclusión satisfactoria y elegante.

XXII

En el que se muestra que no sólo los historiadores tienen oídos fisgones

Desde la Puerta de las Banderas nuestros amigos habían bajado por la montaña hasta el pequeño pueblo de Siempreumbría, donde se detuvieron a descansar. Al día siguiente reanudaron la marcha temprano, a buen paso aunque no frenético; atravesaron el valle Floreciente y atravesaron el río Yendi en Puntollano hacia el mediodía del día siguiente, tras lo cual comenzaron la travesía de la *pushta*, esa sabana seca, sin cultivar, que rodea el desierto de Suntra. Hemos de señalar que el viaje se realizó en la peor época del año, es decir, en pleno calor del verano, pero como los guardias no tenían mucha prisa, se paraban a menudo cuando el calor arreciaba y descansaban en los hostales de los pueblos de la *pushta*. Por fin cogieron la barcaza que atravesaba el río Adrilankha en el cruce de Guilrock y comenzaron otra vez a ascender suavemente, pues no estaban más que en la falda, por así decirlo, de las montañas Orientales, donde se encontraba tanto su destino supuesto como el verdadero. Siguieron así, es decir, con paso reposado y disfrutando del viaje, hasta que llegaron a la montaña llamada Bli'aard y al pueblo de Vadarabenglo, a menos de un día de cabalgata de la montaña que albergaba Cararroja, el castillo y la fortaleza de Adron e'Kieron.

Tazendra, que había emprendido el viaje con un estado de ánimo reflexivo, daba la sensación de haber aceptado el consejo de Khaavren y a la sazón parecía estar pasándose muy bien; no paraba de dar órdenes a su lacayo, Mica, con gran estilo; el lacayo, debemos añadir, por lo visto disfrutaba tanto recibiendo órdenes como Tazendra dándolas. Servía vino, afilaba espadas, cuidaba de los caballos, servía la comida, preparaba los lechos y realizaba un sinfín de otras tareas que los compañeros hacían antes y de las que estaban encantados de librarse. Entre orden y orden, Tazendra bromeaba con Uttrik, discutiendo a gritos sobre la estética del paisaje o la naturaleza de las carreteras.

Durante el viaje la mirada penetrante de Pel iba de aquí para allá, como si se propusiera memorizar todo lo que veía; de tanto en tanto se detenía a mirar fijamente a alguna persona, un pueblo o un árbol, cuyo significado, al parecer, sólo él podía desentrañar.

Uttrik, como ya hemos dicho, se estaba encariñando con Tazendra y, por lo visto,

jugaba a ver hasta dónde podía azuzarla sin que ella se enfadase. Discutía sus opiniones sobre cualquier tema, y si ella parecía a punto de encolerizarse, él se echaba enseguida a reír, con lo que conseguía disolver el enfado que pudiese estar incubando.

Aerich iba cómodamente montado en su caballo capón, un cramerie, embebiéndose de los paisajes que lo rodeaban y escuchando las conversaciones de sus compañeros sin perder su buen humor ni al parecer enterarse de lo que pasaba a su alrededor, es decir, perdido en sus pensamientos.

Al principio, Khaavren había disfrutado mucho del viaje, pero a medida que se acercaban a las montañas empezó a mostrarse cada vez más preocupado, y cuando llegaron al hostel tenía el ceño francamente fruncido; de todo esto se percató Aerich, que había llegado a apreciar mucho al tiassa.

A pesar de que cuando llegaron a Vadarabenglo era muy temprano, de todas formas encontraron una posada cuyo cartel anunciaba con letras simples «El Cartel Pintado»; allí consiguieron habitaciones para pasar el día y la noche. Merece la pena mencionar en este punto que Vadarabenglo estaba situado junto a una zona particularmente poco profunda del río Trepador, uno de los cursos de agua de mayor longitud, rapidez y profundidad de los que se encuentran en tanta abundancia en las montañas Orientales en general, y en la montaña Bli'aard en particular.

Según cuenta la leyenda, los primeros en descubrir el lugar fueron, en el Ciclo Cuarto, los exploradores de la Casa Dragón que marchaban a la vanguardia del Ejército Imperial, empeñado en hacer retroceder a los orientales al otro lado de las montañas en la esperanza de reducir las incursiones que a la sazón sufrían las fronteras orientales del Imperio. Bajaron desde el norte siguiendo el curso del río Trepador y encontraron una zona poco profunda habitada por una tribu independiente de serioli s.

Lo que siguió fueron diez años de guerra prácticamente constante entre los señores dragón del Imperio y los orientales, durante los cuales los orientales ocupaban la zona y atacaban desde las montañas vecinas. Los seriolis, que abandonaron la región para evitar los desgraciados incidentes que puede provocar la guerra, no dejaron más que el nombre del lugar, «Ben», que significa «vado» en su lengua. Los orientales lo llamaron «Vado Ben», o, en la lengua oriental, «Ben Gazlo».

Tras diez años de guerra encarnizada, el Ejército Imperial consiguió una gran victoria, logrando que los orientales se retiraran al interior de las montañas. Entonces, los señores dragón que habían descubierto el lugar empezaron a llamarlo «Vado Bengazlo». Los dragones, en su afán de perder el menor tiempo posible hablando, lo abreviaron dejándolo en Vado Benglo, o, en la lengua de los dragones, todavía en uso en la época, «Ara Benglo». En el curso de los milenios, la lengua dragón cayó en desuso y el lenguaje nororiental ganó preeminencia, de modo que el nombre de la localidad se transformó en «Vado Arabenglo», reducido finalmente a «Vadarabenglo». El cruce del río pasó a llamarse «Vado Vadarabenglo», nombre que mantuvo hasta después del Interregno, cuando se dragó el río y se construyó el puente

de Vadarabenglo. Por si alguien estuviera interesado en buscar esa población encantadora, aún sigue en pie, y el puente todavía existe con el nombre que hemos citado, pero la ciudad fue rebautizada Troe por el ingeniero que construyó el puente, ya fuera porque sus habitantes estaban orgullosos de la obra, ya porque el nombre del ingeniero era corto.

Pero más notable que el nombre es el hecho de que la ciudad, y no nos equivocamos al llamarla ciudad, pues incluso en la época acerca de la que tenemos el honor de escribir presumía de una población de once mil personas, más del doble de su altitud medida en metros; más notable que el nombre, decíamos, es el hecho de que la ciudad seguía prosperando en una región carente de minerales, falta de madera y desprovista de tierras para el cultivo de grano o la cría de animales, a no ser por unas cuantas cabras que podían subsistir con la escasa hierba de la montaña. Durante el reinado de Kiva VI, de la Casa Jhegaala, un representante imperial preguntó al presidente de la Cámara de Representantes cómo se las arreglaba la gente para sobrevivir allí, a lo que el presidente respondió diciendo: «Señor mío, cultivamos rocas».

La verdad, de hecho, si bien no tan ingeniosa, no es por dicho motivo menos interesante. Los habitantes de esas montañas siempre han preservado celosamente cuanto independencia podían arrebatarse al Imperio, hasta tal punto que se convirtió en costumbre dejar tropas imperiales acuarteladas en las cercanías, so pretexto de que si en un momento dado los orientales no estaban invadiendo o a punto de invadir la ciudad, sin duda la población local estaría sublevándose o preparando una sublevación; en ocasiones ambas cosas ocurrían al mismo tiempo.

Como resultado se fraguó una amistad entre orientales y humanos pocas veces vista en otros sitios; y así fue como los habitantes de Vadarabenglo sobrevivieron gracias al producto de esa amistad, es decir, haciendo contrabando en ambas direcciones. No es casualidad que, hasta el día de hoy, para trabarse en combate con un residente de la zona (los duelos son casi desconocidos allí; se prefiere una violencia menos formal) basta con llamar a alguien «recaudador de impuestos» y de inmediato se desenvainarán las espadas.

Pasaremos, pues, de la ciudad a la posada, fundada casi a comienzos del último reinado jhegaala por un erudito itinerante de la Casa Tsalmoth llamado Negro, que llegó huyendo de la caída de la república teckla. Se enamoró de las montañas y de sus habitantes, de modo que pensó en hacerles a ellos el servicio de mantenerlos ebrios, y a sí mismo el de enriquecerse con los que pasaban contrabando por la montaña. Se procuró, en consecuencia, una provisión de vino y cerveza, organizó el abastecimiento de vituallas selectas y abrió el hostel presidido por un cartel en el que ponía: «Posada Negro».

Tras pasar cincuenta años muriéndose de hambre, a ese meritorio caballero se le ocurrió preguntar a uno de los sirvientes que se morían de hambre con él por qué nunca llegaban viajeros.

—Porque los que pasan no saben que es una posada, patrón.
—Pero —dijo Negro, algo perplejo—, ¿no pone «posada» en el cartel?

—No lo sé —dijo el sirviente—; no sé leer.

—¿Cómo que no sabes leer?

—No, mi señor.

—Pero esto es intolerable. ¿Qué puedo hacer?

—Yo quiero aprender, patrón.

—No, no, idiota. ¿Cómo puedo conseguir clientela?

—Patrón, se acostumbra anunciar una posada poniendo fuera un cartel con alguna imagen pintada que da su nombre a la casa.

El erudito se marchó meneando la cabeza y murmurando, y al día siguiente volvió con un cartel en el que estaba escrito: «El Cartel Pintado». No obstante, esto tampoco produjo la necesaria mejora del negocio, y sin duda la empresa habría fracasado de no haber tenido él la buena fortuna de que lo capturaran los bandoleros de las montañas cuando volvía de comprar provisiones. Negro no tenía ninguna experiencia en bandoleros, ni los bandoleros tenían ninguna experiencia en eruditos, de modo que cuando cogieron las provisiones destinadas a la posada, él, inocentemente, redactó una factura y se la presentó humildemente al cabecilla de los bandidos.

El jefe de la banda primero se rio; luego vio que la factura, por una buena cantidad de vino y kethna ahumado, era, en realidad, bastante reducida.

—Vaya, al parecer no cobráis mucho por la comida.

—¿No? Es lo mismo que pido en la posada.

—¡Cómo! ¿Tenéis una posada?

—Así es. A menos de dos leguas siguiendo por esta misma carretera el camino se bifurca al pasar junto a una roca en forma de pico de halcón; allí se gira a la derecha y se llega a la posada, a la derecha del camino.

—Sí, he visto el sitio. ¿Decís que es una posada?

—Sí, señor, y os aseguro que seríais muy bienvenidos.

—¿Y éstos son vuestros precios?

—Aproximadamente. Como comprenderéis, serán un poquito más altos si tengo que tomarme el trabajo de poner la comida en los platos y pagarle a un sirviente para que los lleve a la mesa.

—Bueno, aquí tenéis vuestro dinero, amigo; sin duda nos veremos de nuevo.

—Será un placer serviros otra vez, de la misma manera que lo ha sido hoy.

Así fue como se corrió la voz sobre la posada, y cuando Negro murió, dejándola a su hijo mayor, llamado Castaño, la familia había amasado una fortuna considerable y la posada era famosa en la región.

Allí llegaron, pues, nuestros amigos, y encontraron comida, vino, establos para los caballos y habitaciones donde descansar mientras se preparaban para la etapa final del viaje. En compañía de algún otro viajero disfrutaron de la cena, consistente en salchichas asadas en un espetón y un caldo de setas frescas de la montaña, tocino de

kethna y ciertas hierbas que se cultivaban en el jardín del hostel. Al finalizar la comida, el posadero hizo que les llevaran un gran pastel de moras y nueces rojas, coronado de fruta en compota y crema de leche de cabra.

Ocurrió que Khaavren había comido más salchichas de lo debido, pues no estaba acostumbrado a la especiada cocina montañesa (influida, además, por la proximidad de los orientales), y que Aerich nunca comía dulces de ningún tipo porque suponía que le arruinarían los dientes, de los que se enorgullecía más que de cualquier otro aspecto de su apariencia. De modo que, mientras los demás huéspedes se disponían a atacar el pastel que, adviértase, descansaba sobre una fuente que ocupaba toda la mesa, Aerich aprovechó la oportunidad para indicar a Khaavren con una seña que quería hablar con él en privado.

Salieron, pues, de la sala común, y se pusieron a pasear cogidos del brazo por el patio del hostel, que tenía un jardín de piedra a un lado, un jardín de hierbas y verduras al otro, y un alto muro de piedra al fondo (que rodeaba otro patio), con puertas de acceso a las instalaciones exteriores, consistentes en un par de retretes, los establos y la casa del jardinero.

—¿Tienes algo que comunicarme, amigo mío? —dijo Khaavren mientras caminaban.

—He observado tu expresión —dijo Aerich.

—Sí, ¿y?

—Pareces preocupado.

—¿Yo? En absoluto.

—Bien, según dices, me equivoco.

—Sin duda, buen Aerich.

—¿Así, pues, no has estado mordiéndote los labios, hasta tal punto que todavía percibo la marca?

—Bueno... —Khaavren se lamió los labios como si quisiera esconder con la lengua la obra de sus dientes.

—¿Y no has estado clavándote las uñas en las palmas de las manos, de modo que los surcos aún son visibles?

—Es que... —Khaavren se ruborizó y rápidamente giró las palmas hacia adentro.

—¿Y no has estado suspirando, cada vez más, los últimos cuatro días de viaje, al punto que Pel y yo empezábamos a mirarnos justo antes de cada suspiro, por lo predecibles que se habían vuelto?

—¿Es cierto que he estado haciendo todo eso? —Esta vez Khaavren se sonrojó intensamente.

—Te doy mi palabra.

—Bien, es verdad que estoy preocupado.

—Si quieres, escucharé tus preocupaciones y te aconsejaré lo mejor que pueda.

—Sé que en ningún sitio encontraría un amigo tan sensato, y que ni siquiera en un discreto hallaría a un caballero tan perfecto.

—¿Me lo dirás, pues?

—Sí. Pero, ¿no lo adivinas?

—Bueno, creo que estás preocupado respecto a qué hacer con la baronesa Kaluma —dijo Aerich.

—Has acertado. He hecho una promesa...

—¡Ah! Una promesa.

—Sí.

—¿A una mujer?

—Sí, a una mujer.

—¿Una amada?

—Oh, en cuanto a eso, bueno...

—¿Sí?

—No digo que no.

—Deberías aprender a tener cuidado con las mujeres, amigo mío, no fuera que la boca te pusiera en una posición de la que los pies no pudieran sacarte ni las manos liberarte, y que te dejaría el cerebro confuso.

—Pero en los asuntos del corazón...

—Hay que tener aún más cuidado, ya que en los asuntos del corazón no se puede encontrar al cerebro por ninguna parte.

—El mal ya está hecho, pues he realizado una promesa.

—Sin embargo, también has realizado un juramento, al capitán G'aereth en este caso.

—Lo sé —dijo Khaavren, con un suspiro como los que el astuto lyorn había oído con la frecuencia cada vez mayor ya mencionada—. ¿Qué debo hacer, entonces?

—Es tan grave como pensaba —murmuró Aerich meneando la cabeza—. Bien, volvamos, tal vez encontremos algún consejo nuevo —añadió en voz alta.

—Será muy bienvenido —dijo Khaavren, y tras esta reflexión filosófica emprendieron la vuelta a la posada para reunirse con sus compañeros. Habían llegado al muro de piedra detrás del hostel cuando Khaavren levantó una mano indicándole a Aerich que se detuviera, mientras con la otra le indicaba que no hiciera ruido. Aerich, que nunca se mostraba curioso, se limitó a encogerse de hombros y a obedecer.

Si Khaavren realmente hubiera sido un tiassa (es decir, el animal), en una ocasión como ésa sus oídos felinos se habrían levantado primero bien erguidos y luego habrían apuntado hacia el muro, pues Khaavren había escuchado algo que le pareció muy significativo. Para ser precisos, había oído que alguien hablaba en voz muy baja; pero no tan bajo que no pudiera pescar estas palabras, dichas con el rudo acento de la región: «Están todos dentro poniéndose como cerdos, así que podemos hablar tranquilamente».

Ciertos errores, cuando descubrimos que algún desconocido los comete, claman por que se los corrija de inmediato. Por ejemplo, si nos encontráramos con que alguien dice, en un complaciente tono de voz, que la Casa Teckla jamás ha dado un

compositor notable, enseguida nos veríamos obligados a preguntarle si no ha oído hablar de G'hair de Clyferns, que compuso la Sinfonía de las Nueve Horas de los Sietes Modélicos. Si nos encontráramos con alguien que afirma que Serioli ya no vive en este mundo, nos gustaría llevarlo a la montaña Quijada, presentarle allí a Jggolfta, el bailarín de huesos, y entonces volvérselo a preguntar. Si nos encontráramos con un brujo oriental que declarase la superioridad de este arte sobre la hechicería que recibimos del Orbe, nos sentiríamos inclinados a sugerirle (pacíficamente, como es habitual en nosotros) que demostrase de inmediato su aseveración.

Sin embargo, puede que ciertos errores nos inspiren el deseo de dejar al que los comete en la ignorancia. Acertar a oír por casualidad que alguien dice que nadie puede oírlo, dando así a entender al interlocutor que pueden susurrarse secretos sin temor, parece entrar de pleno en la segunda categoría. En todo caso, así opinaba Khaavren, y por tal motivo le hizo la señal a Aerich.

Dirigiremos entonces nuestra atención al lugar adonde se dirigió la de Khaavren, es decir, al otro lado del muro de piedra que separaba el patio de la cabaña del jardinero.

—¿De modo que son cinco? —dijo el segundo interlocutor, que era, o bien una mujer con un tono de voz grave, o bien un hombre con un tono de voz agudo, pero en cualquier caso, la pureza de acento y pronunciación ponían de manifiesto que procedía de los alrededores de la ciudad de Dragaera.

—Cinco, sí, y un lacayo.

—Bueno, no son muchos.

—No, siempre y cuando no empleen la hechicería.

—¿Y si lo hicieran?

—Entonces, mi señor, son muchos más de los que su número indica.

—Bien —dijo el segundo interlocutor, de quien ya podemos decir con seguridad que era típicamente masculino—, si los sorprendemos, la hechicería no les será de ayuda.

—En lo que respecta a la hechicería, es verdad.

—Entonces eso es todo, ¿no es así?

—Mi señor, habéis resuelto sólo un problema.

—¿Suponéis que hay otro?

—Uno muy serio, mi señor.

—¿Sí? ¿Y de qué se trata?

—Que tenemos prohibido matarlos, mi señor.

—¿Prohibido?

—Constaba en las órdenes que recibí directamente de la señora.

—Pues bien, mis órdenes son las de la otra señora, la athyra. Sabes a quién me refiero, ¿no?

—Sí.

—Y ella no tiene tantos escrúpulos.

—No obstante, mis órdenes...

—Las montañas son escarpadas, altas y agrestes; es muy fácil que un extranjero sufra un accidente. Si ocurriera uno, es decir, si los visitantes fueran atacados por bandoleros, de los que estas montañas están llenas, pues bien, mientras el dragón no sospeche nada, no habría razón para dudar de mi generosidad, ni para pensar que te pueda suceder nada malo por ello.

—Mi señor, no soy un asesino.

—No, simplemente un fugitivo de la ley, uno cuya cabeza tiene precio.

—Estoy por pensar que me amenazáis, mi señor.

—¿Y si fuera así?

—Entonces os recuerdo que las montañas son escarpadas, altas y agrestes, y que es muy fácil que un extranjero sufra un accidente. Además, os recuerdo que soy un fugitivo de la ley, cuya cabeza tiene precio.

—Razonas bien, Baaro.

—Gracias, mi señor; creo que tengo una buena cabeza.

—Pero permíteme señalar algo que tal vez hayas pasado por alto.

—¿De qué se trata, mi señor?

—Si puedes prosperar en estas montañas es sólo gracias a los buenos deseos de los que viven aquí.

—Bien, es natural.

—Y los que viven aquí son leales a lord Adron.

—Igual que yo, mi señor.

—Pero supón que él pusiera a la gente en tu contra.

—No haría eso.

—Pero supón que lo haga.

—Entonces yo no podría sobrevivir.

—¿Y bien?

—Bien, repito que no haría algo así. Ni se implicaría en nada que se parezca a un asesinato.

—No es necesario que se implique ni que se ponga en tu contra; lo único que hace falta es que los pobladores de estas montañas lo crean así.

—¿Suponéis, mi señor, que podéis convencer a esa gente de algo así sin que él se entere?

—¿No te das cuenta, buen Baaro, que lord Adron todavía está en la ciudad de Dragaera negociando por el control de Campopimientos, de modo que no tiene forma de saber lo que se dice en su nombre?

—Vaya, es verdad. Lo único que se necesita, pues, es convencer a la gente de estas montañas de... ¿qué es eso que tenéis?

—Cómo, ¿no lo reconocéis?

—¿Es el sello de lord Adron!

—Precisamente.

—¿Por los dioses! ¿Cómo lo conseguisteis?

—No es asunto tuyo. Lo que importa es que lo tengo.

—Es evidente.

—Y además estoy deseando usarlo.

—Lo creo.

—Y puedo usarlo de manera que todos piensen que lord Adron se ha puesto en tu contra, en vez de hacerles creer que se ha vuelto en contra de los otros.

—Sí, es posible.

—¿Harás como te digo, entonces?

—Por lo visto no tengo elección.

—Bien. Entonces dime cuál es tu plan.

—Los extranjeros partirán mañana por la mañana.

—Probablemente.

—Justo antes de llegar a la carretera del Camino del Vado, que han de coger para dirigirse al castillo de lord Adron, hay un sitio con un banco de sicomoro a un lado de la carretera y una hilera de abedules al otro.

—Muy bien.

—Mis hombres se ocultarán allí, y los atacaremos con lanzas y espadas.

—¿Cuántos hombres?

—Treinta.

—Será suficiente. ¿Qué más?

—Bueno, los mataremos a todos.

—De acuerdo. Aquí tienes el oro.

—Gracias, señoría.

—Baaro, confío en que, a pesar de tu resistencia a cumplir los deseos de mi señora, no me guardes rencor por los medios que he tenido que emplear para convencerte.

—Mi señor, os aseguro que siento el mayor de los respetos por vos; y este oro disuelve cualquier duda que pudiera haber albergado.

—Me alegro. Volveré a verte cuando acabes tu misión y recibirás otra suma igual.

—Sois muy generoso.

—La athyra a la que sirvo es generosa. No lo olvides jamás.

—No lo haré.

—Entonces, eso es todo, Baaro.

—Hasta mañana, señoría.

En ese momento Khaavren tocó a Aerich en el hombro y le indicó con una señal que debían volver a la posada. Así lo hicieron y encontraron a sus compañeros tal como los habían dejado, salvo que en la mesa quedaba menos pastel. Khaavren y Aerich se aproximaron a la mesa, dedicaron una amable reverencia a todos los allí reunidos (debemos recordar que, además de sus compañeros, había otros viajeros), y

por señas pidieron a sus amigos que se reunieran con ellos fuera; una vez se hicieron y recibieron dichas señas, Khaavren y Aerich se disculparon, volvieron a salir y aguardaron a sus compañeros.

XXXIII

En el que se trata del arte de la emboscada y se proporcionan ejemplos

El primero en llegar fue Pel. Levantó las cejas interrogando a Aerich, que meneó ligeramente la cabeza para indicar que aún no era el momento de hablar. Uttrik acudió al cabo de un instante, seguido de Tazendra y Mica.

—¿Sí? —dijo Tazendra.

—Por aquí —dijo Khaavren, asumiendo el mando de la situación como si hubiera nacido para hacerlo. Señaló hacia la carretera en la dirección que tenían que tomar al día siguiente, donde se había construido una gruesa pila de piedras aparentemente para evitar que la ladera de la montaña cubriera la carretera de rocas y barro.

—¿Hay algo que ver por allí? —dijo Tazendra.

—No —dijo Khaavren—, pero hay algo de lo que hablar.

—¿Por qué no hablamos en la posada? Te diré que allí estaba instalada con más comodidad.

—Porque allí sería muy fácil que nos oyeran, amiga mía.

—Es sorprendente lo bien que se transmite el sonido en estas montañas —dijo Aerich.

—Vaya —insistió Tazendra, a quien, a pesar de lo acertado de la observación de Khaavren, le seguía molestando haber tenido que salir de la posada—, ¿supones que el sonido se transmitirá peor aquí, en la carretera, que en la posada?

—Si tuvieras la amabilidad de ordenar a Mica que se dé una vuelta por ahí y que mantenga los ojos y oídos bien atentos para vigilar que nadie nos observe, diría que podremos comunicarnos ciertos asuntos de importancia sin correr riesgos.

—Eso haré, entonces —dijo Tazendra, e indicó a Mica que cumpliera el encargo. El meritorio teckla asintió con gesto eficiente y, todavía con la banqueta en la mano, comenzó a rastrear los alrededores.

—Bueno, ¿qué tienes que decimos? —dijo Pel al cabo de un momento, en voz muy baja.

—Ansiamos saberlo —dijo Uttrik.

—Pues os lo diré —dijo Khaavren.

—¿De qué se trata? —dijo Pel.

—Veréis —dijo Khaavren—. Aerich y yo estábamos ausentes cuando os comisteis

el pastel.

—Eso ya lo sabemos —dijo Tazendra—. De hecho, incluso hice una observación al respecto, ¿no es cierto, Utrik?

—Así es —dijo el señor dragón.

—Fuimos a dar un paseo por la parte trasera de la posada —continuó Khaavren—, donde hay un sendero de piedra junto a varios estanques de agua clara; en caso de que desearas reflexionar sobre el infinito, harías bien en mirar en su interior.

—Oh —dijo Tazendra—, ya he acabado con las reflexiones.

—Bien, pero nosotros no.

—¿Y a qué os ha llevado esa reflexión vuestra?

—Oh, no tiene importancia. Lo que sí importa es lo que hemos oído mientras reflexionábamos.

—Ah, ¿oísteis algo?

—Sí, por casualidad.

—¿Y qué oísteis por casualidad? —preguntó Pel con calma.

Khaavren repitió rápidamente la conversación, tan al pie de la letra como pudo, y lo hizo realmente muy al pie de la letra, pues tenía una gran cabeza y, como es bien sabido, una cabeza grande permite una mayor capacidad de memoria. Cuando estaba acabando, llegó Mica e hizo una reverencia a los presentes.

—Caballeros —dijo—, he dado tres vueltas por la zona, en círculos crecientes. En una ocasión me pareció oír a alguien, pero un examen más atento demostró que se trataba de una norska, al parecer tan preocupada por mis intenciones como yo por las suyas.

—Muy bien, Mica. Puedes quedarte aquí —dijo Tazendra.

—Pero entonces —dijo Utrik—, ¿dónde tendrá lugar la emboscada?

—¿Emboscada? —dijo Mica.

—Calla —dijo Tazendra.

—Por esta misma carretera, si he entendido bien —dijo Khaavren.

—Yo entendí lo mismo —dijo Aerich—. Tal vez media milla más adelante.

—¿Qué debemos hacer, entonces? —dijo Pel.

—Bueno —dijo Tazendra—, creo que tendríamos que esperar a los bandoleros en un lugar más elevado que el de la emboscada y entonces tenderles nuestra propia emboscada.

—Qué vergüenza —dijo Aerich—. ¿Un ataque sorpresa?

—Vaya —dijo Khaavren—, yo no estoy muy lejos de pensar como Tazendra. Ten en cuenta que somos cinco contra treinta y que, además, ellos intentaban atacarnos exactamente así.

—No obstante... —dijo Aerich.

—Mi querido amigo —dijo Pel—, ten presente que estamos tratando con bandoleros, no con caballeros.

—Es verdad —dijo Aerich—. Sin embargo...

—Y además piensa que, si no lo hacemos, tendremos que admitir que hemos fracasado en nuestra misión, lo cual no encaja bien con mi temperamento, o bien metemos de cabeza en una emboscada, con un resultado igualmente insatisfactorio, pues os hago saber que aprecio mi piel casi tanto como aprecio el éxito.

—Bueno, podemos adelantarnos y dirigimos al castillo.

—¿Y dejar atrás al enemigo? —dijo Uttrik.

—De acuerdo —dijo Aerich con un suspiro—. ¿Tenéis un plan de ataque?

—Yo sí —dijo Uttrik.

—Dilo —dijeron los demás.

—Veréis. Debemos salir de la posada por la mañana, tal como habíamos planeado, con la salvedad de que tendremos que hacerlo muy lentamente.

—¿Por qué? —dijo Tazendra.

—Te lo diré. Sin duda, cuando partamos habrá alguien vigilándonos que informará a los de la emboscada de que pronto llegaremos. Estaría bien que les dijera que no avanzamos con mucha prisa.

—¿Y eso por qué, mi señor? —preguntó Pel con suma cortesía.

—Porque así no resultará sospechoso que tardemos mucho en llegar.

—Bien —dijo Tazendra—, si avanzamos despacio, es natural que no lleguemos allí tan pronto como si fuéramos al trote.

—Exacto —dijo Uttrik.

—Bien pensado —dijo Khaavren.

—Pero por lo visto —dijo Tazendra—, llegaremos igualmente a la emboscada, y si lo hacemos más despacio...

—Tazendra no lo comprende —dijo Aerich muy serio.

—Bueno, es verdad —dijo Tazendra.

—Lo que intentamos —dijo Pel— es dar un rodeo y llegar a la emboscada por detrás. Si empleamos el plan de Uttrik, con el que estoy por completo de acuerdo —y aquí dedicó una reverencia al señor dragón, que le devolvió la cortesía—, no los alertaremos innecesariamente.

—¿Dividiremos nuestras fuerzas? —dijo Khaavren.

—Tazendra, ¿has tenido oportunidad de cargar la piedra destello que has utilizado antes de manera tan efectiva?

—No, no he tenido ocasión.

—En ese caso...

—Disculpa —dijo Pel—, pero deberías preguntar también si alguno de nosotros tiene un artilugio de esos.

—¿Cómo! ¿Hay más?

—Bueno, cuando se es amigo de una hechicera —le hizo una reverencia a Tazendra—, es casi como si uno mismo pudiera preparárselas.

—Entonces, ¿cuántos de esos famosos artefactos tenemos?

—Tres, mi señor —dijo Pel—. Y el mío con una carga en verdad muy potente,

tanto que podría derribar del caballo a cuatro adversarios.

—¿Ése y dos más?

—Es tal como os he dicho, mi señor.

—Entonces tú y Tazendra os situaréis por encima del camino, y Khaavren, Aerich y yo lo controlaremos por debajo.

—¿Y la señal? —dijo Tazendra.

—Pel, cuando juzgues que es el momento, simplemente descarga tu piedra contra el grupo mayor, y el resto atacaremos inmediatamente después.

—De acuerdo —dijo Pel.

—Y atención, cargaremos desde el bosque empleando piedras destello; por lo tanto, si hacemos bastante ruido creerán que somos más y abandonarán la emboscada.

—Sin embargo —dijo Khaavren frunciendo el ceño—, son por lo menos treinta.

—Pues sí —dijo Uttrik—. ¿Y?

—Aún me pregunto cómo nosotros cinco podemos derrotar a treinta adversarios.

—Bien, quizá no los derrotemos —dijo Uttrik.

—Pero será una buena pelea —dijo Tazendra.

—De eso no cabe duda —dijo Pel; sonrió sombríamente y dejó la mano descansando sobre la espada. Y entonces volvieron a la posada, pues se había hecho tarde mientras hablaban.

La emperatriz Undauntra I, poco antes del fin de la Guerra de las Copas de Vino, es decir, el día de la batalla que le permitió ganar el Orbe, hizo la siguiente observación mientras pasaba revista al ejército:

—Siempre sé quién no ha visto jamás una batalla.

Cierto subalterno, por cuyas cartas conocemos la historia, la oyó por casualidad, y le preguntó si lo notaba porque parecían nerviosos.

—No —dijo con brusquedad—, cualquiera en su sano juicio está nervioso antes de la batalla.

—Entonces, ¿es que están más impacientes por combatir que los que tienen más experiencia?

—En mi ejército, todos lo están.

—Entonces decidme, mi señora, ¿cómo lo sabéis?

—Porque parecen más cansados que el resto.

Por más duelos que se hayan librado, o por muchas escaramuzas de esas que llegan inesperadamente en las que se haya participado, la sensación que se tuvo en la víspera de la primera batalla es inigualable. Descansar la cabeza en la almohada y decirse: «Ésta puede ser la última vez que duerma en mi vida», o preguntarse, cada vez que los ojos empiezan a cerrarse: «¿Seguiré vivo y de una pieza mañana a esta hora?», es suficiente para que cualquier atisbo de sueño quede desterrado a los confines más oscuros de la posibilidad.

En favor de Khaavren hay que decir que la noche que precedió a su primera

batalla verdadera por lo menos consiguió dormirse unas cuatro horas antes del momento en que el posadero había acordado despertarlos con klava dulce y caliente, cargado de miel y leche de cabra.

De modo que, para hacerle justicia, hemos de decir que se despertó, si no del todo descansado, al menos con el entusiasmo suficiente para compensar la deficiencia, es decir, completamente alerta y, aunque nervioso, con la cabeza fría y listo para el combate.

Pasaba exactamente media hora de las ocho de la mañana cuando Khaavren llegó al borde de la escalera y se encontró con Tazendra y Mica. Este último mostraba cierta preocupación en el rostro, mientras que los ojos de la primera brillaban como sólo los de un señor dzur pueden hacerlo cuando están a punto de participar en una batalla en la que se encuentran en inferioridad numérica. Al pie de la escalera hallaron a Aerich tranquilamente sentado a una mesa, mirando por la ventana. Uttrik estaba fuera, ocupándose de los caballos, y Pel bajó al cabo de un momento. Arreglaron cuentas con el posadero y, por consejo de Uttrik, el luchador más veterano de ellos, pusieron especial cuidado en revisar las monturas y los pertrechos, y se aseguraron de tener las piedras destello al alcance de la mano y de que las espadas salían con soltura de las vainas y estaban dispuestas.

—Pues bien, vamos, caballeros —dijo Uttrik.

—Pero despacio —dijo Khaavren, sin hacer ningún esfuerzo por hablar en voz baja—. Es una mañana muy bonita, y quiero disfrutar del viaje.

—Como quieras —dijo Pel, y guiaron los caballos fuera del patio de la posada del cartel pintado.

Tal como había dicho Khaavren, era una hermosa mañana. Aunque todavía era pleno verano, las montañas refrescaban el aire y los continuos torrentes y brisas caprichosas por los que el monte Bli'aard es justamente famoso lo refrescaban aún más. Además, el cielo rojo anaranjado era transparente, como lo es en el este, y ese día estaba tan por encima de ellos que cobraba un leve color lila, y el Horno, que siempre se siente pero nunca se ve, era casi visible. Si se miraba en cierta dirección, casi justo frente a ellos, no se podía evitar que los ojos lagrimearan queriendo cerrarse y sentir el extraño, inexplicable deseo de estornudar, lo cual todos ellos hicieron varias veces.

Fueron carretera arriba a paso lento y regular durante una legua; entonces, justo antes de llegar a la última curva que los llevaría al lugar de la emboscada, Uttrik hizo una señal, a la cual guiaron sus caballos fuera de la carretera, desmontaron y los ataron a los árboles. Después cada uno se escabulló al lugar asignado.

Aunque había árboles a ambos lados del camino, no estaban tan juntos como para que Khaavren temiera quebrar una rama con la cabeza o tropezar con una raíz que asomara. Y como en su mayor parte eran pinos de montaña, ofrecían un excelente escondite, que Khaavren, junto con Aerich y Uttrik, aprovechó. Bajaron por la ladera alejándose bastante, describieron un amplio círculo, y comenzaron a subir otra vez. Atravesaron lo que claramente eran las huellas de un dragón, pero, afortunadamente,

no vieron más signos de la bestia que esos.

—Oh —dijo Aerich por fin, en voz baja.

—¿Qué pasa? ¿Los ves? —susurró Uttrik.

A modo de respuesta, el lyom señaló ladera arriba, donde más de una docena de hombres y mujeres mal vestidos esperaban con las armas desenfundadas, observando el camino.

—Acerquémonos más —dijo Khaavren, a quien empezaba a subírsele la sangre a la cabeza.

—De acuerdo —dijo Uttrik—. Pero cuidado.

La maniobra los acercó tanto que casi podían oír los susurros de los bandidos.

—Ahora —dijo Uttrik al oído de Khaavren y de Aerich— tenemos que esperar a que...

Pero lo que había que esperar ocurrió, o para ser más precisos, se oyó el estallido repentino e inconfundible de la descarga de una piedra destello. Uttrik, que ya había participado en otras batallas y, por lo tanto, podía anticipar el zumbido en los oídos que sienten los que están cerca del sonido, empleó el instante inmediatamente posterior en desenvainar la espada. Al observarlo, Khaavren y Aerich no tardaron en hacer lo mismo, y además cada uno se puso la piedra destello en la mano izquierda.

—Creo, señores —dijo Uttrik—, que es el momento de atacar.

—Bueno —dijo Aerich, encogiéndose de hombros—. Opino que el honor del mando ha de ser vuestro.

—Estoy de acuerdo —dijo Khaavren.

—Bien, entonces voy a dar la orden.

—Hacedlo —dijo Khaavren—, estamos con vos.

—¡Pues al ataque! —exclamó, y, con estas palabras, Uttrik trepó por la colina, con Khaavren y Aerich pisándole los talones. Aun antes de que su presencia fuera advertida, oyeron gritos y el entrechocar de los aceros al otro lado de la carretera. Aquellos a los que atacaban habían centrado la atención en el tumulto del otro lado del camino, dejando así las espaldas al descubierto, a merced de los tres amigos que se dirigían hacia ellos.

Khaavren frunció el ceño al advertir que, fuera cual fuese su posición, su primer golpe sería a la espalda de un hombre que no se esperaba semejante ataque. No obstante, dejó la idea a un lado y se dispuso a asestarlo.

—Excusadme, caballeros, pero realmente sería mejor que entregarais vuestras armas —dijo Aerich en voz alta y resonante.

Khaavren tuvo la nítida impresión de que varios rostros lo contemplaban con asombro y después con incredulidad, y durante un instante nadie se movió. Por fin alguien hizo un movimiento, pequeño en sí mismo, un pie que se desplaza, una mano que se reacomoda sobre una empuñadura, pero, como el guijarro que desencadena una avalancha, fue suficiente.

El brazo de Khaavren, que parecía recibir las órdenes directamente de los ojos, sin

que tuvieran que pasar por ningún otro sistema, golpeó una y otra vez. De pronto se sintió en medio de una tormenta de acero que se arremolinaba a su alrededor y amenazaba con barrerlo; entró en ese estado en que las heridas, infligidas o recibidas, son irreales, pues lo único que importa es el patrón de movimiento, en constante evolución, en el que los actos más explícitos son sutilezas y los detalles más delicadamente ajustados son grandes jugadas; una media vuelta a la izquierda por aquí, una estocada a la derecha por allá, un ajuste con la daga para protegerse de un golpe por aquí, un giro para desarmar al rival por allá; hasta que, al cabo de un tiempo que le pareció inexistente de no ser por las imágenes poderosas, aunque fragmentadas, dispuestas en su memoria para que la mente las considerara, todo quedó en calma otra vez y Khaavren se encontró en el campo de batalla, en medio de la carretera, con sus amigos sanos y salvos, excepto por algunos rasguños.

Lo que en realidad sucedió fue lo siguiente: la emboscada estaba formada por quince adversarios a cada lado del camino. Tal como Uttrik había previsto, uno de ellos se había escondido cerca de la posada y había corrido a decirles a los demás que sus víctimas habían partido, pero que sólo cabalgaban al paso. De hecho, el plan de Uttrik había funcionado tan bien que las tropas de Baaro, si podemos llamarlas así, ni siquiera habían empezado a impacientarse cuando Pel decidió que ya había pasado el tiempo suficiente y liberó la potente carga de su piedra destello.

Las tropas de Baaro estaban muy apiñadas, de modo que el ataque, aunque sólo mató a uno de ellos, aturdió o hirió a cinco, mientras que otros tres huyeron aterrorizados por la carretera, así que sólo quedaron seis a ese lado del camino. Hay que destacar que la descarga fue de una fuerza tal que el propio Pel, además de quedarse casi sordo por el estampido, tuvo que esperar un momento para recobrase. Por fortuna a Tazendra no le hizo falta; tenía el espadón desenvainado, y antes de que los seis bandidos restantes se recuperaran del impacto, ya había derribado a dos, incluyendo al propio Baaro, al que mató de un golpe en el cuello. Los otros cuatro consiguieron ponerse en posición defensiva, y las cosas no le habrían ido bien a Tazendra de no ser porque Mica, situado sobre un saliente de piedra cercano y ligeramente elevado, le asestó a uno tal golpe en la cabeza con su fiel banqueta que el malhechor cayó al instante; al mismo tiempo, Pel, que ya se había recuperado y había desenvainado el arma, atacó ferozmente a una de las mujeres y, al cabo de tres pases, le clavó la hoja en el muslo, de modo que quedó extendida cuan larga era sobre el camino. Él y Tazendra se volvieron hacia los dos restantes, que apenas si opusieron una resistencia simbólica durante un momento antes de dar media vuelta y salir corriendo por la carretera lo más rápido que pudieron. Tazendra y Pel se precipitaron al otro lado del camino. Allí la batalla iba en serio, pues aunque Khaavren había herido a uno con la piedra destello (sin siquiera darse cuenta), Aerich no había logrado descargarla. Se encontraron de pronto luchando a la defensiva. Aerich, en una punta del triángulo que formaban, evitaba tranquilamente los golpes con los avambrazos y atacaba sólo cuando encontraba una abertura clara; de esta forma había

herido de gravedad a dos de los atacantes. Uttrik, que peleaba con dos espadas largas, se encontraba algo entorpecido por la naturaleza defensiva del combate, aunque se las había arreglado para matar a uno de los adversarios, al que Aerich había hecho trastabillar, y herir a otro que se había impacientado por la ferocidad de la defensa.

Khaavren luchaba con la espada y el puñal; había desenvainado este último sin pensar cuando descargó la piedra destello, e hizo buen uso de la confusión creada por los otros dos; es decir, se lanzaba al ataque y enseguida retrocedía; se agachaba para esquivar los golpes y apuñalaba; daba una vuelta completa para golpear desde ángulos inesperados; se reía en la cara de sus adversarios; y así había derribado a uno de ellos con un tajo en el costado e infligido una docena de cortes menores y rasguños para que el enemigo aprendiera a respetar sus armas.

Eran entonces nueve contra tres, y si los bandoleros se hubieran organizado en lugar de ir cada uno por su lado, todo habría acabado rápidamente. De hecho, intentaban coordinar una acometida cuando Pel y Tazendra llegaron y los atacaron por la retaguardia. Que los atacaran por detrás dos veces en la misma batalla fue, por lo visto, más de lo que podían soportar, pues cuando Tazendra le machacó la cabeza a uno de ellos, matándolo, se desbandaron de forma confusa y desordenada, dejando el campo libre, por así decirlo, a los cinco compañeros y a Mica. Hemos de añadir que tras asestar el golpe el teckla parecía tan tranquilo como el mismo Aerich.

Así pues, nuestros seis personajes dirigieron la vista a los muertos y heridos que los rodeaban.

—Bien —dijo Khaavren—, creo que ya es hora de continuar el viaje.

—Los caballos están por allí —dijo Aerich.

Y así, dejando tras ellos su primera batalla, recuperaron los caballos, montaron, pasaron sanos y salvos por el escenario de la carnicería y continuaron hacia Cararroja, hogar de Adron e’Kieron y refugio, según creían, de Kathana e’Marish’Chala.

XXIV

En el que se muestra que tres peniques de cobre bien gastados valen más que sesenta orbes empleados con descuido

Se podría pensar que, habiendo llegado al umbral mismo, por decirlo así, del castillo de Cararroja, las escasas leguas restantes no presentarían muchos problemas, en especial teniendo en cuenta que había una carretera que iba en esa dirección. En realidad, nada más lejos de la verdad. La carretera, al cabo de un corto trecho, empezaba a dividirse, y seguía dividiéndose una y otra vez. Uttrik, cuyo hogar en Campopimientos no estaba lejos de Bli'aard, sabía que casi todos los caminos acababan en granjas, canteras, arroyos, cuevas o contra muros ciegos, e incluso algunos terminaban en un pozo o en el borde de un acantilado que aparecía de repente. Esta era una de las defensas que concibió Maalics e'Kieron, cuando, allá por el Ciclo Quinto, conquistó el territorio y comenzó la construcción del castillo. Uttrik, que estaba familiarizado con la zona, no resultó de ayuda en ese problema. *

Hemos de decir que tampoco los habitantes colaboraron. Varias veces los compañeros les preguntaron por la dirección que debían tomar, y hasta pagaron por ello, para encontrarse al final con que el guía desaparecía.

A medida que su frustración crecía, aumentaban los pagos y los reforzaban con amenazas de todo tipo, pero sin resultado.

—¿Creéis —dijo Uttrik— que es así como se trata a los extranjeros en estas montañas?

—Bueno —dijo Khaavren—, recuerda que ha corrido la voz en contra de nosotros. Podemos sentirnos afortunados de que estos campesinos no nos hayan atacado, en lugar de sólo haber perdido sesenta orbes.

—Pero por lo visto podríamos estar deambulando por las montañas durante días hasta encontrar el camino correcto —dijo Uttrik—, lo que me irrita mucho, considerando que, cada vez que llegamos a un sitio sin árboles que tapen el cielo, puedo ver el castillo tan claramente como veo el cielo mismo.

—Bien —dijo Khaavren—, entonces, ¿qué plan tienes?

—Mataremos a unos cuantos campesinos colgándolos de los árboles, y eso hará que los demás nos respeten.

—Bah —dijo Aerich—. Vamos a visitar a lord Adron, y éstos son sus vasallos. Es poco probable que nos lo agradezca. Además, puede que jamás salgamos de estas

colinas, pues los campesinos son muchos, no les gustan los extranjeros, se han aliado contra nosotros y pueden ponerse violentos en cualquier momento.

—Pues bien —dijo Khaavren—, ¿cuál es tu plan?

—Mi plan es regresar a la posada, enviar un mensaje al castillo y pedir que nos guíen. Somos caballeros; no hay motivo para que lord Adron rehúse.

—A mí sí se me ocurre un motivo —dijo Khaavren.

—¿Cuál?

—Que él no está aquí sino, tal como nos han dicho, en la ciudad de Dragaera.

—Ah, es verdad —dijo Aerich, momentáneamente perplejo—. Me había olvidado de la circunstancia.

—Pues escuchad mi plan —dijo Tazendra.

—Sí —dijeron los demás—, escuchemos el plan de Tazendra.

—Enviaremos a Mica a que investigue. Los campesinos no se negarán a hablar con él, ya que es también un campesino, y lo averiguará.

—Bah —dijo Pel—, lleva tu librea; lo reconocerán.

—Podemos quitársela.

—Eso huele a engaño —dijo Aerich, frunciendo el ceño.

—Además —dijo Pel—, para estos montañeses él es un extraño; por lo tanto, no tendrá más suerte que nosotros.

—Muy bien —dijo Khaavren—, ¿cuál es tu plan?

—Mi plan es muy sencillo. Regresaremos a la posada, apresaremos al posadero, o en realidad a cualquier campesino, y haremos que el rehén, bajo amenaza de muerte, nos revele el camino correcto. Además, lo llevaremos con nosotros, dejándole claro que perderá la vida si nos guía mal. ¿Qué opináis de este plan?

—Yo, por mi parte —dijo Tazendra— adoptaría la idea de Pel.

—Y yo —dijo Uttrik.

Mica, que parecía aliviado ante cualquier plan que no le exigiera quitarse la librea, mantuvo un respetuoso silencio, pero de su expresión se desprendía que estaba de acuerdo.

—¿Y si pensara que el deber es más importante que la vida —dijo Aerich, impasible—, lo mataríais por el crimen de ser leal a su señor?

—Oh —dijo Pel—, en cuanto a eso...

—Además —continuó Aerich—, ya sabéis lo que opino de cualquier aventura que implique tomar rehenes.

—Los rehenes —intervino Uttrik—, son parte legítima de la guerra.

—Completamente cierto —dijo Aerich—. Pero, ¿crees que estamos en guerra con lord Adron?

—Bueno —dijo Tazendra—, no estamos muy lejos de ello. Hemos malgastado unos buenos sesenta orbes, lo bastante para que me rechinen los dientes.

—Sin embargo... —comenzó Aerich.

—Pero, buen Aerich —interrumpió Khaavren—, no podemos vagar eternamente

por estas montañas.

—No hay necesidad —dijo el lyom con una sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque todavía no hemos oído tu plan.

—¿Cómo mi plan?

—Sí, sí —dijo Tazendra—. Cuéntenos tu plan, Khaavren.

—¿Insistís, entonces, en que tengo un plan? —dijo el tiassa, con una sonrisita en los labios.

—Es verdad —dijo Pel—, tú siempre tienes un plan.

—Bueno, estáis en lo cierto, tengo uno —dijo Khaavren.

—Entonces —dijo Uttrik—, ten la bondad de decimos de qué se trata y, si nos gusta, lo adoptaremos.

—Bien, mi plan es que cojamos este sendero.

—¿Este? —dijo Tazendra—. ¿Por qué éste y no cualquier otro?

—Porque en éste, y no en cualquier otro, hay un caballo muerto a unas treinta yardas de donde estamos, y, a no ser que me equivoque, por la montura se ve que el caballo pertenece a la posta.

—¿Y qué? —dijo Uttrik.

—Pues que parece que la pobre bestia murió de agotamiento, lo que significa que el mensajero tenía prisa. Ahora bien, yo diría que un mensajero tiene que conocer el camino correcto, y, además, es probable que un mensajero que lleva prisa se dirija a Cararroja y no a cualquier otro lado de estas malditas montañas. Bueno, ¿qué os parece mi plan?

Uttrik, que no conocía a Khaavren desde hacía tanto tiempo como los demás, lo miró francamente sorprendido.

—Tu intelecto, amigo mío —dijo Aerich—, es tan bueno como tu espada, y casi tan agudo.

—Bien —dijo Tazendra—, tomemos este sendero ya mismo.

El castillo de Cararroja, residencia de Su Alteza Adron e'Kieron, heredero dragón al trono, duque de la Vigía Oriental, conde de Korio y Sky, etc., etc., sigue siendo una obra maestra de ingeniería que rivaliza con los castillos flotantes del linaje e'Drien (de los que sólo el Castillo Negro perdura) y posiblemente con la montaña Dzur, si es que alguna vez se resuelve el misterio de ese enclave extraño. Para empezar, consiste, literalmente, en miles de murallas, con torres colocadas de forma irregular que miran en todas las direcciones. Estas murallas, entiéndase, son a la vez gruesas y altas, y, además, se adaptan tan perfectamente a la forma de la montaña en la que están embutidas que es como si la misma montaña las hubiera creado a partir de su propia roca antes de dignarse a permitir que la progenie de Kieron el Conquistador, el más antiguo y orgulloso linaje dragón, construyera allí su hogar.

Al sur está la Cararroja propiamente dicha, un precipicio de más de dos mil pies que cae sobre el río Oriental, o mejor dicho, sobre las rocas que sobresalen del río y

provocan sus traicioneros remolinos y rápidos. Al oeste está la ladera del monte Bli'aard, en comparación más suave, que baja hasta la ciudad más cercana, es decir, Troe, o la que en aquel entonces se llamaba Vadarabenglo. Al norte la montaña se eleva algo más, hasta una línea de puestos de vigilancia ocupados por la Casa Dragón desde hace miles de años. Se extiende hasta el monte Kieron, tras el que se halla la meseta elevada de Campopimientos, y por fin desciende al valle de la Sal, más allá del cual se encuentra la región de Casa Arenosa. Al este están los picos distantes de la Pared de Hierro y la Corona Blanca, que conducen a las tierras de los orientales.

El castillo consta de varios edificios grandes, comunicados entre sí mediante una ingeniosa serie de túneles diseñados para que se transporten los suministros de forma fácil y rápida a cualquier punto de la muralla, así como para proporcionar albergue tanto a la guarnición imperial que está siempre acuartelada allí como al ejército estable que el duque, por costumbre y por derecho, mantiene para proteger su enclave. El torreón de lord Cararroja, como se lo llama a veces, es decir, si nuestros lectores nos perdonan la confusión, al señor del castillo se lo llama a veces lord Cararroja, y por eso a su morada se la llama a veces el torreón de lord Cararroja; ese torreón, decíamos, es la estructura más alta. Está situado en el centro de un laberinto de patios y estructuras auxiliares; tiene nueve torres y está rodeado de una serie propia de murallas, puertas y puestos de vigilancia.

Al avanzar por la carretera hacia el castillo, Khaavren, Tazendra y Pel iban en cabeza y Aerich y Utrik en la retaguardia junto con Mica, que parecía disfrutar de la conversación de Aerich, consistente en largos silencios interrumpidos por silencios cortos.

—He estado otra vez haciéndome preguntas —dijo Tazendra poco antes de llegar a la muralla exterior.

—Creía que habías abandonado esa actividad —dijo Pel encogiéndose de hombros.

—Bueno, por lo visto no puedo evitarlo.

—No dejar de hacerse preguntas —dijo Khaavren— es señal de inteligencia.

—¿De veras? —dijo Tazendra, muy complacida ante la idea.

—Por supuesto.

—Bueno, me alegro. Sospechaba que era inteligente; ahora lo sé, por eso...

—¿Sí?

—Seguiré haciéndome preguntas.

—Me parece bien —dijo Khaavren.

—Sin embargo, me gustaría encontrar una respuesta a la pregunta que me asalta con tanta insistencia.

—Comprendo tu irritación —dijo Pel—, pero te ruego que lo vuelvas a considerar.

—¿Que lo vuelva a considerar?

—Exacto.

—¿Por qué?

—Porque si lo preguntas, puede que te respondan.

—Pero si es lo que quiero.

—No —dijo Pel—, no lo es.

—¿Cómo que no?

—En absoluto, te lo aseguro.

—Pero creo que precisamente por eso quiero hacer la pregunta.

—Y haces mal —dijo Pel rápidamente.

—Pero, ¿querrás decirme por qué?

—Con mucho gusto.

—Te escucho, pues.

—Bien, éste es el motivo: si tu pregunta es respondida, dejarás de hacerte preguntas.

—Bueno, ¿y?

—Vaya, ¿no acabas de decir que querías seguir haciéndote preguntas, porque eso es signo de inteligencia?

—Oh, pero no hay por qué preocuparse al respecto, Pel.

—¿Por qué no, Tazendra?

—Porque, para anticipar que el futuro sea como el pasado...

—Lo cual, según creo, sucede a menudo.

—Sí, exacto. Pues bien, para anticipar que el futuro sea como el pasado, me parece que una vez hayas respondido a mi pregunta me veré obligada igualmente a seguir haciéndome preguntas.

Pel, que no podía más que estar de acuerdo con la extrema justicia de la observación, se quedó en silencio.

—Bien, dinos qué es lo que te preguntas —dijo Khaavren.

—Lo haré. Se trata de lo siguiente: ¿qué vamos a hacer cuando lleguemos al castillo de Cararroja?

—Solicitaremos hablar con lord Adron —dijo Khaavren—. Lo ves, ya tienes la respuesta.

—Pero querido Khaavren, es justo lo que me temía.

—¿Por qué?

—Porque hace que me pregunte aún más cosas.

—¿Qué? ¿Te haces más preguntas?

—Así es. ¿Qué me dices a eso?

—No tenía ni idea de que eras tan inteligente.

—Bien, lo cierto es que mi primo segundo por parte de madre, Deraff, era táctico.

—¿Era, dices?

—Sí —dijo Tazendra—, lo mataron en una emboscada en su primera campaña.

—Qué desgracia.

—Sí, siempre lo he pensado. Pero demuestra que hay inteligencia en mi familia.

—Vaya, estamos de acuerdo contigo —dijo Khaavren.

—Por otra parte —continuó Tazendra—, me parece que cuando alguien es patizambo, o de brazos largos, o alto de estatura, a menudo sus antepasados también lo son; por lo tanto, ¿por qué la inteligencia no habría de transmitirse también en una familia?

—Creo que tienes mucha razón —dijo Pel.

—¿Estás de acuerdo?

—Eso he dicho.

—Entonces quedo convencida de mi inteligencia.

—Bien —dijo Khaavren—, de eso ya no cabe duda.

—Sin embargo —dijo Pel—, siento curiosidad por saber qué se pregunta ahora Tazendra.

—Sólo esto —dijo ella—. Habéis dicho que solicitaremos ver a lord Adron.

—Correcto —dijo Pel.

—Pero pensaba que nos acabábamos de enterar, por la conversación que escucharon Khaavren y Aerich, que estaba en la ciudad de Dragaera, de donde, como sabéis, salimos hace algunas semanas.

—Vaya —dijo Khaavren—, es verdad.

—Entonces no estará aquí.

—También es cierto.

—Pues eso es justamente lo que me pregunto: ¿por qué íbamos a solicitar verlo, sabiendo que no está aquí?

—Porque —dijo Pel— es su casa y, por lo tanto, si vamos allí, lo que corresponde es preguntar por él.

—¿Y si no está en casa?

—Entonces —dijo Khaavren— diremos que deseamos esperarlo.

—Pero puede ser una larga espera.

—En realidad —dijo Khaavren—, ojalá lo sea.

—Ah, ¿sí?

—Dependemos de ello.

—Pues entonces, no entiendo.

—Te aseguro —dijo Khaavren— que no por ello subestimo tu inteligencia.

—Menos mal —dijo Tazendra—. Sin embargo, me pregunto qué haremos mientras lo esperamos.

—Bien, ¿qué hemos venido a hacer aquí?

—No estoy segura —dijo Tazendra—. Lo único que sé es que debemos encontrar a la baronesa Kaluma.

—¿Y dónde está? —persistió Khaavren.

—¡Los dioses! Creo que en Cararroja, de lo contrario habremos perdido muchas semanas viajando.

—Pues bien, mientras esperamos a lord Adron, buscaremos a Kathana

e'Marish'Chala.

—Oh —dijo Tazendra mientras los ojos se le agrandaban de asombro—. Ya lo entiendo.

—Entonces, tendrás que encontrar alguna otra cosa que preguntarte —dijo Pel.

—Oh, lo haré —dijo Tazendra—. Puedes estar tranquilo al respecto. Sólo que no hay prisa, ¿verdad?

—No —dijo Pel—, creo que puedes tomarte tu tiempo.

—Menos mal —dijo Tazendra.

—Ya hemos llegado —dijo Khaavren, al salir de la última curva del camino. Encontraron la puerta occidental con las dos hojas abiertas, dejando en la muralla una abertura suficiente para que pasaran tres coches lado a lado sin rozarse. Saludaron a los guardias y entraron en el patio central, donde entregaron los caballos a unos sirvientes, tras lo que nuestros amigos fueron admitidos en una antecámara acogedora del castillo principal, donde dieron sus nombres y solicitaron hablar con lord Adron, si estaba disponible.

El sirviente hizo una reverencia y les pidió que esperaran mientras lo averiguaba.

—Bueno —dijo Tazendra una vez se marchó—, ¿qué creéis que ha ido a averiguar?

—Sin duda —dijo Khaavren—, ha ido a preguntar qué hacer con los que quieren ver a su señor mientras su señor no está en casa. Confíemos en que nos permitan esperarlo.

—Muy bien —dijo Tazendra—. Y mientras esperamos, aprovecharemos la oportunidad para buscarla a ella.

—Exacto —dijo Utrik con una expresión entusiasta.

—Mi querido Utrik —dijo Aerich.

—¿Sí?

—Pase lo que pase, seremos huéspedes en casa de lord Adron, y la baronesa es otra huésped.

—Sí, ¿y?

—Confío en que observarás la etiqueta debida a los huéspedes.

—No obstante, es una criminal, y además mató a mi padre.

—Es una huésped —repitió Aerich lacónicamente.

—Bien, ¿y si se me metiera en la cabeza hacerle afrontar sus actos, y obligarla a que se responsabilice de sus consecuencias?

—Entonces tendríamos que cruzar nuestras espadas.

—Mi querido lyom...

—Lo lamentaría en el alma, te lo aseguro.

—Pero parece...

—Perdón, caballeros —dijo Khaavren—, pero permitidme sugerir que nos abstengamos de vender la piel antes de cazar el oso.

—Estoy completamente de acuerdo con Khaavren —dijo Pel.

—Muy bien —dijo Aerich.

—Como queráis —dijo Uttrik.

Esta vez apareció otro sirviente, sólo que, en vez de teckla, era un caballero issola, con el atuendo verde y blanco indicativo de que trabajaba para lord Adron.

—Soy Custrin, para serviros —dijo—. Tengo entendido que nos hacéis el honor de solicitar una entrevista con mi señor, el príncipe.

Los cinco amigos se pusieron de pie todos a una (Mica, al ser lacayo, ya se había quedado de pie) e hicieron una reverencia.

—Lo habéis entendido perfectamente. Pero como no queremos molestarlo, y puesto que nuestro recado no es urgente, estamos dispuestos a esperar hasta el momento conveniente, ya sea hoy, mañana o dentro de varias semanas; como veréis, estimado señor, estamos dispuestos a ser pacientes.

—El príncipe puede recibirlos de inmediato, así que tanto mejor.

—¿Cómo? —dijo Khaavren, asombrado—. ¿Está aquí? Es decir, ¿quiere vemos ahora?

—Ahora mismo, si os place. O, si lo preferís, como el príncipe desea que al menos paséis algún tiempo con él, antes podéis usar uno de los cuartos de invitados para reponer fuerzas del viaje.

—No, no —dijo Khaavren, esforzándose por ocultar su perplejidad—. Es decir, será un honor ver a lord Adron en este mismo momento, si no es molestia.

—En absoluto, os lo aseguro. Volvió ayer mismo de un largo viaje, y ya ha descansado, pero aún no ha retomado sus obligaciones cotidianas, de modo que el momento es perfectamente adecuado para una entrevista.

—Pues bien, estamos a vuestro servicio, mi señor.

El issola los condujo entonces desde la antecámara hasta un vestíbulo bien iluminado, al final del cual había una cámara de techos altos con retratos de varios nobles del linaje e’Kieron y una mesa ornamentada que ocupaba gran parte de la habitación provista de sillas de respaldos altos, no menos ornamentadas que la mesa, además de algunas sillas acolchadas en los rincones. Al otro extremo del salón, con una mano apoyada en una silla y la otra en la cadera, estaba el duque de la Vigía Oriental, etc., etc., lord Adron e’Kieron.

A la sazón Adron estaba alcanzando la cumbre de su poder, pero todavía no había llegado a la cumbre de su fama. Es decir, ya se había distinguido en la batalla de los Doce Pinos y varias veces durante la guerra de la isla de Elde, pero las guerras de la Roca Rodante, donde creó y condujo el batallón Hálito de Fuego, todavía no habían estallado. Además, en los estudios de hechicería había alcanzado los límites del conocimiento de la época y ya entonces empezaba a hacer uso de las infames piedras azules que, quinientos años más tarde, le permitirían obtener el poder que destruyó el Imperio y reemplazó la ciudad de Dragaera por el mar de Caos Inferior. Debemos añadir que tenía los ojos azules y fríos, que llevaba el pelo, de color castaño claro, recogido por detrás a la manera de los lyorn, dejando a la vista su aguda frente noble,

y que tenía la típica «barbilla dragón» tan acentuada que años más tarde se diría: «Su barbilla era tan fuerte que hizo añicos el Imperio».

A pesar de todo esto, hizo una reverencia cortés a los compañeros y les pidió que se sentaran a la mesa. Mandó que un sirviente les llevara vino frío, lo sirvió y lo probó primero.

—Bien, señores míos, ¿a qué debo el honor de la visita con la que habéis distinguido mi humilde casa?

—Alteza —dijo Khaavren, que había empleado el intervalo para intentar aclarar un poco la confusión de su mente—, estamos aquí... Bueno, hemos venido a presentaros nuestros respetos.

—¿A presentarme vuestros respetos? —dijo Adron—. Qué curioso. ¿Y de parte de quién venís?

—De parte del capitán G'aereth —dijo Khaavren, o, más bien, dijo la boca de Khaavren, que parecía proporcionar las palabras que su mente era incapaz de encontrar.

—¿El capitán G'aereth? —dijo Adron, frunciendo el ceño—. Sí, lo conozco.

—Él también os conoce, Alteza —dijo Khaavren.

—Y siente el mayor de los respetos por vos —añadió Pel, fiel a la verdad.

—Pero ¿necesita algo de mí?

—En absoluto —dijo Khaavren, a quien no se le ocurría nada que el capitán pudiera necesitar—. Simplemente deseaba que os saludáramos de su parte y que luego siguiéramos nuestro camino.

Uttrik se movió incómodo, pero, al igual que los demás, se alegraba de que Khaavren llevara la conversación.

—No obstante —dijo Adron—, no será por eso por lo que habéis hecho un viaje tan largo desde la ciudad. Vamos, decidme la verdad, os ha enviado el Emperador, ¿no es así?

—¡El Emperador! —dijo Khaavren.

—¿Sí?

—Alteza, os aseguro que no tengo ni idea de lo que el Emperador podría querer de nosotros.

—Sin embargo, pertenecéis a la Guardia, y tengo entendido que Su Majestad está enfadado conmigo.

—¿De modo que pensáis...?

—Que habéis venido a arrestarme, ¿no es así? Bien, os aseguro que os acompañaré de buen grado, y que me alegrará apelar mi caso ante la corte.

—Os juro, Alteza...

—Oh, no tenéis nada que temer; os doy mi palabra. Permitidme sólo un momento para recoger mis pertenencias para el viaje. ¿Debo coger mi espada para entregárosla?

—Alteza —dijo Aerich, acudiendo en ayuda de Khaavren—. Soy lyom, de manera que no puedo mentir.

—Lo tengo en cuenta, señor.

—Bien, os diré claramente que la misión que se nos confió no tiene nada que ver con vos.

—¿Cómo! ¿No?

—Eso he dicho, mi señor.

—Pero entonces, ¿cuál es vuestra misión?

La intervención de Aerich brindó a Khaavren tiempo suficiente para que se le ocurriera una salida de la situación tan embarazosa. Decidió resolver el problema explicándole a Adron la verdad o, en todo caso, parte de ella.

—Alteza, el capitán, que actúa en nombre del Emperador, tiene curiosidad por conocer la situación actual en Campopimientos.

—Entonces, habéis venido para...

—Para investigar la zona —intervino Pel—. Eso es todo.

—¿Es verdad?

—La pura verdad, mi señor —dijo Pel.

—Muy bien —dijo Adron después de estudiar los rostros de los cinco caballeros—, entonces os doy la bienvenida. Además, tendría que haberme dado cuenta, pues he regresado tan deprisa que es poco probable que alguien me alcanzara. De hecho, señores míos, he reventado tres caballos al volver; los habréis visto en la carretera.

—En efecto, vimos uno, Alteza —dijo Khaavren.

—Y como caí en desgracia (pues eso es lo que ha sucedido, me temo) muy poco antes de mi partida, si Su Majestad quisiera arrestarme, vaya, no creo que seáis vosotros los encargados; ya que ni siquiera podéis saber algo al respecto.

—Alteza —dijo Khaavren—, es un alivio ver que lo entendéis.

—Entonces, ¿en vuestra misión a este alejado confín de nuestro Imperio, habéis pensado en deteneros por mera cortesía? —Lo dijo fijando en Khaavren una mirada penetrante y seria, de modo que Khaavren se sintió incapaz de mentir.

—Bueno —dijo Khaavren—, no del todo.

—¿Cómo!, ¿existe otra razón, en realidad?

—Sí, pero que no disminuye en nada la sinceridad de la cortesía que ofrecemos a Su Alteza —dijo Pel.

—Entiendo, pero con respecto a la segunda razón...

—Oh, la segunda razón —dijo Khaavren, mirando a su alrededor en busca de ayuda.

—Es informar a Vuestra Alteza de cierta circunstancia —dijo Pel en tono uniforme.

—Ah, entonces, ¿hay algo que debería saber?

—Sí, exacto —dijo Pel—. Y como pasábamos por aquí, pues bien, queríamos informar de ello a Vuestra Alteza.

—Estoy muy agradecido, os lo aseguro —dijo Adron—. ¿De qué circunstancia se trata?

—Oh, en cuanto a la circunstancia...

—¿Sí?

—Bien, este caballero, Khaavren de Rocacastillo, la comunicará a Su Alteza.

—Ah —dijo Adron—. ¿Así pues, mi señor? —añadió volviéndose hacia Khaavren.

—Sí —dijo Khaavren—. Le explicaré a Vuestra Alteza todo el asunto.

—Espero impaciente.

Khaavren se humedeció los labios y, como si sus ideas residieran allí, obtuvo la inspiración que precisaba.

—Alteza, hemos venido a deciros que un impostor está utilizando un objeto vuestro.

—¿Cómo, un objeto mío? ¿Qué significa esto?

—Es verdad, Alteza —dijo Aerich—. Fuimos asaltados por bandoleros que creían actuar bajo vuestras órdenes.

—Imposible —dijo Adron.

—En absoluto.

—Pero, ¿quién haría algo así?

—Oh, en cuanto a eso, no tenemos la menor idea —dijo Khaavren.

—¿Y de qué medio se han servido?

—Oh, por lo que al medio respecta, es muy sencillo.

—Pues bien, decídmelo.

—Por supuesto, Alteza —dijo Aerich con aplomo—. Pero, ¿me permitirá Vuestra Alteza que os haga una pregunta?

—Si eso ayuda a aclarar las cosas...

—Creo que sí.

—Preguntad, entonces.

—Muy bien, decidme: ¿tiene Vuestra Alteza su sello?

—¿Mi sello?

—Sí. Vuestro sello personal.

—Claro.

—¿Puedo atreverme a pedir a Vuestra Alteza que me lo muestre?

—¿Cómo? ¿Queréis verlo?

—Si Vuestra Alteza no tiene inconveniente.

—En absoluto.

—Entonces, si Vuestra Alteza tiene la amabilidad...

—Muy bien, si me esperáis un momento, lo traeré.

—¿Cómo! ¿Vuestra Alteza no lo lleva encima?

—Por lo general, sí, pero como acabo de volver de viaje, todavía está en el equipaje que traje conmigo; como comprenderéis, nunca viajo sin él. —Vuestra Alteza hace bien.

—Enseguida vengo con el sello.

—Os esperamos, Alteza.

Adron salió de la habitación con expresión de perplejidad. Cuando sus pasos dejaron de oírse, Khaavren suspiró de forma audible.

—Sin embargo —dijo Tazendra—, pensaba que no estaría aquí.

—Bueno —dijo Uttrik—, lo mismo nos pasaba a todos. Khaavren, he de decir que has estado muy hábil.

Khaavren no respondió, tan abrumado se hallaba por la dificultad con que acababa de encontrarse.

—Pero, ¿qué le diremos cuando vuelva sin el sello? —dijo Pel.

—También podrías preguntar qué haremos si vuelve con el sello —dijo Aerich encogiéndose de hombros.

—Bah —dijo Pel—. Es imposible.

—Bien, ¿y era posible, acaso, que el príncipe estuviera aquí?

—Sin embargo, sabemos que ayer el sello estaba en poder de otra persona. ¿Qué me decís a eso?

—Por mi parte —suspiró Khaavren—, renuncio a todas estas intrigas. Si tuviera el sello y hubiera que explicar más cosas, vaya, tendréis que asumir la parte que os toca.

—No obstante, opino que es imposible —dijo Pel.

Aerich se encogió de hombros.

—Lo encuentre o no —dijo Uttrik—, seguimos teniendo el mismo problema; es decir, cómo vamos a encontrar a Kathana e' Marish'Chala.

—En efecto —dijo Aerich—. No es muy probable que lord Adron nos lo diga si se lo preguntamos.

—Sin embargo, debemos ingeniárnoslas para encontrarla —dijo Pel.

—Además, ¿qué haremos cuando por fin estemos en su presencia? —preguntó Tazendra.

—Oh, en cuanto a eso —dijo Uttrik—, por mi parte lo tengo claro, te lo aseguro.

—Pues yo no —dijo Khaavren—. En realidad, a cada momento que pasa encuentro que las cosas son más complejas de lo que yo había pensado.

—Me encanta —dijo Tazendra.

—¿Cómo que te encanta?

—Sí. Pensaba que era la única.

—Oh, no lo eres, te lo aseguro. Me gustaría saber, por ejemplo, quién quiere detenemos y por qué.

—Sí, por qué —se hizo eco Tazendra—. Porque si nosotros mismos no sabemos qué estamos haciendo, en consecuencia tampoco puede saberlo nadie más, y si nadie sabe lo que haremos, ¿por qué hay alguien tan decidido a impedirnoslo?

—Has expuesto el problema de manera admirable —dijo Khaavren.

—No se puede negar —dijo Uttrik— que esta señor dzur razona como un discreto.

—Pues bien —dijo Pel—, quizá yo pueda sugerir alguna respuesta.

—Cómo, ¿tú? —dijo Khaavren—. ¿Es que todo este tiempo sabías quién era el

enemigo y sin embargo no nos lo has dicho?

—En absoluto —dijo Pel sin inmutarse—. No lo sabía, y sigo sin saberlo. Pero ahora que lo pienso, quizá pueda hacer un par de sugerencias.

—¿Y bien, pues? —dijo Khaavren—. Estoy impaciente por oír esas sugerencias.

—El Ciclo ha cambiado —observó Pel—. Y la baronesa Kaluma fue la causa.

—Es cierto —dijo Khaavren, a quien Pel había dirigido la observación anterior.

—Pues bien, ella es el eje sobre el que gira la política del momento.

—Espera —dijo Tazendra—. Me gusta la frase: la política del momento. Es inteligente, te lo digo yo.

—Caramba, me alegro de que lo pienses.

—Pero continúa, entonces. La política del momento... Sangre, sí que es una buena frase... gira alrededor de Kathana e' Marish'Chala.

—Correcto. Por lo tanto, los interesados en estas cosas están intentando manipularla en una u otra dirección. Es decir, ya sea para que la arresten o para que la dejen en libertad, o para que la liberen justo hasta el momento de su caída.

—Pero, ¿quiénes son? —dijo Khaavren—. Estoy convencido de que el enemigo se encuentra entre ellos.

—Sin duda estás en lo cierto, Khaavren, por la siguiente razón: hemos venido por nuestra cuenta, sin pensar para nada en todas estas intrigas, y hemos actuado en interés propio. Quien ya está sentado a la mesa por fuerza mirará con desconfianza a quien pretenda entrar sin anunciarse declarando que un juego nuevo ha comenzado. ¿Qué se hace de los planes que estaban urdiendo desde hacía meses? ¿Qué hay de sus proyectos para obtener poder o favores? Ellos no nos conocen y temen que lo echemos todo a perder, de modo que intentan detenemos.

—Aerich —dijo Pel—, creo que tienes toda la razón.

—Pero entonces —dijo Khaavren—, ¿quiénes son esos jugadores?

—Grietas del Orbe —dijo Pel—. ¿Y quién no lo es? Está, para empezar, nuestro anfitrión, que desea que su linaje, es decir, el de Kieron, asuma el mando de Campopimientos.

—Sí, ¿y?

—Está la Señor de la Guerra, Lytra, que quiere que Campopimientos se otorgue al linaje de Lanya.

—Sí, entiendo; continúa.

—Además, bueno, ¿no tienes una amiga, una dama de la Casa Fénix?

—¿Y qué?

—Bien, ella tiene un hermano interesado en estas cuestiones, y aunque no sé cuáles son sus intereses, sin duda desempeñan un papel.

—Bien, prosigue.

—No hemos de olvidar a la athyra, Seodra.

—¿Quién?

—Una hechicera que fue consejera principal del último emperador y que, con el

objeto de mantener su posición en la corte, que le gusta no poco, debe ingeniárselas para resultar indispensable a Su Majestad.

—Muy bien.

—También está Gyorg Lavode, que hará todo lo posible por la causa de los Lavode.

—Pel, la cabeza me da vueltas. ¿Tú qué piensas, Tazendra?

—Oh, he dejado de pensar hace un rato; todo es demasiado confuso.

—Bueno, creo que tienes razón. ¿Y tú, Uttrik?

—Todo esto no me concierne.

—Al contrario —dijo Pel—; te concierne, y mucho.

—Es posible; sin embargo, no quiero intervenir en estos asuntos. Cuando haya encontrado y matado a la dama que asesinó a mi padre...

—Sí, ¿qué harás?

—Bueno, ya veremos.

—Ah —dijo Pel.

—Bien —dijo Khaavren—, ¿cuál es tu opinión, Aerich?

—¿Mi opinión? Opino que a nuestro anfitrión le está llevando mucho tiempo encontrar el sello.

—¡El Caballo! —dijo Khaavren—. Es cierto. Me pregunto...

—Mis señores —dijo Mica, que, sin que nadie lo advirtiera, se había situado junto a la puerta—. Oigo pasos.

—Un sirviente modelo —murmuró Aerich.

Mica se apresuró a volver a su posición anterior, de manera que estaba mudo junto a la chimenea cuando la puerta se abrió ante lord Adron, que traía, además de una extraña expresión en el rostro, un pequeño objeto en la mano; objeto que, debemos decirlo, se parecía muchísimo a un sello.

—Alteza... —comenzó Khaavren, cuya boca ya había emprendido la tarea de abrirse paso a través de la turbación de su amo.

—Es muy extraño —lo interrumpió Adron, meneando la cabeza.

—¿Es extraño, Alteza? —dijo Khaavren.

—Sí. Os presento mis disculpas por haberos abandonado tanto tiempo, pero los acontecimientos de los últimos momentos son sorprendentes.

—¿Sorprendentes? —aventuró Pel.

—Realmente sorprendentes —dijo Adron—. Podría decir que incluso asombrosos.

—Bien, ¿y en qué consisten esos acontecimientos? —dijo Aerich—. Es decir, si es que Su Alteza quiere hacemos el honor de explicarlos.

—Bien, os lo diré, pues de no haber sido por vosotros no me habría dado cuenta de nada.

—Os escuchamos, Alteza —dijo Pel cortésmente.

—Bien, veréis, caballeros. Fui directamente a mis aposentos a coger el sello de la

bolsa, con el propósito de enseñároslo. Como comprenderéis, lo hice en el supuesto de que tuvieseis un asunto importante que comunicarme y que el asunto tuviese relación con el sello, que utilizo para identificar mis comunicados oficiales.

—Hicisteis bien, mi señor —dijo Khaavren.

—Encontré la bolsa enseguida, pero entenderéis mi sorpresa al descubrir que el sello no estaba allí.

—¿Cómo que no estaba? —dijo Utrik—. ¿No lo tenéis en la mano?

—Sí, en realidad éste es el sello.

—Sin embargo —dijo Tazendra—, Vuestra Alteza nos ha hecho el honor de decir que no estaba donde lo había dejado.

—En absoluto; y pasé un buen rato buscándolo, os lo aseguro.

—Entonces —dijo Aerich—, ¿dónde estaba?

—Eso es lo raro. Pues cuando volvía hacia aquí para averiguar lo que sabíais al respecto y para enterarme qué relación tenía con vuestra afirmación de que se había cometido un atropello en mi nombre, apareció un visitante en la puerta.

—¿Qué? ¿Un visitante? —dijo Khaavren.

—Exacto. Un visitante que se anunció como mensajero imperial.

—Bien —dijo Aerich—, confío en que Su Alteza haya condescendido a permitirle que entregara el mensaje.

—Es precisamente lo que hice, y me entregó el mensaje.

—¿Nos haríais el honor de relatarnos su contenido?

—Lo haré. De hecho, lo haré ahora mismo. Aquí está. —Y con estas palabras les mostró su sello oficial.

—¿Cómo! —dijo Pel—. ¿El mensajero os entregó el sello?

—Exactamente.

—Excusadme por la pregunta, Alteza, pero soy muy curioso. ¿Os explicó cómo llegó a sus manos?

—Sí. Afirmaba que lo había olvidado en mis habitaciones del Palacio.

—Pero ¿es posible? —exclamó Aerich, que había decidido que el señor dragón no era dado al descuido.

—En absoluto.

—¿Entonces...?

—Creo que me lo robaron.

—Bah —dijo Aerich—. ¿Su Majestad? Imposible.

—Sin embargo —dijo Adron—, fue su confidente, lord Guirnalda, quien me lo entregó.

—¿Cómo? ¿Guirnalda, mensajero imperial?

—Es tal como he tenido el honor de deciros.

—Su Alteza tiene razón; todo esto es bastante intrigante.

—Opino lo mismo. Me alegra ver que estamos de acuerdo.

—Entonces, ¿Vuestra Alteza cree que le robaron el sello? —dijo Khaavren.

—Sí, y no con un buen fin.

—Bueno, es justamente lo que hemos venido a deciros.

—Decidme entonces, por favor, qué se ha hecho en mi nombre y empleando este sello.

—Para eso hemos venido —dijo Khaavren, y se apresuró a describir a lord Adron la conversación que Aerich y él habían oído.

—¡Pero esto es intolerable! —exclamó lord Adron cuando hubo terminado—. ¡Es una infamia!

—Eso mismo opino yo —dijo Aerich.

—Habéis hecho bien contándomelo.

—Nos alegramos —dijo Khaavren.

—Pero decidme: una vez os enterasteis de la trampa, ¿cómo hicisteis para evitarla?

—¿Evitarla? —dijo Tazendra—. No la evitamos. Más bien la provocamos.

—¿Cómo? ¿Vosotros cinco contra treinta bandoleros?

—Teníamos la ventaja de la sorpresa y la ventaja adicional de varias piedras destello, una de las cuales, es verdad, no funcionó; sin embargo las otras dos sí.

—¡Es asombroso! —exclamó Adron.

—¿Que una no funcionara —dijo ingenuamente Tazendra—, o que dos sí lo hicieran?

—No, que vosotros cinco hayáis sobrevivido contra treinta bandidos.

—Oh, luchamos razonablemente bien —dijo Tazendra.

—¿Y decís que vosotros cinco vencisteis a treinta de ellos?

—Creo que matamos a varios —dijo Khaavren—. El resto huyó.

—¡Una gran victoria! —exclamó Adron. Pel hizo una elegante reverencia—. En verdad sois asombrosos —añadió Adron meneando la cabeza.

—Vuestra Alteza nos honra —dijo Aerich.

—Vamos, tenéis que quedaros al menos esta noche, así podré dar una cena en vuestro honor.

—Es sumamente amable de vuestra parte, Alteza —dijo Aerich.

—¿Aceptáis? Debo insistir, pues al ganar la pelea, evitasteis que se cometiera una infamia en mi nombre. Una infamia que habría lamentado toda mi vida.

—Bien —dijo Khaavren—, si Vuestra Alteza nos hace el honor de insistir...

—Insisto, de veras —dijo Adron.

—Aceptamos gustosos —dijo Khaavren.

—Entonces podéis ir a arreglaros mientras organizo el festín. Mi empleado os conducirá a vuestros aposentos y os llamará cuando la cena esté lista.

Todo ello se hizo tras intercambiar más palabras corteses. Pero no queremos cansar a nuestros lectores con una descripción del festín; en todo caso, participar en él fue mucho más entretenido de lo que sería leer el relato del mismo. Baste decir que había pan montañés de semillas de amapola recién horneado con queso de cabra, carne de jabalí, faisán asado relleno de setas negras y lonchas finas de kethna servidas

con salsa de nata de las que ni siquiera el Emperador, que presumía de su paladar, habría podido quejarse.

Lord Adron no tenía invitados en aquel momento (excepto, es de suponer, la baronesa de Kaluma, que no se presentó), así que sólo estaban ellos seis, pero lo compensó brindando por ellos muchas veces, alabando sus hazañas de la manera más elogiosa y solicitando, además, detalles adicionales de la pelea, de los que disfrutó tanto al oírlos como un niño de sesenta o setenta años, y casi tanto como Tazendra al relatarlos. A Mica se le permitió ayudar a servir la comida, de modo que también él colaboró en la descripción del enfrentamiento en el que había jugado un papel tan importante. No seríamos fieles a la verdad si no añadiéramos que, entretanto, habría sido difícil imaginar que en el Imperio existiera alguien más feliz que el meritorio teckla.

Cuando la comida acabó, Su Alteza se levantó y se despidió con una reverencia.

—Tal vez os agrade pasear a vuestro antojo por los terrenos del castillo —dijo—. Espero volver a veros por la mañana; podemos desayunar juntos antes de vuestra partida.

—Será un gran honor, Alteza —dijo Aerich, al tiempo que todos le dedicaban una reverencia.

—Bien, amigos —dijo Khaavren en cuanto se hubo marchado—, creo que debemos aceptar la oferta de lord Adron y disfrutar de esta maravillosa noche.

—Me parece muy bien —dijo Tazendra—; no obstante, aún me pregunto cómo vamos a encontrar a Kaluma.

—Oh —dijo Khaavren, con la peculiar sonrisa que empleaba en tales ocasiones—, soy un clarividente nato y puedo predecir que no tendremos dificultades, ahora que nos han autorizado a pasear por los terrenos del castillo.

—¿Qué? —dijo Uttrik—. ¿Supones que podemos registrar todo el terreno del castillo de Cararroja, cada habitación, cada sala, cada edificio y la zona que lo rodea, antes de mañana por la mañana?

—Bueno, no creo que sea necesario.

—¿Cómo que no? —dijo Tazendra.

—Observad y veréis.

—Khaavren tiene una idea —le dijo Pel a Aerich, que hizo un gesto de asentimiento.

—Vamos, Mica —dijo Khaavren—, a ver si encuentras un trocito de pergamino, pluma, tinta y secante, y me los traes, o si eso fuera poco práctico, me llevas a mí hasta ellos.

Mica se fue a cumplir el encargo. Pel miró a Khaavren con cierta curiosidad; Aerich, por lo visto, se limitaba a esperar con expresión satisfecha. Mica regresó enseguida y señaló en dirección a un escritorio donde el secretario de Adron atendía la correspondencia. Khaavren, al comprobar que estaba desocupado, se sentó ante el escritorio como un verdadero secretario y, utilizando la pluma, redactó las líneas

siguientes:

Mi querida lady Fricorith, desde hace mucho soy un ferviente admirador de vuestra obra; confío en que ello sea motivo suficiente para que me permitáis interrumpiros y charlar unos momentos con vos.

Vuestro servidor,

KHAAVREN DE ROCACASTILLO

Una vez escrito, se lo mostró a Pel.

—¿Fricorith es el nombre que utiliza Kaluma aquí? —preguntó Pel.

—Exacto.

—Pero supón que se niega a verte.

—No hay peligro —dijo Khaavren—. Fíjate —añadió indicándoles que salieran al patio.

—Amigo —dijo Khaavren a un joven campesino—, si me haces un recado, hay tres peniques de cobre que pasarán de mi bolsillo al tuyo.

—¿De qué recado se trata, mi señor? —El chico parecía receptivo—. Será un placer servirlos si puedo.

—Bien, es sólo esto: lleva este mensaje a la artista, la señora Fricorith, y tráeme de vuelta la respuesta.

—¿La señora Fricorith? —dijo el joven, inquieto de repente—. Pero...

—Vamos, vamos, no la comprometeremos. Como ves, sé que está aquí; ¿cómo iba a saberlo si tu señor no me lo hubiera dicho? Además, ¿cómo podría saber bajo qué nombre encontrarla? Por otra parte, no te pido que desveles su paradero, simplemente que le entregues el mensaje y me traigas la respuesta.

—Sin embargo...

—Bueno, aquí tienes los peniques. ¿Los quieres?

Finalmente, como sucede a menudo, la avaricia venció a la cautela; el chico cogió el mensaje y salió corriendo.

—Pero repito: ¿y si ella no quiere verte? —dijo Pel.

—Y yo repito, mi buen Pel, que tanto da si quiere o no. ¿Supones que vamos a esperar su respuesta? Ese joven sabe quién es y dónde está. ¿Qué hacemos aquí parados, caballeros? ¡A por los caballos! ¡O mejor, a pie! Lo seguiremos y, respondo de ello, nos plantaremos ante Káthana e'Marish'Chala antes de que el cielo oscurezca por completo.

XXV

En el que nuestro lector sin duda se alegrará de conocer por fin a uno de los protagonistas de nuestra historia

Hay cierta obra de teatro, escrita por el magistral dramaturgo Villsni de Villaguijarro, titulada *El regreso del duque de Pleamar*. La pieza se centra en las acciones de dos personajes, uno de ellos el duque, el otro su hijo menor, el marqués de Bosquerrefugio. Cuando se presencia la obra el espectador empieza, hacia el segundo acto, a inquietarse al advertir que el marqués aún no ha hecho su aparición, aunque complica la trama diligentemente a los demás personajes con golpes de efecto: dirige ataques, resulta herido, es traicionado por su amante, y así sucesivamente. Sin embargo, se pregunta la audiencia, ¿cuándo lo conoceremos? En realidad, a lo largo de toda la obra el marqués no aparece jamás, y pronto resulta evidente que... Pero rogamos a nuestros lectores que nos disculpen; no era nuestra intención hacer una crítica de esta producción, sino resaltar la analogía con nuestra situación actual, con vistas a destruirla para siempre.

Para ser más precisos, queremos señalar que tal vez el lector más astuto haya comenzado a notar, llegado a este estadio de la narración, que alguien de no poca importancia en nuestro drama todavía no ha hecho su aparición, es decir, Kathana e'Marish'Chala. No es nuestro deseo emular al formidable Villsni, pues admitimos con entera libertad que sus sutilezas nos resultan tan inalcanzables que nos dejan confundidos respecto al tema, la trama principal, la trama secundaria y, en general, a lo que el Maestro intenta decirnos (aunque el lector puede tener la seguridad de que no por ello dejamos de admirar sus hábiles diálogos y la acertada distinción entre fondo y forma).

Con todo, si hemos sometido dicha obra al juicio de los lectores ha sido sólo para alejar cualquier sospecha de que pensáramos intentar algo similar. Por lo tanto, para disipar por completo semejante ocurrencia, y además porque nuestra historia ya lo exige imperiosamente, dirigiremos nuestra atención a la baronesa desaparecida, lo que haremos siguiendo a nuestros amigos hasta el lugar donde se encuentra en este momento, como si estuviera a la espera de nuestra visita, con sus pigmentos, pinceles y caballete en lo alto de un risco que dominaba la Cararroja. Una vez aquí, comenzaremos haciendo un esbozo de la artista. No nos pasa inadvertido que hay algo de presunción en ello.

Nos vemos obligados a preguntar, empero, quién puede pretender escribir sobre historia sin ser víctima, en cierta medida, del pecado de presunción. Es decir, sin ser tan arrogante para creer que uno posee el discernimiento que a otros les falta, y sin tener el atrevimiento de incluirnos en el mismo círculo que aquellos que han apilado, uno tras otro, los grandes hechos con los que se escribe la historia. No intentamos de esta forma restar importancia a aquellos grandes hombres y mujeres sobre los que versa nuestro relato, ni a las hazañas por las que han destacado. Puede que sintamos cierto placer en nuestras acciones, como si al revelar, tan fielmente como podemos, las ideas y motivaciones ocultas que impulsaron a los grandes personajes a actuar como lo hicieron, estuviéramos algo por encima de ellos. Con todo, si sentimos eso, ¿no se nos puede excusar? Los impulsos que llevan a alguien a actuar son los mismos que nos llevan a dar cuenta de sus acciones, y si nos enorgullecemos de nuestra habilidad para relatar los hechos, ¿será nuestro orgullo menor que el que sienten los propios personajes? Y si en nuestros comentarios aludimos a algún temor universal o a un deseo común, y así ilustramos en alguna medida a nuestros lectores, ¿sentiremos menos orgullo por el logro que el que sienten aquellas formidables figuras de la historia por los suyos? ¿O menos orgullo que el que experimentan los lectores de un complejo pasaje al descifrar sus interrelaciones y referencias y así participar por completo de lo escrito o, si se nos permite, recoger todo lo sembrado?

Creemos, sin embargo, que nada de todo esto sería posible, ni para los grandes de la historia, ni para los cronistas de la historia, ni para los lectores de historia, sin cierto grado de presunción; es decir, de atrevimiento y arrogancia. Por ese motivo no nos disculparemos si, para culminar nuestra tarea de manera satisfactoria, localizamos a ese gran personaje, centro de tantos engranajes y ruedas que impelieron la gran máquina de la historia a principios del decimotercero reinado fénix y, tal como hemos tenido el honor de decir, hacemos un esbozo de la artista.

Puede hacerse con pocas palabras. Era una mujer delgada de mediana estatura. Tenía la tez oscura para ser señor dragón, aunque no tan oscura como la de un lyorn. Los rasgos eran afilados incluso para una señor dragón. Los ojos, hundidos y de párpados caídos, indicaban una disposición sensual, mientras que los pómulos altos manifestaban fortaleza de carácter. Llevaba el pelo castaño claro corto a los lados.

Pero, del mismo modo que Kathana, no limitaremos nuestro retrato a lo que se puede ver, es decir, a lo superficial, sino que profundizaremos y dejaremos al desnudo lo que esconde el envoltorio de carne que llevan todos los mortales y que a menudo no guarda más que una semejanza leve con las sombras y matices de carácter que la mirada penetrante puede descubrir bajo la superficie, de la misma manera que los remolinos y la espuma de un torrente revelan la acción de las corrientes profundas que constituyen su verdadera esencia. Sin duda, los remolinos y la espuma nunca revelan la naturaleza de las corrientes de una manera obvia y directa, sino que únicamente proporcionan un punto de partida a quien desea penetrar bajo la superficie y develar las verdaderas relaciones, así como las grandes rocas sumergidas,

que determinan exactamente de qué modo ese curso de agua en particular cumple su destino único.

Así que nos sentimos justificados al decir que dicha habilidad, que los hombres llaman perspicacia, es un atributo especial del raro linaje llamado Marish'Chala, y lady Kathana sin duda lo tenía en abundancia. No obstante, esa cualidad, esa perspicacia, no es como el éter, que existe por todo el universo y proporciona el medio para que la luz y el sonido viajen de un extremo a otro de la habitación o de un extremo a otro del mundo. Es decir, no existe independientemente de otros atributos, sino que más bien encuentra siempre su expresión de cierta manera. En Kathana se manifestaba en su habilidad para advertir y, más aún, para poner en evidencia aquellas cualidades de las personas, de las cosas, incluso de los lugares, que, aunque en apariencia opuestas, determinan lo que la cosa es. Es decir, del mismo modo que el músico serioli consigue que el oyente ría mientras llora y llore mientras ríe, ella podía notar y dejar al descubierto el miedo que determina la valentía del señor dzur, la flexibilidad suave que permite la forma inamovible de una montaña, el movimiento oculto en el estanque de aguas serenas o, a pesar de la opinión del fallecido señor de Campopimientos, la debilidad que otorga fortaleza al dragón herido que protege a su retoño.

En cuanto a las cualidades que ocultaba en su interior, se sabe que ella, que a la edad de trescientos años ya dominaba todas las técnicas desarrolladas en decenas de miles de años de pintura, aún seguía creyendo que su técnica era imperfecta, y no sólo se afanaba por mejorarla sino que creía, a pesar de que los productos de su propia mano demostraban lo contrario, que todo lo que no fuera la pura técnica no tenía ninguna importancia. Es sabido que, a su juicio, sus creaciones siempre se acercaban tanto a la imagen que tenía en mente que se mostraba arrogante al respecto y no admitía ninguna crítica. Es sabido que no toleraba a nadie ni nada que no fuera perfecto, pero como conocía y odiaba esa tendencia suya, resultaba, cuando no estaba encolerizada por las críticas, una de las damas más perfectas del Imperio, un modelo de cortesía y tacto. Es sabido que, al igual que el tema de su famosa pintura, *El señor dzur antes del ataque de Puertaconocida*, la vida era tan preciada para ella y, en consecuencia, tan grande era su temor a la muerte, que se lanzaba a tales actos heroicos que la habrían convertido en el orgullo de su Casa aunque jamás hubiera tocado un pincel en su vida.

¿Cuál de sus aspectos prevalecería en un momento dado? Podríamos asimismo preguntar, mientras nos hallamos en el centro del cañón del Torbellino: «¿De qué lado soplará el viento?». Pues es la «circunstancia», misteriosa entidad representada por una palabra tan precisa en su ambigüedad, tan vaga en su precisión; es la circunstancia, decíamos, el transcurrir azaroso de los acontecimientos, sopesado por la probabilidad, pero cuya exactitud se desconoce, lo que determina cuáles serán las reacciones del pintor, el soldado, el emperador, el campesino o el historiador en un momento específico de la ilimitada orilla de la incertidumbre. Y si bien Kathana en

sus mejores momentos volvía una y otra vez a esas arenas infinitas pero movedizas, también es cierto que era la exacta extensión de arena, oleaje y piedra de la playa sin fin llamada azar, o capricho, o circunstancia, lo que determinaba de qué manera respondería a los acontecimientos imprevistos, a la compañía no buscada.

Ésa, pues, era la mujer que nuestros amigos hallaron ante una tela sobre la que se veían unas escasas líneas trazadas (eran más las borradas), con la vista fija en la neblina rosada que se iba confundiendo con la cubierta de nubes anaranjada y el exuberante verdor del valle a los pies de la Cararroja.

Era tal su concentración que el chico que llevaba el mensaje de Khaavren ya casi estaba pegado a ella cuando se percató de su presencia. Khaavren y sus amigos estaba en la cima de una suave pendiente de hierbas altas cuando ella cogió el mensaje, pero cuando lo hubo leído, ya se habían acercado bastante.

—Pero, ¿quién es este caballero, y qué tipo de respuesta desea? —oyeron que decía Kathana.

—Soy yo, mi señora —dijo Khaavren antes de que el joven campesino pudiera hablar. El mensajero se volvió sorprendido, pero Khaavren le dio, tal como había prometido, tres peniques—. Daré por entregada la respuesta —le dijo.

La mirada del chico pasó de Khaavren a sus amigos, a la pintora, y de nuevo a Khaavren; les hizo un saludo tan apresurado que prácticamente no vale la pena mencionarlo y salió corriendo colina arriba a buena velocidad.

—Bueno —dijo Kathana, con tono amable e inquisitivo—. Decís que os llamáis Khaavren. ¿Quiénes son vuestros amigos, y qué queréis de mí?

—Mi señora —dijo Khaavren—, me honra presentaros a lord Aerich, a lady Tazendra, al caballero Pel, y a lord Utrik e'Lanya.

—¿Utrik e'Lanya? Un momento, conozco ese nombre —dijo Kathana mientras los susodichos personajes le hacían una reverencia.

—Tengo el honor —dijo Utrik— de ser el hijo del hombre que asesinasteis.

—¿Que asesiné? —dijo Kathana—. Es un término muy duro.

—No más duro que el hecho.

—Doy por sentado —dijo Kathana— que vuestra presencia aquí tiene relación con ese supuesto asesinato.

—Me habéis comprendido exactamente.

—Y creéis, supongo, que como habéis decidido denominar asesinato a la muerte de vuestro padre, no hay razón para que vosotros cinco, armados, no os enfrentéis conmigo, que sólo llevo un puñal. Pues bien, que así sea; tengo el puñal. ¿Me vais a atacar de uno a uno, o teméis que vuestras hojas no sean suficientemente largas para eso? Sea como sea, estoy lista.

Con esto extrajo el cuchillo al que se refería, recto y bastante largo, como suelen serlo esos cuchillos, y se puso en guardia en la postura de los luchadores de cuchillo, ligeramente flexionada hasta la cintura, el hombro derecho inclinado hacia delante y la mano izquierda extendida para asir o aferrar.

—Perdón, mi señora —dijo Aerich—. Disculpádnos por haber permitido este malentendido.

—¿Cómo, malentendido? —dijo Kathana, sin variar su posición.

—Sí, un malentendido —dijo Uttrik—, pues nos complacerá prestaros una espada; y, además, lucharéis sólo conmigo. Por lo que respecta a padrinos y jueces...

—Bah —dijo Aerich—. Mi amigo Uttrik sólo habla en su nombre. No hemos venido a enfrentarnos con vos, en absoluto, y la prueba es que haremos todo lo posible para disuadir a nuestro amigo de que lo haga, al menos aquí y ahora.

—¿Eso harás? —dijo Uttrik, al parecer asombrado por el anuncio.

—Por supuesto, mi querido dragón —dijo Khaavren.

—Pero si os había dicho por qué quería encontrarla.

—Sí, y te dijimos que tus razones no eran las nuestras.

—No obstante...

—Pero decidme —intervino Kathana, pasándose una mano por la frente—, ¿para qué me buscabais los demás?

—Oh, respecto a eso —dijo Khaavren—, creednos, os lo ruego...

—Mi señora —interrumpió Tazendra—. Únicamente hemos venido a reflexionar.

—¿Cómo que a reflexionar?

—Sin embargo —dijo Uttrik—, en mi caso...

—Ten paciencia —dijo Pel tocando a Uttrik en el hombro—. Ya tendrás ocasión de satisfacer tu deseo.

—¿La tendré? —dijo Uttrik.

—¿La tendrá? —dijo Kathana.

—Eso he dicho.

—De ninguna manera —dijo Khaavren.

—Por lo visto habéis venido sin poneros de acuerdo sobre el propósito —dijo Kathana meneando la cabeza.

—Sin embargo, hemos venido —dijo Aerich.

—Es verdad.

—Bien —dijo Uttrik—, aunque no estemos todos de acuerdo en el propósito, yo sé cuál es el mío, mataros, si os parece bien. Así que, por favor...

—Mi querido Uttrik —dijo Aerich—, te ruego recuerdes que estamos en la propiedad de lord Adron, que hemos comido en su mesa y que, aunque no hemos dormido bajo su techo, nos ha ofrecido ese honor y lo hemos aceptado. Medita sobre ello y recuerda que esta señora es huésped de Su Alteza.

—Vaya —dijo Uttrik, frunciendo el ceño—; tienes razón; no lo había pensado.

Llegado ese punto, como a Mica le parecía que las negociaciones iban para largo, se sentó sobre la hierba, cortó un tallo y empezó a masticarlo, más por aburrimiento, hemos de decir, que por hambre.

—Pero entonces —dijo Tazendra frunciendo el ceño—, tampoco podemos arrestarla.

—¿Arrestarme? —dijo Kathana, en cuya expresión apareció un ceño muy parecido al de Uttrik—. ¿Habláis de arrestarme?

—¿Qué esperabais? —dijo Pel—. El Imperio ha ordenado vuestra busca y captura; algunos de nosotros somos guardias y hemos hecho cierto juramento en el que el arresto de fugitivos tiene su papel.

—¿O sea que os proponéis llevarme de vuelta a Dragaera como si fuera una criminal?

—De ningún modo —dijo Aerich—. Tal como mi amiga Tazendra ha tenido el honor de explicar, no podemos hacerlo mientras estéis en tierra de lord Adron, de la misma manera que lord Uttrik tampoco puede atacaros aquí.

—Entonces, quedarme sería una cobardía.

—Eso opino yo —dijo Uttrik.

—En tanto que irme sería una estupidez.

—Una postura muy comprensible —dijo Khaavren.

—¿Cómo haré para decidir? Vamos —le dijo a Aerich—. Sois lyom; ¿qué opináis? Aerich se encogió de hombros, como diciendo: «Sois dragón, ¿por qué habría de importaros?».

—De modo que aquí estoy segura —reflexionó Kathana—, pero habéis venido para matarme o arrestarme, dependiendo de vuestras inclinaciones, y debo decidir...

—En realidad, eso no es cierto —dijo Khaavren.

—¿Qué? ¿No es cierto que Uttrik quiere matarme?

—Oh —dijo Uttrik—, por lo que a eso respecta, podéis estar segura de que no sólo lo deseo, sino que estoy decidido a hacerlo en cuanto os resulte conveniente.

—Bien, ¿y no es cierto que el resto de vosotros quiera arrestarme?

—Bueno —dijo Khaavren, algo turbado—, no del todo.

—Sin embargo —dijo Kathana—, os mego recordéis que este caballero... ¿cómo os llamabais?

—Pel.

—Que Pel afirmó, en términos claros y precisos...

—Habla muy bien —dijo Khaavren.

—Que deseabais arrestarme.

—No obstante —dijo Khaavren—, deberíais tener presente que no os faltan amigos.

—Oh, eso ya lo sé. Lord Adron es amigo mío. Es algo más, es mi mecenas.

—Y no es vuestro único amigo.

—¿Conocéis a algún otro?

—Sí.

—¿A quién os referís?

—Eso no lo puedo decir.

—¿No lo podéis decir?

—Sería una indiscreción.

—¡Cómo! ¿Una indiscreción decirme el nombre de un amigo mío? —
Exactamente.

—Bien, proseguid.

—Debo decir que conozco a esa persona.

—Es natural, si no, ¿cómo ibais a saber que sería indiscreto decirme el nombre mi amigo?

—Amiga.

—Ah, amiga, decís. Entonces no estoy tan lejos de saber de quién se trata.

—Sí —dijo Khaavren—, ya podéis eliminar de vuestras especulaciones a la mitad de la población del Imperio.

—Con lo que queda la otra mitad —señaló Kathana—; aun así, sigue siendo un buen número.

—Es verdad —dijo Khaavren.

—Pues bien, continuad. Se trata de una amiga y, aunque no sé quién es, es conocida vuestra.

—Es más que conocida.

—¿Más que conocida? Entonces, es vuestra...

—Amiga. Sí, exacto.

—De modo que tenemos una amiga en común.

—Eso es.

—Lo que nos convierte casi en amigos.

—Casi.

—Pero, ¿arresta uno a sus amigos?

—Diría que no, señora.

—Sin embargo, sois guardia, y por lo tanto tenéis la obligación de arrestar a los fugitivos.

—Habéis presentado el problema en términos admirablemente exactos.

—Bien, tengo la solución.

—Me encantaría oírla.

—Saldré con vosotros de las tierras de lord Adron.

—Sí, ¿y luego?

—¿Luego? Bueno, lord Uttrik me matará; así se sentirá satisfecho y no tendréis que arrestarme porque estaré muerta, de manera que no se os podrá acusar de haber incumplido vuestro deber.

—Un plan admirable —exclamó Uttrik, dedicando a Kathana una reverencia cargada de respeto.

—Sin embargo —dijo Pel—, sería una pena que el mundo perdiera a una artista de vuestra valía.

—Sois muy cortés —dijo Kathana—. Aunque también podría suceder que yo matara a lord Uttrik.

—Entonces —dijo Tazendra, que había estado siguiendo atentamente la

conversación— no estaremos en mejores condiciones que ahora; peor, en realidad, pues habremos perdido a un amigo. —Y acompañó estas palabras con una reverencia a Utrik.

—Bueno —dijo Kathana—, ¿qué queréis hacer? A mí no se me ocurre un plan mejor. Además —añadió dirigiéndose a Utrik—, ya está demasiado oscuro para pelear; cuando acabáramos de establecer las condiciones ya no podríamos distinguarnos el uno al otro. Andaríamos tropezando, hiriendo a los padrinos y a los jueces tanto como a nosotros mismos, lo que sería poco elegante e ineficaz.

—Entonces, ¿partiremos por la mañana? —dijo Utrik después de admitir la sensatez de la observación.

—Creo que es un buen plan —dijo Kathana—. Nos encontraremos en los establos; saldremos en cualquier dirección y, a continuación, nos detendremos y nos batiremos.

—Estoy de acuerdo —dijo Utrik.

—Y yo —dijo Tazendra.

—Una solución satisfactoria —dijo Pel.

—Tendrá que ser así —dijo Khaavren, frunciendo el ceño.

Aerich se encogió de hombros.

XXVI

En el que el autor recurre a una estratagema para revelar los efectos de una estratagema

A la mañana siguiente, como estaba acordado, se encontraron en los establos, donde Mica, que se había levantado un poco antes que los demás, se afanaba preparando los caballos.

—Espero que hayáis descansado bien —le dijo Utrik a Kathana con una reverencia.

—Ya lo creo —dijo Kathana—. ¿Y vos?

—Oh, he pasado una noche muy relajada, tanto que ya me encuentro totalmente preparado para batirme con vos en términos de igualdad, y no será culpa mía si no consigo separaros la cabeza del cuerpo, servicio que, recordaréis, le prestasteis a mi padre sin las formalidades que yo me propongo observar con vos.

—Bueno —dijo Kathana, encogiéndose de hombros—. Vuestra lealtad os honra, pero tened la bondad de recordar que él iba armado.

—Armado, sí. Pero si hubiera tenido tiempo de desenvainar...

—Oh, en cuanto a eso...

—¿Sí?

—Confieso que me precipité. No obstante...

—¿No obstante...?

—Empuñaba la espada.

—Amigos —interrumpió Khaavren—. Emprendamos la marcha.

—¿Os marcháis? —dijo alguien que acababa de llegar al patio de servicio de los establos.

—En efecto, Alteza —dijo Aerich con una reverencia—. Estamos a punto de partir, como veis.

—¿Y lady Fricorith ha decidido acompañaros? —dijo Adron mirando a su alrededor con ceño sombrío.

—Así es —dijo ella—. Y me alegro de que Vuestra Alteza se haya levantado temprano, pues deseaba expresaros mi agradecimiento por la hospitalidad, pero temía despertaros.

—Habéis sido muy bienvenida; me pregunto, empero, por qué habéis decidido marcharos tan precipitadamente.

Los guardias se miraron, incómodos.

—Bien, tengo asuntos que resolver con estas excelentes personas, eso es todo.

—¿Asuntos? ¿Puedo preguntar de qué naturaleza?

—Oh, en cuanto a eso, lamento informar a Su Alteza de que ninguno de nosotros es libre de decirlo.

Adron los miró a todos durante un momento, como si intentara leerles el pensamiento.

—Nosotros también deseamos manifestar nuestra gratitud por el recibimiento que nos ha ofrecido Su Alteza —dijo Aerich.

—Sí —dijo Adron sucintamente. Era evidente que no estaba satisfecho con las respuestas recibidas, aunque no podía encontrar ningún pretexto para insistir en obtener explicaciones más precisas.

—De acuerdo —dijo por fin—, entonces hacedme el honor de deteneros en las cocinas y coged lo que necesitéis para el viaje.

—Vuestra oferta es muy generosa, y la aceptamos en el espíritu en que la hacéis —dijo Aerich.

—Me alegro —dijo Adron, tras lo cual suspiró, les deseó un buen viaje y se retiró.

Cuando se hubo marchado, Uttrik le hizo una profunda reverencia a Kathana.

—Pongámonos en camino —dijo ella, correspondiéndole escuetamente.

Sin más palabras montaron y partieron, deteniéndose sólo en las cocinas para procurarse pan, queso, fruta y algo de carne seca, dura pero bien condimentada. Tras la pausa, que no requirió más que un cuarto de hora, emprendieron la marcha por la carretera. Aerich y Khaavren iban a la cabeza, seguidos por Tazendra y Uttrik, luego Kathana y Pel, y Mica en la retaguardia. Pasaron así bajo el Arco de Cararroja y llegaron a la carretera que bajaba a Vadarabenglo.

—Khaavren, amigo —dijo Aerich—. Permíteme observar que hoy pareces abatido.

—¿Cómo no iba a estarlo? O Kathana matará a Uttrik, a quien he llegado a apreciar; o Uttrik matará a Kathana, y no habré cumplido mi promesa a Illista; o nadie matará a nadie, y no habré cumplido con mi deber, pues no es probable que la arreste.

—Mi joven amigo —dijo Aerich—, ¿cómo te preocupas!

—¿Acaso no tengo motivos para preocuparme?

—Oh, por lo que respecta a eso, hay muchas leguas desde aquí a la ciudad, y sin duda se te ocurrirá alguna idea antes.

—Sin embargo, Aerich, te aseguro que no tengo ninguna, y para colmo me siento como si mi provisión de ideas estuviera no sólo agotada, sino comprometida de aquí a varios años. No, si tiene que surgir una idea, tendrá que ser de algún otro.

—Bueno, siempre quedan los dioses. Y si ellos fracasaran...

—¿Sí? ¿Si fracasaran?

—Queda el antojo, la fortuna, el azar o el capricho, como prefieras.

—¿Debo entonces someter mi felicidad a los antojos del destino?

—Amigo mío, ¿no es lo que hacemos en todo momento?

—No obstante, Aerich, me perdonarás si eso no consigue consolarme.

—¿Consolarte? ¿Quién ha hablado de consuelo? Creo... pero no, te has resignado al fracaso, de modo que no necesitas mi consejo. Mejor así, pues pocas veces se presta atención a los consejos, y jamás cuando el consejo es el bueno.

—¡Cómo! ¿Es que tienes un consejo que darme?

—¿Qué importa, si tú ya te has rendido?

—Pues bien, si tienes un consejo que darme, te aseguro que no me rendiré hasta haberlo oído. Y si me parece bueno, lo seguiré.

—¿De modo que quieres escuchar mi plan?

—¡Botas de Kieron! ¡Es lo que te estoy pidiendo desde hace una hora!

—Muy bien, verás: en lugar de coger esta carretera, mejor giremos hacia el norte.

—¿Cómo? ¿Al norte?

—Exacto.

—¿Ese es tu consejo?

—Desde luego.

—Aun así, no veo cómo eso va a resolver el problema.

—Entonces te lo explicaré.

—Estoy deseando que lo hagas.

—La explicación es ésta: los dominios de lord Adron se extienden más hacia el norte que en cualquier otra dirección.

—Sí, ¿y?

—Pues ya está.

—¿Cómo que ya está?

—Sí. Si viajamos en esa dirección, a paso lento y regular, tenemos unos buenos tres días ante nosotros, y durante ese tiempo, en fin, pueden pasar muchas cosas. Tal vez Kathana muera. Tal vez Uttrik muera. Tal vez mueras tú. Tal vez Uttrik y Kathana se hagan amigos. O tal vez el caballo...

—Bien, admito que tu plan es bastante sensato. Pero, ¿cómo justificaré ese camino ante Kathana y Uttrik, ambos impacientes por llegar a un sitio donde puedan matarse el uno al otro honorablemente?

—Muy sencillo, buen Khaavren. ¿Has olvidado nuestra misión?

—¿Que si la he olvidado? ¿El arresto de Kathana? Te aseguro que no he pensado casi en otra cosa durante...

—No, la misión que nos confió el capitán.

—Oh. Pardiez, me había olvidado de esa misión.

—Bien. Te ruego que la recuerdes.

—Ya lo he hecho.

—Excelente.

—Y ahora que ya está recordada, ten la bondad de explicarme por qué esa misión

ayudará a justificar el camino que vamos a tomar, o, mejor dicho, que acabamos de tomar, pues veo que el caballo acaba de enfilar por el sendero hacia el norte.

—De la siguiente manera: Campopimientos queda hacia el norte y el extremo sur de la propiedad limita directamente con el país de Korio, la parte más al norte de la finca de lord Adron.

—Bien, ¿y es el camino más directo?

—Sí y no.

—¿Cómo, sí y no?

—Es el camino más directo si queremos ir a caballo.

—¿Y si tuviéramos que ir caminando?

—Oh, caminando podríamos llegar allí mañana o incluso a última hora de hoy si nos diéramos prisa.

—Pero no queremos damos prisa —dijo Khaavren.

—Es verdad.

—Y además, queremos ir a caballo.

—Eso creo.

—Pues bien, ya lo entiendo.

—Entonces, ¿has dejado de preocuparte?

—Confieso que no del todo.

—Lástima.

—Pero lo que sí es cierto es que estoy menos preocupado que hace unos minutos.

—Me alegro. Disfrutemos entonces del viaje, del día y del precioso paisaje de las montañas que según creo se nos ofrecerá en sólo unos minutos, cuando el sendero rodee aquella gran piedra justo frente a nosotros.

Cuando llegó la hora de descansar hasta el día siguiente, Uttrik, secundado por Kathana, se preguntó en voz alta por qué habrían elegido ese camino. Pero Aerich explicó con toda tranquilidad que tenían que cumplir con la misión que les había confiado el capitán y que, mientras se encaminaban a su destino por dicha ruta, Uttrik y Kathana simplemente tendrían que posponer el matarse mutuamente durante algunos días. Ninguno de los dos se alegró al oírlo; no obstante, una vez vieron que los cuatro guardias estaban resueltos a seguir esa ruta, se vieron obligados a aceptarlo.

Esa noche descansaron en lo alto de la montaña, apiñados alrededor de un gran fuego de leña algo húmeda que encendieron con una gran cantidad de pinocha. Todos se despertaron con la sensación de vigor que sólo una noche en la montaña puede brindar. Desayunaron el pan y el queso de cabra que lord Adron amablemente les había proporcionado para el viaje, y pasaron un día apacible que los llevó hasta un valle entre Bli'aard y Kieron. Al este se cernía sobre ellos, omnipresente, la inmensidad de la Pared de Hierro, esa grandiosa losa vertical de roca marrón que podría haber sido creada por los dioses en un vano intento de mantener separados a orientales y dragaeranos.

Podríamos decir que el intento habría tenido éxito si no fuera por el río Oriental que, con el curso de los eones, había excavado un pasaje en el monte Kieron hasta llegar a una gran altiplanicie fértil accesible tanto desde el este como desde el oeste y que era, a lo largo de las miles de millas por las que se extendían las montañas Orientales, uno de los pocos sitios, sólo había tres o cuatro, que ofrecían una comunicación fácil entre las dos civilizaciones, si se nos permite emplear la palabra para describir la forma en que vivían los orientales.

Aquella tarde, mientras se preparaban para irse a dormir en la temperatura más benévola del valle desde el que comenzarían a ascender por la mañana con la misma energía que acababan de invertir para bajar a él, Kathana aprovechó la oportunidad para sacar el cuaderno de apuntes y los lápices de colores y hacer algunos dibujos de la Pared de Hierro, mientras Uttrik estudiaba el oscuro cielo vacío como si en él pudiera leer profecías, tal como se dice que hacían los antiguos. Aerich estaba sentado junto al fuego con su aguja de ganchillo; Pel, con papel y lápiz, escribía una carta a alguien cuyo nombre no quiso dar a conocer; Khaavren cavilaba y Tazendra dormía.

—Pero bueno, ¿qué es eso? —dijo de pronto Kathana, cuando la última luz del día se retiraba del valle siguiendo el curso del río Oriental.

—¿Qué habéis encontrado, Kathana? —dijo Khaavren, que no se lo estaba pasando tan bien con su actividad como los demás con la propia, y a quien por lo tanto era más fácil apartar de ella.

—No he encontrado nada, Khaavren. Pero he visto algo.

—Vaya —dijo Pel, levantando la vista de su carta algo irritado—. ¿Qué habéis visto?

—No estoy del todo segura, pero me ha parecido que algo se movía entre las rocas.

—¿Sí? —dijo Khaavren—. En la montaña no escasea la fauna. Para empezar, hay norskas...

—Era más grande que una norska.

—También hay dragones.

—Era más pequeño que un dragón.

—Hay dzurs y tiassas.

—Ésos no caminan sobre dos patas.

—Bien, hay darrs.

—En estas montañas no.

—En estas montañas sí hay osos.

—Los osos no llevan sombrero.

—¿Cómo? ¿Llevaba sombrero?

—Estoy casi segura.

—Entonces quizá fuera un hombre.

—Yo he llegado a la misma conclusión —dijo Kathana—. Y además, un hombre que quiere permanecer oculto, a juzgar por el hecho de que sólo lo aiiisbé

agazapándose detrás de las rocas y que desde entonces no... Ah, ahí está otra vez.

—Pues sí, sí que he visto algo —admitió Khaavren—. ¿Creéis que serán bandoleros?

—Los bandoleros —dijo Kathana, cuya vista era inusitadamente aguda— no usan el rojo y plata.

—¡La Luz! —dijo Pel—. ¡Un tsalmoth!

—Vaya —dijo Uttrik—, ¿qué puede estar haciendo aquí un tsalmoth?

Tazendra abrió un ojo que decía: «Vigilándonos, supongo».

—No es improbable —dijo Aerich.

—No obstante, me pregunto quién será —dijo Kathana.

—Oh, tengo una teoría al respecto.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—Lord Guirnalda.

—¡Guirnalda! —dijo Khaavren—. ¿El favorito?

—El mensajero —dijo Pel.

—Es verdad, sabemos que anda por aquí. Pero ¿qué estará haciendo?

—Espíándonos —dijo Pel.

—¿Con qué propósito?

—El de atacamos.

—¿Atacamos? —dijo Kathana.

—Nos han atacado varias veces desde que salimos de casa, es cierto —dijo Tazendra.

—¿Por qué? —dijo Kathana.

—Oh, en cuanto a eso —dijo Khaavren—, os aseguro que lo ignoramos por completo.

—¿Y es lord Guirnalda el que ha estado dirigiendo esos ataques?

—Es posible —dijo Pel.

—Vamos a preguntárselo —dijo Kathana.

—Primero tenemos que encontrarlo —dijo Uttrik.

—Será difícil —dijo Pel—. Como veis, ya está oscuro, y pronto no podremos ver nada fuera del alcance de nuestro pequeño fuego.

—De ningún modo —dijo Tazendra—. ¿Habéis olvidado que soy hechicera?

—Entonces, ¿podéis iluminar la zona donde se esconde? —dijo Kathana.

—Es probable —dijo Tazendra.

—Tener luz sería estupendo —dijo Kathana.

—Bien —dijo Tazendra—, pongámonos a ello.

—Pero ¿qué haremos cuando tengamos luz? —dijo Pel—. Sin duda planean masacramos, y no creo que esta vez tengamos tanta suerte como la anterior.

—Oh —dijo Tazendra—, a Khaavren se le ocurrirá algo.

—Os aseguro que mi reserva de ideas está completamente agotada —dijo Khaavren.

—Pues bien, a algún otro se le ocurrirá algo —dijo Aerich tranquilamente—. Vamos, ilumínanos.

—Puede que tengan todo un ejército listo para atacarnos —dijo Khaavren—. Yo, por mi parte, estoy poco dispuesto a enfrentarme con un ejército hasta que nosotros también tengamos uno.

—¿Sabes? —dijo Tazendra—. Eso me da una idea.

—No me sorprende —dijo Aerich—. Siempre he creído que te valoras muy poco en lo que respecta a las ideas, sólo porque eres más lenta que otros en lo que respecta a la comprensión.

—Entonces ¿tú crees que las ideas y la comprensión no están correlacionadas? —dijo Tazendra.

—¿Dónde has aprendido esa palabra, Tazendra? —dijo Pel.

—No tengo ni idea —dijo Tazendra.

—Sin embargo, me parece que acabas de decir que tenías una idea —dijo Uttrik.

—Vamos —dijo Kathana—. Oigamos esa dichosa idea antes de que nos ataquen y que se convierta, como nuestras almas, en algo inmaterial.

—Pero ha dicho que no tenía ni idea —persistió Uttrik.

—Bien, veréis —dijo Tazendra haciendo caso omiso de Uttrik—. Pero primero, ¿alguien tiene una voz potente?

—Yo —dijo Kathana.

—Muy bien, pues veréis. —Y rápidamente esbozó un plan con el cual, tras algunos añadidos por parte de Uttrik y Kathana, todos estuvieron de acuerdo.

—Haced la luz, entonces —dijo Kathana.

—De acuerdo —dijo Tazendra.

Y aunque podríamos simplemente relatar todo lo que pasó después de lanzar ese hechizo tan simple, hemos de admitir que nos parece más divertido aplazarlo o, más bien, encontrar un método indirecto para describirlo. Como la diversión del historiador puede que no sea razón suficiente para tomar una ruta tan sinuosa hacia la relación de los hechos, queremos dejar sentado que también tenemos otra razón: la necesidad de describir otra conversación en la que se anunciaban esos acontecimientos.

Por lo tanto, se diría que si permitimos que nuestros lectores, gracias a que están en compañía del historiador, escuchen furtivamente dicho intercambio, habremos matado dos pájaros de un tiro; un sacrificio, si se puede llamarlo así, a la diosa Brevedad, a quien todos los historiadores y, de hecho, todos los que trabajan con la palabra escrita, deben adoración. Nunca se insistirá demasiado en el tema.

De modo que una vez establecido esto, llevaremos nuestra adoración de la diosa antes mencionada tan lejos que no nos detendremos en más explicaciones, sino que acompañaremos a nuestros lectores a un lugar a unas dos leguas atrás en dirección a Cararroja y a una hora en el futuro, donde lord Guirnalda (Pel estaba en lo cierto en lo relativo a la identidad del tsalmoth) mira muy fijamente al disco de oro que vimos

recibía de Seodra.

—¿Sois vos, Guirnalda? —dijo la voz de ella como si le hablara al oído después de unos minutos.

—Sí, soy yo, señoría.

—¿Y bien? ¿Tenéis algo de que informarme?

—Sí, señoría.

—Entonces, ¿habéis acabado vuestra misión?

—Todavía no, señoría.

—¿Cómo que no? ¿No eran mis instrucciones bastante explícitas?

—Oh, sí, señoría. Las instrucciones eran muy precisas, sólo que...

—¿Sí?

—Sólo que nos traicionaron, señoría.

—¿Nos traicionaron? ¡Imposible!

—Es verdad.

—¿Quién?

—Sólo se me ocurre que haya sido el morador de la casa de las piedras que parecen dientes torcidos, señoría.

—Qué idea más absurda. Guirnalda, confesad que habéis hecho una chapuza.

—Es posible, señoría. Sin embargo, si no nos hubieran traicionado... —Estáis empleando otra vez esa palabra, Guirnalda.

—Bueno, ¿no es acaso una palabra perfectamente correcta, señoría? —Oh, yo no tengo nada contra la palabra...

—¿Entonces?

—Sino contra su aplicación en este caso.

—Insisto en ella, señoría.

—Y yo afirmo que es imposible.

—Bien, os relataré lo sucedido y podréis juzgar por vos misma.

—Espero que lo hagáis enseguida.

—Sin demora.

—Comenzad, pues.

—Bien, señoría, vuestras instrucciones después del fracaso del ataque en El Cartel Pintado...

—Fracaso que aún no acabo de entender, Guirnalda.

—Ni yo tampoco, señoría.

—Muy bien, continuad. Después del ataque...

—Sí, señoría. Después del ataque, tenía que devolver el sello a lord Adron.

—¿Y lo hicisteis?

—Lo hice.

—¿Y os invitó a quedaros?

—Sí, señoría, tal como dijisteis que él haría.

—¿Y os quedasteis?

—No, señoría. Como vuestras órdenes eran alegar que tenía prisa por volver con Su Majestad, así lo hice y me excusé.

—Muy bien. ¿Le disteis la carta de Su Majestad?

—No, aún la conservo, tal como vuestra señoría me indicó.

—Muy bien. ¿Y luego?

—Tenía que ir a una pequeña aldea debajo de Cararroja, llamada Cuatrocruces, y allí tenía que localizar una casa determinada, sin señas, identificable por tres grandes piedras frente a ella, apuntando hacia arriba y afuera como dientes torcidos.

—Tenéis una excelente memoria, Guirnalda.

—He llegado a fiarme de ella, señoría.

—Bien, ¿encontrasteis la casa?

—Tal cual dijisteis.

—¿Y hablasteis con el que vive ahí?

—No sólo hablé. Siguiendo las instrucciones, le mostré este mismo disco que ahora me permite comunicarme con vuestra señoría.

—Muy bien. ¿Y él?

—Se puso enteramente a mi... es decir, a vuestra disposición.

—¿Qué hicisteis entonces?

—Le ordené que me entregara una piedra destello con la potencia suficiente para destruir a nueve hombres.

—¿Cómo nueve? Sólo eran cinco y un lacayo.

—No obstante, señoría, me pareció prudente estar preparados para una sorpresa.

—Bien, lo acepto. Proseguid. ¿Os entregó la piedra?

—En pocos minutos, señoría. Al parecer ya tenía una lista.

—¿Y vos qué hicisteis?

—Le pedí que reuniera sesenta guerreros de confianza. Tenía que acompañarme para atacar a quien yo le indicara con la piedra destello y los guerreros.

—Bien, ¿y él?

—Se limitó a pedir permiso para ir a llamar a sus camaradas y buscar provisiones para el viaje.

—¿Hizo alguna pregunta?

—Preguntó cuánto tiempo estaría fuera, para saber qué llevar.

—¿Se lo dijisteis?

—No lo sabía.

—¿Y él?

—No pareció inmutarse. En un instante reunió sus tropas y nos marchamos.

—Bien, ¿cuánto tiempo le llevó reunirlos?

—Unas tres horas escasas, señoría.

—¿Cuáles fueron los resultados del viaje?

—A la mañana siguiente, señoría, mientras nos hallábamos apostados en un lugar elevado desde el que se divisa el castillo de Cararroja, vimos cómo los seis se

marchaban.

—Seis. Queréis decir cinco más el lacayo.

—Perdón, señoría. Eran seis más el lacayo.

—¿Cómo seis?

—Los conté varias veces para ver si me equivocaba.

—Bien, ¿y?

—Y eran seis, más el lacayo.

—¿Quién era el sexto?

—La sexta persona era la baronesa Kaluma, es decir, Kathana e' Marish'Chala.

—¿Cómo? ¿Viajaba con ellos?

—Es tal como he tenido el honor de informar a vuestra señoría.

—Supongo que sabíais que no debíais matarla.

—Tan pronto observé su presencia, informé a mi batallón, si es que puedo emplear la palabra, de que bajo ninguna circunstancia debía morir.

—No está tan mal, entonces.

—Bien, tengo el honor de informar a vuestra señoría que no tenía importancia.

—¿Cómo que no tenía importancia?

—No, porque fuimos incapaces de tocarlos siquiera.

—¿Por qué? ¿Estaban protegidos?

—De una manera formidable, señoría.

—¿Y qué manera era ésa, Guirnalda?

—Tenían un ejército.

—¿Cómo que un ejército?

—Al menos una brigada, que nos preparaba una emboscada.

—¿Y os atraparon?

—No, pudimos escapar sin sufrir grandes daños.

—¿Qué pasó?

—Bueno, estábamos tomando posiciones alrededor de su campamento, cerca del puente Flotante.

—Sí, conozco la zona. ¿Cuál era vuestra posición?

—Señoría, los habíamos rodeado.

—Bien, ¿y qué hora era?

—Caía la tarde.

—Una buena hora para atacar, creo.

—Lo mismo pensé yo, señoría.

—Bien, ¿y entonces?

—Fue en ese momento, señoría, justo cuando estábamos a punto de descargar la piedra destello e iniciar el ataque...

—Una piedra destello potente y una tropa de sesenta hombres, decís. —Sí, exacto. En ese momento se iluminó el cielo y, en vez de ocultos, ¡nos encontramos terriblemente iluminados!

- Bah, un hechizo de los más simples. ¿Eso fue todo?
- En absoluto.
- ¿Qué más, pues?
- En aquel momento nos atacó la brigada.
- ¿Os atacaron, decís?
- Sí. Al menos, dieron la orden.
- ¿Quién?
- Creo haber reconocido la voz de la baronesa Kaluma dando las órdenes.
- Bueno, ¿cuáles eran las dichas órdenes?
- Estaba desplegando sus fuerzas para un contraataque.
- ¿De qué forma?
- Bien, primero gritó a sus lanceros que se prepararan.
- ¿Lanceros?
- Sí, señoría.
- ¿Qué más?
- Ordenó a los arqueros que permanecieran en sus posiciones.
- ¿Arqueros? ¿Estáis seguro?
- Hablaba en voz alta, señoría, para que su brigada la oyera, y, en consecuencia, nosotros también pudimos oírla.
- ¿Qué pasó después?
- Ordenó a la caballería que se preparara para cargar.
- ¿Eso es todo?
- No. También ordenó a sus hechiceros que prepararan contraconjuros por si hicieran falta y que dirigieran el ataque, por lo que deduje que había un buen número de ellos.
- ¿Hechiceros?
- Bien, se oía un estruendo y había destellos de luz cegadores, así que no veo de qué otra forma, salvo la hechicería, podrían haber conseguido las explosiones que los causaron.
- ¿Pero no visteis las flechas, los lanceros ni la caballería?
- Señoría, al parecer estábamos atrapados en una emboscada y, para evitar una masacre, ordené de inmediato la retirada.
- Bien, ¿y vuestras tropas obedecieron?
- No sólo obedecieron, sino que la mayoría ya se había ido antes de que diera la orden.
- Ya veo.
- Pero durante la huida, algunos de los de nuestra brigada deben de haberse topado con las fuerzas enemigas, ya que tres no regresaron.
- Tres, decís.
- De modo, señoría, que nos deben de haber traicionado.
- Tenéis razón, Guirnalda, os han traicionado.

- Me alegro de que vuestra señoría lo comprenda.
- No sólo lo entiendo, sino que puedo decir os traicionó.
- Bien, ansio saberlo.
- Vuestra propia estupidez os traicionó, Guirnalda.
- ¿Cómo...?

—No había ni lanceros, ni piqueros, ni arqueros, ni hechiceros, ni tampoco caballería; no había más que una señor dragón de mente rápida que descubrió a alguien que se disponía a atacar, una hechicera que sabía cómo realizar un conjuro de luz y un tonto que se cree todo lo que oye.

—Pero las luces, y las explosiones...

—¿Qué explosiones? El hechicero más torpe puede producir un destello y un ruido fuerte. ¿Alguien resultó herido por las explosiones?

—Pues no. Sin embargo...

—Callad, idiota. Tengo que pensar qué hacer.

—De acuerdo, señoría. ¿Y yo?

—¿Vos? Bien, en cuanto lo haya pensado os daré instrucciones.

—Las cumpliré, señoría.

—Eso espero, Guirnalda.

—¿Cuándo debo intentar hablar con vos de nuevo?

—Dadme dos horas.

—Hasta entonces, señoría.

Con esas palabras, y contando con el permiso de nuestros lectores, dejaremos que Seodra piense en lo que hará a continuación, mientras nosotros seguimos a nuestros amigos por el puente Flotante y el monte Kieron y así sucesivamente en dirección a Campopimientos.

XXVII

En el que se muestra que algunos son infelices a causa de reflexionar, mientras otros lo son a causa de extrapolar

Para cruzar el río Oriental, que resulta, en el mejor de los casos, demasiado frío para nadar y demasiado rápido para vadear, fue necesario pasar por el puente Flotante. Duraj e'Kieron, duquesa de la Vigía Oriental durante las Guerras Pioneras, hizo que se construyera esa hábil proeza de la ingeniería para dar acceso a los fuertes y ciudadelas erigidos y habitados por los rebeldes a lo largo de la ladera sur del monte Kieron. Debemos decir de inmediato que no flotaba, pero era tan bajo que, visto tanto desde los pasos del monte Kieron como desde los del monte Bli'aar, parecía como si estuviera, de hecho, flotando libremente sobre el río; efecto reforzado por su forma curiosa, cuyo misterio nos proponemos resolver.

Existen muchas historias para explicar el diseño peculiar con que se tendió el puente, las vueltas y revueltas, eses y semibucles a lo largo de su extensión. Hemos oído la hipótesis de que la forma se debió a un conjuro especial de conservación de su estructura; hemos oído que fue con el propósito de asustar al enemigo de modo que éste no lo utilizara; hemos oído que el ingeniero que diseñó el puente tenía debilidad por el consumo de no se sabe qué hierba que le afectaba el juicio; y circulan otras historias además de éstas.

Sin embargo, si alguien se tomara la molestia de estudiar las cartas y papeles de lady Duraj de la época y compararlos con las crónicas de las batallas que se libraron por entonces, advertiría que ya mientras se construía el puente los ingenieros sufrían ataques constantes de los rebeldes, ataques consistentes en cargas de infantería, flechas de los arqueros, piedras catapultadas y demás. La noción de un puente permanente estaba al principio muy lejos de la mente de la duquesa; en realidad, ella sólo quería un acceso lo más rápido posible al otro lado. De modo que su solución fue que se bajaran rodando grandes piedras del monte Bli'aard y que las empujaran o arrastraran dentro del río, hecho lo cual se colocaron sobre ellas tablones en los sitios donde solían caerse. Así fue como Duraj consiguió asegurar un paso a pie al monte Kieron.

Más tarde nunca hubo ocasión de diseñar un puente como es debido; primero tuvieron que mantenerlo como estaba para permitir una posible retirada, luego afianzarlo para permitir el paso de refuerzos y por fin ensancharlo para que pasaran

las carretas de aprovisionamiento. Hacia finales de la guerra (de hecho, poco antes de la abdicación del emperador issola Juzai XI), Duraj comentaba que sus hombres habían amarrado cuerdas durante un duro enfrentamiento para que pasara una ambulancia. Es decir, con la guerra casi acabada, el puente todavía era de cuerdas y madera. Probablemente las primeras vigas de hierro no se añadieron hasta veinte o treinta años más tarde, y a la sazón ya nadie pensaba tomarse el trabajo necesario para desmontar el puente y volver a construirlo; era más fácil (aunque más caro por los materiales) limitarse a reforzar lo que había. Como las rocas que soportaban la estructura empezaron a hundirse cada vez más en el lecho del río, se reemplazaron primero por madera, después por puntales de hierro y finalmente por ladrillos, conectados a la estructura mediante gruesas cadenas de hierro.

Así pues, el resultado fue un puente de ángulos y curvas raros e inesperados, por lo menos tres veces más largo que la distancia que recorrería una flecha; que en plena temporada de lluvias yacía casi sobre el agua, de manera que incluso ahora es imposible atravesarlo y pretender llegar con los pies completamente secos a la otra orilla y por el que en años inusualmente lluviosos no se puede pasar durante semanas enteras.

El puente es famoso por varios motivos. Entre ellos se cuenta, en primer lugar, su papel vital en las Guerras Pioneras que ya hemos tenido el honor de mencionar. A continuación, los suicidios que se han consumado en las inmediaciones, sobre todo los de los amantes que saltan desde el Colmillo de Deppa a las aguas heladas que el puente atraviesa; así murieron el noble issola Chalora y su amante tiassa Auri, a pesar de los medios de destrucción mutua más horripilantes y poéticos que les atribuye la balada que lleva sus nombres. Además, se han librado tantos duelos allí que sería agotador enumerarlos, pero hay que mencionar que fue en el puente Flotante donde el poeta Barrack y su principal crítico, V'rono, se mataron mutuamente para acabar con un asedio artístico que había durado casi dos milenios. Podemos añadir, a modo de nota histórica a pie de página, que la crítica Norra, que actuó como Testigo Imperial, observó con ironía sobre el duelo: «El final de Barrack fue todo lo dramático que se podía lograr a su edad, pero salió perjudicado al permitir que su afán por una afirmación enfática dominara su movimiento; mientras que V'rono por lo visto fue incapaz de dejar a un lado sus propias ideas el tiempo necesario para comprender lo que su oponente se proponía llevar a cabo; el resultado, por lo tanto, fue curiosamente inevitable, aunque artísticamente satisfactorio».

Fue, pues, a ese puente adonde llegaron nuestros amigos tras haber escapado, gracias al subterfugio de Kathana, de las fuerzas que los rodeaban; o mejor dicho, tras haber permitido que las fuerzas que los rodeaban escaparan.

—Bueno, estamos todos de acuerdo en que Tazendra es muy inteligente, ¿no es así? —dijo Khaavren mientras guiaban sus caballos por la peculiar extensión del puente (otra cosa por la que es justamente famoso es el disgusto que suscita en los caballos, y así fue como se ahogó el caballero Joroli de Cala Bridden).

—Sí que lo es —dijeron los demás.

—Debemos agregar, no obstante, que Kathana es sin duda muy valiente —dijo Tazendra dedicándoles una reverencia.

—Y de vista rápida, además —dijo Khaavren.

—¡Dientes de Norska! —dijo Pel—. ¡Ya lo creo! Seguro que me habrían ensartado como una gallina si ella no hubiera visto a esos tres bandidos que cayeron sobre nosotros tan inesperadamente, cuando pensábamos que ya todo había acabado.

—Y yo —dijo Khaavren haciéndole una reverencia a Kathana—, si no fuera que ella derribó con tanta elegancia al que me pilló desprevenido, me habría encontrado con la cabeza partida en dos, con lo cual pensar habría resultado poco práctico.

—Y aunque me cueste admitirlo —añadió Uttrik—, vi que al hacerlo se exponía a los ataques del tercero, que seguramente la habría herido de gravedad si Tazendra no hubiera interrumpido su ataque tratándolo exactamente de la misma manera en que su amigo se proponía tratar a Khaavren. —Y también él hizo una reverencia a Kathana, aunque algo rígida.

—No obstante —dijo Kathana, devolviendo la reverencia—, creo que deberíamos establecer por qué querían atacarnos, y descubrir una forma de prevenir ataques futuros.

—Sí —dijo Tazendra—, me parece muy bien. Quién sabe, quizá la próxima vez tengan un ejército.

—Y no creo que podamos engañarlos dos veces —dijo Pel.

—Podríamos pedir ayuda a lord Adron, que es amigo vuestro, Kathana —dijo Khaavren—, y tiene realmente un ejército.

—Soy reacia a hacerlo —dijo Kathana—. Comprometería su situación en la polémica que mantiene con el Emperador para lograr el gobierno de Campopimientos. Seguramente enviaría ayuda si se la pido, pero como comprenderéis, sería una inconveniencia.

—Entonces no debemos hacerlo —dijo Aerich, como si mostrarse descortés con el heredero dragón zanjara la cuestión para siempre.

—Sin embargo —dijo Uttrik—, no creo que necesitemos ayuda.

—¿Cómo? —dijo Pel—. Explica tu razonamiento.

—Con mucho gusto. Mañana llegaremos a Campopimientos.

—Sí, ¿y?

—Entonces, Kathana y yo tendremos el honor de cruzar nuestros aceros, y me parece que, acabe como acabe el encuentro, no hay ninguna necesidad de que los supervivientes se queden aquí. Además, bien puede suceder que la causa de los ataques se haya desvanecido.

—Vaya —dijo Kathana—, hay algo de cierto en vuestra observación.

—Pues bien —dijo Khaavren—, como veo que ya llegamos al final del puente, montemos otra vez y prosigamos la marcha. —Sugerencia excelente y práctica que siguieron de inmediato, encaminándose por los senderos de montaña que, al igual

que los que conducían al castillo de Cararroja, eran empinados pero perfectamente transitables para los caballos.

El propio Khaavren encabezó la marcha. Durante un rato Aerich lo acompañó, pero luego, con la gran sensibilidad que poseía el lyom, notó que el joven tiassa deseaba estar a solas con sus pensamientos, de modo que dejó que su caballo se retrasara hasta situarse junto a Tazendra y Uttrik, que discutían los méritos de varias clases de estribos según se usaran en una refriega o en un duelo a caballo (los cuales no habían caído por completo en desuso, aunque eran cada vez menos frecuentes). Aerich sorprendió a ambos con sus conocimientos de los entresijos de ese arte sutil y con su erudición acerca de la necesidad de relacionar el tipo de estribo a la tarea concreta que el oficial de caballería desea llevar a cabo; pero como sospechamos que nuestros lectores tendrán menos interés por el tema que los participantes, dirigiremos otra vez nuestra atención a Khaavren, de azul y blanco y con media capa dorada a la espalda, mientras cabalga sobre su yegua y monologa.

«He de decidir entre traicionar a mi emperador o traicionar a mi amada —se decía Khaavren—. Bien, dicho así, la elección al fin y al cabo es sencilla: el amor de un oscuro guardia debe siempre dejar paso a las necesidades del Imperio; es el principio gracias al cual los hombres conviven bajo su estandarte. Pero no, tengo que pensarlo otra vez. La elección no es entre el amor y el Imperio, es entre dos juramentos que he hecho y que se contradicen entre sí, de modo que el problema consiste en realidad en elegir en qué caso he de cometer perjurio. ¡Perjurio! Ah, qué palabra tan fea. ¿Y por qué he de hacerlo? Porque mi boca ha hecho un juramento siguiendo el impulso de mi corazón, que no consultó antes al cerebro, cosa que no tenía por qué hacer, pues es función del cerebro controlar las actividades de la boca, mientras que el corazón debería limitarse a bombear sangre por el cuerpo. Pero no importa, la cuestión sigue estando clara: es mucho más importante mantener un juramento al Emperador que a un amor.

»Pero, si eso es verdad, ¿por qué el corazón me dice algo tan distinto? Bien, muy sencillo: porque el corazón, avergonzado con razón de lo que ha hecho, se niega a llevar sangre al cerebro, de manera que el cerebro, en lugar de pensar con claridad, deja que todo se vuelva oscuro y confuso. Tal vez tenga la suerte de que en el próximo enfrentamiento este corazón traicionero le niegue sangre a mis brazos; entonces resultará convenientemente agujereado y así acabará mi dilema, si bien de una forma un poco irónica. A fin de cuentas, de alguna parte han de venir los juramentos, y mi corazón sabe que no tiene sentido hacerlos si contradicen a los de mi cerebro o, en última instancia, a los de mis visceras.

»Como éste es el caso, la elección es o enfermar del corazón, o del estómago o coger un dolor de cabeza. Ya he enfermado del estómago y he tenido dolor de cabeza; quizá ya sea tiempo de enfermarse del corazón, tras lo que habré tenido la experiencia de sentir la enfermedad en todas las zonas principales del cuerpo y, en consecuencia, seré una persona mucho más completa. Bah, como diría Aerich. Tiene que haber una

forma mejor de decidir que establecer dónde caerá la enfermedad causada por la decisión. Bien, la cuestión es interesante; examinémosla.

»Vivir —siguió reflexionando Khaavren— es afrontar elecciones. Seguramente será porque estar muerto es no afrontar ninguna elección en absoluto, salvo las que existen más allá de la Puerta de la Muerte y que los filósofos creen que no son sino una recapitulación de todas las elecciones que uno ha hecho en la vida.

»Pero entonces, si la vida ha de estar repleta de elecciones, muchas de ellas difíciles, uno debería tener un método para aproximarse al arte de la toma de decisiones. Pero no, me he dejado algo. Uno siempre posee el método, sólo que no siempre es consciente de ello. Ahora bien, ¿cuál es mi método? Muy sencillo: evito la toma de decisiones, las mastico de la misma manera que un perro mastica un pedazo de cuero y, por las Jarreteras de Undauntra, me veo abocado a la inacción o a acciones odiosas, a cosas que jamás habría contemplado un mes antes. ¡Cha! ¡No es manera de vivir!

»Pero volviendo a la cuestión, tiene que haber una forma de decidir, de manera clara y explícita, dónde residen nuestras obligaciones, y sin embargo, muy a menudo no la hay. En este caso, por ejemplo, incumplir mi deber con mi amada me infligirá a mí, y en verdad creo que a ella también, un gran dolor, mientras que incumplir mi deber con Su Majestad no le causará ningún daño al Imperio propiamente dicho; simplemente provocará un ligero enojo en un hombre que en realidad es igual que yo, excepto que sobre la cabeza le sobrevuela el Orbe, mientras que sobre la mía sólo sobrevuelan esas nubes infernales que no cesarán de producir estas finas lloviznas de montaña hasta que, supongo, hayamos llegado a tal altura que empiecen a producir nieve. ¡Cha! Si la naturaleza no puede decidirse acerca de una cuestión tan simple y práctica, es decir, la lluvia o la neblina o la nieve, ¿cómo iba yo a hacer una elección moral sabiendo que, decida lo que decida, me sentiré desdichado?

»En ese caso, ¿cómo decide uno qué camino tomar? Creo que mi madre y mi padre, cuyo deber era educarme, deberían haberme dado la respuesta; a no ser que sea una de esas lecciones que, si bien pueden aprenderse, no pueden enseñarse en ningún caso. Si fuera así, entonces es una tontería pensar sencillamente que puedo decidir; debo seguir mi camino y prepararme para aprender de los acontecimientos, que, estoy seguro, son los mejores maestros, al menos cuando uno está dispuesto a que ellos lo aleccionen».

Llegado a ese punto, Khaavren interrumpió su monólogo, pues reparó en que Mica se le había acercado y miraba a su alrededor con una expresión melancólica en su rostro habitualmente alegre.

—Caramba —dijo Khaavren, contento de distraerse con la desdicha de algún otro—, pareces abatido.

—Es verdad, mi señor.

—¿Tienes algún motivo? ¿O es por la lluvia que nos cala hasta los huesos y nos hace temer que los caballos resbalen por este traicionero sendero de montaña y nos

rompamos la crisma? Sabes, habíamos planificado traer capas engrasadas, incluso contábamos con ellas, pero, no sé cómo, nos las olvidamos. Dice poco de la condición humana el que ni siquiera una correcta planificación sirva de algo. ¿Es eso lo que te entristece, Mica? Porque, si es así, comparto tus sentimientos.

—No, en absoluto, mi señor.

—Bueno, ¿de qué se trata?

—¿Queréis que os lo cuente?

—Sí.

—Entonces lo haré.

—Dime; te escucho.

—Bien, es que he estado haciendo sumas mentales.

—Pero yo he hecho sumas mentales, y nunca me han entristecido —dijo Khaavren—; al contrario, me agudizan el ingenio, lo cual, a su vez, hace que el mundo me resulte más entretenido, y así las horas pasan muy agradablemente.

—Intentaré seguir vuestro ejemplo, mi señor.

—Estarás satisfecho con los resultados, Mica, te lo aseguro.

—Pero he hecho algo más que sumar, mi señor; he estado haciendo extrapolaciones.

—Ah, extrapolaciones. Vaya, eso ya es otra cosa.

—Me complace que lo penséis, mi señor.

—Oh, en efecto, eso creo. Las extrapolaciones son un asunto mucho más serio que las sumas.

—Y además...

—¿Cómo! ¿Hay más?

—Así es, mi señor, y si queréis oírlo, os lo diré.

—Disfrutaré oyéndolo por otros motivos además de que me divierte tu acento entrecortado y tu forma de hablar tan distinta del tono nasal norteño de la ciudad o del deje de mi región.

—Bueno, mi señor, es posible que el asunto con respecto al que calculáis sumas sea diferente del asunto sobre el que yo hago extrapolaciones.

—Puede ser, Mica; yo no sabía que las hicieras en relación a un asunto determinado.

—Pues sí, mi señor.

—¿Y cuál es ese mentado asunto?

—Se trata de soldados, mi señor.

—¿Cómo, soldados?

—Exacto. Veréis: ¿no os atacó un hombre antes de que yo tuviera el honor de conocerlos?

—Pues sí; y la prueba es que se trataba de Utrik, que ahora viaja con nosotros.

—Y en la Posada de Beed'n, ¿no nos atacaron doce bandoleros?

—Sí, ése era el número exacto, Mica.

—Y cuando salíamos de El Cartel Pintado, ¿no nos asaltaron unos treinta hombres?

—Mejor dicho, los asaltamos nosotros a ellos, pero la cifra es correcta.

—Bien, ¿y no fueron por lo menos un centenar los que conseguimos alejar gracias a la estratagema de mi señora?

—Esta vez creo que te equivocas.

—Pero eran bastantes más de treinta.

—En eso te doy la razón.

—Pues bien, sobre esta cuestión he hecho una extrapolación, con el objeto de establecer a cuántos adversarios nos enfrentaremos en la próxima ocasión.

—Ya veo. Bien, ¿y qué has establecido, Mica?

—Que ellos será muchos más que nosotros.

—Sin duda tienes razón.

—Un ejército, mi señor. Me temo que traerán un ejército.

—Es posible, Mica.

—Mi señor, sé que sois fuerte y valiente, que mi señora lucha como un dzur, que lord Aerich mantiene la calma cuando está bajo el fuego enemigo, que el caballero Pel es a la vez inteligente y fiero, que tanto lord Utrik como lady Kathana son dragones y que yo, aunque teckla, puedo mantener la cabeza en su sitio cuando las cosas se ponen feas y llevo la banqueta...

—Lo sé muy bien, Mica, pues lo he visto.

—Gracias, mi señor. Y sin embargo, caramba, ¿un ejército, mi señor?

—Entonces, ¿tienes miedo a morir?

—¿Miedo? Oh, no, mi señor, os ruego me creáis; no se me ocurriría tener miedo. Pero estoy triste, porque servir a mi señora ha sido tan bueno para mí que odio ver que la vida se me acabará justo cuando empezaba a ser dulce.

—Animo, Mica —dijo Khaavren extendiendo la mano y palmeando a Mica en el hombro—. No todo está perdido, y quién sabe, puede que, tal como sugiere Aerich, suceda algo que nos salve a los dos, a ti de la muerte y a mí de algo peor. Además, sólo has hecho una extrapolación; tal vez hayan renunciado a la idea y no lo intenten más.

—Oh, ¿vos creéis, mi señor?

—¡Cha! Es posible. En todo caso, no sé cómo van a encontrar un ejército, aunque quisieran reclutarlo.

—Ojalá estéis en lo cierto, mi señor —dijo Mica, pero meneó la cabeza como diciendo: «De todas formas, no tengo mucha fe en ello».

XXVIII

En el que tanto el escenario como los actores se colocan en su sitio para la conclusión

En realidad, Mica no estaba muy alejado de la verdad, pues en ese momento, a unas leguas atrás, cierto noble solicitaba que lo anunciaran a lord Adron, y en la mano llevaba un papel, un simple trozo que, cuando finalizara su función, alteraría de forma irrevocable los destinos de todos aquellos implicados en nuestro relato.

El noble fue admitido en cuanto mencionó su nombre y lo condujeron a la misma habitación que ya hemos visitado, donde lord Adron se puso de pie, hizo una reverencia y lo observó.

—Que tengáis buenos días, conde Shaltre —dijo.

—Y vos también, Alteza —dijo el lyom, haciendo una profunda reverencia en deferencia al rango del señor dragón, pero no tan profunda como habría debido, ya que venía como mensajero de Su Majestad.

—¿Tenéis algo que transmitirme? —dijo Adron, interpretando perfectamente la reverencia.

—Tengo ese honor, Alteza —dijo Shaltre.

—Bien, os escucho.

—Veréis: necesito que vos, al mando de un millar de soldados, capturéis a ciertos fugitivos.

—¿Fugitivos? Es decir, ¿criminales?

—No digo que lo sean, Alteza, pero hay que apresarlos o matarlos.

—Bien, ¿y cuántos son los fugitivos?

—Ahora mismo, seis.

—¿Cómo que seis? ¿Y os hacen falta mil hombres para capturar a seis fugitivos?

—Hay que peinar muchas millas de montaña, Alteza.

—Ah, así que hay que hacer una búsqueda. Pero os aseguro, mi señor, que unos cuantos rastreadores la realizarán de forma mucho más eficaz que mil soldados.

—Puede que hagan falta muchos soldados para traerlos una vez los rastreadores los encuentren, Alteza.

—¿De modo que son peligrosos, mi señor?

—En extremo.

—¿Cómo se llaman?

—No sé el nombre de todos ellos, Alteza. Hay uno llamado Khaavren y otro llamado Uttrik.

—¿Esos caballeros?

—Justamente.

—¿Son fugitivos?

—Ya lo creo que sí, y muy perseguidos, por cierto.

—Bien, los conozco. Han sido huéspedes míos y salieron de mi casa hace dos días. Me temo que ya estarán lejos de aquí, demasiado lejos para que los soldados puedan alcanzarlos.

—En absoluto, Alteza. Tenemos motivos para creer que han tomado la carretera que lleva al puente Flotante.

—¿Y bien?

—Por razones que ellos conocerán han escogido una ruta más larga; quizá para poder seguir a caballo. Si salimos en una hora y nos guiais por los pasos altos, en nueve horas podríamos llegar adonde están ahora.

—Conocéis muy bien el terreno, conde.

—Vuestra Alteza es muy amable.

—Pues lo siento, pero tendré que negarme.

—¿Os negáis?

—Han sido mis huéspedes, y además con ellos va...

—Alguien cuyo nombre no hace falta mencionar, Alteza. No hay por qué apresar o matar a todos; por eso tenéis que ser vos quien comande las tropas, para estar seguros de que no se cometen errores al respecto.

—No obstante —dijo Adron frunciendo el ceño, incapaz de desentrañar la compleja maraña de política e intriga que había llevado a una solicitud imperial tan peculiar—, y tal como he tenido el honor de deciros, he de rehusar servir a Su Majestad en este caso. Aunque sea porque me han informado, mientras estaba en la ciudad, de una concentración de orientales cerca de Campopimientos y debo llevar allí mis tropas por si acaso nos enfrentamos a una invasión.

—Permitidme que os recuerde, Alteza, que no sois el marqués de Campopimientos.

—Bien, ni lo es ningún otro. Sin embargo, os aseguro que los orientales no postergarán la invasión que puedan haber planeado porque Su Majestad haya aplazado el nombramiento de un marqués para esas tierras.

—Pero ahora se trata de una cuestión imperial, y algunos podrían preguntarse el porqué de vuestro empeño en desplazar allí las tropas.

—Os aseguro que a los orientales no les sorprenderá.

—¿De modo que estáis resuelto a llevar vuestras tropas a Campopimientos en lugar de someteros a la solicitud de Su Majestad?

—¡Sangre! Ya lo creo; he matado dos caballos para poder llegar aquí y cumplir con ese propósito.

—Aun así, afirmo que es imposible, Alteza —dijo Shaltre.

—¿Imposible?

—Cuando Su Majestad realiza una solicitud...

—No deja de ser una solicitud; por lo tanto, puedo o no satisfacerla. No deseo ofender a Su Majestad; sin embargo...

—¿Y si en lugar de una solicitud se tratara de una orden?

—Bueno, eso es otra cosa. Entonces, en mi calidad de duque de la Vigía Oriental, título que ostenta los sellos imperiales, debo obedecer.

—Exactamente.

—¿Y bien?

—Bien, es una orden.

—Sin embargo, me dijisteis que era una solicitud.

—Era una solicitud, Alteza, hasta el momento en que os negasteis; entonces pasó a ser una orden.

—Supongo que tenéis alguna prueba de la voluntad de Su Majestad —dijo Adron después de estudiar detenidamente al lyom.

—Si Vuestra Alteza se digna leer este papel...

El ceño se Adron se amigó más aún, pero cogió el papel que Shaltre le ofrecía y leyó: «Lord Adron: Es nuestra voluntad que sigáis las instrucciones de Shaltre al pie de la letra en todo lo que respecta a la captura de Khaavren de Rocacastillo y sus compañeros. Tortaalik». Adron comprobó el sello y la firma y se esforzó por mantener el rostro inexpresivo. Por fin hizo una reverencia, pues prefería no hablar.

—¿Queda suficientemente claro, Alteza? —dijo Shaltre.

—Estaremos listos para salir en una hora, mi señor —respondió después de tomarse un momento para recobrar la compostura.

—Esperaré fuera a Vuestra Alteza.

Retomaremos ahora con nuestros amigos, que no sabían nada de ese intercambio de ideas. Cuando la luz del día comenzó a extinguirse, ya habían llegado a un lugar a dos leguas de Campopimientos. Uttrik era partidario de forzar la marcha y acabar el asunto pendiente con Kaluma esa misma noche, pero finalmente Khaavren lo convenció de que esperaran a que hubiera plena luz, de modo que se acomodaron para el último descanso antes de la mañana siguiente, momento en que esperaban resolver las cuestiones que les aguardaban.

Hay que destacar que hacía mucho frío, pues habían llegado a un lugar elevado; sin embargo no faltaba leña, de modo que, tras encargarse de los caballos, encendieron un buen fuego y cenaron pan y queso. Durante la cena Tazendra estuvo callada y meditabunda. Así, bien envueltos en capas y mantas, se sentaron apiñados junto a la hoguera pero en silencio, conscientes de que el día siguiente pondría fin a ciertas amistades a las que se habían acostumbrado y con las que se sentían a gusto. De tanto en tanto Kathana miraba a Uttrik especulativamente, como preguntándose qué clase de amigos habrían sido si las circunstancias fueran diferentes. Uttrik, por su

parte, evitaba mirar a Kathana como si, aunque obligado por su palabra y su deber, la idea de un combate a muerte con ella ya no fuera de su agrado.

—Amigos, debo decir que no me alegra lo que estamos haciendo —suspiró Khaavren—. En Dragaera parecía una buena idea emprender una campaña, conseguir honores y convertimos en héroes, pero aquí ya nada parece tan sencillo.

—Tienes razón —dijo Tazendra—. Yo, por mi parte, reconozco que no entiendo por qué.

—Porque nos hemos enredado en los asuntos del Imperio, y lo hemos hecho por motivos propios más que por servir al Imperio —dijo Aerich—. Ha sido un error; me confieso culpable.

—Bah —dijo Pel—. Sí, el problema es que nos hemos implicado en asuntos imperiales. Pero si el Emperador es fuerte no hay inconveniente; así es exactamente como un caballero descubre su propia fuerza. Sin embargo, cuando el Emperador es débil, los caballeros a su servicio no hacen más que descubrir su propia debilidad.

—¿Dices que el Emperador es débil? No acabo de verlo —dijo Khaavren frunciendo el ceño.

—¿No? —dijo Pel—. Fíjate en tu caso. Nosotros cuatro; debo excusaros a ti, Uttrik, y a vos, Kathana; nosotros cuatro, cuando dejamos nuestro hogar en la ciudad de Dragaera, estábamos al servicio del Imperio, personificado en Su Majestad y en la corte.

—Claro —dijo Khaavren—. Continúa.

—Bien, la corte, como la red de la chreotha cuyos hilos ha roto el viento, teje tentáculos de intriga de un modo tan azaroso que no nos equivocaremos al llamarlo anárquico. Nuestra desgracia ha sido vemos atrapados en esos tentáculos por accidente. No hay una mente central que controle los tentáculos; de lo contrario ya habríamos caído en la trampa antes de salir de la ciudad. La mente central que debería controlarlos es la del Emperador. Si no lo hace, sabemos que es débil.

—Pero, ¿cuál es la causa de que el Emperador sea débil? —dijo Khaavren.

—Bien, en primer lugar, es joven.

—Aunque bienintencionado —dijo Aerich.

—Oh, eso no lo niego. Pero es joven. Y, además, tiene el peor punto débil que un emperador pueda tener.

—¿Cuál es? —dijo Khaavren.

—Malos consejeros, a los que él escucha.

—Bueno, a alguien tiene que escuchar.

—Sí, pero debe adquirir experiencia para poder discernir a quién ha de escuchar.

—¿Y cómo va a saber a quién? —dijo Khaavren, fascinado por ese nuevo enfoque de la política imperial.

—Precisamente de la forma que ha dicho Aerich: debe buscar consejeros que sirvan de corazón a los intereses del Imperio.

—Bien, y en este momento ¿qué tiene?

—A sus consejeros actuales sólo les interesa el puesto. Lo único que buscan al aconsejarlo es ganarse su favor, de modo que se contradicen unos a otros inútilmente y transforman la política, que ha de ser la fuerza que dirija todas las decisiones imperiales en una dirección, en algo disperso e incierto. Y así es como vemos que Campopimientos queda indefenso, que no se arresta a la baronesa... —Inclinó la cabeza hacia Kathana—. Y que realizan campañas sólo para conseguir chucherías con las que complacer su afición a las piedrecitas de colores.

—Si al menos te tuviera a ti como consejero... —dijo Aerich con una sonrisa.

—Oh —dijo Pel, quizá demasiado rápido—, no ambiciono nada por el estilo, te lo aseguro.

Aerich y Khaavren se miraron e intercambiaron una breve sonrisa.

—No obstante —dijo Tazendra, que se había perdido ese intercambio—, si tú fueras asesor, ¿qué le dirías a Su Majestad?

Pel se limitó a menear la cabeza, como si reconociese que, adormecido por la noche fría y el cálido fuego, había hablado más de lo que deseaba.

—Confieso que si yo fuera asesor, cargo que no ambiciono más que Pel, le aconsejaría, en primer lugar, que arrestara a la señora Kathana —dijo Aerich.

La susodicha señora se sobresaltó al oírlo, pero la actitud de Aerich era tan educada que no podía ofenderse. Uttrik lo miró fijamente, pero no dijo nada.

—Bueno, mi señora, ¿qué haríais vos? —dijo Khaavren, sintiéndose incómodo de repente—. ¡Cenizas! No podemos ir por ahí matando a los que no aprecian nuestras pinturas.

—Vos no pintáis —dijo Kathana fríamente.

—Bien, es verdad, por lo tanto no diré nada más.

—Él era demasiado arrogante —dijo Kathana al cabo de un rato. Hablaba en voz muy baja, como si dirigiera las palabras sólo a sí misma—. Había trabajado en aquella pintura treinta y nueve años, de los cuales once los pasé en la jungla observando dragones, a veces entrando a hurtadillas en sus madrigueras. El fondo me llevó cinco años, de modo que cada planta, cada piedra, cada sombra era más real que los modelos de donde las había copiado; no obstante, no eclipsaba el tema de la obra.

Y estuve quince años haciendo esbozos de dragones, hasta que pude leer sus expresiones y, además, mostrárselas a alguien que no sabía cómo era la expresión de un dragón. Y pinté y pinté, y barnicé y terminé, y se lo llevé humildemente a mi señor e'Drien y, mientras yo estaba ahí de pie, lista para presentárselo, él va y, con una simple mirada, lo desestima como si no fuera digno ni de un comentario.

Kathana se volvió a quedar en silencio.

—Así pues, ¿decís que estabais enfadada? —carraspeó Tazendra.

—Bien, a decir verdad —dijo Kathana con una sonrisa—, lamento lo que hice.

—¡Cómo! ¿Lo lamentáis? —dijo Uttrik.

—Sí. Ojalá no lo hubiera matado; al menos debería haberme tomado más tiempo y asegurarme de que estaba preparado para defenderse. Sin embargo, estaba tan

rabiosa.

—Sí —dijo Uttrik—. Comprendo la rabia.

—Me alegro —dijo Kathana—. Yo, por mi parte, comprendo la venganza.

—Nos comprendemos mutuamente, entonces —dijo Uttrik.

—Por completo —dijo Kathana.

—Pero el asunto de los pinceles...

—¿Pinceles?

—En los ojos.

—Bah. Eso jamás sucedió.

—¡Cómo! ¿Estáis segura?

—Mi querido Uttrik, creo que yo sabría si le he clavado a alguien unos pinceles en los ojos. Además, estaba presentando la pintura; no los llevaba en ese momento.

—Pero la historia...

—Ya sabéis cómo crecen las historias con cada uno que la repite.

—Es cierto.

—Me complace que lo entendáis.

—Lo entiendo perfectamente. Y aunque os matara mañana, os aseguro que no os seguiré guardando rencor.

—Y si os mato yo, lo mismo.

—¿Nos damos la mano?

—Aquí la tenéis.

—Bien, pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Con esa resolución, cerraron los ojos y, uno tras otro, se dejaron llevar por el sueño.

XXIX

En el que nuestros amigos advierten, con gran placer, que la situación se ha vuelto desesperada

El territorio de Campopimientos, una gran altiplanicie fértil enclavada entre el monte Kieron y la Pared de Hierro, se llamaba así por el gran número de variedades silvestres de pimientos que se daban allí y por otras muchas más que se cultivaban sin dificultad debido a lo adecuado del lugar, el suelo y el clima. Al norte hay un acantilado abrupto de unos quinientos pies de altura, sobre el que se asienta la Fortaleza Colgante, donde moraba el marqués de Campopimientos, y tras ella está el Fuerte Norte del Pino, que había sido, hasta no hacía mucho, el hogar de Utrik. Desde la fortaleza hasta la meseta hay un sendero empinado y serpenteante, que constituye una de las cuatro formas de llegar a Campopimientos desde el mundo exterior; es decir, siempre que uno sea capaz de llegar hasta la Fortaleza Colgante, lo que no es probable, pues es inaccesible excepto a través del mismo Campopimientos.

También se puede entrar desde el este, donde una ladera larga y suave se eleva desde un paso en la Pared de Hierro, a unas cuatro leguas al norte. Otra manera de llegar es desde el sureste, una subida empinada e impracticable para los caballos, aunque a sólo un tiro de flecha, por así decirlo, de Cararroja. Y está, finalmente, el acceso del suroeste, el que tomaron nuestros amigos, un sendero estrecho pero bien hollado que sube desde el valle del río Oriental y arranca a unas pocas leguas más abajo de su nacimiento en las cataratas Tronantes, en la Pared de Hierro.

Este último acceso se parece más que los otros a una carretera, ya que a cada lado hay rebordes altos de piedra que acaban abruptamente en un bosquecillo, al otro lado del cual uno se encuentra con la al parecer inacabable planicie en la que se derramó tanta sangre, humana y oriental, desde que la descubrió el señor dzur Brionn, que bautizó la montaña con el nombre de su héroe, Kieron el Conquistador.

De modo que por la mañana temprano los compañeros se encontraron contemplando ese paisaje liso.

—Amigos —dijo Utrik—, ya estamos en el territorio de Campopimientos; es decir, hemos salido de la propiedad de lord Adron.

—Bien —dijo Kathana lacónicamente.

Entonces Utrik encabezó la marcha. Pasaron por un lugar donde se habían reunido unos cuantos pobladores, al parecer sólo para celebrar los escasos años

pasados desde que los orientales habían estado allí, pues siempre han sido los orientales los que cultivaron esos campos; los humanos se contentaban con recolectar los pimientos que brindaba la naturaleza.

—Aquí —dijo Uttrik—, en esta pequeña depresión, es donde mi antepasado Ziver el Alto libró su última batalla, durante el reinado tsalmoth del Ciclo Undécimo. En la cima de aquella colina que observamos a nuestra derecha se ocultó, echándose a tierra, la caballería de Cli'dha, antes de la carga de los Arboles Quebrados, con la que se recuperó Campopimientos en el reinado dzur del Ciclo Decimosexto.

»Allá arriba, a la izquierda, sobre aquella pequeña colina —continuó Uttrik—, se desplegó por primera vez la Defensa del Círculo Continuo, que surgió por accidente durante el decimocuarto reinado issola como medida desesperada para salvar a Taalini el Tres Puños, que resultó herido ahí arriba, tras la roca en forma de seta; su escudero, cuyo nombre en este momento se me escapa, lo arrastró de vuelta al altozano. Y aquí —añadió, deteniendo su caballo con un movimiento imperceptible de las rodillas— es donde mi padre me hizo jurar el Voto de Protección y donde además me ciñó la espada al cinto por primera vez. Como veis —agregó—, el terreno es llano y uniforme, con sólo unas cuantas plantas de pimientos que empiezan a brotar para saludar al verano, mostrando sólo la promesa de sus frutos que, según creo, son de la variedad blanca y curvada, picantes, dulces, con pocas semillas y un agradable regusto en la lengua.

»Tazendra, ¿querrás apadrinarme? —Desmontó y dejó el caballo al cuidado de Mica, señalando un cerezo solitario a unos ochenta metros de distancia donde se podían atar los caballos.

—Sí —dijo Tazendra—, pero deseo añadir que no por ello albergo animosidad contra Kathana, a la que ruego me haga el honor de creerme.

—Lo comprendo —dijo Kathana, cuya garganta parecía haberse secado durante el monólogo de Uttrik. Desmontó, entregó a su vez el caballo a Mica y se volvió hacia Pel—. ¿Querriais apadrinarme? —añadió.

—Será un honor —dijo el caballero—. Y hago la misma aclaración con respecto a Uttrik.

—De acuerdo —dijo Uttrik.

—¿Y el juez? —dijo Tazendra.

—Aerich, por supuesto —dijo Pel.

El lyom hizo una reverencia desde el caballo y también desmontó.

—Como testigo tenemos a Khaavren —dijo Tazendra.

—Haré de testigo —dijo Khaavren, casi al borde del colapso por la emoción—. Y lo haré tanto más a gusto por cuanto no tengo preferencia por ningún vencedor, pero tanto más a disgusto ya que desearía que ninguno de vosotros muriera. Los dioses saben que os quiero a los dos.

Uttrik y Kathana inclinaron la cabeza ante esas palabras, tan francas y llenas de una ternura tan sentida. Así pues, Tazendra, Pel, Aerich y Khaavren desmontaron y

dejaron los caballos al cuidado de Mica, que los llevó al cerezo y los ató ahí.

—Es probable que a la vuelta necesitemos uno menos —musitó Khaavren—; sólo ruego que no necesitemos dos menos.

—Traza el círculo, Khaavren —dijo Aerich.

Khaavren, dirigiendo al lyorn una mirada indescriptible, extrajo el puñal. Con el corazón a punto de partírsele, se inclinó y caminó por el perímetro del campo de duelo. Su cuchillo iba dejando la huella de hierba cortada mientras trazaba un círculo inscrito que, aunque difícil de ver, bastaba para un duelo en el que no era probable que los combatientes retrocedieran muy a menudo ni muy lejos.

—¿Las condiciones? —dijo Aerich suavemente.

Tazendra miró a Uttrik, que le devolvió un breve gesto de asentimiento, como queriendo decir: «Sabes muy bien cuáles tienen que ser las condiciones».

—Sólo aceros, a muerte —dijo Tazendra a Pel con una reverencia.

Pel miró a Kathana, que asintió con la cabeza como diciendo: «Así ha de ser».

—Aceptamos las condiciones —le dijo a Tazendra, devolviéndole la reverencia.

—Entonces —dijo Aerich—, comencemos.

Khaavren fue a situarse junto al lyom, con la cabeza gacha. Mica, de pie junto a Khaavren, meneó a su vez tristemente la cabeza.

—Si ser caballero significa esto —murmuró—, me alegro de no serlo.

—¿No queréis reconciliaros? —dijo Aerich después de que los combatientes tomaran posiciones.

Uttrik, mirando al suelo, indicó que no con un gesto. Kathana se encogió de hombros.

—Lo pregunto una vez más —dijo Aerich con voz temblorosa por la emoción—. ¿No queréis reconciliaros?

Todos los presentes lo miraron asombrados; tamaña infracción de las convenciones era diez veces más asombrosa al proceder, como era el caso, de un lyom. De nuevo ambos indicaron por señas que el duelo era necesario.

—Inspeccionad las armas. —Aerich suspiró de forma audible y habló en voz tan baja que sólo se oyó gracias al silencio espantoso del campo, donde hasta el viento parecía haberse detenido por respeto a la tragedia que se tramaba en su regazo.

Tazendra dirigió una mirada sumaria a las espadas largas de Uttrik, al tiempo que Pel examinó brevemente la espada larga y el puñal de Kathana. Devolvieron las armas e indicaron a Aerich con una señal que todo estaba en regla.

—Coged las armas —dijo Aerich.

Tazendra le entregó el acero a Kathana, mientras Uttrik tomaba el que le entregaba Pel.

—Colocaos en el círculo —dijo Aerich, cuya voz ya estaba apenas por encima de un susurro. Los combatientes así lo hicieron, y Aerich se situó entre ambos. Incapaz al parecer de hablar, indicó por señas dónde debía colocarse cada uno—. ¿Tenéis algo que decir antes de que comencemos? —añadió, haciendo un esfuerzo.

—Por mi parte —dijo Uttrik—, quiero decir que es sólo el deber lo que me obliga a intentar quitaros la vida, y os aseguro que si me matáis me haríais un gran favor.

—Y yo quiero decir —dijo Kathana— que sois uno de los caballeros más excelentes que haya conocido nunca. Lamento tan amargamente haber matado a vuestro padre, una bajeza indigna de un dragón, que si tengo la desgracia de mataros, me pondré de inmediato en manos del Imperio.

—Podéis hacerlo si queréis —dijo Khaavren temblando de emoción—, pero no seré yo quien os lleve al Ala Issola. Por lo que a mí respecta, seréis libre si vencéis, y llorada si morís. Y en cuanto a ti, Uttrik, repito que te quiero como a un hermano; espero que no me guardes rencor si digo que traicionaré mi voto al capitán y al Emperador si fuera Kathana la que saliera indemne de este combate odioso.

—No te guardo rencor por ello —dijo Uttrik—. De hecho, te aseguro que, si muero, moriré más feliz pensando que Kathana, a quien aprecio como a una hermana, se librará, de ahora en adelante, de todas las consecuencias de su acción, incluso del remordimiento.

—La única forma de librarme del remordimiento —dijo Kathana— sería que me hicierais el honor de quitarme la vida.

—Bien —dijo Uttrik—. Lo intentaré, pero no me alegrará hacerlo, creedme.

—Entonces —dijo Kathana—, comencemos.

—En guardia —susurró Aerich.

Kathana se colocó con el brazo derecho, es decir, el de la espada, al frente, pero con la pierna izquierda atrasada. La espada apuntaba a los ojos de Uttrik, en tanto que el puñal estaba situado para alcanzar la parte media de su tronco. Uttrik, mientras tanto, se había colocado con la pierna izquierda adelantada, sosteniendo una espada larga por encima y detrás de la cabeza, para poder asestar un golpe en diagonal a la primera oportunidad que se le presentara, y la otra apuntando a los ojos de Kathana.

Khaavren, aunque oficiaba como testigo Imperial, no podía, al principio, observar la espantosa escena. Diciéndose que ya volvería a mirar al primer sonido de aceros, desvió la mirada sobre la fecundidad de Campopimientos, donde pronto otra muerte, insignificante en comparación con los miles de muertes ocurridas en el lugar, se añadiría a las muescas de esa meseta hermosa, horrible, fatal.

—Caramba —dijo Khaavren de repente.

Aerich, que había llegado al punto de tomar el mismísimo aliento con el que pronunciaría la palabra «Comenzad», se detuvo y miró a Khaavren, cuyos ojos estaban en ese momento fijos en un punto lejano. Aerich dejó escapar el aliento muy despacio y siguió la línea imaginaria trazada por la mirada de Khaavren.

Al verlos, Pel, Tazendra y Mica miraron, seguidos de Uttrik, que estaba de cara al este. Por último también Kathana se volvió y observó.

—Orientales, si no me equivoco —murmuró Pel al cabo de un momento—. ¿Veis cómo van inclinados sobre los caballos?

—Miles —dijo Khaavren.

—La invasión ha comenzado —dijo Uttrik, como si no pudiera creérselo.

—Entonces, en lugar de tener que ver cómo muere uno de nuestros amigos, moriremos todos juntos —dijo Tazendra—. ¡Espléndido!

—¿Espléndido, señora? —dijo Mica, asombrado de verla francamente radiante de placer ante la idea de su muerte inminente.

—En comparación con la otra alternativa —dijo Khaavren, desenvainando la espada—, es realmente un placer.

—Admito que a mí también me complace —dijo Pel.

—Es justo el tipo de cosa que estaba esperando —dijo Aerich.

—Yo, por mi parte —dijo Kathana—, opino lo mismo.

—Y yo —dijo Uttrik.

—Si nos damos prisa —dijo Mica, que miró a todos meneando la cabeza mientras observaba la creciente línea de orientales—, tenemos tiempo de montar los caballos y escapar.

Los demás le clavaron la mirada.

—¡Cómo! —dijo Tazendra—. ¿Y perdemos una batalla de seis contra miles? ¿Cuándo volveríamos a tener semejante oportunidad?

—Por no mencionar —dijo Uttrik— que si huimos, Kathana y yo tendremos que enfrentarnos, y os aseguro que no tengo ánimos para volver a experimentar lo que he sentido hace un momento, cuando me disponía a hacer todo lo posible para matarla.

—Mucho mejor morir luchando en batalla contra un adversario justificado —dijo Kathana— que verse forzada a matar a un amigo. ¡Ah! ¡No son los orientales los que vienen, es la expiación!

—Bien —dijo Uttrik—. Despleguémonos y veamos qué pueden hacer.

—Tazendra —dijo Aerich mirando a Mica, que había cogido con una mano temblorosa el puñal que le había dado ella, pero que conservaba su fiel banqueta en la otra—, comparto de pleno tu deseo de intervenir en esta batalla, pero ¿no es cierto que deberíamos avisar a lord Adron?

—Ah —dijo Tazendra—, no había pensado en eso. Tienes razón. ¿Qué debemos hacer?

—Bueno —dijo Uttrik—, ordenaremos a Mica que vuelva al castillo de Cararroja por la ruta más rápida, que, si no me equivoco, es el sendero que arranca entre el par de puestos de vigilancia llamados Torre de Nilk'arf, construidos sobre un par de rocas altas. Para llegar ahí no tienes más que seguir este arroyuelo, el Nudo Corredizo, que pasa sobre la loma que está muy cerca de las torres.

—¿Y bien, Mica? —dijo Tazendra.

—Oh, señora, ¿marcharme de vuestro lado, ahora, en estas circunstancias? —dijo Mica irguiéndose y meneando la cabeza—. No puedo.

—Tu coraje te honra —dijo Tazendra—, pero debes hacerlo; no hay ningún otro.

—Sin embargo, preferiría...

—Que no se hable más —dijo Tazendra con expresión seria—. En veinte minutos

estarán aquí y cada segundo cuenta. Vete.

—Señora...

—¡Vete!

Mica, al borde de las lágrimas, asintió y, sin una palabra, corrió hacia las rocas que le habían indicado.

—Bien, ¿y ahora? —dijo Khaavren, inspeccionando impasible a los orientales que se aproximaban a pie.

—Ahora —dijo Uttrik—, propongo que los esperemos aquí. No hay otro lugar mejor; la naturaleza de estos campos es tal que en ninguna otra parte podremos obligarlos a que nos ataquen en menor número.

—Bien —dijo Tazendra—, tengo una piedra destello con una carga que preparé cuando estábamos en el castillo de Cararroja. Toma, Khaavren, cógela e intenta matar al jefe; eso les proporcionará unos momentos de preocupación.

—Excelente —dijo Kathana—. Y los demás intentaremos que Khaavren tenga tiempo de hacerlo.

Aerich, Pel y Tazendra desenvainaron las espadas y, como no había otra cosa que hacer, esperaron.

XXX

En el que a Khaavren le sorprende descubrir a un oriental que habla la lengua dragaerana, si bien con algo de acento, y en el que, al no haber más remedio, el tiassa se convierte en diplomático

Como todavía faltan unos momentos para que el ejército oriental llegue al lugar donde Khaavren y sus amigos lo esperan, aprovechemos el intervalo para seguir a Mica por su ruta hacia el castillo de Cararroja. Tenemos que decir que no había ni una pizca de subterfugio en la renuencia de Mica a abandonar a su señora y a los demás; aunque la guerra no le gustaba, ya le había tomado tanto apego que la idea de dejarla morir desatendida le repugnaba hasta tal punto que prefería morir a su lado. Además, también es verdad que ella representaba su primera oportunidad de llevar una vida por encima del nivel de la miseria absoluta, una vida que ya le había empezado a gustar tanto que prefería morir a verse obligado a volver a su antigua condición. Y a la inversa, el apego que sentía hacia su señora y hacia sus circunstancias actuales le brindaban mayor motivo que nunca para desear seguir vivo.

Sin embargo, toda esa confusión mental no frenaba la velocidad con que los pies, llevados por las piernas, le encaminaban hacia el sendero que, tal como Uttrik había dicho, comenzaba entre dos rocas sobre las que se habían construido unos puestos de vigilancia llamados Torre de Nilk'arf (el de la derecha tomaba su nombre de Nilk e'Terics, el de la izquierda de su hermano Narf), que apenas podía ver en la distancia. Corría, pues, hacia allí, con la intención de pasar entre ellas y seguir por el sendero que aparecería a continuación hasta que quince o dieciséis horas más tarde llegara al castillo de Cararroja, exhausto, agonizante tal vez, pero capaz al menos de advertir a quien quisiera escucharlo que los demonios del este habían vuelto a cruzar las montañas.

Ésa, decíamos, era su intención. Lo que en realidad sucedió fue que poco antes de alcanzar las rocas que marcaban el comienzo del descenso al valle escondido entre las montañas de Kieron y Bli'aard se detuvo; la mandíbula le colgaba tan abierta que fue una suerte para él que en esas montañas no hubiera abejas.

¿Qué fue lo que vio y que causó la alteración brusca de su avance y la confusión de su mente? Fue lo que no podía ser más que un ejército, de soldados de infantería además, que, emergiendo de las mismísimas rocas que eran su destino, marchaban,

por lo poco que podía adivinar desde su posición, directamente hacia él. Era incapaz de determinar su número, a causa de la distancia y además porque todavía seguían apareciendo, como si la tierra los escupiera, del mismo modo que la montaña Dzur, según el humor de La Encantadora, a veces escupe fuego.

De modo que se quedó observando el avance del ejército, y pasado el primer momento de conmoción se dio cuenta de que ante sí tenía la respuesta a sus plegarias. Y lo más notable, advirtió, era que no se le había ocurrido rezar ninguna. Empezó a reflexionar acerca de la naturaleza de los dioses, preguntándose sobre la utilidad de la plegaria, ya que, a pesar de todas las cosas por las que había rezado en un momento u otro de su vida, las bendiciones recibidas parecían haber llegado todas en ocasiones en que nada había más lejos de su mente que un rezo. No obstante, sus reflexiones acabaron de manera repentina cuando reparó en que el ejército seguía apareciendo y que, además, había llegado el momento de actuar, o, al menos, de pensar en actuar, en lugar de dedicarse al tipo de ideas que se aprecian mejor durante los días de viaje o las horas de ocio.

Así pues, al cabo de un momento durante el que se quedó clavado al suelo, Mica volvió en sí lo suficiente para considerar lo que debía hacer.

«Podría volver enseguida a buscar a mi señora —reflexionó—, y decirle que vienen refuerzos por el camino que sigue el curso del Nudo Corredizo desde la Torre de Nilk'arf; puede que al enterarse retroceda y que entonces sus salvadores lleguen a tiempo. Pero parece decidida a morir, y bien podría no tener en cuenta esa solución. Yo, en cambio, podría proseguir e intentar convencer al ejército que viene hacia aquí de que se dé prisa, y salvar así a mi señora; plan cuya ventaja es que, si como sospecho, las tropas vienen de Cararroja, habré cumplido la misión, y además con tal presteza que nadie podría decir nada en mi contra. Bien, creo que ése es el plan; ahora, manos a la obra».

Una vez tomada la decisión, el sagaz y devoto sirviente salió corriendo a la mayor velocidad posible hacia las tropas, que en número de un millar al parecer habían formado filas y marchaban precisamente en su dirección. En lo que le pareció un instante llegó a las filas frontales de soldados, que primero llevaron las manos a las armas y después, al ver que no era sino un teckla el que se acercaba, esperaron. El oficial evidentemente advirtió que el teckla tenía algo importante que decir, pues dio la orden de alto, momento en el que Mica se encontró de golpe frente a lord Adron.

—¿Sí, buen hombre? —dijo Adron.

—Alteza —dijo Mica, haciendo una reverencia hasta el mismísimo suelo.

—¿Tenéis algo que decirme?

—Sí, mi señor.

—Bien... pero un momento —dijo de pronto mientras Mica se atrevía por fin a levantar la cabeza—, te conozco; eras el lacayo de una de las personas que me hicieron el honor de permanecer bajo mi techo hace unos días.

—Sí, mi señor. Me llamo Mica, si le place a Vuestra Alteza.

—Muy bien, Mica, entonces...

En ese momento se unieron a la conversación dos caballeros que no llevaban el uniforme y la insignia de lord Adron. Por su porte, Mica los tomó por nobles de alto rango. Por su atuendo, uno parecía ser tsalmoth y el otro lyom.

—Alteza —dijo el lyom—, veo que la columna se ha detenido.

—Así es, conde —dijo Adron.

—Bien, me encantaría conocer los motivos.

—Estoy hablando con este teckla.

—Ya veo.

—Entonces lo entendéis.

—Perdón, mi señor —dijo el otro con una escueta reverencia—, pero tenemos especial interés en saber por qué la columna ha de pararse para que Vuestra Alteza pueda hablar con un teckla.

—Por una razón muy sencilla, lord Guirnalda —dijo Adron—. Porque se trata del lacayo de uno de los que perseguimos.

—¿Lacayo? —dijo Guirnalda riendo ligeramente—. Qué raro.

—¿Lo estáis interrogando, entonces? Bien —dijo el otro frunciendo el ceño.

—¿Mi señor? —dijo Mica—. ¿Me permite Vuestra Alteza que le haga una pregunta?

—De acuerdo, pregunta.

—Excusadme, pero creo haber oído que Vuestra Alteza empleaba la palabra «perseguir» con respecto a mi señora.

—Sí, ¿y qué?

—¿Vuestra Alteza persigue a mi señora?

—El Caballo —dijo Adron—, ¿qué crees que hago aquí, con mil hombres detrás?

—Pensaba, Alteza...

—Vaya, ¿pensabais?

—Que, con la invasión, veníais a...

—¡Invasión! —dijo Adron.

—Los orientales, Alteza.

—¿Los orientales han invadido el Imperio?

—Es lo que están haciendo ahora mismo, mi señor.

—¿Cuántos son?

—Dos o tres mil, mi señor.

—¿Dónde están?

—Allá. Vuestra Alteza casi puede verlos.

—Sangre del Caballo, ya lo creo que sí. ¿Y vuestra señora y sus amigos? ¿Dónde están?

—Delante de los orientales.

—¡Delante! ¿Encabezándolos?

—Oh, no, Alteza. Están a punto de enfrentarse a ellos.

—¿Cómo? ¿Ellos seis? ¿Contra un ejército? ¿En combate de tres contra mil?

—Estoy seguro, mi señor, de que habrían preferido una batalla más igualada, solo que...

—¿Sí?

—Bueno, no había nadie más con ellos, ni nadie menos con los orientales, de modo que el asunto se les escapaba de las manos.

—¿No pensaron en retroceder? —dijo el lyom.

—¿Retroceder, mi señor? ¿Ante los orientales? Mi señora y sus amigos en ningún momento consideraron esa posibilidad.

—Bueno —dijo Adron—, por lo que parece tendremos que ir a rescatarlos.

—De ninguna manera —dijo el que se llamaba Guirnalda.

—¿Cómo? —Adron se dirigió al lyorn mirándolo con frialdad.

—Alteza. —Shaltre se apartó un poco de las tropas, de manera que no pudieran oírlo, e indicó a Guirnalda y a Adron que lo siguieran. Mica también fue tras ellos, aunque, al ser un teckla, nadie le prestó atención.

—¿Cómo? —dijo Adron de nuevo, en un tono de voz aún más amenazante que no pareció afectar en lo más mínimo a Shaltre.

—Tengo el honor de recordar a Vuestra Alteza que Su Majestad nos ha encomendado esta misión.

—Sí, es verdad —dijo Adron—. Me he visto forzado a cumplirla, por muy detestable que me parezca. Pero ahora, como comprenderéis, la situación ha cambiado.

—En absoluto.

—¿Cómo que no?

—Bien, nos limitaremos a traer con nosotros a la baronesa y dejaremos que los orientales maten al resto; no se hable más.

—¿Y la invasión? —dijo Adron irónicamente.

—Eso difícilmente puede ser asunto vuestro —dijo Shaltre—, considerando que Campopimientos no se cuenta entre vuestras propiedades.

—¿Permitiréis que los orientales invadan, simplemente para...?

—¿Para obedecer la voluntad de Su Majestad? Desde luego que sí, Alteza. Y no sólo lo permitiremos, sino que nos empeñaremos en ello.

—¿Y creéis que Su Majestad lo aprobará?

—Su Majestad no está aquí; por lo tanto, he de actuar como mejor me parezca.

—¿Y cuando yo informe a Su Majestad de vuestra decisión?

—Vuestra Alteza quizá tenga razón. —Shaltre dirigió una rápida mirada a Guirnalda y pareció como si intercambiaran algún tipo de información con los ojos—. Debo consultar con mi amigo a ver si, entre los dos, podemos tomar una decisión respecto a lo que Su Majestad querría que hiciéramos.

—Tendréis que vivir con las consecuencias.

—Bien, lo sé; por lo tanto, confío en que nos permitiréis un momento para tomar

una decisión tan importante.

—De acuerdo; un momento.

Shaltre hizo un aparte con Guirnalda, y tras haberse asegurado de que Adron no podía oírlos, hablaron durante unos minutos, tras los cuales regresaron juntos.

—Me temo, Alteza —dijo Shaltre—, que hemos resuelto que Su Majestad preferiría que estos criminales murieran; todos ellos, incluso Kaluma, a la que, como sabéis, se busca por asesinato; si para ello debemos permitir que una pequeña fuerza de orientales ocupe temporalmente unas hectáreas de eriales, pues bien, que así sea. De modo que os invito a que mantengáis vuestras fuerzas aquí, donde nos quedaremos para presenciar la ejecución de esos enemigos del estado a manos de la chusma oriental; será divertido. Después de su muerte nos iremos y presentaremos el informe a Su Majestad, y si entonces deseáis enviar vuestros guerreros contra los orientales, bien, ya no estaremos aquí para poner objeciones.

—Supongo que os dais cuenta de que a la sazón habrán tomado el campo.

—Bah —dijo Shaltre—. Es un campo. Un ejército puede tomarlo con sólo ocuparlo y puede ser desplazado por otro ejército.

—Me permito diferir —dijo Adron—. Les bastaría con poner unos cuantos hombres a lo largo del dique de Ritmoro, donde el Nudo Corredizo hace una curva y se ensancha, y construir y guarnecer fortificaciones sobre la colina de Cimapartida. Sólo les quedaría defender el bosque de los Doce Pinos, y sospecho que habréis oído hablar de la última batalla que se libró allí.

—No es asunto nuestro —dijo Shaltre.

—Lo que proponéis es imposible —dijo Adron.

—En absoluto —dijo Shaltre.

—¿Y si se lo cuento al Emperador?

—Así es como debe ser.

Adron se mordió los labios hasta que corrió la sangre y dirigió la mirada una y otra vez al ejército oriental. Sin duda quinientos años más tarde habría desobedecido sin vacilar las órdenes del Emperador con el objeto de cumplir con lo que considerara su deber. Sin embargo, en aquella época todavía era leal; es decir, aún pensaba que debía obedecer a su emperador en cualquier circunstancia. En consecuencia, llamó a un oficial y ordenó que sus tropas descansaran pero manteniéndose alerta.

Luego se volvió y miró una vez más a los orientales que, aunque se movían con lentitud, habían acertado la distancia que los separaba de los seis individuos que Adron apenas si distinguía en la lejanía.

—Vaya, ¿qué será eso?

—No comprendo qué me hace el honor de preguntarme Vuestra Alteza —dijo Shaltre.

—¿No veis que alguien se aleja corriendo?

—Es verdad.

—Es el lacayo —dijo Guirnalda—; sin duda vuelve para contarles que no los

salvaremos. Da igual.

De hecho, Guirnalda tenía razón; en cuanto Mica oyó la decisión, salió corriendo lo más rápido que podía hacia su señora y sus amigos para darles la noticia. En su honor hay que decir que llegó antes que los orientales.

—¡Cómo! —dijo Tazendra—. ¿Ya estás de vuelta?

—Sí, mi señora —dijo intentando tomar aliento.

—¿Por qué has regresado sin cumplir tu misión?

—Oh, no hace falta hablar de eso —dijo.

—¿Cómo que no hace falta?

—Es que la he cumplido, mi señora.

—¿Has informado a lord Adron de la invasión?

—Sí, mi señora.

—Pero si está a muchas leguas de distancia.

—Oh, de ningún modo; estaba a apenas una legua.

—¿Qué? —exclamaron todos; miraron a su alrededor y, en efecto, pudieron distinguir en la distancia el estandarte de lord Adron ondeando al viento vigoroso de la montaña.

—Estamos salvados —exclamó Tazendra.

—Estáis perdidos, mi señora —dijo Mica.

—¡Cómo! ¿Perdidos? ¿Qué significa esto?

—No vendrán a ayudaros.

—Imposible —dijo Aerich.

—En absoluto —dijo Mica.

—Bueno, cuéntenos lo sucedido —pidió Khaavren—, y rápido, pues como ves, los orientales ya casi están aquí.

—Veréis —dijo Mica, y les contó todo lo que había oído. Cuando mencionó el nombre «conde Shaltre», las cejas de Aerich se juntaron, lo que equivaldría para otro a una sarta de maldiciones.

—Así que tienen la intención de dejarnos morir —dijo Khaavren cuando Mica hubo acabado.

—Eso parece —dijo Pel.

—Lord Adron debe de estar afligido.

—El Caballo —dijo Uttrik—. Yo también.

—Bah —dijo Tazendra empleando la expresión favorita de Aerich—. Todo está igual que hace unos minutos.

—Cierto —dijo Khaavren—. Sólo que ahora tenemos un millar de testigos.

—Razón de más para luchar lo mejor posible —dijo Tazendra.

—Eso es precisamente lo que yo pienso —dijo Khaavren.

—La vista al frente, amigos —dijo Kathana—. Ya casi están sobre nosotros. Khaavren, ¿está lista la piedra destello?

—Sí.

—¿Y sabes qué hacer con ella?

—Aproximadamente.

—¿Así pues?

—Tengo que matar al jefe.

—¿Y lo reconocerás?

—Creo que ya lo he hecho.

—¿Cómo?

—¿Ves un caballo blanco, y sobre él un jinete que va erguido sobre la montura, como un humano, y que además parece ir por delante del regimiento?

—Sí, tienes razón, hay un hombre así.

—Yo creo que es el jefe.

—Bien, ¿puedes alcanzarlo desde esta distancia?

—¡Cha! ¿Sin hablar antes? ¿Qué es esto, Kathana, una batalla o un asesinato?

—A veces la diferencia no está del todo clara —dijo ella irónicamente.

—No obstante, no me gusta disparar a distancia, sin avisar.

—Pero teniendo en cuenta la disparidad numérica...

—Khaavren tiene razón —dijo Aerich en un tono que zanjaba la discusión.

—Además —añadió Pel—, parece que están aminorando la velocidad.

—Quizá nos teman —dijo Tazendra.

—Bueno, si lo hacen no estarán muy equivocados —rio Utrik.

—¿Crees que debemos hablar con ellos? —Pel se dirigió a Aerich.

—Si ellos quieren, claro que sí —respondió el lyom.

—Bien, ¿y quién de nosotros hablará? Al igual que ellos tienen un jefe, nosotros debemos tener un portavoz.

—Oh —dijo Khaavren—. Dejadme a mí. Ahora que ya no tengo que presenciar ese duelo deprimente, noto la lengua suelta y me siento ingenioso.

—Muy bien —dijo Kathana—. Por mi parte, puedes hablar en nombre de todos.

—Estoy de acuerdo —dijo Utrik—. En todo caso, sé que no sería apropiado que yo lo hiciera, pues aunque en una época estas tierras eran nuestras, ahora ya no.

—Asunto decidido, entonces —dijo Tazendra.

—Justo a tiempo —dijo Pel—. Por lo que veo, de hecho se están deteniendo frente a nosotros.

En efecto, el oriental en el que Khaavren se había fijado había detenido el avance de su ejército a unos veinte pasos de donde los seis humanos los esperaban. Los observó con expresión de perplejidad, o al menos con lo que habría sido una expresión de perplejidad si hubiera sido humano. Khaavren los observó a su vez, a él y a la brigada, formada en unas veinticinco columnas, con un centenar o más de hombres alineados en cada una. La composición del ejército parecía muy variada; algunos eran muy altos en comparación con los demás (aunque bastante bajos en comparación con los humanos), mientras que otros eran extremadamente bajos, casi del tamaño de los seriolis. Algunos tenían pelo claro y otros ni un pelo, mientras que

la mayoría era de cabello castaño oscuro o negro. En realidad, muchos llevaban el pelo, fuera cual fuera su color, cubriéndoles parte de la cara, unas veces la inferior y otras sólo aquí y allá, como si estuviera cortado según ciertos cánones rituales.

Sus caballos se parecían a muchos que Khaavren conocía (lo que no era ninguna sorpresa, pues sabía que esos caballos eran habituales en el este y, de hecho, había oído decir que el marqués de Campopimientos a menudo organizaba expediciones a esas tierras para procurarse ganado de cría), excepto el que montaba el comandante, que, además de ser un semental completamente blanco (cosa que, la verdad sea dicha, impresionó mucho a Khaavren), era más grande y altivo que cualquier caballo que hubiera visto jamás.

El oriental era ancho de hombros y de ojos y pelo negros, de modo que tenía un aspecto no muy distinto del de Pel, si se pasaba por alto la diferencia de especies. Como iba montado a caballo, era imposible determinar su estatura, aunque Khaavren sospechó que era bastante bajo incluso para ser oriental. En cuanto a las armas, llevaba dos espadas curiosamente colocadas del mismo lado del cinturón, como si luchara con una sola a la vez pero deseara escoger cuál usar en cada ocasión.

Entonces el oriental desconocido habló, para asombro de Khaavren, en un pasable dragaerano, aunque con unas «erres» que vibraban de modo poco natural, unas «ges» que sonaban como «kas», unas «uves dobles», que sonaban como «uves», y una extraña cadencia musical en las frases.

—Me llamo Crionofenarr —dijo de la manera antes descrita, que no haremos ningún intento de reflejar—, ¿a quién tengo el honor de dirigirme?

—Me llamo Khaavren de Rocacastillo, y éstos son mis amigos, Aerich, Pel, Tazendra, Utrik e'Lanya y Kathana e'Marish'Chala. Permitidme que os diga, señor, que habláis muy bien nuestra lengua.

—Gracias, mi señor. He vivido entre vosotros algún tiempo, en estas mismas montañas, como vasallo de un vizconde de la Casa Iorich.

—Debe de ser allí donde adoptasteis un nombre que no ofende mis oídos como, con perdón, casi todos los nombres orientales.

—Así es, mi señor; mi nombre os resultaría muy difícil de pronunciar, pero he escogido Crionofenarr porque siempre que lo oigo recuerdo mi vida de servidumbre, y eso me inspira en mi misión.

—Ah. Decís que os inspira.

—Exactamente.

—¿En vuestra misión?

—Precisamente.

—¿Puedo preguntaros de qué misión se trata?

—La reconquista de estas tierras que nos han arrebatado, a las que por poco no se añadieron las mías, y de las que podemos hacer mejor uso que vosotros.

—En absoluto —dijo Khaavren.

—Bueno, ¿y para qué utilizáis estas tierras?

—Para impedir que nos invadáis —dijo Khaavren con una reverencia.

—Sin embargo —dijo Crionofenarr—, nunca os hemos invadido; nos hemos limitado a recobrar, de tanto en tanto, algún campo que nos habíais robado; vosotros no los usáis y nosotros, en cambio, mucho.

—Ah, ahí tenéis; para unos se trata de una invasión, para otros no es más que un esfuerzo por recuperar lo robado. Da lo mismo.

—Así es, mi señor. Pero ahora que ya os he contado mis asuntos, habládme de los vuestros.

—Sí, es justo —dijo Khaavren—. ¿Qué deseáis saber?

—Deseo saber, mi señor, qué hacéis aquí vosotros seis.

—¿Qué hacemos, mi buen Crionofenarr? Bien, nos hemos concedido el honor de estar aquí para daros la bienvenida.

—¿Damos la bienvenida? —dijo el oriental.

—¿Darles la bienvenida? —murmuró Tazendra.

—Calla —dijo Aerich.

—Daros la bienvenida, como es natural; estáis en suelo dragaerano, de modo que debéis de haber venido a rendir homenaje al Imperio y a convertiros en vasallos de algún señor que necesite vuestros servicios. Es una sabia decisión, y no sólo os doy la bienvenida, sino que además os saludo. —Y, dicho y hecho, Khaavren saludó al oriental, aunque no sin cierta dosis de ironía en el gesto.

—Sin embargo... —dijo Tazendra.

—Eres insoportable —dijo Pel.

—Calla —repitió Aerich.

—Supongo que estáis bromeando —dijo Crionofenarr.

—Si observáis mi expresión veréis si bromeo —dijo Khaavren.

—Entonces afirmo que se trata de un malentendido.

—¡Cómo! No es posible que hayáis venido a invadir, de modo que...

—Pero, mi señor, ¿por qué no?

—Porque, tal como nos habéis hecho el honor de observar, somos seis.

—Sí, ¿y qué?

—Como veis, os superamos en número.

—Oh, bien dicho —murmuró Aerich.

—Ya veremos quién supera en número a quién, y muy pronto. —Una mueca, probablemente de ira, pasó por el rostro de Crionofenarr.

—Entonces, ¿os proponéis atacarnos?

—Diría que sí —dijo el oriental.

—Bien, pues si hago todo lo posible por mataros, confío en que lo comprenderéis.

—Oh, no esperaba menos.

—En ese caso, cuando os plazca.

—Ahora mismo estará bien, mi arrogante amigo —exclamó Crionofenarr, y con esas palabras cargó contra Khaavren, como si quisiera atropellarlo con el caballo.

Sin embargo, era justamente lo que Khaavren estaba esperando. Sin inmutarse levantó la piedra destello y la descargó contra la cabeza de Crionofenarr. Puede que el caballo del oriental tuviera más experiencia que su amo, o que fuera sólo por pura casualidad, pero el caballo se empinó, de modo que la descarga, dirigida al jinete, alcanzó en cambio al caballo, que giró enloquecido los ojos y cayó al suelo. Crionofenarr quedó atrapado debajo durante un instante, pero en su agonía el caballo se dio la vuelta y el oriental se levantó. En ese momento el caballo dejó de moverse y Crionofenarr se arrodilló junto a él invadido por la pena.

Durante un momento, se hizo el silencio. Por fin, el oriental se puso en pie.

—Habéis matado a mi caballo —dijo mirando a Khaavren con una expresión indescriptible.

—Os aseguro —dijo Khaavren— que no tenía intención de hacerlo y que, además, me desespera haber matado una bestia tan maravillosa. Os ruego me creáis que os apuntaba a vos. —Se encogió de hombros y dejó caer a sus pies la piedra destello, ya inútil.

El oriental miró la piedra destello del mismo modo que un habitante de la ciudad habría mirado un yendi disecado; como si, aunque muerto, pudiera seguir mordiendo.

—Os creo —dijo por fin—. No obstante, habéis matado a mi caballo, al que quería más que a nada o a nadie; por lo tanto, os mataré.

—Me parece bien —dijo Khaavren, con una reverencia.

—Poneos en guardia, mi señor.

—Lo haré ya mismo, señor, pero primero, por favor, permitidme que diga dos palabras a mis amigos.

—Confío en que seréis lacónico.

—Quedaréis satisfecho por mi brevedad, creedme.

—Muy bien.

—Amigos —dijo Khaavren volviéndose—, debo decir que este oriental me cae bien.

—¿Y? —dijo Uttrik.

—Me haréis un gran favor si me dejáis luchar sin ayuda.

—De acuerdo, siempre y cuando él no reciba ayuda alguna de su ejército.

—Creo que no la recibirá —dijo Khaavren tras lanzar una mirada al orgulloso oriental.

—De acuerdo —dijo Tazendra—. Sólo que...

—¿Sí?

—Si te vence...

—¿Sí?

—Lo mataré.

—Así es como debe ser —dijo Khaavren—. Pero te recuerdo que no tengo intención de permitirle que me mate.

—Y haces muy bien —dijo Pel—. Por los dioses, ellos ya son bastantes, no hay por qué ponérselo fácil.

—Bien, si estamos de acuerdo, eso es todo.

Los demás indicaron por señas que aceptaban el plan, y Khaavren se volvió hacia Crionofenarr con una reverencia.

—Poneos en guardia, entonces —dijo el oriental.

Khaavren, cuya espada estaba desenvainada, y que además detestaba que le ofrecieran ese gesto de cortesía dos veces, extrajo el puñal con la mano izquierda y se colocó en su posición de guardia preferida. El oriental desenvainó lo que, para su estatura, era una espada muy grande y se plantó de cara a Khaavren sujetándola con ambas manos.

Sin embargo, cuando el oriental desenvainó, Khaavren experimentó una sensación muy parecida a la que algunos tienen cuando se hallan junto a un acantilado o en la cima de un edificio muy alto; cierta lasitud, combinada con desorientación, además de un miedo que parecía dirigirse directamente a las rodillas, haciéndolas temblar como de fatiga. Apenas era capaz de mantener las manos firmes, y, al mirar a su enemigo a los ojos, como era su costumbre, vio allí una expresión de odio y triunfo.

Evidentemente, los amigos de Khaavren también la percibían, pues oyó que Aerich murmuraba «Morganti» en tono de profundo desprecio, y al instante lo comprendió. Se enfrentaba a una de esas armas aborrecibles que son la vergüenza de un mundo repleto de cosas vergonzosas; un arma cuyo menor rasguño produce la muerte no sólo del cuerpo sino también del alma de la víctima.

Khaavren desenvainó a su pesar, pero no con la suficiente rapidez, pues Crionofenarr se acercó con un salto y, de un solo golpe, arrancó las dos armas de las manos débiles y temblorosas de Khaavren, tras lo que el oriental colocó la punta de la espada directamente sobre su pecho.

Khaavren miró fijamente a los ojos del oriental y sintió también el desprecio y disgusto que Aerich había expresado con esa sola palabra odiosa, «Morganti».

—Señor —dijo—, un caballero no emplearía un arma semejante.

—Ah —dijo el otro—. Pero como podéis ver, no soy un caballero, soy un oriental, y por lo tanto, objeto de desprecio; ¿no es eso lo que pensáis?

—Bien, haced lo que queráis, pero os juro que mis amigos os matarán sin compasión en el instante mismo en que me asestéis el golpe.

En efecto, los cinco amigos de Khaavren se habían congregado a su alrededor y se aprestaban a hacerlo, a pesar de que las filas frontales del ejército de Crionofenarr desenvainaban armas para lanzarse sobre los dragaeranos en el instante en que su jefe cayera.

—Muy bien —dijo el oriental—. Puede que lo hagan, pero ya os habré matado, a vos y a vuestra alma, además.

—Pues hacedlo —dijo Khaavren, irguiéndose para morir tan valientemente como

podiera, y así darles algo que recordar a los bárbaros, y también a las tropas de lord Adron que, como sabía, estaban observando.

—Sin embargo —dijo Aerich, que se había situado junto a Crionofenarr, exponiendo su espalda al ejército de su adversario—, quizá queráis pensar quién comandará vuestra brigada cuando hayáis muerto.

—¿Qué importa? —dijo el oriental—. Hemos tomado el terreno, y...

—Permitidme que difiera —dijo Aerich.

—¿Creéis que vosotros seis...?

—Somos, sino me equivoco, unos mil.

—¿Mil? ¿Dónde?

—Dirigid vuestra mirada en la misma dirección que la mía, es decir, detrás de Khaavren.

—¡Por la Diosa Demonio! —exclamó Crionofenarr—. ¿De dónde han salido las tropas que veo en aquel campo, que hace una hora estaba vacío?

—Os juro que no tengo ni la menor idea —dijo Khaavren.

—Bien —dijo Crionofenarr—, no parece que avancen.

—No, están esperando —dijo Khaavren.

—¿Y qué esperan?

—¡Las Botas de Kieron! —dijo Khaavren—. Esperan a ver si los necesitamos.

—Por el Río —dijo Crionofenarr con una sonrisa—, sí que sois testarudo. Habríais llegado a caerme bien, amigo Khaavren, si no me viera obligado a mataros y si, además, no hubierais matado a mi caballo.

—Bien —dijo Khaavren—. Ya que todos vamos a morir, más vale que nos pongamos a ello, aunque si quisierais satisfacer mi curiosidad, moriría más contento.

—No me opongo a contestar un par de preguntas antes de mataros.

—Sois muy generoso.

—De ninguna manera.

—Entonces preguntaré.

—Os escucho.

—Bueno, recuerdo que en la conversación que acabamos de mantener, dijisteis que teníais más razones que nosotros para querer estas tierras.

—Sí, ¿y qué? —dijo Crionofenarr.

—Estoy impaciente por saber cuáles son —dijo Khaavren.

—Muy sencillo —dijo Crionofenarr—. En primer lugar, porque no queremos que el paso por las montañas siga en manos de los que se dedican a robarnos caballos.

—Bien, es una buena razón —dijo Khaavren.

—Me alegro de que lo penséis.

—¿Y la siguiente?

■—La otra razón es que éste es el único lugar donde podemos cultivar la variedad específica de pimientos con la que condimentamos casi todas nuestras comidas, que otorgan a nuestros platos su carácter especial y que, además, según creemos muchos

de nosotros, proporcionan sabiduría, larga vida, fertilidad, virilidad, fuerza y, por añadidura, curan la fiebre, la caída de los dientes y la viruela.

—¿Por los pimientos? —exclamó Uttrik, en tono de asombro, haciéndose eco de los pensamientos de los demás—. ¿Por eso habéis estado invadiendo el Imperio desde hace miles de años?

—Me veo forzado a admitir, mi querido Uttrik —dijo Khaavren—, que es una razón para la guerra mejor que muchas otras que he oído.

—Estoy por completo de acuerdo con la opinión de Khaavren —dijo Kathana.

—Pues bien —dijo Khaavren—, me doy por satisfecho.

—Me alegro. ¿Tenéis algo más que decir antes de que os destruya?

—Solo quiero decir, mi estimado oriental, que todo esto es innecesario.

—¿Cómo que innecesario?

—Bueno, está a punto de suceder una gran carnicería. Primero yo, después vos, luego mis amigos, y en último lugar, vaya, a fin de cuentas hay dos ejércitos.

—Pero como veis —dijo Crionofenarr—, están demasiado lejos para interferir en nuestras intenciones de establecer a lo largo del dique de Orveny, sobre Torthalom y por los bosques. Y admitiréis que son pocos para expulsarnos una vez hayamos ocupado esas posiciones.

—Oh, puede que tengáis razón al respecto, pero, ¿creéis que van a dejar de atacar por ello?

—¿Y qué, si lo hacen?

—Me permito señalar que vuestro líder, es decir, vos, estaréis muerto.

—Sin duda —dijo Aerich, impasible junto a él, mientras los demás vigilaban que a espaldas de Aerich ninguno de los guerreros de Crionofenarr emprendiera una acción precipitada.

—Bien, estaré muerto.

—Y muchos de vuestros hombres también.

—Sí, ¿y?

—En cambio, podríais tener lo que deseáis sin necesidad de una batalla.

—¿Cómo es eso?

—En serio, mi estimado oriental. Os puedo asegurar que, si os retiráis de nuevo tras las montañas, no sufriréis más incursiones.

—¿Tenéis autoridad para afirmarlo, bajo palabra de honor?

—En lo más mínimo —dijo Khaavren—. Pero allá hay un caballero que sí la tiene, y si mandáramos a buscarlo, me comprometo a arreglar el asunto.

—Imposible —dijo el oriental.

—En absoluto —dijo el tiassa.

—¿En qué estás pensando? —dijo Tazendra.

—Mantén la boca cerrada —dijo Pel.

—Haz lo que te parezca mejor —dijeron Kathana y Uttrik.

—¿Cuáles serán las condiciones del acuerdo? —preguntó Aerich encogiéndose de

hombros.

—Oh, eso ya lo veremos. Pero, por las Grietas del Orbe, no se pierde nada con hablarlo, ¿verdad?

—¿Es vuestro miedo el que habla? —dijo Crionofenarr sonriendo. Al oírlo, Tazendra hizo un movimiento, pero Pel la contuvo con un gesto.

—Oh —dijo Khaavren—. ¿Y vos, que sostenéis una espada Morganti contra mi pecho, habláis de coraje? ¡Cha! Miradme a la cara, entonces, vos que habéis vivido entre nosotros, y decidme si hablo por temor a perder la vida o por el deseo de evitar más derramamiento de sangre en esta infortunada tierra que ya ha visto tanto.

—De acuerdo. —Crionofenarr lo miró y, por muy oriental que fuera, leyó tanta lealtad y franqueza en el rostro de Khaavren, que quedó convencido al instante—. Creo que lo decís en serio, pero todavía dudo que se pueda lograr.

—Bien, ¿queréis intentarlo?

—¿Qué haréis?

—Mandaré a llamar a lord Adron y hablaremos los tres.

—¿Sin trucos ni engaños?

—Ninguno, palabra de caballero.

—Muy bien, traed a ese tal lord Adron, y ya veremos qué hacemos —dijo el oriental bajando la espada.

—¿A quién enviaremos? —Khaavren había vuelto a respirar cuando la hoja Morganti se alejó de su pecho.

—Eh —dijo Kathana—. Iré yo. Soy la única a la que no le cortarán la cabeza al instante.

—Muy bien —dijo Khaavren—. Ve e intenta traer a lord Adron.

—No —dijo Pel—. Tenemos que volver a enviar a Mica.

—¡Cómo! —dijo Kathana—. ¿Por qué?

—Porque al no ser un caballero, se le puede permitir que mienta.

—Vaya, ¿y qué mentira tendría que decir?

—Os lo explicaré —dijo Pel.

Como Khaavren ya no estaba amenazado, Aerich se alejó de Crionofenarr; los amigos charlaron un rato, al cabo del cual aprobaron el plan de Pel y se cercioraron de que Mica lo entendiera.

—Mis señores —dijo el teckla—, os aseguro que antes preferiría morir que no cumplir el encargo.

—Muy bien —dijo Tazendra—. Aquí tienes diez orbes para ti, y si vuelves con lord Adron, habrá otros diez como éstos.

—Bien, salgo ahora mismo. —Dicho y hecho; estaba corriendo a lo largo del Nudo Corredizo antes de que el eco de estas palabras se hubiera apagado.

—Lamento de veras haber matado a vuestro caballo —observó Khaavren mientras esperaban—, y en serio, si hay algo que pueda hacer...

—Se llamaba Sabiduría —dijo el oriental— y ha sido mi único compañero en

todos estos años de vida nómada. Pero si de verdad logramos acabar con las luchas en estas tierras, bien, el precio pagado no habrá sido demasiado alto.

—Ojalá lo logremos, entonces —dijo Khaavren.

Mica alcanzó a lord Adron y le hizo una reverencia mientras recobraba aliento.

—¿Por qué no los han matado? —le dijo Adron antes de que Guirnalda y Shaltre pudieran hablar.

—Eso es lo que me han enviado a comunicar a Vuestra Alteza, si Vuestra Alteza me hace el honor de escuchar el mensaje que me han confiado.

—¿Mensaje? —dijo Adron—. Bueno, ¿de qué mensaje se trata?

—Es el siguiente: los orientales han negociado la paz, en virtud de lo cual no harán daño a lord Khaavren ni a sus amigos.

—¿Qué? ¿Ése es el mensaje?

—Así es, Alteza.

—Entonces, ¿están a salvo?

—Como si estuvieran debajo del Orbe, mi señor.

—Pero, ¿qué clase de paz han negociado?

—Oh, por lo que a eso respecta, no se me permitió escuchar, mi señor.

—De modo que tendremos que capturarlos nosotros, tal como habíamos planeado —dijo Shaltre frunciendo el ceño.

—Y la tregua —dijo Adron—. Tengo que enterarme a qué acuerdo han llegado y en nombre de quién.

—Su Alteza lo sabrá si viene conmigo.

—Está bien. ¿Acompañado de mi ejército?

—Como queráis; la única condición que se ha puesto es vuestra seguridad.

—Entonces sería una deshonra llevar a los soldados. Sudi —dijo dirigiéndose a su oficial—, que esperen aquí.

—Sí, Alteza —dijo el oficial.

—Guirnalda y yo os acompañaremos —dijo Shaltre.

—Muy bien —dijo Adron encogiéndose de hombros. Una vez más se dispusieron a atravesar el campo.

Cuando llegaron, encontraron a Khaavren y Crionofenarr enfrascados en amena conversación, que desde luego interrumpieron para realizar las presentaciones. Al ver a Shaltre, la mirada de Aerich pasó de largo como si no existiera.

—Bien —dijo Adron—. ¿Decís que habéis acordado la paz?

—¿Cómo que acordado? —intervino Khaavren antes de que Crionofenarr pudiera hablar—. ¿Sin contar con Vuestra Alteza? Imposible. —Se volvió hacia Mica con simulada rudeza—. ¿Eso es lo que le has dicho, idiota?

—Mi señor, pensaba...

—Calla, estúpido. —Mientras Khaavren se volvía hacia lord Adron, Tazendra introdujo discretamente diez orbes en el bolsillo del teckla y le dio una palmadita en la espalda.

—¿Y bien?

—Alteza, sólo esperamos que vos iniciéis las conversaciones.

Shaltre al parecer se disponía a hablar, pero en ese momento Uttrik, Kathana, Tazendra y Pel se deslizaron tras él y Guirnalda.

—Habéis afirmado que somos fugitivos —les susurraron al oído—. Pues bien, si hacéis o decís cualquier cosa que interfiera en las negociaciones, os cortaremos la garganta sin pensarlo dos veces.

No hace falta decir que Shaltre y Guirnalda, aunque no parecían cobardes, no tenían ningún deseo de poner a prueba la aseveración y se mantuvieron en silencio con la docilidad de una norska.

—¿Suponéis, pues, que podemos arreglar las cosas sin enfrentamientos? —dijo Adron, que no tenía noción de lo que estaba sucediendo tras él.

—Yo diría que sí —respondió Khaavren.

—Ojalá —dijo Crionofenarr.

—¿Y cómo lo lograremos?

—El Imperio aceptará no realizar más incursiones en tierras orientales.

—Eh —dijo Adron—. ¿Por boca de quién pretendéis hablar?

—Eh —dijo Crionofenarr—. ¿Ya no necesitaréis más caballos?

—Si necesitamos caballos —dijo Khaavren—, los compraremos. Mejor aún, los intercambiaremos. Y hablo en nombre de Su Alteza, que, a no ser que mis dotes proféticas me estén fallando, será marqués de Campopimientos en unas semanas.

—Vaya —dijo Adron—, no digo que estéis equivocado, pero no obstante...

—¿Qué suponéis que podemos intercambiar? —interrumpió el oriental.

—Como comprenderéis, señor, no necesitamos muchos, lo justo para mejorar la cría.

—¿Y bien?

—Podríamos cambiarlos por nuestros caballos, algunos de los cuales sin duda os gustarían. Y además podríamos intercambiar...

—¿Sí?

—El derecho a cultivar pimientos —dijo Khaavren tranquilamente.

El silencio se extendió por el campo, y tan grande fue el asombro del oriental ante la respuesta que por un momento no encontró nada que decir.

—Pero eso es como si renunciarais a estas tierras.

—Casi —dijo Khaavren.

—Imposible —dijo Adron.

—De ningún modo —dijo Khaavren.

—Pero debemos conservar las tierras.

—Oh, claro que las conservaremos.

—Sin embargo —dijo Crionofenarr—, acabáis de decir...

—Cha —dijo Khaavren—. Sólo un detalle. A Su Alteza no le importará que trasladéis a parte de vuestra gente aquí, a trabajar los campos.

—¿Cómo? —dijo Adron—. ¿No me importará?

—Desde luego que no, mi señor, porque vuestras tropas, estacionadas en lugares desde los que se dominan estos campos, controlarán que ellos no lleven armas, y porque ellos jurarán no emprender nunca incursiones ni guerras contra nosotros, ni permitirán que nadie use este lugar para hacerlo.

—¿Eso haremos? —dijo Crionofenarr—. Me parece un trato excelente.

—Bien, pero entonces recibiréis estas tierras —dijo Khaavren—, es decir, el derecho a trabajarlas como queráis y a llevaros de ellas lo que queráis, y obtendréis la promesa de que el Imperio no efectuará más ataques por sorpresa en vuestro territorio.

—Es demasiado —dijo Adron—. ¿Por qué íbamos a abandonar las tierras si ahora están en nuestro poder?

—No creo que estén en vuestro poder —dijo Crionofenarr con una mirada a su ejército.

—Vaya —dijo Adron—, en todo caso me parece que no están en el vuestro.

—Eso puede arreglarse —dijo el oriental.

—Bah —dijo Khaavren—. ¿Por qué luchar, Alteza, cuando este respetable oriental nos ofrece tanto?

—¿Cómo que tanto?

—Así es. Cederá al Imperio ciertas tierras a unas cuarenta o cincuenta leguas al norte, ahora en poder de los orientales, pero que no son de ningún valor para ellos, salvo por su localización.

—¿Yo haré todo eso? —dijo Crionofenarr dubitativamente.

—Bueno, es eso o la guerra, creo.

—¿A qué tierras os referís? —preguntó el oriental.

—Eso querría saber yo también —dijo Adron.

—Oh, casi nada —dijo Khaavren—. Un lugar lleno de arenas movedizas, donde no crece nada excepto plantas demasiado fibrosas para comer, y donde no vive nada salvo el venenoso yendi. En nuestra lengua, lo llamamos Casa Arenosa.

—Bien. —Los ojos de Adron se abrieron al darse cuenta de lo que el tiassa acababa de proponer—. Si Crionofenarr está de acuerdo con las condiciones y yo me convierto en marqués de Campopimientos, entonces acepto los términos, con sólo un añadido.

—¿Y cuál es? —dijo el oriental.

—Vuestra espada.

—¿Qué? ¿Esperáis que entregue la espada? Sin embargo, os recuerdo, señoría, que no me habéis derrotado.

—Es cierto. Pero aun así, no es correcto que un oriental lleve un arma Morganti.

—¿Cómo! —dijo Crionofenarr con una sonrisa—. ¿Os da miedo?

—Me disgusta —dijo Adron.

Los ojos del oriental se entrecerraron, y Khaavren temió que todo se echara a

perder cuando ya parecía acordado. De modo que dio un paso adelante y le entregó su espada a Crionofenarr.

—Es un arma muy buena, mi estimado señor —dijo—. Y, como en realidad vos me habéis vencido, pues bien, os la entrego.

—Bien, ¿y entonces?

—La decisión depende de vos, pero me permito señalar que ahora tenéis tres espadas, es decir, dos más de las que probablemente necesitéis.

—Bueno —dijo el oriental, frunciendo el ceño—. Es preferible este tratado antes que ver cómo nuestros guerreros se matan unos a otros. Aunque, si no me equivoco, empleasteis la palabra «si».

—¿Y por qué no? —dijo Adron—. Es una palabra perfectamente buena.

—Oh, no es la palabra lo que pongo en cuestión. Pero en cuanto a su significado...

—¿Sí?

—Parece indicar cierta duda.

—Así es. Porque ¿cómo sé que me convertiré en marqués de estas tierras? Y si no fuera así, ¿cómo sé que se mantendrá la tregua?

—Yo respondo de ello —dijo Khaavren.

—¿Vos respondéis de ello? —dijo el oriental mirando a Khaavren con expresión dubitativa.

—No sólo respondo de ello; juro que si no fuera así me pondré en vuestras manos para que hagáis conmigo lo que queráis.

—¿Decís que lo juráis?

—Lo juro por... por... —Khaavren miró a su alrededor a ver si encontraba algo por lo que jurar, y al fin lo halló—. Lo juro —añadió— por la sangre de vuestro caballo.

Evidentemente había descubierto por casualidad la respuesta adecuada, pues Crionofenarr, sorprendido, asintió con un gesto.

—Os creo —dijo—. Dadme la mano.

—Aquí la tenéis.

—Y aquí está la mía.

—Muy bien.

—¿Y la vuestra, lord Adron?

—Aquí está.

—Perfecto. Sir Khaavren, os entrego mi espada. Y os devuelvo la vuestra, además. Por la Diosa, ¿qué haría con ella? De todas formas, es demasiado larga y pesada para mí.

Khaavren cogió agradecido su espada, y tomó la hoja Morganti con algún titubeo, por más que dentro de la vaina no se diferenciaba de cualquier otra.

—Así pues, ya está arreglado —dijo lord Adron después de que Khaavren se la entregara rápidamente.

—Sí —dijo Crionofenarr—. Retirémonos de aquí durante una hora y cuando hayamos descansado terminaremos de concretar los detalles.

—Estoy de acuerdo.

Crionofenarr ordenó que le trajeran un caballo, y, montado de nuevo, condujo su ejército fuera del sitio donde había estado a punto de librarse la batalla. Cuando Adron se volvió, advirtió que estaban reteniendo a Shaltre y Guirnalda de forma muy amenazante.

—¿Qué significa esto? —inquirió.

—Nos limitábamos a asegurarnos de que las negociaciones transcurrieran sin obstáculos —dijo Khaavren haciendo una reverencia.

—Bien —dijo Guirnalda en un irónico tono de voz—. Habéis demostrado ser un hábil negociador; el Imperio os estará agradecido.

—Eso espero, mi señor —dijo Khaavren con una reverencia, pasando por alto la manera en que se le hacía el cumplido.

—Sin embargo —dijo Shaltre—, tenemos órdenes que cumplir, además de un ejército a nuestras espaldas, y vosotros sois nuestros prisioneros.

—Creo que no —dijo una nueva voz, la de Aerich, que eligió ese momento para adelantarse con mirada relampagueante.

—¿Quién sois y qué queréis? —preguntó Shaltre frunciendo el ceño.

Aerich había envainado la espada hacía rato, y extendió las manos con las palmas abiertas.

—Mis amigos me llaman Aerich —dijo lenta y claramente—, pero deberían llamarme Temma, duque de Arylle, conde del Páramo de Bra, títulos que poseo por nacimiento y por sangre, y os desafío, conde Shaltre.

—Imposible —dijo Shaltre asombrado, retrocediendo medio paso—. El último duque de Arylle se quitó la vida.

—El último, no —dijo Aerich—. Soy su hijo.

—No tenía hijos.

—Me sacaron de allí cuando el castillo iba a ser destruido. Os ocultaron mi existencia, pues mi padre sabía lo cobarde y traicionero que sois y deseaba salvarme la vida. Esperaba que yo lo vengara; ahora cumpliré su deseo.

—No podéis desafiarme —dijo Shaltre—. En virtud de las antiguas leyes, vos, adiestrado como guerrero, no podéis...

—¿Sabéis? —interrumpió Aerich con frialdad—. Nadie parece reparar en un teckla. Podéis tener uno escondido prácticamente en vuestras finas medias de seda sin notar su presencia.

—¿Qué queréis decir? —dijo Shaltre, frunciendo aún más el ceño.

—Antes, cuando hablabais en privado con Su Alteza y lord Guirnalda, no advertisteis la presencia de nuestro amigo Mica, lacayo de lady Tazendra; por lo visto nadie se fija en un teckla.

—¿Y qué, si escuchó la conversación? Ya sabéis, entonces, lo que queremos hacer

con vosotros.

—Y además, luego mantuvisteis otra sin Su Alteza.

—¿Y si así fuera? —Hemos de decir que el conde Shaltre parecía algo menos seguro de sí mismo que unos instantes antes; Guirnalda había palidecido.

—Tal como he tenido el honor de informaros, conde, nadie se fija en un teckla, y sin embargo, ciertos tecklas, como Mica aquí presente, son perfectamente capaces de oír una conversación.

—Estáis mintiendo —dijo fríamente Shaltre tras recobrase de un momento de alteración.

—¿Yo? En mi historial no figura la mentira. No hay nadie en el mundo que pueda decir que he mentido alguna vez. Pero ése no es vuestro caso. ¿Queréis preguntárselo a Mica? ¿Queréis que él cuente, lisa y llanamente, todo lo que hablasteis Guirnalda y vos?

—Estáis mintiendo —se limitó a repetir Shaltre que había palidecido por completo, lo que contrastaba nítidamente con su tez bronceada.

—Los tecklas no sólo pueden oír —continuó Aerich, impasible—, sino que también pueden informar de lo que han oído. Pueden hablar de intrigas en la corte, de acuerdos secretos con cierta athyra, de la contratación de un jhereg, de conspiraciones contra lord Adron...

—Todo mentiras —insistió Shaltre, aunque era obvio que las acusaciones lo habían perturbado.

—¿Qué significa esto? —preguntó Adron—. ¿Qué dijeron en mi ausencia?

—Miente —dijo Shaltre.

—Dijeron —continuó Aerich inmutable— que si todos los testigos del hecho murieran en la batalla contra los orientales, incluyendo a Vuestra Alteza, no haría falta mantener con vida a Kathana, ya que Campopimientos pasaría de forma natural a manos del linaje e'Lanya.

Es lo que quiere la jefa de Guirnalda, Seodra, y también lo que quiere Shaltre, pues evidentemente ha hecho algún tipo de pacto con Seodra, tal vez con el objeto de mantener oculto el secreto vergonzoso de su pasado.

—¡Estáis mintiendo! —gritó Shaltre, en tanto que Guirnalda le arrojaba a Mica una mirada de odio tal que fue increíble que no cayera muerto allí mismo.

—Asesinato es una palabra fea —dijo Adron, mirando fríamente a Shaltre—, pero hacen falta pruebas.

—Traición es una palabra todavía más fea —dijo Aerich con aplomo—. Tan fea es, que según las costumbres de mi Casa, en tales circunstancias estoy libre de los votos que prohíben que los guerreros de nuestra Casa desafíen a los que no han recibido ese adiestramiento.

—¡Afirmo que el teckla miente! —dijo Shaltre—. Es teckla, y...

—Yo afirmo —dijo Aerich— que vos mentís, y afirmo, además, que estoy a punto de mataros; ahora mismo, en realidad.

—¡No podéis tocarme! —gritó Shaltre con pánico en la voz, desenvainando la espada mientras retrocedía de un salto.

—Al contrario —dijo Tazendra—; creo que si no le importa ensuciarse las manos, os puede tocar con mucha facilidad.

—Debido a vuestro orgullo y ambición —dijo Aerich— deshonrasteis a mi familia, aconsejasteis mal a Su Majestad, y ahora planeáis una traición descarada y el asesinato de los amigos a los que quiero. Moriréis, y si consigo hacer oír mi voz, no tendréis derecho a la Puerta de la Muerte. ¿Qué tenéis que decir?

—No —musitó Shaltre—. Me exiliaré. Abandonaré el Imperio y me iré a las islas.

—Donde emplearéis los conocimientos adquiridos en la corte para apuñalar por la espalda a Su Majestad.

—No lo haré.

—No, no lo haréis —dijo Aerich, dejando caer cada palabra como una gota de agua cae en un cubo después de la tormenta—. No lo haréis, porque os voy a matar ahora mismo.

—No, juro... —y, con estas palabras, pensando quizá en tomar desprevenido a Aerich, dio un salto, blandiendo la espada para cortarle el cuello. Lo primero que hizo la espada fue estar a punto de decapitar a Guirnalda, que se hallaba detrás. De hecho, antes de acercarse a Aerich para golpearlo, la hoja rebanó la correa de cuero que sujetaba el morral de Guirnalda.

Se oyó un breve sonido metálico cuando Aerich desvió el golpe con un avambrazo; después, con la misma mano, cogió a Shaltre por la garganta. El lyom de más edad dirigió otro golpe y Aerich desvió la hoja de nuevo, en esta ocasión con el otro avambrazo, aferrando la garganta de Shaltre también con la otra mano. Apretó y retorció. Se escuchó un grito ahogado y el sonido de los huesos al quebrarse; el conde Shaltre cayó inmóvil al suelo con el cuello torcido en un ángulo extraño.

Adron y Aerich se miraron y, como movidos por el mismo pensamiento, miraron a Guirnalda que, valiente como era, temblaba como un teckla. De pronto dio media vuelta y salió disparado hacia el sendero que descendía de la meseta en dirección sudoeste.

—¿Y él? —dijo Adron.

—Dejadlo que se vaya, Alteza —dijo Aerich encogiéndose de hombros—. Ha fracasado en su cometido; que sobreviva a la cólera de Seodra lo mejor que pueda.

—Muy bien —dijo Adron—. Que así sea.

Nuestros personajes observaron el cuerpo de Shaltre como si fuera a decirles algo. La cabeza de Aerich se irguió; su aspecto era el de quien, sin advertirlo, ha estado años caminando con la espalda algo encorvada y de golpe se endereza. Buscó en su bolsillo, sacó su labor de ganchillo y la mostró.

—El escudo de armas de los Arylle —dijo—. Ya está casi terminado.

—Debemos dejar por escrito las condiciones del tratado —dijo Khaavren a lord Adron cuando Guirnalda hubo desaparecido de la vista—, y Vuestra Alteza puede

suscribirlas en el entendido de que Su Majestad ha de ratificarlas, o de que pasarán a ser oficiales si se os garantiza la propiedad de Campopimientos. Vos debéis de tener un escribiente.

—Mandaré a buscarlo —dijo Adron—. Mientras tanto, reunámonos con mis tropas, que sin duda estarán ansiosas por conocer lo ocurrido.

—Sí —dijo Aerich—. Vamos.

Aerich parecía haber cambiado tras su encuentro con el conde Shaltre; tenía los ojos llenos de vida, llevaba la cabeza alta y todas las huellas de su disposición melancólica parecían haberse borrado.

—Me alegro por ti, duque —dijo Khaavren abrazándolo, y suspiró.

—Acepto tus felicitaciones; por favor, acepta tú las mías, pues hoy has hecho un gran servicio al Imperio.

Khaavren suspiró de nuevo.

—Khaavren —dijo Pel—, yo también te felicito; lo que has hecho es casi milagroso.

Khaavren suspiró por tercera vez.

—Discúlpame, Khaavren —dijo Tazendra—, pero pareces descontento y no sé por qué. ¿Estás, como yo, enfadado por no haber podido morir gloriosamente?

—No es eso; estoy descontento porque hemos sobrevivido.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—¡Ah! —dijo Aerich—, tiene razón.

—Lo había olvidado —dijo Pel.

—Oh —dijo Kathana.

—Ah, ya me acuerdo —dijo Tazendra, y, uno por uno, dirigieron la mirada a Uttrik.

—No —dijo el señor dragón meneando la cabeza—, no tenéis nada que temer. Puede que sea una deshonra, pero si es así, viviré con ella; después de lo que hemos pasado juntos, preferiría saltar por uno de esos acantilados antes que cruzar la espada con alguien a quien quiero y respeto como Kathana, al igual que a todos vosotros.

—¿De modo que no es necesario que peleemos? —dijo la baronesa.

—Eso he dicho y lo repito. Por lo que a mí respecta, ya no somos enemigos.

—Te aseguro que yo tampoco te arrestaré —dijo Khaavren. Por primera vez en muchos días, sintió que una sonrisa crecía en su rostro, mientras lo embargaba tal satisfacción que se hubiera puesto a saltar de alegría—. Así mi amada seguirá amándome, y en cuanto al Imperio, bueno, creo que hoy ya he hecho bastante para que el Emperador no pueda quejarse por semejante insignificancia.

—No tendrá necesidad —dijo Kathana—, pues me entregaré por propia voluntad y solicitaré el perdón. Si tú, Uttrik, intercedes por mí, vaya, no puede dejar de concedérmelo.

—Todos intercederemos en tu favor —dijo Aerich—. Y creo que lo mismo puede decirse de lord Adron.

—Pero, ¿no nos estamos olvidando del verdadero héroe del día? —dijo Khaavren.

—Ah —dijo Utrik—. Es verdad; nuestro Mica, tan listo, y que oye tan bien las conversaciones.

—Oh —dijo Mica, ruborizándose—. No ha sido nada. De hecho —añadió con una mirada de reojo a Aerich—, fue menos de lo que pensáis.

—Bueno —dijo Tazendra—, oíste lo que Guirnalda y Shaltre le dijeron a Su Alteza, y así nos pudiste avisar.

—Es cierto —dijo Mica—. Lo oí todo, y os conté todo lo que oí. Pero confieso que no oí nada aparte de eso.

—¿Cómo? —dijo Kathana sonriendo—. ¿Es que no has oído lo que el conde Shaltre le dijo a lord Guirnalda y que tú después le contaste a Aerich?

—En absoluto. Lo intenté, pero no pude acercarme lo suficiente; eso es lo que le dije.

—¿Quieres decir que has mentido, amigo mío? —dijo Khaavren volviéndose hacia Aerich.

—¿Yo? —dijo Aerich—. De ningún modo. Jamás dije que Mica hubiera oído la conversación; me limité a señalar que a nadie se le ocurre que un teckla pueda oír lo que se está diciendo, lo que es completamente distinto, te lo aseguro.

—No obstante —persistió Khaavren—, aseguraste que sabías lo que habían hablado.

—Oh, en cuanto a eso, pues, sí, lo dije.

—Pero si Mica no los oyó...

—No era necesario que los oyera —dijo Aerich—. Hace algún tiempo Pel oyó de pasada una conversación entre el conde Shaltre y el capitán G'aereth, y recientemente me relató la esencia de la conversación.

—Sí —dijo Khaavren—, recuerdo la ocasión; fue el mismo día que nos enrolamos en la Guardia, ¿no es así?

—Tienes una memoria excelente, mi querido Khaavren.

—Pues bien, ¿qué se dijo?

—Muy sencillo —dijo Pel—. Shaltre le explicó al capitán que, por deseo del Emperador, Kathana no debía ser arrestada.

—Bueno —dijo Khaavren—, pues tanto mejor si no conocía el verdadero propósito de nuestro viaje.

—Es posible —dijo Pel—. Pero ahí no acaba todo.

—¿No?

—Antes de partir descubrí que Shaltre debía de estar mintiendo, pues resultó que era la consorte quien quería que Kathana siguiera en libertad.

—Bueno, no sólo la consorte —dijo Khaavren.

—No, pero sólo la consorte actuaba por amistad. Todos los demás lo hacían para promover sus intereses. Quien por fin matara o arrestara a Kathana se ganaría el favor de Su Majestad, sobre todo si el arresto se producía de forma pública y espectacular.

—Es posible —dijo Khaavren, pensando, incómodo, en Illista.

—En cualquier caso —continuó Pel—, Su Majestad evidentemente no era de la misma opinión; por el contrario, deseaba que la baronesa fuera arrestada lo antes posible, y estaba molesto con Lanmarea porque seguía en libertad.

—Continúa, Pel —dijo Khaavren—; la conversación me interesa sobremanera.

—Por mi parte, ya está todo dicho.

—Bien, y vos, duque, ¿me contaréis el resto?

—Sólo a condición de que sigas llamándome Aerich.

—Muy bien, acepto.

—Entonces te lo explicaré.

—Espero ansiosamente.

—Pues verás: sabiendo que Shaltre mentía, pude llegar a ciertas conclusiones acerca de por qué mentía. Se las expuse y, como has podido ver, su reacción confirmó mis hipótesis.

—¿Y el asunto acaba ahí?

—Eso es todo.

—Pero, ¿y si él no te hubiera atacado?

—En ese caso —dijo Aerich—, me habría hallado en un aprieto.

—Sangre del Caballo —dijo Khaavren.

XXXI

En el que sin duda el lector se sorprenderá como

—Amigos —dijo lord Adron—, confío en que volváis conmigo a mi casa para así poder rendiros los honores que os habéis ganado. —En ese momento estaban de nuevo solos en el campo, pues Sudi, el lugarteniente de Adron, había conducido las tropas de vuelta al fuerte, y los orientales se habían retirado, llevándose con ellos, advirtió Khaavren, el cadáver del pobre caballo. Crionofenarr había conseguido con grandes dificultades que lo cargaran en uno de los carromatos que iban a la retaguardia del ejército.

—Al contrario —dijo Aerich en respuesta a la propuesta de Adron—. Permitidme sugeriros, Alteza, que regreséis con nosotros a la ciudad, donde intercederemos por vos ante la corte.

—Tiene razón —dijo Pel—. Ya que hemos tenido la suerte de adquirir aquí cierta notoriedad, pues bien, la ponemos completamente a disposición de Vuestra Alteza.

—Además —dijo Kathana—, yo voy a la corte a rendirme, y la compañía de Vuestra Alteza me complacerá inmensamente.

—Yo añadiría —dijo Khaavren— que hemos de damos prisa; estaría bien llegar antes que lord Guirnalda, que se esforzará por envenenar los oídos de Su Majestad para predisponerlo en contra nuestra.

—Me parece muy buena idea —dijo Adron—. Sólo que Su Majestad me ha exiliado; no sería correcto que regresara.

—Ah, no lo tenía entendido así —dijo Aerich, que estaba muy al tanto de lo que correspondía en cada situación—. Eso ya es otra cosa; estoy de acuerdo con Vuestra Alteza.

—Bueno —dijo Tazendra, que empezaba a recobrase del enfado por no haber muerto gloriosamente y recorría el campo con mirada orgullosa—, creo que nos hemos ganado cierta consideración.

—Sin embargo —dijo Utrrik—, me preocupa que... pero un momento. Tazendra, ¿qué tiene Mica?

—¿Eh? Vaya, sí. ¿Qué es eso, Mica?

—Una carta, mi señora.

—¿Una carta?

—Eso parece.

—¿Y a quién está dirigida?

—A lord Adron —dijo el inteligente Mica, que había aprendido a leer y escribir durante su antigua profesión, cosa que ni siquiera Aerich le reprochaba.

—¿Cómo? —dijo Adron—. ¿Una carta para mí?

—Al parecer sí, Alteza.

—¿De quién?

—En cuanto a eso, no tengo ni idea, Alteza.

—¿Dónde la encontraste? —dijo Khaavren.

—En el morral de lord Guirnalda, que se cayó detrás de él cuando el conde Shaltre cortó la correa que se lo sujetaba a la cintura.

—¿Qué significa esto? —dijo Tazendra—. ¿Has estado hurgando en el morral del caballero?

—Sí, exactamente, mi señora —dijo Mica, complacido—. No tiene nada de malo, pues yo no soy un caballero.

—Es verdad —dijo Aerich—. Esta idea del lacayo acabará por escapárenos de las manos —añadió en un murmullo—; tendré que mencionárselo a Tazendra.

—¿Y dentro había una carta para mí? —dijo Adron.

—Sí, ésta es la prueba: aquí tenéis la carta.

Mica entregó la carta a Tazendra para que se la diera a Su Alteza, lo cual ella hizo enseguida, aunque no sin echar una ojeada al sello.

—Vaya, es verdad —dijo—, es de Su Majestad.

—¿Su Majestad? —dijo Adron—. ¿Guirnalda tenía una carta para mí de Su Majestad que no me entregó?

—Creo que cuando Su Majestad se entere, Guirnalda se verá en un aprieto.

—Y cuando se entere Seodra también —dijo Pel.

Adron rompió el sello y leyó la carta; la leyó por segunda vez, e incluso una tercera.

—Me parece que Su Alteza está sorprendido —le dijo Khaavren a Tazendra cuando empezaba a leerla por cuarta vez.

—Pues sí, lo estoy —dijo Adron, que había alcanzado a oír el comentario—. Veréis, Su Majestad no sólo me perdona, sino que me pide perdón; es extraordinario.

—Guirnalda era quien tenía que entregar la carta a Vuestra Alteza, y como Guirnalda está a las órdenes de Seodra, vaya, no me sorprende su lentitud para entregarla —dijo Pel.

—Bueno —dijo Adron, encogiéndose de hombros—, ya la tengo.

—¿Y condescenderá Vuestra Alteza a acompañarnos de regreso a la ciudad? —preguntó Aerich educadamente.

—Lo haré —dijo Adron—, pues creo que se cuecen asuntos en los que debería participar, y os acompaño tanto más a gusto debido al aprecio que siento por vosotros.

—Pues bien —dijo Khaavren—, sólo nos falta encontrar otro caballo. El que

montaba Mica estará bien para mí, y me complacerá ceder el mío a Vuestra Alteza, pero convendría que consiguiéramos otro, a no ser que queramos dejar a nuestro sirviente tirado en el polvo del camino.

—Hay una posta muy cerca, montaña abajo —dijo Uttrik—; como la mantiene el Imperio y no el marqués, seguramente dispondrá de personal.

—Con que disponga de caballos —dijo Tazendra— es suficiente.

No había nada más que decir después de esa profunda observación, por lo tanto emprendieron la marcha campo a través, cabalgando al paso, y de ese modo llegaron a la posta, donde Aerich enseñó la carta del capitán al oficial. Así consiguieron un caballo adicional; de hecho, un animal tan magnífico que se lo quedó Adron, tras lo cual prosiguieron la marcha por el camino por donde habían venido, pasando por el monte Bli'aard y Vadarabenglo. Debemos destacar que algunos de los habitantes parecieron sorprendidos al ver a Su Alteza cabalgando hombro con hombro junto a los individuos a los que había proscrito y condenado una semana antes, pero nadie dijo nada, atribuyendo presumiblemente el cambio de actitud al derecho que tienen los príncipes a mostrarse todo lo caprichosos que quieran.

Cuando se aproximaban a El Cartel Pintado detuvieron los caballos como motivados al unísono por un pensamiento común y contemplaron el escenario del enfrentamiento. Lord Adron se quitó el sombrero y observó el terreno.

—Se pueden ver las huellas de una piedra destello —dijo, señalando un punto colina arriba.

—Creo que era la mía —dijo Pel—. Por lo visto dejó una marca en la piedra sobre la que se hallaba Mica, donde le asestó el famoso golpe en la cabeza a uno de nuestros atacantes. El Caballo, creo que casi le parte el cráneo al bribón; era lo menos que se merecía.

Mica se estremeció de placer ante el honor que se le prestaba con la referencia a su hazaña.

—Aquél es el árbol que usamos como retaguardia Uttrik, Aerich y yo —dijo Khaavren mirando en dirección opuesta—. En verdad, creía que era más grande.

—Era lo bastante grande —dijo Aerich.

—Ojalá hubiera estado con vosotros —suspiró Kathana.

—Y yo —dijo Adron.

—Bah —dijo Tazendra—. Ya no hubiera sido justo. Además, Aerich habría querido que lanzáramos un ataque frontal, y realmente, bueno, alguno de nosotros podría haber resultado herido.

—No te equivocas mucho —dijo Aerich, y prosiguieron la marcha.

Se detuvieron en El Cartel Pintado para disfrutar de una comida y para que lord Adron determinara si debía regresar a Cararroja por alguna razón, o si era suficiente con que escribiera a su mayordomo comentándole sus planes. El posadero, que muy pocas veces recibía a un heredero en su establecimiento, los trató a cuerpo de rey, de modo que los vinos eran todos de una reserva especial y las carnes se cocinaron con

esmero. Lord Adron, mientras comía y pensaba, actividades que en todo caso estaba acostumbrado a realizar a la vez, contó al posadero y a todo el que quisiera oírlo las proezas recientes de sus compañeros de viaje, lo que hizo que Aerich se encogiera de hombros, que Khaavren se ruborizara, que Kathana estudiara más de cerca su comida, que Utrik pareciera nervioso, que Tazendra pareciera orgullosa, y que Mica francamente resplandeciera.

Adron había decidido escribir, y estaba a punto de pedir pluma, tinta, pergamino y secante cuando lo interrumpió una niña, que le hizo una reverencia, le colocó un trozo de papel en la mano y salió disparada sin esperar respuesta.

—Vaya, qué extraño —dijo Adron frunciendo el ceño.

—¿Por qué extraño? —dijo Tazendra, tan absorta en la comida que no había reparado en la mensajera—. No es más que pato recubierto de ciruelas silvestres y horneado como si fuera una hogaza de pan. Por mi parte, lo encuentro excelente.

—¿Cómo? —dijo Pel, sin prestar atención a Tazendra—. ¿Vuestra Alteza no conoce a la mensajera?

—En lo más mínimo.

—Entonces no era más que una mensajera —sugirió Khaavren.

—Pero, ¿de quién, y por qué? Advertiréis que no llevamos aquí tanto tiempo para que la noticia de nuestra presencia se haya extendido; en todo caso, no hasta el fuerte. —Debemos señalar que así se refería siempre Adron a su hogar—. Y con seguridad, no hasta el Imperio.

—Bueno —dijo Kathana—, tal vez si Vuestra Alteza leyera el mensaje, todo se aclararía.

—O tal vez no —dijo Pel.

—Lo leeré —dijo Adron.

—Esperaremos a Vuestra Alteza —dijo Pel.

—Yo haré algo más que esperar —dijo Khaavren—. Me comeré el famoso pato; al mismo tiempo, partiré trozos de este pan oscuro y denso, los mojaré en la salsa y me los comeré con el pato.

—Y —añadió Utrik— si te bebieras alguna de las cinco botellas de vino de Furnia que he pedido para acompañar la comida, creo que el tiempo pasará más rápido.

—Eres la sabiduría personificada —dijo Khaavren—. Te lo digo yo.

—¿Qué tontería es ésta? —Adron frunció aún más el ceño cuando acabó de leer la carta, y se la pasó a Aerich.

—¿Desea Vuestra Alteza que la lea?

—Sí, sí —dijo Adron, impaciente—. Leedla en voz alta y decidme qué opináis.

—Muy bien, Alteza —dijo Aerich. Estudió la letra manuscrita, de una elegancia casi imposible, y leyó—: «Vuestra Alteza debe regresar a casa directamente si desea que le presenten a su hija».

—Bien —dijo Khaavren—, creo que es bastante clara.

—De ningún modo —dijo Adron—. Pues yo no tengo ninguna hija.

—Tal vez ninguna que vos sepáis —dijo Tazendra a la ligera; luego se dio cuenta de lo que había dicho y enrojeció profundamente, mientras Aerich le dirigía una mirada llena de reproche.

—Es imposible —dijo Adron, que al parecer no había advertido la metedura de pata, tan absorto estaba en sus pensamientos—, pues yo no tengo... ah. —Al oírlo, los demás, que no se atrevían a pronunciar palabra, se miraron significativamente—. Bueno —corrigió—, sin embargo, no es del todo imposible que algo así... —Su voz se extinguió, y Khaavren habría jurado que temblaba como si fuera presa de una gran emoción.

Hemos de decir que ciertos descubrimientos en el Arte Supremo que proporcionan salvaguardas comunes hoy en día eran menos comunes en aquel entonces, aunque no imposibles de conseguir; de ahí que la existencia de bastardos e incluso mestizos no fuera desconocida. Sin embargo, el estigma que estos infortunados sufren hoy en día ya existía en aquella época, aunque quizá menos intenso. Aun así, hay que señalar que cualquier caballero al que se le informara, especialmente en público, de la existencia de un niño cuyo nacimiento no esperaba, casi con seguridad se sentiría turbado en mayor o menor grado; no obstante, a juzgar por la expresión de Adron, la emoción que sentía tenía menos de turbación o vergüenza que de entusiasmo o curiosidad, reacción que Khaavren no dejó de advertir.

—Pues bien —dijo Pel—. ¿Cuáles son los deseos de Vuestra Alteza?

—¿Mis deseos? —dijo Adron, frunciendo el ceño—. En cualquier caso, parece que debo regresar al fuerte.

—Os aseguro, Alteza —dijo Aerich—, que estamos por completo a vuestra disposición en caso de que queráis que os acompañemos.

—Oh, por lo que respecta a eso —dijo Adron—, creo que es mejor que volváis a la ciudad a toda velocidad, y cuando os presentéis ante Su Majestad, como sin duda haréis, debéis informarle de que he tenido que retrasarme por circunstancias insólitas y que volveré lo antes posible para presentarme ante él.

—Cumpliremos vuestro encargo con el mayor placer —dijo Aerich.

—Y enseguida, además —dijo Tazendra—, pues en verdad me embarga el deseo de ver la ciudad de nuevo.

—Y a mí también —dijo Kathana—. Si he de someterme ajuicio ante Su Majestad, bien, preferiría que fuera cuanto antes.

—En ese caso —dijo Adron—, partiremos de inmediato. No obstante, creo que nos volveremos a ver; os aseguro que os tengo en la más alta estima.

—Vuestra Alteza nos honra en demasía —dijo Aerich.

—De ninguna manera —dijo Adron.

—Vámonos, pues —dijeron Pel y Uttrik al unísono.

Saldaron cuentas con el posadero; Adron insistió en tener el honor de pagar, a pesar de las protestas del patrón, que deseaba para sí el honor de ofrecer la comida al

heredero. Mandaron ensillar los caballos y traerlos al patio. Después de algunas palabras más, emprendieron caminos separados: Adron de vuelta a Cararroja, el resto a la ciudad.

Esta vez marcharon a mayor velocidad, ya que a todos les parecía que llevaban mucho tiempo fuera y sentían la necesidad de informar de los resultados de su misión y de enterarse de lo sucedido en su ausencia; Khaavren, además, estaba impaciente por volver a ver a la hermosa Illista y explicarle cómo había conseguido cumplir su promesa sin romper su voto; por lo tanto, aunque cuidaron de no agotar a los caballos en el calor estival achicharrante, hicieron etapas de veinte o veinticinco leguas a través de la *pushta*, a veces sin detenerse hasta que la oscuridad era completa.

El regreso, a pesar de que tuvo lugar durante lo que aún era pleno verano y de que, por lo tanto, el calor resultaba desagradable, transcurrió más alegremente que el viaje de ida.

Tazendra, aunque seguía enfadada porque la ocasión de una muerte gloriosa hubiera pasado de largo, en cierta medida se había resignado a ello y repasaba mentalmente, una y otra vez, las batallas en las que había luchado y salido triunfante.

El humor de Utrik era el de quien ha dejado alegremente de lado la venganza, así que avanzaba con ánimo ligero; además, también él se recreaba rememorando las victorias que, vistas de forma retrospectiva, parecían haber ocurrido de manera tan fácil y natural.

Kathana, la verdad sea dicha, se había sentido cada vez más insatisfecha de estar escondiéndose; estaba contenta ahora de «dar la cara a la tempestad», como dice el refrán, y componía los discursos que podría tener el honor de pronunciar ante Su Majestad.

Pel rumiaba los acontecimientos que habían tenido lugar, y consideraba de qué manera podrían convertirse en ventajas duraderas; para él, éstas eran más importantes que la gloria, tan pasajera en todo caso.

Aerich, normalmente el más taciturno de todos, se mostraba, desde que había matado a Shaltre, siempre amable y agradable; sonreía con calma a todos y hasta mantenía conversaciones breves con Khaavren acerca de la gente y los paisajes por los que pasaban.

Khaavren soñaba despierto con Illista y, además, con los honores y promociones que podría conseguir como resultado de los acontecimientos de los últimos días; incluso ensayaba el nombre «Teniente Khaavren» para ver qué tal sonaba a sus oídos.

Podemos tener la seguridad de que Mica se sentía inundado de placer por el dzur que llevaba en la pechera de su túnica, bordado por un sastre que encontraron en un hostel al pie del Bli'aard.

Así siguió su curso el viaje de regreso, y antes de que pasaran muchos días se encontraron una vez más a la vista de la Posada de Beed'n, que hizo que Mica primero temblara ante el recuerdo de la paliza recibida, y luego sonriera al recordar los resultados del enfrentamiento. Khaavren, que, tal como ya estamos en condiciones de

comprender, se daba cuenta de todo, observó su reacción.

—Hemos venido a un buen ritmo y ya casi estamos en casa, así que celebremos por adelantado; detengámonos aquí a tomar una jarra de Khaav'n o una botella de Ailor —dijo.

Todos estuvieron de acuerdo, y al encontrar el lugar casi vacío, pidieron la mesa más grande, situada, tal como a Khaavren le gustaba, junto a una ventana, de manera que podía entretenerse mirando a las personas que pasaban. De hecho, consumieron una buena cantidad de Khaav'n, el vino preferido de Khaavren, porque procedía de su región y compartía con él el nombre, y no era, además, ni demasiado dulce ni demasiado seco; y aunque en realidad tenía más cuerpo del que Pel prefería, éste no se quejó y bebió en la misma medida que sus compañeros.

—Es evidente que ya casi estamos en casa —dijo Khaavren cuando ya llevaban un rato allí—, pues he observado a más de un mensajero imperial por esta carretera de la que tengo tan buena vista desde la ventana, además de tal multitud de burgueses y empleados que la cuestión está fuera de duda.

—Pues bien —dijo Aerich—, si estás disfrutando de la vista, tanto mejor que el posadero no haya reparado la ventana que el buen Mica rompió con la cabeza. De lo contrario, preferiría que la hubieran reparado, ya que el papel habría impedido que entrara el calor.

—Bah —dijo Uttrik—. Después de haber atravesado la *pushta*, donde teníamos que buscar agua para los caballos cada tres horas, os aseguro que este calor no me molesta nada; en comparación, se está tan fresco como en las montañas.

—Sin embargo —dijo Khaavren—, debe de hacer calor, pues hay una tropa de guardias, que llevan nuestro uniforme aunque con la insignia de Lanmarea, que se han detenido a descansar aquí, si bien todavía no es la hora de comer.

—Bien —dijo Tazendra—, me alegro; nos podrán contar noticias de la ciudad.

—Tal vez no —dijo Khaavren—; ahora que veo, sólo están atando los caballos, como si no pensarán quedarse mucho tiempo.

—En efecto, tienes razón —dijo Pel, inclinándose para asomarse por la ventana—. Es como si sólo se hubieran parado a preguntar algo, pues fíjate, el oficial está entrando solo.

—Pero el resto está situándose a los lados de la hostería, como si quisieran rodearla —dijo Kathana.

—Confieso —dijo Pel— que no lo entiendo, a no ser que estén buscando a alguien, sospechen que está aquí y no quieran que se escape.

—No he visto a nadie con aspecto sospechoso —dijo Tazendra.

—Puede que haya alguien escondido arriba —dijo Khaavren—; por mi parte, os aseguro que dejaré de lado cualquier rivalidad que pueda existir entre su cuerpo y el nuestro y les ofreceré toda la ayuda posible.

—No parecen necesitar ayuda —dijo Aerich.

—Oh, sin duda tienes razón —dijo Khaavren—, pero lo correcto es ofrecerla, y si

no la necesitan, bueno, sin duda nos lo dirán. Hola, sargento —saludó a la dama que entraba en ese momento—. Ambos somos servidores de Su Majestad y parece que os trae algún asunto, por lo tanto os ofrecemos nuestros servicios; si no hicieran falta, entonces, por los Fragmentos, podéis venir y tomaros una copa con nosotros; beberemos a la salud de Su Majestad, de los capitanes G'aereth y Lanmarea, y de la misma Señor de la Guerra.

—Bien —dijo la sargento, haciendo una reverencia a los que estaban a la mesa—, en efecto, podríais hacerme un favor, y, si no, aceptaré vuestra amable oferta.

—Es todo lo que pedimos, sargento —dijo Khaavren—. ¿En qué podemos ayudaros?

—Me llamo Lebouru —dijo ella—; soy sargento, como habéis notado, de la Guardia Imperial. Si me hicierais el honor de decirme vuestros nombres, con mucho gusto os explicaré en qué podéis ayudarme.

—Muy bien —dijo el tiassa—. Me llamo Khaavren, y éstos son mis amigos Aerich, Tazendra y Pel, además de nuestro compañero Utrik y lady Fricorith. —Dijo el nombre supuesto de Kathana porque, como ella deseaba entregarse por propia voluntad, no quería comprometerla antes de tiempo.

—¿Vuestro nombre es Khaavren, decís? —preguntó Lebouru.

—Exacto —dijo el tiassa.

—Perfecto. Efectivamente, podéis hacerme un gran favor.

—Ansio hacerlo.

—Es muy amable de vuestra parte.

—Estoy a la espera de oír de qué se trata.

—Bien, os lo diré.

—Me complacerá que lo hagáis.

—Bien, veréis: si me hacéis el honor de entregarme la espada, de decirles a vuestros compañeros que hagan lo mismo y después me acompañáis a la ciudad, pues vaya, no os pediré nada más y por añadidura me consideraré en deuda con vos.

—¡Cómo! —exclamó Khaavren—. ¿Entregaros la espada?

—Sí, exactamente.

—¿Y acompañaros?

—Me complace ver que trato con un caballero inteligente.

—¿De modo que pretendéis arrestarnos?

—Aproximadamente.

—¿De qué se nos acusa?

—Oh, os aseguro que no tengo la menor idea al respecto. Pero me dijeron que cogiera una tropa de veinte hombres, que siguiera esta carretera, que preguntara a todo el que pasara, que me detuviera en todas las posadas, y que encontrara a un guardia llamado Khaavren de Rocacas-tillo que además es tiassa. Me ordenaron que lo arrestara a él y a sus acompañantes. Como veis, estoy a punto de cumplir con mi deber.

—Esto es intolerable —dijo Uttrik, que empezaba a recobrase del impacto producido por las palabras de Lebouru.

—Realmente —dijo Tazendra—. ¡Bah! ¿Una tropa de veinte hombres? Es un insulto.

—Mis tropas están desplegadas alrededor de la casa —dijo la sargento encogiéndose de hombros—, de modo que, como comprenderéis, es imposible escapar. Además, aparte de las espadas tenemos cada uno una piedra destello de dos cargas, de modo que si os resistís sin duda moriréis. Ahora bien, me dijeron que os capturara vivos a ser posible, pero muertos si fuera necesario, de manera que, con el objeto de llevar a cabo mi tarea de la mejor manera posible, preferiría que no os resistierais.

—¿Nos permitiríais que conferenciáramos un momento —dijo Khaavren— para decidir si deseamos tener el honor de resistirnos?

—Desde luego —dijo Lebouru—. No hay nada en contra. Pero tengo órdenes estrictas de no permitir que os comunicéis con nadie fuera de la posada. Por lo tanto, si me dais vuestra palabra de que no lo haréis y además me permitís llamar a mis hombres para informarles del estado de las cosas, bien, podéis tomaros todo el tiempo que queráis.

—Os damos nuestra palabra —dijo Khaavren—, que resultará tanto más convincente si tenemos en cuenta que no hay nadie aquí con quien comunicarse.

—De acuerdo —dijo la sargento, y se dirigió a la entrada—. Escuchad —gritó—, los hemos encontrado. Permaneced listos para el combate, por si acaso, pero no emprendáis ninguna acción hasta que recibáis órdenes u oigáis la descarga de mi piedra destello.

—Bien —dijo Khaavren mientras tanto—, confieso que no preveía este giro de los acontecimientos.

—Por mi parte —dijo Tazendra—, creo que deberíamos luchar. ¡El Caballo! Son sólo veinte.

—Y para arrestamos, vaya, es humillante —dijo Pel.

—Me consolará de todas las peleas que me he perdido —dijo Kathana.

—Me da lo mismo morir aquí que en otro lado —dijo Uttrik—. Además, tal vez ganemos; imaginaos lo que sería vencer a veinte Guardias Fénix de Su Majestad armados de piedras destello.

—Y tú, Khaavren, ¿qué opinas? —dijo Aerich.

—Amigo mío —suspiró Khaavren—, lo mismo que tú, creo. Ganemos o perdamos, si luchamos nos convertiremos en rebeldes.

—Es justo lo que yo pienso —dijo Aerich.

—¡Rebeldes! —dijo Pel—. La palabra es fuerte.

—Pero no por ello menos exacta —dijo Aerich—. ¿Estáis de acuerdo?

—Pero permitir que nos arresten... —dijo Tazendra.

—Sí —dijo Uttrik—. Que nos arresten, vaya, no me gusta cómo suena.

—Bien, ¿qué harías tú? —dijo Aerich dirigiéndose a Uttrik—. ¿No perteneces al linaje de Lanya?

—Pues sí.

—¿Y acaso Lanya, llamada a la sazón Lanya e’Kieron, no fue arrestada en el Ciclo Segundo por orden del emperador athyra Soori-Laino-Kri por negarse a atacar la fortaleza de los issola, Muranda?

—Sí, es verdad.

—Como ves, no es una vergüenza que te arresten.

—Bueno, si Lanya pudo soportarlo, yo también podré —suspiró Uttrik.

—Por mi parte —dijo Kathana—, habría preferido entregarme voluntariamente a la Guardia, pero ya que han venido, habrá de ser así.

—Mi señora —dijo Aerich poniéndose de pie y haciendo una reverencia a Lebouru—, aquí tenéis mi espada.

—Es un placer aceptarla.

—Y la mía —dijo Khaavren—. ¡Cha! Lo que hagáis con tantas espadas es cosa vuestra. Sea como sea, aquí las tenéis.

Uno por uno entregaron las espadas a la sargento, que se las dio a sus hombres.

—Si me hacéis el honor de acompañarme, podemos regresar a la ciudad, adonde en todo caso creo que os dirigíais, sólo que ahora tendréis más compañía de la que esperabais.

—De acuerdo —dijo Pel—. Pero primero permitidnos que arreglemos cuentas con el posadero.

—No puedo aceptarlo —dijo Lebouru—. Me han entregado seiscientos orbes para la manutención de mis hombres y el agua de los caballos, y no he gastado ni la décima parte. —Llamó al posadero, le pidió la cuenta y le pagó hasta el último penique—. Creo que ya estamos listos.

—A vuestras órdenes, sargento —dijo Khaavren.

La tropa ya estaba formada, salvo siete hombres que permanecían a un lado, seis de ellos para sujetar los caballos de los prisioneros y ayudarles a montar y el séptimo para prestar ese mismo servicio a la sargento. Salieron de la posada; diez guardias cabalgaban delante de los prisioneros y diez detrás. Añadiremos que, como Khaavren y sus amigos todavía llevaban las capas de uniforme y Uttrik y Kathana iban en medio de la formación, nadie habría advertido que los guardias escoltaban a unos prisioneros.

—Resulta curioso pensar que aquí mismo intenté quitarte la vida —señaló Uttrik a Khaavren cuando llegaron a cierto lugar de la carretera.

—Me alegro de que no lo hicieras —dijo Khaavren—, y me alegro también de no habértela quitado yo.

—Oh, desde luego —dijo Uttrik—. Ambas cosas habrían sido una broma en comparación con lo que realmente sucedió.

—¡Cha! Y con lo que seguirá sucediendo. Yo, al menos, no sé cómo va a acabar

esto.

—Me temo que en nada bueno —dijo Mica, a quien los últimos acontecimientos abrumaban tanto como alegraban a los demás, como si cargara sobre sí toda la melancolía que por derecho propio correspondía al resto del grupo. Podrá comprenderse mejor si consideramos que pocos días antes había asumido el puesto de lacayo de una valiente señor dzur y había acabado como sirviente de una prisionera, cargo que, por lo que sabemos, nadie busca con demasiado ahínco.

En cuanto a los demás, tal como hemos mencionado hacían todo lo posible para mantener el buen ánimo. Tazendra charlaba con el guardia que iba a su derecha. Le explicaba que, si hubieran decidido luchar, les habría resultado sencillo dispersar y derrotar a una veintena de contrincantes.

—¿Y qué me decís de nuestras piedras destello? —preguntó el caballero educadamente.

—Oh, bah —dijo Tazendra, empleando una expresión que le encantaba cuando la usaba Pel y que admiraba en boca de Aerich—. ¿Qué son unas piedras destello? No se habrían descargado. Y si por casualidad lo hacían, Sangre del Caballo, no por nada soy hechicera. Las habría inutilizado al instante.

—Bueno, tal vez fuera así en el caso de las piedras destello, pero nos quedaban las espadas.

—Una insignificancia —dijo Tazendra—. Palillos. Para empezar habría hecho saltar tres por los aires y de paso les habría infligido unas buenas heridas a sus dueños.

—Tres. Quedamos diecisiete, por no mencionar a la sargento que, por lo que sé, es una espadachín consumada.

—Pero olvidáis a nuestro sirviente, Mica, muy hábil con la banqueta. Le encanta sobre todo golpear a los guardias, pues de niño unos soldados lo maltrataron y por lo tanto les guarda rencor.

—¿Y los diecisiete restantes?

—¿Acaso no tengo compañeros?

—En efecto: cinco. Lo que significa tres por cada uno de vosotros, si no me equivoco.

—No obstante, sólo había tres ventanas pequeñas, así que habría bastado con uno en cada una y dos apostados en la puerta, con lo que uno de nosotros habría sido libre de moverse según hiciera falta.

De ese modo prosiguió la charla. Es verdad que no llegaron a ninguna conclusión, pero Tazendra se divirtió mucho.

Por lo que respecta a Pel, aprovechó la oportunidad para interrogar a uno de sus captores y así enterarse de lo acontecido en la corte durante su ausencia.

Uttrik y Kathana comentaban ruidosa y despreocupadamente la historia de Lanya e'Kieron que Aerich les había recordado. La habían acusado de rebeldía a causa de su oposición al emperador athyra, y en otra ocasión por orquestar el Golpe de los Burócratas contra el fénix Jessier el Temible, en el que pasó de contar con el respaldo

de una conspiración liderada por un noble tsalmoth llamado Rompeolas, a enfrentarse a ella y tomar el Palacio, el Trono y el Orbe con un ejército de cincuenta soldados y dos mil funcionarios adiestrados de forma encubierta, acción que le ganó un lugar permanente en la historia y que desencadenó la Guerra de las Calles. Los vaivenes de la guerra duraron unos doscientos años, período durante el cual Lanya mandó proyectar y construir el Palacio Interior, la única parte del Palacio que podía resistir un ataque.

Aerich parecía felizmente sumido en sus pensamientos, fueran los que fuesen, y Khaavren en ensoñaciones en las que Illista desempeñaba el papel principal, sólo que en esta ocasión ella lo rescataba de prisión y se las ingeniaba para presentarlo a Su Majestad, ante quien apelaban su causa y no sólo conseguían la liberación de todos los compañeros, sino que se los premiaba con tantas promociones y medallas como para satisfacer a un señor dzur.

De todos ellos, sólo Mica, como ya hemos dicho, se sentía abatido. De modo que fue un grupo de personas satisfechas el que, rodeado de guardias, pasó por la Puerta de las Banderas después del mediodía y se encaminó por la carretera del Viejo Molinero hacia el distrito de Palacio.

En ese momento Khaavren sintió curiosidad por su destino y por lo tanto se lo preguntó a la sargento.

—Primero al Ala Dragón —contestó ésta—. Después, lo ignoro por completo.

—Bueno, tendrá que ser a la prisión o ante el Emperador.

—Es probable, sir Khaavren.

—Por mi parte, confieso que no me importa demasiado. Si se tratara de Su Majestad, bien, tendremos la oportunidad de saber por qué nos han arrestado y creo que podremos convencerlo de que cambie de opinión respecto a nosotros. Y si se trata de la prisión, vaya, realmente me iría bien un descanso.

—Me alegro de que seáis tan complaciente, pues odiaría tener que recurrir a medidas extremas con un caballero como vos.

—Oh, no habrá necesidad, os lo prometo.

—Bien.

—Pero tenéis que decirme si habéis recibido instrucciones especiales, para estar seguros de no causaros involuntariamente ninguna dificultad.

—Oh, no tenéis por qué preocuparos al respecto. Las únicas órdenes especiales eran para el caso de que os resistierais.

—¿Y si lo hubiéramos hecho?

—Entonces debía mataros a todos.

—¿Cómo! ¿Matamos? ¿A todos?

—Exacto.

—Imposible.

—No, os doy mi palabra de honor. Y como semejantes carnicerías me desagradan, me alegro de que no os hayáis resistido.

—Vaya, yo también, por cierto. ¿Y fue la única orden especial que recibisteis?

—Sí, sólo ésa, salvo que también debo evitar que escapéis y asegurarme de que no os comunicáis con nadie.

—¿Tenemos prohibido hablar con nadie por el camino?

—Así es.

—Bueno —dijo Khaavren, a quien ese requisito ofrecía mucha sustancia para que masticaran los dientes de sus pensamientos—, en ese caso, si me disculpáis, he de informar de ello a mis compañeros, no vaya a ser que al ver una cara conocida alguno, sin querer, os ocasione un inconveniente.

—Os lo agradeceré.

—Lo haré ya mismo.

—Os aseguro que estoy enteramente a vuestra disposición.

—Excusadme, pues. —Khaavren dejó que el caballo se retrasara hasta que quedó a la altura de Pel, cuya mente, opinaba, era la más adecuada para abordar problemas de esa naturaleza.

—Perdón, caballero —dijo interrumpiendo la charla del yendi—, pero deseo hablar un momento contigo.

—Como quieras —dijo Pel, excusándose ante el guardia al que había estado interrogando—. ¿Qué pasa? —añadió en voz baja para que no lo oyeran.

—¿Sabes que nuestros captosres tienen órdenes de impedimos todo tipo de comunicación con cualquiera que pase por el camino?

—¡Sangre! ¿Sí?

—Me lo dijo la propia sargento.

—Pero, ¿qué puede significar esto?

—Sin duda, que nuestro arresto ha de mantenerse en secreto, y además...

—¿Sí?

—Que no nos darán la oportunidad de defendemos.

—Pero entonces, ¿crees...?

—Que nos meterán en algún calabozo perdido, nadie sabrá qué ha sido de nosotros y después, vaya, desapareceremos.

—Bah. Imposible. ¿Qué me dices de la escolta?

—Les ordenarán no mencionar nuestros nombres ni las circunstancias de nuestra detención.

—Pero, ¿quién habrá dado la orden, y por qué?

—¿Quién? ¿Quién sino Seodra? ¿Por qué? Porque han perdido las esperanzas de asesinamos, y como no nos hemos resistido, la sargento no ha podido matarnos tal como le habían ordenado que hiciera si se daba el caso.

—¿Cómo? ¿Matamos?

—Esas eran sus órdenes si nos resistíamos.

—¡Grietas del Orbe!

—¿Qué te parece?

—Creo que tienes razón, Khaavren; quieren que desaparezcamos sin darnos ninguna oportunidad de defendernos.

—Opino lo mismo. Por eso he querido hablar contigo; pensé que eres bastante inteligente para que se te ocurra algún plan.

—Bien, me parece que estás en lo cierto.

—¡Cómo! ¿Ya tienes uno?

—Casi.

—¿De qué se trata?

—Déjame a solas unos minutos —dijo Pel meneando la cabeza—. Necesito concentrarme.

—Muy bien, pero te ruego observes que estamos pasando por las minas de las Torres de la Hechicería y a punto de llegar a la colina de los Vigías, lo que significa que pronto llegaremos al Ala Dragón.

—Comprendo. Déjalo todo de mi cuenta.

—Eso haré.

—De acuerdo. —Pel volvió al lado del guardia con el que había estado hablando—. Perdón, estimado señor. He tenido que ofrecer unas palabras de consuelo a mi amigo, que está algo angustiado por nuestra situación.

—Es natural —dijo el guardia, que resultaba llamarse Thack—. Pero, vamos, mejor no hablar de eso.

—Oh, estoy completamente de acuerdo. Además, en comparación es mucho más divertido hablar de las escapadas de la consorte. Decidme, ¿creéis que está muy cerca de Tresparedes?

—¿Queréis decir con «muy cerca»? —dijo Thack con una sonrisa.

—Oh, sabéis muy bien a qué me refiero.

—Caballero, os aseguro que no tengo la menor idea.

—Vaya, está bastante claro lo que significa. Vos y yo estamos cerca el uno del otro.

—No tan cerca, caballero; no estamos en contacto.

—Pero lo estaríamos con sólo extender un brazo, mi buen Thack.

—Sin embargo, como veis, ninguno de los dos lo ha hecho.

—Pero ya que podemos hacerlo, entonces...

—¿Entonces?

—Bueno, en eso consiste estar cerca.

—En absoluto. En mi opinión, para estar muy cerca hay que estar en contacto.

—Pues muy bien —dijo Pel—. Entonces, según vuestra definición, ¿están muy cerca la consorte y Tresparedes?

—Pues... —dijo el guardia guiñando el ojo—, sí, al menos en vuestros términos.

—Bah —dijo Pel—. No es gran cosa.

—Yo, en cambio —rio Thack—, creo que es mucho.

—Sería mejor tal como vos lo entendéis.

—Oh, es indiscutible, buen Pel.

—Me imagino que lo sabéis muy bien, Thack.

—¿Yo? En absoluto, y me avergüenza reconocerlo.

—¡Bah! La versión de vuestra amante, al menos, debe de ser diferente. —Oh, quizá, si la tuviera.

—¿Cómo «si»? ¿Queréis decir que no tenéis amante? Sin embargo, sois bastante apuesto y de modales excelentes; habría dicho que montones de mujeres caen rendidas a vuestros pies.

—Oh, es verdad, pero soy demasiado tímido para sacar partido de ello.

—Oh, entonces necesitáis una mujer que sepa cómo tratar a un tímido.

—Vaya, claro que me gustaría, sólo que...

—¿Sólo que?

—Además tendría que ser de buena cuna.

—No hace falta decirlo; al fin y al cabo sé con quién estoy hablando.

—Y, por añadidura, tendría que ser hermosa.

—Desde luego.

—Como veis, soy muy especial, por eso estoy solo.

—Bien, recapitulemos.

—De acuerdo.

—En primer lugar, ha de ser hermosa.

—Sí, así es.

—Además, de un linaje adecuado a un caballero como vos.

—Continuad; todo lo que decís es muy acertado.

—Tercero, ha de aceptar estar muy cerca, tal como entendemos la expresión.

—Sí, de acuerdo con el significado que le doy.

—Comprendido.

—Muy bien.

—Y por fin, debe ser capaz de vencer vuestra timidez.

—Es decir, no ha de poner objeciones a mi reticencia y timidez naturales, pues como veis, soy modesto en extremo.

—Sí —dijo Pel, mordiéndose la lengua para evitar la risa—. Lo he notado.

—Entonces entendéis el problema, caballero.

—Disculpadme, Thack, pero no.

—¿Cómo que no?

—En absoluto.

—¿He de explicároslo?

—Si queréis que lo entienda, sí.

—Pues bien, en pocas palabras: ¿dónde voy yo a encontrar a una mujer así?

—¿Ese es el problema?

—Exacto.

—Conozco la respuesta.

—¡Cómo! ¿La conocéis?

—Desde luego.

—¿Y me diréis cuál es?

—Si queréis, sí.

—¿Que si quiero? Llevo una hora preguntando lo mismo.

—Bien, la respuesta es Jenicor e'Terics.

—¿Cómo? ¿Jenicor?

—Sí, en efecto.

—¿La conocéis personalmente, caballero?

—¿Yo? —dijo Pel—. Para nada. ¿Vos sí?

—Vaya, digamos que he oído hablar de ella y que la conozco de vista.

—Pues bien —dijo Pel—, es de muy buena cuna; supongo que os bastará.

—Diría que sí; es prácticamente la heredera.

—Y es hermosa.

—Sin duda.

—Entonces, ¿qué más queréis?

—¿Qué más? ¿Por qué iba a desear acercarse a un caballero y, por añadidura, a uno tan retraído como yo?

—Bueno, porque es su carácter.

—¡Bah! No me parece probable.

—Todo lo contrario. He oído decir precisamente eso, y en términos muy claros. De hecho, es sabido que cuando conoce a un caballero apuesto y tímido a la vez, pues bien, pierde completamente el control y se muere por esos largos paseos en coche en los que se susurran intimidades al oído o por las caminatas con pausas frecuentes y prolongadas.

—¿Estáis seguro?

—Como si la hubiera estado siguiendo por toda la ciudad.

—¿Y quién os lo ha dicho?

—Vaya, nada menos el capitán G'aereth.

—¿Os dijo que ella es así?

—Así es, y en términos que no dejaban lugar a dudas. Él también es tímido, como sabéis.

—Vaya, no me había dado cuenta, pero seguramente tenéis razón.

—Oh, sí, es indiscutible.

—Bien, tendré que pensarlo.

—Espero que no tardéis mucho; ya sabéis que con ese tipo de mujer, en cuanto uno se descuida viene otro a ocupar el puesto. El propio capitán se habría casado con ella, pero, como ya sabéis, es un señor dzur, lo que le impide casarse con una dragón; y además, ya está casado.

—Caramba, son dos buenas razones.

—Pero no se os pueden aplicar a vos, buen Thack.

—Oh, yo no había pensado en el matrimonio.

—No, pero supongo que ya sabéis cómo son las mujeres. Una vez se casan, vaya, pueden pasar cien años hasta que deseen acercarse a algún otro.

—¿Sabéis? Eso mismo había notado yo.

—Pues como comprenderéis, no podéis perder ni un solo día.

—Creo que tenéis razón, caballero, y os aseguro que me siento profundamente en deuda con vos.

—Bah. Cuando me liberen, podéis pagarme una cena y unas botellas de Ailor y contarme todo el asunto; os prometo que me daré por satisfecho.

—¿Creéis que os liberarán?

—Estoy seguro, pues no he cometido ningún delito.

—¡Cómo! ¿No habéis cometido ningún delito?

—Ninguno en absoluto.

—Entonces, ¿por qué estáis arrestado?

—Os aseguro que no tengo ni la menor idea.

—Entonces sin duda tenéis razón; os liberarán pronto.

—Eso opino yo.

—Y cuando lo hagan, bien, quizá pueda contaros algo.

—Será un placer oírlo.

—Ah, caballero, ojalá pudiéramos seguir charlando, pero por lo visto hemos llegado al Ala Dragón. La sargento ha entrado y ha vuelto a salir, así que sin duda tendremos que escoltaros a algún otro sitio, lo que significa que nuestra conversación debe terminar.

—Hasta luego, mi estimado captor.

—Hasta luego, caballero.

—Ya está todo arreglado —dijo Pel acercándose a Khaavren.

—¿Qué está arreglado, mi querido Pel?

—Ya lo verás.

—Eso espero, pues por lo visto nos llevan al Ala Iorich, donde viven los jueces.

—¿Y hemos de temer a los jueces?

—En absoluto, pero en el Ala Iorich también está la Prisión Imperial, donde se encierra a los acusados de crímenes de Estado y a los que van a ser ejecutados. Y aunque espero que no entremos en la última categoría, sí que entramos al menos en la primera.

Khaavren no se equivocaba, y todo lo que esperaba de hecho ocurrió. Pero sería demasiado doloroso ser testigos del proceso de encierro de los prisioneros, pues eso eran nuestros amigos, en los calabozos bajo el Ala Iorich, de modo que omitiremos por completo este asunto y nos dedicaremos a otros menesteres. En consecuencia, sin más añadidos, acabaremos este capítulo de nuestro relato.

XXXII

En el que al lector, que ya ha visto una batalla sin sangre, se le muestra un duelo sin sangre

Ahora dirigiremos la atención a un caballero al que hemos descuidado desde el inicio de nuestra historia, es decir, al capitán G'aereth, el mismo que envió a nuestros amigos a la misión que acabó dando frutos tan inusitados. Hemos de decir que el capitán no se había dejado embaucar por Pel; sabía que el caballero no le había dicho toda la verdad al explicarle los motivos por los que deseaba hacer el viaje, pero también sabía que tal vez ello le proporcionaría información útil. Además, siempre hacía todo lo posible para ayudar a sus guardias, a los que consideraba de la misma manera que el patriarca de una gran familia a sus nietos.

Por lo tanto, más de una vez había pensado en aquellos a los que había enviado, o mejor dicho, permitido ir, al este, preguntándose qué les sucedería. Pero también confiaba en que, con paciencia, se enteraría de muchas cosas interesantes, pues así como no se puede arrojar un saco de oro en la Casa de Caridad de Chatier sin esperar cierto tumulto, tampoco se puede arrojar a un yendi, un dzur, un lyorn y un tiassa al centro de todas las maniobras políticas de la corte sin tener la seguridad de que algo saldrá de ello.

Aunque por otra parte hemos de tener en cuenta que el capitán seguía siendo el capitán y, por lo tanto, siempre estaba ocupado, y que la corte no se había quedado esperando pacientemente los resultados de unos acontecimientos que sucedían a cientos de leguas de distancia. El capitán había continuado con sus obligaciones, de las cuales la principal, aunque él no fuera consciente de ello, era la de que la Guardia Imperial dejara de ser un cuerpo de elite y se transformara en una fuerza policial. En cuanto a la corte, por lo que G'aereth había visto (aunque no era un intrigante, se mantenía bien informado), estaba cada vez más involucrada en los escándalos de la consorte, de los cuales el Emperador parecía no querer enterarse. Se había convocado a lord Adron e'Kieron, lord Guirnalda se había esfumado, y la athyra, Seodra, al parecer oficiaba como consejera principal de Su Majestad, mientras que los cortesanos estaban pendientes de en qué dirección inclinaría al Emperador en lo relativo a la invasión de Casa Arenosa, a la disposición de Campopimientos y a una veintena de cuestiones de menor importancia excepto para aquéllos directamente afectados.

Por añadidura, se encontraba con el tiempo ocupado por una serie de quejas contra sus guardias, provenientes de fuentes poco fiables. Cuando se investigaban las denuncias, resultaban ser falsas, pues los individuos que se suponía las habían realizado lo negaban enérgicamente, de modo que el capitán llegó primero a la conclusión de que Lanmarea intentaba difamar a su batallón y después, simplemente, de que alguien no identificado intentaba mantenerlo ocupado. Aunque todo ello lo dejaba perplejo, poco podía hacer al respecto.

Había llegado a oídos del capitán que se había arrestado a ciertos caballeros, acusados de algún tipo de conspiración, pero como los rumores no mencionaban los nombres ni el hecho de que fueran guardias (de hecho, a los guardias que los habían arrestado no les habían dicho los nombres, y a ninguno de nuestros amigos, salvo al sagaz yendi, se le había ocurrido asegurarse de que se supiera cómo se llamaban), G'aereth no volvió a pensar en el asunto, que parecía no ser de su incumbencia y por el cual, en todo caso, no tenía tiempo de preocuparse.

En consecuencia, lo encontramos unos dos días después del final del capítulo precedente en los apartamentos en los que desempeñaba sus ocupaciones, es decir, en el mismo gabinete en el que mantuvo las famosas entrevistas con nuestros amigos. Alrededor de una hora después del tañido de las campanas del mediodía en la Torre de las Púas del Ala Issola, que, a pesar de las murallas y de la distancia, podían oírse desde el interior del Ala Dragón, cierto señor dragón que estaba de servicio preguntó al capitán si podía recibir a Diesep e'Lanya, marqués de Ambos Rumbos, que solicitaba hablar con el capitán sobre un asunto privado.

—Muy bien —dijo el capitán—. Conozco al caballero; podéis hacerlo pasar.

El marqués entró e hizo una cortés reverencia a G'aereth, que lo invitó a sentarse. El marqués rehusó educadamente, ante lo cual el capitán gruñó, como diciendo: «Por lo visto en esta visita hay algún elemento no del todo amistoso».

—Mi señor capitán G'aereth —dijo el marqués—, vengo como amigo de lady Jenicor e'Terics.

—Vaya, sí, conozco a la dama.

—De eso no cabe duda.

—Bien, ¿y qué quiere ella de mí?

—¿No lo sabéis?

El capitán gruñó, como diciendo: «¿Cómo iba a saberlo?».

—¿No lo adivináis? —insistió Diesep.

—Os aseguro que no. —Esta vez el capitán ya estaba tan intrigado que habló.

—Pues me extraña, mi señor capitán.

—Habláis en clave —dijo el capitán, además de gruñir.

—Bien, ¿queréis que hable más claro?

—No deseo otra cosa.

—¿Deseáis que os explique el propósito de mi visita?

—Os aseguro que es lo que espero desde hace una hora.

—¿No significa nada para vos que esté aquí en nombre de Jenicor e'Terics? Repito, Jenicor e'Terics.

—Bueno, eso me dice en nombre de quién habéis venido, pero nada más. Sin embargo, por vuestra manera de expresaros se diría que os trae un propósito determinado.

—Sois muy perspicaz, mi señor.

—Y que debo buscar un amigo con quien podáis efectuar los arreglos necesarios.

—Lo habéis entendido a la perfección.

—Bien, no me consta que ella pueda tener algo de que acusarme; aun así su solicitud me honra y os aseguro que no tendrá motivos para quejarse de mi respuesta.

—Me sorprende que pretendáis no conocer la causa de la querrela, mi señor. No obstante, me complace que hayáis comprendido tan bien nuestro deseo en lo que concierne a esta cuestión.

—¿Hemos de organizar las cosas rápidamente, señor?

—Estoy convencido de que sería lo mejor.

—Pues muy bien... pero disculpadme, me llaman. —En efecto, en ese momento el guardia que aquel día tenía el honor de oficiar como portero del capitán solicitó audiencia en nombre del duque de Trespare-des. El capitán requirió y recibió permiso de Diesep para atender primero al duque, de modo que lord Allistar pasó y se realizaron las presentaciones, por más que eran innecesarias pues el duque y el marqués ya habían tenido ocasión de conocerse.

—¿Habéis solicitado verme? —dijo el capitán.

—Sí, así es. Vengo en nombre de mi hermana, lady Illista.

—¿Cómo puede ser? —El capitán frunció el ceño—. ¿Otra cuestión de honor? ¿Es posible que haya ofendido a todas las damas del Imperio sin saberlo?

—Duque —dijo lord Diesep, que al oírlo primero sonrió y después frunció el entrecejo—, insisto en que, como yo estaba antes, mi asunto tiene que resolverse primero.

—No me habéis entendido bien —dijo Tresparedes con una reverencia—. He venido en nombre de mi hermana, pero sólo a hacer una simple pregunta.

—Ah, ¿es todo? Bien, eso tiene más fácil solución.

—Entonces, ¿escucharéis mi pregunta?

—No sólo la escucharé, mi estimado duque, sino que, si está en mi mano, la responderé.

—Tanto mejor.

—Preguntad, pues.

—Mi hermana está interesada, por razones que no viene al caso discutir, en cierto guardia de vuestra brigada.

—¿Y bien?

—No ha sabido nada de él durante algún tiempo; desea saber cómo está y su paradero.

—Tal vez haya estado ocupado —dijo G'aereth.

—Es posible, pero no probable, dadas las circunstancias.

—¿De quién se trata?

—Es un tiassa llamado Khaavren.

—Ah, sí. Bien, el caballero está fuera, en una misión; no tengo la libertad de decir dónde, y aún no ha vuelto.

—¿Y no habéis sabido nada de él?

—Tal como habéis observado, es un tiassa. No es probable que tenga noticias de él hasta que esté en condiciones de hacer un informe completo.

—Bien —dijo Allistar haciendo una reverencia—, entonces, eso es todo. Y si puedo seros de alguna utilidad, no tenéis más que pedirlo.

—En ese caso —dijo G'aereth con una chispa de humor en la mirada—, os lo pediré ahora.

—¿Ahora? ¿Así pues, me concederéis la satisfacción de serviros de alguna manera?

—Si no es molestia para vos.

—Decidme qué queréis; aunque me resultara una molestia, me lo podéis pedir igualmente.

—Este caballero —G'aereth señaló a Diesep— me ha desafiado en nombre de Jenicor e'Terics, y para arreglar el asunto, me hace falta un padrino.

—¿Y me pedís que os represente?

—Sí, se trata de eso.

—Bien, si me permitís que envíe un mensajero para que informe a mi hermana de las respuestas que me habéis hecho el honor de darme, será un placer apadrinaros, mi señor capitán.

—De acuerdo. Entonces, arreglemos las cosas.

—Yo, por mi parte, no pido más —dijo Diesep con una reverencia a Tresparedes.

La cuestión se organizó rápidamente; acordaron combatir con espadas largas hasta que cualquiera de los dos fuera incapaz de continuar. Se estableció que los padrinos se limitarían a observar. Enviaron un mensajero para preguntarle a Lytra e'Tenith si les haría el honor de actuar como juez, y Diesep aceptó a un par de guardias como testigos. Se sentaron a esperar la respuesta de Lytra, charlando amablemente sobre asuntos intrascendentes como dos viejos amigos.

El mensajero volvió pronto no sólo con la respuesta de Lytra, sino con la propia Lytra, que abrazó a G'aereth como a un viejo amigo y saludó a Diesep con bastante cordialidad, tras lo cual enviaron al mismo mensajero, esta vez para que acompañara a Jenicor al Pabellón del Sicomoro, el lugar acordado para el encuentro.

Con el objeto de que nuestros lectores conozcan el escenario, debemos decir que el Pabellón del Sicomoro no era, como podría pensarse, una terraza cubierta y rodeada de dichos árboles de los que recibía su nombre; se trataba, en cambio, de una zona descubierta tapizada de césped y rodeada de un muro bajo de piedra, con una

pequeña fuente en medio y unas cuantas mesas de mármol diseminadas de manera irregular. Se llamaba así por el vigésimo barón de Sicomoro, Señor de la Guerra del decimosexto emperador issola. El barón lo había hecho construir para complacer a cierta dama de la que estaba enamorado, que se quejaba de la escasa elegancia del Ala Dragón. Era de forma más bien alargada, de aspecto no muy distinto del de un campo de balonlizado salvo por la ausencia de metas y redes y la presencia de puertas en ambos extremos. Hemos de decir que la fuente no funcionaba desde hacía quinientos años y estaba en mal estado.

G'aereth, Lytra, Allistar y Diesep llegaron con los testigos, y no tuvieron que esperar mucho a Jenicor. Iba vestida como correspondía a una señor dragón de casta, es decir, de negro con ribetes plateados, y el corte de su ropa era el adecuado para el combate. Al cabo de un breve intercambio de palabras, en el que se acordó que el Pabellón, en toda su anchura y longitud, haría las veces de círculo, excepto un lado que se reservó para los testigos, los combatientes tomaron posiciones.

—Jenicor e'Terics —dijo Lytra—, ¿queréis reconciliaros con el capitán mi señor G'aereth?

—Sólo si se disculpa ante toda la corte, se retracta de sus palabras y admite que ha mentido —respondió con una mirada altiva a su oponente.

—Bien —dijo Lytra, volviéndose hacia G'aereth—, ¿aceptáis manifestar todo eso y presentar vuestras excusas?

—Será difícil —dijo G'aereth, encogiéndose de hombros—, pues ignoro por completo lo que esta dama cree que he dicho.

—Imposible —dijo Jenicor con una mirada iracunda al señor dzur.

—¡Cómo! —dijo G'aereth, irguiéndose en toda su estatura—, ¿afirmáis que miento?

—Bueno, diría que sí —respondió ella impasible.

—Bien, puede que antes no hubiera suficientes motivos, pero por mi honor que ahora sí los hay.

—Oh, os aseguro, mi señor, que existían motivos suficientes.

—Tal vez, mi señora, pero los desconozco.

—Entonces negáis...

—No importa —dijo G'aereth—. Decís que tenéis motivos, y yo afirmo que tengo los míos. En guardia, pues; resolveremos la cuestión de manera satisfactoria.

—¿Es posible que me estéis diciendo la verdad? —Jenicor, en lugar de avanzar como podría esperarse tras semejante cumplido, bajó la espada y frunció el ceño.

—¿Eh? Lo declaro, lo afirmo, e incluso lucharé basándome en ello.

—¿No sabéis por qué me habéis ofendido?

—Sé por qué me habéis ofendido vos y es suficiente, os lo aseguro.

—De ningún modo.

—¿Cómo que no?

—Como tengo la intención de mataros, deseo que tengáis clara la razón por la que

vais a morir.

—Bien —dijo G'aereth—, es justo, y si queréis decírmelo, os escucharé.

—De acuerdo. Me refiero a ciertas cosas que habéis dicho sobre mí, de naturaleza extremadamente personal, casi íntima, diría.

G'aereth gruñó, como diciendo: «Sigo en la ignorancia».

—¿De modo que negáis haber realizado tales afirmaciones? —continuó Jenicor.

—Sí, lo niego.

—Es muy raro —dijo ella—, pues todo lo que me han dicho de vos, incluso vuestros enemigos, ya que como sabréis, mi señor, tenéis algunos, es que sois un caballero leal y honrado.

—Eso espero, mi señora.

—Pero pensadlo bien —dijo ella—, ¿no hay nada que pudierais haber dicho, aunque sea a un amigo íntimo?

—Vuestro nombre jamás se ha pronunciado en mi presencia salvo en los términos más elevados.

—Pero quizá hubierais bebido.

—No bebo.

—Mi señor —Jenicor bajó la espada y su ceño se frunció aún más—, no me gustan los misterios cuando hay una vida en juego.

—A mí tampoco. ¿Cómo podemos arreglar esto?

—Permitidme que me acerque —dijo Jenicor.

—De acuerdo. ¿Para qué?

—Para susurraros al oído las calumnias que han llegado a mí, y que no deseo difundir.

—Os espero, entonces.

—Bien, me estoy aproximando.

—Os escucho.

—Pues oíd esto. —Jenicor susurró unas palabras a G'aereth, cuyos ojos se agrandaron, en tanto que el rubor se extendía por su rostro.

—Mi señora —exclamó por fin—, esas palabras jamás han salido de mí, lo juro por el Orbe.

—Pero entonces...

—¿En boca de quién habéis oído algo semejante?

—Bueno, de un guardia llamado Thack, que quería aprovecharse de esas supuestas características mías.

—¿Y dónde está ahora?

—Oh, recobrándose. Me contuve y no lo maté porque pensé que podría interrogarlo y enterarme de dónde había salido la opinión que tenía de mí.

—¿Y qué dijo?

—Que provenía de vos.

—Pero si ni siquiera lo conozco.

—¿Cómo que no lo conocéis? Es un señor dragón de pelo claro y cejas finas, que lleva una rosa en la solapa y un tahalí ribeteado de oro, y que camina como si tuviera piedras en la puntera de las botas.

—Ni siquiera lo he visto.

—Pero, ¿cómo es posible que, herido y al borde de la muerte, me haya mentido?

—O eso, o lo habían engañado.

—Me parece que hablaré de nuevo con él.

—Si me hacéis el honor de permitirme que os acompañe, vaya, creo que sería apropiado que yo estuviera presente, ya que me afecta de manera directa.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Jenicor—. Y aunque creo que ya no necesitaremos a los padrinos, opino que quizá fuera conveniente que lady Lytra nos hiciera el honor de acompañarnos, ya que, como Señor de la Guerra, por fuerza han de interesarle las cuestiones relacionadas con su cargo.

—Opino lo mismo —dijo Lytra—. Con tal de que este asunto se resuelva, iría con vosotros hasta el fondo del mar.

—Entonces —dijo Jenicor—, tanto mejor que sólo tengáis que acompañarnos unas leguas.

Allistar manifestó su interés en presenciar los acontecimientos y nadie puso objeciones. En cuanto a Diesep, indicó que no sentía la necesidad de conocer el desenlace del asunto, de manera que, con palabras corteses por ambas partes, salió del pabellón y de nuestro relato.

Sin pérdida de tiempo nuestros personajes abandonaron el Ala Dragón y se dirigieron por la calle del Dragón hasta la calle de las Seis Torres. Llegaron a una casita en el distrito de Coronita donde los hicieron pasar y los condujeron al lecho de enfermo del guardia llamado Thack.

Estaba muy malherido, pues si bien la ofendida Jenicor había reprimido el impulso de matarlo, lo hizo por un margen muy estrecho. De modo que había recibido un tajo en la frente, uno en cada pierna y una buena estocada que le atravesó el tronco. Como resultado, casi se había desangrado. Lo habían atendido tanto médicos como hechiceros, por eso seguía vivo, y apenas un día después de que lo hirieran, el hechicero incluso lo había declarado fuera de peligro, aunque todavía dormía la mayor parte del tiempo.

La comitiva de aristócratas se apiñó en torno a la cama y, golpeteando con ahínco la frente de Thack para restablecer la circulación de la sangre en el cerebro, consiguió despertarlo. Era obvio que creía estar soñando, pues dedicó una sonrisa a casi todos los rostros que lo rodeaban, hizo una mueca al ver a Jenicor y se volvió a acomodarse entre las almohadas.

—Caballero Thack —dijo Lytra—, os ordeno que os despertéis. Tenemos que hablar.

Al oír la voz, Thack volvió a abrir los ojos, sobresaltado. Sacudió la cabeza y pestañeó varias veces, como si esperara que las visiones que tenía ante sí se

desvanecieran en el tejido del sueño del que evidentemente pensaba que habían surgido. Al ver que los espectros no se comportaban como esperaba, abrió la boca, hizo una arcada y tragó.

—¿Vuestra Excelencia realmente está aquí? —preguntó.

—Todos estamos aquí —respondió Lytra.

—Vaya, disculpadme si no me levanto, pero como veis, estoy confinado en esta maldita cama.

—Sí, sabemos que os han herido —dijo Lytra.

—¿Puedo saber a qué se debe la visita?

—No —dijo G'aereth con firmeza—. Somos nosotros los que haremos las preguntas, joven.

Por la respuesta, Thack percibió que el asunto iba en serio y que no cabían las bromas. En su débil estado era más de lo que podía soportar.

—Bien —dijo sin embargo, reuniendo fuerzas—, haré todo lo posible por responder, y tanto más francamente puesto que el médico dice que mi vida todavía está en peligro. No quiero pasar por las cataratas de la Puerta de la Muerte, si tal es mi destino, con una mentira aún fresca en los labios.

—Es muy sensato —dijo Lytra—; no pedimos otra cosa. Y puede que si sobrevivís, sólo la verdad os salve de la desgracia.

—Preguntad, entonces —dijo Thack después de tragar con fuerza—. Estoy preparado; intentaré satisfaceros antes de que me desvanezca de nuevo. Ah, ¡condenada debilidad! Mi señora —añadió dirigiéndose a Jenicor—, cuando asestáis una estocada, caramba, no os quedáis a medias. Os aseguro que nunca me habían atravesado con tanta eficiencia.

Jenicor, aunque algo conmovida por el estado del enfermo, seguía llena de ira por el insulto recibido, de modo que inclinó la cabeza en reconocimiento del cumplido, pero no dijo nada.

—Para empezar —dijo G'aereth—, tenéis cierta información relativa a la personalidad de esta dama, Jenicor e'Terics.

—Pero por lo visto la información era errónea.

—¿De modo que...?

—Que ya no sostengo la opinión que tenía acerca de su temperamento.

—Me alegro —dijo G'aereth—. Pero ansiamos saber cómo recibisteis esa información equivocada.

—¿Me permitirá vuestra señoría que hable con entera libertad? —Thack, en la medida de lo posible, frunció el ceño.

—No sólo os lo permitimos —dijo G'aereth—. Creo que incluso os lo exigimos.

—Entonces os lo diré.

—¿Y bien?

—Provino de vuestra señoría, capitán.

Jenicor, furiosa, volvió la vista hacia el asombrado capitán.

—¡Cómo que de mí! —exclamó G'aereth.

—Sí, exacto.

—¿De mis labios?

—Bueno, yo no lo oí personalmente, pero me dijeron que venía de vuestra señoría.

—Eso ya es algo muy distinto.

—En absoluto —dijo Thack—. Me lo dieron a entender de manera muy categórica.

—Sin embargo —dijo el capitán mirando a Jenicor—, jamás nos habíamos visto, ¿verdad?

—No, hasta hoy no había tenido el honor.

—¿De modo que alguien os contó que yo había dicho eso?

—Sí, así es.

—¿Quién?

—Oh, no lo puedo decir.

—¡Cómo que no lo podéis decir!

—Lo siento de veras, señoría, pues me doy cuenta de que queréis saberlo.

—No sólo lo quiero, sino que lo exijo —exclamó G'aereth.

—Sin embargo, tengo órdenes...

—¿Órdenes? ¿Y quién dio esas órdenes infames?

—Mi capitana, Lanmarea.

—¿Os pidió que no me dijerais el nombre del individuo que difamó a lady Jenicor?

—Sí. Bueno, nos ordenaron no revelar los nombres de los prisioneros.

—¡Prisioneros! —dijeron G'aereth y Lytra al unísono.

—Pues sí, los que arrestamos.

—¿Qué significa esto? —dijo Lytra—. ¿Habéis detenido a alguien?

—Bueno, soy guardia —dijo Thack—. Forma parte de mis obligaciones realizar arrestos cuando me lo ordenan.

—¿Y además se os ordenó no revelar los nombres de los detenidos?

—Exacto. Yo... ah. —Se interrumpió por un momento, abrumado de dolor o de fatiga—. Os ruego me perdonéis, señorías. Sí, sí, así fue; teníamos que realizar el arresto y asegurarnos de que ninguno de los detenidos se comunicara con nadie, y no debíamos revelar sus nombres ni identidades, ni siquiera a qué Casa pertenecían.

—¿Ni cuántos eran? —dijo Lytra.

—Oh, nada se dijo al respecto, de manera que puedo decir a Vuestra Excelencia que eran cuatro caballeros, dos damas y un lacayo.

—¿Un lacayo? —dijo Lytra frunciendo el ceño.

—Eso parecía, Excelencia —dijo Thack.

Como a veces sucede cuando alguien expone un detalle sorprendente, de algún modo eso aumentó la credibilidad de su relato en lugar de disminuirla.

—Pero ¿no podéis revelar sus nombres? —preguntó G'aereth.
—Lo lamento, señoría. Además, a excepción del que me dio el consejo, que ya no me parece tan bueno como hace dos días, ni siquiera sé quiénes eran.
—¿Hace dos días? —dijo G'aereth—. ¿Fue entonces cuando los arrestasteis?
—Exacto.
—¿Y quién dio esa orden infame? —preguntó Lytra.
—Pues Lanmarea, justamente.
—¿De modo que si ella os ordenara que me dijerais cómo se llama, lo haríais?
—Con mucho gusto, Excelencia.
—Bien, supongo que os dais cuenta de que soy su superior.
—Oh, está clarísimo.
—De modo que si yo le diera una orden, ella tendría que obedecer, ¿no es así?
—Diría que sí, Excelencia.
—Entonces, si yo os diera una orden, tendría tanta fuerza como si os la hubiera dado ella, ¿no es cierto?
—Creo que incluso más, Excelencia.
—Muy bien. Decidme inmediatamente cómo se llama.
—¿Su Excelencia me lo ordena? —dijo Thack, con una mirada de asombro.
—Exacto, y ahora mismo.
—Entonces, ¿es una orden?
—Así es, y no pienso hacerme el honor de repetirla.
—Bueno —dijo Thack después de pensarlo—, por lo visto tendré que capitular.
—Es lo mejor —dijo G'aereth—. Creedme.
—Os lo diré, entonces.
—Hacedlo —dijo Lytra en un tono que no admitía discusión.
—Pues bien: no conozco su Casa, pero se llama Pel.
—¿Pel? —se sobresaltó G'aereth, en tanto que Jenicor se quedaba sin aliento.
—Así dijo llamarse.
—¿Y era guardia?
—Bueno, eso parecía por el color y la insignia de la capa; sin embargo, el corte no era el reglamentario.
—¿Y era más bien menudo, aunque bien proporcionado? —dijo G'aereth.
—¿Y tenía unas manos finas y delicadas? —dijo Jenicor.
—¿Y montaba muy erguido?
—¿De ojos negros?
—¿Llevaba una espada ligera, estilo Neobi, con la empuñadura del duelista y un rubí engarzado en el mango?
—¿Y una sonrisa nerviosa?
—¿De tez oscura como la de un jhegaala?
—¿Y modales a la vez corteses y sensuales?
—Bueno —les dijo Thack a ambos—, lo habéis descrito con exactitud, aunque...

—¿Sí? —dijo Jenicor.

—No me fijé en su sonrisa.

—¿Cómo? —exclamó G'aereth—. ¿Han arrestado a Pel?

—Entonces, ¿lo conocéis? —dijo Lytra.

—Creo que sí; pertenece a mi regimiento y no es precisamente de los peores.

—¿Y no sabéis de qué cargos se le acusa? —preguntó Lytra a Thack.

—Mi señora, os aseguro que no tengo ni idea.

—Bien —dijo G'aereth—, está claro que debo ver a Su Majestad.

—Yo, por mi parte, os acompañaré —dijo Lytra.

Allistar, que había estado escuchando atentamente la conversación, se movió incómodo y pareció a punto de hablar, pero evidentemente se lo pensó mejor.

Jenicor, que estaba sumida en sus pensamientos, de pronto rompió a reír.

—¿Sí? —dijo Lytra.

—Ah, Excelencia, es muy gracioso. Ya lo entiendo todo.

—Ah, ¿sí?

—Sí, así es. Vamos, amigos, ya no tenemos nada que hacer aquí. En cuanto a vos, mi señor —dijo dirigiéndose a Thack—, os aseguro que os perdono por completo.

—¿Cómo! ¿Me perdonáis?

—Sí, y además os deseo un pronto y total restablecimiento.

—Sois demasiado amable, mi señora.

—De ninguna manera, amigo mío, de ninguna manera.

Mientras Jenicor hablaba, Allistar, que no había dicho ni una palabra en todo el tiempo, hizo un aparte con Lytra. Le estuvo hablando unos minutos en voz baja y mientras tanto la expresión de Lytra se iba ensombreciendo. Al concluir la conversación, se encogió de hombros como diciendo: «Ya no está en mis manos». Se unieron a G'aereth y salieron de la casa.

—Ah, caballero —dijo Jenicor con la vista fija en la distancia, como si le hablara a alguien que no estaba presente—, sois un yendi de verdad.

XXXIII

En el que nuestros amigos pasan algún tiempo en prisión

Ahora, mientras Lytra, Jenicor y G'aereth se alejan del guardia convaleciente, dirigiremos la atención una vez más a aquellos personajes a los que hemos seguido con tanta paciencia en su viaje de ida y vuelta por todo el continente.

Aerich y Khaavren compartían una celda, y Khaavren, convencido de que la idea de Pel, fuera cual fuese, daría sus frutos, intentaba mantenerse tan tranquilo como Aerich, que hacía ganchillo plácidamente. No seríamos sinceros si permitiéramos que nuestros lectores dedujeran que Khaavren lo estaba logrando en lo más mínimo. Primero se puso a caminar a lo largo de la celda, actividad que ha sido prerrogativa de los prisioneros desde que la categoría existe. Después estudió la celda, que tenía dos ventanitas en lo más alto de la pared.

—Aerich.

—Dime.

—¿Crees que uno de los dos podría pasar por aquellas ventanas?

—No —dijo el lyom al mirarlas—. No, y además tienen barrotes.

—Bueno, de todas formas me alegro de que nos hayan dado una celda con ventanas.

—Es porque somos caballeros.

—¿Y si fuéramos príncipes?

—Entonces estaríamos un piso más arriba.

—¿Y?

—Y no sólo tendríamos ventanas, sino que estarían situadas de manera que pudiéramos ver por ellas.

—Entiendo. ¿Y qué me dices del pobre Mica?

—Sin duda no tiene ninguna ventana.

—¡Cha! Es intolerable.

—Pero ¿no me dijiste tú mismo que nuestro amigo Pel tenía un plan?

—Sí, al menos eso afirmaba.

—Entonces no tenemos más que esperar.

—¡Esperar, por el Orbe! ¡Esperar! ¡Cómo odio esperar!

Aerich se encogió de hombros.

Khaavren siguió paseando y haciéndose preguntas, pero como Aerich estaba

realmente tan tranquilo como parecía y Khaavren iba absorbiendo esperanzas de liberación cada vez que respiraba, pasaremos a otra cosa.

Tazendra estaba en la misma celda que Kathana, ya que en aquella época se acostumbraba separar a los prisioneros primero según la clase, después conforme al sexo y, finalmente, de acuerdo con el tipo de delito. Aunque el gobernador de la prisión no estaba informado de qué delito se acusaba a esas buenas almas, al menos sabía lo bastante para ponerlas juntas.

Tazendra enseguida se había sentado en uno de los jergones de paja, cruzando las piernas y frunciendo firmemente el ceño. Lo primero que hizo Kathana fue llamar al carcelero, un pequeño iorich llamado Guinn.

—¿Vuestra señoría me ha hecho el honor de convocarme?

—Oh, «convocar» —dijo Kathana—. Es una palabra muy exagerada. Sólo quería que me atendierais un momento.

—Bueno, es lo mismo —dijo Guinn, que no obstante parecía complacido por el favor que se le pedía—. En mi calidad de anfitrión, si hay algo que pueda hacer para que vuestra estancia sea más agradable lo haré, siempre que esté en mi mano y no entre en conflicto con mis obligaciones.

—Bien —dijo Kathana—, ya que hacéis una oferta tan franca y generosa, seré igualmente franca aceptándola.

—No deseo otra cosa —dijo el carcelero, que, además, empezaba a sentir curiosidad. Justo es decir que Tazendra también, pues miraba asombrada a la poderosa señor dragón que hablaba tan amigablemente con el iorich.

—Pues bien, os he llamado para enterarme de las condiciones de nuestra reclusión.

—Me parece justo —dijo el carcelero—. Son las siguientes: ninguna comunicación con el exterior, ni siquiera con el interior, salvo con vuestro anfitrión. —Y al decirlo hizo una reverencia indicándose a sí mismo.

—Muy bien, proseguid.

—Teniendo eso en cuenta, no se permitirán útiles de escritura ni papel.

—Comprendo. ¿Qué más?

—Se os servirán cuatro comidas al día, a la hora octava pasada la medianoche, a la decimotercera, a la tercera después del mediodía y a la octava después del mediodía, comidas que consistirán en carne asada, pan fresco, frutas de temporada y un vino adecuado. Además se os concederán dos horas al día para hacer ejercicio en el patio; dicho ejercicio comenzará exactamente al mediodía.

—Creo que para mí es suficiente, sobre todo teniendo en cuenta que la celda es bastante grande para hacer ejercicios calisténicos, si es que no están prohibidos.

—En absoluto.

—Bueno, ¿qué más?

—No debéis hablar, ni siquiera conmigo, del delito que os trajo aquí, sea cual sea; son órdenes especiales para vos y vuestros amigos, que no se aplican al resto de

prisioneros.

—Muy bien, entiendo. ¿Qué más?

—Ésas son las únicas restricciones, señora.

—De acuerdo, pero ¿puedo decir algo?

—Por supuesto; a mí, como anfitrión, podéis decirme lo que queráis, mientras se refiera a vuestro alojamiento.

—Bien, he de deciros que la celda me desagrada.

—¿Cómo! ¿Os desagrada? ¿En qué aspecto?

—Oh, en varios aspectos.

—Bueno, quizá pudiéramos buscaros otra, mi señora.

—Oh, no es necesario, creo que ésta puede ponerse en condiciones.

—Bien, veamos entonces qué hace falta.

—En primer lugar, un poco de leña para el fuego.

—¿En verano?

—Sí. Mi compañera es muy friolera.

—¿Cómo? ¿Friolera? —dijo Tazendra—. Yo no soy friolera.

—Sí, sí, el frío —dijo Kathana, mientras le lanzaba a Tazendra una mirada para implorarle silencio—. Ella misma no se da cuenta, mi buen Guinn, pero ha estado temblando de forma alarmante.

—De hecho —dijo Tazendra—, sí que siento algo de frío.

—¿Lo veis? El fuego es indispensable para su salud.

—Bien, por ser una dama os corresponden nueve gavillas de leña al día, y las cortezas y las ramitas que hagan falta. Por lo general sólo se proporcionan cuando hace frío, pero no hay ninguna norma que diga que no podéis disponer de ellas ahora.

—Entonces, ¿os encargaréis de ello?

—Lo haré ya mismo.

—Estaremos en deuda con vos.

—Así que lo del fuego ya está solucionado. ¿Qué más?

—Bueno, además, para mi gusto las paredes no están limpias.

—Ah, ah, sois quisquillosa.

—Es un defecto, pero a fin de cuentas no podemos cambiar lo que somos.

—Es verdad. Pero veréis, los sirvientes están todos atareados.

—Bueno, no os preocupéis entonces por los sirvientes; si me dejáis un cubo de agua y un cepillo, yo misma las limpiaré.

—Bien —dijo Guinn—, no hay ningún inconveniente. ¿Qué más?

—Eso es todo, estimado carcelero. Si pudierais proporcionarme todo eso, vaya, estaré en deuda con vos, os lo prometo.

—Me encargaré de ello enseguida.

—Te aseguro, Kathana —dijo Tazendra una vez el carcelero se hubo marchado—, que no tengo ni idea de lo que tramas.

—Oh, no es gran cosa, pero como tal vez estemos aquí algún tiempo, tengo que

divertirme como pueda.

—Vaya, ¿te divierte mandar a nuestro carcelero por un cubo de agua y unas gavillas?

—No, pero será muy divertido conseguirlas.

—¿Por qué?

—Poco a poco lo irás viendo.

El carcelero volvió con el agua, el cepillo y la leña. Kathana le dio las gracias y sin pérdida de tiempo empezó a encender un fuego pequeño que, gracias a su tamaño, no calentó la celda de forma insoportable. Cuando el fuego ya había prendido bien, aplicó enseguida el cepillo con agua a las paredes, y por el cuidado con que lo hizo habría podido ser mujer de faenas en una vida anterior. Pronto Tazendra se aburrió de mirarla, y por eso, no por otra cosa, pidió un segundo cepillo. En cuanto se lo dieron empezó a ayudar a la señor dragón a que las paredes brillaran bastante.

Cuando terminaron, el carcelero regresó a recoger el cubo y los cepillos. Kathana pidió que le dejaran el cubo, afirmando que sería un asiento más cómodo que el jergón. Guinn se lo concedió, y, una vez se hubo marchado, sonrió satisfecha.

—¿Y ahora? —dijo Tazendra.

—Fíjate. ¿Ves esto?

—Parecen ser unas cuantas cerdas del cepillo.

—Exacto. ¿Y esto?

—Una brizna de paja del jergón.

—Bien, observa lo que hago.

—Pones un poquito del agua que bebemos en el cubo.

—¿Y ahora?

—Añades cenizas del fuego, de modo que ya no servirá para beber.

—Exacto. ¿Y ahora?

—Ahora sumerges la brizna de paja en el agua y... ¡el Orbe! ¡Estás dibujando en la pared!

—Exacto. Así el tiempo pasará más rápidamente, ¿no crees?

—¡Eres inteligente como... como Khaavren! Y no es poco decir, pues no conozco a nadie más inteligente que él. —Kathana hizo una reverencia, y le ofreció paja y cerdas a Tazendra—. Pero yo no pinto —añadió Tazendra.

—Bueno, esto se parece más a dibujar, como tú misma has observado, y, por los dioses, todo el mundo sabe dibujar un poco.

—Tienes razón; será un honor dibujar contigo. Sólo que...

—¿Sí?

—¿Qué dibujaremos?

—Bueno, escenas que representen nuestras experiencias de las últimas semanas.

—Pues sí, podemos hacer eso.

—No sólo podemos, sino debemos.

—¿Por qué, mi buena Kathana?

—Porque alguien podría preguntar acerca de los dibujos. Nosotras se lo explicaríamos y así podría correrse la voz del apuro en que nos hallamos.

—No parece probable.

—En eso estoy de acuerdo. Pero ¿tienes un plan mejor?

—Reconozco que no.

—¿Entonces?

—Entonces, mi querida baronesa, dibujemos.

De modo que las dos mujeres se pusieron enseguida a trabajar para que la celda quedara, si no más bonita, sí al menos más interesante, y divertirse de paso.

Ni Uttrik ni Pel tenían el menor interés en la celda que ocupaban. Pel aprovechó la oportunidad para preguntarle al carcelero primero acerca de las condiciones bajo las que estaban reclusos y después sobre los acontecimientos de la ciudad, al menos lo que el carcelero pudiera saber. Pel era inteligente y encantador, de modo que averiguó mucho más de lo que el carcelero pretendía contarle. En cuanto a Uttrik, era un soldado veterano, de modo que sabía cómo hacer que pasara el tiempo cuando las circunstancias le impedían hacer nada más; en consecuencia, dormía.

Y no olvidemos a Mica, que, al no ser un caballero, estaba recluso en una celda con una veintena de tecklas, muchos de ellos rufianes de uno u otro tipo, así como un buen número de borrachos, evasores de impuestos y deudores. Podría suponerse que era el más desdichado de todo el grupo, pero nada más lejos de la verdad. El que llevara librea lo convirtió en el centro de interés, y el que llevara la librea de un señor dzur lo hacía aún más interesante. Si consideramos además que el sagaz teckla era un orador de talento, y que no sólo tenía ganas sino también la habilidad para relatar a sus compañeros de celda los detalles de las aventuras en las que había participado, comprenderemos que su posición ascendió directamente hasta la cima de la jerarquía de la prisión. Disfrutaba de la situación con el placer honesto que un teckla siempre encuentra en las diversiones sencillas, de modo que, aunque habría preferido estar en libertad, era en realidad la más feliz de las siete almas que habían encarcelado al mismo tiempo.

Sin embargo, qué diferentes pueden ser sesenta horas, según se pasen en prisión o en los calabozos. Para comprenderlo mejor, hemos de aclarar que hay una diferencia. La prisión es donde los sentenciados aguardan la ejecución de la sentencia, o donde residen si los jueces los han condenado al confinamiento por un período más o menos prolongado. El calabozo, por el contrario, es donde los detenidos que aún no han sido juzgados esperan que el juez decida su destino. No hay diferencia en el trato, ni siquiera en la ubicación, pero la diferencia en la psicología del prisionero es enorme. Cuando se está en el calabozo, resulta difícil resignarse; cuando se está en prisión, resulta difícil tener esperanzas. Para quienes, como nuestros amigos, no saben en qué situación se hallan, las horas se convierten en una carga que se incrementa de tal manera que haría falta un matemático para que explicara cómo.

Cuando llevaban allí dos días y dos noches, Khaavren ya ni siquiera intentaba

mantener la calma. Aerich, el más tranquilo de los guardias, seguía haciendo ganchillo, pero mientras trabajaba los dedos le temblaban ligeramente.

Kathana y Tazendra casi habían llenado las paredes de la celda con estudios mutuos y reminiscencias de las aventuras recientes, y ya habían entrado en la etapa de autocrítica, después de la cual sólo era cuestión de tiempo el que se dedicaran a criticarse la una a la otra, lo que con seguridad acarrearía resultados desagradables.

Pel se había vuelto sombrío y silencioso, y rumiaba sentado todas las maneras en que su plan podría fracasar; había llegado incluso a morderse los labios. Utrik, que seguía intentando dormir pero ya no lo lograba, daba vueltas, se quejaba y acomodaba veinte veces la paja del jergón.

Mica, aunque seguía sin sentirse del todo desgraciado y continuaba disfrutando de la gloria de su situación entre los demás prisioneros, había empezado a pensar que no sabía cuánto tiempo estaría recluido, si es que lo dejaban en libertad algún día, y la idea le había robado gran parte del placer que le proporcionaba el entusiasmo con que se acogían sus relatos, que, por otra parte, casi se habían agotado, pues como nuestros lectores ya están en condiciones de advertir, el relato de dichas hazañas es mucho más breve que su ejecución.

Fue justo entonces cuando a Khaavren lo interrumpió, si es que la palabra puede emplearse en el caso de un caballero para quien cualquier alteración en su monótono itinerario era un alivio, la llegada de Guinn, que le informó de que debía acompañarlo al locutorio, donde cierta dama deseaba hablar con él.

Se le ocurrió que quizá la dama fuera Illista, de modo que acompañó a Guinn con tal celeridad que el iorich se vio obligado a darse prisa para no quedarse atrás, lo que sin duda habría sucedido si Khaavren hubiera sabido adonde dirigirse. De modo que Guinn le señaló la sala, le indicó que podía pasar y le explicó que esperaría fuera hasta que la entrevista terminara.

Khaavren no se equivocaba; en cuanto entró vio a Illista en persona, que lo miraba con una expresión de infinita ternura. Hay que decir que su atuendo no casaba con el entorno, pues se había puesto un vestido de fiesta azul con cuello de encaje y hombreras altas que le resaltaban el cuello grácil y los ojos grandes, y calzaba unas delicadas babuchas más adecuadas a un salón que a la prisión, aunque todo ello, a juicio de Khaavren, no hacía más que aumentar su encanto. En un instante, todas las emociones que le había inspirado la primera vez, y que quizá se habían atenuado ligeramente a causa de la ausencia, volvieron con un rugido, como las olas de Playa Rompiente.

Se precipitó hacia ella, se arrojó a sus pies y le cubrió las manos con cientos de besos, mientras murmuraba miles de palabras tiernas.

—Bueno, esperaba que estuvieras aquí —dijo Illista, que le había rogado que se levantara tras permitirle expresar su devoción durante unos momentos.

—¡Cómo! ¿Esperabas que estuviera aquí? ¿En prisión?

—Mejor dicho, esperaba encontrarte y, como no estabas en ningún otro lado,

esperaba tener la posibilidad de hablar aquí contigo.

—Bien, ya la tienes, y yo... tengo la posibilidad de verte.

—Sí, así es. Pero no tenemos mucho tiempo, y tengo cosas que comunicarte.

—Entonces, ¿no has venido para verme? —dijo Khaavren frunciendo el ceño.

—Vaya, sí, sobre todo por eso, pero además por otras cosas.

—¿Otras cosas? Como mi liberación, supongo.

—Sí, sí, es lo que intento, y si haces lo que te pido, creo que lo solucionaremos de forma satisfactoria.

—¿Hacer lo que me pides?

—Bien, ¿no prometiste que me ayudarías?

—Lo dije y además lo hice, o casi. Kathana se habría rendido a Su Majestad si no fuera porque nos arrestaron por razones que ignoro por completo. Como ves, la misión que me confiaste, si bien no fue un éxito total...

—Oh, eso ya no tiene importancia.

—¿Cómo? ¿No tiene importancia?

—Exacto.

—¿Ya no te importa que tu amiga haya sido arrestada?

—Oh, sí que me importa, sólo que la situación ha cambiado.

—¿Cómo que ha cambiado?

—Ahora hay otras cosas a tener en cuenta.

—¿Qué otras cosas?

—Primero hágame de tu misión —dijo Illista frunciendo el ceño, como si temiera decir más de lo debido para cumplir su objetivo—. ¿Dices que Kaluma volvió contigo?

—Sí, en efecto, y está en esta misma prisión. Si has conseguido que te permitieran entrar a verme, sin ninguna duda también podrás verla a ella.

—Sí, sí, claro que lo haré. Pero, ¿qué decías?

—¿Yo? ¿Qué decía?

—Mejor dicho, ¿qué te estaba preguntando?

—Bueno, sobre la misión que me confiaste.

—Sí, era eso.

—Pues bien, hemos venido con Kathana, una mujer encantadora...

—¿Sí?

—¡Cómo! ¿No lo sabes? Pensaba que era amiga tuya.

—Vaya, sí, sé que es encantadora. Pero ¿qué más?

—¿Qué más? Bueno, también es valiente, bastante inteligente y...

—No, no es eso lo que te preguntaba.

—¿Entonces?

—Qué más sobre tu misión.

—Oh, bien, hemos sellado la paz con los orientales, y...

—¡Cómo! ¿La paz?

—Exactamente; hemos firmado un tratado con ellos.

—¿En qué términos?

—Bueno, en parte deben ceder Casa Arenosa al Imperio...

—¿Cómo? —exclamó Illista, muy alterada—. ¿Han aceptado eso? —Se insistió en esa condición.

—Entonces... —Se interrumpió para morderse el labio, ya fuera para evitar hablar o como resultado de una gran emoción.

—¿Sí? —dijo Khaavren, cuya curiosidad iba en aumento—. ¿Entonces...?

—Oh, nada.

—Mi querida Illista, ya has repetido lo mismo varias veces y, si me permites que diga algo...

—Sí, habla con toda libertad.

—Bien, a juzgar por tu expresión, parece que todos esos «nada», juntos, suman mucho.

—Tal vez tengas razón.

—También pareces un poco alterada.

—¿Yo?

—Vaya, puede que me equivoque. Pero si lo estás...

—¿Si lo estoy...?

—Entonces confío en que me digas qué puedo hacer, pues si me liberan pronto, volveré a tener la posibilidad de arrojarme al fuego para servirte.

—Entonces, ¿me quieres un poquito? —dijo Illista mientras sonreía.

—¡Oh, ya sabes que sí!

—¿De modo que harás lo que te pida?

—¡Lo que sea!

—Entonces tal vez puedas ayudarme.

—No puedo imaginar mayor felicidad. Sólo que...

—¿Sí?

—Tendrás que decirme qué debo hacer.

—Oh, claro que te lo diré.

—Estoy listo para obedecer, pues.

—¿Sin preguntas?

—Sin preguntas.

—¿Sin que importe qué tengas que hacer?

—Haré lo que sea.

—Perfecto.

—Pero explícamelo; me muero por saberlo.

—Pues verás: tienes que matar a un hombre.

—¿Cómo! ¿Eso es todo? ¡Cha! En cuanto salga en libertad, dalo por hecho.

—¿Así que lo harás?

—Por ti, con sumo placer.

—Ah, muy bien.

—¿Te ha insultado?

—Sí —dijo ella rápidamente—. Se trata de eso. Me ha insultado de la manera más cobarde.

—Bien, no tienes más que decirme cómo se llama. Lo encontraré y le diré: «Habéis ofendido a lady Illista y moriréis», y entonces, por la Luz, le atravesaré el corazón. —Y mientras hablaba hacía una pantomima imitando la estocada a la que se refería.

—Pero supón que está lejos —dijo Illista.

—¡Cha! No importa; acabo de volver de las montañas Orientales; puedo ir otra vez si hace falta.

—Tanto mejor —dijo Illista.

—¿Cómo se llama?

—¿Y si fuera un conocido tuyo?

—Entonces sería más fácil encontrarlo.

—¿Y lo buscarás y lo matarás?

—Eso he dicho, y lo repito. ¿Cómo se llama?

—Adron e’Kieron.

—¡Cómo! ¿Él? —dijo Khaavren con una mirada de asombro—. El protector de tu amiga Kathana.

—Oh, es un completo cobarde, te lo aseguro.

—Pero ¿estás segura? —dijo Khaavren frunciendo el ceño, en un esfuerzo por aclarar su confusión.

—¿Segura? Creo que sé si me han insultado.

—Pero, ¿de qué modo te insultó?

—Has dicho que no harías preguntas.

—Sí, es cierto.

—¿Y entonces?

Khaavren frunció el ceño y, por primera vez, se le plantearon ciertas dudas. Que Adron hubiera insultado a Illista no lo sorprendía, pues uno puede sentirse insultado por cualquier cosa; pero había visto a Adron, y la idea de que fuera un cobarde le resultaba difícil de asimilar. Sin embargo, era incapaz de pensar mal de Illista. Durante un momento se sintió totalmente ofuscado, pero éste es un estado que no puede durar mucho en una mente como la de Khaavren, una mente que funciona como un campo en barbecho, en el que una semilla brota en cuanto toca el suelo, aunque no siempre resulte evidente qué fruto dará.

En este caso, la idea de Khaavren fue seguirle la corriente, es decir, simular que cooperaba, y mientras tanto hacerle unas cuantas preguntas más, pues estaba seguro de que Illista disiparía de inmediato sus sospechas en cuanto le diera la ocasión.

—No haré preguntas —respondió por lo tanto—. Consígueme la libertad, a mí y a mis amigos, y Su Alteza morirá.

—Oh, ¿tus amigos?

—Bueno, es sólo una nimiedad, y estoy mejor con ellos. Además, estoy seguro de que deseas que tu amiga Kathana e' Marish'Chala esté en libertad.

—Oh, sí, claro, pero eso puede esperar.

—De acuerdo —dijo Khaavren frunciendo el ceño otra vez—. En cualquier caso, en cuanto salga en libertad solicitaré audiencia con Su Majestad. Le informaré del tratado y entonces seguro que libera...

—Oh, no —dijo Illista—. No debes mencionar el tratado.

—¿Cómo! ¿Que no lo mencione?

—No, tienes que olvidarte de él por completo.

—Pero seguramente acabará por saberse.

—¿Cómo?

—Bueno, lord Adron...

—Tú lo matarás.

—Oh, es cierto, lo había olvidado. Pero llevará el tratado consigo.

—Bien, una vez muerto, lo registrarás, encontrarás el dichoso tratado y me lo traerás o lo destruirás.

—Pero, ¿por qué?

—¿Has vuelto a olvidar que prometiste no hacer preguntas?

—Es que lo que pides es extraordinario.

—¿Extraordinario?

—Piénsalo, Illista: paz con los orientales por primera vez, y diamantes para Su Majestad sin inútiles derramamientos de sangre...

—Eso no tiene importancia.

—¿Que no tiene importancia?

—Sí, lo único importante somos nosotros, tú y yo. Si pudiéramos estar juntos...

—¿Sí?

—Debes hacer lo que te pido.

—No obstante, para asegurarme de que mis amigos salgan de prisión...

—¿Y eso qué importa, si tú estás en libertad y podemos estar juntos?

Ahora bien, normalmente la idea de que Illista prometía nada menos que estar con él si cumplía el encargo habría hecho estallar el corazón de Khaavren, pero se sentía tan confuso por sus últimas frases que apenas si reparó en el comentario. Le parecía que si no poseía a esa mujer moriría; sin embargo, para conseguirla debía consentir en dejar a sus amigos en prisión. La semilla había fructificado en el más maravilloso y horrible de los frutos: la duda, que como la fresa, tiene un sabor suculento pero también la tendencia a extenderse y extenderse hasta dominar el jardín en que enraíza.

Las palabras de Illista sirvieron para fertilizar sus dudas en lugar de disiparlas, y Khaavren se mordió los labios mientras se preguntaba cómo debía proceder.

—Amigo mío —dijo Illista, a la que no se le escapaban los cambios que revoloteaban por la expresión de Khaavren—, ya que vamos a ser amantes, pues eso

es lo que deseas, ¿no es así?, escúchame. Bien, te aseguro que eres el único dueño de mi pasión, y si queremos satisfacer este anhelo mutuo, hay que hacer ciertos sacrificios. Lo entiendes, ¿verdad?

Se valió de todo el encanto de su voz y su rostro, que era considerable, y faltaríamos a la verdad si no admitiéramos que Khaavren se sintió conmovido; no obstante, no podía olvidar que Utrik había renunciado a la venganza por cariño a Kathana, un cariño sin rastro de egoísmo; y que Kathana, por la misma razón, había decidido entregarse al Emperador, quizá a riesgo de su vida. Pensó en abandonar a sus amigos, y con esos ejemplos ante sí, le pareció repugnante.

De hecho, el tiassa pensaba frenéticamente, repasando la conversación desde un punto de vista completamente distinto. Era como si Pel lo apremiara suavemente a que lo pusiera todo en duda, mientras Tazendra le tocaba el hombro, recordándole los deberes de la amistad, y Aerich lo miraba sombríamente, como preguntándole si debía, ante el ruego de esa mujer, asesinar a un hombre que había sido amable con él. Y sin embargo...

Y sin embargo, era indudable que ni en sueños podía ser más adorable, y que en los ojos tenía esa sonrisa coqueta que enloquece a los hombres. La idea de que estaba a su alcance le quemaba, de modo que aún dudó por un momento, embargado por ese sentimiento extraño que está a medio camino entre el amor verdadero y el deseo de posesión, aunque sopesándolo junto con los recuerdos de todo lo compartido con sus amigos.

—No puedo —dijo por fin suspirando.

—¿Cómo que no puedes?

—No puedo abandonar a mis amigos. Tenemos que salir todos de aquí. Seguro que puedes arreglarlo...

—Pero hablarán, y no puede escaparse ni una palabra sobre el acuerdo con los orientales, o...

—¿O?

—O todos mis planes se derrumbarán.

—¿Cuáles son tus planes?

—Ah, insistes en preguntar.

—Bueno, ¿y qué?

—Tú dijiste...

—Bah. No me habías dicho que me pedirías que dejara a mis amigos pudriéndose en la cárcel.

—¿No harás eso por mí?

—Jamás.

—Entonces, ¿dejarás que mis enemigos triunfen? Tú, que dices amarme, que dices que harías cualquier cosa por mí, que...

—¿Y abandonar a los amigos que me han salvado la vida cientos de veces? ¿Con quienes he luchado, he matado, he sangrado, he comido y he bebido? Y tú, que deseas

mi amor, ¿quieres que su destino sea la cárcel? ¡Imposible!

—¿La cárcel? No, la Estrella del Verdugo —respondió ella irguiéndose y mirándolo con frialdad.

—¿Qué dices? —Khaavren tembló ante la mención del espantoso nombre.

—No se quedarán languideciendo en prisión. Antes de que eso suceda los llevarán a la plaza del Justiciero, y a ti con ellos. Podría haberte salvado, pero ya es demasiado tarde.

—¿Todo esto por un insulto?

Lo miró con una expresión de odio y desprecio tal que cualquier otro se habría derrumbado simplemente por el golpe a su amor propio, viniendo de alguien en quien había volcado toda la devoción sincera de su corazón.

—Eres un tonto —añadió ella para acompañar la mirada—. No hubo tal insulto; se trata de política. El tratado no debe consumarse; por lo tanto, todos los que lo conocen tienen que morir. ¿Crees haber salvado al estúpido de Adron? No, sólo que ahora tendré que recurrir a Seodra; ella conoce a jheregs que harán por dinero lo que tú no haces por amor. Y con él morirá el último enterado, pues vuestras cabezas ya estarán bajo las losas de mármol de la plaza.

—Cha, yendi venenosa, te denunciaré —dijo Khaavren. Lo embargaban a la sazón tantas emociones, todas ellas trabadas en lucha, que el temor a la muerte ignominiosa que lo amenazaba no significaba nada para él. Su amor por Illista era tan fuerte como siempre, aunque ahora se combinaba con odio y desdén en esa extraña yuxtaposición a la que a veces nos vemos sometidos. La adoraba y no obstante la despreciaba, como si al contemplar su rostro fuera a un tiempo una diosa a la que debía adoración y un reptil al que había que aplastar.

—¿Tú? ¿Denunciarme? Ja. Te quedarás aquí, sin poder comunicarte con nadie, hasta que te lleven a la plaza, lo que no tardará en suceder, te lo aseguro; dos palabras a Seodra, un mensaje a la Señor de la Guerra, el sello de Su Majestad en un trozo de papel, y listo.

—Quizá —dijo Khaavren—. Pero te denunciaré desde la Estrella, cuando esté allí atado.

—No —dijo ella, sonriendo como sonreiría la chreotha a la norska atrapada en su red—. Estarás amordazado; puedo arreglarlo y lo haré. Podrías haber disfrutado de varios días de placer conmigo antes de que te hiciera a un lado; en cambio, no obtendrás nada excepto el hacha. Espero que estés satisfecho de tu elección. — Cuando acabó de hablar, tiró de una cuerda que colgaba junto a su cabeza y gritó—: ¡Guinn! Vamos, acompañadme fuera de aquí; no tengo nada más que decir a este miserable. —Se puso de pie, le dio la espalda a Khaavren y se encaminó hacia la puerta. Una vez abierta, se volvió, le dirigió una última mirada de desprecio fulminante y salió de la sala con un revuelo de faldas y cabello.

Khaavren, incapaz de hablar, fue escoltado hasta su celda. Aerich se daba cuenta de que algo no iba bien, pero no pudo descubrir de qué se trataba, pues Khaavren

estaba demasiado estupefacto para hablar y además no encontraba motivo para compartir la desesperanza con su amigo. De hecho, derramó más de una lágrima cuando se tendió en el jergón de paja de la celda. El dolor que albergaba resultaba diez veces peor por no poder compartirlo. Y hemos de añadir que Aerich, aunque perplejo por el padecimiento de Khaavren, no obstante lo compartía hasta tal punto que su alegría reciente por haberse vengado de Shaltre se desvaneció.

Así pues, no sería inexacto decir que la desdicha de nuestros amigos era unánime, si bien en diferentes grados y de diferente manera. Por fortuna, no mucho después de la entrevista de Khaavren con Illista, Guinn les dijo que se pusieran todo lo presentables que las circunstancias permitían, pues tenían que presentarse ante un augusto personaje.

—¿El verdugo es un augusto personaje? —dijo Khaavren con mirada relampagueante.

—¿Cómo? —dijo Guinn—. ¿El verdugo?

—Bueno, ¿no es él el individuo a quien nos habéis hecho el honor de referiros?

—Os aseguro que no sé nada de ello.

—Entonces no tenéis motivo para creer que estoy equivocado.

—Vaya, confío en que lo estéis.

—Sois muy amable.

—Lo más probable es que se trate del propio Emperador —dijo Aerich.

Khaavren meneó la cabeza, pero no quiso explicar las razones por las que estaba convencido de que Aerich se equivocaba. Sin embargo, estaba resuelto a afrontar con bravura la Estrella, y empezaría en ese mismo momento, para que nadie pudiera decir que había tenido miedo. En consecuencia, una vez todos se hubieron arreglado lo mejor posible en una celda sin jabón ni perfume, Khaavren se irguió y le indicó a Guinn y a los otros guardias que podían proceder.

Los llevaron a la luz del día por las llamadas Escaleras Oscuras, una escalinata extremadamente ancha y recta que constituía una de las tres entradas al Ala, las otras eran la Puerta del Justiciero y las Escaleras Aladas. Las Escaleras Oscuras bajaban a las mazmorras del Ala, o más precisamente en ese caso, subían desde las mazmorras hasta el Pabellón Iorich. Estaban siempre vigiladas por seis parejas de guardias, integrada cada una por un Guardia Fénix de capa dorada y un Guardia Iorich con capucha negra y alabarda. Debemos decir que Khaavren, Aerich, Pel y Tazendra habían desempeñado ese servicio alguna que otra vez, y que era uno de los más desagradecidos, pues los Guardias Iorich eran silenciosos y hoscos, tanto si estaban de servicio como si no. Pero, por tedioso que fuera, nunca se les había ocurrido que pronto pasarían junto a ellos camino del cautiverio ni que volverían por allí albergando esperanzas de libertad o aguardando la muerte inminente, según los pensamientos de cada uno.

Por fortuna, aquella semana estaba de turno el batallón de Lanmarea, de modo que ni al llegar ni al partir vieron a nadie conocido, lo que habría resultado una

situación embarazosa para todos los implicados.

Al salir de las Escaleras Oscuras les indicaron que subieran a dos carruajes con las armas iorich. A Pel, Uttrik, Aerich y Khaavren les asignaron el primero, en tanto que el segundo se destinó a Tazendra y Kathana. Mica tuvo que ir caminando, flanqueado por dos silenciosos Guardias Iorich, aunque conviene señalar que el volver a ver la luz del día lo resarcía sobradamente de la caminata, de una distancia no mayor a la que, en cualquier caso, estaba acostumbrado.

Una vez dentro de los coches, se les informó de que tenían prohibido hablar, lo cual a Khaavren le sentó como si la losa de mármol definitiva le cayera sobre la cabeza, aunque no dijo nada a sus amigos. Había seis Guardias Iorich, cuatro en el interior del coche y dos encima, para vigilar que los prisioneros obedecieran la norma y que además no intentaran comunicarse con el exterior ni escapar. De modo que se contentaron con los saludos y comunicaciones que pudieron hacerse por medio de sonrisas y muecas. También hay que señalar que las ventanas de los carruajes no sólo tenían barrotes, sino que estaban cubiertas de planchas de hierro, así que nuestros amigos además de sofocados, estaban casi completamente a oscuras y, por añadidura, no podían ver adonde se dirigían, por lo que Khaavren supuso lo peor.

Cuando el viaje acabó les ordenaron salir del carruaje y, todavía flanqueados por guardias, descubrieron que estaban en el exterior del Ala Imperial.

—¿Qué es esto? —exclamó Khaavren, sin atreverse a albergar esperanzas.

—Pues el Ala Imperial —dijo Uttrik—. ¿Adonde pensabas...?

—Silencio —ordenó el guardia.

Aerich se encogió de hombros. Los condujeron al interior del Ala, donde esperaron unos minutos. Durante ese lapso llegó Mica y Khaavren comenzó a sentir que sus esperanzas resurgían con fuerza. Por fin, los llevaron ante la presencia de Su Majestad el Emperador.

XXXIV

En el que Su Majestad intenta obtener una brizna de justicia de un nido de acusaciones y, por fortuna, recibe ayuda

Nuestros amigos, con la excepción de Mica, fueron admitidos a la presencia de Su Majestad Imperial en la Sala del Balcón, un estrecho salón que daba al Vestíbulo de la Embajada. El Vestíbulo de la Embajada era uno de los principales puntos de reunión de los cortesanos, al ser el lugar donde Su Majestad solía recibir a las visitas oficiales por cuestiones de Estado. Siempre que Su Majestad se dignaba aparecer por allí, se trataba de un asunto serio o, al menos, formal; de modo que ser visto en ese lugar junto a Su Majestad confería cierta categoría. En consecuencia, un buen número de personas ansiosas por adquirir esa categoría, es decir, por que se las considerara alguien a quien vale la pena otorgar favores, acostumbraba estar allí matando el tiempo en la esperanza de que apareciera el Emperador.

La Sala del Balcón era un lugar alargado y estrecho pintado en colores suaves, tenuemente iluminado y escasamente amueblado. Dominaba la escena que hemos descrito, y aunque poco usada por la mayoría de emperadores, se había convertido en la favorita de Tortaalik para las entrevistas cara a cara, ya que el fuego era pequeño; el mobiliario, cómodo; y al no ser muy espaciosa, le permitía cierta intimidad que, a su parecer, favorecía la apreciación de las ideas y los sentimientos verdaderos de sus visitantes.

Llevaron a Khaavren y a sus amigos a la salita mencionada y se les indicó que permanecieran de pie ante Su Majestad. Debemos añadir que también estaban presentes Lytra e Tenith y el capitán G'aereth, a derecha e izquierda del Emperador. El rostro del capitán era inexpresivo, en tanto que la Señor de la Guerra observaba a Kathana con mirada fría y calculadora.

Ahora bien, aunque Khaavren no sabía lo que la Señor de la Guerra estaba pensando, vale la pena decir unas palabras al respecto. Hemos sido testigos de la discreta conversación entre Lytra y Allistar, durante la que él la informó de que, pasara lo que pasara, era vital que no se supiera la verdad; es decir, aunque ninguno de los dos sabía lo que había ocurrido en el este, Allistar estaba convencido de que Khaavren y sus amigos sabían lo suficiente para comprometer sus planes y había informado a la Señor de la Guerra de tal circunstancia. Lytra ya había ido demasiado lejos con G'aereth para desdecirse y oponerse a una entrevista con Su Majestad, y hay

que decir en su favor que tenía bastante sentido de la justicia para desear que dicha entrevista tuviera lugar, pero ahora que había llegado el momento su mente ágil no dejaba de pensar cómo evitar que esos problemáticos individuos lo echaran todo a perder.

Los prisioneros entraron uno tras otro, y todos a una hicieron una reverencia a Su Majestad. Khaavren consiguió con gran dificultad ocultar al menos la mitad de la agitación que sentía al estar por primera vez en presencia del Emperador. Si Uttrik sentía algún desasosiego, fue capaz de ocultarlo por completo. Tazendra estaba demasiado preocupada por la impresión que causaría y no tenía tiempo para algo tan vulgar como sentirse intimidada. Pel estaba sumido en sus pensamientos, y sus engranajes, si se nos permite la expresión, giraban a toda velocidad mientras efectuaba los diversos cálculos que su rápida inteligencia le sugería. Kathana había estado en presencia del Emperador varias veces antes de que ascendiera al trono, en las ocasiones en que Su Majestad le hacía el honor de ver algunas obras suyas, ya que presumía de ser un experto en pintura. Aerich, que sabía con exactitud la posición a que su rango le daba derecho con respecto a Su Majestad, tenía la confianza que nace del conocimiento pleno de la propia situación y de los deberes que conlleva. Mica, como ya hemos dicho, no estaba presente.

El lector ha de comprender que, en la época sobre la que tenemos el honor de escribir, a menudo las cosas se decidían de una manera que hoy calificaríamos de arbitraria, es decir, que el grado de formalidad apropiado para ciertos casos era una cuestión que se decidía por voluntad del Emperador. Si le parecía, podía convocar toda una corte de jueces y nobles para oír la confesión o el testimonio de un prisionero, o por el contrario, protegido como estaba por el Orbe, limitarse a escuchar y decidir por sí mismo. La justicia magnánima y equitativa, como la que mana de nuestra Emperatriz, que los dioses la guarden, aunque no del todo desconocida a la sazón, no se daba por supuesta.

En aquel caso, la Señor de la Guerra y el capitán se habían presentado ante Su Majestad afirmando que se había cometido una injusticia y rogándole humildemente que escuchara por sí mismo el asunto. Ahora bien, como Tortaalik era un buen conocedor de la historia, y como la «injusticia» había sido el pretexto más común empleado por la Casa Dragón para hacerse con el trono, Su Majestad se sentía inclinado a dar completa satisfacción a la Señor de la Guerra. Aunque no tanto por miedo a las consecuencias, como pudiéramos haber dado a entender —el reinado fénix acababa de comenzar y dichas consideraciones serían inapropiadas—, como por la certeza de que tendría que explicar su conducta a Su Discreción el duque de Buenacuna, y sabía muy bien cuán desagradable podría resultar la conversación si no actuaba de una manera que él mismo considerara correcta y honorable.

En consecuencia, después de haber reunido a los que presentaban la queja con aquellos a los que la queja se refería, Su Majestad se dispuso a escuchar con la mayor imparcialidad posible. El Orbe, que giraba lentamente sobre su cabeza, reflejaba esa

imparcialidad emitiendo un pálido color amarillo.

—Pues bien, mis señoras y señores —dijo—. Conozco a algunos de vosotros. Vos sois la baronesa Kaluma, acusada de la muerte del marqués de Campopimientos. Y vos sois el hijo del marqués, ¿no es así? Creo que os llamáis Utrik y que hasta hace poco vivíais en el Fuerte Norte del Pino, en las tierras de Campopimientos, y que sois baronet de Kurakai.

Ambos hicieron una reverencia en reconocimiento de la perspicacia de Su Majestad, pero no dijeron nada.

—En cuanto a los demás, veo que sois guardias y, por vuestras insignias, que pertenecéis al batallón de la Bota Roja, comandado por el mismo capitán G'aereth. Pero no sé cómo os llamáis, y desearía saberlo, pues estoy sumamente interesado en lo que tenéis que contarme.

Aerich fue el primero en hablar; dijo su nombre y manifestó su devoción por Su Majestad.

—¿Cómo? ¿Aerich? No es un nombre lyom.

—Os ruego me disculpéis, Majestad. Es el nombre bajo el que presto servicio en la Guardia. En otras circunstancias soy Temma, duque de Arylle, conde del Páramo de Bra, y ante Vuestra Majestad reclamo también, en este momento, el condado de Shaltre, que me pertenece de acuerdo con las costumbres de mi Casa.

Al oírlo Su Majestad se sobresaltó y entrecerró los ojos. El Orbe se oscureció durante un instante, volviéndose rojo pálido, y luego recuperó el amarillo neutral.

—Ya hablaremos de eso —dijo Tortaalik—. ¿Y vos?

—Soy Tazendra —dijo la señor dzur. Esta vez fue Lytra e'Tenith la que se sobresaltó. Por su rostro pasó una expresión de cólera, ya que el nombre no sólo le resultaba conocido, sino que le suscitaba asociaciones desagradables.

—¿Cómo! —dijo Tortaalik—. ¿Otro nombre supuesto?

—He renunciado a mis títulos, Sire.

—¿Habéis renunciado? Bien, pero decidme los títulos a los que habéis renunciado.

—¿Su Majestad realmente me lo ordena? —dijo Tazendra con aspecto preocupado.

—¿Y si así fuera?

—En ese caso os lo diría, aunque no me enorgullezco de mi nombre, Sire, por eso he renunciado a él para siempre.

—Os llamaremos Tazendra, entonces —dijo Su Majestad encogiéndose de hombros—. ¿Y vos?

—Me llamo Pel —respondió el yendi acompañándose de una grácil reverencia.

—Ah —dijo el Emperador con una sonrisita—. Bien, no tendré que insistir en vuestro nombre, pues es el que ha llegado a mis oídos en conexión con ciertos hechos que, aunque tal vez no del todo nobles, al menos no carecían de sutileza.

Pel hizo una reverencia.

—¿Y vos, mi buen tiassa? —preguntó Tortaalik.

—Soy Khaavren de Rocacastillo.

—¡Cómo es posible! —dijo Su Majestad riéndose—. ¿Un guardia que da su verdadero nombre?

—Es el único que tengo, Sire —dijo Khaavren.

—Vaya, vaya, ¿y sin títulos que lo acompañen?

—Nuestras tierras se vendieron hace mil años, Sire —dijo Khaavren.

—Ah, bueno, no hay de qué avergonzarse —dijo Su Majestad—. Pero creo que tenéis ciertas historias que contarme, ¿verdad?

—Si os place, Majestad —dijo Pel—. Ojalá resulten buenas.

—No pido más. ¿Quién va a empezar?

—Prefiero ser yo. —Kathana dio un paso adelante—. He venido a la ciudad con la intención de entregarme a Vuestra Majestad y lo menos que espero es que me arresten.

—De acuerdo, ¿qué tenéis que decir? Pues como sabéis, se os acusa nada menos que de asesinato.

—Lo único que puedo decir, Sire, es que soy culpable, que me arrepiento de mis actos, y que estoy totalmente dispuesta a someterme al castigo que Vuestra Majestad considere conveniente.

—Es suficiente. ¿Qué dice al respecto el hijo de la víctima?

—Sire —dijo Utrik—, por mi parte, puesto que se arrepiente, la absuelvo.

—¿La absolvéis? —dijo Tortaalik.

—Si os place, Majestad, incluso la perdono, ya que está sinceramente arrepentida. Además, hemos luchado codo a codo, de modo que conozco un poco su carácter y creo, aunque me duela decirlo, que actuó en respuesta a una provocación.

—Bien, bien —dijo Su Majestad—. Lo consideraremos más tarde. Pasemos a los demás. ¿Quién quiere seguir respondiendo a los cargos?

—Sire —dijo Khaavren, haciendo una reverencia—, no podemos hablar, pues ignoramos por completo en qué consisten las acusaciones.

—Cómo, ¿no sabéis de qué delitos se os acusa?

—En absoluto —dijo Khaavren.

—Pero estamos impacientes por saberlo —dijo Pel con una reverencia.

—Pues bien, es muy sencillo. Se os acusa del asesinato del conde Shaltre y de lord Guirnalda.

—¿Asesinato? Imposible —dijo Tazendra.

—Me parece, señora —dijo el Emperador en tanto el Orbe adquiría un frío tono azul—, que me estáis contradiciendo.

—Majestad, os rogamos humildemente que nos disculpéis —dijo Pel sin perder la calma—. Fue la sorpresa ante las acusaciones lo que causó la reacción de mi compañera. Os aseguro que no tenía intención de faltáros al respeto.

Mientras Pel hablaba, Lytra susurró algo al oído del Emperador y el Orbe se tomó del mismo azul que el hielo.

—Bien, ¿y qué me decís además del asesinato del caballero Kurich, el hermano menor de la Señor de la Guerra, que tuvo lugar en la soledad del campo de tiro al arco anexo al sector de la Guardia Imperial poco antes de que estos caballeros salieran de la ciudad?

—¿Asesinato? —dijo Tazendra.

—Sire, es una palabra muy fuerte —dijo Aerich.

—Vaya, ¿y qué me decís del hecho?

—Oh —dijo Tazendra a la ligera—. Fue bastante fácil.

Lytra palideció y lanzó una mirada colérica, primero a Tazendra, y luego a G'aereth, que la recibió con el mismo silencio frío que mantenía desde el principio de la entrevista.

—¿Me permitís, Majestad? —dijo Khaavren. Tortaalik frunció el ceño, pero asintió—. Por lo visto hay en juego cuatro asesinatos —continuó—: Campopimientos, Kurich, Shaltre y Guirnalda.

—Sí, sí —dijo el Emperador con impaciencia—. ¿Y bien?

—¿Me permitís que hable de ellos uno por uno?

—De acuerdo.

—Con respecto al primero, tal como habéis oído, la baronesa ha confesado su culpabilidad, pero confío en poder demostrar a Vuestra Majestad que ha purgado su error con creces.

—Ya veremos. Continúa.

—En cuanto a Kurich, Sire, yo presencié el incidente y, si bien no se cumplieron todos los requisitos de un duelo, vaya, Kurich solicitó el encuentro, aceptó las condiciones, peleó bastante bien y murió como un valiente. No creo que hubiera querido que se acusara a Tazendra. Además, si Vuestra Majestad condescendiera a interrogar a sus padrinos, los caballeros Uilliv y Rekov, nos atenderemos a lo que digan al respecto, pues estamos convencidos de su honorabilidad.

Lytra se mordió el labio y miró a Su Majestad.

—También volveremos sobre este asunto. ¿Y Shaltre? —dijo el Emperador.

—Os ruego me creáis, Sire; de ningún modo fue un asesinato. Aerich lo desafió ante testigos: nosotros mismos, y además lord Guirnalda y lord Adron e'Kieron. Ellos pueden dar fe de que, en respuesta al desafío, Shaltre emprendió un cobarde ataque contra Aerich, que se limitó a defenderse.

—En cuanto a Adron, ya hablaremos con él. Guirnalda no puede atestiguarlo, pues también ha sido asesinado. ¿Qué tenéis que decir al respecto?

—Que lo ignorábamos. Estaba vivo la última vez que lo vimos; escapaba corriendo por la montaña. Puede que le haya sucedido alguna desgracia, pero os aseguro que no estábamos enterados de ello y que no tuvimos nada que ver.

—En realidad —dijo Tortaalik frunciendo el ceño—, tal vez siga vivo; lo único que sabemos con seguridad es que no ha vuelto ni hemos recibido ningún mensaje suyo. Pero es posible que reaparezca.

—Ojalá, Sire —dijo Khaavren.

—Bien, y en cuanto a las acusaciones con respecto a Kurich, Guirnalda y Shaltre, ¿estáis todos dispuestos a testificar bajo el Orbe?

—Si la palabra de un caballero no se considera suficiente, Sire, pues bien, acepto —dijo Aerich haciendo una reverencia después de mirar fríamente el Orbe.

—Nosotros también —dijeron los demás.

Lytra se inclinó y susurró algo al Emperador, que asintió.

—Creo que con uno solo bastará —dijo Su Majestad. Lytra volvió a susurrarle—. Nos complacerá que este caballero, Khaavren, responda a nuestras preguntas.

—Bien —dijo Khaavren—, con mucho gusto me pondré bajo el Orbe y responderé todas las preguntas que Su Majestad quiera hacerme.

—Yo no haré las preguntas. Le concederé el honor a la Señor de la Guerra.

Khaavren hizo una reverencia a Lytra. Mientras estudiaba la expresión de su cara, se dio cuenta de que emplearía todos los medios a su alcance para tenderle una trampa o para impedir que dijera lo que sabía. Lanzó una mirada a G'aereth, que permanecía mudo pero cuya expresión le advertía que tuviera cuidado.

—¿Los demás estáis de acuerdo?

—Sí, Sire —dijeron.

—Muy bien. A propósito, podéis esperar fuera. Se os informará cuando haya tomado una decisión. —No había más que decir, de modo que los amigos de Khaavren salieron.

—Cuidado —le susurró Pel al irse—; esta dragón es muy taimada.

—Sí, tendré cuidado.

—Muy bien —dijo Pel.

Khaavren hizo una reverencia para indicar que estaba listo, y advirtió complacido que habían retenido a G'aereth como testigo. El Orbe se alejó del Emperador y empezó a girar sobre la cabeza de Khaavren, que ni siquiera alzó la vista. En cambio, dirigió la mirada a Lytra con expresión franca y paciente.

—Estoy listo, Excelencia —dijo.

—Entonces empezaré.

—Ansio que lo hagáis.

—Mi primera pregunta es la siguiente. Cuando visteis por última vez a lord Guirnalda, ¿en qué estado se hallaba?

—¿En qué estado, Excelencia? —dijo Khaavren—. Bueno, estaba sano. No creo que su estado de salud sea excusa de no haber entregado...

—Limitaos a responder a las preguntas, señor —dijo Lytra.

—Sin embargo... —comenzó Khaavren.

—Basta —dijo Tortaalik con firmeza—. La Señor de la Guerra es quien lleva a cabo la investigación. Debéis responder sólo las preguntas que Su Excelencia os hace el honor de formularos.

—Sí, Sire —dijo Khaavren, que empezó a temblar de frustración.

—¿Decís que gozaba de buena salud? —dijo Lytra, que no parecía notar ni preocuparse por el estado de Khaavren.

—Eso parecía —respondió Khaavren respirando hondo en un esfuerzo por recobrar la compostura.

—¿Cómo podéis afirmarlo?

—Vaya, no estaba herido, y corría.

—¿Cómo que corría? ¿Adonde?

—Hacia la montaña, Excelencia.

—¿Y de qué escapaba?

—De nosotros, Excelencia —dijo Khaavren dando un respingo; la flecha había dado en el blanco.

—¿Huía de vosotros?

—Tal como he tenido el honor de explicaros, Excelencia.

—Entonces, ¿estaba asustado?

—Eso parecía, Excelencia.

—¿Como si su vida corriera peligro?

—Exactamente, Excelencia; corría como si temiera por su vida.

—¿Huía de vos?

—Y de mis amigos, sí, Excelencia.

—Pues bien; cambiemos de tema.

—¿Que cambiemos de tema? Pero me parece...

—Limitaos a responder a las preguntas —dijo la Señor de la Guerra.

Khaavren miró a Su Majestad, que fruncía el ceño mientras consideraba la cuestión, y a G'aereth, que se mordía los labios con tanta fuerza que brotó sangre.

«Ah, qué tonto eres —se dijo para sus adentros al darse cuenta del juego de la señor dragón—. No tendrías que haber permitido que esta preguntona malintencionada te atrapara. Pel, en cambio, se habría sentido a sus anchas respondiéndole con circunloquios. La dignidad de Aerich la habría impresionado, obligándola a hacer sólo las preguntas pertinentes, y Tazendra habría soltado la verdad antes de que pudieran interrumpirla».

—Respecto al conde Shaltre —dijo la Señor de la Guerra sonriendo como si tuviera a su presa en la red—, decís que atacó al duque de Arylle.

—Oh, sí, Excelencia; desenvainó la espada y la blandió hacia la cabeza de Aerich como si quisiera mandarla al otro lado del acantilado, a unas dos leguas de distancia.

—Pero entonces —dijo Lytra—, ¿parecía asustado?

—De hecho, Excelencia, parecía aterrorizado.

—¿Y a qué creéis que se debía su terror?

—Aerich lo había desafiado y...

—¿En qué términos se realizó el desafío?

—Aerich dijo que lo mataría.

—Pero Arylle es un guerrero lyom. ¿No insistió Shaltre en que, según las

costumbres de la Casa, Su Señoría no podía atacarlo?

—Sí, pero Aerich explicó...

—Limitaos a responder a la pregunta, joven —dijo el Emperador.

—Sí, Sire —dijo Khaavren temblando.

—Y Arylle, es decir, vuestro cómplice Aerich, ¿se disponía a atacarlo de todas formas?

—Es que...

—Sí o no, sir Khaavren.

—Bueno, sí. —G'aereth se había puesto completamente blanco y temblaba de pies a cabeza.

—De modo que —continuó Lytra—, en realidad, Shaltre atacó sólo por desesperación, porque creía estar a punto de morir a manos de alguien perfectamente adiestrado para matar, ¿no es cierto?

—Así es —dijo Khaavren con una mueca.

—Majestad —dijo Lytra, volviéndose al Emperador—, como podéis ver, aunque Shaltre atacó primero, en realidad fue asesinado; y Guirnalda huyó al temer por su vida y sin duda habrá muerto en las montañas.

Khaavren empezó a hablar, pero el Emperador lo interrumpió con un gesto y se dirigió al capitán.

—Lord G'aereth, ¿tenéis algo que decir antes de que dicte sentencia?

El rostro del capitán se había puesto muy pálido. Era evidente que se daba cuenta de lo que Lytra había hecho, pero como no sabía lo que había sucedido en realidad, era incapaz de formular una pregunta que le permitiera a Khaavren dar las explicaciones necesarias. Todos los presentes en la sala también miraron al capitán con expresión curiosa o triunfal, según sus intereses y temperamentos.

El Emperador abrió la boca y durante un instante el tiassa casi fue capaz de leer el futuro: Su Majestad llamaría a los guardias para que se lo llevaran; él y sus amigos estarían en prisión durante poco tiempo y después los ejecutarían, nadie se enteraría de la historia, el tratado no se cumpliría y sus enemigos reirían cuando cayera el hacha del verdugo.

Es innegable que en este mundo imperfecto abundan los ejemplos de injusticia. En consecuencia, quizá Khaavren no debería de haberse sorprendido por lo que estaba ocurriendo, por más que él mismo nunca se hubiera hallado en presencia de una trama tan monstruosa ni mucho menos hubiese sido su víctima. Y en la angustia que afligía su mente, sin saber lo que hacía, fijó una última mirada implorante en el capitán, su última esperanza, y articuló en silencio un nombre, «Kurich».

De hecho, el capitán lo estaba mirando, pero, para consternación de Khaavren, G'aereth no pareció darse cuenta; y aunque hubiera sido así, no es fácil leer un nombre en unos labios silenciosos. Además, la transmisión de pensamientos de una mente a otra exige a la vez entrenamiento y una relación más estrecha de la que habían tenido tiempo de establecer, a pesar de que Khaavren albergara la esperanza de

que la desesperación compensara la falta de dichos requisitos.

—Bien, Sire —dijo G'aereth con un gruñido, como sometiéndose al destino, mientras se desvanecía la última esperanza de Khaavren—, confieso que parecen culpables.

—Estoy de acuerdo —dijo Tortaalik—. Me alegro de que no defendáis a unos asesinos por el mero hecho de que lleven vuestro uniforme.

—Lejos de defenderlos, iré aún más allá que Vuestra Majestad, pues creo que también hay que acusarlos de la muerte del pobre Kurich.

Un tenue aliento de esperanza volvió a correr por las venas de Khaavren y el corazón comenzó a latirle de nuevo.

—Oh —se apresuró a decir Lytra mirando con recelo a G'aereth—. Por mi parte, y en lo que a eso respecta, les creo.

—¿Cómo? —dijo G'aereth, con una expresión de incredulidad en el rostro—. ¿Permitiréis que eludan la justicia por ese delito?

—Si los van a colgar en la Esquina de las Lágrimas o a decapitar en la plaza de los Justicieros —dijo Lytra encogiéndose de hombros—, poco importa por cuántos delitos los colgamos o decapitamos.

Khaavren contuvo la respiración, tembloroso, sin atreverse casi a escuchar mientras su destino pendía de un hilo, ignorando si esa última carta sería suficiente para ganar la apuesta.

—Pues no estoy de acuerdo —dijo G'aereth—. Cuando los lleven a la horca o a la Estrella, quiero que se lean las acusaciones en su totalidad.

—Oh, no tengo ningún inconveniente —dijo Lytra—. Incluyamos, entonces, el asunto de Kurich.

—Seguramente no os habéis explicado bien —dijo G'aereth.

—¿Cómo que no?

—No podemos acusarlos así sin que se pruebe el delito, de la misma manera que se han probado los demás.

—Pero entonces...

—No, mi señora, con el permiso de Su Majestad, insisto en que lo interroguéis en relación a la muerte de Kurich.

—Sí, sí —dijo Tortaalik, que no había entendido para nada el significado del intercambio de palabras—. Completemos el procedimiento.

—De acuerdo, lo haré —dijo Lytra.

—Será lo mejor —dijo G'aereth.

—Sir Khaavren —dijo Lytra.

—Estoy dispuesto, Excelencia —dijo Khaavren, que había advertido la jugada del capitán y se exprimía el seso intentando encontrar la manera de sacarle partido.

—¿La muerte de Kurich se produjo en combate justo y según las reglas?

—Sí, mi señora.

—Bien —dijo Lytra con un suspiro de alivio—, pues ya está. Por lo visto

estábamos equivocados.

—Bah —dijo el capitán—. Imposible.

—Pero ya habéis oído lo que ha dicho, y el Orbe no detectó ninguna falsedad.

—Quizá Vuestra Excelencia no lo haya interrogado tan a fondo como habría podido. Quizá provocaron una discusión con Kurich sólo para encontrar una excusa para matarlo.

—Sin embargo, lo cierto es que, si la pelea fue limpia, mi pobre hermano no habría querido que se acusara a la dama de asesinato.

—Bah —dijo G'aereth una vez más—. Vamos, Excelencia, interrogadle acerca de la causa de la discusión, así sabremos cómo sucedió y saldremos de dudas.

—Pues bien, caballero Khaavren —dijo por fin Lytra después de morderse un labio—, ¿por qué discutieron Tazendra y Kurich?

—Excelencia, ocurrió que Tazendra importunó a Kurich mientras estaba de servicio custodiando una conversación privada que manteníais con...

—Es suficiente.

—¡Cómo! —dijo G'aereth—. ¿No queréis que acabe de contarlo?

—Ya nos ha respondido.

—Sin embargo, siento curiosidad.

—Oh, pero no tiene nada que ver...

—Bien —dijo Tortaalik—, ya que hablamos de ello, yo también siento curiosidad. Acabad con lo que estabais diciendo, joven.

—Una conversación privada entre lady Lytra y el superior de Guirnalda —dijo Khaavren después de hacer una reverencia y respirar hondo.

—¿El superior de Guirnalda? Es decir, ¿yo? —dijo el Emperador frunciendo el ceño.

—No, Sire.

—¿Cómo, Guirnalda tiene otro superior aparte de mí?

—Sí, Sire.

—¿Quién?

—Lady Seodra.

—¿Seodra? ¿Mi consejera principal?

—Sí, Sire.

—¿Qué me decís!

—Que Guirnalda recibía órdenes de Seodra.

—¿Qué órdenes?

—Sire... —dijo Lytra.

—Mantened la boca cerrada, Lytra —dijo el Emperador—. Repito, sir Khaavren, ¿qué órdenes?

—Bien, las mismas órdenes que le dio al conde Shaltre.

—¿Le dio órdenes al conde Shaltre?

—Le ordenó o le pidió que la ayudara en sus intrigas, Sire; no siempre me doy

cuenta de la diferencia.

—¿Qué tipo de órdenes, pues? —Tortaalik miró fijamente el Orbe, pero éste emitía el fulgor rojo puro de la verdad.

—Por ejemplo, la orden de dejar que los orientales nos mataran a mí y a mis amigos, Sire.

—¿Qué orientales?

—Los que invadieron Campopimientos.

—¿Los orientales invadieron Campopimientos?

—Sí, Sire, es tal como he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad.

—Imposible —dijo Lytra sinceramente sorprendida esta vez.

—No se puede engañar al Orbe —dijo G'aereth en tono satisfecho, encogiéndose de hombros.

—Pero entonces —preguntó Tortaalik—, ¿no había nadie que detuviera la invasión?

—Estaba lord Adron, Sire, que se había llevado un ejército para capturarnos y quiso presentar batalla a los orientales.

—Bien pensado. ¿De modo que se enfrentó a ellos?

—Le advirtieron que no lo hiciera, Sire.

—¿Cómo que le advirtieron! ¿Quién?

—Lord Guirnalda y el conde Shaltre, que tenían poder para hacerlo y lo emplearon para impedirle que se enfrentara a los orientales.

—¿Qué poder?

—Creo que era un trozo de papel con el sello de Vuestra Majestad.

—Ah, el Caballo, es verdad. ¿Le ordenaron que no combatiera a los orientales?

—Sí, tal como he tenido el honor de informar a Vuestra Majestad.

—Pero, ¿por qué?

—Porque querían que los orientales nos mataran.

—¿Mataros? ¿Por qué?

—Porque traíamos a Kathana e' Marish'Chala y eso desbarataba sus planes.

—¿Qué planes?

—Que no se le concediera al linaje e'Kieron el territorio de Campopimientos.

—¿Y por qué habría de importarles a qué linaje de dragones se otorgaba?

—Porque ellos, mejor dicho, Seodra, había hecho tratos con ciertos señores dragón.

—¿Qué clase de tratos?

—Tratos que le permitirían seguir en el poder en calidad de consejera de Vuestra Majestad y que, además, enredarían al Imperio en una guerra por las minas de diamantes.

—¿De modo que lord Adron no atacó a los orientales? —Tortaalik sacudió la cabeza como para aclarársela y estudió de nuevo el Orbe, pero éste seguía corroborando la verdad de las palabras de Khaavren.

—Quería hacerlo, pero al ver las órdenes de Vuestra Majestad, no podía desobedecer.

—Así pues, ¿lord Adron emprendió la retirada?

—No, Sire.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque entonces Aerich acusó a Shaltre de traición, lo que le dio un motivo suficiente para desafiarlo, y después acusó a Guirnalda de lo mismo, Sire.

—¿Y entonces Shaltre lo atacó?

—Y Guirnalda huyó, sí, Sire.

—¿Y Adron atacó a los orientales?

—Oh, ya no era necesario.

—¿Que no era necesario?

—Habíamos firmado un acuerdo de paz y sólo faltaba la ratificación de Vuestra Majestad.

—¿Un acuerdo de paz? —dijo Tortaalik mirando fijamente al joven tiassa que, complacido, le anunciaba cosas tan sorprendentes como si hablara de algo sin importancia.

—Sí, Sire. Con el Imperio.

—¿De qué tipo?

—Que no realizaríamos incursiones en su territorio para robar caballos, que no nos invadirían más, que les permitiríamos cultivar pimientos, y...

—Sí, ¿y...?

—Que nos entregarían el territorio de Casa Arenosa.

—¿Cómo! ¿Y aceptaron?

—Sí, tal como he tenido el honor de informar a Vuestra Majestad.

—Pero ¿quién negoció el acuerdo?

—Yo tuve el honor, Sire.

—¿Cómo? ¿Vos negociasteis la paz? —preguntó el Emperador y Khaavren hizo una reverencia—. ¿Y os arrestaron por eso? —añadió.

—No, Sire, nos arrestaron para asegurarse de que no contaríamos a Vuestra Majestad lo que habíamos hecho, pues ello habría comprometido a Seodra ante Vuestra Majestad. En consecuencia, ella hizo que Lanmarea nos detuviera y que, además, nos mantuviera en silencio.

—Por eso las órdenes eran que los prisioneros no hablaran con nadie —intervino G'aereth—. Vaya, si no fuera por nuestra buena suerte, la astucia de Pel y el deseo de Vuestra Majestad de escuchar lo sucedido, estos valientes habrían muerto sin siquiera poder informaros del acuerdo de paz.

—Bien —dijo Tortaalik, que para entonces temblaba—. ¿Eso es todo?

—Casi —dijo Khaavren.

—¿Cómo! ¿Hay más?

—Sólo una cosa: que lord Guirnalda nunca entregó a lord Adron la carta de

Vuestra Majestad; por eso no volvió con nosotros. Encontramos la carta en el morral de Guirnalda, que se dejó cuando salió corriendo.

—Entonces, ¿lord Adron vendrá?

—Nos pidió que presentáramos sus excusas por el retraso, Sire. Cuando se disponía a partir de viaje a la ciudad le informaron del nacimiento de su primer hijo.

—Ah, ah —dijo el Emperador—. Entonces bien vale la pena la demora.

—Me alegro de que Vuestra Majestad lo crea así —dijo Khaavren con una reverencia.

—Y vos —dijo el Emperador dirigiéndose a Lytra—, ¿qué tenéis que decir de todo esto?

—Sire —dijo Lytra, que mientras Khaavren hablaba se había puesto cada vez más pálida y había llegado a tener el mismo aspecto que G'aereth unos minutos antes—, es verdad que mantuve tratos con Seodra para intentar que mi linaje consiguiera la propiedad de Campopimientos, pero aseguro a Vuestra Majestad que no tenía noción de que ella hubiera llegado tan lejos. Lo atestiguaré con gusto bajo el Orbe, si queréis.

—Es exactamente lo que deseo —dijo Tortaalik con frialdad. Lytra hizo una reverencia.

—Ruego se me permita señalar que gracias a Su Excelencia los prisioneros pudieron presentarse ante Vuestra Majestad, en vez de dejar que los mataran sin ser escuchados —dijo G'aereth.

—Ummm. Es verdad. De acuerdo, Lytra, por ahora aceptaremos que no sois culpable de traición.

—Gracias, Sire —dijo, dirigiendo a G'aereth una mirada llena de gratitud.

—Pues bien —dijo el Emperador—, llamad a vuestros amigos. Amigos míos —añadió Tortaalik después de que hicieran pasar a Aerich, Tazendra, Pel, Utrik y Kathana—, habéis estado ocupados, ¿no es cierto? —Hicieron una reverencia sin saber qué decir—. Sin embargo —continuó—, os advierto que debéis ser precavidos en lo que respecta a la historia.

—¿A la historia, Sire? —dijo Pel.

—Sí. Quiero que se me recuerde como un gran emperador. Si seguís haciendo estas cosas, el Caballo, nadie me recordará en absoluto. —Rio—. Os devuelvo las espadas; he tomado la precaución de traerlas por si hacían falta y, para ser sinceros, me alegro de haberlo hecho. Colocáoslas, parecéis desnudos sin ellas.

—Gracias, Sire —dijeron, y se apresuraron a hacer lo que les pedían.

—A decir verdad, sí que me sentía desnuda sin ella —dijo Tazendra sujetándose el espadón a la espalda.

—Sire —dijo Kathana—, ¿yo también?

—Ah, sí. Bien, en vuestro caso, baronesa, he tenido que pensarlo.

—Será un honor saber a qué conclusiones ha llegado Vuestra Majestad.

—Pues que se os perdona, a condición de que prestéis servicio en la Guardia Fénix durante cincuenta y siete años. No os resultará muy duro, ya que por lo visto tenéis

amigos allí.

—Vuestra Majestad es tan sabio como compasivo —dijo Kathana, inclinando el rostro tanto por respeto como porque la decisión de Su Majestad la había embargado de emoción.

—Bien, y al resto de vosotros, como habréis advertido, se os declara inocentes de todos los cargos. A partir de ahora quedáis en libertad.

—Gracias, Sire —dijeron al unísono.

—Y como deseo que bebáis a mi salud, aquí tenéis. —Rebuscó en los bolsillos y sacó un monedero que entregó a Khaavren—. Os doy estos diez imperiales en la esperanza de que brindéis por mí muchas veces en los días venideros, pues yo haré lo propio ante toda la corte. Eso es todo —añadió, silenciando las muestras de agradecimiento con un gesto—. A propósito, que vuestros oídos estén atentos al cielo y la vista al suelo, como dicen los halcones, pues tendréis noticias mías.

En cuanto salieron le pidieron a Khaavren que contara en detalle lo sucedido con Su Majestad.

—Ya habrá tiempo para eso —dijo.

—¿Quieres decir cuando volvamos a casa? —preguntó Tazendra.

—Sí, pero no pienso volver directamente a casa.

—¿Por qué no? —dijo Utrik.

—Porque aún no hemos acabado, amigos.

—Cómo, ¿todavía quedan cosas por hacer? —dijo Tazendra.

—Ya lo creo.

—Pues pongámonos a ello; a decir verdad, en este momento me enfrentaría a la Encantadora de la montaña Dzur.

—Puede que en breve lo hagas. Vamos; os lo explicaré por el camino.

—Pero ¿qué camino? —dijo Tazendra.

—Bueno, iremos por estas puertas y subiremos por aquella escalera.

—¿Y adonde lleva?

—A otra escalera.

—¿Y después?

—Después seguiremos por un pasillo bastante estrecho.

Tazendra se encogió de hombros, como si se diera cuenta de que no obtendría respuesta a su pregunta y que tendría que resignarse a esperar.

—Recordad que la contraseña será «Crionofenarr».

—¿Contraseña? —dijo Tazendra.

—Silencio —dijo Khaavren—. Pronto lo entenderás.

Khaavren llegó a una puerta y, tras pedir a sus amigos que permanecieran ocultos por el momento, llamó. Abrió una doncella más bien joven que le preguntó qué deseaba.

—Ver a tu señora.

—¿A quién debo anunciar?

—A un mensajero.

—¿De parte de quién?

—De un jherreg cuyo nombre prefiero no decir, pero a quien estoy seguro que ella conoce.

—Muy bien, le daré el recado.

La athyra acudió a la puerta en menos de lo que lleva decirlo, y a juzgar por su expresión, estaba iracunda.

—¿A qué está jugando Fayaavik? ¡Enviarme un mensajero aquí! —dijo al ver a Khaavren, que había dejado la capa fuera de la vista, a un lado de la puerta.

—¿Fayaavik? Gracias, señora; eso es todo lo que quería saber —dijo Khaavren con una reverencia. Y se inclinó para saludar otra vez, como si fuera a marcharse, pero Seodra lo llamó.

—¿Quién sois?

—Cómo, ¿no me conocéis?

—En absoluto.

—Habéis hecho que me amenazaran, que me golpearan, que me asesinaran casi; me habéis llevado a una pulgada de la Estrella del Verdugo, ¿y no conocéis mi cara?

—Sois... —dijo mientras sus ojos se agrandaban.

—Khaavren, señora.

Entrecerró los ojos. Tenía el aspecto de una bestia repulsiva cuando alzó los brazos como si fuera a echarle algún conjuro, pero en ese momento Aerich apareció a su lado, en tanto Tazendra, Pel, Utrik y Kathana tomaban posiciones detrás de él.

—Calma, señora —dijo Khaavren desenvainando la espada—. Odiaría que mi espada se tiñera de vuestra sangre. —Seodra, al ver el número de sus adversarios y sus expresiones hoscas, se dio cuenta de que su situación era desesperada. Khaavren la obligó a retroceder y los compañeros entraron en sus aposentos—. Bien —continuó Khaavren—. Habíamos pensado en marcharnos una vez averiguado lo que queríamos saber, pero es evidente que no se puede confiar en vos. No importa. Este caballero, Pel, me acompañará a visitar a vuestro amigo Fayaavik, mientras el resto se quedan esperando con vos. Cuando os diga la contraseña, que mis amigos ya conocen, se la diréis y se marcharán amablemente. ¿Lo habéis entendido?

—¿Cómo me daréis la contraseña si no estáis aquí? —dijo Seodra lanzándole una mirada feroz.

—Emplearé este maravilloso artilugio, señora. —Khaavren sacó un pequeño disco del bolsillo—. Lo cogí del morral de Guirnalda; sin duda lo habrá usado para preguntaros cómo matarme. Tengo la seguridad de que, si me empeño, enviará mis pensamientos en vuestra dirección de modo que podáis oírlos. ¡Cha! Si funcionó a través de medio continente, funcionará a través de la ciudad, ¿no creéis?

Seodra rechinó los dientes pero no dijo nada. Así pues, Khaavren y Pel se marcharon del Palacio.

—Khaavren, eres un gran hombre, te lo aseguro —dijo Pel—. Pero di me, ¿cómo

vas a encontrar a Fayaavik? ¿Lo conoces?

—Nada más fácil —dijo Khaavren con una sonrisa—: te lo preguntaré a ti.

—Cómo, ¿supones que lo conozco?

—Tal vez. En todo caso, conoces a jheregs que lo conocen.

—¿Tú crees?

—Bueno, no por nada te has pasado los tumos de servicio haciéndote amigo de todos los jheregs de la ciudad; algo sabrás.

—Puede que tengas razón —dijo Pel con una sonrisa.

De hecho, Pel sólo tuvo que hacer un par de intentos para encontrar a alguien dispuesto a conducirlos hasta Fayaavik, que vivía, o en todo caso se las arreglaba con una habitación pequeña sobre un cabaret de la calle Ciega. El destello de sus capas doradas les facilitó el acceso hasta él. Al ver a los dos guardias, Fayaavik fue la cortesía personificada y les preguntó en qué podía servirlos.

—Espero que en nada —dijo Khaavren amablemente—. Pero nosotros podemos hacer algo por vos.

—¿Por mí? ¿Qué he hecho para merecer ese honor?

—Espero que nada —dijo Khaavren—. Y, además, ojalá sigáis sin hacer nada.

—¿Con respecto a qué? —dijo el jhereg, que no era ningún tonto.

—Con respecto al encargo de Seodra de que os ocupéis del asesinato de Su Alteza Adron e’Kieron.

—¿Cómo? —exclamó Fayaavik—. ¿Suponéis...?

—No os molestéis en negarlo, señor jhereg —dijo Khaavren—. No nos interesa oír vuestras protestas. Lo único que tenemos que decir es que, si algo le sucede a Su Alteza, volveremos a por vos, y aunque escapéis de los Justicieros, os juro que no os escaparéis de nosotros.

Dicho eso, dieron media vuelta y se fueron. Sólo se detuvieron lo necesario para que Khaavren se comunicara con Seodra mediante el disco y le dijera la contraseña, «Crionofenarr». Una vez ella la hubo repetido para asegurarse de que la había entendido bien, Khaavren y Pel se marcharon a casa.

Mientras tanto, Aerich, Tazendra, Kathana y Uttrik dejaron a Seodra. Mica, paciente y confiado, los esperaba. Se fueron con él a la casa de la calle de los Cortadores de Vidrio, donde se reunieron con Khaavren y Pel, que acababan de llegar.

Para su sorpresa, Srahi había mantenido la casa relativamente ordenada. Presentaron a los dos tecklas, que se miraron con recelo, y los dejaron a solas para que resolvieran las diferencias o similitudes de carácter que cada uno pudiera hallar en el otro, tras colocar un jergón para Mica y lechos para Uttrik y Kathana, a quienes habían insistido en que fueran sus huéspedes.

A la mañana siguiente, temprano, un mensajero despertó a nuestros amigos, es decir, a los cuatro con los que iniciamos nuestro estudio, y requirió su presencia en el Ala Dragón, en el gabinete del capitán G’aereth. Llegaron con una rapidez que

confirmaba el poder de recuperación de la juventud, y presentaron los partes. El capitán los recibió sin mencionar para nada el viaje, salvo para decir que, ahora que estaban de vuelta, debían reanudar sus tareas de inmediato.

—Entonces ¿tenéis tareas que asignarnos? —dijo Aerich en tono apacible.

—Sí, y confío en que se efectúen enseguida, con presteza y precisión.

—Esperamos órdenes, capitán.

—Aquí tenéis la primera orden que recibí de Su Majestad. —Y entregó a Tazendra, que estaba más cerca, una orden por escrito. La dzur la leyó, la leyó por segunda vez y hasta una tercera.

—Léela en voz alta, por favor —dijo Pel.

—Pues bien —dijo Tazendra y leyó—: «Se ordena arrestar a lady Seodra dondequiera que esté y conducirla a la prisión del Ala Iorich. (Firmado) Tortaalik».

—¿Y la segunda? —preguntó Khaavren.

—Aquí está. —Y volvió a leer—: «Se ordena mantener recluida a lady Seodra en la prisión del Ala Issola. (Firmado) Tortaalik».

—¿Y bien? —dijo el capitán.

—Será un placer —respondió Khaavren. Hemos de decir en favor de nuestros amigos que en menos de una hora arrestaron a Seodra en sus aposentos y la llevaron a la misma prisión donde treinta horas antes habían estado ellos.

Una vez cumplida la orden de arresto, los compañeros, conforme a lo prometido, se dirigieron a su posada favorita, donde se reunieron con Kathana, Uttrik y Mica, que servía la mesa. Khaavren relató toda la conversación con Tortaalik y brindaron a la salud de Su Majestad hasta bien entrada la noche.

Conclusión

Unos meses después de los hechos que hemos tenido el honor de relatar, encontramos a nuestros amigos, Khaavren, Aerich, Tazendra, Pel y Mica cabalgando de nuevo por la larga carretera que atraviesa la *pushta* en dirección a la ciudad de Dragaera. Vienen de las montañas Orientales, y en los bolsillos llevan unos permisos para ausentarse cuyo plazo está a punto de vencer.

—Creo que ha sido un buen viaje —dijo Pel, que cabalgaba junto a Aerich—. Parece que nuestro joven amigo ya se ha repuesto del golpe.

Aerich se encogió de hombros, como diciendo: «Uno nunca se recupera del todo de la primera traición amorosa».

—Bien, señor alférez —le dijo Tazendra a Khaavren, que marchaba a su lado—, espero que estés satisfecho con la ceremonia.

—Ya lo creo —dijo Khaavren algo sobresaltado, pues aún no se había acostumbrado a su nuevo rango—. Lord Adron la llevó a cabo con mucho estilo; ha sido muy amable de su parte que, después de todo lo ocurrido, quisiera que Uttrik apadrinara a su hijo.

—Y que Kathana representara a la madre.

—Es verdad —dijo Pel, que había oído la observación—, pero me pregunto quién será en realidad la madre. No puedo evitar acordarme de la expresión de lord Adron al pensar que lo sabía. ¿Recuerdas, Aerich?

—Como si lo estuviera viendo —dijo el lyom.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Tazendra—. Creo que jamás lo sabremos.

—En las cocinas se rumoreaba que la madre del niño es una diosa.

—Sin duda eso pensaba Adron en aquel momento —dijo Khaavren con una pizca de amargura—. Aun así, ¿dónde estaría?

—Si es una diosa —dijo Pel—, seguramente habrá tenido sus motivos para no presentarse. Y si no lo es, vaya, sin duda también tendría sus motivos.

—Sin embargo, da que pensar —dijo Tazendra, meneando la cabeza al mismo tiempo—: la descendencia de Adron e’Kieron y una diosa, cuando faltan sólo unos cientos de años para el reinado dragón. Creo que oiremos hablar de... ¿cómo se llama la niña?

—Alieria —dijo Pel.

—Eso. Bueno, creo que oiremos hablar de ella.

—¡Cha! —dijo Khaavren—. Más de lo que lo habríamos hecho si hubiéramos permitido que mataran a su padre tal como planeaba Seodra.

—Oh, desde luego —dijo Pel.

—Qué pena que Uttrik no decidiera alistarse en nuestro batallón —dijo Khaavren.

—Para nosotros sí —dijo Pel—. Pero así es mejor para él. Tiene a su cargo la administración de Campopimientos, la tierra que ama, y sirve a las órdenes de lord Adron, a quien casi adora.

—A propósito de Campopimientos —intervino Tazendra—. ¿Habéis oído que Uttrik dijo que las negociaciones ya casi han concluido?

—Eso parece —respondió Pel.

—Imaginaos —dijo Tazendra—. Que podamos ver la paz con los orientales. Y pensar que es gracias a nosotros.

—Sí —dijo Khaavren—, desde luego será un consuelo en las noches de soledad.

Algo en su manera de decirlo hizo que Aerich y Pel se miraran, como si pensarán que Khaavren había experimentado muchas noches solitarias últimamente. Aerich suspiró.

—Su Majestad parece decidido a acabar con los intrigantes de la corte —dijo Aerich, en un esfuerzo por cambiar de tema.

—Por mi parte —dijo Pel—, creo que es una causa perdida; las intrigas forman parte de la corte igual que la sangre forma parte de la batalla.

—Y a ti te gusta tanto una cosa como la otra, ¿no es cierto, mi buen yendi? —rio Tazendra.

—A decir verdad —dijo Pel sonriendo—, no puedo negarlo.

—Y tú —dijo Tazendra mirando a Aerich—. ¿Ahora qué? Has recuperado tu nombre, no hay razón para seguir alistado.

—Para ser sincero —respondió Aerich—, he estado pensando en dejar el servicio y regresar a mis propiedades. La carrera de soldado es muy respetable para un caballero, pero, aunque me entristezca decirlo, creo que en pocos años los Guardias Fénix no serán otra cosa que policías, y confieso que tengo demasiado orgullo para ser oficial de policía.

—Me apenará que te vayas —dijo Khaavren, a quien las palabras de Aerich le habían producido un dolor que no por esperado fue menos intenso.

—Y a mí me apenará irme; en realidad, lo único que me ha retenido hasta ahora es el afecto que siento por vosotros, amigos.

—De todas formas —dijo Tazendra—, debe de ser un alivio haberte librado del peso de la vergüenza. Y debo decir que lo hiciste de forma muy elegante. Ah, ¡todavía te veo con las manos encima del canalla de Shaltre! Si al menos... —Se detuvo y volvió el rostro.

—Bueno, vamos —dijo Khaavren, acercándose para cogerla de la mano. Podía leerle el pensamiento casi como se leen las páginas de un libro—. Dentro de algunos años habremos acumulado permisos, nos iremos a buscar esas dichas propiedades tuyas y al menos arreglaremos cuentas con ellos. Aerich sin duda nos acompañará, esté donde esté.

—Con gusto —dijo Aerich—. Buscaremos juntos el... ¿cómo se llamaba tu ducado?

—Era una baronía —dijo Tazendra—. No sé dónde está, sólo que se llama Daavya, y...

—¡Daavya! —dijo Aerich—. Pero si eso queda dentro del ducado de Arylle.

—¿Arylle? —dijo Tazendra, riendo—. Pero entonces, si quiero recuperar mi título tendré que ser vasallo tuyo.

—Bah —dijo Aerich—. No significa nada.

—Al contrario —dijo Tazendra—. Será un honor tenerte como señor.

—No obstante —dijo Aerich—, recuerdo algo que quiero contarte.

—Bien —dijo Tazendra—. Cuéntame.

—Me lo explicó mi niñera cuando yo era muy joven.

—Dime.

—Recuerdo que por entonces todo era importante para mí, pero ¿qué quieres? No todo lo que es importante cuando se es joven lo sigue siendo cuando uno es mayor.

—Lo sé muy bien, querido Aerich; pero dime lo que puedas.

—Al parecer, al enterarse de su desgracia mi padre previo lo que vendría a continuación e hizo ciertos preparativos.

—Bien pensado —dijo Tazendra—. Pero ¿para qué se preparaba?

—Para un atentado contra mi vida.

—Está bien que estuvieras protegido.

—¿Tú crees?

—Desde luego.

—Me alegro.

—Pero, ¿en qué consistían los preparativos?

—Es lo que intento recordar. Ah, sí, ya me acuerdo.

—Confío en que me lo cuentes.

—Lo haré, sobre todo porque te concierne.

—¿Cómo que me concierne?

—Sí, y mucho.

—Te escucho con suma atención.

—Me alegro.

—Pues habla; estoy pendiente de tus palabras.

—Verás: cuando vio que mi vida corría peligro...

—Sí, sí, entiendo.

—Y al saber que el conde de Shaltre...

—Al que tú mataste.

—Sí.

—Bien, continúa.

—Cuando supo que había recibido permiso de Su Majestad Cherova, la última emperatriz, para contratar un ejército de mercenarios dragones...

—¿Sí?

—Encargó a ciertos vasallos que me protegieran.

—Bien hecho.

—¿Tú crees?

—Ya te lo he dicho y lo repito, querido Aerich.

—Sabía que esos vasallos eran los más adecuados para la tarea: discretos, conscientes de su deber y valientes.

—Una buena elección, al parecer.

—De hecho, eran señores dzur.

—Bueno, pero continúa.

—¿Es que no te das cuenta?

—No, para nada.

—Eran el barón y la baronesa de Daavya.

—¡Cómo! ¿Mi madre y mi padre?

—Exactamente.

—Pero entonces, los mataron.

—Sí, sólo que no estaban huyendo. Por el contrario, me habían puesto fuera del alcance de Shaltre y prefirieron morir para mantener el secreto. —¿Quieres decir, pues...?

—Sí, por eso huyeron cuando atacaron sus posesiones; sabían que el ataque significaba que luego irían a por mi padre y habían jurado velar por mi seguridad.

—¡Entonces no eran unos cobardes!

—Nada más lejos, buena Tazendra. Fueron unos héroes, y lo atestiguaré ante tu Casa. No intentaban huir, sino cumplir honrosamente con su deber.

—No hay por qué avergonzarse, entonces. —Los ojos de Tazendra brillaban como el fuego de la montaña Dzur.

—En absoluto, Tazendra.

—Bah. Llámame Daavya.

—Como queráis, señora baronesa.

—Para serviros, señor duque.

—Me alegro por vos, baronesa —dijo Khaavren.

—Gracias, alférez.

Khaavren suspiró.

—¿Qué pasa, Khaavren? Pareces triste.

—Bueno, me alegro por Tazendra, perdón, por la baronesa, y me alegro por Aerich; sin embargo...

—¿Sin embargo? —dijo Tazendra (pues así seguiremos llamándola, no vaya a ser que confundamos a los lectores).

—Sin duda nuestros dos amigos dejarán el cuerpo y yo, al menos, los echaré de menos. ¿A ti no te sucederá lo mismo, Pel? Sé sincero.

—La verdad es que sí, Khaavren. No obstante...

—No obstante, ¿qué?

—Me temo que yo tampoco seguiré en el cuerpo por mucho tiempo.

—Vaya —dijo Khaavren, sorprendido y dolido a la vez—. ¿Tú también?

—He solicitado a Su Majestad, que ha manifestado cierto interés por mí, que le pida a Su Discreción el duque de Buenacuna que me instruya en su arte.

—Bueno —dijo Khaavren suspirando—, serás un gran discreto, amigo mío; sin embargo...

—¿Sí?

—No sé qué me queda. Tú, Aerich, dices que los guardias pueden convertirse en simples policías, pero ¿tengo otra elección? Y sin vosotros, amigos, será una vida muy melancólica.

—Bah —dijo Pel—. Eres joven; harás amigos por todas partes. Además, aunque estaré ocupado, seguiré en la corte y sin duda nos veremos de vez en cuando.

Khaavren no respondió y durante algunas leguas todos se quedaron en silencio.

—Bien, que así sea —dijo Khaavren por fin—. Sólo me queda aspirar a tener la misma suerte que vosotros, y os deseo lo mejor. Pero al menos ahora tengo mis ingresos de alférez, que al menos valen la pena por una razón.

—¿Cuál es? —dijo Tazendra.

—Podré permitirme mantener nuestra casa. Seguiré viviendo allí y conservaré vuestras habitaciones por si alguna vez las necesitáis.

—Qué gran idea —dijeron los demás.

—Y ¿quién sabe? —dijo Khaavren mirando la carretera ante sí como si escrutara el futuro—. Puede que el destino nos reúna otra vez por razones insospechadas.

—Khaavren —dijo Aerich—, te he oído decir que a veces tienes el don de la profecía y, en este caso, vaya, estoy convencido de ello. Y además...

—¿Sí? ¿Además?

—Como Pel le dijo al capitán hace ya tanto tiempo...

—¿Sí?

—No deseamos otra cosa.

Epílogo

Resultó que Seodra conservó demasiada influencia en la corte para que pudiera llevarse a cabo su ejecución, pero permaneció en prisión hasta su muerte unos cuatrocientos años más tarde. Lytra consiguió mantener su cargo de Señor de la Guerra hasta que, unos noventa años después de los hechos que hemos tenido el honor de relatar, se vio implicada en el asunto de las Copas Blancas, que le costó tanto la posición como la cabeza.

Illista y su hermano fueron condenados al exilio, y se cree que pasaron el resto de sus vidas en un reino isleño del oeste.

Lanmarea fue expulsada del servicio. G'aereth fue promovido a brigadier de la Guardia Fénix y asumió el mando de los dos cuerpos. Convirtió el batallón de la Faja Blanca en una fuerza policial, gracias a lo cual el de la Bota Roja, con Khaavren como alférez, pudo conservarse como guardia palaciega y cuerpo de combate de elite, es decir, lo que Khaavren deseaba. Ello no disminuyó la rivalidad entre ambas brigadas, pero al menos las mantuvo apartadas, con lo que se resolvió una situación potencialmente problemática antes de que se agravara. Si fue para mejor o para peor, lo dejamos al juicio del lector; el historiador no manifiesta preferencias y considera que su tarea, como lo expresara tan acertadamente el profesor Hunter, consiste sólo en iluminar los oscuros espacios del pasado.

Aerich, fiel a su palabra, dejó la Guardia Fénix antes de que finalizara el año. Se llevó con él a Tazendra, que, a su vez, se llevó a Mica. Pel se quedó algún tiempo más, pero al fin su petición fue atendida. Comenzó el aprendizaje en el arte de la Discreción y se alojó en el Ala Athyra del Palacio. A pesar de lo que le había dicho a Khaavren, se veían muy poco, y si lo hacían era sólo para cruzarse saludos y unas palabras cuando Pel pasaba por algún lugar del Palacio donde Khaavren estaba de servicio.

Al cuarto año del reinado de Tortaalik, en el mes de la Orea, toda la corte viajó a Campopimientos para ratificar el tratado con Crionofenarr; el asunto se resolvió con suma celeridad por consideración a la corta vida de los orientales. Khaavren estuvo presente en su calidad de alférez del batallón de la Bota Roja.

Para alegría de Khaavren, Kathana e'Marish'Chala permaneció en su batallón durante treinta y ocho de los cincuenta y siete años acordados, después de lo cual, tras haber obsequiado a Su Majestad con el cuadro *La consorte junto al fuego*, recibió permiso para retomar su vocación.

Khaavren, haciendo honor a su palabra, siguió viviendo en la casa alquilada de la

calle de los Cortadores de Vidrio y conservó a la meritoria Srahi para que la tuviera en orden. Tal como había prometido, mantuvo las habitaciones que habían ocupado sus amigos con la esperanza de que algún día las utilizaran otra vez.

A modo de nota final hemos de añadir que en ese aspecto no se vio defraudado, pero los detalles excederían los límites de este relato, con el cual esperamos que nuestros lectores no estén demasiado insatisfechos. Así pues, con un sentimiento de pesar mezclado con el de satisfacción por la tarea finalizada, tendremos que dejarlo para otra ocasión.

Notas

[1] Nota del traductor: La lengua dragaerana utiliza el símbolo «gya» para representar a alguien de sexo indeterminado. Como el castellano carece de esa posibilidad, he decidido emplear el artículo «el» en su lugar. <<